

The background of the cover is a watercolor illustration of a building. The top half shows a close-up of a conical roof with a small square window. The bottom half shows a larger view of the building, which has a conical roof on the left side and a main structure with several windows, including a prominent Gothic-style window with a pointed arch and tracery. The color palette is dominated by warm, earthy tones like terracotta, brown, and grey.

**Miklós Bánffy**

# Las almas juzgadas

Traducción del húngaro de Éva Cserhádi  
y Antonio Manuel Fuentes Gaviño



Lectulandia

*Las almas juzgadas* retoma la historia de los dos primos transilvanos que protagonizaban *Los días contados*. Un año después, en 1906, las vidas de los condes Bálint Abády y László Gyerőffy transcurren paralelas al destino político de su país: Bálint Abády se ha visto forzado a abandonar a la bella e infeliz Adrienne Miloth, mientras que su primo László Gyerőffy persevera en su empeño autodestructivo. Entretanto, los políticos húngaros continúan con sus luchas partidistas despreciando las necesidades reales de sus conciudadanos. Obstinados en su pugna contra la soberanía vienesa y en mantener sus privilegios, los políticos y aristócratas húngaros serán incapaces de ver cómo las grandes potencias se están acercando peligrosamente a una conflagración que más tarde desembocará en la primera guerra mundial y terminará con el mundo tal como lo han conocido.

*Las almas juzgadas* es la segunda novela de la Trilogía transilvana que Miklós Bánffy publicó entre 1934 y 1940, y está considerada como una de las obras más importantes de la narrativa centroeuropea de la primera mitad del siglo xx. Prohibida durante más de cuarenta años por los regímenes comunistas, desde su reciente recuperación no ha dejado de cautivar a lectores de todo el mundo.

**Lectulandia**

Miklós Bánffy

# **Las almas juzgadas**

**Escrito en la pared. Trilogía transilvana - 2**

ePub r1.0

Titivillus 30.03.2018

Título original: *És hijjával találtattál*

Miklós Bánffy, 1935

Traducción: Eva Cserhádi & Antonio Manuel Fuentes Gaviño

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

... Y la primera palabra ya estaba escrita sobre el encalado de la pared del palacio real: «MENÉ: Tu reino ha sido contado...».

Pero los príncipes del banquete no la vieron, sino que embriagados gritaron que sacaran del tesoro del Señor los vasos de plata y de oro que habían traído sus antepasados.

Y sacaron los vasos. Y bebieron con ellos mucho vino y se emborracharon más.

Y dejaron perder los vasos del Señor peleando y maldiciéndose unos a otros por sus dioses de metal, de madera, de piedra y de barro.

Mientras, los dedos de mano de hombre continuaron escribiendo delante del candelero sobre el encalado de la pared del palacio real. Y la segunda palabra que esculpieron fue: «TEKEL: Pesado has sido en balanza, y fuiste hallado falto...».

# PRIMERA PARTE

La sesión de aquel día estuvo muy concurrida; el Parlamento, abarrotado. Acudieron todos los miembros del gabinete. Era natural porque era un día importante: iban a presentar los presupuestos con la certeza, además, de que serían aprobados, lo que no ocurría desde 1903. Los asuntos financieros del país habían estado marcados por las *indemnitas*, decretos inconstitucionales conocidos popularmente como *ex lex*, que habían tenido efectos desastrosos en la economía.

Ahora, por fin, en otoño de 1906, la economía nacional volvía a su cauce, lo que suponía un gran mérito del gobierno de coalición.

Su portavoz, Pál Hoisty, subió a la tribuna; su hermosa cabeza cubierta de canas y su barba cortada al estilo emperador lucían muy bien delante del revestimiento de roble del podio presidencial. Alabó con palabras rebuscadas la solemnidad del momento, la bendita armonía que había vuelto a reinar entre la nación y el rey, el emperador Francisco José.

Apenas un par de diputados entusiastas soltaron unos cuantos débiles vítores. La Cámara siguió callada. No solo el partido de las minorías, que en los bancos superiores del centro-derecha rodeaba en silencio a su presidente, el serbio Mihály Polit —que iba a votar a favor de la aprobación—, sino también los demás partidos guardaban igualmente silencio porque justamente esa mañana del 22 de noviembre el periódico vienés *Fremdenblatt* había publicado un artículo que desmentía la gran armonía reinante.

El artículo hablaba sobre la propuesta redactada el día anterior por el consejo de justicia y que —así pensaban todos— sería aprobada en la sesión de ese día.

Era un asunto delicado, desagradable.

Las dificultades habían empezado dos días antes cuando un diputado del Partido Popular había propuesto formular una acusación contra el gabinete de Fejérváry, recientemente dimitido. El gobierno en esa ocasión no había podido eludir el debate sobre la moción como lo había hecho en julio, durante la discusión de una respuesta al rey, con diferentes iniciativas por parte de los condados y ciudades, ni podría hacerlo ahora porque quien la proponía era un hombre íntimo de Rakovszky. Se sospechaba que él estaba detrás de la acusación, y en el bando de Ferenc Kossuth se hablaba de una agresión solapada, un artificio malévolo, un intento de romper la colaboración de los partidos coaligados. ¡Y habían atacado el punto más débil! Todo el mundo sabía —y Rakovszky mejor que nadie— que una condición del traspaso del poder gubernamental había sido la inmunidad del gabinete anterior. Los líderes de los partidos de la coalición se habían comprometido a ello ante el rey, aunque no se había hecho público; al contrario, cuando en verano el ministro de Comercio del «gobierno de guardias» de Fejérváry, László Vörös, había ventilado las condiciones del pacto,

fuentes oficiosas negaron sus afirmaciones aunque no categóricamente. Sin embargo, ahora, debido a la provocación del Partido Popular, tenían que encarar el problema y solucionarlo de modo que la oposición nacionalista estuviera satisfecha, y además se cumpliera con la palabra dada.

Lo consiguieron gracias a la intervención de Ferenc Kossuth, que había impuesto toda su autoridad en el comité declarando: «No existe ningún pacto puesto que sería contrario a la Constitución...». Fue una frase peligrosa porque se sabía que el emperador los había nombrado con condiciones prescritas, pero quedó bien: altisonante y decorosa. Así logró que el Parlamento descartara la acusación y se limitara a dictar una resolución según la cual Fejérváry y sus compañeros merecían la denominación de «consejeros infieles al rey y a la nación» y los dejaba a merced del «juicio demoledor de la nación».

Dispuso además que el edicto fuera anunciado en carteles cuando fuese aceptado como resolución por la Cámara.

Fue una solución acertada, excelente. Todo el mundo salió satisfecho de la reunión: los extremistas porque podían marcar con el estigma de la infamia al odiado «gobierno de guardias», y los ministros porque habían eludido una demanda que bajo ningún concepto habrían podido satisfacer.

Pero esa mañana estalló la bomba. El periódico vienés *Fremdenblatt*, conocido por ser el portavoz de la corte, publicaba un editorial en el que, bajo el título gratuito *Noticias de Budapest*, hablaba sobre la «futura modificación» de la resolución del día anterior, pues era absurdo que personas que habían gozado de la confianza del rey fueran puestas en la picota a la vista de todo el mundo. A esto le seguía otra noticia «del entorno de Fejérváry» según la cual en la próxima sesión de la Cámara Alta él mismo interpelaría y haría públicos los detalles del pacto.

No hubo más. Solo eso.

En el Parlamento se respiraba un ambiente cargado, y no solo a causa del desapacible tiempo otoñal y de la oscuridad de la sala de techo acristalado. Desde la galería de la prensa y desde la parte alta, la luz eléctrica resaltaba más si cabía lo lóbrego del lugar y apenas brillaba en los mármoles artificiales y en los falsos dorados. Desde arriba no se veía el color de las figuras de yeso, solo las canas esplendorosas del ponente en la tribuna.

Los diputados permanecían en la sesión ausentes y apenas si escucharon las frases fluidas del portavoz. El nuevo giro, la amenaza latente del *Fremdenblatt* fue discutida en pequeños grupos tanto en las filas de Partido de la Independencia como en las del Partido Popular y del Partido de la Constitución.

Ferenc Kossuth y el ministro de Justicia Polonyi discutían nerviosos y en voz baja con Visontai quién había redactado la resolución del día anterior. Solamente Wekerle estaba tranquilamente echado hacia atrás en su escaño de primer ministro, con su rostro de emperador romano girado hacia el ponente. El presupuesto era obra suya y tal vez se deleitaba escuchándole. Además, era un hombre con nervios de acero que

ya había aguantado otros temporales.

«¡Cómo ha cambiado el mundo!», pensó Bálint Abády, que por ser diputado independiente ocupaba un asiento frente a la presidencia, en los escaños superiores del centro. «Hace año y medio habría habido una trifulca. Los parlamentarios se habrían levantado de un salto para interpelarlo, maldiciendo a la maldita Viena, a las oscuras camarillas. Tal vez hasta el mismo presidente hubiese levantado la voz contra la intervención ilícita de “un periódico extranjero”. Ahora son más prácticos, y contemplan las circunstancias reales. Quizá hayan aprendido la lección...», pensó escuchando el discurso del portavoz del gobierno de coalición.

Cuando el discurso llegaba a su final alguien se levantó de los escaños del Partido de la Revolución de 1848, conocido como Partido de la Independencia, y se sentó al lado de Abády. Era el doctor Zsigmond Boros, abogado y diputado por Marosvásárhely. Su carrera había empezado con bastante éxito: tras las elecciones de 1904 había sido el líder y portavoz de la extrema derecha. Al formarse el gobierno de coalición tuvo un cargo de secretario de Estado en el ministerio de Kossuth, pero a los dos meses dimitió inesperadamente sin razón alguna. Se murmuraba que tenía problemas con la justicia. Aunque no había nada seguro, todo el mundo lo trataba con frialdad porque en aquel entonces se consentían muchas cosas en política, pero en materia de honor se era inflexible. Desde su dimisión, Boros había frecuentado poco el Parlamento, quizá había estado en el extranjero, o se había dedicado a poner en orden sus asuntos. Hacía dos días que había vuelto a aparecer. Abády observó que desde el principio de la sesión había estado hablando con varios grupos, pasando de uno a otro y explicando algo en voz baja. Ahora se había sentado a su lado, seguramente a propósito.

Apenas el presidente anunció diez minutos de pausa tras el discurso, Boros se dirigió a Abády:

—Me gustaría hablar un rato contigo.

Salieron al pasillo entre el tropel de diputados y pasaron a la espaciosa y oscura sala de reuniones, cuyas columnas y sofás separados por tableros parecían hechos para conjurados.

Se sentaron en el primer sofá.

—Quiero pedir tu consejo en un asunto nacional de gran relevancia —comenzó Boros la conversación—. Estoy gravemente preocupado y no sé cuál es el camino debido. Tengo que remitirme a mucho antes, a las circunstancias de mi dimisión.

Bálint recordó rápidamente lo que había oído —nada seguro, solo alusiones inculpativas—, y al tenerlo enfrente se preguntó si sería justo. No podía creérselo.

Zsigmond Boros era un hombre apuesto, de frente marmórea, sin arrugas; mirada directa, tranquila, y rostro pálido enmarcado por una perilla roja y bien cuidada. Daba una excelente impresión que no se veía mermada por el hecho de vestir a la moda, lo que resultaba insólito e inesperado en un abogado rural.

Con voz sonora y aterciopelada volvió a hablar sobre el artículo de László Vörös

que había desvelado las condiciones del pacto.

—Tú no estuviste aquí entonces, ¿verdad? —dijo.

—No —contestó Abády secamente—, estaba en el extranjero.

—Es cierto, he oído que estabas viajando por Italia. Pues permíteme que te lo explique.

Le contó que el artículo del exministro del «gobierno de guardias» decía que durante las negociaciones se había hablado de traspasar el gobierno del país a manos de un gabinete formado *ad hoc* para sacar adelante la ley del sufragio universal, y que estaría formado por miembros del Partido de la Independencia y del gobierno anterior, cuyo presidente habría sido el mismo autor del artículo, László Vörös. Afirmó además que Ferenc Kossuth había aceptado.

—Entonces fui a ver a Kossuth. Quería saberlo a ciencia cierta y me creí en mi derecho por ser su secretario de Estado, es decir, una persona de confianza. Kossuth admitió que se había hablado de tales planes, pero que él lo había tomado *ad referendum*, como propuesta de dimisión. Pero dado que los otros dos partidos de la oposición, el Constitucional y el Popular, que hasta el momento habían desaprobado el sufragio universal, por fin aceptaban la reforma del derecho electoral, le pareció natural que las demás soluciones perdieran validez. Kossuth entonces me enseñó el texto del pacto. Por eso decidí dimitir, no por la sarta de calumnias que ahora vierten sobre mí y que se difunden desde que dejé mi puesto. Puesto que no tuve posibilidad de aclarar el motivo de mi dimisión, es natural que «ciertos círculos» lo expliquen de esta manera —concluyó.

Boros se quedó un momento callado, como si esperara la opinión de Bálint, y continuó:

—Pues sí que existe un pacto. Ayer, en el comité, Kossuth, vamos a usar un eufemismo, se arriesgó a pronunciar una afirmación que no correspondía a la realidad en todos sus pormenores, y yo me digo: ¿debemos tolerarlo?, ¿debemos dejar que el país se lo crea?, ¿no es nuestro deber intervenir y acabar con la desinformación del pueblo?, ¿no es justamente nuestra obligación? Yo no tengo compromisos. No he prometido guardar silencio. Es cierto que cuando se produjo estaba cumpliendo un cargo, pero es un asunto político y no oficial. Si lo sacara en el Parlamento, el gobierno se desplomaría como un castillo de naipes.

Boros lanzó una mirada interrogadora a Bálint.

—¿Por qué me lo dices a mí? —preguntó Abády.

—Porque pienso que eres una persona de mentalidad independiente que tiene amplitud de miras, más que la mayoría. Conozco el trabajo que has emprendido en Transilvania con las cooperativas y lo aprecio mucho. Permíteme que te explique cómo veo la situación actual. Por qué razón considero que estamos en una fase muy nociva, si no fatídica.

En ese momento afloró otra cara de la personalidad de Zsigmond Boros que Abády no había visto nunca. Hasta ahora lo había conocido como un orador

distinguido y un poco demagogo que sabía formar bellas frases patrióticas, pero vacías; eslóganes bien ideados, propios de una asamblea popular. No obstante, ese día estaba hablando objetivamente, desde una óptica insólita.

Hablaba con sarcasmo y sus palabras delataban un odio soterrado.

—Está claro que este gobierno está basado en la mentira. Hicieron creer al pueblo que la coalición había triunfado, pero es justo todo lo contrario. El rey ganó la partida y quedó demostrado que el camino que pretendían forzar las llamadas reformas, especialmente en el campo militar y en otros, era totalmente inviable. Pero nadie quiere reconocerlo. Y para sostener el engaño enredan al público con patrañas. El Parlamento ha pasado todo el mes de octubre discutiendo sobre las leyes que rehabilitan a Rákóczi. La resolución de hoy es otra patraña. Y habrá más en cualquier asunto con el que puedan ganar popularidad; no les queda más remedio, ya que no se atreven a reconocer que todo lo que habían anunciado en la campaña electoral es inviable. Tienen que estar al acecho de cosas vistosas para tapar el fracaso total de su programa. Y es una práctica tremendamente peligrosa porque están creando una cantidad exorbitante de leyes y disposiciones que son pura fachada. Solo son del agrado de la prensa, buena materia para editoriales. Y como no podemos cambiar nuestra relación con Austria vestirán su impotencia con fórmulas jurídicas. Lo mismo ocurrirá con el banco independiente, el sistema aduanero y la defensa nacional. Y los austriacos son listos. Nos harán pagar las formulas independentistas con dinero contante y sonante, y nosotros lo consentiremos, simplemente para poder hablar de «contrato aduanero» en vez de «unión aduanera». Y así pasará con todo, porque el gobierno tiene que mantener la apariencia de ser patriota y demostrarlo al menos en los asuntos que no están limitados por el pacto. En este ambiente plantea Apponyi la nueva ley de la enseñanza pública; está dispuesto a sacrificar mucho dinero para que en teoría la enseñanza sea más húngara, y así quiere Kossuth imponer un nuevo reglamento para la gestión de la Red Nacional de Ferrocarriles en Croacia. Están trabajando en el anteproyecto de ley. ¡Quieren disponer que los empleados ferroviarios hablen húngaro en Croacia! ¡No se puede inventar estupidez mayor!

—¿De verdad? —dijo Bálint atónito—. Pero según la ley, la lengua oficial en Croacia es el croata.

—¡Naturalmente! Y mientras estuve en el cargo me opuse al proyecto. Me opuse porque fuimos nosotros quienes derrumbamos el gobierno de Khuen y apoyamos que la coalición serbia obtuviese mayoría. Era la política justamente de Ferenc Kossuth, porque los partidos serbios eran los únicos que le apoyaban en la unión personal<sup>[1]</sup>.

Abády lo interrumpió por primera vez con vehemencia:

—Seguramente no lo hicieron por nosotros. La consecuencia inmediata de la «unión personal» húngara sería que Croacia tendría los mismos derechos, y por consiguiente se separaría de nosotros. Y tal vez más tarde, se formara un país eslavo al sur junto con Bosnia y Dalmacia, es decir, un *trialismo*. ¡Sé que es la idea preferida de algunos círculos vieneses!

—Creo que es un asunto discutible. Lo cierto es que es absurdo secundar primero que un movimiento llegue al poder y acto seguido cortarle las alas. Si este gobierno sigue en el poder lo hará. Por eso me planteo si no es mi obligación tumbar todo el sistema.

Bálint recordó las reuniones que había tenido con distintos ministros para fomentar la organización de cooperativas en Transilvania, y que parecían haber dado frutos; pero en una cuestión tan grave como provocar una crisis de gobierno no quería tener responsabilidad.

—Es cierto que lo que me has contado es serio. Es muy pernicioso que el origen y el fin de las medidas gubernamentales no sean el provecho estatal, sino el nacionalismo extremo. Me honra que me lo hayas contado, pero yo no puedo aconsejarte en este asunto. De todas maneras, pienso que durante la sesión has hablado con más gente...

—¡Oh! No de esto y no tan explícitamente. Tampoco espero que me des consejos, solo esperaba poder analizarlo con una persona a la que aprecio mucho, y demostrar por qué he dimitido; por serios asuntos nacionales, y no por las sospechosas finanzas de las que me acusan.

Y de repente el doctor Zsigmond Boros volvió a ser el orador habitual. Hizo resonar al barítono aterciopelado que solo usaba en contadas ocasiones:

—Porque yo que solo sirvo a la causa patria a costa de mi vida y mi sangre, y no conozco otra voluntad, otro motivo ni otra intención, y no he conocido nunca sino la grandeza, el poder y la prosperidad de nuestra nación frente a las artimañas de los villanos...

Los pasillos se llenaron con el campanillazo estridente que llegó desde la sala de la cúpula contigua.

De todas direcciones aparecieron diputados apresurándose hacia la sala de sesiones. Un joven miembro del Partido de la Independencia entró corriendo y gritó:

—¡Apponyi va hablar! ¡Entrad todos! ¡Apponyi va a hablar! —y continuó corriendo.

Abády se alegró de la interrupción. Le incomodaba que Boros volviera a recurrir a los eslóganes que parecían mermar los argumentos aparentemente objetivos que acababa de exponer.

Regresaron juntos a la sala de sesiones.

En los días siguientes, Bálint no vio más a Zsigmond Boros, que no hizo ninguna interpelación ni desveló el pacto.

El gobierno de Fejérváry no quedó estigmatizado. El comité de justicia volvió a reunirse al día siguiente para redactar el nuevo texto. Cinco señores fueron nombrados para enterrar el asunto para siempre.

Resultó, pues, que el *Fremdenblatt* había tenido razón.

Era alrededor de la una y media cuando la banda de cíngaros cogió sus enseres y salió a la noche primaveral. Aquel año, el mes de marzo era muy suave. Según corresponde al primer violín, Laji Pongrácz encabezó la marcha con los carrillos carnosos tapados por el cuello de piel y el valioso instrumento debajo del brazo, igualmente abrigado con una tela suave. Detrás venía cojeando el cargador del tímpano con la espalda encorvada bajo el peso del mismo. Avanzaban seguidos por un simón que transportaba una mesa y seis sillas; y en el pescante, un camarero con una cesta llena de copas en el regazo y diez botellas de champán, dos de coñac y un cubo lleno de hielo entre las piernas. En la retaguardia marchaban dos policías. Habían sido enviados por el ayuntamiento ya que la normativa obligaba a anunciar las serenatas y a pedir permiso a la guardia municipal.

Cuando los músicos desaparecieron por la calle Egyetem, los participantes de la serenata salieron del hotel. Los primeros, un joven atractivo y otro bajito: Ádám Alvinczy y Pityu<sup>[2]</sup> Kendy.

Estaban muy unidos por el amor sin esperanza alguna que sentían desde hacía más de un año por Adrienne Milóth. Puesto que la pena compartida era más soportable, estaban siempre juntos y si alcanzaban el nivel de alcohol suficiente, explicaban larga y tendidamente lo tristes que estaban. Después de haberse bañado en mutua lástima y haber tomado más de una copa, regresaban a casa afligidos. Y así un día tras otro. Ahora su verborrea fluía sobre lo mismo.

Detrás de ellos venían tres hombres más. A la derecha, Gazsi<sup>[3]</sup> Kadacsay, que era húsar en activo de la caballería de Brasso, pero que gozaba de un permiso —lo que era bastante frecuente—, e iba vestido de civil con un chaquetón forrado y un gorro de piel de cordero desgastado y torcido. A la izquierda, Ákos, el hermano menor de los Alvinczy. Los dos acompañaban al líder de la juventud, Ambrus Kendy, que andaba en medio del grupo. Se desvivían por él haciéndole toda clase de gracias, pues era un evento de gran trascendencia que el tío Ambrus no hubiese protestado por haber visto interrumpida la fiesta con los gitanos y los acompañara a la serenata. Si se hubiera negado no habrían podido quitarle los cíngaros. Apenas se habían atrevido a preguntárselo.

Se alegraron sobremanera de que el tío Ambrus se mostrara receptivo:

—¡Me importa un carajo la fiesta! —dijo—. Me voy con vosotros, pese a que os noto en la mirada que me queréis llevar lejos. ¿O no tengo razón? ¡Pícaros! ¡Claro, a las afueras! ¡A las bellezas! A la villa Uzdy, ¿verdad? A casa de Adrienne Milóth. ¡Pues bien, voy a acompañaros, pero prefiero que me toquen la flauta a tener que cencerrear! —y se rio a gritos haciendo palmas con sus robustas manos como los

mozos al bailar la *czarda* y volviendo a estallar en una ruidosa carcajada.

Esta vez los jóvenes traían sillas en el simón para que el tío Ambrus no tuviera que estar de pie porque sabían que no le gustaba. Y ya que traían una silla, por qué no traer más. Y si había sillas, por qué no una mesa; y por qué no poner en esta una botella de champán. Lo habían hecho anteriormente, pero solo en contadas ocasiones.

La sexta persona que los acompañaba era László Gyerőffy, que andaba tambaleándose sin mostrar mucho interés. En la oscuridad nocturna parecía más elegante. En la calle escasamente alumbrada no se veía que su levita de excelente corte estaba arrugada y un poco deslucida ni que la copa de su sombrero londinense había sufrido un accidente. Vestido con sus trajes ingleses parecía tan distinguido como en su momento de mayor auge, hacía dos años, cuando había sido primer bailarín en Budapest antes de que lo hubieran destruido los naipes y hubiera sido expulsado de los clubes de la capital. Tenía el mismo aspecto que antes; el cambio solo se notaba en su actitud, en sus modales cohibidos, en sus actos de humildad: se sentaba a un extremo de la mesa, participaba en las juergas solo si era invitado expresamente y daba la impresión de sentirse muy honrado cuando alguien le dirigía la palabra. Solo si le hacían beber cambiaba de actitud. Entonces afloraba en él una altivez extraña, un orgullo sobreexcitado; alzaba la cabeza, estiraba el cuello y hablaba con desdén en tono despectivo y muy altanero. Ahora no había bebido lo suficiente y deambulaba humildemente al lado de los otros, quedándose a veces atrás.

La primera parada fue en la calle Torda, donde en una casa apoyada en la antigua muralla del castillo vivía la vieja señora Kamuthy con sus nietas. Tuvieron que entrar en el patio adonde daban las ventanas. Ákos Alvinczy tocó la canción de la nieta menor, después un par de valeses y dos *coplas calladas*, y cuando en la ventana apareció la luz del candelabro en señal de que la serenata había sido aceptada, tocó una *czarda* impetuosa. Acabada la serenata, la compañía volvió a emprender el camino. Pararon en la avenida Monostori delante de la casa de la señora de Jenő Laczók. Montaron el campamento en la acera: bajaron la mesa del simón y Ambrus y sus compañeros se sentaron alrededor para beber y brindar; el barón Gazsi se quedó de pie junto a uno de los cíngaros porque aquí era él quien iba a ofrecer la serenata. Aunque nunca lo pensaba estando sobrio, en cuanto bebía un poco creía estar perdidamente enamorado de Idus Laczók. Interpretó una copla tras otra desesperadamente, espiando de soslayo la ventana hasta que esta se iluminó; con su nariz de pájaro carpintero era el vivo símbolo del anhelo amoroso.

La cocinera de la casa vecina abrió la verja para dejar que se marchara su recluta, pero al oír tan preciosa música los dos amantes se escondieron detrás de una columna de piedra. Los policías fueron a regañarles, pero al ver que se habían retirado a la oscuridad y no molestaban los dejaron en paz.

Acabada la serenata continuaron por la avenida hacia Monostor. Había unos trescientos o cuatrocientos metros hasta la villa Uzdy, lo que en Koložsvár era una distancia considerable, pero no había sacrificio, por penoso que fuera, que un corazón

enamorado no hiciera por su amada. Entre la compañía había tres personas que estaban dispuestas a cualquier sacrificio por Adrienne Milóth, la joven señora de Pál Uzdy: el amor de Ádám y Pityu era notorio y antiguo; pero últimamente, aunque intentara disimularlo, al tío Ambrus también se le notaba prendado.

Hasta ahora había sido un hombre de éxito entre las mujeres. Con su nariz aguileña y su bigote moreno y puntiagudo, representaba esa clase de belleza masculina que volvía locas a las criadas si se topaban con él en la escalera de servicio. Le iba siempre bien, aunque sus conquistas no eran verdaderas conquistas, sino más bien aventuras de media hora al estilo «vamos rápido» que no necesitaban otra cosa que la ocasión y un sofá. Desde su adolescencia no había sentido latir su corazón por nadie y hasta la fecha había creído que todas las mujeres eran suyas con solo echarles el ojo.

También era cierto que ni siquiera intentaba acercarse a las que no habían querido intimar con él.

Hasta ahora no se había fijado en Adrienne, pese a que desde hacía años frecuentaban los mismos círculos, habían bailado juntos y habían cenado en la misma mesa un sinnúmero de veces. Pero Adrienne, con su aspecto de muchacha, su cuello enjuto, y los modales fríos y reacios a evitar toda clase de charlas de doble sentido, no interesaba al tío Ambrus.

Inconscientemente sentía que no era del todo una mujer madura, aunque tuviera marido e hija; sentía que era distinta de aquellas mujeres que solía frecuentar. Por eso hasta ahora había pensado que Ádám Alvinczy y Pityu Kendy, que estaban enamorados de ella, eran dos animales; pero inesperadamente cambió de opinión cuando volvió a verla en carnaval.

Era difícil definir en qué sentido Adrienne parecía diferente a como había sido hasta ahora. Siempre había sido coqueta —peor, fría—, le gustaba tomar el pelo a sus galanes y hacerlos sufrir un poco. Jugaba con ellos como si fueran muñecos insensibles, pero divertidos. Era un juego inconsciente, puramente instintivo, como el de la princesa gigante del cuento que recogía a los enanos en su delantal sin sospechar que eran seres humanos sensibles. Adrienne mantenía a todos a raya, no toleraba ni una palabra ambigua o disimulada sobre deseos o besos; ni siquiera un piropo directo o una alusión a su piel, cuerpo, belleza. En eso no había cambiado nada, pero era como si sintiera más compasión y empatía, una empatía suave, sabia; y aunque prohibía todo lo sexual, el origen de la prohibición no era el desconocimiento, como antes, sino el hecho de considerarlo algo grandioso y santo que los labios profanos no debían tratar.

Sus galanes no habían dejado de ser títeres, ¡cómo no!, pero ya no los consideraba objetos insensibles, simples seres inferiores que no tenían la menor idea de lo que hablaban y que si sufrían, lo hacían sin riesgo de herirse; ni su deseo, un anhelo

mezquino y banal. Justamente por eso había que tenerles lástima, escuchar sus lamentos, consolarlos con un par de frases, pero bajo ningún concepto tomarlos en serio... ¿Qué sabían ellos de sus propias experiencias?

¿Qué sabían de lo que había vivido durante un corto mes el verano anterior al acompañar a sus hermanas a Venecia? Cada madrugada de las cuatro semanas había avanzado un paso hacia la muerte y la había encarado felizmente con la cabeza erguida, como si a modo de ofrenda llevara su corazón rojo en la palma de la mano, sumergida en la fascinación de su feminidad absoluta. Fue un sacrificio no haberse quitado la vida antes de regresar a casa como había planeado, y volver al lado del marido al que temía y odiaba para continuar viviendo con él. Era el precio que tenía que pagar para salvar la vida de su amor. Hubiera tomado a gusto la responsabilidad de acabar con su propia vida, pero no podía hacerlo con la de su compañero. Él se habría matado si ella se hubiera suicidado. Esa fue la razón de su regreso. Comparado con ese recuerdo que llenaba su alma y que —así lo creía— le había aportado todo el dolor y felicidad, placer y muerte de la vida; comparado con ese secreto, todo lo demás era a sus ojos gris y trivial, barato y pobre. Por eso escuchaba con una sonrisa compasiva a Ádám Alvinczy o a István Kendy —Pityu— cuando le contaban largamente sus penas, y por eso los trataba como al hijo que necesita consuelo si se da un golpe en la frente.

Solo su hermana menor, la pequeña Margit Milóth, sospechaba algo del drama que Adrienne había vivido en Venecia; pero solo eran sospechas, nada seguro a pesar de que la muchacha era buena observadora.

El aspecto físico de Adrienne tampoco había cambiado mucho. Su esbelta figura tenía los contornos nítidos, como las estatuas arcaicas griegas, pero ahora tenía los brazos más rellenos y el profundo hueco sobre la clavícula que siempre le había dado aspecto de joven adolescente en traje de noche, había desaparecido. La seda de su piel marfileña brillaba más, como en las mujeres maduras, como si dejara pasar una luz radiante. Y ya no se envolvía en boas y chales al igual que las jovencitas delgadas, como había hecho cada vez que había sentido la mirada de un hombre en el cuello, sino que dejaba que la admiraran con un gesto de altivez, como aquellas bellezas que llevan sus hermosos hombros como si fueran armas, igual que los caballeros llevan su armadura de plata.

Nadie notó claramente el cambio. Ádám y Pityu estaban más enamorados que nunca, pero el tío Ambrus lo percibió instintivamente y comenzó a cortejarla. Pensó que se la ganaría enseguida. Primero empezó con su método habitual intencionadamente tosco; pero debido a que Adrienne no lo toleró ni un minuto, se apocó, y lo intentó de otra manera, con más humildad y sentimentalismo. Frente a la señora Uzdy su carácter quedaba totalmente desdibujado. Desempeñaba el papel de leal perrito faldero, pero solo con Addy<sup>[4]</sup>, ya que delante de los demás tenía que mantener la fama de mujeriego y conquistador irresistible. Por eso, en presencia de su séquito dejaba escapar unos comentarios ambiguos para dar a entender que él no

rondaba en vano a «esa mujercita».

El edificio principal de la villa Uzdy se hallaba detrás de un parterre, pero la compañía de músicos lo rodeó porque Adrienne vivía en el ala trasera de una sola planta. Avanzaron hasta el final de la casa y acamparon allí, porque pensaban que su dormitorio estaba detrás de la última bóveda de la galería vidriada.

Todos pasaron con pasos sigilosos, de puntillas, susurrando las instrucciones; el contrabajo tuvo mucho cuidado de no hacer ruido al dejar el instrumento porque era ley de serenata que solo con música se podía despertar la casa que duerme. Colocaron las sillas y la mesa con precaución, las copas, el champán y el coñac, y cuando lo tuvieron todo listo se sentaron alrededor y comenzaron la música.

Los jóvenes habían echado a suertes quién seguiría al tío Ambrus, que tenía el privilegio de ser el primero. Así, mientras los otros se sentaron un poco atrás, Ambrus se apoyó en el lado libre de la mesa, frente a la ventana, y la banda empezó a tocar la canción *Ven cuando te lo digo*, y a continuación la de Adrienne. Después de unas *calladas húngaras* y al ver que por la celosía de las contraventanas ya se filtraba claridad, el tío Ambrus comenzó a cantar. Era un barítono de voz agradable, aunque un poco aguardentosa. Los otros compañeros continuaron bebiendo impasiblemente. Una copla seguía a otra; pero al final, después de una *czarda* impetuosa, el tío Ambrus hizo señal al cíngaro para que parara. Sin embargo, no se retiró, a pesar de que tras una breve pausa venía la serenata de Pityu, sino que colocó una silla donde había estado cantando, cogió una copa y se quedó sentado enfrente de la ventana.

Si hubiera vuelto con los demás se habría visto en un lío. Ante ellos tenía que demostrar la insolente soberbia del gran conquistador que, de hecho, era su actitud habitual frente a las mujeres; mientras que ante Adrienne desempeñaba el papel del enamorado hechizado y afligido. Cabía la posibilidad de que la mujer se asomara por la ventana, por eso Ambrus tenía que seguir con la farsa, sobre todo porque era una noche de luna clara. Se quedó allí, con los codos apoyados en la mesa, dándoles la espalda a los jóvenes. De vez en cuando intervenía cantando, pese a que no tenía derecho ya que no era su serenata. Pero él siempre podía más que los demás. A Pityu no le gustó mucho, pero no quiso protestar. Era un muchacho modesto, el vástago más débil del robusto árbol de los Kendy. Se le notaba en el aspecto: era más escuálido, delgado; la nariz de ave de rapiña tan peculiar de su familia, que en otros retoños Kendy tenía formas que iban desde el pico del buitre hasta el del cernícalo y el alcaudón, en su caso evocaba el de un pájaro exótico. Con su barbilla apenas marcada daba la sensación de tener la cara dominada por una enorme nariz curvada y unos ojos negros de mirada triste.

La serenata ya estaba acabando cuando desde el edificio principal se oyó el trote estruendoso de caballos.

Con velocidad vertiginosa apareció por la esquina de la villa un faetón de cuatro caballos que paró en seco a un palmo de la espalda del tímpano. Los caballos bufaron a través de las riendas, pero se quedaron inmóviles; en cambio, los gitanos echaron a

correr cada uno en una dirección.

El tío Ambrus, maestro del juramento, soltó una sarta de sabrosas palabrotas, pero no pudo llegar al final porque del faetón descendió Pál Uzdy, el marido de Adrienne. Así que poniendo cara de circunstancias, sonrió y lo saludó gritando amigablemente:

—¡Hola, Pali! ¿De dónde coño llegas a estas horas?

Uzdy se acercó con pasos medidos a los participantes en la serenata. Su figura larguirucha aún lo parecía más con su abrigo de piel de doble botonadura que le llegaba hasta los talones, como si fuera una torre andante, y como apenas tenía hombros daba la sensación de que su figura iba estrechándose de abajo hacia arriba. Con el rostro pálido que asomaba por el tupido cuello de piel, el bigote atusado y la perilla, parecía una de esas delgadas botellas renanas cerrada con un tapón en forma de cabeza. Les contestó desde arriba, desde las tinieblas:

—Vengo de Almáskő, de casa. Me gusta salir y llegar inesperadamente. A veces a uno le esperan sorpresas como esta, ¡qué agradable! —dijo entonando separadamente las palabras.

Les dio a todos la mano larga y seca.

Sus ojos achinados brillaron burlonamente y se sentó a la mesa.

—¿Me dejáis sentarme con vosotros? —dijo con cortesía artificial en su voz extraña y siempre burlona. Los compañeros estaban muy disgustados. Habían elegido esa noche porque estaban seguros de que Uzdy no estaría en la ciudad; sin embargo, acababa de aparecer inesperadamente.

—¡Una serenata! ¿Verdad? ¡A Adrienne, claro! ¡Está bien, muy bien! Bien hecho. Me alegro de que hayáis honrado mi casa. Siento haberos interrumpido, solo me excusa que no lo supiera. ¿No es así? ¿Me perdonáis, amigos? —siguió Uzdy el monólogo—. Por favor, no os molestéis, seguid, seguid adelante. Y si me permitís me quedo para disfrutar también de tan hermosa música puesto que cuando estoy en casa, nunca tocan...

El tío Ambrus no pudo reprimir su rabia:

—Hay que ser muy asno para ofrecer una serenata cuando el marido está en casa. Tal vez te apetecería que tocáramos cuando... —se le trabó la lengua al ver que Uzdy le lanzó una mirada de brillo singular.

—¿Cuando qué?... —preguntó fríamente y de golpe estiró el largo y delgado cuello entre el abrigo de piel.

—Pues cuando... cuando estás durmiendo profundamente... o... o... De todas maneras eso no se hace... —se excusó Ambrus, y para acabar de una vez gritó al gitano—: ¿Qué te pasa, imbécil? ¡Dale a la canción del señor Alvinczy! —y volvió a dirigirse a Uzdy en tono íntimo—: Ahora le toca a Ádám, así han quedado los jóvenes.

Enlazaron una canción tras otra, pero los cíngaros aceleraron el ritmo como si quisieran acabar cuanto antes la serenata y largarse.

El ambiente estaba cargado de tensión, Ádám Alvinczy cantaba al lado del

violinista, los otros lo escuchaban sentados. El tío Ambrus estaba cerca de la casa, Uzdy enfrente, a su espalda Kadacsay y Pityu a lo largo de la mesa, y detrás de todos, cerca del foso del arroyo Szamos que cerraba el jardín de la villa, László Gyerőffy. Todo el mundo parecía estar afectado por la presencia deprimente del aguafiestas excepto László, que seguía completamente indiferente. Estaba sentado recto, la mirada perdida en la claridad de la luna, tomando champán con coñac, llenando el vaso de agua a menudo, mecánicamente.

Alvinczy tocó las *Cien velas*...

Uzdy permanecía inmóvil con los ojos achinados clavados en la luz que se filtraba por las celosías de la ventana. Entreabrió los labios dejando ver sus dientes planos como si fuera a morder. De repente estiró el busto, todavía sentado, metió la mano en el abrigo de piel y cuando la banda llegó al clímax cantando *Cien botellas de vino*... la sacó bruscamente empuñando una Browning, y en el fortísimo de «vi-i-no-o» disparó a la portezuela que cerraba la pasarela del foso del Szamos, a una distancia de apenas veinte metros.

Afortunadamente, los cíngaros no percibieron el disparo debido a la alta música, pero los que estaban sentados a la mesa lo oyeron perfectamente, junto con el impacto del balón en el marco de madera. Se estremecieron todos y el tío Ambrus dejó escapar un «¡caray!».

Uzdy estalló en estrepitosas carcajadas.

Solo Gyerőffy se quedó inmóvil, pese a que la bala le había pasado por delante de sus narices. Su mirada continuó impasible y se llevó el vaso a la boca con tranquilidad desapasionada.

Su aparente calma impresionó a Uzdy.

—Veo que tienes nervios de acero —dijo a László.

—¿Yo? —contestó Gyerőffy, y su voz llegó lejos—. ¿Por qué?

—¡Por eso! —gritó Uzdy y como un rayo disparó dos veces más delante de las narices de László, que cogió el vaso con cierto desdén y volvió a beber tan tranquilo como antes.

La serenata acabó inmediatamente. La compañía puso los enseres en el simón y se largaron rápidamente.

—¡Qué loco está Pali Uzdy! ¡Qué desagradable! —dijeron. Todos se marcharon muy desanimados excepto László Gyerőffy, que avanzaba más soberbio que a la ida. Se levantó el sombrero de la frente, y alzó el ceño cejijunto, como si menospreciara a todo el mundo. Sacó el labio inferior con arrogancia.

—¡No me estorbes el paso! —gritó a Pityu Kendy, que a cincuenta pasos de la villa se cruzó en su camino.

Los otros intercambiaron una mirada; inmediatamente se dieron cuenta de que estaba tremendamente borracho.

Era cierto, el alcohol había borrado los dolores que había traído consigo al volver a Transilvania la primavera pasada. Había borrado el sentimiento de culpabilidad que

lo mortificaba cuando estaba sobrio; la conciencia de que su prima Klára Kollonich, de la que durante largos años había estado enamorado, se había casado con otro porque él, László, había sido débil; también había borrado la humillación de haber sido obligado a dejar el casino de Budapest por culpa de las deudas de juego; el sentimiento de inferioridad que sentía frente a todo el mundo; la fe de que ya no era una persona valiosa; de que llevaba un estigma invisible en la frente, notorio a todos a pesar de que no lo demostraran y continuaran buscando su compañía.

Cuando perdió por última vez a las cartas tenía suficiente dinero para pagar, pero había preferido satisfacer la deuda a su amante, quien lo había salvado de una catástrofe similar. Le pareció mucho más horrible seguir en deuda con ella que sufrir el escarnio público que puso fin a toda su actuación en la capital. Su determinación le había aportado una sensación reconfortante y cruelmente gloriosa.

Sin embargo, esa fuerza vital se disipó pronto. Las culpas del pasado, sus debilidades, siguieron vivas, mortificándolo, y solo podía librarse de ellas si se embriagaba. Entonces caía en el otro extremo, se volvía engreído y despectivo. Una sensación de superioridad se apoderaba de él. En sus entrañas sentía que era un gran artista irrealizado que había despilfarrado su tiempo y su talento. Nunca hablaba de ello porque pensaba que «esos» no le entenderían, pero le gustaba presumir de sus éxitos en la alta sociedad y humillar a «los del campo».

Sus compañeros lo conocían y cuando comenzaba a pavonearse y su rostro se desfiguraba en un gesto desdeñoso, empezaban a tomarle el pelo, que era la mayor diversión de los transilvanos. El barón Gazsi inmediatamente se puso a su lado y le dijo astutamente:

—Haces bien en advertir a Pityu de que le falta algo de educación.

Y Pityu siguió:

—Me alegro de poder aprender de ti, que frecuentas otros círculos.

Ádám Alvinczy añadió:

—¡Como tú quieras!

El hermano de Ádám dio señales de estar de acuerdo, y el tío Ambrus volvió a la carga, cogiendo a Gyerőffy del brazo:

—Estos son unos oseznos —gritó—. No han visto nada del mundo, no como tú, que te has hecho amigo de los burros más distinguidos de Budapest.

Rodearon a László haciéndole reverencias, mientras intercambiaban guiños cómplices.

—¡Oh, qué maravilloso tuvo que ser aquel baile cortesano que nos has contado!  
¡El baile con el rey de Serbia!

László no captó que habían confundido el país del rey adrede.

—¡No era el rey serbio, sino el español! Alfonso xiii, el sobrino del príncipe Federico. Es lo mínimo que uno debe saber... —empezó a perorar sobre su tema preferido, hablando con los ademanes pedantes de los borrachos.

Así avanzaron hacia la plaza mayor mientras comenzaba a amanecer.

Por la calzada, carros de leche pasaron traqueteando hacia la ciudad. Ya casi habían llegado al Ayuntamiento cuando Gyerőffy, con un gesto imperativo, paró a la compañía.

—Aquí soy yo quien va a ofrecer la serenata —dijo al cingaro, e hizo bajar la mesa y las sillas a la acera.

Desde que había salido de la villa Uzdy, había estado pensando en cantar. Se le había pasado que solo tenía unas veinte coronas. Se sentía un señor que estaba por encima de todos, muy por encima, por eso tenía que demostrarlo y dar ejemplo. Pero ¿dónde?, ¿y a quién? No cortejaba a nadie, ni a solteras ni a casadas. Cuando muy raras veces venía desde la ciudad de Szamoskozárd —si podía conseguir algo de dinero con la venta de pepinos y lechugas— visitaba a unos y a otros, bailaba si había fiesta, tomaba chocolate con nata en casa de madres con hijas casaderas, a veces tocaba el piano si se lo pedían; pero lo cumplía todo con cierto automatismo, sin ningún interés. Era un hombre guapo, recio, que recibía miradas halagadoras, y no pocas; pero no le importaba, no notaba la intención del flirteo y le daba igual con quién estuviese charlando, tanto que cualquiera podía invitarlo a su lado y él se quedaba por cortesía e indiferencia. Por eso ahora no sabía a quién ofrecer la serenata, aunque se le antojaba dar una a toda costa.

Acababa de decidirse en ese momento, delante del pequeño palacio de los Gyalakuthy, que estaba justamente enfrente de la casa Laczók.

La joven Dodó Gyalakuthy era una buena muchacha, bastante amable, melómana. Cuando alguien visitaba su casa solía pedirle que tocara el piano.

Forzó un poco la memoria y recordó que a menudo había hablado con él de manera bondadosa y le había preguntado por diversas cosas relacionadas con la música y su vida en el campo. ¡Sí! Iba a ofrecerle una serenata a Dodó.

Eran las cinco de la mañana cuando Dodó se despertó, por segunda vez esa noche. Fuera estaban tocando. «¡Qué extraño!» —pensó—. «¿Hoy les tocan dos serenatas a las Laczók?». ¡Qué bien les iba! A ella nunca la rondaban. No lo hacían porque la joven Gyalakuthy era un partido de primera. Los jóvenes tenían miedo de ganarse fama de cazadotes si se interesaban lo más mínimo por ella. Lo cual — ¡válgame Dios!— sería una vergüenza.

Dodó lo sabía y no pensó que la serenata fuera para ella.

Se dio la vuelta en la cama para seguir durmiendo. Para qué levantarse como lo había hecho hacía hora y media cuando se había acercado de puntillas a la cortina y había echado una ojeada a la calle. Seguramente serían los mismos: los dos Alvinczy, el barón Gazsi y el tío Ambrus y... László Gyerőffy.

«Él también está con ellos. Sí, los acompaña, sin hacer daño a nadie. ¡Pobre Gyerőffy! ¡Ha vuelto de Budapest amargado y herido! ¡Oh! Aquella Klára Kollonich, la prima que le ha provocado tanto dolor, que ha atormentado a este muchacho tan querido, querido... ¡Cómo pudo hacerlo! ¡Cómo? ¡Podría matarla!», pensó mientras intentaba dormirse.

Tuvo la sensación de que la música sonaba cada vez más alta, más cercana. Aguzó los oídos. ¡Era cierto! ¡Era como si sonara delante de su casa y no en la acera de enfrente! Y ahora estaban tocando algo diferente... ¿Qué sería? Era la danza transilvana que László le había tocado el otro día después de la merienda. ¡Sí, era aquella danza!

Se levantó de un salto. Descalza, de puntillas se lanzó a la ventana. Se asomó al costado de la persiana. Fuera ya había amanecido.

En el borde de la amplia acera había una mesa rodeada de hombres, con champán y copas. A los extremos había dos policías a pie que no dejaban pasar a los peatones. Debajo de su ventana estaba la banda de Laji Pongrácz y delante... ¡Gyerőffy! ¡Era una serenata para ella! ¡A ella, que nadie le había ofrecido jamás música nocturna! ¡Y justamente él, László!

Durante unos minutos, Dodó quedó hechizada en la ventana. Estrechó las manos contra sus pequeños senos como si quisiera calmar su corazón, que daba latidos fuertes de alegría. Se acordó de que todavía no había encendido una vela. ¡Oh, qué disgusto! ¡Podría pensar que no aceptaba su música! ¡Rápido, rápido! ¡Ya estaba terminando la segunda canción!

Volvió en volandas a la cama y luego a la doble ventana con la vela encendida en la mano. Abrió las hojas interiores y puso la candela detrás de la cortina.

No, no era una idea acertada porque fuera ya era de día y no vería esa luz diminuta. Lo solucionó pronto. Corrió la cortina de batista y puso el candelabro entre la tela de la persiana y la ventana exterior. Allí estaría bien. Por un momento había dejado ver su brazo desnudo, pero no tenía otra opción. Y tampoco era un drama, ya que en el baile también se le podía ver el brazo y... y tenía los brazos bonitos, las manos pequeñas... No, nadie podía echárselo en cara. Buscó su bata acolchada de pluma porque en la habitación hacía frío y no quería volver a acostarse. ¡Oh, no! Desde la otra ventana quería espiar, mirar a ese joven que le ofrecía una serenata y que por fin, por fin, había reparado en ella, se había dado cuenta de cuánto le interesaba. Tal vez correspondiese a su amor, pero ¡oh!, solo un poco, y sería suficiente. ¡Qué ilusión!

Se abrigó con la bata de seda, que dejaba ver las curvas de su atractiva figura y se dejó llevar por las canciones; y en las alas de la música volaron sus recuerdos.

Recuerdos antiguos: cuando había hablado largamente con László por primera vez hacía año y medio en el baile de Ida en casa de los Laczók. El desasosiego inútil de los dos últimos carnavales, cuando solo lo había visto de pasada; las noticias que le habían llegado sobre él: que había estado cortejando a Klára Kollonich, que jugaba fuerte, y la última —hacía un año ahora—, que había dejado el casino de Budapest. «Solo gracias a su influyente familia había podido marcharse sin ser expulsado», decían muchos a Dodó sonriendo con fruición maliciosa, sin imaginarse el dolor que le provocaban. Pero no solo era dolor —¡no!—, sino también alegría. Alegría porque inmediatamente pensó que László regresaría a Transilvania, abandonarían el maldito

Budapest y, una vez en casa, ella tendría la posibilidad de establecer contacto con él, de ofrecerle consuelo y tal vez... tal vez entonces... tal vez fuera...

La invadieron los recuerdos más recientes de las visitas de Gyerőffy ese invierno en Kolozsvár. Si Dodó se enteraba de que László venía a la ciudad, le pedía a su madre que no solo lo invitara a merendar, sino a comer, por supuesto en compañía de otros jóvenes. Así podía verlo a menudo, aunque László apenas permanecía en la ciudad más allá de un par de días.

Charlaban de música y la muchacha, con el instinto de las mujeres enamoradas, encontraba el tono que correspondía al alma del joven artista.

Durante la conversación averiguaba otras cosas. De algunas frases que se le escapaban a László y que ella volvía a sacar y a tejer en sucesivas ocasiones supo poco a poco de la situación económica de este. Así se enteró de que había arrendado su finca a Ázbej, el administrador de la condesa Abády, y de que le había pagado por adelantado el alquiler de diez años. «Oh, ha sido un gran favor por parte de Ázbej — dijo László—, tengo que estarle agradecido». No tenía, pues, otros ingresos que los que su fiel jardinero sacaba del manzanal y la huerta. Ya no tenía crédito en ningún lugar, solo deudas. Naturalmente, László no se lo había contado de una sentada, ni siquiera era consciente de habérselo contado. Se le escapaba un dato aquí y otro allá que Dodó enlazaba con gran diligencia. Ya entonces, al conocer todo el panorama, pensó que tenía que ayudarlo de alguna manera. Y ahora que László estaba abajo en la acera tocando sus canciones favoritas, ahora que por fin daba señales de tener un cierto interés por ella, los planes inciertos de Dodó se convirtieron en resoluciones.

Por la franja que quedaba entre la cornisa de la ventana y la tela de la persiana, vio bien a toda la compañía de la serenata. El tío Ambrus, Pityu, Kadacsay y los dos Alvinczy se apoyaban somnolientos en la mesa y el camarero que les servía champán daba grandes bostezos. El cargador del tímpano cabeceaba acurrucado en el borde de la acera, apoyado contra el cubo de basura. Ya era de día, y era la hora en la que la fatiga se apoderaba de los trasnochadores. Los dos policías continuaron desviando a los peatones a la otra acera, con el mismo afán. Llegaba sobre todo gente de Monostor que portaba un par de pollos, una ristra de cebollas u otros productos invernales al mercado matutino. Algunos se paraban en la acera de enfrente para escuchar un rato la música, y luego volvían a emprender el camino.

László no iba a terminar la serenata pronto. Ya había cogido el violín de Laji y tocaba él mismo. Bajo su arco nació una voz hermosa, amplia. Era evidente que se había olvidado de todo, del tiempo y el espacio, solo oía la melodía, que nacía de él. El sombrero hacia atrás, los ojos cerrados, el cuerpo inmóvil, y en el momento en que se dispuso a tocar una canción nueva, se dirigió a la banda sin alterarse: *Están tejando el tejado del cuartel...*

Dodó lo miró con ojos ávidos...

Pero de repente, en mitad de la canción, los compañeros se levantaron de la mesa. El tío Ambrus gritó algo, la música calló, y todos, incluido el público de la acera de

enfrente señalaron la ventana donde Dodó había puesto la vela entre la persiana y el cristal exterior. La tela se prendió, grandes llamas subieron por la persiana y una nube de humo entró en la habitación, mientras el cristal de la ventana se partió en dos y cayó a la calle produciendo un ruido estridente.

Dodó se alejó de un salto. Tocó rápidamente la campanilla, después, valientemente agarró la persiana por los dos bordes y la arrancó.

¡A la palangana, rápido! ¡Un jarro de agua!

Cuando la criada, asustada, irrumpió en la habitación, Dodó ya estaba regando la persiana tirada en el parqué y con sus zapatillas menudas pisaba las llamaradas que se levantaban aquí y allá.

Afortunadamente había reaccionado con rapidez. Si las llamas hubieran alcanzado la cortina de encaje habría provocado un incendio tremendo. Así solo el parqué quedó un poco chamuscado. No había pasado nada grave, excepto que la suela de las zapatillas se había quemado, pero no hubo otro daño material.

Mientras la criada y otras dos sirvientas que habían acudido a los gritos secaban el agua y sacaban de la habitación la persiana quemada, Dodó volvió a echar una mirada a la calle.

Ya solo estaban los policías; les comentó que no había pasado nada y que ya podían marcharse. Permaneció un rato asomada a la ventana rota.

Se le encogió el corazón, como si fuera un mal presagio que justamente ahora, cuando se sentía tan feliz por la serenata, todo hubiese acabado tan mal. Sacudió su tozuda cabeza, como si quisiera librarse de las dudas.

—¡Tonterías! —dijo para sí misma—. ¡No existen los presagios! ¡Tonterías!

Y volvió a la cama, porque solo entonces notó que había entrado un frío glacial.

Aquel día era el cumpleaños de la condesa Róza Abády y a ella le gustaba celebrarlo recibiendo muchas visitas en su palacete de la calle Farkas, en Kolozsvár; disfrutaba mucho, aunque estaba totalmente prohibido preguntar cuántos años cumplía. Y, naturalmente, nadie lo hacía, si bien todo el mundo sabía que Róza Abády había nacido el 12 de abril de 1854. Los últimos años, solo una persona se había atrevido a disgustarla al enviarle una postal que rezaba: «Felicidades por haber cumplido tantos años...».

El osado había sido Boldizsár Kozma, el hijo del administrador de su padre.

El viejo Kozma había tenido cinco hijos: Dezső y Áron eran los mayores; Géza y Jenő, los menores, y el mediano, Boldizsár, tenía la misma edad que ella. De niña había jugado con los cinco muchachos hasta que se marcharon de Dénestornya, cuando el viejo Kozma dejó el servicio de los Abády y arrendó tierras en la región de Teke. Los Kozma habían cosechado una gran fortuna y, comprando una parcela tras otra, se habían hecho prácticamente propietarios de los distritos de Örményes y Teke, en el condado de Kolozs, pues los dueños de aquellas fincas no pudieron seguir el ritmo de estos cinco granjeros entendidos y modestos.

La señora Abády no los había vuelto a ver desde que tenía trece años. Al principio, todavía le llegaban noticias de que uno u otro había comprado cochinitos, corderos *racka* o cebones de su finca de Dénestornya, pero aunque el padre enviaba a alguno de sus hijos, sus antiguos compañeros de juego no subían al castillo: se quedaban en la granja negociando con el administrador. Ninguno de ellos había ido a verla nunca. Solo Boldizsár le escribía esa postal por su cumpleaños desde algún lugar del Mezőség y lo hacía desde hacía poco, cuando ella cumplió los cincuenta.

Nunca se supo por qué le enviaba esa postal.

La condesa Róza pensaba que su fin era molestarla, vengarse de una vieja ofensa, y por eso desde hacía tres años se sentía muy disgustada el día de su cumpleaños.

Se mostró alegre y de buen humor hasta que, poco antes de la hora de la comida, llegó la dichosa postal y le estropeó el día, a pesar de que su hijo Bálint había llegado esa mañana de Budapest. Quizá por lo anterior, la señora Róza, una mujer benevolente e indulgente, permitió que sus dos amas de llaves, la señora Tóthy y la señora Baczó, que siempre comían con ella, contaran tantos chismes malévolos durante el café.

Estaban sentadas en los extremos de la mesa, en sillas exageradamente estrechas para sus cuerpos obesos, tejiendo como siempre y cotilleando animadamente como si estuvieran a solas. Cuando decían algo realmente escandaloso, le daban una fuerte estocada al calcetín, como quien mata al culpable en nombre de la moral.

Estuvieron cotilleando mucho rato y Bálint las escuchó en silencio.

Por fin, sobre las tres y media, llegó el primer grupo de visitantes a felicitar a la condesa y las dos amas de llaves desaparecieron.

Y poco a poco fue llegando más gente y tanto el gran salón como el pequeño se vieron abarrotados.

En el grande se hallaba la anfitriona sentada en medio de un canapé con una mesa delante, rodeada por las señoras mayores: las madres —las señoras Gyalakuthy, Kamuthy y Laczók— y la vieja señora Sarmasághy, para todo el mundo la tía Lizinka, cuya capacidad para discursar sobre política y contar chismes maliciosos usando palabras vulgares o mostrándose muy refinada según la necesidad era proverbial.

Indignada y escandalizada habló de los mismos asuntos que las señoras Tóthy y Baczó habían tratado durante el café. El tema principal era Adrienne Milóth, la esposa de Pali Uzdy, que desde que había llegado a Kolozsvár a principios de carnaval se comportaba de manera frívola y coqueteaba con uno y con otro.

—No se contenta, queridas, con haber vuelto loco el año pasado a mi pobre sobrino Pityu Kendy, al bobo de Ádám Alvinczy y a otros —dijo la tía Lizinka maliciosamente con su voz de gallineta y su acento de Maros—, sino que está tonteando con mi otro sobrino, Ambrus. Y no es que yo esté al corriente de todo, pero Ambrus no es de esos hombres que se contentan con palabras, así que seguramente ella le habrá tentado más que con un palo y una zanahoria, así que se lleve cuidado, porque ya se sabe que un buen semental como Ambrus no solo relincha. Lo sé bien porque mi cocinera me dijo que cuando el pobre Uzdy no está en casa, Ambrus deambula por allí a escondidas...

Las otras damas guardaron silencio y apenas hicieron comentario alguno. Ni siquiera la señora Laczók, hermana de la madre de Adrienne, se atrevió a defenderla porque tenía hijas casaderas y quería protegerlas de la lengua viperina de la vieja Lizinka. Al final, la interrumpió la señora Gyalakuthy:

—Sea como fuere, esto acabará pronto, pues, según me han contado, la salud de la señora de Ákos Milóth ha empeorado tanto en el sanatorio vienes que incluso sus hijas fueron a verla.

—Sí, fueron la semana pasada —contestó rápidamente la señora Laczók— y, por desgracia, han llegado noticias poco alentadoras.

La condesa Abády dio un repaso con sus ojos saltones por todos los presentes, desde la tía Lizinka hasta el rostro de su hijo, callado entre las viejas damas. Descansó su mirada en él y volvió a la agradablemente gordita señora Laczók:

—Ya hace tiempo que está mal la pobre, ¿verdad?

—Ya lo creo, no durará mucho —la interrumpió Lizinka, que quería volver a la carga—. ¿Y qué será de la pequeña Margit Milóth cuando no tenga ni madre...? Ya me lo estoy imaginando... Solo contará con la escuela de la señora Uzdy...

Otra persona entró a felicitar a la condesa, el viejo Dániel Kendy. El antiguo

galán, vestido con una levita deslucida y pasada de moda, conservaba todavía su porte elegante; solo su enorme nariz roja delataba que no le hacía ascos al alcohol.

Hizo una reverencia y se inclinó a besar la mano de la señora Abády.

Bálint Abády aprovechó la ocasión para cederle su asiento y pasó al saloncito contiguo. Las calumnias y chismes que había tenido que aguantar desde el almuerzo le habían dejado mal sabor de boca.

En el saloncito, las señoritas merendaban con los jóvenes. Un mayordomo y un criado no paraban de servir café en tazas altas y pan dulce en fuentes de cristal, mientras las amas de llaves de la señora Abády continuaban llevando pasteles —bizcochos de cacao, barquillos y pasteles de almendra— y se ofendían sobremanera si alguien no cogía al menos un par, aunque la sonrisa dulzona no se les borraba del rostro.

Bálint estaba atendiendo a los invitados, saludando a derecha e izquierda, cuando se le acercó Dodó Gyalakuthy y le tocó el brazo.

—Bá —así llamaban a Abády, usando las dos iniciales de su nombre—, me gustaría decirle algo —dijo la muchacha atropelladamente y no muy bajo por culpa del bullicio general—. Vamos a sentarnos en algún lugar apartado donde podamos hablar.

Miró seriamente a Abády con sus hermosos ojos negros.

Se sentaron en dos butacas vacías situadas en un rincón. Bálint le lanzó una mirada interrogadora, Dodó pareció titubear y comenzó entrecortada:

—Verá, sé que yo no tengo nada que ver con eso... pero aun así... quizá, si le digo... creo que es mi deber... su... su primo —y continuó con voz resuelta, clavando la mirada en Abády—. ¡Se trata de László Gyerőffy!

Ya hablaba con fluidez y objetividad, de modo inteligente, casi profesional. Le contó todo de lo que había ido enterándose en los últimos meses, en parte por el propio László, con lo que se había formado un cuadro bastante coherente. Le contó cómo habían abusado de la dejadez de Gyerőffy y de su ignorancia, que había arrendado su finca por una suma irrisoria que había cobrado anticipadamente y que ahora apenas tenía para vivir. Se habían aprovechado de su situación, lo que era muy feo. ¡Tan feo que resultaba intolerable! ¡No!

—Vaya, se trata de un problema bastante grave —respondió Bálint cuando la joven terminó de hablar—. Ya sospechaba que le pasaba algo así. El único problema es que, por una parte, László evita todo contacto conmigo desde hace mucho tiempo, y por otra, si lo ha hecho según la ley, no hay nada que hacer...

—¡Sí se puede! —lo interrumpió Dodó triunfante—. Quien ha abusado de László es su administrador, un tal Ázbej. Por eso he querido hablar con usted, porque si usted interviene, si lo amenaza... ¡Es un crimen que merece la cárcel!

—¿Kristóf Ázbej? ¿De verdad? ¿El abogado de mi madre? Hay mucha gente con

ese apellido...

—Sí, seguro. Se conocieron en su casa de Dénestornya —Dodó se rio—. Y el muy burro de László le está agradecido: cree que Ázbej está haciendo un sacrificio por él. He apuntado los datos de lo que me contó Gyerőffy. Creo que son exactos.

La muchacha le entregó una nota.

Abády la leyó.

—¡No, no, no! ¡Esto no puede ser! —exclamó Bálint, en quien inmediatamente se despertó ese instinto de ayudar al prójimo que tantos problemas le había causado—. Voy a interrogar a ese tipo. Qué cosa más inaudita... y, además, con un familiar nuestro... Muchas gracias, de verdad, condesa Dodó, por haberme avisado.

—¡Gracias a usted, si actúa! —contestó Dodó y, como si hubiera dicho algo no debido, se ruborizó. Tal vez por eso se levantó enseguida y se fue al gran salón.

El joven se quedó solo en medio del saloncito. A través de las hojas abiertas de la puerta vio que la muchacha se acercó a su madre, le puso la mano en el hombro, gesto que hizo que su madre se levantara, y tras despedirse, se marchó.

«Qué muchacha más buena y lista es Dodó —pensó Bálint—. Qué bien le haría a László. Lo metería en cintura». Volvió a pensar en Ázbej. Le enviaría un telegrama, lo sometería a un interrogatorio y, si todo era verdad, se lo diría a su madre. Antes de hacer todo eso no le comentaría nada, pero después lo haría sin falta. Era inaceptable que su empleado tuviera negocios sucios. ¡Y lo despediría!

Esa misma tarde mandó un telegrama para el abogado a Dénestornya: «Venga inmediatamente».

Al día siguiente todavía no tenía noticias de Ázbej, pero después del almuerzo la señora Abády le preguntó:

—Has llamado a Ázbej, ¿por qué?

Bálint se sorprendió de la pregunta. ¿Estaban espiando sus telegramas? Por eso contestó de manera demasiado cortante:

—Sí, quiero hablar con él.

—¿Por qué? ¿Ha pasado algo en los neveros o en tu distrito?

—No, madre, quiero hablar con él sobre otro asunto... Ni siquiera es asunto nuestro directamente...

—Lo que yo quiero saber es por qué has llamado a un empleado mío. Al fin y al cabo, creo que tengo derecho a saberlo —le interrumpió la señora Róza que, sentada en el canapé, giró el busto hacia Bálint como si esperara un informe. Bálint no tuvo más remedio que contarle contra su voluntad lo que había oído sobre el arrendamiento de Gyerőffy.

Mientras hablaba lanzó una mirada de soslayo a las dos amas de llaves, pues pensó que no era lo mejor discutir el asunto en su presencia. Las señoras Tóthy y Baczó, sentadas en sendas sillas, rectas como dos ídolos obesos e impasibles, tejían

diligentes con los labios apretados y la mirada baja. Aparentemente toda su atención estaba enfocada en la labor, por eso movían las agujas con una velocidad vertiginosa.

—Se trata de un asunto muy feo. ¿Quién te lo ha dicho? —preguntó Róza Abády, cuando su hijo acabó la historia.

—No se lo puedo decir, de verdad.

—¿Tal vez ha sido el tarambana de László?

—No, no ha sido él.

—¿Pues quién? ¿Un chivato?

—Perdóneme, madre, pero es una información confidencial.

—Vaya, confidencial. ¿Y no puedes decírmelo ni a mí? De acuerdo, pero lo que aprendí de tu pobre padre es que no se debe dar fe a los chivatos y no lo he hecho nunca ni pienso hacerlo.

Tras un momento de silencio, la señora levantó su cabeza gordinflona y con gesto imperial mandó:

—Cuando hayas acabado con Ázbej, dile que venga a verme a mí también.

Y así cerró el asunto por el momento.

Bálint aprovechó la tarde para ir a ver al antiguo tutor de László, al viejo Szaniszló Gyerőffy, a fin de preguntarle sobre la situación financiera de la finca de Szamoskozárd.

Al día siguiente al mediodía el rechoncho abogado entró en el despacho de Bálint.

—A sus órdenes, señor conde. Disculpe su señoría que no me presentara ayer, pero recibí el telegrama a última hora de la noche, puesto que estuve en el tribunal del condado de Torda defendiendo un caso de su excelencia, la señora condesa. ¡Oh! Lo siento tantísimo...

Las palabras salían con fluidez de sus labios pequeños y rojos que se abrían de modo inesperadamente suave en su rostro de puerco espín. Sin embargo, sus enormes globos oculares miraban preocupados a Abády, que estaba sentado detrás del escritorio.

—Siéntese —dijo.

Ázbej cogió una silla que estaba apoyada en la pared opuesta, a pesar de que había una butaca más cerca. Se sentó en el borde de la silla, tal vez por ser paticorto o quizá fuera muestra de verdadera humildad. Apoyó sus manitas peludas en los muslos, como un alumno delante del profesor.

—Hace un año usted arrendó por diez años la finca de Szamoskozárd de László Gyerőffy, ¿verdad?

—Sí, señor, es tal como usted dice. Mejor dicho, no fui yo sino mi mujer. Pagué el anticipo de esos diez años con su dote. Yo, señor, no tenía tanto dinero. ¿De dónde iba a sacarlo? Su excelencia el conde Gyerőffy necesitaba urgentemente una suma muy alta y no tuve otra manera de servirle. Me alegró mucho poderle hacer un favor.

—¡Ya lo creo! ¡Una ganga de negocio! Usted con noventa mil coronas no solo pagó el arrendamiento de setecientas treinta hectáreas de una excelente tierra y de ciento veinte más de pasturaje, sino que compró también todo el equipamiento. ¿No es así?

La barba dejó ver el sonrojo de Ázbej. Quizá no esperaba que Bálint estuviera al tanto de todos los detalles.

—Tuve que comprarlo para que fuera autosuficiente... Ya me entiende, si hago negocios con el dinero de mi mujer, entonces... se entiende que... Usted reconocerá, señor conde... Aun así, el ganado y las máquinas no valían realmente mucho —dijo, y comenzó a explicar que el carro de diez bueyes no estaba completo, que apenas había un par de vacas y terneras y que la piara de puercos más los dos rebaños de ovejas eran de desigual calidad.

Escupía los números, los precios, con tan impresionante rapidez que mareaba: «Que además había que vender una gran parte del equipamiento porque ya estaba viejo y comprar nuevo. ¡Cuántos gastos!». Sumó y restó deprisa, parecía estar representando un espectáculo de matemáticas mientras esperaba que la mirada de Abády se ablandara.

La expresión de Bálint permaneció dura. Dejó que Ázbej hablara, hasta que poco a poco se enredó en su largo monólogo, se le trabó la lengua y, finalmente, se calló al tiempo que se enjugó la frente.

Y al terminar esa pausa tan breve, Abády le dijo:

—Usted me puede dar los números que quiera. Exijo datos exactos. Contabilidad exhaustiva. Y le advierto que voy a controlarlo todo. No tengo la menor duda de que mi primo Gyerőffy hizo muy mal negocio y usted uno muy bueno. Es intolerable que saque provecho a costa de un familiar nuestro, pero ya veremos. Ahora déjeme hacerle solo un comentario: lo que usted dice del equipamiento no es cierto. Szamoskozárd siempre ha sido una granja modélica. Por eso el equipamiento y el ganado valían por sí mismos lo que usted pagó por la totalidad. Tengo datos que así lo demuestran.

El pequeño abogado se levantó de un salto.

—Pero, señor conde..., excelentísimo señor... Yo, de verdad, solo quería ayudar. ¡Créame! Además, yo casi no puedo ejercer como arrendatario porque empleo todo mi tiempo y todas mis fuerzas al servicio de ustedes. Ahora mismo lo miraré... así, solo por encima... para hacerle un favor... no sé exactamente cuánto... de lo que me acuerde... haré cálculos... Y no me importa cedérselo a quien sea... ni siquiera insistiré en que me sea devuelto el dinero de mi mujer. Renuncio a ello gustosamente.

Sin duda Ázbej estaba asustado.

—Bien. Dentro de una semana quiero saber exactamente qué ocurre. Ahora pase a ver mi madre, que también quiere hablar con usted. Adiós.

—Con todos mis respetos, señor conde, le deseo buen día —dijo retorciéndose en múltiples reverencias aquel hombrecito velludo, debajo de cuyas pestañas

entreabiertas se vio de repente un brillo alentador al llegar a la puerta—. Ahora mismo voy a ver a la señora condesa.

Y desapareció.

—El asunto de Ázbej es completamente distinto de como me lo habías contado —dijo con voz seria la señora Róza a su hijo después de la comida—. No solo ha pagado lo que te dijeron tus chivatos, sino mucho más y varias veces: él solo quería ayudar al desgraciado de Laci<sup>[5]</sup>. Por eso tuvo que pedir ayuda a su cuñado, porque no tenía suficiente dinero...

—¿Su cuñado? ¡Es la primera vez que oigo hablar de él!

—Sí, su cuñado le dejó el dinero. Me lo dijo Ázbej.

—Pero, querida mamá, no creerá lo que dice ese canalla, ¿verdad? A mí también intentó embaucarme con mentiras, pero yo no le creo.

—¿Y por qué no? ¿Por qué no? —lo interrumpió la señora Róza enfadada—. Desde hace años me lleva muchos asuntos y nunca le he pillado una mentira. ¡Y es más, soy yo quien ha hecho trampas varias veces! —ahora se dirigió a las dos amas, que estaban tejiendo afanosamente frente a ella—: Díganse ustedes si no hemos controlado los asuntos de Ázbej a menudo. ¡Díganle si es cierto!

—¡Cómo no va a ser cierto! Esa es la pura verdad —dijo la señora Tóthy.

—¡La pura verdad! —repitió la señora Baczó y volvieron a tejer en silencio.

Bálint se encogió de hombros, pero antes de contestar, su madre le advirtió furiosa:

—En mi presencia no te encojas de hombros. Esa no es manera de comportarse. Has vertido una calumnia sobre uno de mis sirvientes más antiguos por un mero chivatazo. Toda tu sospecha procede de fuentes que ni te atreves identificar.

—No es que no me atreva, es que no debo hacerlo.

—Para mí, eso es suficiente para no tomármelo en serio. Así lo he hecho toda mi vida, así me lo enseñó tu pobre padre, así seguiré actuando. Sinceramente, siento muchísimo que hayas dado más crédito a las palabras de tu informador secreto que a las de tu madre. Realmente no lo esperaba de ti. ¡No!

La señora Abády calló y metió la mano en la gran vasija de porcelana china que servía para guardar la labor. Sus dedos gruesos y blancos la manosearon nerviosamente. Bálint se levantó.

—Querida mamá, no se trata de eso. Yo no estoy hablando de ti cuando digo que no le creo... —Iba a tomar la mano de su madre para besarla, pero ella se la retiró.

—No quiero hablar más de este tema. Ahora vete. Vete. Este asunto me ha afectado mucho. ¡Vete! ¡No hablemos más de eso!

Durante tres o cuatro días el trato fue muy frío entre Bálint y su madre. El joven

intentó un par de veces volver a hablarle, pero ella lo rechazaba rotundamente. Por eso, aunque comía en casa por educación, prefería estar fuera. Le resultaba inaguantable la expresión ausente de su madre y todavía más inaguantable la presencia continua de las dos robustas amas que solo hablaban cuando les preguntaban, pero que estaban siempre en compañía de la señora Abády como dos carceleras. Por esa razón empezó a frecuentar el casino y a matar el tiempo jugando a las cartas con los señores mayores. La ciudad le parecía cada día más vacía.

Esos días llegó la noticia de la muerte de la señora de Ákos Milóth en Viena, el único acontecimiento de la alta sociedad por el que Bálint se interesó.

Las noticias políticas sí despertaron su preocupación. Apponyi había presentado una proposición de ley sobre la enseñanza pública obligatoria. Los diputados de las minorías habían hecho todo lo posible por obstruirla y el tono del debate comenzó a degenerar. Al leer los periódicos, Bálint decidió repentinamente volver a Budapest. «No debo quedarme más aquí —se dijo—. Tengo que marcharme, será lo mejor para todos».

Después de anunciar su salida en dos días, el trato entre él y su madre se volvió más afectuoso. La señora Abády le preguntó cuándo pensaba volver y tal vez en señal de paz, pero sin haber hecho concesiones, habló sobre la administración de la explotación forestal.

—Estoy muy satisfecha con la reforma que has hecho en los neveros. Sin duda ya te has hecho con el control. Me gustaría que también tomaras las riendas de los bosques de abajo. ¿Sabes a qué me refiero? A los robledales y hayedos que están cerca de Hunyad. Te traspaso toda la administración. No hace falta que me consultes, excepto si son decisiones importantes.

Bálint le besó la mano y la señora Abády continuó:

—El viejo Nyiressy realmente ya no sirve para nada como guardabosques. Ya ves que sé quién sirve y para qué fin. Daré aviso —dijo sin mencionar el nombre de Ázbej— de que ahora mandarás tú allí directamente. Pero ¿cuándo vas a volver?

—Lo siento, pero no lo sé. Mientras continúe el debate sobre la enseñanza pública obligatoria debo quedarme. Tal vez realice una intervención, pero cuando acabe, volveré enseguida.

—Bien. ¡Muy bien! —dijo la señora Róza y, en señal de paz aunque con un poco de frialdad, acarició el rostro de su hijo.

Las dos amas de llaves no se encontraban presentes cuando tuvo lugar esa conversación, pero como estaban continuamente junto a la señora Abády y gracias a su experiencia de años, sabían interpretar un par de palabras lanzadas al aire y avisaron inmediatamente a su cómplice para que tuviera cuidado.

Y por esa razón al día siguiente Ázbej se apresuró a ir a la ciudad. Era un hombre muy listo. La condesa lo había defendido en lo referente al arrendamiento de Szamoskozárd, pero lo más inteligente era tener en consideración a Bálint. Debía hacer todo lo posible, porque por una vez —quién sabía— la condesa podría dar la

razón a su hijo. Así que era mejor hacer alguna concesión en el asunto de Gyeróffy y pidió audiencia a Bálint.

Ázbej se mostró más sumiso que en la primera visita. Explicó que había hecho cálculos y que tenía nuevos planes, pues había llegado a la conclusión de que forzando la productividad, considerando el valor del equipamiento, podría pagar algo de alquiler anual, unas dos mil cuatrocientas coronas. Ya había convencido a su mujer de que aceptara esa nueva carga.

Abády le interrumpió en tono irónico:

—¿Y su cuñado?

Pero Ázbej solo sonrió. Sabía bien que él no había hablado de su cuñado con Bálint, que se había inventado la participación de aquel cuando habló más tarde con la vieja condesa porque pensaba que sonaría mejor. Pero esas menudencias no le importaban al buen Ázbej. Parpadeó e inmediatamente cubrió esa grieta abierta:

—¡Oh, claro! Por supuesto. También he convencido a mi cuñado, quien hasta ahora no había pagado toda la dote de mi mujer. Por eso me ha girado una letra de cambio...

Y continuó hablando, haciendo reverencias y promesas de que haría todo lo posible por guardar el honor del señor conde. Sonreía con su pequeña boca, no se le notaba el dolor que le producía sentir que le arrebatában esos beneficios tan sustanciosos que ya había creído tener en el bolsillo.

«Al final ha merecido la pena intervenir. Es cierto que mi madre sigue molesta, pero ya se le pasará», pensó Bálint cuando Ázbej se marchó. Después sacó una hoja y con un par de palabras informó a Dodó de los resultados, para que aquella muchacha que tanto interés había puesto en el destino de László recibiera una alegría.

Por la tarde oyó la noticia de que los Milóth habían llegado de Viena y que el entierro se celebraría al día siguiente.

Esa misma noche se fue a la capital.

Era primeros de mayo, una primavera espléndida. Ni una nube en el cielo.

La bóveda azul celeste cubría como una enorme cúpula de cristal el paisaje de valles y montañas. Al sur, detrás de las cimas de las montañas de Körösfő, avanzaba la línea oscura y ondulada de los neveros y, más allá, hacia el suroeste, se veían los tres picos del Vlegyásza y las curvas del Gyalu Mare. Allí se distinguían las cimas, coronadas de robles, que cerraban el paso de Sebesvár. Hacia el oeste continuaba la sierra y al noroeste crecían las cordilleras de Meszes que se estiraban a lo lejos difuminándose y bajando al valle del Almás, cresta tras cresta. Por el norte se atisbaban las pendientes arcillosas de las colinas peladas de la región de Gorbó y los frondosos hayedos de sus lomas. El círculo se cerraba al este con la extraña cima del Részeghegy, Monte Borracho, en forma de champiñón. El horizonte desprendía un brillo tenue que se hacía más y más azul al levantar la mirada y el alma sentía un deseo apremiante de volar hacia el azur puro, profundo, inmenso y virginal, como si nunca lo hubieran cruzado nubes de tormenta, como si el cuadro vibrara suavemente, como si latiera anhelosa la inminente primavera.

Así era el panorama visto desde un amplio altiplano del que brotaban unas aguas que corrían por un lado hacia el arroyo de Almás y, por el otro, hacia el río Körös. En medio de este pequeño prado escabroso que parecía refugiarse debajo de las copas frondosas de los árboles, estaba Bálint Abády hablando con Géza Winkler, el ingeniero forestal recién contratado. Más abajo aguardaba András Zutor «el Meloso», el segundo guardabosques de la hacienda junto con un par de hombres equipados con listones blancos y rojos, estacas y letreros, cinta métrica y un teodolito con trípode, todo herramientas de triangulación.

El ingeniero estaba explicando que él ya había recorrido más o menos todo el territorio. «Desde aquí saldrá el cortafuegos principal —dijo— e irá hasta el final de la explotación forestal, al este de los bosques de Uzdy y hasta los terrenos comunales que se extienden al oeste, es decir, de un límite a otro. Por ambos lados, las parcelas de veinticinco hectáreas se señalarán con una zanja de norte a sur». Lo iba mostrando todo en el mapa, argumentando y haciendo preguntas a la vez porque en ese momento tenían que decidir si tomar o no en consideración las curvas de los valles y si trazar las zanjas en las líneas divisorias de los mismos, ganando así tablas irregulares, u optar por líneas rectas sin respetar lo accidentado del bosque, decisión que supondría que a la hora de repoblar los claros tendrían que bregar con las diferentes condiciones de suelo. Esto último sería un trabajo de ingeniería más fácil, pero el primero sería más beneficioso desde el punto de vista forestal...

Abády escuchaba sus argumentos. Tenía que esforzarse para atenderlo. Se trataba

de un asunto importante para el futuro de toda la explotación. Su cabeza estaba allí, pero sus ojos no.

Su mirada no escrutaba el mapa, sino que estaba perdida en la lejanía, entre dos robles esbeltos por donde, a través del ligero encaje verde de las hojas jóvenes, se atisbaban dos franjas verticales de color mantequilla. Eran las ruinas del castillo de Almáskő, los dos muros intactos de la torre. Desde ese lugar parecían dos franjas estrechas, pero se veía que tenían una altura impresionante. Parecían dos signos de admiración sumergidos en la lejanía, pero claros e imperiosos, rodeados por el cielo azul y las múltiples olas verdes del bosque. Era una pequeña ventana entre dos robles que se abría para dejar ver ese par de muros gigantes que lo saludaban desde lejos, desde el pasado lejano...

Bálint apartó la mirada, dio un paso y las copas se cerraron tapando la imagen de las torres en ruinas. Volvió a dedicar toda su atención al ingeniero.

Estuvieron recorriendo los puntos más importantes hasta la tarde y luego volvieron al prado en pendiente donde ya estaba montada la tienda de Abády. Pese a que ni siquiera era un sitio centrado, porque se hallaba en el borde oriental de la finca, a unos cientos de metros de la cresta que ya pertenecía a las tierras de Uzdy, habían montado el campamento allí porque tenían buena agua, una condición primordial para la gente de Kalotaszeg.

El sol ya había desaparecido detrás del collado de Királyhágó, sin embargo el cielo permanecía claro, manchado por nubes perezosas que llegaban lentamente desde el noroeste a tal altura que el resplandor del sol todavía se reflejaba en ellas.

Los empleados forestales ultimaban el campamento, recogían leña, hacían fuego y preparaban los lechos. El ingeniero se había sumido en sus apuntes.

Bálint salió hacia el bosque en solitario. Tomó una cañada, un camino para animales.

Ahora que estaba solo, totalmente solo, caminó despacio y sus pensamientos volvieron a su última estancia en Budapest, al Parlamento y al acalorado debate que había acabado hacía solo un par de días.

Se discutía la proposición de ley de enseñanza presentada por Apponyi. Por una parte se ofrecía una ayuda económica considerable a las escuelas elementales de las minorías, lo cual significaba un gran esfuerzo por parte del Estado, pero por otra, como contrapartida, se exigía la enseñanza del idioma oficial, el húngaro, y el derecho de control sobre el profesorado. La proposición suponía un cambio esencial respecto al sistema anterior. Y resultaba decisivo en relación con la Iglesia, porque ahora se otorgaba a los inspectores de enseñanza el derecho de suspender las escuelas donde la eficacia de la enseñanza del idioma húngaro no resultara satisfactoria. Hasta

entonces solo era posible incoar la suspensión a través de las autoridades eclesiásticas.

Ya con la elaboración de la proposición de ley, Apponyi había roto con la práctica habitual. Hasta ahora, según el espíritu, que no por ninguna disposición concreta, de la Ley de Minorías, este tipo de reformas debían ser discutidas previamente con las Iglesias afectadas y aprobarse con su consentimiento, si no explícito, al menos tácito.

A principios de marzo parecía seguro que la proposición de ley sobre la enseñanza pública chocaría con la fuerte oposición de las minorías. Dicho grupo parlamentario había anunciado que en esa ocasión serían ellos quienes se servirían del recurso preferido por los partidos gubernamentales: la obstrucción. Los líderes de las Iglesias rumanas habían entregado un memorando de protesta a Apponyi, pidiéndole que se lo hiciera llegar al rey.

Sin duda el debate giraría en torno a la cuestión rumana, puesto que en el grupo parlamentario de las minorías, que contaba con veinticinco escaños, las otras nacionalidades estaban representadas tan solo por tres miembros.

El 4 de abril, Polit, como presidente del grupo de las minorías, había entregado su propuesta de resolución junto a extensos discursos de los diputados rumanos. Recurrían a ese método porque no eran numéricamente suficientes para interponer una moción —un excelente recurso para ralentizar el trabajo parlamentario pues se sucedían numerosas votaciones—, con lo que habían decidido entregar antiguas intervenciones, de tres o cuatro horas, que los diputados de la mayoría habían escuchado indiferentes y aburridos.

Solo de vez en cuando alguien soltaba algún comentario escabroso, al igual que había ocurrido poco antes desde los escaños de la oposición contra la «maldita Viena», o subía el tono, como cuando se supo por el *Noticario* que el día anterior el diputado rumano Vaida había leído un poema difamatorio contra los húngaros que, debido al tedio generalizado, no había oído nadie, ni siquiera los estenógrafos.

La discusión cambió con la intervención de István Bethlen, quien se ayudó de decenas de folios. Aquel fue su primer discurso de calado, pues hasta ese momento solo había participado en los comités, aunque todo el mundo sabía que era una de las personalidades principales de un ala del Partido de la Independencia que apoyaba a Apponyi.

Todo el mundo había entrado para escucharlo y no había quedado ni un escaño libre. El discurso, duro y punzante, abarcó todos los problemas de la minoría rumana y el debate adquirió un matiz más político y general. De un bando, se habían oído acusaciones de irredentismo, de intrigas bucarestinas y de expansionismo de las minorías; del otro, los diputados rumanos habían optado por defenderse y no atacar.

Abády pensó en ese momento que su obligación era intervenir, consciente de su capacidad para decir algo nuevo, interesante, desconocido. Había estado preparándose durante un par de días, había organizado el material y se había apuntado a la lista de intervenciones.

Se dirigió a una sala medio vacía, quizá por ser un diputado independiente y poco conocido. Los partidos procuraban que cuando intervenía uno de sus ponentes, sus compañeros estuvieran en el hemiciclo para animarlo con aplausos y sonoras muestras de aprobación, pero al diputado que no pertenecía a ningún bando solo lo escuchaban unos cuantos devotos de la política que atendían a todo el mundo y los ministros de cuyas carteras se debatía una u otra proposición.

Por eso, cuando Abády pronunció su discurso, solo hubo unas diez o quince personas en los escaños y, en realidad, solo los representantes de las minorías prestaron atención a sus palabras.

En un extremo de su fila, sentado, lo había escuchado el viejo Aurél Timisán, el mismo que defendió el pleito «Memorándum».

Bálint habló sobre la eficacia de la política agraria que habían llevado a cabo los bancos rumanos bajo el mando general de su institución principal, el Banco Uniata, en su propia región, sobre todo en la zona de los neveros y del Mezőség. Una persona de confianza recibía del banco un crédito a bajo interés y, a través de intermediarios, se lo prestaba a campesinos rumanos. El problema era que el préstamo se volvía tremendamente caro cuando llegaba a manos del prestatario y el granjero necesitado terminaba pagando intereses de usura.

—Conozco un caso —continuó— en el que el interés subió al doscientos o trescientos por ciento, aunque lo habitual es que no baje del veinticinco o el treinta. Y evidentemente el deudor no puede pagarlo. Cuando con la acumulación del interés compuesto aumenta tanto la suma que el prestatario se declara insolvente, se le confiscan sus bienes. De ese modo sus tierras pasan a manos del avalista y el campesino permanece en su finca como bracero, lo cual no solo provoca daños personales, sino también pone en peligro a las autoridades competentes, como el notario, el alguacil y el tribunal húngaro, pues ellos son quienes se enfrentan al desgraciado campesino rumano, para quien ellos son la razón de la destrucción que tan injusta se le antoja, porque ellos son los defensores de su enemigo, el usurero. No debe sorprendernos que ante tales circunstancias el campesino crea que las autoridades son sus enemigos. No debe sorprendernos que el pequeño granjero endeudado o el que ya perdió su finca esté dispuesto a cumplir todas sus órdenes, puesto que su mera existencia depende de ellos. Este sistema es habitual en las regiones más pobres. Un sistema eficaz que por una parte crea la dependencia de grandes masas y, por otra, forma una clase terrateniente rumana acomodada...

La Cámara lo escuchó con tal indiferencia que Bálint sintió que sus palabras eran inútiles y anodinas. También tuvo la sensación de estar expresándose mal, de manera demasiado seca y monótona. Solo los diputados rumanos le habían prestado atención, pues al oír sus datos se encogieron de hombros, señal inequívoca de no dar crédito a su discurso y considerarlo mentira o invención.

Solo el viejo Timisán se había acercado, había pegado la oreja y prestó atención a cada palabra que pronunciaba Bálint con mirada recelosa bajo sus cejas blancas y

tupidas. Con toda seguridad se mantenía alerta por si Abády mencionaba su nombre, puesto que había sido él quien le había contado los fines y el sistema de la política bancaria rumana, así como la actitud deliberada de la misma, en la ocasión en que Bálint lo había visitado, hacía año y medio, para pedirle ayuda en un asunto de usura similar.

Abády no nombró al viejo abogado, a pesar de saber que podría haber causado una gran sensación. Solo había hablado de modo general, sin citar sus fuentes.

El interés de Timisán se difuminó cuando Bálint acabó la descripción de la situación actual y pasó a explicar el alivio que según él supondría la extensión del cooperativismo y de las cajas de préstamo. Constituir por todas partes cajas en las que participara la población, tuviera la lengua y la religión que tuviese. Establecer tal vez pequeños centros para cada tres o cuatro pueblos, enviar instructores y funcionarios formados, así como conceder más créditos y asesoramiento legal a fin de convertir en préstamos legales las deudas de quienes estaban en garras de la usura.

En ese punto ya se mostró entusiasmado, pues encontró frases más expresivas, porque su voluntad de ayudar a los necesitados siempre daba alas a sus palabras. Sin embargo, cuando acabó, apenas hubo un par de comentarios positivos y el presidente llamó al siguiente ponente.

Bálint recogió sus apuntes y se encaminó a la salida. En la esquina del pasillo Timisán se cruzó en su camino.

—¡Felicidades por su discurso inaugural, señor conde! —dijo mientras le estrechaba con fuerza la mano esbozando una sonrisa cómplice bajo el grueso bigote canoso—: Se acordará de lo que le dije cuando me honró con su visita, ¿verdad? Ya ve que tenía razón. Los húngaros están preocupados por otros asuntos, estas cuestiones no les importan.

Dio la vuelta y se alejó, pero se volvió una vez más:

—De todos modos, ha sido muy amable por su parte no delatarme. ¡Gracias!

Regresó a la sala con el andar pesado de los ancianos.

Aquella era la última escena que Bálint recordaba. Poco a poco se fueron desvaneciendo los recuerdos en la primavera reinante del bosque. La hojarasca bajo sus pies, mojada por la nieve derretida, amortiguaba el ruido de sus pasos. Entre los troncos lisos de las hayas gigantes, parecidos a columnas plateadas, altos como torres, tintineaban farolillos morados sobre la hojarasca rojiza. Donde el arbolado era menos denso, florecían las borlas blancas de los avellanos y los cornejos, las flores anaranjadas del bonetero y las estrellas blancas del endrino. Los cerezos silvestres ofrecían ramos de flores blancas como la espuma. Era un bosque de ensueño con la luz crepuscular, aunque el cielo todavía brillaba con un azul vívido y las nubes perezosas resplandecían níveas a través del verdor vibrante de las hojas.

Las aves silvestres se despedían ya deseándose buenas noches, porque se recogían

temprano, mientras en la lejanía comenzaba su canto el ruiseñor. Ensayaba algunas carrerillas, esperando pacientemente a que se hiciera de noche para empezar a cantar con más viveza las melodías de su corazón.

El sendero seguía una suave pendiente hacia el límite oriental del bosque. Desde la cresta aún se atisbaba claridad en el horizonte. Bálint subió sin objetivo alguno, sin reflexionar, inconscientemente sus pies lo condujeron a la cima, llevado por el instinto. Inesperadamente se encontró arriba, frente a la quebrada.

Se detuvo.

Se quedó mirando la quebrada cubierta de retoños de encina vestidos de verde. Abajo lozaneaba la hierba y en la loma de enfrente se alzaba la pared de un bosque repoblado con sus altos árboles. Por la derecha el valle describía una curva, y suaves colinas, como olas con crestas frondosas, cerraban el panorama. Todo, todo estaba verde, pintado del esmalte tenue de los brotes frescos, flamantes, jóvenes: el glorioso rejuvenecimiento de la naturaleza.

Bálint miró a su alrededor como si precisamente en ese momento hubiese caído en la cuenta de que estaba en el límite de las tierras de Uzdy. Sí, había ocurrido allí. Hacía año y medio había estado en aquel lugar, tal vez un poco más arriba. Allí debía de estar aquella haya gigantesca que se alzaba al lado del sendero. A sus pies había esperado a Adrienne una mañana de noviembre. La había visto llegar desde la loma, con sus pasos largos, uniformes, saliendo del bosque de repoblación y pasando por encima de la quebrada.

Vestía un traje gris *homespun*. Sí, un traje gris.

Era como si la estuviese viendo de nuevo. ¡Viendo cómo se acercaba! Entonces todo había sido dorado, bronceo, rojo como el fuego; ahora todo era esmeralda. Sí, a unos veinte pasos de allí, sobre los arbustos se veían las ramas extendidas de aquel árbol enorme donde la esperó aquella mañana otoñal de despedida... ¡Cuántas cosas habían pasado desde aquel día...!

Salió hacia el árbol sin querer, como quien se acerca a saludar a un viejo amigo, sin reflexionar, empujado por los sentimientos.

Tuvo que rodear las ramas de un tronco que los fuertes vientos invernales habían roto y obstaculizaban el sendero. Se abrió camino en el denso sotobosque de retoños. Cuando logró volver al sendero ya estaba anocheciendo. La vieja haya estaba enfrente, a solo quince metros. Su tronco pardo se alzaba solitario como una torre, cuyas enormes raíces afloraban en el terciopelo del musgo.

Entre ellas, apoyada en el árbol, se vislumbraba la figura de una mujer.

Su vestido gris parecía estar pegado al tronco. Solo su rostro pálido y su pelo negro resaltaban sobre el fondo crepuscular. Estaba inmóvil y sus ojos ambarinos, abiertos de par en par como si viera una visión, clavados en Bálint.

¡Era ella! ¡Adrienne!

¡Era ella, pegada al árbol como si estuviese esperándolo!

Como una ráfaga de viento que levanta la hojarasca y la desplaza volando, el

joven se precipitó al árbol. En cosa de un instante ya estaba ante ella. Otro instante y se abrazaron.

Sus labios sedientos, carnosos, se encontraron; sus brazos se unieron con fuerza, sus manos agarraron, arañaron el otro cuerpo. Se dejaron llevar por el temporal del deseo reprimido y callado durante tantos meses. Fue una fuerza elemental, un terremoto, un tifón, un poder demoledor indescriptible que exaltaba y destruía todo lo demás. No dijeron ni una palabra, entre la lluvia de besos ávidos solo balbucearon el nombre del otro y se dejaron caer abrazados en la alfombra tupida de musgo y hojas, derrumbados por la pasión liberada...

Un par de murciélagos cruzaron el cielo, que ya era cárdeno, dando aletazos y volando en zigzag entre el bosque y la bóveda infinita...

Adrienne se recuperó en la hojarasca, levantó las manos para arreglarse el pelo salvajemente suelto.

Bálint la miró con el corazón en un puño. Ahora, después del primer arrebato de euforia mágica, le invadieron los recuerdos de ambos. ¿Qué había dicho Addy en Venecia? Aquella última madrugada cuando se separaron: «Voy a intentar vivir... Quizá pueda, si te vas... para siempre».

Sí, así había sido el pacto que él había asumido entonces para salvar a aquella mujer de la muerte, porque esa amenaza estaba presente no solo en el mundo exterior, sino también por parte de Pál Uzdy, que había heredado la locura de su padre demente y que siempre iba equipado con un revólver y presumía de ser aterrador. Él no les había importado ni siquiera durante el largo galanteo, pero desde hacía un año vivían bajo su amenaza constante; cuando Adrienne había ido a Venecia con sus hermanas, había llamado a Bálint para pasar juntos las cuatro semanas y este había aceptado. Habían sido cuatro semanas, cuatro felices semanas, ni más ni menos, cuatro semanas inconscientes, de ensueño, cuatro semanas en el paraíso que pagarían con su vida. ¡No era un precio tan alto por aquellas cuatro semanas!

La primera noche retrocedieron, pero la pasión los venció y al final solo la preocupación mutua les salvó la vida.

La amenaza ya había estado latente en aquella carta suplicante escrita por Adrienne en la que decía claramente: «Si eso ocurriera, me mataría... Yo soy la mujer de ese hombre, soy de su propiedad... ¿Cómo sería? ¿Serías igual que él? ¿Los dos? ... ¡No! ¡No! Preferiría morir».

Lo demás, la despedida en Venecia, ya era solo un recuerdo, pero las palabras de esa carta se habían convertido en una realidad amenazante. ¿Qué pasaría? ¿Cómo? ¡Era imposible huir de nuevo! Sentía que no podría volver a hacerlo, pero se le encogía el corazón al pensar que ese inesperado encuentro no significaba que Adrienne hubiera renunciado a su promesa y que no aceptaría una doble vida con él y con su marido.

Acostado, desde abajo veía bien la cara de la mujer. Se incorporó y tocó su rodilla.

—¿Addy...? —la pregunta decisiva cabía en una sola palabra.

La mujer le dirigió una mirada, sus ojos sonrieron, su boca también, y le extendió la mano, sus ágiles dedos.

—Ya nada importa... —dijo despacio.

Adrienne también estaba sumergida en los recuerdos de aquella despedida en Venecia, de aquellas palabras que entonces había pronunciado.

Cuando Bálint se marchó, ella se asomó a una ventana, miró las lagunas infinitas y tuvo la sensación de estar muerta. Sintió que su vida había acabado y que la promesa que acababa de hacer —y que trataría de cumplir— eran palabras, solo palabras, para engañar a su amado durante un tiempo, unas semanas o meses, y para que no se culpara al hombre en cuyos brazos había conocido la felicidad de su muerte voluntaria.

Al principio esa sensación no cambió. Llegó su marido y ella lo recibió como una sonámbula, pero la preparación del viaje de vuelta a casa y, especialmente, el cuidado de su hermana menor, Judith, la mantuvieron ocupada.

«¡Pobre Judith!», pensó entonces, y la compasión alivió el dolor de los primeros días. Pobre Judith, su destino era igualmente trágico. La estancia en Venecia había sido concebida por su familia para sacarla de un entorno que le recordaba su desengaño amoroso, para que olvidara la terrible desilusión que había sufrido cuando aquel canalla huyó del país.

Ya entonces algo se había roto en el alma de la muchacha, pero el golpe de gracia le llegó en el Lido cuando una mujer desconocida para ella le devolvió las cartas de amor que aquel hombre había dejado en casa de aquella. Y eso destrozó el corazón de Judith y ofuscó su mente. Desde aquel momento estuvo aturdida y prácticamente inconsciente. Tuvieron que tratarla con mucho cuidado, como si fuera una niña enferma.

Adrienne recordó el viaje a Viena y las consultas con el profesor de Neurología que también atendía a su madre en el sanatorio donde ya llevaba tiempo ingresada, así como la vuelta a la casa familiar, Mezővarjas, donde todo había recaído sobre sus hombros porque aunque su padre tenía buena voluntad, solo sabía llorar o gritar. Las responsabilidades la habían ayudado a sobrevivir esas terribles primeras semanas.

Pensó que ya solo vivía por los demás, que su vida ya no contaba, ni siquiera existía. Solo era una voluntad abstracta, una voluntad que servía para proteger a su familia de la descomposición total.

Pasó mucho tiempo en Mezővarjas en tales circunstancias y cumpliendo su misión. Se encargó de todo. A espaldas de su padre, el administrador trató con ella los asuntos más importantes de la finca. Ella se ocupó de que se pagaran sin falta y puntualmente los considerables gastos de la cura de su madre.

Judith tampoco podía quedarse en la antigua habitación de soltera que hasta

entonces había compartido con su hermana menor, Margit. Parecía mejor solución trasladarla a otra ala más apartada de la villa donde no se oyesen los gritos de su padre, que se pasaba el día regañando a la servidumbre.

Adrienne amuebló dos habitaciones, una para la muchacha y otra para aquella buena mujer mayor que desde su infancia vivía en Mezővarjas y que ahora cuidaba a Judith.

Cuando descubrió que en la mente ofuscada de la muchacha brillaba algo de interés al ver animales pequeños, le hizo un pequeño corral en una esquina de la casa con pollos y un par de conejos. Dio buenos resultados: cuando estuvo listo, fue la primera vez que Judith expresó alegría. Y se pasaba todo el día allí, con sus animalitos, cuidándolos y dándoles de comer; seguramente se sentía bien con ellos.

Las nuevas responsabilidades dieron a Adrienne más independencia frente a su suegra y su marido. Cumplía una misión, una obligación: tanto su suegra, la vieja señora Uzdy, como su marido tenían que plegarse a las circunstancias.

Tenía un buen motivo para marcharse de vez en cuando de Almáskő, donde Adrienne no tenía nada que hacer y vivía como una eterna huésped. Su suegra dirigía la casa y la educación de su hija, y nunca dejaba que Adrienne interviniese. Pál Uzdy lo controlaba todo, hasta el detalle más irrisorio. Ella había cuidado un poco de la huerta de frutales, aunque para ellos era un juego tonto, un pasatiempo que premiaban con sonrisas desdeñosas. No obstante, las nuevas responsabilidades significaban trabajo. Pál Uzdy, que hasta entonces la había tratado como si fuera una esclava blanca comprada para la casa cuya tarea no era otra que ser bonita, obediente y estar dispuesta cuando en él se despertase el deseo, parecía demostrarle un vago aprecio —tampoco mucho mayor—, como si la tratase de manera más humana o estuviese orgulloso de lo que Adrienne hacía por el bien de su familia.

Pero todo era apariencia. La relación matrimonial con su marido continuó siendo la misma que en el pasado. Solo sentía asco y miedo cuando Uzdy entraba en su alcoba y, con los recuerdos de las felices noches venecianas en el corazón, tuvo la sensación de caer de los cielos al infierno eterno: una condena que se había impuesto ella misma.

Con el paso de las semanas y los meses, cada vez pensaba más y más en el amor al que había renunciado cuando expulsó a Bálint de su lado. Los sentimientos que entonces la habían motivado perdían fuerza poco a poco.

Todo le recordaba a él y volvía a vivir el pasado de su amor.

En Mezővarjas fue a ver el banco donde Bá, Bálint Abády, le había declarado su amor por primera vez y donde ella se había ofendido por sus palabras anhelantes, lascivas, y por aquel beso en la parte inferior del codo. ¡Ahora le parecía tan infantil!

En su apartamento de Kolozsvár, donde a menudo se alojaba al pasar por la ciudad, todos los rincones le despertaban recuerdos. Todo era igual que en aquellos días: las mantas blancas a modo de alfombra, los cojines de seda roja y el enorme fuego de la chimenea. ¡Cuántas veces se habían sentado allí al principio de su amor!

Allí le había enseñado Bálint a besar y allí había intentado forzarla una tarde de oscuridad crepuscular. ¡Cómo se había rebelado entonces! Y allí le había escrito aquella carta —la despedida final, pensó entonces—, en la que le decía que no quería ser su amante, nunca, y que se mataría «si eso ocurriese...».

Allí decidió con su padre y su hermana Margit el viaje a Venecia aquel junio ya pasado. Cuando aceptó el encargo de acompañar a sus hermanas, cuando logró que su marido y su suegra consintiesen que fuera, ya sabía —aunque sin confesárselo a sí misma— que llamaría a Bálint para pasar juntos esas cuatro semanas pese a que no pensaba volver de allí viva.

Por entonces el deseo era ya más fuerte que cualquier otra cosa...

Y allí en Almáskő todo hablaba también de él: el dormitorio en el que Bálint entró por primera vez mientras ella, recostada en la cama, se cubrió vergonzosa con las sábanas, aprovechando que Uzdy se había marchado esa misma madrugada. Los senderos del bosque por donde habían vagabundado abrazados y esa haya gigantesca, testigo único de su primera cita secreta...

Iba allí frecuentemente, casi a diario, desde que había regresado de Venecia. Pasaba largos ratos a su lado, solitaria y huérfana.

Todo hablaba de él y, al recordar, la invadía un deseo cada vez más poderoso: ¡volver a verlo! Durante largos meses experimentó una amplia gama de emociones y sentimientos que acabaron con muchas creencias que, pensaba, eran leyes para ella. De Abády no sabía nada.

Solo de vez en cuando oía decir que estaba en Budapest o en Dénestornya, en casa de su madre, pero no sabía nada de su vida. ¿Qué hacía? ¿Qué sentía? ¿Pensaba en ella o ya había encontrado a otra que lo consolara? Cuando lo pensaba, los celos mortificaban su alma con tanta fuerza que quería gritar del sufrimiento. Se sentía culpable por esos celos, puesto que había sido ella quien lo había instado a marcharse, quien lo había dejado libre, quien había renunciado a él...

¿Por qué lo había hecho?

¿Por qué? Había tenido que hacerlo. No podía divorciarse de su marido, porque nunca se lo perdonaría, acabaría no solo con ella, sino también con su amado. La única opción era romper, pues sabía que no sería capaz de resistirse si lo viese y, en ese caso, estando aún con su marido... ¡sería terrible, impuro, imposible! Era un mandamiento moral que entonces le parecía inquebrantable, pero poco a poco la espera, el deseo, el sufrimiento y los celos derrumbaron sus argumentos, doblegaron su voluntad. ¿No daba todo igual? ¿Se podía vivir así? ¿No era una locura renunciar al único hombre que la amaba, al único placer que le ofrecía la vida a ella, a quien incluso la habían privado de su propia hija?

Aquello había sido obra de su suegra, y su marido no se había puesto de su parte, porque ella no era otra cosa para él que una odalisca, una cortesana, nada más. La relación con su marido ya era una deshonra en sí misma. ¿Qué diferencia había si en su esclavitud aceptaba lo que le brindaba la vida? ¿Por qué no? Renunciar a la doble

vida solo había sido fruto de su orgullo y arrogancia, de su egolatría irracional, y ahora tenía que pagarlo con un sufrimiento inútil, inútil, inútil...

Esas ideas recurrentes eran contrarias a su ser y las había expulsado cientos de veces; sin embargo, volvían una y otra vez, cada vez con más intensidad. Nadie se lo decía, solo ella misma; nadie se lo rebatía, solo ella luchaba con sus recuerdos y sus ansias. Su alma y su cuerpo se lo pedían a gritos.

Ya casi había anochecido cuando se separaron, pero no fue una despedida, sino el principio de un futuro feliz.

Bálint esperó al pie del árbol hasta que la mujer le hizo una señal desde el límite del bosque vecino y su figura desapareció por el camino.

Él también partió hacia el campamento.

En el camino repasó todas sus palabras. Repitió la clave que habían acordado: cualquier número de cuatro cifras en la carta significaría el día y la hora de la cita.

Decidió construir una cabaña de caza en el prado donde ahora estaba montada su tienda. Abriría un atajo desde el prado hasta la cresta para que Adrienne pudiera ir a verlo.

Cuando por la noche repartió el trabajo, pidió que se realizasen dos o tres veredas más y salegares para los corzos a fin de disimular el objetivo.

Fue la primera vez en meses que Bálint durmió felizmente.

Desde finales de mayo Bálint volvía a estar en Budapest. Frecuentaba la Cámara por responsabilidad, ya que al no formar parte de ningún partido no estaba obligado a asistir. Quería sacar adelante la propuesta de extender las cajas de préstamo y las cooperativas tal como planteó en su discurso. Encontró un aliado en el presidente del Centro de Cooperativas, que era transilvano y buen amigo del ministro Darányi. Los otros miembros del gabinete parecían más difíciles de convencer.

En realidad, el gobierno tenía otros problemas que solucionar. Una vez terminado el debate sobre la ley de la enseñanza pública y apenas pacificados los ánimos respecto a la cuestión de las minorías —que en su crispación no dejaban de enviar cartas de protesta al Parlamento desde las asambleas populares rurales—, hubo otro enredo que tuvo unos efectos directos más incómodos.

El presagio de Zsigmond Boros se cumplió. Todo ocurrió como él había predicho el pasado noviembre. Apenas aceptadas las leyes nacionalistas de enseñanza promovidas por Apponyi, ya estaba sobre la mesa la proposición de ley de Ferenc Kossuth sobre los empleados del ferrocarril. Según los argumentos inventados para satisfacer al público, el gobierno pretendía con esa ley impedir en adelante huelgas como las recientes de ferroviarios que, a pesar de que solo habían durado un par de días, habían provocado mucho alboroto. No obstante, la proposición de ley no solo contenía restricciones disciplinarias, sino novedades en el uso del idioma. Declaraba que la Red Nacional de Ferrocarriles Húngaros solo podía emplear a personas que hablaran húngaro.

Puesto que el ferrocarril húngaro funcionaba también en Croacia, la restricción atañía al personal croata. La innovación, a decir de los croatas, era contraria al Compromiso húngaro-croata según el cual el idioma oficial era el croata. A pesar de que la proposición de ley exigía el conocimiento de la lengua croata por parte del personal que atendía directamente al público y por parte de las autoridades, la coalición serbo-croata que había llegado al poder precisamente gracias a la ayuda del mismo Kossuth, se opuso rotundamente. De inmediato protestaron con vehemencia. Cuando el 5 de junio empezó el debate de la proposición de ley, ejercieron su derecho —que no habían practicado desde hacía años— de intervenir solo en croata. Recurrieron a la obstrucción, que tomó formas más graves que en el anterior debate de las minorías gracias a que los croatas eran más de cuarenta en el Parlamento y, por tanto, tenían la capacidad de servirse de todos los recursos que los húngaros habían ido refinando como instrumentos de obstrucción.

Hubo gran indignación, especialmente en el Partido de la Independencia contra la coalición serbo-croata, al que hacía dos años, cuando las luchas por el derecho público, había apoyado en la iniciativa de la unión personal y en la «Resolución de

Fiume». En ese momento los habían considerado aliados, ahora los consideraban unos traidores deseosos de atacarlos...

Nadie entre los diputados húngaros escuchó sus discursos porque apenas un par de personas entendían croata en toda la Cámara, y se dedicaron a formar grupos en los pasillos. Estos diputados, que estaban obligados a estar presentes para tener derecho a voto, mataban el tiempo riñendo y discutiendo horas y horas. Así, un día tras otro, una semana tras otra. Por ello se alegraban cuando algún líder político se reunía con ellos e improvisaban una sucursal del Parlamento en honor al recién llegado.

Ese día estaban reunidos alrededor de Sámuel Barra, que se había acercado por casualidad. Béla Varju inició la lucha dialéctica para brindar al gran Barra la oportunidad de soltar una de sus famosas invectivas. El encuentro prometía ser interesante, un buen pasatiempo.

—Yo, personalmente —empezó Varju—, pienso que somos unos imbéciles aguantándolo. Llevamos dos semanas sin hacer nada y esos croatas siguen croando como ranas. ¡Si yo fuera el gobierno, les enseñaría cómo suena el látigo húngaro!

El gran Barra abrió su enorme boca, que parecía más grande que su cara, tal vez a causa de su imparable verborrea. Su boca, entre el bigote y la gruesa barbilla, tenía vida independiente.

—¿Qué látigo? ¿Quieres decir que el gobierno, contraviniendo las reglas parlamentarias, debería impedir su actuación? ¡He estado luchando durante años en defensa de las reglas parlamentarias contra los verdugos de la camarilla! ¡Yo, el primero, como bien sabéis! ¡Y puede que lleguen tiempos en que tengamos que salvar la libertad de la nación desde el alcázar de las reglas parlamentarias...! ¡Las reglas son sagradas!

El viejo Bartókfáy levantó el dedo:

—No se lo permitiremos —zanjó expresando conformidad con su acento de Maros—. Ni a Ferenc Kossuth; como tampoco se lo habríamos permitido al gran Lajos Kossuth. ¡Nunca! ¡Os lo digo! —gritó y volvió a meter la mano en el pliegue de sus pantalones estrechos, pues todavía vestía el tradicional traje húngaro de los años sesenta para que la gente viera que entonces ya era un personaje importante.

—Es cierto que las reglas parlamentarias no se deben modificar bajo ningún concepto —dijo un joven diputado en tono adulador hacia el gran Barra—, aunque se usen en nuestra contra...

—Opinar así tampoco es correcto —interrumpió el líder, que disfrutaba contradiciendo—, porque no se os olvide que nosotros somos los representantes de la voluntad del país, de su fe, de su libertad, y luchamos por ello con todos los medios posibles, pero ¿qué sería de nosotros si se permitiera hacer lo mismo por intereses particulares? ¡Tolerarlo supondría el fin del parlamentarismo, de nuestra ancestral Constitución! Por eso hay que encontrar la manera, sea como sea, de que los partidos que no representan el ideal nacional no puedan recurrir a la obstrucción.

—Pero acabas de decir... —balbució el joven prócer—. Yo he entendido...

—Me has entendido mal, pero yo lo he dicho bien: ¡las reglas son sagradas! No obstante, solo el objetivo moral y nacional autoriza su uso, y nada más... —replicó, y luego discursó sobre el tema con frases largas que no clarificaban nada pero sonaban estupendamente. La gente se acercó al oír el vozarrón de Barra. Bálint Abády también fue a escucharlo.

Estaba de buen humor. Sus cosas iban bien. Gracias a las intervenciones croatas, que habían suspendido toda labor parlamentaria, los miembros del gobierno tenían más tiempo para ocuparse de temas ajenos a las cuestiones diarias del Parlamento que, debido a los rifirrafes entre los tres partidos, se complicaban constantemente. Estaban a punto de adjudicarle el encargo de extender las cooperativas y ese día en el Parlamento estaba esperando al ministro de Hacienda para tratar los últimos detalles.

Bálint Abády llegó en el momento en que alguien del público hacía un comentario elogioso de Ferenc Kossuth, del sabio hombre de Estado que era... Al gran Barra no le gustó. Desde los tiempos de las luchas parlamentarias se llevaba mal con Ferenc Kossuth, quien entonces había sido su adversario.

—¿Hombre de Estado?!... ¡Cómo no!... ¡Los ministros son todos hombres de Estado! —exclamó abriendo su enorme boca en una gran carcajada—. Pero cabe preguntar si ha sido muy sabio introducir esta innovación lingüística ahora que la coalición serbo-croata nos apoya en la idea de la unión personal. Nuestra huérfana nación tiene tan pocos amigos que tal vez no haya sido la mejor idea hacer daño a nuestro único aliado.

Bálint le interrumpió:

—Depende del valor y sobre todo de la sinceridad de la alianza. Estoy convencido de que la coalición serbo-croata no aceptó la Resolución de Fiume por simpatía hacia nosotros, sino por órdenes de Belgrado. Muy hábilmente, apoyarían cualquier iniciativa que pudiera llevar a la descomposición de la Monarquía. Y tal vez Kossuth haya introducido la cláusula del idioma a propósito para poder romper con sus amigos serbios.

El gran Barra miró atónito durante un segundo a Abády, a quien apenas conocía y que solía permanecer callado. Iba a contestar para asestarle un golpe al inoportuno intruso cuando Zsigmond Boros, que desde hacía unos minutos ya se había unido al círculo, se le adelantó:

—Sin duda, la suya sería una observación política acertada —dijo con su preciosa voz de barítono—, pero puedo asegurarle que Kossuth ni lo ha pensado. No se imaginaba que pudiera provocar una crisis. La explicación es su ignorancia —sentenció, y para magnificar las leyendas sobre su persona añadió—: Cuando yo todavía estaba en el cargo, ya se habló del asunto; se lo advertí seriamente, pero no me hizo caso. Por eso dimití de mi puesto como secretario de Estado. Entonces no podía decirlo, pero ahora tengo claro que no soy capaz de servir a otro interés que no sea el bien de la patria. Para mí no existe ni puede existir otra cosa.

El gran Barra, que odiaba a Kossuth, titubeó y, como tampoco le gustaba que otro adquiriese protagonismo y atrajese la atención del público, exclamó furioso:

—No es mi deber defender al ministro de Comercio, pero el amor patrio, aunque ignorante, aunque a veces débil, ¡tan a menudo débil!, atravesando los infiernos, siempre encuentra el camino del honor nacional. Porque la llama encendida de nuestro corazón arroja luz a las obligaciones del futuro. Seguiré eternamente este resplandor infalible y sabed que la patria, la nación, la Constitución, todo se engrandecerá en una sola palabra. Sabed que yo...

Barra había llegado a este punto de su discurso cuando un bedel se acercó a Abády y le tocó en el hombro. Le susurró que lo esperaban. Bálint se dio la vuelta y se apresuró hacia los despachos de los ministros. Las sonoras frases lo persiguieron hasta el fondo del pasillo:

—... que yo resisto sin rendirme, eternamente, como exige el bien de la patria...

Media hora más tarde, Bálint salió del Parlamento con la autorización del presidente del gobierno para acometer la extensión de las cooperativas en el bolsillo. Esa misma noche emprendió el viaje a casa. Desde que había entrado en política, aquella era la primera vez que regresaba a casa con cierta satisfacción. Por fin podría trabajar y materializar parte de sus planes filantrópicos.

Antes de dormirse estuvo pensando por qué región empezaría la organización. ¿Por la del Mezőség, alrededor de Lélbánya, o por la del Kalotaszeg? Barajando pros y contras fue vencido por el sueño. Sus últimas reflexiones favorecieron a Kalotaszeg. En los pueblos húngaros que se extendían a los pies de los neveros podría reclutar líderes aptos, y esos lugares servirían como centros para forjar vínculos con algunos de los pueblos rumanos de las montañas. ¡Sí! ¡Por allí debía empezar! Y mientras su mente se iba adormeciendo, oyó tenuemente otro argumento. En aquella región, sobre las crestas entre los valles de los ríos Körös y Almás, ya tenía construida aquella cabaña en el prado donde podría refugiarse y esconderse para revivir las horas cuyos embriagadores recuerdos le hacían hervir la sangre desde el viaje a Venecia.

Róza Abády recibió a su hijo con gran alegría cuando este volvió a Dénestornya. Desde que había hablado en el Parlamento, estaba muy orgullosa de él. Les había leído el discurso en voz alta tres veces a sus dos amas de llaves, las señoras Tóthy y Baczó, quienes lo habían escuchado asintiendo con la cabeza, mostrándose debidamente sorprendidas cada vez que venía al caso. También se lo leyó a Ázbej, que a cada frase hacía reverencias de devoción absoluta. Después lo guardó en su escritorio, de donde lo sacaba en secreto de vez en cuando para disfrutarlo una y otra vez. Cuando Bálint le contó sus planes y su nombramiento para llevarlos a cabo, la señora Róza se emocionó:

—Es como si oyera hablar a tu pobre padre... —dijo estrechando la cabeza de su hijo contra su hombro suave. Luego le preguntó por qué región pensaba empezar el trabajo.

—De momento estoy pensando en dos. Un centro sería Lélbánya, donde la cooperativa ya está organizada; solo tendría que vincular a los pueblos vecinos. El otro sería algún pueblo de Kalotaszeg, a los pies de los neveros, desde donde podría involucrar en el proyecto a dos o tres pueblos rumanos de las montañas.

—¿Y por cuál de los dos comenzarás?

—Creo que por Kalotaszeg. Ya he escrito al magistrado de Hunyad para que reúna a los notarios de los neveros a fin de discutir el asunto.

—¿Quieres decir que ya vas a salir de viaje? ¡Pero si acabas de llegar!

—Sí. La reunión se celebrará pasado mañana. Y aprovecharé también para recorrer los bosques.

La cara de la señora Róza se ensombreció. Sus saltones ojos grises lo miraron como si quisieran preguntarle algo. Sin embargo, solo dijo:

—¿Vas allí? ¿Otra vez? —preguntó distraída.

Hacia un mes habían llegado dos cartas con sellos de Nagyalmás.

Como ella era quien solía recibir todo el correo antes de que se distribuyera al resto de la casa, conocía bien la letra torcida de Adrienne. Desde hacía mucho tiempo, desde que Bálint había estado en el cuerpo diplomático, la señora Róza examinaba la letra femenina de los sobres destinados a su hijo. Entonces sentía gran alegría, pues secretamente se sentía orgullosa del éxito de Bálint entre las mujeres. En cambio, las cartas de Adrienne de los años anteriores la habían preocupado; aun así, estaba tranquila porque desde el último verano no habían llegado más.

Sin embargo, en tres semanas había recibido dos. ¿Habrían comenzado de nuevo? ¿Habría vuelto aquella mujer malvada y peligrosa a cautivar a su hijo?

Se sumergió en agrios pensamientos, mientras Bálint le daba extensas explicaciones, tal vez demasiado detalladas: el ingeniero forestal y las mediciones, el trazado de los límites y la explotación de los árboles de las franjas, los planteles y la casa del guardabosques, el mapa y el catastro... No obstante, advirtió que su madre no lo escuchaba, sino que estaba pensando en lo mismo que él: la cita con Addy.

—Estoy casi tan sola como cuando estabas en el cuerpo diplomático... ¡Parece que es mi destino! —dijo la señora Abády cuando se despidieron.

Bálint la abrazó calurosamente y le besó la mejilla y la mano.

Pero la señora lo apartó de sí con un gesto helado y le dijo fríamente:

—Vete, si es así, vete.

La reunión en Bánffy hunyad, en la oficina del magistrado, acabó aparentemente bien. Las instrucciones fueron entregadas a cuatro notarios locales, de los cuales tres dudaron del éxito del plan. Sería difícil encontrar granjeros de los neveros que entrasen en cooperativas de otro pueblo, donde los considerarían unos extraños. La gente no frecuentaba otros pueblos y no comprendería por qué debería hacerlo.

Pero si era voluntad del gobierno, lo intentarían. Solo el notario de Gyurkuca,

Gaszton Simó, pareció tener una opinión más positiva. Se mostró más engraido que nunca y tuteó al magistrado, quizá por ser pariente lejano o tener un tío noble en la corte. Solo por ciertas circunstancias él no había llegado a ser más que un notario común y corriente. Esas circunstancias fueron un pequeño accidente ocurrido antes del bachillerato, una travesura imprudente con la caja del círculo de estudiantes. Su familia lo había arreglado. Ya no importaba, con su puesto de notario se consideraba un señor, un cacique, y desde que ese mismo año había sido elegido presidente de los notarios del condado se sentía aún más poderoso. Simó era muy listo. Ahora demostraba lealtad a Ferenc Kossuth y últimamente a Gyula Justh, como había hecho antes con Kálmán Széll y luego con István Tisza.

—Lo lograré —dijo, y bajo sus pobladas cejas brillaron con astucia sus ojillos porcinos—, llevaré la cooperativa a tanta gente como desee. ¡A sus órdenes, señor conde! ¿Cuánta sería deseable? —preguntó en tono confiado a Bálint.

Abády volvió a sentirse presa de la misma sensación de antipatía que le invadía siempre en presencia de Simó.

—No se trata de órdenes. Tendrán que entrar voluntariamente. Hay que explicar a la población por qué es interesante para ellos. Primero estaría bien que entrasen algunos granjeros inteligentes que sean influyentes. No importa si tienen deudas, puesto que todo el plan se pone en marcha para salvarlos de las garras de los usureros. Eso debe quedar claro. Si se les dirige con benevolencia es imposible no tener respuesta. Y este es un ejemplo: el invierno pasado un usurero de los neveros fue asesinado. ¿Cómo lo llamaban? ¡Ah, sí! Rusz Pántyilimon. Esta clase de historias se podrían evitar si los granjeros entraran en la cooperativa.

Gaszton Simó soltó una carcajada amarga.

—¡Claro, a ese Rusz lo mataron a palos!

Simó frunció el cejo levemente, no por Rusz, sino porque sabía que Abády lo acusaba de participar en los trapicheos de usura que habían provocado aquel brutal asesinato una noche de invierno. Pero era un funcionario disciplinado y por eso aprobó todo lo que decía el señor diputado y asumió de buena gana las órdenes del gobierno mientras intercambiaba una mirada cómplice con el magistrado.

Resolvieron fundar cooperativas de préstamo en tres pueblos cuyos habitantes eran rumanos —Szentkirály, Gyerőmonostor y Magyarókerék—, y cuya competencia se extendería a pequeñas aldeas de los neveros.

Por la tarde, Abády fue al bosque en carro y se mudó definitivamente a la cabaña de caza que había montado cerca de los encinares de Uzdy.

Por la noche se despidió de sus acompañantes y se quedó solo.

Cenó delante de la pequeña cabaña y permaneció sentado hasta que la noche se hizo muy oscura. Silencio absoluto. No se oía ni una sola voz, solo el susurro tenue de las hojas en la cercanía y, en la lejanía, el respiro misterioso del bosque durmiente.

Por fin se acostó. Adrienne llegaría al día siguiente por la mañana, quizá de madrugada.

Si es que había recibido el mensaje...

Si es que podía venir...

Si es que no había cambiado de idea...

Si todo ocurría según lo planeado...

Sobrellevó la ansiosa espera con los nervios a flor de piel.

—Tengo que volver —dijo Adrienne—, si no llamaré la atención que pase tanto tiempo en el bosque.

Se acercó al ventanuco que daba al este y abrió de un empujón las contraventanas. El haz dorado del sol entró de golpe en la cabaña dibujando un cuadrado nítido en el suelo de tierra apisonada. De repente, el tenebroso interior de la cabaña, hasta entonces misteriosa a media luz, perdió cruelmente el hechizo.

Era una casita normal y corriente, como cualquier cabaña de caza. Sus paredes estaban hechas de troncos, las juntas selladas con barro y musgo para que no entraran el viento ni la luz. No tenía más muebles que una pequeña estufa de hierro para cocinar y una palangana de hojalata en un rincón; en otro, un catre sencillo, pero ancho, de pino. Sobre el mismo había un jergón grueso, bien relleno, pero no de paja, sino de aromático heno. De las vigas salían unos ganchos donde Bálint colgaba la ropa, la escopeta y el zurrón. Sin duda, el refugio forestal no era un palacio del placer, pero tenía que ser así, había que evitar llamar la atención. Y a ellos dos les era absolutamente indiferente cómo fuera la casa que daba cobijo a su renacido amor. Todo su mundo cabía en esa miserable cabaña.

Antes de que Addy emprendiera el camino de vuelta, se sentaron en el catre cogidos de la mano.

Después de un largo silencio la mujer empezó a hablar. Sus ojos de ónice no miraban a Bálint, sino que permanecieron clavados en el suelo. Habló lentamente, midiendo las palabras:

—Es necesario que vengas a Almáskő un día de estos... Uzdy sabe que en mayo estuviste por los alrededores... Se enterará de tu estancia cuando vuelva a casa... y... y... no estaría bien que no fueras a verlo... Le resultaría extraño...

Se quedó sumergida en sus pensamientos, recordando lo que no iba a contarle a Bálint: el comentario de su marido.

Hacía dos semanas, después del almuerzo, como era habitual, habían estado tomando café en el salón la condesa Clémence, sentada en su canapé; ella, Addy, en una butaca, y su marido, que paseaba arriba y abajo con su peculiar andar afectado, rebuscado. Uzdy se detuvo bruscamente justo frente a ella y desde su altura le dijo con voz aguda:

—¿Ha oído que Abády estuvo por los alrededores?

Adrienne no supo qué responder. En una fracción de segundo pasaron por su mente como un rayo dos posibilidades: si decía «no» y Uzdy sabía que ella había visto a Abády, significaría la muerte segura para este; pero si confesaba que lo sabía, provocaría una lluvia de preguntas —quién se lo había dicho, cómo y cuándo— y sus propias respuestas le echarían un lazo que la sujetaría cada vez más fuerte y causaría una avalancha de mentiras que tarde o temprano la delatarían.

Mejor negarlo, pasara lo que pasase. Lo miró a los ojos y contestó inmediatamente:

—No, no he oído nada.

—¡Vaya, vaya! ¡Claro, claro! Pues sí, estuvo en mayo por aquí, muy cerca, durante días, en el bosque. Y no nos hizo el honor de visitarnos y deleitarnos con su grata presencia a mi madre, a mí y especialmente a usted, sí, a todos nosotros.

Adrienne no contestó. Su marido dio una vuelta por el salón muy despacio y volvió a pararse delante de su mujer.

—¿No le parece curioso? Incluso ofensivo según las reglas sociales. ¡Oh, a mí me importan un bledo...! En cambio, a usted... Ha sido galán suyo. *Oh, en tout honneur!* ¡Claro! —dijo estallando en carcajadas que le torcieron el bigote en una mueca todavía más burlona. Al poco volvió a la carga—: ¿No le parece, al menos, extraño? ¡Extraño! ¡Sí! Esa es la palabra acertada. ¡Muy extraño! El año pasado vino dos veces, pero en otoño, después de que ustedes volvieran de Venecia no tuvo el detalle de visitarnos. ¡Verá, eso sí que me parece muy extraño!

El pánico corrió por la piel de Adrienne: la alusión a Venecia fue inesperada y amenazante.

Sin embargo, contestó con toda tranquilidad.

—Después de Venecia, yo pasé muy poco tiempo en casa y estuve infinitamente más en Mezővarjas.

—¡Tiene razón, discúlpeme! ¡Perdón, perdón, perdón! —dijo Uzdy haciendo rígidas reverencias y balanceando el brazo afirmativamente. Volvió a dar dos vueltas más por el tenebroso salón y se paró en la puerta.

—Sin embargo, me extraña mucho —volvió a decir entre carcajadas, pero con sus ojos de tártaro encendidos con un brillo amenazador—. ¡Sí, no deja de ser muy extraño! —abrió la puerta, salió y la cerró con lentitud exagerada, sin hacer ruido.

Adrienne miró a su suegra. La condesa Clémence continuó sentada inmóvil, impasible, estirada. Sus ojos se perdieron en la lejanía con la cara tensa, como si estuviera escuchando el eco de viejos recuerdos. Quizá no hubiera oído nada de lo ocurrido.

Adrienne estaba pensando en esa escena antes de hablar con Bálint, pero solo le contó lo necesario, lo suficiente.

No habló de sus preocupaciones, de sus inquietudes, de las mil vueltas que había dado a las palabras de su marido buscándoles algún sentido. ¿Por qué había sacado el tema? ¿Sabía algo de ellos? ¿Y qué era? ¿Por qué quería que Bá fuese a verlos, él,

que nunca había invitado a nadie ni le importaba la visita de nadie en absoluto? ¿Por qué se interesaba justamente por Bálint? ¿Y había mencionado Venecia! ¿Sospechaba algo o había sido pura casualidad? Si sospechaba algo, habría tramado algún plan. Un plan fatal, cuyo medio sería ella misma, Adrienne, si su amante viniese a Almáskő. ¿Sería más inteligente no invitarlo y distanciarlo de su marido?

El dilema la mortificaba, pero al final decidió que Bálint debía ir pasara lo que pasase. No podían evitarse eternamente y sería mejor encarar el destino. Su carácter audaz se lo exigía: no era digno jugar al escondite. La muerte era una sola y ellos ya la habían desafiado en Venecia.

Sin embargo, tuvo que cuidar la expresión y el tono cuando dijo:

—Es necesario que vengas...

Quedaron en que cuando Uzdy volviera a casa, Bá les haría una visita a Almáskő, a mediodía.

A los pocos días Abády fue a verlos en traje de caza y con una mochila a la espalda en la que guardaba una muda y un par de zapatos para la noche.

Al llegar al castillo volvió a sorprenderle el entorno sombrío y lúgubre. Las casas de la servidumbre estaban ocultas por setos de tejo bien cortados. El césped que se extendía ante el edificio principal formaba un círculo rigurosamente trazado, las contraventanas de la fachada estaban todas cerradas como si estuviera deshabitado. La pulcritud de la casa acentuaba su carácter inhóspito. No había nada provisional, nada desordenado, el bajo de las paredes era de cantería, de cubos uniformes sin una pizca de musgo. Entre la grava, ni rastro de malas hierbas; en el parque, ni una flor.

La fría perfección.

Se detuvo delante de la gran puerta de roble. No vio a nadie y no supo qué hacer. En otro castillo rural habría entrado sin más y habría buscado a los anfitriones, pero allí había algo que le impedía actuar de la misma manera. Resultaba más conveniente no ver a Addy antes de saludar a Uzdy o a su madre.

Ya llevaba esperando un par de minutos cuando la entrada principal se abrió silenciosamente y salió el viejo mayordomo Maier.

—Las señoras no están en casa —dijo después de saludar—; la condesa mayor ha salido en el carruaje con su nieta y la condesa Adrienne ha ido a dar un paseo hacia las ruinas del castillo. Siga, por favor, en aquella dirección y seguramente la encontrará.

—Primero quisiera saludar al conde Pál. Está en casa, ¿verdad? Por favor, anuncie mi llegada.

El viejo Maier movió la cabeza para expresar desaprobación.

—Está en casa, trabajando. Está prohibido molestarle mientras trabaja.

La voz del robusto criado sonó con tristeza infinita. Tal vez por eso Bálint le preguntó:

—Son las cuentas de la granja lo que lo tienen ocupado, ¿verdad?

Maier levantó el enorme brazo y lo dejó caer, sus ojos suplicaron compasión a Abády:

—Últimamente está haciendo otras cosas... tablas... no sé qué clase de tablas... muchas. Hasta que vuelvan las señoras, entre, por favor...

Bálint prefirió esperar en el jardín. Dio la vuelta a la casa y por el otro lado se acercó al banco que estaba delante del edificio. Desde allí se veían las dos paredes del castillo, de color mantequilla, que se alzaban por encima del horizonte. Abajo, el frondoso encinar, e inmediatamente delante de él, el prado inclinado en el que no crecía ni una flor, solo oscuras tuyas perennes y bojés.

El banco se hallaba a los pies de las columnas de la terraza rococó. Apenas se sentó oyó la voz de Uzdy y vio su rostro tártaro de Mefisto asomado a una ventana oscura que se abría en la extraña ala suiza que había sido construida por el padre demente de Uzdy y que salía de una esquina del castillo antiguo y terminaba en la roca viva por la parte baja.

—¡Vaya! ¿Estás aquí? ¡Cuánto me alegro de verte! ¡Me alegro enormemente! ¡No te puedes figurar cuánto me alegro! —dijo y soltó una sonora carcajada que dejó ver sus fuertes dientes bajo el bigote—. ¡Espérame, bajo enseguida!

Bajo su afectado andar, crujieron el porche de madera y las escaleras cuando descendió.

Se acercó a Bálint lentamente, pero con amabilidad manifiesta. No solo le estrechó la mano, sino que le dio unas palmadas en el hombro.

—¡Qué alegría que hayas venido! ¡Qué alegría! —repitió. Abády nunca lo había visto tan cordial. Le preguntó dónde había estado, qué había hecho, y la ironía que lo caracterizaba parecía haber desaparecido de sus modales. Solo en sus ojos achinados brilló una luz inexplicable cuando miró al joven de arriba abajo.

Charlaron largo y tendido, como si fueran buenos amigos.

Por fin Adrienne llegó a casa y continuaron paseando los tres, conversando de banalidades hasta que el viejo mayordomo los llamó para comer.

Durante el almuerzo no pasó nada especial, tampoco después en el gran salón oval, que tenía un aire deprimente con las paredes grises y las contraventanas cerradas. Todo estaba tan bien mesurado y organizado como siempre. Los pesados muebles puestos en exacta simetría, la falta completa de algo individual, provisional: todo estaba en su lugar, como si no viviera nadie entre esas paredes.

La conversación era entrecortada; solo los labios se movían, como si todos tuvieran la mente ocupada. A veces se quedaban sin palabras o cambiaban de tema sin razón aparente, sobre todo la vieja condesa, que prefería los cambios bruscos a quedarse en silencio, pues había sido educada en *faire la conversation*.

Así estuvieron un buen rato. Bálint sintió aquel ambiente frío que siempre había notado en esa casa, como si en el aire flotaran frases no pronunciadas, amenazadoras, secretas.

Ya llevaban una hora y prácticamente solo la condesa Clémence y Abády habían hablado. Adrienne guardaba silencio, con los ojos cada vez más dilatados por la espera. Uzdy, sin decir nada, daba vueltas monótonamente de la chimenea a la puerta del balcón. Sus ojos achinados miraban de soslayo a Bálint con creciente frecuencia. De vez en cuando torcía la boca en una contracción involuntaria, dando la impresión de que todo su ser se preparaba para tomar una decisión.

Bruscamente fue hacia Bálint y le tocó el hombro:

—¡Ven a mi cuarto! —ordenó—. ¡Ven! ¡Tengo que hablar contigo! —dijo.

Se dio la vuelta.

Bálint lo siguió.

Salieron del salón.

Adrienne no soportaba estar más tiempo sentada con su suegra. A los pocos minutos ya estaba corriendo por el pasillo camino de su dormitorio, que era el cuarto que cerraba el ala suiza, encima del despacho de su marido.

Asomó la cabeza por la ventana para escuchar, porque la ventana de abajo también estaba abierta. Sin embargo, no oyó lo que decía Uzdy, solo le llegaba vagamente su voz. No entendía sus palabras, pero tenía la impresión de que explicaba algo con pasión reprimida.

Se le encogió el corazón. ¿De qué estaría hablando? ¿Le estaría echando en cara a Bá lo que había averiguado de ellos dos? ¿Sería una acusación? ¿Estaría enumerando sus faltas? ¿Venecia y las citas en el bosque? ¿Y después de citarle toda la lista, lo mataría de un tiro como a un perro?

La mortificante espera se apoderó del alma de la mujer. Esperaba un horrible desenlace, la fatalidad, la muerte.

Y mientras todos sus sentidos estaban pendientes de los sucesos misteriosos que pasaban bajo su ventana, su mente recordó los últimos acontecimientos, todos los indicios, los argumentos inquietantes y los tranquilizadores, los síntomas del comportamiento de su marido, sus palabras, miradas y todo lo que había dicho o hecho.

Solo ahora que reflexionaba sobre los últimos tiempos cobraron forma muchas cosas que su mente había guardado sin relacionarlas: desde hacía meses Uzdy se encerraba en su despacho más tiempo de lo habitual.

Antes solo se encerraba por las mañanas para anotar los informes diarios de la granja en múltiples libros de registro. En cambio, últimamente trabajaba por las tardes y por las noches también. A menudo lo oía de noche dar vueltas en el despacho, después se hacía el silencio y de nuevo el ruido de sus pasos. Desde su ventana se proyectaba un hilo de luz en el césped, a veces hasta entrada la madrugada. Pero ella no quería saber lo que hacía Uzdy, no le importaba; es más, prefería no saberlo. Sobre todo porque desde que su marido se encerraba

misteriosamente en su oficina, en la que solo el viejo Maier tenía derecho a entrar para limpiar, desde aquel entonces... sí, desde que se comportaba de esa manera tan extraña apenas había hecho visitas nocturnas a su mujer, solo de vez en cuando habían crujido las escaleras de caracol que conducían a su dormitorio, un crujido que le producía asco y pánico.

Era un alivio, casi una redención. Una redención, ahora que todos los deseos de su amor liberado encontraban satisfacción en los brazos de Bálint.

Hasta entonces no había buscado explicación para esa insólita abnegación. No obstante, ahora tenía la sensación de que durante esas últimas y largas semanas tal vez Uzdy se había estado preparando para matar al hombre que ella amaba. Y ahora había llegado la hora del ajuste de cuentas, justo bajo su dormitorio... Y ella tenía que esperar, esperar y escuchar mientras abajo se decidía su destino...

No percibió señal alguna. Uzdy continuó hablando. De vez en cuando se hacía el silencio o quizá se oían algunas palabras de Bálint, después la voz de su marido volvía a la carga con largas frases ininteligibles. Adrienne tenía los nervios a flor de piel y a veces tenía la impresión de haber oído un disparo. Veía a Uzdy estallando en carcajadas encima del cadáver... Pero no, no había pasado nada, solo era su desbordante imaginación presa del pánico.

Quizá pasaron un par de horas. Dos infinitas horas de agonía psíquica.

Los dos hombres dieron la vuelta al edificio sin decir palabra, subieron las escaleras del porche. Uzdy sacó la llave del bolsillo, abrió la puerta y, después de entrar, volvió a cerrarla.

Abády también estaba convencido de que había llegado la hora de su ajuste de cuentas.

Su única duda era si Uzdy le pegaría un tiro inmediatamente o antes le haría varios reproches o un interrogatorio. Miró a su alrededor buscando un objeto pesado que pudiera servirle de defensa si Uzdy lo atacaba. No encontró nada. Las paredes estaban repletas de grandes cuadros de papel llenos de signos y números, en dos grandes tablas de dibujo se amontonaban pliegos con números y cuadros. Al lado de la ventana había una estantería con gruesos libros de economía, tal vez podría agarrar uno para protegerse si Uzdy echaba mano a su revólver. Por eso Bálint se puso delante de la misma, haciendo sombra para captar cualquier movimiento.

Estaba dispuesto a actuar.

Pali Uzdy se sentó en una silla en el centro de la habitación y se dispuso a explicar una cosa totalmente inesperada:

—¿Sabes cuál es la base del sistema métrico decimal? ¡Dímelo! ¿Por qué se cuenta de uno a diez y por qué se multiplica diez por diez, cien por diez, mil por mil, es decir, un millón? ¿Sabes que es herencia de la época más bárbara, cuando el hombre solo sabía contar con los dedos? Y la humanidad lo ha conservado pese a que

la ciencia avanza y tiene que trabajar con conjuntos de doce. El año tiene doce meses, el día veinticuatro horas, el círculo trescientos sesenta grados... Y a pesar de tales evidencias, ha insistido en el sistema métrico decimal, ¡porque son ignorantes y cobardes para modificarlo! Sí, tienen miedo. ¡Miedo! ¿Me comprendes? Pues yo no lo tengo. Yo no. ¡No!

Con su larga mano dio una fuerte palmada en la tabla de dibujo. Sus ojos se encendieron y por un momento pareció que iba a saltar, pero se dominó y continuó impasible:

—El sistema decimal tiene otras desventajas tremendas. El diez solo es divisible entre dos números, el dos y el cinco, los otros dan fracciones. El doce es divisible entre tres números, el dos, el tres y el cuatro. ¡Supone una ventaja inimaginable en los cálculos aritméticos! Hasta ahora lo hemos rechazado tontamente. ¡Es casi incomprensible! Pero tú lo comprendes. Lo comprendes, ¿verdad? Comprendes la importancia capital que tiene, ¿verdad? —dijo y se echó hacia delante; sus labios se abrieron y dejaron ver sus dientes apretados, su rostro tártaro reflejó expectación.

—Lo que dices es sumamente interesante, pero no veo la solución.

—¡Yo la tengo! —exclamó Uzdy y se levantó. Su figura larguirucha de hombros caídos adquirió un aire casi majestuoso al extender y abrir los brazos, un gesto propio de los profetas—. ¡Sí, lo he solucionado! ¡Yo! ¡Sí, yo mismo! ¡Y te lo voy a contar! ¡Pero solo a ti! ¡Porque tú eres la única persona que conozco que es capaz de comprender que es un descubrimiento de importancia mundial! —se rio—. ¡Y la solución es tan sencilla como todo lo que es grande y natural! ¡Fíjate! ¡Siéntate, te lo voy a explicar!

Bálint se sentó ante la tabla de dibujo, Uzdy se colocó a su lado.

—Al número doce lo voy a llamar diez. Del uno al nueve los números conservan su nombre, y solo el diez y el once necesitan nombre y cifra para formar parte de la serie de números de un dígito. He bautizado al diez *uz* y al once *di*, que son las dos sílabas de mi apellido. Tal vez sea una vanidad infantil, pero tenía que encontrar un nombre y estas dos sílabas son fáciles de pronunciar en todas las lenguas. Las dos nuevas cifras son *u* y *d* para los valores diez y once. Entonces, según el nuevo sistema, el valor de lo que llamamos cien, en mis cálculos tiene ciento cuarenta unidades; el mil, tres mil treinta y seis unidades. Sin embargo, en mi sistema, diez multiplicado por diez es cien y diez por cien es mil, es decir, he conseguido incorporar todas las ventajas del sistema decimal y de las cifras arábigas. ¡Por otra parte, el año tiene diez meses, el día veinte horas y el círculo trescientos grados!

Bálint se estaba mareando:

—Eso significa que se deberían transcribir todos los números históricos, astronómicos...

—¡Exacto! ¡Exacto! —continuó Uzdy animado—. Eso es lo que ha asustado a todos los que en algún momento pensaron cambiar el sistema desde la invención de la escritura. Asumo que ese será el mayor obstáculo cuando publique mi sistema. Por

eso lo he empezado yo mismo. Sé que tendré que trabajar años y años, pero merece la pena. ¡Mira, ya tengo hecha una gran parte!

Se acercaron a los cuadros colgados en la pared, enormes pliegos —cinco o seis, uno encima del otro— con infinitas columnas de cifras. Uzdy ya no paró de hablar.

—Estos son cuadros históricos, los principales números de la Antigüedad, solo faltan los babilónicos... estos son los griegos... estos los egipcios... —dijo y entre sus manos delgadas crujían las hojas de papel cuando las levantaba y las dejaba caer—. Estos son los cálculos generales, todos los números hasta el billonésimo. ¡Esta cantidad hará callar a los tontos!

Vomitaba palabras sobre eclipses solares, planetas, pistas de cometas, toda clase de cifras, números de sistemas antiguos y nuevos que se sabía de memoria o encontraba en un momento, balanceando sus largos brazos, señalándolos con sus dedos flacos y descarnados. Ya no esperaba preguntas, hablaba sin parar, con frases densas y largas. El pelo se le erizó como si fueran los cuernos del diablo, se le hincharon las venas de la frente y continuó escupiendo una lluvia de datos con entusiasmo fanático, alegre y feliz.

Duró un buen rato, un larguísimo rato. Abády lo escuchó atónito de ver cuántas cosas sabía y cuántas había aprendido ese ser extraño al servicio de su obsesión.

Y en lo más profundo de su alma sintió mucha pena.

Ya comenzaba a anochecer y Uzdy continuaba, su discurso se volvió más incoherente y menos fluido. Los miembros se le movían como aspas de molino, daba golpes con los pies, se estiraba, reprendía a Arquímedes o a Newton, ora despreciándolos, ora elogiándolos.

Bruscamente se colapsó y se desplomó en una silla. Se secó el sudor de la frente. Durante unos minutos se quedó inmóvil y luego, con una sonrisa inesperadamente mansa, le dijo a Abády:

—¿No te habré aburrido? Tal vez me he extendido demasiado, ¡pero estoy tan repleto de cálculos y me ha sentado tan bien tener a alguien a quien contárselos!

Era cierto, al salir del despacho, el rostro de Uzdy, ahora tranquilo, reflejaba la alegría de la satisfacción.

Durante la cena mantuvieron la misma conversación fría que a mediodía o incluso más distraída y entrecortada. Uzdy, quizá agotado del entusiasmo de la tarde, estaba ensimismado. Adrienne permanecía muda porque las dos horas de preocupación mortal y tortura mortificadora la habían llenado de un odio irrefrenable hacia todo lo que la rodeaba en esa casa. Había sido un alivio ver a su marido y a Bálint charlando tranquilamente mientras pasaban bajo su ventana, pero el sosiego había llegado muy tarde y ya no pudo borrar las largas horas de sufrimiento psíquico.

Sentía ganas de vengarse, de buscar una revancha a dicha tortura. El deseo fortaleció su voluntad de encontrar pronto la manera de realizarla. Después de la

cena, Uzdy le lanzó una par de miradas y su boca se torció en una mueca conocida. Adrienne sabía lo que significaba ese brillo extraño en sus ojos y la contracción de su boca como si fuera a morder: ¡esa noche iría a verla!

Acertó. Muy entrada la noche, cuando se despidieron todos, Uzdy acompañó a su mujer por el pasillo y le puso la mano en el hombro intentando estrecharla contra sí, pero la mujer se liberó con una sacudida.

Al llegar a la puerta de su dormitorio, Adrienne lo miró cara a cara:

—¡No! ¡Hoy no! ¡Hoy no!

—Pero ¿qué pasa? ¿Por qué? Querida Addy, ¿qué tontería es esta? —preguntó con dulzura Uzdy, que rápidamente cambió de tono y añadió lenta, amenazadoramente—: ¿Hay alguna razón especial?

Adrienne quería decirle a la cara que lo odiaba, pero ya lo había intentado y sabía que no solo no se largaría, sino que atizaría la pasión de su marido, el deseo raptor del hombre prehistórico.

Por eso solo le dijo fríamente:

—No. Simplemente hoy no quiero. ¡Hoy no! ¡Nada más!

El hombre apoyó el puño en la puerta, su alta figura comenzó a inclinarse sobre ella, pero Adrienne súbitamente dio un paso atrás, lo apartó de un empujón, entró por la puerta y giró la llave.

Fue obra de un segundo.

El corazón casi se le salía del pecho mientras esperaba detrás de la puerta. ¿Empezaría a golpearla o la rompería? Uzdy no se movió y ella tampoco. Se quedaron así esperando un buen rato a ambos lados de la puerta, una en la oscuridad de su alcoba, el otro en el tenebroso pasillo. Se oyeron los pasos del viejo Maier al cerrar la entrada principal y cruzar el patio cubierto de grava. Se hizo el silencio, pero ellos dos siguieron allí...

Al final, muy entrada la noche, Uzdy se dio media vuelta y se marchó del pasillo. Tal vez la satisfacción de la tarde le hizo ser condescendiente. Se fue sigilosamente, aunque las escaleras que llevaban a su cuarto en la planta baja no dejaron de crujir bajo sus pies.

Adrienne percibió el ruido que tanto la llenaba de terror cuando lo oía por las noches. Sus ojos de topacio se abrieron de par en par y sintió correr por su cuerpo la euforia del triunfo. ¡Por fin! ¡Por primera vez! ¡Por fin había sido capaz de defender su cuerpo de esos odiosos abrazos!

Estaba embriagada por un éxtasis de esclava liberada.

Y durante un buen rato no pudo conciliar el sueño en su ancha cama en la que tantas noches había llorado humillada entre las sábanas revueltas. Ahora disfrutaba de una sensación de triunfo que la mantenía despierta...

En la lejanía se oyeron los primeros gallos cuando por fin se durmió.

Al día siguiente Abády no volvió al bosque tan temprano como se había propuesto. Sobre las nueve se echó la mochila al hombro, pero se demoró. Deseaba ver a Addy, intercambiar con ella un par de palabras y hablar sobre el futuro.

Salió titubeando al patio.

Apenas llegó a la rotonda de césped, se topó con Adrienne fresca y lozana, los ojos amarillos encendidos.

—Voy contigo, tenemos que hablar —dijo.

No obstante, apenas habían dado un par de pasos cuando se abrió la ventana del extremo del pasillo y se asomó Pál Uzdy. Era tan sorprendente que se hubiese levantado tan temprano, él, que solía dormir hasta muy tarde, que los dos se quedaron petrificados.

—Quería despedirme de ti con la debida cortesía. ¡Por supuesto! ¡Como es debido! —dijo el anfitrión—. ¡Espérame! ¡Ahora bajo, espérame!

Uzdy se fue acercando con su bata de paño gris oscuro, despacio, como una visión.

—Quiero pedirte que me hagas el favor de no mencionar a nadie lo que te conté ayer. ¡Absolutamente a nadie! ¡A nadie! La idea es tan grandiosa y a la vez tan sencilla que alguien podría robármela para publicarla y todo mi trabajo quedaría tirado por tierra. ¡La gloria, sí, la gloria! Porque la idea, ¿verdad?, la idea es lo primordial. ¡La idea! —dijo casi como un ladrido mientras se golpeaba repetidamente la frente con el índice, luego estiró la mano de golpe hacia arriba—. ¡La idea! ¡Sí, sí!

Bálint le garantizó su discreción, le estrechó la mano y se fue.

La mujer se dispuso a acompañarlo.

—Querida Adrienne, ¿va usted también con mi excelente amigo? —preguntó Uzdy enlazando las palabras lentamente. La mujer dio media vuelta para mirarlo a los ojos. Sus rizos ensortijados flamearon más salvajes que nunca. Su nariz, ligeramente aguileña, parecía afilada como la hoja de un cuchillo. Levantó la barbilla, su postura irradiaba rebeldía y desafío:

—Sí, lo voy a acompañar. A estas horas siempre doy una vuelta, ¿o tiene algo que objetar?

—¡Oh, no! ¡Qué va! Vaya... claro... naturalmente... naturalmente... vaya... —dijo pronunciando las palabras cada vez más despacio hasta quedarse solo delante de la casa, mientras su mujer y Bálint subían por la pendiente de la colina.

Entraron en el bosque, Abády volvió a echar un vistazo.

Uzdy seguía allí y el joven tuvo la impresión de que su cara asiática se torcía de ira y sus labios se abrían en un grito enorme. La figura delgada parecía, a contraluz del amarillento edificio, el signo de exclamación al final de una frase amenazadora.

—Pero ¿qué pasó ayer en el despacho de Uzdy? ¿Y por qué tardasteis tanto? —

preguntó Adrienne inmediatamente al entrar en el bosque—. Estuve muerta de preocupación todo el tiempo...

Bálint se rio.

—Yo también estaba preocupado cuando me dijo que fuera con él, estaba convencido de que me pediría cuentas y de que antes o después de entrar en su despacho probaría en mí la pequeña Browning. Pero no fue así. Parece que ni se le ocurrió —y contestando a la pregunta de la mujer, continuó—. Me explicó una teoría numérica tremendamente compleja que ha inventado y en la que está trabajando. No creo que pueda explicártelo. Una idea extraña, muy talentosa, pero absolutamente inútil. Quiere cambiar el sistema numérico actual. Que el diez no sea diez unidades, sino doce...

—¡No lo entiendo! —interrumpió la mujer.

—Yo tampoco, ahora que quiero explicártelo me doy cuenta. Cuando me lo contó, lo entendí más o menos, aunque no pude evitar pensar que su idea bordeaba la locura. Al fin y al cabo, fue interesante ver también cuántas cosas sabe y ha estudiado. Sin embargo, dedicar tanto esfuerzo a tan inútiles objetivos... no es normal.

—¿Cuándo ha sido normal? —exclamó Adrienne—. ¡Nunca! ¡Nunca! ¡Nunca! —dijo y rodeó con el brazo la cintura de su amigo. Llegaron a la cima de una colina y desde la cresta se abrió el paisaje. A causa del vapor, los rayos del sol semejaban un líquido espeso, no era luz sino una materia que ondeaba vibrante y lamía las faldas de las cordilleras lejanas.

Al avanzar por el sendero del bosque, Adrienne sintió con más fuerza la sensación de libertad. Después de la horrible preocupación de la tarde anterior, había sido un alivio volver a ver a Bálint salir sano y salvo de la cueva del león —donde ya lo había imaginado muerto—, charlando tranquilamente con Uzdy. La liberación tras esas dos horas de terrible espera había sido más que simplemente escapar a un pavoroso peligro. Eso le había dado fuerzas para enfrentarse al odioso hombre con quien compartía su vida; y ahora el recuerdo la colmaba, se sentía fortalecida por el triunfo de la noche anterior; por primera vez en su vida, se sentía libre. Si no libre del todo, al menos como si se le hubieran abierto las puertas de la esperanza hacia la libertad completa.

El polvo blanco que se levantaba bajo sus pies era una masa de vapor sobre la que ellos andaban ingrátidos, sobrevolando el cielo azul. ¡Solo ellos dos! En ese momento todo parecía ligero y alcanzable y, como quien acaba de volver de las puertas del infierno, Adrienne se sintió capaz de enfrentarse ¡a todo el mundo!

Pensó que se había liberado de los grilletos porque anoche había vencido y Bá no había muerto a manos de Uzdy. Tuvo la sensación de estar bañándose en luz y gloria, exaltada y embriagada por el éxito.

Dejó a un lado toda prudencia al no detenerse en el límite de las dos fincas forestales. Acompañó a Bálint por el camino a pesar de que había tratantes que

podían verla cuando se desviaron hacia la cabaña a la altura de la gigantesca haya.

Allí abrazó al joven con gesto salvaje e imperioso... Y solo mucho más tarde le contó lo que la noche anterior... había pasado en el umbral de su dormitorio.

## SEGUNDA PARTE

# 1

La madre de Dodó Gyalakuthy había comprado un automóvil a su hija, un descapotable que podía correr a la friolera de setenta kilómetros por hora. Le pagaba además un chófer experimentado y de confianza que permitía que Dodó satisficiera sus caprichos haciendo visitas aquí y allá, a casa de conocidos, sin carabina. Le costó consentirlo, pero Dodó era una muchacha resuelta y de fuerte carácter, lo habría hecho incluso en contra de la voluntad de su madre. Por eso, la señora Gyalakuthy, la bondadosa y regordeta Adelma, dejó que hiciese lo que quería porque consideraba que su hija era suficientemente inteligente y prudente como para no cometer locuras.

La noticia levantó un gran oleaje en el mar de cotilleos de las viejas. «Una señorita de buena casa que va sola por el mundo, ¿habéis oído semejante escándalo?», exclamó la vieja señora Sarmasághy, la famosa tía Lizinka, al enterarse de la nueva. Rápidamente mandó enganchar sus viejas yeguas tripudas y se fue al trote a Radnótfalva para disuadir a Adelma, pero sobre todo para obtener otros detalles que más tarde, exagerándolos, pudiese divulgar entre sus cizañeras amigas.

Pero no hubo manera de perturbar la sonrisa afable de la señora Gyalakuthy.

—Mi hija ya no es una niña. Es mayor de edad. No tiene sentido tenerla siempre vigilada. Ella sabe cuidarse...

Tampoco había escándalos que comentar sobre el comportamiento de Dodó. El hecho de que hubiera ido a Vársiklód o a Mezővarjas a jugar al tenis no daba mucho que hablar y, como era bien sabido que nunca la había cortejado nadie, la cosecha de chismes quedó muy menguada. La tía Lizinka abandonó pronto su campaña de calumnias porque se dio cuenta de que no tenía suficiente eco.

Así, nadie molestó a Dodó en sus idas y venidas en automóvil. De vez en cuando hacía viajes bastante largos sólo por distracción, subía por el Maros o daba una vuelta por los pies de las montañas de Torockó y luego volvía a casa. Disfrutaba de la velocidad.

Una mañana nublada de finales de septiembre un descapotable deportivo bajó velozmente desde el pueblo de Felek. Se deslizaba por la pendiente en silencio con el motor apagado, solo el freno chirriaba en las curvas al desacelerar antes de coger velocidad en las rectas. Dodó conducía tranquila y atenta, tocando la bocina a su debido tiempo, estimando correctamente la distancia entre los que venían de frente o por detrás: daba la sensación de que estaba concentrada solo en conducir. Una única parte de su ser, la prudente, estaba detrás del volante; la otra fantaseaba sobre asuntos del pasado y de su inmediato futuro.

Desde que se habían ido a vivir al campo, había podido ver muy pocas veces a László Gyerőffy, a pesar de que había empleado toda su astucia para atraerlo a su casa. En agosto organizó un torneo de tenis que sirvió de pretexto para invitar a László a Radnótfalva. Consiguió retenerlo un par de días, le hizo hablar de música y logró que le tocara el piano. Se alegró de que ese hombre siempre reservado hablara con ella larga e íntimamente, como si pudiese superar su introversión en su compañía. Sabía que no era amor, pero también sabía que él le tenía simpatía y un cierto cariño. De vez en cuando se carteaban. Dodó le escribía de cuestiones musicales y le había enviado un par de partituras pidiéndole su opinión. El joven, aunque tardaba, siempre contestaba. Sus palabras reflejaban algo más que amistad, tal vez el principio de un sentimiento. Y ese día hacía una semana que le había enviado escrita con signos un tanto caóticos una canción de tono tenebroso sobre el amor. Comentaba en la carta que era una canción antigua, aunque quizá lo decía así porque no se había atrevido a... Tal vez era nueva... tal vez se la había escrito a ella...

Y cuando lo pensó, su corazón se llenó de alegría.

El automóvil de color aciano pasó velozmente por el valle, cruzó el río Szamos en Apahida y se desvió en la bifurcación de Tarcsa. Al acercarse a su objetivo, a Szamoskozárd, Dodó se asustó de su propia audacia. ¿Cómo aceptaría László su ofrecimiento?

Repasó una vez más todas las palabras, todas las circunstancias. Gyerőffy había sido abandonado por su gran amor, Klára Kollonich, hacía año y medio. Su dolor ya podía haberse mitigado. La última vez que László había estado en su casa nada indicaba que estuviera aún pensando en aquella muchacha.

A veces casi daba la sensación de estar alegre... Y algunas palabras que parecían escapársele sonaban muy esperanzadoras: «Solo con usted puedo hablar así... Solo usted me entiende...». ¡Sí! Decía cosas similares. Pero claro, solo cuando estaban hablando de música... Pero Dodó pensaba que significaba algo más, que solo era una manera de disimular. Así lo creía, así lo quería creer...

A ambos lados del camino había unas casas de campesinos, seguidas por un edificio mayor, destartalado, que escondía una tienda de abastos. Desde el umbral, el propietario, Mór Bischitz, vio con alegría como una preciosa máquina se paraba delante de su tienda. Debía de ser un gran señor quien fuese en semejante automóvil. Por eso se acercó con sumo respeto y se quitó su sombrero de ala ancha. Solo se dejó la kipá, porque era judío ortodoxo practicante, no se la habría quitado bajo ningún pretexto.

—¿Puedo servir en algo a la señorita? —se ofreció en tono servicial.

—¿Dónde queda el desvío al castillo Gyerőffy? —preguntó Dodó.

Mientras Bischitz explicaba que debía dejar atrás una finca vacía, debía tomar el camino por determinada casa de jornalero, girar después a la derecha donde verían un

portal y subir a la colina por la alameda, una muchacha judía que tendría nueve o diez años se acercó al automóvil sigilosamente. Iba muy sucia y descuidada, pero tenía una cara preciosa, el pelo color rojo Tiziano hecho una tremenda maraña y los ojos de una negrura casi inverosímil.

—¡Yo se lo enseño! ¡Les acompaño! —dijo ansiosamente dispuesta a salir.

Pero su padre le gritó bruscamente:

—¡Regina! ¡Tú te quedas! ¡Lárgate a la cocina! —y la amenazó con el puño.

Naturalmente, los pillos del pueblo rodearon el automóvil para ofrecerse también. Cuando Dodó aceleró, corrieron detrás un rato.

La serpenteante alameda los condujo por la pendiente hasta la parte trasera de la casa. Era un edificio bonito de estilo francés. Sobre el alto zócalo del semisótano se abrían las largas contraventanas de la planta baja, con pequeños cuadros de cristal. Los vidrios estaban casi todos opacos, algunos rotos, prueba de que allí no vivía nadie. En la última planta las ventanas sobresalían a modo de buhardilla.

Por el conjunto del pequeño castillo se notaba que había sido obra de una única voluntad. Había sido construido por el padre de László los primeros años de su matrimonio, a partir de planos parisinos, para agradar a Júlia Ladossa, su talentosa mujer. Correspondía a su gusto. Era realmente hermoso, de un estilo tan perfecto que podría hallarse en el valle del Loira y justamente por eso, aquí, en Transilvania, resultaba insólito y extraño. ¡Ventanas hasta el suelo en el clima transilvano! Pero ese había sido el deseo de Júlia, lo único importante para Mihály Gyerőffy, el padre de László.

Mas nunca habían habitado los salones de la primera planta, el *bel étage*. Las hermosas chimeneas francesas de mármol ya estaban terminadas, las paredes enlucidas y el empapelado de seda en camino desde Lyon cuando la mujer, la razón de toda la construcción, se fue una mañana en su carro de ponis. Desapareció. Se escapó. Una semana más tarde, Mihály Gyerőffy se mató de un tiro en el bosque.

Y el castillo jamás llegó a ser habitado, solo el administrador vivía en el semisótano.

Todo había permanecido cerrado hasta el regreso de László, quien había vuelto — así al menos lo sentía él— estigmatizado después de sus grandes pérdidas a las cartas.

—Controle, por favor, las bujías. Tengo la impresión de que no funcionan bien. Y tal vez el carburador tampoco... —dijo Dodó. Aquel había sido el pretexto para parar en Szamoskozárd.

El chófer se sorprendió un poco, pero Dodó no le hizo caso y entró por la puerta principal, que estaba abierta. Se halló en una antesala distinguida, cuyos rincones estaban decorados con estucos de estilo Luis XVI. Enfrente vio una doble puerta que

seguramente daba al salón. Mientras vacilaba sobre qué hacer, entró un viejo con pasos lentos, menudos. Era el administrador, el único criado de László.

—¿Dónde está, por favor, el conde Gyeróffy? —preguntó la muchacha.

—Está arriba, en su cuarto, señorita, está allí. Por aquí se sube. Mire —y el viejo criado mostró la pequeña escalera que salía de un lado de la antesala.

Dodó titubeó unos momentos entre subir o hacer anunciar su visita, pero el administrador ya la había abandonado y había desaparecido, así que Dodó comenzó a subir.

La escalera no tenía barandillas, las decoradas rejas de hierro forjado estaban guardadas debajo del rellano, nunca habían sido colocadas en su lugar.

Arriba había un pasillo largo, Dodó no sabía por dónde continuar cuando vio un par de botas de aspecto ajado que esperaban su triste destino ante la puerta de enfrente. Tomó una rápida decisión: llamó a la puerta y entró.

Había acertado, aquella era la habitación de László. Lo encontró delante de una ventana abierta de par en par, sentado en una butaca y vestido con una ligera camisa desabrochada y pantalones, limándose las uñas. Al ver a la muchacha se levantó de un salto.

—¡Usted! ¡Usted aquí! ¿Qué ha pasado?

—¡Oh, nada, nada! —respondió Dodó—. Simplemente pasaba por este camino: voy a casa de los Kamuthy, cerca de Dés, pero al automóvil le falla algo, así que he pensado en subir a verle mientras lo arreglan. —Se ruborizó un poco por haber dicho tal mentira, pero continuó resuelta—: ¿Le molesta que me haya comportado como una intrusa? —dijo y se rio para disimular su incomodidad.

—¡Al contrario! ¡Es muy amable por su parte! ¡Pero es una vergüenza el desorden que reina aquí! —contestó László, mirando a su alrededor desesperadamente y, cuando se dio cuenta de que estaba mal vestido, se puso rápidamente una chaqueta que tenía a mano.

Era cierto, el cuarto estaba tremendamente descuidado. La cama deshecha, los edredones revueltos y las almohadas arrugadas configuraban una imagen de limpieza cuestionable. En la mesita de noche había una botella de aguardiente medio vacía y un vaso pringoso. El parqué, marcado de quemaduras, estaba cubierto de una cantidad inimaginable de colillas. Los restos de la cena del día anterior, congelados en la grasa cuajada, yacían en una pila de platos sobre la cómoda de la entreventana.

—¡Oh, Dios! ¡Es lo normal en una casa de soltero, creo! —dijo y soltó una risita indulgente mientras repasaba la habitación.

Era un cuarto espacioso de tres ventanas que en tiempos remotos había sido el salón que habían pensado usar los padres de László durante la construcción de la parte baja. Estaba amueblado con piezas clásicas, de mucho estilo. La antigua armonía había sido rota con la mudanza de László. El viejo escritorio de su padre, adornado con chapas de bronce, estaba pegado a la pared para dejar sitio al piano, que había sido transportado desde Budapest. Para que la cama cupiera mejor, el canapé de

estilo imperio estaba en el centro de la habitación. Una vitrina con figuritas de porcelana había sido condenada a un rincón para ceder su lugar a un ropero pintado de blanco. Solo los cuadros familiares de la pared seguían en su sitio. «Y tampoco todos», pensó Dodó al percatarse de un hueco libre en el centro de la misma. Solo el enorme gancho de hierro permanecía en el sitio donde en su día había estado colgado el cuadro que faltaba. En el largo cuadrángulo que había dejado el marco, como un trapo viejo, ondeaban telarañas que en algún momento habrían sido tendidas entre el listón y el empapelado. Tenían que ser muy viejas puesto que estaban cubiertas por una capa gruesa de polvo. Debajo del retrato que faltaba se hallaba la fotografía coloreada de Mihály Gyerőffy, la misma que había estado en casa de László en Budapest y que había sido devuelta a su lugar.

La muchacha, para iniciar la conversación, hizo una pregunta imprudente:

—¿Qué había ahí en el centro?

László frunció las cejas.

—Dicen que el retrato de mi madre, se supone que del pincel de Cabanel, un famoso pintor parisino de los años ochenta. Claro, yo no lo recuerdo... Dicen que mi padre lo tiró por la ventana... cuando... cuando... mi madre se fue, cuando...

—¡Pobre László! ¡Perdóneme por haber evocado un recuerdo tan triste! —dijo la muchacha, y puso la mano en el brazo del joven con gesto alentador.

—No se preocupe, no me afecta en absoluto. Cuando era niño, tal vez sí, pero ahora... ahora... ¡ya no me importa!

—¡Oh! Sí, lo comprendo, porque mi padre también murió hace tiempo, soy medio huérfana, una coincidencia más... Estas cosas solo cuentan en la infancia, pero cuando uno se hace mayor se convierten en recuerdos un tanto tristes, pero no dolorosos. Tenemos la vida por delante y es tan bonita...

—¡Depende para quién! —la interrumpió Gyerőffy con una sonrisa amarga.

—¡Oh, para todos! Solo hay que quererla, que saber quererla —dijo Dodó y se sentó en la cornisa de la ventana—. ¡Qué vista más bonita tiene usted desde aquí! ¿No es una alegría ver algo hermoso? —preguntó señalando el jardín inclinado.

László se sentó a su lado. Dodó continuó charlando afectuosamente, le hizo preguntas, esperó las respuestas y se mostró graciosa e interesada.

—Sí, el parque fue diseñado con inteligencia por un jardinero del castillo de Laxenburg. Parece tener el doble de terreno, pero solo tiene ocho hectáreas.

—¿De verdad? ¡Increíble! ¿Qué clase de árbol es aquel?

—No lo sé.

—¿Y el otro de allí? Es exótico también, ¿verdad?

Preguntó a qué distancia estaba el río Szamos, por las colinas de enfrente y las tres cimas brillantes de Cibles. Estaban sentados muy cerca: el brazo suave de la muchacha pasaba a veces a un pelo del rostro del joven y, cuando se asomaba para señalarle algo, se cogía con su mano regordeta al hombro de László.

Su pelo negro liso, ahora libre del casco del automóvil, desprendía un olor ligero,

femenino; su redondo cuello en el escote de la blusa era como el de una tórtola. László sintió un hechizo encantador mientras estuvieron los dos charlando en la ventana, como si desde los abiertos ojos de la muchacha irradiara hacia él un amor infinito... Fuera comenzó a llover y algunas gotas perdidas cayeron sobre ellos.

Dodó bajó graciosamente de la cornisa y se dirigió al Bösendorfer.

—¿Está trabajando en algo? ¿Toca de vez en cuando? ¿No? ¡Es una pena! —y hurgó entre las polvorientas partituras apiladas en la tapa del piano. Y mientras László buscaba alguna composición suya para enseñársela, la muchacha se inclinó hacia él expresando mucho interés. Todo parecía un juego amoroso de amigos en el que las palabras no tenían sentido y solo servían para poder estar juntos, muy cerca, y permanecer así, con los hombros y las caderas unidas, dejando correr la sangre joven bajo la piel.

La lluvia se hizo más densa y repiqueteaba en la cornisa al ritmo de un prelude de Chopin. Los espesos cordones de las gotas formaron una cortina entre el mundo exterior y ellos. Fue Dodó quien se levantó del piano y se dirigió titubeante al canapé, pero aquello estaba repleto de ropa gastada, libros esparcidos y toda clase de enseres. Tal vez por eso avanzó hasta la cama, allí arregló el edredón revuelto y se sentó en el borde. László la siguió instintivamente y se sentó a su lado.

La muchacha se estrechó contra él, deslizó su brazo sobre el hombro del joven y sin decir nada le ofreció su boca. Se unieron en un beso largo. Las gotas de lluvia golpeteaban suavemente en la hojalata de la cornisa, como los latidos de su deseo.

Seguidamente el joven la apartó, se sacudió, se levantó y se sentó en una silla frente a la cama, como si huyera. Huía de la creciente pasión.

—No debemos hacerlo —dijo en voz baja—, no debemos.

Dodó lo miró sonriente:

—¿Por qué no? Ya sabe que yo le quiero mucho. ¡Desde hace tanto tiempo! Soy suya. ¡Cátese conmigo! ¡Me gustaría ser su mujer! ¡Verá qué felices seremos!

—¡Eso es imposible! —contestó Gyerőffy, pero no sonó convincente, sino más bien como el rechazo de algo inesperado.

—¿Por qué? ¿Qué nos lo impide? Somos libres los dos y hacemos lo que queremos. Y si se lo pido yo, ¿no es suficiente? —dijo, y lo repitió con dulzura, despacio—. ¿No es suficiente?

Dodó resultó extremadamente graciosa al decirlo un poco inclinada hacia delante en el borde de la cama. Su traje de tafetán se pegaba a sus curvas redondas, a sus pechos llenos y a su cuello sedoso. ¡Qué labios más rojos! Tal vez era por el beso. ¡Qué mirada tan esperanzadora de ojos negros! La primera reacción de László fue abrazarla con fuerza, pero solo fue la primera y quedó truncada.

En las últimas semanas se había visto envuelto cada vez en más pleitos. Había sido procesado debido a sus antiguas deudas. Ya habían venido a expropiar sus bienes y el día de la subasta había sido fijado. Él no entendía del todo lo que pasaba, porque fue Ázbej quien se había ocupado de todo, de las demoras y las amortizaciones. Ni

siquiera sabía qué ni cuánto pagaba, solo sabía que las deudas habían podido con él y que en un par de días se encontraría en la calle. Fue este pensamiento lo que le había hecho detenerse, la certeza de que lo había perdido todo. Contestó con voz casi desesperada:

—A mí... a mí no me queda nada... solo deudas... Tal vez ya nada de todo eso sea mío... No soy más que un pordiosero...

Si al oírlo Dodó se hubiese levantado para estrecharse contra él, si lo hubiese abrazado, si le hubiese dicho «¡Qué más da!» o «¡No me importa!» o, sin decir nada, hubiese vuelto a darle un beso largo, silencioso, tal vez el destino de ambos hubiese cambiado. Aquel era uno de esos momentos en la vida en los que una sola palabra decide si la suerte sigue su camino inalterable para nunca volver. La respuesta de Dodó no fue procedente. Ella misma estropeó, sin tener conciencia del error, lo que con tanta tenacidad había logrado al decir:

—¿Qué más da? ¡Ya lo sabía! Lo arreglaremos todo, soy rica...

Gracias al contraluz de la ventana Dodó no vio cómo se desfiguraba la cara de László.

Las últimas frases levantaron el velo del pasado y le invadieron los recuerdos. Vio a su amante de antaño, la bella señora Berédy, que sin su conocimiento había empeñado sus valiosas perlas para subsanar sus deudas de juego. Sintió la vergüenza y los remordimientos que lo habían acompañado durante meses y de los que solo pudo librarse cuando, en vez de pagar la deuda perentoria, decidió desempeñar las perlas y asumir que lo expulsaran del casino. Vio al fantasma del primer teniente Wickwitz, el rostro del cazafortunas, distorsionado por las carcajadas. László lo había insultado una vez estando borracho, como si hubiese querido vilipendiarse a sí mismo, pues los dos vivían de las mujeres. El teniente había sido degradado y había huido al extranjero. ¡Él, él, él había hecho lo mismo, había vivido de la misma manera, había juzgado a los demás y también a sí mismo, que se aprovechaba del dinero de su amante! ¡No! ¡Nunca! ¡Nunca más! ¡Mejor morir en una cuneta del camino, pero eso nunca, nunca más!

Se levantó bruscamente, cogió la silla y a modo de barrera la colocó entre la muchacha y él. Estiró el brazo como una espada y señaló la puerta:

—¡Lárguese!... ¡Jamás! ¡Jamás! ¡Lárguese! ¡Lárguese!

Su voz resultó casi amenazante.

Dodó se levantó pálida como la muerte y, acto seguido, sintió como toda la sangre le subía a la cara. Rápidamente recogió el casco de conducir, que había caído al suelo, y se apresuró hacia la salida.

—¡Rápido! ¡En marcha! —dijo al chófer, una vez abajo y, cuando al pie de la colina, cerca de la carretera, él le preguntó adónde quería ir, solo pudo contestar en voz baja—: A casa... a casa... a casa...

Se ajustó el pañuelo de lino al pelo y las gruesas gafas de conducir. Bajo la lluvia torrencial, sintió las gotas golpeando su cara, corriendo por las mejillas y cubriendo el

cristal de las gafas. Pero no solo la lluvia le tapaba la vista: las lentes abombadas se llenaron con sus lágrimas. Por ser tantas, vencieron lentamente la presión de las gafas y bajaron por su rostro.

La naturaleza y sus ojos lloraron al unísono por su pena.

En Mezővarjas se celebró una gran reunión.

Considerando que la señora de Ákos Milóth había muerto en febrero y era principios de octubre, el convite era algo insólito. Pero era la voluntad del viudo, el viejo Carraca. Había pedido a su hija más joven, la pequeña Margit, que llamase a Adrienne y a sus primas, las hermanas Laczók, y le había dicho a su hijo Zoltánka<sup>[6]</sup>, que todavía estudiaba, que invitara a casa a un par de jóvenes. El pretexto era que iba a casarse la hija de su administrador, a cuyo bautizo había asistido como padrino. Tenía que celebrar la boda como era debido pese al dolor de su alma.

—Es cierto que mi administrador es un burro descomunal y, seguramente, un gran ladrón —bramó Carraca a sus hijos—, pero no deja de ser mi criado y si esa criatura es tan tonta como para querer casarse con el hijo del boticario de Lélbánya, que es un don nadie, ¡no puedo dejar de celebrar la fiesta!

Margit no preguntó nada, pero Zoltánka no era tan sagaz.

—¿Y a quién quiere que escriba, papá? —preguntó.

—¡Qué sé yo, burro! —gritó Milóth—. ¡Qué me importará a mí, que estoy hundido en el dolor! ¡Qué coño! Escribe a quien sea. ¡Y ahora lárgate o te pego dos bofetadas! —y dio una patada hacia el muchacho, quien sin prestar atención especial al ataque de ira, la esquivó silenciosamente y desde la puerta dijo con una sonrisa:

—Consultaré con Margit.

—¡Hazlo, imbécil! —voceó Carraca y salió hacia los establos silbando alegremente. Apenas habían pasado unos minutos cuando se le volvió a oír vociferar regañando a los mozos de cuadra. Según su terminología particular, «estaba arreglando las cosas».

Margit era una excelente organizadora. Cuarenta y ocho horas antes de la boda llegaron Adrienne y una de las hermanas Laczók; la víspera, el segundo y el cuarto de los hermanos Alvinczy: Ádám y Ákos. Además, habían acudido Abády y Gazsi Kadacsay.

Abády llegó en carruaje, como los Alvinczy, que habían llegado desde la vecina Magyartóhát, donde poseían una finca pequeña. El barón Gazsi acudió, naturalmente, a caballo desde la región de Kolozsvar. Trajo un zorro corpulento en el arzón de la silla de montar porque su último capricho era, si atisbaba un animal en el camino, perseguirlo hasta dispararle con la pistola de perdigones de doble cañón que había comprado justamente para esa ocasión. Pocas veces tenía éxito, solo muy de vez en cuando.

—Es un gran deporte, amigo, porque no se ve por dónde va el caballo, solo persigues la liebre o el zorro como sea. ¡Me he pegado unos batacazos que eran un gusto, casi me rompo el cuello!

Charlaba inclinando su nariz de cuervo mientras dejaba que las damas admiraran la pieza en el porche de los Milóth. Pero el entusiasmo no duró mucho ya que al darle la vuelta al zorro las mujeres de repente lanzaron un chillido.

Miles de pulgas rojas saltaron del pellejo cubriendo el suelo con una capa de óxido.

Kadacsay fue enviado al jardín, papá Milóth les gritó a los criados que trajesen una escoba y todos se fueron corriendo a cepillarse la ropa. Gazsi se quedó parado delante de la casa sin saber qué hacer con su presa mientras desde las ventanas de arriba le regañaban entre risas sin tomarlo muy en serio.

De las hermanas Laczók solo llegó Iduska<sup>[7]</sup> en compañía de Adrienne. También había llegado Bálint Abády.

Fue obra de la pequeña Margit. Si alguien se lo hubiese preguntado, habría podido explicarle por qué lo había organizado de esa manera, habría podido porque ella sabía con qué fin obraba así, pero contarlo era otra cosa.

Sus motivos eran los siguientes: solo debía venir una de las Laczók, una era suficiente porque no era bueno tener demasiadas mujeres en casa. Y de estas, Iduska era la más importante, porque el barón Gazsi creía estar enamorado de ella cuando estaba borracho. Bien. Tal vez le pidiese la mano porque habría vino en abundancia. Por la misma razón tenía que invitar a Kadacsay. De los hermanos Alvinczy, necesitaba a dos. El mayor, Farkas, no le interesaba, porque desde que era diputado se creía un hombre importante; tampoco el tercero, que era un mero imitador del tío Ambrus y se ponía especialmente grosero cuando se emborrachaba, cosa que solía ocurrir bastante pronto pues un poco de alcohol ya le hacía efecto. Era necesario que vinieran el más joven, Ákos, porque serviría para escuchar las anécdotas de papá, y el segundo, Ádám. ¡Sí! Era muy importante porque hacía tiempo que estaba enamorado de Adrienne y solía contarle sus penas a ella, a la pequeña Margit. También era imprescindible Bá, Bálint Abády. ¿Y por qué? ¡Porque era diputado por Lélbánya! ¡Por eso! Era obligado que el diputado estuviera en la boda del hijo del boticario del distrito. Y al pensarlo, la pequeña Margit apenas si esbozó una sonrisa minúscula durante un instante.

Pero si alguien la hubiera mirado, no habría sonreído: así era esa muchacha.

Y así, reunidos los invitados, llegó el gran día de la boda. La ceremonia se celebró por la tarde en la oficina del administrador, puesto que hacía años que había desaparecido la iglesia protestante del pueblo. Para dar la bendición nupcial al joven matrimonio acudió el cura de Lélbánya.

También de Lélbánya llegó el testigo del novio, ¡nada menos que el mismo

Balázs Börcsey de Kis-Börcse y Nagy-Börcse!

Todo fue resultado de una larga maniobra diplomática. El asunto había sido planteado por el médico rural, apoyado por el tabernero y rematado por el alcalde. Los honorarios fueron una vaca preñada cuya manutención correría a cargo de la familia porque Börcsey era tan pobre que la vaca habría muerto de hambre en su casa. Pero solo eso no fue suficiente para vencer la arrogancia del engreído viejo. El argumento decisivo fue que el otro testigo sería el barón Ákos Milóth. Aunque el señor Balázs consideraba que la familia Milóth no tenía ni punto de comparación con los Börcsey de Kis-Börcse y Nagy-Börcse, al final hizo el favor de cerrar los ojos ante las evidencias, pues era un veterano revolucionario de 1848 y le habían contado que Carraca en su juventud sirvió en el ejército de Garibaldi, así que casi eran conmlitones.

La oficina del administrador de fincas era bastante estrecha; el espacio que quedaba entre el canapé de hule y la mesa de pino pintada de blanco quedó ocupado completamente por el cura, la joven pareja, los padres y los dos testigos. Los invitados tuvieron que quedarse fuera, en el porche de ladrillo cubierto. Desde allí las mujeres pudieron admirar el traje níveo de la novia y la nueva levita negra del novio —que le quedaba un tanto amplia—, aunque el centro de atención eran los dos testigos: el buen Carraca y el viejo Börcsey. El último tenía una pinta especialmente elegante pese a que el boticario, ni con las sustancias químicas más arriesgadas había logrado hacer desaparecer las numerosas manchas de su traje. Sin embargo, su figura enjuta lucía un aire muy distinguido con los estrechos pantalones húngaros, con la media melena y el bigote atusado con pomada: parecía un grabado en madera de los años sesenta.

El casamiento se celebró por la tarde y, cuando el cura terminó su larga prédica, ya casi había anochecido, pero no importaba porque la banda cingara de Ludas tocaba coplas en el patio de las verdolagas, había agua mineral en abundancia y hacía un tiempo agradable, los invitados se quedarían allí charlando a la luz de las linternas hasta que sirvieran la cena.

Börcsey, Ákos Milóth, Abády, el cura de Lélbánya, el boticario con su hijo y el administrador se sentaron a una mesa, pero el último retiró un poco su silla dando a entender que aunque él era el padre de la novia en presencia de su amo guardaba el respeto debido.

Börcsey, como era de esperar, se sentó en el lugar principal que, por el simple hecho de haberlo ocupado él, los demás también aceptaron como tal: así era el influjo de la arrogancia altanera del viejo. Apenas se acomodaron, les sirvieron vino con agua mineral y comenzaron a beber; pronto arrancó la conversación, naturalmente, de política.

El veterano revolucionario dio la palabra a Abády como si fuera el presidente:

—Cuénteme, señor diputado, ¿qué pasa con la cuota? ¿Es cierto que el gobierno ha llegado a un acuerdo con los austriacos? —dijo apuntando a Bálint con el índice

amojамado y nudoso y, como si esperara un informe, se echó atrás en su silla y entrelazó las manos encima del largo bastón de roble que era su inseparable compañero.

Bálint tuvo la sensación de estar dando un parte mientras contaba las últimas noticias. En Viena se celebraban largas negociaciones sobre distintos asuntos del Compromiso. Puesto que la mayoría parlamentaria húngara había roto el acuerdo anterior, tenían que volver a comenzar el regateo por la cuota y el banco nacional. Se rumoreaba que el nuevo acuerdo ya estaba hecho; en cuanto al banco nacional, solo emitirían una declaración que dejaba abierta la cuestión; respecto a la cuota, es decir, el porcentaje que Hungría aportaba a la Monarquía para cubrir los gastos de asuntos exteriores, finanzas y ejército comunes con Austria, subiría un dos por ciento. Aquel era el precio que el gobierno húngaro tenía que asumir a cambio del reconocimiento del territorio aduanero independiente y la declaración referente al banco nacional.

—¿Y el Partido de la Independencia lo aceptará? —preguntó Börcsey sorprendido.

—Seguramente sí. Es posible que algunos salgan del partido, tal vez Sámuel Barra y Polonyi, pero la gran mayoría seguirá a Ferenc Kossuth; él es el ministro y además ya lo ha firmado.

—¡Cómo es posible que el hijo del gran Lajos Kossuth caiga tan bajo! ¡Eso es lo que hemos ganado con dos años de continua charlatanería! —exclamó el viejo revolucionario, y se dirigió a Carraca—: ¡Ya les he dicho que las palabras no valen nada, que es mejor tomar las armas e ir contra Viena como antaño hicimos nosotros!

Carraca, que era en principio la persona más apacible del mundo, hizo un gesto marcial. Los demás soltaron un gruñido afirmativo por mera cortesía.

Abády continuó hablando. Dijo que Andrásy preparaba nuevas propuestas de ley que servirían para reforzar la autonomía de los condados. A propósito de esa noticia, sacaron el tema de «la depuración de los funcionarios», que suponía la penalización de todos aquellos que habían servido a Tisza y, sobre todo, al «gobierno de guardias» de Fejérváry. En los condados de Maros-Torda y Fejér, así como en otros lugares, ya se habían abierto expedientes sancionadores y habían comenzado los despidos, lo cual había dividido a la comunidad. La vida rural quedó marcada por los dos bandos: los hombres libraban duelos, las mujeres hablaban mal unas de otras y, en algunas capitales de condado, los de una facción solo paseaban por un lado de la calle dejando así libre la otra acera para no tener siquiera que ver a sus contrincantes.

Estaban comentando qué le pasaría a Benő Péter Balog, el notario principal de Maros-Torda, que en la investidura del gobernador que había impuesto el «gobierno de guardias» había mantenido una actitud sospechosa.

—¡Oh, seguramente lo echarán a la calle, según me han dicho! —dijo el boticario en el mismo momento en que la mujer del administrador gritó desde el porche que la cena estaba lista.

Las tempestuosas olas de la política se calmaron y todos, expectantes, subieron a

la casa.

La cena fue suntuosa, con un sinfín de platos: capones y gansos cebados, patos rellenos y la sensación de la noche, que fue un lechón asado, crujiente. Hubo bollos en forma de canutillo, coles rellenas al horno, pan dulce, café con nata batida, buñuelos de carnaval y pasteles de hojaldre. Todo acompañado con fuertes vinos del Mezőség y un sinfín de brindis.

Según avanzaba el grandioso banquete, iban siendo más frecuentes y atrevidas las alusiones a la noche de bodas y las bromas burdas volaban por el sofocante aire en el que se mezclaba el olor de la comida, el humo y los vapores corporales.

Por fin levantaron la mesa y los invitados pasaron al improvisado salón del dormitorio, a la oficina y al porche mientras retiraban las mesas y preparaban el cuarto para el baile.

El buen Carraca probablemente jamás había comido tanto y tan a gusto. Su difunta esposa había sido dispéptica toda la vida y no toleraba los platos fuertes, y la cocinera había aprendido tan bien la lección que incluso ahora seguía preparando comidas ligeras. Tampoco había degustado vinos tan excelentes, aunque lo cierto es que eran fruto de su propio viñedo. «Seguramente este maldito administrador lo ha robado de mi bodega», dijo a la mujer del boticario entre susurros. Así pensaba él, pero lo oyó no solo su otra vecina, la señora del administrador, sino todo el mundo. Nadie le hizo caso porque lo dijo con mucha gracia. Cuando por fin se levantaron de la mesa, continuó su buena racha porque el viejo Börcsey, que supuestamente había sido un revolucionario de 1848, prestó atención a los recuerdos de Garibaldi que con tanto gracejo contaba Carraca, pero que nadie quería volver a escuchar.

Estaba en plena narración de la batalla de Palermo, gesticulando tremendamente, cuando Adrienne se le acercó y le advirtió que pronto empezaría el baile y no era de buen tono que quienes guardaban luto riguroso permanecieran más tiempo en la boda. El rostro alegre de Carraca se demudó, sus tupidas cejas blancas y su enorme bigote cayeron bajo el peso de su insoportable dolor.

—Tienes razón, hija de mi alma —exclamó en tono sepulcral—. Mi corazón roto no halla lugar en medio de tanta alegría.

Y se dirigió hacia la salida con sus hijas, Zoltánka y los invitados de su casa. Los demás ya lo esperaban fuera. Carraca se paró en la puerta.

—Marchaos primero. Yo soy un viejo burro y, desgraciadamente, debo quedarme un rato más. Ahora recuerdo que le prometí el primer baile a la novia. Ya podéis imaginar cuánto dolor me supone cumplirlo, pero aquí soy como el padrino de la boda. Daré unos pocos pasos y me iré. ¡Marchaos vosotros! ¡No os preocupéis! —dijo. Luego dio la vuelta y desapareció entre el tumulto.

No volvió hasta mucho más tarde, tampoco lo esperaron. Después de bailar una *czarda* lenta con la joven novia, sacó a su madre a otra más rápida y cuando llegó la polca ya estaba dando saltos como una cabra. De vez en cuando se apoyaba en el marco de la puerta para secarse el sudor de la frente y las gotas que le caían del

bigote. «¡Oh, mi pobre hija Judith! ¡Mi pobre esposa!», dijo a uno que estaba a su lado, pero apenas pronunciado, sacó a otra y se fue bailando y pegando saltos. Volvió a los pocos minutos para apoyarse contra la pared, recuperar el aliento y dejar que lo invadieran los recuerdos y la tristeza.

Fuera brillaba el resplandor de la luna. Como la leche, bajaba por la cuesta y el patio de la granja dibujando manchas negras a pie de los establos y pajares. Una excitante frescura golpeaba la cara de los jóvenes cuando salían al aire libre. Tal vez eso o la mayor o menor cantidad de vino que hubieran bebido durante la cena les suscitaba una alegría irrefrenable.

—Deberíamos hacer alguna locura —dijo Adrienne, que en Mezővarjas, donde había pasado su infancia, se sentía a menudo como cuando con sus hermanas menores había cometido tantas y tan audaces travesuras. En esos momentos olvidaba sus problemas: su hermana demente, su desgraciado matrimonio, Uzdy y Almáskő. Volvía a ser la muchacha que había sido y su instinto vital la empujaba a moverse, correr, dar rienda suelta a su carácter indómito.

—Vamos a recorrer el pueblo, a ver qué encontramos...

Zoltánka, que durante las vacaciones de la vendimia solía vagabundear por casa de los criados, pronto dio con un objetivo para el paseo:

—Dicen que el sereno del pueblo, en vez de rondar por las calles toda la noche, solo vigila la tienda del judío porque le paga aparte. Vamos a ver si es cierto.

Aquello estaba bien para empezar, así que se encaminaron hacia el pueblo. Los picos de los tejados de las silenciosas casas arrojaban sus sombras coniformes en los baches del camino. Pronto llegaron a la tienda, cerrada con planchas de hierro. Miraron a su alrededor, pero no había nadie ni en los peldaños de madera del umbral, ni en la cuneta, ni en las proximidades. ¡Nadie! ¿No era cierto lo que se decía? Entonces alguien planteó la siguiente pregunta:

—¿Y si el sereno está durmiendo en su casa y no solo engaña al pueblo, sino al judío también?

—Ojalá supiéramos dónde vive... —añadió otro.

Afortunadamente, Zoltánka lo sabía: era la última finca del otro extremo del pueblo, junto a las casas de los gitanos. Se dirigieron allí empujados por la curiosidad.

Al comienzo del camino que subía por la colina y que, atravesando la finca Milóth, llegaba a la casa solariega, estaba la del sereno en una esquina. Enfrente ya comenzaban las chozas de los gitanos, totalmente oscuras, pero la casa del sereno brillaba bajo el resplandor de la luna. Debajo del tejado de paja se abría un porche con columnas de madera y una puerta en medio. A su lado alguien había dejado un bastón largo tan grueso como un brazo de hombre y con un puño tan grande que parecía una maza. Estaba apoyado contra la pared, lo que significaba que el sereno

del pueblo estaba en casa durmiendo a pierna suelta.

¡Fue un gran descubrimiento! ¡Démosle una lección! ¿Pero cómo?

—Vamos a robarle el bastón. Se va a llevar una sorpresa cuando se despierte.

—No, no es suficiente. Tenemos que hacer algo más... ¿Pero qué?

Así cuchichearon riéndose de los planes delante de la puerta del cercado. Entonces a uno se le ocurrió una brillante idea. Tal vez fuese Bálint quien apuntó:

—¿Y si tuviera una vaca? Se la podríamos robar. ¡Qué vergüenza! ¡Quedaría en ridículo!

No era una idea digna de un legislador, del diputado de Lélbánya, del apóstol devoto del cooperativismo. Fue un arrebatado de alegría irrefrenable, del mismo deseo de aventuras que se había encendido en todos.

El establo estaba al lado de la casa. ¿No había nadie por los alrededores? Delante de una de las chozas de los gitanos había algo más negro que una sombra, pero como no se movía no le prestaron atención.

Los dos Alvinczy abrieron la puerta sin hacer el menor ruido, Bálint y el barón Gazsi entraron sigilosamente en el establo. Dentro reinaba la oscuridad más absoluta; sin embargo, avanzando a tientas encontraron una vaca. Kadacsay la soltó del pesebre, Abády la cogió por los cuernos, le dio la vuelta y la sacó del establo. Cuando salieron, en la calle se oyeron risas triunfantes, reprimidas. Y emprendieron el camino arreando la vaca, animándola a que entrara en la senda del bosque.

Fue una marcha maravillosa: las damas de seda y con tacones altos, los caballeros con zapatos de charol y esmoquin y, en medio, la huesuda vaca. Era una criatura enjuta y muy sucia, con el trasero agrietado por el estiércol seco. La azuzaron mucho para que no mugiera y despertara al sereno y lo lograron, porque ya iban por la colina cuando la vaca se recuperó de la sorpresa y soltó el primer mugido. Pero ya no les importó porque desde tan alto no se la oiría.

Estallaron en carcajadas victoriosas y ya estaban planeando alegremente nuevas travesuras con la vaca —dónde esconderla, qué decir y a quién— cuando inesperadamente esta echó a correr no hacia el establo, sino abandonando el camino para internarse en unas tierras. Había notado el olor de un campo de tréboles cercano. Galopó como una fiera. El espectáculo resultó realmente extraño: la vaca con la cola enhiesta, corriendo a toda velocidad con muchísima torpeza mientras las ubres se le balanceaban golpeándole la cara interna de las patas, ora a la izquierda, ora a la derecha.

Al principio todos se rieron, pero la alegría no duró mucho. Se dieron cuenta de que la aventura podía acabar en catástrofe: si la vaca se hartaba de tréboles empapados de rocío se hincharía y moriría. Aquello ya no les pareció una broma. Echaron a correr detrás de ella antes de que se saciara de forraje.

Primero solo se lanzaron a la persecución los hombres y Zoltánka. Con sus pasos alargados de buen tenista, Ádám Alvinczy y su hermano Ákos la alcanzaron, pero la vaca no tenía pensado esperarlos y, girando hacia abajo, se distanció unos veinte

metros. Allí se enfrentó a Zoltánka y luego a Gazsi y a Abády. Pero la perseguida los esquivó sin que pudiesen agarrarla por la cuerda y siguió bajando la colina como una posesa hacia las cañas del lago, engullendo grandes bocados de alfalfa cada vez que se detenía.

Había empezado una desenfadada competición porque la vaca se acercaba peligrosamente al cañaveral y, si lograba entrar, no habría manera de sacarla. No podrían salvarla de la comida mortal. Tenían que cortarle el camino y arrearla de nuevo montaña arriba. Después de mucho correr lograron redirigirla.

Sin embargo, la vaca se había vuelto completamente salvaje con tanto arreo: con la cola pegada al lomo, mugía de manera desbocada y corría como enloquecida seguida por un semicírculo de caballeros en esmoquin.

Aquel fue el momento en el que las mujeres tuvieron que tomar el mando. Temían que la vaca se fuese de este mundo y decidieron cercarla y detenerla en la parte alta de la colina.

Adrienne, Margit e Iduska Laczók se colocaron en el extremo del campo de tréboles para formar una línea. Comenzaron a dar brincos y saltos bailando y gesticulando para que la vaca se les acercase, y para asustarla ondearon sus abrigos como si fueran alas de murciélago. La vaca, atónita y horrorizada, se quedó inmóvil. El barón Gazsi se acercó sigilosamente y agarró el tirante. El animal se dio cuenta inmediatamente de que lo habían cogido y dando un brinco echó a correr por la colina arrastrando boca abajo a Gazsi, que se había caído de bruces en el forraje empapado de rocío, pero no soltaba la cuerda.

Fue una suerte, una hazaña heroica que decidió la batalla, pues la vaca se paró al poco, agotada. La rodearon, le dieron palmadas y le hicieron caricias. Dejaron que pegara unos mordiscos de buena alfalfa, solo un poco para que no le hiciera daño y la amansara.

De nuevo se miraron y estallaron en carcajadas. Todos estaban calados hasta las rodillas: el traje de noche de las mujeres y las medias de seda, mojados; los zapatos de charol, llenos de barro. Los cuellos de los hombres, rotos; los cabellos, enmarañados; todos sudaban. Pero la pinta más extraña era la del barón Gazsi, cuya chaqueta y plastrón blancos estaban verdes, ¡verdes de hierba! Y bajo el resplandor de la luna las manchas blancas también parecían verdes.

—Es la mala suerte que tengo, amigos, primero el maldito zorro y ahora la vaca —se lamentó graciosamente—: ¡Parezco una ranita de San Antonio! —y emitió un par de «croacs» tristes en la noche infinita que no pegaban nada con su nariz de cuervo.

Se rieron de él un buen rato y condujeron la vaca, ya sosegada, a la puerta del jardín y, desde allí, por las sendas sombreadas, al cobertizo de carruajes. Allí la dejaron en un compartimento libre y Zoltánka, que conocía bien el lugar, le puso una brazada de heno. Salieron de puntillas para evitar que la luz de la vela le diera al cochero que dormía en un lecho de paja.

Entraron y salieron tan silenciosa y cautelosamente que los fuertes ronquidos de este no cesaron ni un momento.

Estaban otra vez bañados en la claridad de la luna.

—¿Qué hora será? —preguntó Adrienne al Alvinczy más joven. Y cuando aquel le dijo que eran las once y media, echó una mirada a Abády—. Ya es hora de ir a dormir, estoy cansada de tanto correr...

Se despidieron en el porche que se extendía a lo largo de la fachada. Después de reírse unos minutos más de la aventura con la vaca, cada uno se fue a su habitación.

Detrás de las columnas emparradas de vid silvestre todo era tan oscuro que tal vez solo la pequeña Margit vio que Addy, al llegar a la última puerta que daba a su habitación, se paró un momento y se volvió a mirarlos. Ya solo había un par de personas, Ádám, de espaldas, y Abády, de perfil. Luego ellos también se fueron hacia los dormitorios de invitados.

La vieja casa solariega quedó envuelta en un silencio infinito y dulce, misterioso y profundo. Del lejano patio de la granja solo llegaba la música del contrabajo de la banda de gitanos. Desde lejos parecía un sonido apagado, como si fuera el latido de un corazón que esperaba dulcemente.

A la mañana siguiente, cuando sobre las diez uno por uno fueron llegando al comedor para tomar el desayuno, comenzaron a gotear las noticias sobre las terribles consecuencias del robo de la vaca.

El largo comedor atravesaba la casa y tenía una puerta en cada extremo. Unos entraron por una, otros por la otra. Los sirvientes, el mozo, la criada, el ama de llaves, todos traían alguna noticia, un detalle, una novedad. Apenas pasado el mediodía, todos conocían ya la historia.

De madrugada la mujer del sereno había ido a ordeñar la vaca y ella fue quien despertó a su marido con la alarmante noticia de que la vaca no estaba. El sereno se había apresurado al establo soltando terribles juramentos. A ambos el terrible golpe los había dejado paralizados ante la puerta del establo. ¡La habían robado! ¡La habían robado! ¿Pero quién? ¿Y cuándo?

Csácsá, el gitano pescador, era su vecino y vivía al otro lado del camino. El sereno intentó intimidarlo maldiciendo desaforadamente y acusándolo del robo, pero Csácsá solo pudo encogerse de hombros un par de veces con parsimonia y reírse. Entonces, la mujer del sereno recordó que ese mismo día había habido feria en Sármás y al día siguiente en Régen. Tal vez los ladrones hubiesen sido los feriantes que habían atravesado el pueblo durante la noche ya que el camino más corto para conducir ganado pasaba por allí. ¡Tal vez pudieran alcanzarlos!

El hombre cogió el bastón y se fue corriendo a Sármás, que estaba a diez

kilómetros; la mujer subió llorando hasta la cima del Örményes —dos kilómetros y medio— y volvió desesperada. Tocaban las doce en la iglesia cuando llegó a casa agotada. El sereno ya había vuelto.

La asombrosa noticia del robo recorrió todo el pueblo y, como era domingo, la gente los esperó delante de su casa para oír las nuevas y lamentar el caso.

Realmente era un acontecimiento tremendo: ¡el ganado ya no estaba seguro ni en los establos de las casas! Cada uno pensó en lo que podía perder. Por eso compartieron fervorosamente la desgracia del sereno, que explicaba por centésima vez cómo había intentado recuperar la vaca, mientras su mujer lamentaba la pérdida musitando como una plañidera:

—*Vai, vai!* Mi pobre Jámbor. *Vai!* ¡Qué vaca más bonita y más buena eras! Pobre Jámbor.

*Jámbor*, «mansa», era el nombre de la desaparecida, porque en Transilvania el ganado tenía nombre húngaro incluso en las casas rumanas.

Pero entonces Csácsá, sentado delante de su choza, les dijo en tono malicioso:

—No estoy seguro, pero diría que la vaca está arriba, en la granja del señor.

Él era aquella sombra negra ante la choza a la que Adrienne y sus amigos no habían prestado atención.

El pasmo fue general: «¿Cómo? ¿Qué dice? ¿Qué pasa?». El damnificado gritó a todo pulmón: «¿Y me lo dices ahora, maldito?». Pero el asombro no duró más de unos minutos y la gente estalló en carcajadas. Estaba claro que había sido una broma, una burla para poner en la picota al perezoso sereno que con el buen sueldo que le pagaba el pueblo no era capaz de vigilar las calles, de manera que le podían robar incluso su propio ganado. Y se divertieron más porque a continuación vieron la vaca acercarse por el camino del monte: el señorito Zoltánka la llevaba de la cuerda y un mozo la arreaba.

Arriba, en la casa solariega, Carraca se había despertado más tarde que los demás y al oír la noticia del robo había irrumpido en el comedor bramando como una fiera.

—¡Mi casa es un nido de bandidos y maleantes! ¡Sois la vergüenza de la familia! ¡Furtivos, cuatrerros! ¡Nunca me podré quitar la mancha de la deshonra! —gritó en el comedor donde sus hijas y los invitados aún se divertían con la noticia de que el sereno había ido corriendo a Sármas y su mujer hasta el Örményes.

—¡Lárgate, maldito ladrón! —bramó a su hijo—. ¡Devuelve la vaca tú mismo, desvergonzado! ¡Si no, te romperé los huesos, mocoso! —y cuando Zoltánka se precipitó hacia la puerta, hizo como si lo persiguiese con una vara. Luego, volviéndose, comenzó a reírse con ganas—: ¿Eh, pícaros, cómo lo habéis hecho? ¿Cómo ha sido, jovencitos, cómo ha sido?

Se sentó a la mesa, ahogó el bigote en el lago de miel que chorreaba de la gruesa rebanada de pan untado de mantequilla y se dispuso a escuchar la historia bien a gusto, asintiendo con la cabeza y chascando los dientes al masticar a grandes bocados. Soltó unas carcajadas estruendosas cuando le dieron cuenta de los detalles.

Así pasaron la mañana hasta la hora de la comida. Solo *mademoiselle* Morin, la vieja institutriz francesa, se lamentó con su cara de amargada desde el otro extremo de la mesa:

—*Oh, ces enfants! Oh, ces terribles enfants!...* ¡Estos niños terribles!

Ya llevaba veinte años en la casa, pero su ánimo de dispéptica jamás llegó a acostumbrarse a las travesuras de sus antiguos alumnos.

Después de la comida la reunión se deshizo. Carraca se fue a echar la siesta porque estaba muy cansado de tanto bailar. Zoltánka, Ákos Alvinczy, el barón Gazsi e Iduska se fueron al lago a acechar patos. Adrienne y Abády pasearon por el jardín detrás de Ádám y Margit.

El jardín se había vuelto cada vez más salvaje desde la muerte de la señora Milóth: el seto de lilas había perdido su forma, las matas crecían sin límite en el prado. Unos minutos más tarde Alvinczy se encontró a solas con Margit en las zigzagueantes sendas. Resultó desilusionante. ¡Otra vez esa muchacha! Él había venido por Adrienne y esperaba, durante el paseo, repetirle lo que ya le había dicho tantas veces: su declaración de amor en cuatro frases hermosas y desesperadas.

Miró a Margit con cara de tristeza.

—¿Ya ve? —exclamó—. ¡Incluso me esquivo! Ni siquiera me escucha. No hay nadie en el mundo más mísero que yo. ¡Si al menos pudiera decirle lo que siento, quejarme!

La pequeña Margit se cogió del brazo del joven:

—Venga y cuéntemelo, ya sabe que soy muy amiga suya. Es un placer escucharle.

Y se lo llevó fuera del parque, lejos, a un banco al borde de la colina, por encima del pueblo y delante del cementerio. Gozaba de una vista hermosa que daba al lago y al valle.

Se sentaron allí y Ádám pudo lamentarse a gusto contándole lo que sentía por Adrienne: cómo antes lo escuchaba, aunque se burlaba de él y le tomaba el pelo, y cómo todo aquello le parecía bonito. Porque él no quería otra cosa que poder adorarla, adorarla de rodillas, él, que no era digno ni de tocar el borde de su bata. No, no era digno, solo deseaba hablarle, aliviar su corazón, pero últimamente ni eso, porque Adrienne no le daba ocasión, lo interrumpía, lo dejaba plantado. Y ese hubiese sido el único consuelo para la gran pena de amor que sufría.

La pequeña Margit fue muy comprensiva. ¡Mucho! Supo apreciar y descubrir los finos matices del alma de Ádám, y compartir su dolor. ¡Oh, qué cruel era Adrienne! Realmente estaba mal por su parte actuar de esta manera. ¿Cómo podía ser así? Bueno, ella era como era. Fría. Sí, fría y despiadada. Eso. Era hermosa, claro, preciosa, pero no tenía corazón. ¿Cómo era capaz de torturar a una persona tan fiel como Ádám? ¿Cómo podía causarle tanta pena? Y Margit lo consoló, lo animó a hablar, le dio unas palmadas en el hombro y le ofreció su pañuelo para secarse las

lágrimas.

Se quedaron sentados en el banco hasta que anocheció y no fue en vano. Ádám Alvinczy casi se sintió feliz por haber podido contar largamente sus penas a aquella alma gemela simpática y generosa. Además, le sentó bien que Margit le estrechase la mano mientras él hablaba de Adrienne. La muchacha soltó unas lágrimas y lamentos solidarios. Ya habían hablado a menudo de este tema, pero nunca lo habían disfrutado tanto. Paseando hacia la casa, Margit le aconsejó que le escribiese para que pudiera aliviar su corazón aunque estuviese lejos. Eso sería muy bueno. ¿No es cierto que lo sería, que le ayudaría? Quedaron en escribirse.

Adrienne y Bálint, para que no los viera la otra pareja que también estaba paseando, volvieron a la esquina de la casa solariega. Pasaron junto a las últimas habitaciones del ala lateral. Allí vivía Judith Milóth desde que la habían traído a casa con la mente ofuscada. La casa continuaba por una alambrada que rodeaba el corral. Lo había construido Adrienne para su hermana cuando se dio cuenta de que encontraba placer en el trato con animales pequeños.

En la parte soleada había una jaula doble y al lado casitas para las cluecas. Un poco más allá estaba la caseta de los conejos, un cobertizo bajo. Delante, un espacio grande de arcilla apisonada y un montón de arena fina que habían traído en carro desde el cauce del Maros. El transporte presentaba ciertas dificultades, pero lo había ordenado Addy porque en el Mezőség no había ni un grano de arena y el bienestar de las gallinas dependía de ello. En cierta ocasión una plaga se había cebado con las gallinas y Judith se pasó días y días llorando.

Entre la alambrada y las envejecidas lilas solo pasaba un sendero estrecho. Adrienne y Bálint avanzaron en fila. Abády se percató de la presencia de Judith, a la que no había visto desde hacía año y medio.

Estaba sentada en el suelo, llevaba un pañuelo negro en la cabeza atado bajo la barbilla, como las campesinas. Encima de la ropa vestía un delantal de lino azul, repleto de manchas blancuzcas de estiércol del corral. Las manos sucias. Al lado yacía el rascador con que acababa de limpiar el suelo de las jaulas. Los conejos ya habían recibido la lechuga y estaban masticando apretados contra sus faldas. Ahora estaba dando de comer a los pollitos. Las gallinas y los pollos se apretujaban junto a la barandilla hecha de tablas de madera. Con una mano les iba arrojando algo de comida, con la otra daba de comer a un pollo que había nacido cojo tal vez porque la clueca que lo había empollado era distraída y se le había olvidado dar la vuelta al huevo. Cuando nacieron resultó que tenía la patita izquierda más corta. Este inválido era su favorito, sabía que los demás arremeterían contra él y no lo dejarían comer como no fuese en el regazo.

—Come, cariño, come. Aquí nadie te puede hacer daño. ¿Está rico, verdad? Está rico... Come, cariño, come...

Solo hablaba con sus animales, con los demás no intercambiaba palabra durante semanas.

La vieja campesina que cuidaba de Judith estaba en la puerta abierta de la habitación. Cuando Adrienne pasó junto a la alambrada la saludó:

—Buenos días, señora.

Judith levantó la mirada. Miró a Adrienne sin que cambiara en absoluto su expresión, los ojos pasaron a Abády, que levantó el sombrero.

Se desencajó, los ojos se le abrieron de pánico de par en par como si hubiese visto una visión horrible. Sus labios finos y curvados se entreabrieron, dejó caer las manos e irguió el busto. Su mirada siguió al hombre un momento. Tal vez la invadió el recuerdo de aquella madrugada trágica en la que vio el rostro de Abády por última vez.

Bálint pensó en lo mismo, en aquel momento en el que vio a la muchacha en la estación de Kolozsvár esperando a su amor, al indigno Wickwitz, con quien planeaba escaparse en secreto a Austria, pero Wickwitz ya había salido por la frontera la noche anterior y ni siquiera había tenido la consideración de avisarla. Bálint recordó el momento en que se le había acercado justo antes de partir el expreso de Budapest para decirle que esperaba en vano. Se la había llevado a casa como un pajarillo herido. Su mirada ahora, durante un instante fugaz, fue la misma que entonces en el simón: solo un brillo y sus ojos volvieron a estar vacíos, como si fuera ciega. Así había quedado después del segundo desengaño, todavía más mortificante, que acabó rompiéndole el corazón: una mujer desconocida le devolvió las cartas que ella había escrito a aquel hombre...

La pobre muchacha vivía detrás de la casa solariega de los Milóth. Era el fantasma de sí misma. Una muerta en vida. Su cara seguía siendo hermosa, un poco más pálida y delgada, y tenía la mirada contemplativa de un animal.

Adrienne y Bálint continuaron su camino en silencio. El encuentro con Judith había ensombrecido su alegría. Ya se habían adentrado en la huerta cuando Bálint comenzó a hablar y, como ocurría a menudo, expresó los pensamientos de su compañera:

—Desde que nos vimos en Almáskő estoy pensando en algo. Ahora que Uzdy está tan volcado en esa nueva locura que le ocupa... Ahora tal vez ya no... ya no se sienta tan apegado a ti... ¿No podría ser?... Dime, ¿no sería posible que te divorciaras?

La mujer contestó lentamente:

—Sí, quizá... A veces pienso lo mismo, sobre todo cuando estoy contigo. Pero no siempre es como aquel día... A veces es diferente, tal vez menos impredecible de lo que fue... y... y más exigente...

La mirada de Adrienne se nubló y cerró los párpados con fuerza. Era evidente que el triunfo de aquel día no era algo constante.

—Aprovecho todos los pretextos —continuó más tarde— para no estar allí... Ahora me quedaré dos semanas aquí y después quizá vaya a Kolozsvár para la temporada de caza de Zsuk. Es importante para Margit, le diré que habrá muchos jóvenes en la ciudad. Aunque no sé si podré hacerlo, puesto que estamos de luto y de ningún modo podemos asistir a los bailes. Así intento que se deshábítue de mí...

Continuaron paseando en silencio. Adrienne resumió el pensamiento de ambos:

—Sí, es la dirección que debo seguir... Pero ahora no puedo sacar el tema. Tengo la sensación de que es imposible... Tendría que decírselo porque, quizá ya lo sospecha, de todas maneras lo descubriría sin que yo se lo diga y entonces... ¡No! ¡No! No puede ser.

Su voz se llenó de terror porque recordó una escena que quería callar delante de su amigo.

La mañana después de haber acompañado a Bálint al bosque, cuando este volvió a casa, Adrienne había ido a pasear según era su costumbre habitual. Se había dirigido hacia el oeste, en dirección a los bosques de Abády, pero no llegó a la linde común, sino que dio la vuelta por el mismo camino.

Pasó algo totalmente inesperado: se encontró cara a cara con su marido.

Uzdy, que nunca daba ni cien pasos, que controlaba la granja a través de informes, que por la mañana nunca salía de su despacho, ¡Uzdy estaba delante de ella!

Quería acecharla y seguramente por eso se había levantado tan temprano, por eso había aguardado su salida y la había perseguido desde lejos, por eso se había puesto zapatos con suela de goma: para avanzar sin hacer ruido, para seguirla sigilosamente, inadvertido. Había guardado suficiente distancia para no ser visto. En el hombro llevaba la carabina de precisión, él, que nunca iba de caza, que solo se ejercitaba en su campo de tiro debajo del jardín. ¡No era una casualidad que la llevase consigo! ¡Seguramente era para ella... o para Abády!

Al verse cara a cara, todo pasó como un rayo por la cabeza de Adrienne: las circunstancias, las razones y las coincidencias. ¡Qué suerte que Bá se hubiese ido el día anterior de viaje!

Rápidamente se precipitó hacia Uzdy y se plantó delante.

—¿Qué hace usted por aquí? —le había preguntado en tono desafiante con la barbilla levantada.

Pál Uzdy soltó una risa cohibida como si lo hubieran pillado con las manos en la masa.

—Yo también he querido probar si el paseo matutino es tan saludable como dicen. ¿Quizá no le parece bien, querida Addy?

La mujer se encogió de hombros. No se dignó responder. Volvió a preguntarle en voz desdeñosa:

—¿Y la carabina? ¿Tal vez se va de caza?

—¿De caza? No. Pero pensaba tal vez tirar al blanco al aire libre. Si encuentro algo que sirva... un árbol, una piedra o algo similar... —volvió a reírse, pero con más malicia y su mirada brilló por un instante—. Sería interesante probar si desde una distancia no medida se puede acertar con exactitud. Porque lo importante es la exactitud... es lo hermoso... la exactitud... ¡Solo la exactitud! —volvió a repetir un par de veces más.

Regresaron a casa en silencio. No volvieron a hablar del incidente.

Adrienne estaba pensando en ello cuando repitió:

—¡No! Ahora no puede ser... no se puede sacar el tema... ¡No!

Después de la cena los invitados permanecieron en el comedor. Las mujeres estaban acodadas en el mantel arrugado; los hombres pidieron vino como en la taberna, fumaron y lo dejaron todo manchado de ceniza; el mozo y la criada permanecían recostados contra la pared bostezando. En vida de la señora Milóth no habría ocurrido cosa semejante, pero desde su muerte el orden que ella había impuesto en Mezővarjas estaba socavado. Cada cual hacía lo que quería y la pequeña Margit, que era quien llevaba la casa, solo pensaba en sus fines: que los jóvenes lo pasaran bien, que hablaran y bebieran mucho. ¿Y por qué? Ella nunca daba razones.

Solo la exhausta *mademoiselle* Morin se había retirado al salón, donde continuaba tejiendo eternas medias de lana entre ofendidos suspiros. Y Carraca se había llevado allí como su preso al más joven de los Alvinczy para agotarlo a solas con sus aventuras garibaldistas, porque la compañía del comedor se había negado a escucharlas entre risas.

Los jóvenes permanecieron bromeando en el comedor, detallando una y otra vez la historia de la vaca y la última noticia de la tarde: que la mano de la justicia había alcanzado al sereno. El consejo del pueblo lo había despedido. Así acabó el drama de la vaca: el destino se había vengado del sereno como en las tragedias griegas de la fortuna.

Se sucedían risas y bromas, burlas a cuenta ajena; sin embargo, la alegría no era realmente sincera y despreocupada. Como si una sombra los acechara. Les pesaba el hecho de que su pariente, la pobre y hermosa Judith, su antigua amiga y compañera de juegos, estuviera viviendo unas habitaciones más allá con la mente ofuscada. Algunos, como Abády, la habían visto, otros sabían de su estado a través de Iduska Laczók. Y cuando las bromas y las risas aflojaron, comenzaron a echar ojeadas furtivas a la oscuridad que reinaba detrás de la puerta de cristal para ver si aparecía el rostro pálido de la muchacha, si captaban su mirada sepulcral.

La conversación tomó, sin querer, un tono más serio. Hablaron de la fortuna y la

desgracia, del envilecimiento de László Gyeróffy y de la pequeña Dinóra Malhuysen, de cuyas letras de cambio había vivido Wickwitz y que había sido expulsada de todos los círculos cuando estalló el escándalo. Comentaron que el destino repartía lo bueno y lo malo en distintas medidas. A uno lo torturaba sin razón, al otro lo colmaba con todos los placeres.

—La felicidad no se administra en la misma medida... —dijo Ádám Alvinczy con tristeza, y miró a Adrienne. Pero el barón Gazsi dio un golpe vehemente en la mesa:

—¡Eso no es verdad! ¡No lo es! Son fantasías. Todo el mundo es igual: ni feliz, ni desgraciado. ¡Todo es una farsa!

Todos lo miraron asombrados por lo inesperado del hecho de que se manifestara sobre algo que no era deporte o burla. Y continuó:

—¡Sí! ¡Es como os digo! Le he dado muchas vueltas. Lo he observado muchas veces en compañía...

—¿En compañía de caballos, tal vez? —lo interrumpió Ádám Alvinczy, porque no le había gustado que Gazsi contradijese su pose de dolido.

Kadacsay se enfadó. El tono injustamente despectivo de Ádám le abrió una herida profunda que quizá ni él mismo conocía. En otra ocasión habría optado por hacerse el tonto para hacer reír a los invitados, pero había bebido demasiado y había perdido la máscara de eterno payaso que siempre llevaba en defensa propia. Preguntó ofendido:

—¿Tú qué crees? ¿Que si a uno le gusta cabalgar necesariamente es un burro? Es cierto que he pasado mucho tiempo trotando, demasiado tiempo, pero a caballo también suelo pensar, ¡cosa que tú no haces ni a pie!

Bálint intervino en la discusión, que parecía volverse violenta, y dijo:

—Vamos, Gazsi, cuéntanos tu teoría. Lo que has dicho parece totalmente nuevo.

—¡Sí! ¡Vamos, Gazsi, vamos! —exclamaron las mujeres—. Luego lo comentaremos...

Kadacsay torció hacia un lado su larga nariz ganchuda y sus cejas diagonales continuamente enarcadas mendigaron comprensión. Parecía una cría de cuervo observando un objeto insólito. Habló con la mirada fija en el mantel, como si estuviese leyendo. Las frases le salían entrecortadas, como en un sueño, desplegando una serie de ideas lógicas. Dijo que siempre se deseaba algo más aunque se tuviese de todo. Se deseaba algo todavía no logrado, algo que faltaba para ser feliz. No existía ser humano que dijera que ya no tenía ningún deseo. Después de un regalo del destino, se deseaba otro, no más valioso ni más grande. ¡No! Solo algo que todavía no se tenía. Y ese deseo limitaba la alegría dando la sensación de que solo se podía ser feliz teniéndolo. Y cuando se tenía, se deseaba otra cosa. Lo mismo pasaba con las penas. Aunque se sufriera un golpe, siempre había algún consuelo, algo que impedía caer en la desesperación absoluta. Daba igual qué o cómo se llamara: responsabilidad, deuda u obligación moral, algo que había que cumplir pese al golpe. En caso de la muerte de un ser querido, era el cuidado del resto de la familia y de sus

cosas preferidas. En todas las penas había alguna fuente de alegría que no se debía descuidar: un trabajo ya comenzado, el cuidado de alguien que nos necesita, ya fuese un pariente, un criado o un animal. ¡Daba igual! Alguien por quien merecía la pena seguir viviendo, trabajando. Y era posible que la grandeza del luto fuese una clase de placer que nos contentaba por sí misma.

—Es como una balanza —explicó Gazsi—, en un platillo está la alegría, en el otro la tristeza. Siempre están en equilibrio y da igual si en uno hay mucho y en el otro poco.

Gesticulaba curiosamente con los dedos rígidos de tanto cabalgar. Algunos se rieron, pese a que los ojos de Kadacsay brillaban con la fijeza de un fanático.

—¿Y qué pasa si en algún platillo no hay nada? Por ejemplo, si todo el peso está en el platillo de la alegría.

—Uno estaría bailando y cantando todo el día y lo encerrarían en un manicomio.

—¿Y con el peso en la tristeza?

—Se pegaría un tiro...

Carraca había vuelto al comedor durante el discurso. Escuchó las palabras de Gazsi impresionado y lo interrumpió:

—¿Es que acaso yo no estoy desesperado por mi pobre mujer? ¡Día y noche no tengo otra cosa en la mente! ¿Dónde has leído, jovencito, una tontería tan grande?

—¡En ninguna parte! —contestó Gazsi—. Desgraciadamente, he leído muy poco... el ejército y los caballos... He perdido mucho tiempo, ahora intento recuperarlo, pero tal vez ya sea tarde...

—Déjalo estar, jovencito. Tuve un compañero en Italia, un animal que no veas. Vivía para los libros. Leía a los grandes y falsos filósofos a la luz de una hoguera. Os lo contaré, es una historia realmente graciosa. Ya veréis.

Agarró la silla que había frente a Gazsi, se sentó y, pese a las protestas de sus hijas, comenzó su narración haciendo grandes aspavientos:

—Pasó, ahora escuchad, que después de la batalla acampamos en un viñedo de Calatafimi. Estaba el animal este también y el sarmiento se resistía a arder. Es que es necesario saber que por allí no hay nada más para alimentar el fuego. Pues le digo: para qué tanto fuego. Le digo...

Abády miró a Kadacsay, que estaba sentado enfrente del viejo garibaldista moviendo su nariz de garfio ora a la izquierda, ora a la derecha. Simulaba prestar atención. Tan solo una minúscula sonrisa bailaba debajo de su bigote, una sonrisa amargada, irónica, y en su frente se había formado una arruga profunda que Bálint no había visto nunca. Entonces recordó que el año anterior, cuando lo había visitado en Dénestornya, pidió de la biblioteca para su lectura nocturna un tomo de Schopenhauer.

¿Qué clase de deseo por tener más cultura ocultaba este hombre de caballos, burlas y payasadas...?

Carraca no paraba de contar anécdotas, soltando tremendas carcajadas, la historia

parecía no acabar nunca. Con distintos pretextos comenzaron a levantarse los invitados, hasta que las hijas anunciaron que era hora de ir a dormir tanto para ellas como para los demás.

—Pues bien, jovencitos —asintió el buen viejo—, mañana os lo acabaré de contar. ¡Ya veréis que es una historia sin par!

Andando hacia los dormitorios, Bálint le puso la mano a Gazsi en un hombro:

—Es muy interesante lo que has dicho...

Pero su amigo quitó importancia a la alabanza:

—El viejo Carraca tiene razón, es una burrada.

Y soltó una risa cohibida, como si se avergonzara de haber delatado parte de sus ideas.

Después de Mezővarjas, Bálint volvió a Dénestornya. El congreso de los *székely* — así se llamaba una de las minorías hungarohablantes de Transilvania— se inauguraba la semana siguiente en Homoródfürdő. Abády hacía tiempo que preparaba su asistencia y se lo había dicho a su madre un par de veces. Así no llamaría la atención si volvía a marcharse. Se hubiese ido de todas maneras porque la relación con su madre era cada vez más tensa. En vano le explicaba lo que había hecho en Kalotaszeg para sacar adelante la cooperativa y los asuntos de la familia, en vano rentaban los neveros ingresos insólitos, en vano era que le contara que en Lélbánya la huerta modelo y el centro cultural de granjeros se desarrollaban y crecían. Su madre lo escuchaba con la mirada helada. De vez en cuando preguntaba algo como quien muestra interés, pero era evidente que dijera lo que dijese su hijo, Róza Abády solo pensaba en una cosa. Estaba segura de que los caminos de Bálint siempre iban en dirección a aquella maldita mujer, Adrienne Milóth.

En realidad se enteraba de todo aunque no lo dijese. El servicio de espías que se ocupaban del ir y venir del joven señor había sido montado por Ázbej. No fue difícil.

El guardabosques de los neveros de Abády, el viejo Nyiressy, no soportaba las novedades que Bálint había introducido en su territorio. Hasta ese momento había sido omnipotente, señor de la vida y la muerte con su pipa de espuma de mar en la boca, pero le habían impuesto un joven ingeniero forestal y, sin su beneplácito, no podía hacer nada. Y todavía era más intolerable por el hecho de que el nuevo empleado se había mudado a aquella casa espaciosa en el Béles que desde hacía treinta años consideraba de su propiedad. ¡Le habían quitado dos cuartos! Dos cuartos que le servían para alojar a sus visitantes. Junto con la habitación que se guardaba para Bálint Abády eran tres. Ya nadie podía viajar para ir a verlo, nadie podía visitarlo excepto los dos amigos que vivían en los neveros: Gaszton Simó, el notario de Gyurkuca, y el director del aserradero estatal de los alrededores. No podía recibir a nadie de más lejos porque no tenía dónde alojarlo. Ni siquiera podía organizar una partida de cartas. Se acabaron las alegres fiestas que daban sabor a su vida solitaria. Por eso pidió la jubilación y, como finiquito, la casa solariega que los Abády tenían alquilada en Bánffyhunyard. Aquella era una demanda exagerada, pero Bálint accedió porque quería librarse de él como fuera. La condesa Róza también aceptó porque Ázbej no valoraba nada esa finca y porque la suma del alquiler que desde hacía años presentaba a su señora no era en absoluto alta.

Ocurrió, pues, que el viejo Nyiressy estaba viviendo desde el verano anterior en Bánffyhunyard, donde todos los martes había mercado y llegaron noticias de la región. ¿Y qué podía ser más interesante que las idas y venidas del joven Abády? A pesar de

que a Nyiressy no le gustaba escribir, todos los martes enviaba una nota a Ázbej cuando tenía algo nuevo que contar.

Él era una de las fuentes; la otra, el tabernero de Lélbánya, un pariente lejano de Ázbej. Sabía trapichear y a menudo hacía negocios con este. Aborrecía el centro cultural de granjeros que Bálint había fundado porque, aunque no se vendía vino, le había quitado parte de la clientela de su taberna. Tampoco apreciaba la atención que el diputado prestaba a los asuntos de la ciudad. Era una buena fuente de información, rápida y fiable, puesto que en Mezőség todo el mundo, fuera campesino, funcionario o tendero, se aburría como una ostra. Si a alguien le llegaban chismes nuevos, no vacilaba en caminar dos horas para poder contarlos.

Las informaciones llegaban puntualmente al astuto abogado y, a través de este, a las señoras Tóthy y Baczó, las cuales no tardaban en transmitírselas a su vez a la señora Abády. Después de la comida o la cena, las dos robustas amas se sentaban en el salón a ambos extremos de la larga mesa, y la condesa en medio, en el canapé. Las tres tejían labores de punto que posteriormente, en Navidades, Róza Abády regalaba a los niños del pueblo.

Si Bálint no estaba presente, una de las rollizas mujeres empezaba a lanzar grandes suspiros. A continuación, la otra le preguntaba por qué suspiraba tanto. Y así, bajo la fórmula de preguntas y respuestas, soltando un par de «por supuestos» y «claros», asintiendo con la cabeza y guardando silencio cuando era preciso, narraban las novedades. Solo hablaban entre sí y nunca se dirigían a la señora condesa, pero de este modo era como la madre de Bálint se había enterado de que su hijo había vuelto al bosque de Bánffyhungyad y —«por supuesto»— había mandado construir una cabaña. ¿Dónde? Pues justo en la linde de las fincas de Uzdy. ¿Ahora por dónde andaría? Pues en Almáskő. La historia de la vaca se convirtió pronto en otro asunto sobre el que informar, acompañado de lamentos y gestos de desaprobación.

Las señoras Tóthy y Baczó administraban de esta manera el veneno a la pobre condesa Róza. No era de extrañar que para ella Bálint trabajara en vano por el bien de su fortuna y de los asuntos públicos: la vieja dama nunca creía nada y lo consideraba todo mentiras que servían a su hijo para disimular delante de ella la maldita relación con aquella mujer.

Ahora que Abády le decía que se iba al balneario de Homoród, su madre lo miró con ojos vidriosos:

—¿Es que la temporada dura allí hasta finales de octubre? —preguntó burlonamente, lo que en su particular lenguaje significaba: «¿Cómo puede esa maldita Adrienne ir al balneario tan entrado el otoño?». Al menos eso entendió Bálint, por lo que le dio abundantes explicaciones. Habían decidido celebrar el congreso allí porque en esas fechas no había nadie en el balneario, las habitaciones del hotel y de las villas privadas estaban libres y había sitio para los cien o doscientos participantes en el congreso.

—Es extraño que lo hagan en Homoród...

—Sí, es un lugar insólito. Creo que lo eligió Sámuel Barra y es cierto que en un balneario completamente vacío hay más y mejores alojamientos que en una población rural...

Continuó hablando de la propuesta que iba a presentar. Con ello quería justificar una vez más que iba a Homoród por asuntos públicos. Le contó incluso el programa del congreso.

Pero su madre desvió la mirada con un gesto despectivo y sacó otro tema.

El motivo del congreso era bastante interesante. Darányi quería organizar un sistema de asistencia para los *székely*, emprender medidas contra su emigración concediendo ayudas para favorecer su asentamiento: repartir animales de raza, organizar cursos de agricultura con profesores itinerantes y, para dirigir la acción, montar una «delegación *székely*» que pudiese ocuparse del asunto *in situ*.

La emigración de los *székely* había tomado proporciones alarmantes. Las cada vez más diminutas fincas no aseguraban la supervivencia de este prolífico pueblo. La tierra, en su mayor parte poco fértil, había ido siendo repartida entre los herederos en parcelas cada vez más pequeñas, ínfimos trozos de tierra que no abastecían ni a una familia. Los más espabilados se dedicaban desde hacía ya tiempo al transporte, al trabajo forestal y a otras empresas menores para completar sus ingresos. Pero el crecimiento de la población produjo una nueva ola de emigración dirigida en gran parte a Rumania y, más tarde, a Estados Unidos. Algunos habían vuelto, pero la mayoría se había quedado allí. Por eso el ministro de Agricultura, Darányi, incitado sobre todo por István Bethlen, quería emprender la lucha contra la emigración aquí en el País Székely —al sudeste de Transilvania—, que en la primera década del siglo xx suponía un estigma para el gobierno, la peligrosa evidencia de que la política no se interesaba en absoluto por la economía. En vez de analizar y resolver las razones que motivaban la emigración, optaron por organizarla para impedir abusos y, de ese modo, se agravó el problema. Darányi fue el único dispuesto a dar la batalla.

Los diputados que viajaban desde Budapest y el delegado ministerial que había sido designado jefe de la delegación *székely*, Mihály Koós, tomaron el tren correo que partía desde Kolozsvár. Hubieran podido optar por el expreso, pero el gran Barra pensó que era mejor viajar en uno que parara en todas las estaciones para que los participantes de aquella región fueran subiendo y así llegar todos juntos al lugar del congreso. Otra ventaja era que el tren correo hacía paradas más largas en las estaciones y permitía que las distintas delegaciones diesen la bienvenida y pronunciasen discursos que insuflaran los ánimos.

Por cortesía de la Red Nacional de Ferrocarriles Húngaros, el tren tenía un coche comedor. El viaje fue un placer. Barra reunió a su séquito en el restaurante para ganar más adeptos en esos campeonatos de dialéctica que tanto le gustaban. En el otro extremo del coche, el joven Marót Kuthenváry entretenía a los transilvanos con las

últimas anécdotas budapestinas sobre los judíos. Era un periodista de la capital, pero con su pinta a lo Sándor Petőfi, el gran poeta de la revolución de 1848, había logrado seducir a un distrito de Gyergyó y entrar en el Parlamento. Naturalmente, no podía faltar a la reunión de los *székely*. Ellos eran los polos opuestos del grupo: en un extremo, los que discutían sobre sofisticadas cuestiones de derecho público; en el otro, los que no paraban de gastar bromas.

Bálint tomó el tren en Aranyosgyéres. Aunque se notaba que los compartimentos estaban ocupados, no había nadie. Encontró gente en uno, pero no quiso entrar porque vio que se trataba de Mihály Koós con sus dos secretarios, quienes entre documentos y cuadros dispersos probablemente discutían con Bethlen los detalles del congreso.

Decidió dirigirse al comedor.

Cuando entró todavía reinaba cierto equilibrio entre el grupo de los burlones y el de los discutidores. Barra y Kuthenváry tenían el mismo número de ruidosos fieles. La situación cambió cuando el tren de Marosvásárhely llegó a la estación de Kocsárd, cuyos pasajeros se unieron al grupo de Barra. Entre otros llegaron Zsigmond Boros, el viejo Bartókfáy, Béla Varju, Jenő Laczók y Soma Weissfeld. Los Laczók habían nacido en una familia de la aristocracia *székely* y Weissfeld no solo era el director del banco de Marosvásárhely, sino el presidente de la sociedad anónima que explotaba los neveros de Laczók, es decir, era el principal generador de empleo del País Székely.

Se trataba de un cortejo distinguido, todos vestidos de gala. Béla Varju llevaba un traje negro totalmente nuevo; el viejo Bartókfáy, chaqueta corta azul aberenjenado con pantalones estrechos adornados con cordones y entorchados y, encima, un abrigo de invierno en forma de saco sin botones que estuvo de moda hacia 1860. Solo vestía así en ocasiones solemnes.

Sin embargo, el más espectacular era Soma Weissfeld, que se había puesto el tradicional vestido húngaro de gala. Lo había comprado hacía un par de años cuando se rumoreó que se llevarían a cabo maniobras imperiales a orillas del Maros. El rey no acudió, pero él se hizo con la indumentaria y aprovechaba todas las ocasiones para ponérselo, y así amortizar lo que se había gastado en los sastres Grünbaum y Weiner. Era un verdadero traje escita, como los de los conquistadores húngaros. El dolmán estaba hecho de seda nívea, los pantalones eran color carmesí, las botas amarillas de cordobán y la pelliza azul marino con cuello «Zrínyi» reforzado con piel de conejo teñida para que pareciera marta cibelina. Iba colmado de colgantes del tamaño de una nuez, hechos de cobre dorado, que le caían igualmente por la espalda. Así de apuesto iba el buen Soma. Y aunque según los malhablados, daba la sensación de ser un cruce entre un mono peludo y un papagayo, él se sentía ufano cuando se miraba en el espejo. Solo los quevedos sobre la nariz desentonaban en su aspecto de auténtico húngaro de las estepas, pero sin ellos no veía, así que no podía metérselos en el bolsillo.

El grupo que discutía sobre política vencía en estrépito a los que se divertían y el gran Barra controlaba todo el comedor. Desde el rincón donde estaba Kuthenváry sólo se oían risas reprimidas.

Así entró la locomotora de vapor en Tövis, cuya estación ya estaba engalanada; el jefe de la estación y el personal lucían uniformes de gala y saludaron como si el mismo rey estuviese haciéndoles una visita. Delante del tumultuoso público esperaba el coro de los ferroviarios de la región y la orquesta cingara. El magistrado principal estaba rodeado de muchachas vestidas de blanco que, después de recitar un bonito poema, entregaron un ramo de flores, ¿a quién?, por supuesto que no al delegado ministerial, sino a Sámuel Barra, un *székely* famoso y centro de la fiesta.

Todo el mundo se apeó porque había que esperar un buen rato a que llegase el tren proveniente de Déva y porque hacía un tiempo esplendoroso. Barra, Bartókfáy, Varju y Kuthenváry dieron una serie de discursos para agradecer la bienvenida. En diferentes versiones, todas estupendas, explicaron cómo salvar a los *székely* y el público respondió entre vítores entusiasmados pese a que Tövis no estaba en el País Székely y el auditorio se componía en gran parte de ferroviarios, viajeros y vecinos. A cada pausa uno de los gitanos tocaba un trémolo como si fuera un brindis.

Bálint se alejó paseando a lo largo del tren. A la altura de los últimos vagones se percató de que había otro grupo. Habían bajado de los coches de tercera y daban vueltas por las vías muertas. Entre ellos había seis o siete popes, algunos muy barbudos, con trajes talares grises o levitas deslucidas. Los civiles que viajaban con ellos también iban de gris, un color sufrido para viajar. Apenas intercambiaron palabras mientras caminaban entre los raíles hasta alcanzar el primer cambio de agujas, donde dieron la vuelta. Al verlos de frente, Abády reconoció en el grupo al viejo Aurél Timisán.

Timisán se acercó a Bálint y sus compañeros siguieron el camino. Se saludaron cordialmente.

—¡Qué fiesta más bonita han montado! Todo un placer verla —dijo el viejo abogado en ese tono burlón y apagado tan propio de él—. ¿Adónde van los señores?

—A Homoród, se celebra un congreso *székely*. Mañana se inaugura.

—Bien, bien. Está muy bien que se ocupen de las penas del pueblo. Muy correcto. ¡Y la gracia que tienen los húngaros para montarlo! ¡Tantos discursos, tanto entusiasmo! No hay otro rincón en el mundo que lo organice con tanto acierto.

En ese momento se oyó el runrún del tren que llegaba desde el sur. Bajaron más viajeros vestidos de gala, volvieron a sonar vítores, se repitieron los discursos frente a la estación y el coro arrancó de nuevo. La sociedad coral comenzó a entonar el *Canto de Kossuth*, la canción húngara por excelencia, y la gente a ondear los sombreros, los pañuelos, las banderas.

—¿Quién es aquel magnate que luce el uniforme de gala? —preguntó el viejo abogado apuntando a Soma Weissfeld y esbozando una sonrisa socarrona bajo su níveo bigote.

—Un banquero de Marosvásárhely —respondió Bálint secamente y, para impedir que Timisán continuara burlándose, le preguntó—: ¿Y el señor diputado adónde viaja? Veo que va acompañado.

—Vamos a Brasso. Tenemos una reunión por un asunto eclesiástico.

—Podríamos charlar un poco. ¿En qué coche viaja?

—Sería un honor, señor conde, pero viajo en tercera por mis amigos y desde allí no hay manera de cambiar de vagón. Además, mis amigos no son compañía apropiada para señores distinguidos. Son gente sencilla. Muy sencilla.

Hizo un gesto con la mano y se rio con ganas como si se divirtiese de la ambigüedad de sus palabras.

Los dos convoyes fueron enganchados y al son de la *Marcha Rákóczi* el largo tren partió de la estación dejando un rastro de grandes nubes de humo. La locomotora, engalanada, adornada con banderas, corrió a través del puente de Maros, atravesó la amplia y rica llanura y se adentró entre las colinas.

Llegaron a Balázsfalva, la sede del obispado greco-católico rumano, origen de todos los movimientos rumanos desde hacía siglo y medio.

Allí se reunieron con el grupo que venía de Dicső, dirigido por Jóska Kendy<sup>[8]</sup>, que ahora era gobernador de Kis-Küküllő. De su boca, acompañada de su sempiterna pipa de loza, no salió palabra alguna; no obstante, el resto se despachó a gusto. De nuevo las muchachas de blanco, el ramo de flores, los discursos y la bienvenida. Recibieron a Weissfeld con vítores, porque al verlo así trajeado pensaron que se trataba del delegado ministerial.

Bálint observaba la escena desde la ventanilla cuando reparó en un joven seminarista que sin mirar ni a derecha ni a izquierda se apresuraba hacia los últimos coches del tren. Su cara le resultó familiar. Era un joven muy flaco, escuálido, en su tez oscura se veían las características manchas rojas de los tísicos. ¿Dónde había visto ese rostro? Lo siguió con la mirada.

El joven se acercó a un coche de tercera clase y, apenas se hubo detenido, desde la ventanilla se extendió como un rayo una mano en cuya palma colocó una papeleta diminuta. Luego se volvió y regresó al borde del andén. Contempló el tren engalanado y su mirada se cruzó con la de Abády.

Bálint lo reconoció: era el hijo del pope de los neveros, a quien hacía un par de años había visto en Gyurkuca cuando su padre, Timbus, lo había invitado a ver la iglesia para pedirle material de construcción. Entonces había visto su rostro, sus ojos encendidos. Tenía ahora la misma mirada llena de odio mudo que cuando reposaba, inmóvil, delante de la casa del pope tapado con una zamorra de pastor. Bálint había oído que estaba mejor y asistía a la escuela de magisterio y recordó lo que el notario Simó le había dicho: «Le doy mi palabra de que el pope es muy buena persona, fiel al Estado. Es verdad que su hijo es de sentimiento daciromaniano; pero es tísico, así que

no cuenta».

El joven Timbus se quedó rígido en la estación mientras los diputados húngaros subían al tren. Sus ojos se mantuvieron clavados en los vagones engalanados que pasaban por los cambios de agujas traqueteando. Después su figura enjuta y estrecha de hombros desapareció detrás de la cortina de humo.

El congreso de Homoródfürdő se inauguró a las diez de la mañana. Los presidentes, por orden de antigüedad, eran los vicegobernadores de Maros-Torda, Csík, Udvarhely y Háromszék, pues el gobierno quería demostrar de ese modo lo mucho que apoyaba la autonomía de los condados que durante el «gobierno de guardias» de Fejérváry respaldaron a los partidos de la coalición. Los vicegobernadores se sentaron en la mesa presidencial, puesta a lo largo de la gran sala.

Durante la temporada alta, la sala del balneario, un edificio de madera, era una especie de salón de actos con una de las paredes completamente acristalada. En el extremo más estrecho había un estrado donde solía tocar una banda de cíngaros y podía servir de escenario si llegaba una compañía ambulante. La sala estaba repleta de sillas donde los diputados, distinguidos representantes de provincias, abogados y otras personas ilustres se habían ido acomodando respetando la jerarquía de manera inconsciente. Delante de la mesa presidencial se había dejado un amplio espacio para que fueran acudiendo las delegaciones. Habían acudido algunas, no muchas, porque el *székely*, pese a ser aventurero, era un pueblo realista y en otoño lo primero era arar y sembrar. Por eso apenas había gente. Los que se habían decidido a ir, una vez que se hubo pronunciado el perceptivo discurso de bienvenida, se retiraron a un rincón del fondo a escuchar, recelosos, lo que planeaban los «señores».

Solo los carboneros habían aparecido con una numerosa comitiva.

Pero no habían ido a celebrar nada, sino a presentar sus quejas, a participar en el congreso. No se habían situado ante la mesa presidencial, sino en un estrado lateral cuya primera fila habían ocupado. El grupo lo componían dieciséis personas.

Era gente muy seria, casi adusta. Todos iguales tal vez por el duro trabajo en el bosque y la atención continua que necesitaba el carboneo. Iban vestidos igual, de negro, y calzaban botas. Eran hombres de rostro oscuro; los poros de sus mejillas, colmados por el polvo de carbón, así como los de la frente y las manos, eran puntitos negros.

Permanecían sentados, mudos, esperando, mientras abajo, en el rectángulo ocupado por los señores ilustres, la enumeración de méritos parecía no acabar. El presidente dio la bienvenida al delegado ministerial y los vicegobernadores a los diputados, quienes devolvieron los lisonjas y, entusiasmados, dibujaron un futuro espléndido con apenas cuatro vaguedades. Continuaron con la lectura de los diferentes temas que había que tratar y de los puntos del programa ministerial.

Bálint, sentado a un lado, estudiaba sus apuntes. Iba a presentar una propuesta sobre la fundación del sistema de fideicomiso para pequeños granjeros basado en la

bibliografía americana y alemana al respecto. Al levantar la mirada de sus notas, vio una cara conocida entre los carboneros.

¡Sí! ¡Era él! ¡András Jópál! El joven matemático que allí, en Transilvania, había encontrado una solución para el problema de la máquina voladora al mismo tiempo que los hermanos Wright y Santos-Dumont o quizá antes, pero había llegado tarde para presentarla. Había perdido la ocasión porque no tenía dinero para construir el modelo y el motor. En parte había sido culpa suya debido a su carácter receloso, puesto que había habido gente dispuesta a ayudarle. El mismo Bálint le había ofrecido su apoyo, pero Jópál creía que solo pretendía robarle su secreto. ¡Sí, con toda seguridad era él! Tenía el mismo cráneo enorme con el pelo cortado al rape, el mismo abombamiento saltón sobre esos pequeños ojos escrutadores. Una cara inconfundible. ¿Qué hacía ese hombre con los carboneros? Y, además, parecía su líder, pues estaba sentado en el centro y tenía en la mano un pliego de quejas.

En la sala comenzó la discusión sobre las propuestas ministeriales: el reparto del ganado semental y la elección de una raza propia para la región.

Todo el mundo se mostró de acuerdo, aun así hubo una discusión entre el portavoz del gobierno y algunos personajes ilustres de la población. El delegado del ministro Darányi recomendaba la raza *Simmenthal*, mientras que un vecino estaba a favor de las reses de Pinzgau y un tercero enumeraba las ventajas de la vaca *riska*, originaria de los Balcanes. Todos sabían que argumentaban en vano porque el Ministerio de Agricultura ya había estudiado la cuestión y había tomado una decisión basándose en la experiencia de Felvidék, las Tierras Altas, en el norte del país. Además, según decía el refrán, «a caballo regalado no le mires el diente». No obstante, aquella fútil palabrería no cesaría porque querían demostrar ante tan ilustre público que eran expertos en el tema. Y lo mismo ocurrió con la cuestión de los caballos sementales, las gallinas y los cerdos. En la discusión sobre los últimos intervino un experto del condado de Szilágy que había acudido a propósito para romper una lanza por la raza *baris*, conocida porque crecía hasta los cinco años pero no engordaba. «¡La *baris* no tiene parangón!», anunció el ponente entusiasmado.

Todo acabó con la admisión general del programa del ministerio. Nadie se disgustó por la resolución, ni siquiera los que se habían manifestado en contra, porque era bien sabido que el asunto era iniciativa de Darányi. Él era el encargado de ejecutarla, lo hacía bien y el congreso no tenía otro fin que anunciar al gran público: «Ahora pasará algo». También serviría para que el pueblo creyera que había desempeñado un papel decisivo en la aprobación de un programa que, de todos modos, se habría sacado adelante también sin ellos.

La mañana acabó y se suspendió la sesión. La sala se quedó vacía.

Abády esperó a András Jópál, que avanzaba entre sus compañeros.

Bálint se dirigió a él.

—Me alegro de verlo aquí —dijo aludiendo a su sorpresa de encontrarlo entre los carboneros.

Jópál se detuvo y una tenue sonrisa iluminó su cara moteada de hollín.

—Yo también soy carbonero desde hace dos años. Vivo y trabajo con ellos. Son muy buenas personas.

—¡Pero es una lástima que alguien con su capacidad y sus conocimientos se haya enterrado en vida! Aunque el principio de la máquina voladora ya está más o menos desarrollado y en el mundo no lo relacionan con su nombre, en la práctica es todavía muy rudimentario. Hay tantos problemas que solucionar, si no en ese, en otros campos.

—¡Todo son tonterías! —contestó Jópál—. ¿Para qué? ¡Pura vanidad! El trabajo físico entre gente sencilla y buena tiene más valor. Eso es lo único que tiene algo de valor: estar fuera en el bosque, talar árboles, cortar leña, construir hornos, saber cuánto tiempo necesita el carbón vegetal, cuándo hay que avivar y cuándo sofocar el fuego. Supervisar, vigilar, atender... Sin duda exige mucho cuidado, sabiduría y fuerza. Y es bonito vivir en la naturaleza, llevar una vida natural...

Así se expresó Jópál. Era tan distinto a cómo Abády lo había visto la última vez en la cima del Ludas, unos meses después del primer vuelo de Santos-Dumont. Su mirada reflejaba una profunda serenidad.

—Vayamos a comer juntos —lo invitó Bálint—, no me importa en absoluto no asistir al banquete.

El matemático transformado en carbonero movió la cabeza.

—Gracias, pero no puedo dejar a mis amigos. Ahora mi lugar está a su lado.

Se despidió y se reunió con sus compañeros, que lo esperaban a unos pasos de distancia.

Abády se dirigió al restaurante, que estaba un poco lejos. Por el camino fue pensando en el destino de Jópál. No era un destino individual, aquel era el destino húngaro. El error húngaro. ¡Cuántos hombres semejantes a él! Un sinfín de talentos que de un salto se situaban entre los mejores del mundo, pero luego abandonaban y se rendían con la misma facilidad con la que habían saltado. No luchaban por obtener méritos, no los ambicionaban o, si lo hacían, apenas les duraba esa ambición. Dejaban de trabajar al toparse con el primer obstáculo, como si no obraran por obtener el reconocimiento externo, como si solo lo hicieran para demostrarse a sí mismos que podían lograrlo si querían. Bálint se acordó de algunos nombres: el excelente János Bolyai, que a los veintiún años había dado lo mejor de sí y no hizo nada más; Samu Teleki, el viajero de África, el último gran descubridor de aquel continente inexplorado que ni siquiera escribió un libro sobre sus experiencias; Miklós Absolon, que había visitado Lhasa y apenas daba cuenta de las anécdotas cómicas de su aventura; Pál Szinyei-Merse, el primer pintor a *plein air* del mundo, que abandonó la pintura y no volvió siquiera a coger un pincel durante quince años; Tamás Laczók, que en Argel había tenido la posibilidad de crear algo sensacional, pero lo abandonó todo, volvió a casa y ahora derrochaba su talento trazando insignificantes líneas de cercanías...

Todos ellos abrigaban una cierta tendencia al nirvana, una clase de desinterés oriental por la fama y el éxito que los llevaba a desprenderse de todo por lo que habían luchado durante años, a bajar del Parnaso con el pretexto de alguna ofensa o desilusión o sin pretexto alguno. Tal vez fuese la otra cara del carácter húngaro: la virtud consistía en el simple hecho de tener la capacidad de lograr algo, no hacía falta lograrlo. Ese carácter tan húngaro, tan nacional, lo simbolizaba el personaje de Miklós Toldi, el protagonista de la famosa epopeya de János Arany, quien en un par de meses venció un sinfín de obstáculos, para luego volver a su finca y no volver a asomar la nariz hasta la vejez.

En la sesión vespertina se habló del proceso de repoblación. Los planes estatales fueron presentados de una forma muy general porque la cuestión tenía aspectos financieros y jurídicos que no valía la pena discutir en una sesión.

Dicha presentación dio a Abády una buena oportunidad para exponer su propuesta sobre la reforma del fideicomiso.

Empezó afirmando que si se querían obtener resultados de la repoblación, el proyecto tendría que ser grandioso. Los *székely* no cabían en su propia tierra y, para ilustrarlo, presentó estadísticas demográficas y emigratorias junto a otras sobre la reducción del tamaño de las fincas, incapaces de asegurar la supervivencia de una familia. La única figura que podía impedir que fueran divididas en parcelas todavía más pequeñas era el fideicomiso, que ofrecía la posibilidad de encomendar la herencia sin repartirla entre los herederos. Así las tierras quedarían intactas. Bálint enumeró ejemplos extranjeros: según las leyes *homestead* americanas y canadienses, que protegían la tierra, un solo heredero recibía la finca registrada. Presentó las estadísticas, explicó la situación legal de los dos países y resumió los trabajos europeos sobre el mismo problema, especialmente las obras de Lorenz von Stein. Añadió que la institución del *homestead* no era desconocida en la historia jurídica de Hungría, porque la ley antigua había establecido la extensión mínima de las fincas de los siervos, conocida como «finca cuarta», que no podía ser dividida en partes más pequeñas. En el País Székely, según el derecho ancestral, solo los hijos varones habían podido heredar los inmuebles, las hijas siempre habían quedado excluidas. Era necesario hacer una ley que permitiese al granjero dejar su fortuna a un solo hijo si esa era su voluntad. Asegurar el futuro de los otros hijos sería responsabilidad del Estado, que se encargaría de distribuir las tierras en la repoblación de esas regiones.

El discurso de Bálint quizá hubiese tenido valor como ponencia universitaria o tesis doctoral dirigida a un público experto, pero aquí, en el congreso, donde apenas un par de participantes tenían una vaga idea de dónde estaba Canadá o de quién era Lorenz von Stein, la reacción fue de absoluto desinterés. Abády lo notó mientras estuvo hablando y le afectó bastante advertir el tedio que él había generado.

Una sola persona le había prestado atención, el gran Samuel Barra. Apenas se

sentó Abády, aquel se levantó de un salto.

Su voz potente estalló en la sala.

—¡Escandaloso! —exclamó—. Que uno se atreva a presentar tan terrible propuesta en la santa iglesia del pueblo. ¡Obligar al *székely* a que ame más a un hijo que a otro, que elija a uno y que rechace a los demás! Se emocionó por la grandeza del amor paterno y la fraternidad de los hermanos y por el triste destino de los huérfanos y las viudas. Sacó de contexto una frase de Abády sobre la tierra de los siervos, diciendo que el diputado de Lélbánya quería volver a imponer el vasallaje a los *székely*. ¡Volver a la Edad Media en este siglo liberal! ¡Restituir la servidumbre feudal y el varapalo!

—¡No! ¡Nunca! —gritó—. ¡En vano se podrá desear que vuelva la Edad Media porque los *székely* han sido siempre libres y ni siquiera las tropas del mismo infierno los pudieron avasallar jamás! ¡Ni los *basi-bozu*, ni el diabólico Caraffa!

Caraffa nunca había tenido nada que ver con Transilvania y los *basi-bozu* eran un tipo de soldado turco, pero sonaba bien y el enorme vozarrón de Barra fue recibido con vítores y aplausos. Los asistentes se levantaron para estrecharle la mano, felicitarlo y celebrar su patriótica reacción.

Bálint siguió en su puesto, desilusionado. Sabía que debía contestar y rectificar, pero abandonó la idea. ¿Para qué? No había nadie en la sala que mereciera sus palabras. El delegado ministerial se limitaba a decir justo lo necesario y Bethlen, un técnico del proyecto, no había tomado la palabra ni una sola vez. Aun así, Bálint vaciló, pero en ese momento se levantó el siguiente ponente.

Era Jópál desde el centro del estrado izquierdo.

Tenía una voz agradable y hablaba con frases cortas, describiendo la grave situación de los carboneros con exactitud, calma y seriedad. Sus palabras irradiaban una fuerza fanática, no obstante, consiguió ser tremendamente objetivo. Pidió que el carbón les fuese comprado directamente a ellos. Los carboneros tenían un organismo oficial, pero ni las fábricas estatales ni las privadas contactaban con ellos, por eso se veían obligados a vender el producto por un precio mínimo a un intermediario que después cobraba el triple que ellos, que eran quienes lo habían producido y que tenían en el carbón su única fuente de ingresos.

Bálint lo escuchó atentamente. El discurso de Jópál no delataba nada de su pasado científico. Si Abády no lo hubiese sabido, habría pensado que era un buen obrero que había crecido en el bosque, que se sabía al dedillo todos los trucos del carboneo y poco más.

Al acabar, bajó y, con un gesto respetuoso, puso el memorando en la mesa presidencial, después volvió con sus compañeros.

«¿Qué habría sido de Jópál si no hubiese rechazado mi ayuda? Tal vez ahora fuese el director de una empresa gigantesca en París o Londres; tal vez, objeto de admiración en el mundo entero, un líder de la ciencia y la industria», pensó Bálint. Mientras, Jópál comentaba algunos detalles más respondiendo las preguntas del

delegado ministerial; luego calló y se sentó entre los hombres de negro que formaban en el estrado una fila inmóvil, rígida y uniforme. Esos hombres mudos, oscuros, tenían una severa dignidad y Jópál no parecía distinto, sino uno más entre esos dieciséis carboneros.

Por la tarde se celebró un gran banquete con numerosos brindis, vino abundante y música cingara. Se halagaron los méritos patrióticos de los comensales sin olvidarse de nadie. Cada uno tuvo su momento de gloria, un elogio, un adjetivo laudatorio. Desde el delegado ministerial hasta el experto en el cerdo *baris*, todos ganaron su corona de laurel.

Solo faltaron Jópál y los carboneros y Bálint Abády. Los primeros iban ya de camino a casa, a Hargita, en sus traqueteantes carritos; Bálint había tomado un carruaje y a última hora de la tarde había partido hacia su casa. Quería alcanzar Segesvár antes del anochecer porque conocía allí un buen hotel.

Volvía amargado, veía inútiles todas sus empresas. Tuvo que reconocer que su discurso había sido inapropiado. ¡Quién podía concebir que hubiese utilizado una terminología tan especializada sin haber preparado previamente el terreno, sin haber introducido el tema con un lenguaje más cercano a un público que nunca había oído nada semejante! Hubiese sido conveniente preparar primero un folleto y repartirlo o publicar un artículo en la prensa, no presentarse y exponer el tema de un modo tan inadecuado. Quizá le hubiesen prestado más atención, pero así... Aburridas cifras mezcladas con citas legales... El fracaso era exclusivamente culpa suya. ¡Lo tenía merecido! No obstante, lo que más rabia le daba era no haber respondido al ataque de Barra por pura desidia. ¡Esa era la clase de gente que se ganaba los aplausos en Hungría!

El carruaje avanzó despacio por los pueblos silenciosos. Hacía un hermoso atardecer de otoño. Parecía que iba a llover. Por allí había pasado el día anterior por la tarde el largo convoy de carruajes. En los tejados seguían ondeando las banderas, de un pueblo a otro un cortejo militar les había abierto el camino, en todas las plazas de mercado les habían dado la bienvenida y habían escuchado discursos repletos de eslóganes sobre la salvación de la patria. Ahora las casas estaban oscuras, nada más que en unas pocas ventanas tintineaba una luz tenue. Las calles estaban desiertas, la gente dormía en sus casas. Solo se levantarían cuando a la vuelta tuvieran que volver a jalear al gran Barra...

Recostado sobre el asiento y envuelto en su abrigo de piel, viajaba medio dormido. Recordó otra vez el viaje de ida con imágenes vagas, confusas. En Balázsfalva el seminarista rumano había estado esperando seguramente a los popes que iban a Brasso. ¡Qué mirada más hostil! Les había entregado una nota: él sabía que iban de viaje y ellos también sabían que recibirían ese mensaje, se lo dio sin decir nada y aquellos lo cogieron en silencio. Gente gris en la humilde tercera clase,

viajando sin llamar la atención hacia su destino, Brasso. Allí tan solo un pico los separaba de Rumania; un par de horas a pie por los desiertos neveros. Tras alcanzar la frontera se continuaba, descendiendo, hasta Sinaia... dos horas caminando... ¡Tonterías! El viejo Timisán había dicho: «Tenemos una reunión por un asunto eclesiástico».

Cenó temprano en Udvarhely porque desde allí le esperaba un buen tramo hasta Segesvár. Ya no había trenes y tuvo que buscar un simón. No fue tarea fácil, así sin más, porque los mejores estaban todavía en Homoród. Sin embargo, el tabernero le encontró rápidamente uno: un destartalado landó descapotado con dos jamelgos de no muy buena pinta cuyo cochero, no obstante, le prometió de todo corazón que llevaría «al señorito a Segesvár de una sentada».

En ese momento pasaron por pueblos dispersos que Abády no conocía porque hasta Udvarhely siempre había viajado en tren y, a pesar de que había contemplado el paisaje y escuchado las explicaciones de los habitantes, era diferente verlo desde la ventanilla que atravesarlo en coche.

Llevaban hora y media trotando cuando un caballo que desde hacía rato iba renqueando, se quedó cojo de una pierna. Pararon.

Afortunadamente, estaban cerca de un pueblo y Bálint se acercó a pie a leer el nombre del lugar en un letrero clavado en un palo. Después de haber encendido varias cerillas descubrió que era Kiskeresztúr. ¿Kiskeresztúr? Allí vivía el viejo Sándor Kendy, el vaivoda, conocido también por su otro nombre, «Boquituerto». Desde el tren le habían señalado su casa, cuya blanca fachada con columnas brillaba a través de los tilos desnudos del jardín. Debía de estar en el otro extremo del pueblo. Volvió al cochero, que estaba escrutando la herradura del jamelgo moviendo la cabeza con gesto poco alentador.

—¿Qué le pasa al caballo? —preguntó Bálint.

—¡Vaya usted a saber! —respondió el *székely*.

Abády tanteó el casco del pobre animal.

—Tiene la pata plana, la ranilla dura y todo el casco inflamado.

—Pues con este no llegaremos muy lejos —dijo el cochero.

—Pues no mucho. Hay que quitarle la herradura inmediatamente y envolverle la pata con un paño mojado —recomendó Bálint como un experto porque desde niño había aprendido mucho de su madre y de los mozos de cuadra sobre la cría de caballos.

—No tengo donde engancharlo, señor —dijo el mozo.

Tenía que tomar una decisión. No quedaba más remedio que llegar de algún modo a la casa de Kendy.

Se mostró algo reacio porque era bien sabido que el viejo Boquituerto era una persona muy hosca y poco hospitalaria. Nunca había invitado a nadie a su casa de campo. Y ahora Bálint necesitaba presentarse a una hora tan intempestiva... También le incomodaba haber oído hablar de su mujer, pero no haberla visto nunca.

Hacía diez años, Sándor Kendy había decidido casarse a una edad avanzada. Fue una boda inesperada en Sepsiszentgyörgy. Se había casado con una taquígrafa, la huérfana de un funcionario de hacienda, una tal Alice Folbert. Nunca iba con ella, no se la había presentado a nadie, ni siquiera a sus parientes más cercanos. La había llevado a su casa, a Kiskeresztúr, y decían que desde entonces estaba allí. Aquello era bastante extraño porque, según los rumores, ya entonces, cuando se casaron, Alice Folbert estaba sorda como una tapia. Y había sido la comidilla de las cotillas, que habían intentado sacar algo negativo de la muchacha, pero no hubo nada de que hablar. Como no se la veía nunca, nadie frecuentaba su casa; ella no figuraba en los chismes y anécdotas y el Boquituerto llevaba vida de soltero cuando estaba en la ciudad, así que pronto la olvidaron y fue como si no existiera.

Bálint evocó sus recuerdos mientras cruzaban el pueblo a paso lento, y en medio de una empalizada con pilares de piedra, encontraron el portal, que estaba abierto de par en par. Quizá no lo cerraban nunca porque por entonces la seguridad pública era tan buena en el país que un portal cerrado se consideraba una señal de hostilidad o significaba que los habitantes estaban fuera. Detrás de una pequeña alameda de tilos vieron un porche de cuatro columnas.

El joven bajó del simón y entró en el vestíbulo, débilmente alumbrado. De arriba, de la primera planta, les llegó el sonido de un piano. Era un nocturno de Chopin interpretado con un exagerado sentimentalismo pero con brillante fluidez. «Maravilloso —pensó Bálint—, la sorda toca música». No se le ocurrió que podía ser otra persona.

Apareció un criado que, después de que Abády se presentara, lo condujo arriba por las escaleras. Llegaron a un pasillo, interrumpido por la gran sala central —que con anterioridad atravesaba toda la casa— y separado de ella por una pared de cristal a unos dos metros de las escaleras; quizá el pasillo servía para poder pasar de un ala a otra sin tener que cruzar siempre la sala. El pasillo era oscuro, pero detrás de las puertas de cristal se veía bien el salón iluminado, las paredes encaladas y un gran retrato femenino encima del canapé. Los muebles de ébano, tapizados de percal de rayas azules y blancas, eran de principios del siglo XVIII, de un estilo que entonces gustaba en Transilvania.

En la mesa había una lámpara de pie alta y con pantalla. Debajo estaba sentada la señora de Sándor Kendy, de aspecto juvenil, con el bastidor de bordar en la mano haciendo punto. Delante del viejo piano, cerca de las oscuras ventanas, estaba el viejo Kendy. Era él quien tocaba.

Fue tan chocante, tan inesperado, que ese viejo de habla grosera y tosca, de mirada dura, interpretara a Chopin con ese sentimiento que a Bálint se le cortó la respiración. Tuvo la sensación de haber espiado un secreto celosamente guardado, ya que nadie sabía —tampoco nadie podría haberlo imaginado— que el Boquituerto tocara el piano.

Su gran busto no se movió; su frente alta y despoblada y su nariz aguileña se

difuminaban en el crepúsculo.

La mirada se perdía en la lejanía. Los sonidos nacían bajo los dedos, con toda seguridad se trataba de melancólicas melodías mil veces interpretadas.

Tocaba para sí, puesto que su mujer era sorda. Tocaba para sí esa música hermosa, un poco pasada de moda, ligeramente dulzona; tocaba para sí en un rincón oscuro de la sala. Tocaba de memoria, tal vez para sus recuerdos...

Bálint cogió del brazo al criado.

—Esperemos a que termine —susurró.

Esperaron. El Boquituerto tocó dos preludios más, luego se levantó y con su andar pesado se fue hacia su mujer. Solo entonces entraron, como si acabaran de llegar por el pasillo.

Kendy lo recibió amablemente.

—¿De dónde diablos apareces a estas horas? —preguntó con una risa torcida para luego dirigirse a su mujer. Con las dos manos se atusó ligeramente el bigote y articuló con los labios: «Es Bálint Abády».

La mujer se levantó para darle la mano. Había algo humilde en su gesto, como si ella no viviese en la casa, como si no fuese la esposa del gran vaivoda Kendy. Continuaba siendo la señorita taquígrafa. «Me alegro mucho, bienvenido», dijo en voz muy baja, con el susurro apenas perceptible de las personas sordas que no saben calibrar el volumen de su voz. Su rostro se iluminó con una sonrisa tranquila y hermosa.

Tenía una cara interesante, pálida; los labios amplios, carnosos; el iris gris entre pestañas tupidas. Era cejijunta, de cejas espesas y negras como el hollín, lo que le daba un aire misterioso, maravilloso, dando la sensación de que miraba desde lejos. Sin embargo, no tenía el pelo negro, sino castaño y ondulado, también espeso. Dos enormes trenzas coronaban su cabeza como en los retratos de Sissi.

Miró a su marido como preguntándole si estaba actuando bien y luego, con un gesto gracioso, lento, casi solemne, señaló una butaca.

Bálint se sentó y contó que iba a Segesvár porque quería coger el expreso de la mañana, que uno de los caballos del simón se había quedado cojo y que había tenido que parar en aquel pueblo. El Boquituerto le hizo un par de preguntas breves.

—¿Dónde está el coche? ¿Qué le ha pasado? ¿Has cenado?

Hizo sonar la campanilla y ordenó al criado que cuidara del cochero y de sus caballos. Luego volvió a dirigirse a su mujer, levantó el bigote y sus labios se movieron en silencio.

La mujer se levantó y se marchó en servil silencio.

El joven la siguió sin querer con la mirada. Tenía un paso precioso, como las bailarinas del lejano Oriente que movían los hombros en sentido contrario a las piernas, con gestos largos, suaves. Iba al ritmo lento de ritos misteriosos. Desapareció por la puerta como una visión.

No volvió, pero al cabo de unos minutos trajeron dos lámparas más, una mesita y

platos fríos. A Bálint le sentó bien la cena, le pareció como si hubieran pasado muchas horas desde la cena en Udvarhely.

El viejo le preguntó por la reunión de Homoród y Bálint le contó un par de cosas, pero la conversación era pausada porque el anfitrión era una persona callada y con su cigarro en la boca solo de vez en cuando soltaba alguna vulgaridad. Era lo habitual en él.

Abády levantó la mirada mientras hablaba. Había un gran retrato al óleo en la pared principal, justo enfrente, y lo pudo ver bien: debía de ser el retrato de la joven señora Kendy.

Tenía la misma figura, la misma cara —no muy grande pero proporcionada—, los mismos ojos grises de mirada misteriosa entre las líneas negras de sus pestañas. Era cejijunta y, como en la vida real, llevaba el cabello recogido en dos coronas alrededor de la cabeza, como Sissi. Solo había un detalle insólito: el vestido, que ni seguía la moda actual ni la del pasado más reciente, sino la de 1870. Llevaba las mangas largas, estrechas, la cintura en forma de triángulo, la falda doble con volantes de diversos colores y ramilletes de flores artificiales que formaban varias capas ricas de adorno. Sin embargo, era bonito porque irradiaba armonía.

—¡Hermoso retrato! —exclamó Bálint encantado—. ¡Y qué similitud!

El viejo Boquituerto no contestó, solo desprendió una bocanada de humo.

—¿De quién es? Raras veces se ve tan excelente técnica —continuó el joven y miró al anfitrión.

—Quizá de un francés o de otro burro... —masculló el viejo.

—¡El vestido es muy interesante! Seguramente la señora condesa lo llevaba en carnaval...

El viejo continuó callado. Abády se levantó para ver mejor el cuadro. Examinándolo desde un lado, bajo la luz de las lámparas, se percató de una larga raja diagonal que atravesaba el lienzo desde el hombro derecho de la figura hasta la cadera izquierda, donde desembocaba en los ramilletes artificiales. Alguien lo había arreglado con mucho esmero, quizá la tela hubiese sido forrada por el revés; no obstante, el corte era bien visible. Estuvo a punto de preguntarle, pero al final se abstuvo. Sabía que al viejo Boquituerto no le gustaría que le hiciese un interrogatorio, nadie se atrevía a molestarlo. Bálint volvió a sentarse silencioso enfrente del retrato.

El rostro pintado lo miraba con una sonrisa misteriosa. «Solo en el cuadro se ve que tiene unos labios voluptuosos. Al verla no me he dado cuenta...», pensó Bálint.

Guardaron silencio un buen rato, con la mirada fija en el retrato. El viejo Boquituerto preguntó de repente:

—¿Qué pasa con László Gyerőffy?

Fue una pregunta inesperada. Abády apenas pudo disimular su asombro. ¿Por qué preguntaba por Gyerőffy sin razón aparente?

Bálint no conocía la razón; sin embargo, había una y muy directa. El cuadro no retrataba a la mujer de Kendy, sino a la madre de László Gyerőffy, Júlia Ladossa. Había sido pintada por Cabanel, un artista de moda entonces en París. Apenas había estado un año en Szamoskozárd, colgado de la pared de la habitación que provisionalmente servía de salón, en cuyo lugar, ahora vacío, solo quedaban el gancho de hierro que lo había sujetado y las telarañas tejidas antaño en su revés. El padre de László lo había tirado por la ventana cuando su mujer se escapó. Fue entonces cuando se rasgó.

Nadie sabía cómo había llegado a manos de Sándor Kendy. Tal vez por casualidad o tal vez con secretas maniobras.

El retrato encerraba otros secretos: deseos anhelantes, viejas pasiones, malentendidos, orgullo y desilusiones. Y tal vez el tormento eterno de haber perdido una ocasión.

Años más tarde, Kendy fue a casa de un abogado en Háromszék. Allí vio en la sobrina de este, Alice Folbert, la viva imagen de la mujer perdida. Esa muchacha le dio la oportunidad de encontrarse con la Júlia Ladossa de veinte años atrás. No le asustó la idea de que la novia fuese sorda; es más, lo prefería. Así sería más impersonal. Ella no quería que le hablasen. Y no era necesario hablarle: solo mirarla, observar cómo andaba, cómo movía los hombros al inclinarse sobre sus labores de punto, ver su mirada y su sonrisa silenciosa. Estaba presente y no lo estaba. Era un mero símbolo, un sueño, un fantasma de carne y hueso y él podía tocarle las viejas canciones que nunca había podido tocar para la otra. El *alter ego* no podía oírlas, no podía contárselo a nadie, no podía hacer absurdos comentarios que rompiesen el hechizo del espejismo...

Habría querido tocar Chopin durante largas noches solo para ella, para aquella mujer infiel y rebelde que no sabía de compromisos... Y solo ella había sospechado que detrás de la áspera coraza había un espíritu sensible...

Para los demás, Sándor Kendy, el Boquituerto, era de hierro, una persona tosca y grosera.

—¿László Gyerőffy? —preguntó Abády—. El pobre no pasa por su mejor momento. Ha arrendado su finca durante diez años y ha cobrado la renta por adelantado. Tal vez le paguen algo más anualmente, pero, según me han comentado, tiene demasiadas deudas sin satisfacer, le confiscan continuamente sus bienes... incluso se ha fijado ya la fecha para una subasta. Además, bebe mucho. Y no le importa nada.

El viejo no respondió de inmediato. Tenía los ojos clavados en el retrato... Al final dijo:

—¡Qué asno! ¿Y no hay nadie que lo meta en cintura?

—Desgraciadamente, no hace caso a nadie... Yo lo he intentado varias veces, pero ha sido inútil, me elude... Lo que hace es un suicidio... Si estuviera tutelado, tal

vez... Pero no hay nadie que lo haga, solo pueden proceder padres o hermanos. Y él no los tiene.

—¡Qué barbaridad! —dijo el Boquituerto, y se quedó callado un buen rato. Después se levantó—: Vamos a dormir, es tarde. Tú levántate temprano para coger el tren matutino. Te he pedido un coche para las seis. Te llevará hasta Héjjasfalva. Allí tomarás el expreso.

Salieron del salón. La habitación de huéspedes estaba en el otro extremo del pasillo, justo al lado del salón. Kendy se despidió brevemente, dio media vuelta y se fue. No tenía la menor intención de invitarlo a quedarse.

Bálint no pudo conciliar el sueño, como si al otro lado de la pared alguien estuviese dando vueltas.

En el gran salón contiguo resonaban pasos graves, lentos. El viejo vaivoda, con su cigarro en la boca, iba y venía desde la pared de cristal.

Ocho pares de caballos lipizanos trotaban por el camino que corría recto entre campos de cultivo.

Eran unos caballos preciosos, tordillos, tan iguales como hechos en un molde. Solo se diferenciaban en la edad: los mayores eran más claros; los jóvenes, más oscuros. Alzaban las patas de modo uniforme, como si bailasen. No lo hacían para avanzar más rápidamente, sino porque tenían ese porte elegante. Tampoco corrían. Los ocho carruajes también eran iguales, amarillos y medio abiertos. Los cocheros, de hombros fornidos y bien afeitados, llevaban uniforme gris y sombrero negro. Iban al mismo ritmo, manteniendo una distancia de unos quince metros. En cada landó iba un cazador; algunos, acompañados por una mujer, avanzaron por la alameda de acacias. Cuando un carruaje llegaba a un almiar marcado con un número que indicaba el puesto del tirador, donde le esperaban los cargadores de cartuchos y los peones que portarían las presas y la munición, el landó se apartaba para dejar pasar al que venía detrás y se paraba.

La «franja de los conejos» estaba configurada por unos trescientos batidores.

Allí estaba el frente. Entre un cazador y otro había seis o siete mozos a igual distancia que trazaban una línea discontinua de kilómetro y medio cuyos dos extremos terminaban en sendas alas laterales: dos flancos más compactos, formados en su mayoría por muchachas. Con sus opulentas faldas asustaban a las liebres con más eficacia, pero sabían mantener el orden y la línea puesto que no echaban a correr tras ellas como los mozos, sino que se acuclillaban y con sus pañuelos cortaban el camino del animalito como si de una pared se tratase. Los dos flancos eran muy largos, casi no se veía el final. Las faldas y los pañuelos de las campesinas brillaban en la lejanía como una fila infinita de amapolas.

Toda la tropa de batidores era eslovaca ya que la caza se celebraba en el norte del Nyitra, en Jablánka, en la finca de Antal Szent-Györgyi, que se extendía por la Pequeña Llanura, donde se abría el valle del Vág. El paisaje brindaba una visión espectacular bajo el brillante sol invernal. Por el este, más allá de la cordillera de Tapolcsány, los Pequeños Cárpatos abrazaban la amplia planicie que se hacía infinita hacia el sur. En la curva se alzaban suaves colinas y en medio resplandecía el cubo blanco del castillo. Se percibía el brillo de los rayos del sol reflejados en sus ventanas, aunque estaba a una distancia considerable, a más de una milla alemana<sup>[9]</sup>. Detrás, por encima de una prominente peña, se alzaban en el contraluz de las lejanas y oscuras montañas de Trencsény las ruinas resplandecientes del castillo de Jablók.

La batida se había preparado de cara al castillo, de modo que los dos flancos se cerraran a los pies del parque para hacer que las presas fuesen hacia la línea de

tiradores porque a Antal Szent-Györgyi no le gustaba que él o sus invitados se fatigaran demasiado. Su objetivo no era batir un récord, como le ocurría a su cuñado Louis Kollonich, sino el placer. La caza tenía que ser una diversión, no un trabajo. No debía empezar de madrugada ni alargarse mucho. Era importante que cada uno tuviese suficiente espacio para disparar cuanto le apeteciese. Por esa razón nunca había más de ocho tiradores ni más invitados que los justos. Ese año eran solo cinco porque sus dos hijos estaban en casa. Por esa razón y porque Szent-Györgyi era además muy puntilloso, ser invitado a Jablánka era un gran honor. Aparte de sus parientes apenas encontraba gente digna de participar, que constituían el más pequeño de los círculos imaginables. La sociedad de la Monarquía estaba dividida por barreras inmutables y dispuesta en círculos concéntricos que a medida que se cerraban eran cada vez más pequeños hasta reducirse al tamaño de un platillo. Eran los escalones del Purgatorio de Dante, que terminaban en el superior y más estrecho, en la cumbre del Paraíso.

Las razones por las que Szent-Györgyi excluía a alguien eran las siguientes. Quedaban fuera del círculo externo los que no eran buenos tiradores, esos se consideraban no aptos. Del segundo círculo quedaban fuera los protestones, los pendencieros y los maleducados. No pasaban del tercero quienes se alineaban claramente con un partido: Szent-Györgyi, sinceramente, los odiaba. Estaba permitido hablar de política en su presencia —él mismo lo hacía—, pero sin pasión alguna, era un tema sobre el que había que pasar de puntillas. En el cuarto entraba en juego el origen: tenía unos puntos de vista absolutamente peculiares. Dado que tenía grandes conocimientos históricos y genealógicos, a menudo colocaba en una categoría inferior a los príncipes imperiales —incluso a algunas majestades— si no le gustaba el modo en que esa distinguida persona había alcanzado notoriedad y fortuna. Apreciaba más a los simples nobles cuyos antepasados habían sido desde tiempos inmemoriales gente de bien. El que podía demostrar su linaje durante generaciones y generaciones hasta la época de Árpád, el Conquistador, y no tenía un solo antecesor que hubiera cometido una vileza, disfrutaba, si además cumplía todas las condiciones anteriores, de privilegios absolutos. El filtro de la quinta barrera dejaba fuera, tuvieran el rango que tuviesen, a todos los que eran checos. Los detestaba tal vez porque en el siglo xv las tierras de los condes Szent-Györgyi y Bazini habían sido destruidas por las tropas de Jan Jiskra, o porque consideraba que el movimiento gimnástico Sokol, de origen checo, era paneslavista y rusófilo y, por consiguiente, enemigo de la Monarquía. El motivo de exclusión del sexto filtro era realmente curioso, pues excluía a todos los que estaban vinculados al heredero Francisco Fernando o le prestaban servicios. Él, siendo palafrenero imperial, los trataba como interesados y oportunistas, pues estaba convencido de que especulaban con la muerte del emperador Francisco José. Definitivamente, solo los que llegaban al séptimo y último círculo eran dignos de contar con su invitación.

Sin embargo, ese año se había abierto una grieta en esas reglas tácitas.

Considerando las condiciones, había dos invitados cuya presencia era inesperada.

Uno era Frédi Wülffenstein. El buen Frédi era miembro activo, poco importante pero muy beligerante, del Partido de la Constitución, un pedante de pose desagradable que lo sabía todo mejor que los demás y, además, muy ruidoso. Cabía esperar que durante su estancia en Jablánka sabría comportarse y más teniendo en cuenta que había sido invitado gracias a la influencia de su hermana, la señora Berédy, la única mujer invitada que no era pariente del anfitrión ni de la anfitriona.

La excepción más notoria era la de Jan Slawata. El hecho de que lo hubiesen invitado era realmente asombroso. Del primer círculo habría tenido que ser excluido porque era un pésimo tirador; también del tercero, porque en 1618 los representantes de la corte habían defenestrado a un antepasado suyo, quien ni siquiera pudo defenderse pese a llevar espada, en el castillo de Hradsin. Si se hubiese roto el cuello, Szent-Györgyi podría haber hecho la vista gorda, pero cayó en un estercolero y salió ileso, cosa que entraba en la llamada «lista de comportamiento blando». Slawata también tendría que haber quedado fuera del quinto porque era un nacionalista checo y además lo anunciaba a pleno pulmón: en vez de «Johann» usaba la forma checa de su nombre, «Jan». Igualmente, tampoco debería haber pasado la línea de corte del sexto, ya que era bien sabido que pertenecía al círculo del Palacio Belvedere y se decía que era el consejero de Francisco Fernando en asuntos exteriores. No obstante, allí estaba, le había sido permitido entrar en el Jardín del Edén que era el paradisíaco coto de caza de Jablánka. Era un caso extraordinario y chocante.

Y aquello era tan extraño que, en dicha ocasión, el anfitrión asumió que resultaba del todo innecesario explicar los motivos por los que había invitado a los demás huéspedes: a Bálint Abády, a Imre Wárdy e incluso a su sobrino, el pequeño Luika<sup>[10]</sup> Kollonich.

Szent-Györgyi había comprado un sabueso de pura raza en Alemania. El perro viajaba en el Orient Express en una caja con rejas. En Passau los aduaneros austriacos quisieron impedir su importación —tal vez los documentos del perro no estaban en regla—, intentaron bajarlo del tren y retenerlo en la estación hasta que la situación legal del cachorro se hubiese aclarado. Por casualidad, Slawata viajaba en el mismo tren e intervino. Su condición de diplomático fue decisiva. Liberó al chucho no solo de las garras de los aduaneros, sino también de la caja y lo había podido llevar con él en el compartimento hasta Viena, pese a que el animal no era todavía *zimmerrein*, es decir, no controlaba sus necesidades. Y aquello fue un gran favor, un servicio que lo obligaba.

Un principio básico de Antal Szent-Györgyi era no deber nunca nada a nadie y aceptar favores solo de sus mejores amigos sin exagerada correspondencia. Cuanto más ajena, cuanto más despreciable era la persona, tanto mayor debía ser la compensación para que no pensase que Szent-Györgyi le debía algo. Dado que no resultaba propio dar una propina a Slawata, lo había invitado a la cacería, aunque hubiese preferido pagarle la suma que fuese necesaria.

Y puesto que se había visto obligado a invitarlo, lo hizo a lo grande. Dio a Slawata uno de los mejores sitios de la batida: un rincón, porque la liebre suele correr a lo largo de la fila de los batidores y en los rincones, donde se deja una puerta entre el flanco y el frente, choca contra el tirador. Allí había más caza y los disparos eran más cercanos que en los otros puestos. Slawata era un tirador muy flojito. A Luika Kollonich le habían encomendado ser su vecino y *Eckhalter*, tirador rinconero, puesto que era un cazador de primera. Le habían pedido que lo «ayudara», a saber, que tirara antes que Slawata y, a ser posible, cuanto más de lejos, mejor.

—¡No tengas piedad! —dijo el anfitrión asomado en su landó a su sobrino y, con expresión fría, lanzó una mirada de soslayo hacia el puesto del rincón. Luego se fue hasta el número cuatro pasando junto a su hijo Tóni<sup>[11]</sup>. Iba en compañía de la señora Berédy. Fanny iba a bajar también, pero Antal se volvió y le dijo:

—*No! Do go on!* ¡Siga usted adelante! —y le hizo una señal al cochero. Los labios de la belleza se abrieron en una sonrisa indulgente. Varios meses después de sufrir el abandono de László Gyerőffy, había comenzado un flirteo con Antal Szent-Györgyi. Hasta entonces solo había tenido amantes jóvenes, pero después de la tremenda conmoción que le había supuesto lo de László —el único hombre que había encendido su corazón—, no tenía ganas de intimar con ningún otro jovencito. Las palabras de despedida de Gyerőffy —«Gracias por todo lo que ha hecho por mí»—, escritas en una tarjeta minúscula, resonaban dolorosamente en su corazón. Durante casi un año entero no tuvo a nadie a su lado. Entonces comenzó lo de Szent-Györgyi. Necesitaba a alguien, puesto que su marido llevaba una vida independiente desde hacía años. Esa fue la razón por la que aceptó el cortejo de un señor que rondaba la cincuentena. Él era alto, elegante como un galgo de raza. No escondía ninguna sorpresa. No se trataba de pasión, sino de placer y complicidad. Szent-Györgyi era una persona prudente que actuaba con mucho cuidado porque su envejecida mujer y él formaban un matrimonio feliz. «La prudencia es muy importante, porque el señor Berédy —pensó Fanny burlonamente de su marido— se alegraría mucho si tuviese alguna razón para separarse de mí, para echarme de su casa». En cierta ocasión así se lo había advertido a Fanny, por eso ella era muy cautelosa. Solo con László se había permitido algunas imprudencias.

«A nadie se le ocurriría vincular conmigo a este viejecito», pensó y sonrió.

Llevaba dos días allí; aquel era el tercero, el de la cacería. Al llegar había pensado que el anfitrión la había invitado para visitarla durante la noche. ¡Habría sido tan agradable, tan hermoso! ¡Una ocasión estupenda para hacer el amor sin preocupaciones! No como en aquel piso de soltero que había frecuentado en Pest. ¡Desnudándose y vistiéndose siempre mirando el reloj!

Se llevó una desilusión. Lo había esperado la primera noche y no apareció. La segunda le preguntó por qué no... y Szent-Györgyi le contestó que era peligroso... que podrían descubrirlos... y que los criados... la casualidad... nunca se sabía... «*No, it's not good*». Por eso la bella Fanny aprovechó esa mañana para conocer el

entorno. Si alguien le hubiese preguntado, habría dicho que estaba buscando a su doncella. Recorrió la enorme casa.

El castillo de Jablánka era un cubo regular. Por cada uno de sus cuatro lados corría un pasillo abovedado al que se abrían las habitaciones, como en un convento. Efectivamente, había sido construido para los monjes de San Pablo por la familia Szent-Györgyi en los primeros años del siglo XVIII, cuando ellos todavía vivían arriba en el castillo que ahora estaba en ruinas. El emperador José, después de disolver la orden en 1789, devolvió el edificio a los fundadores, que eran *gut gesinnt*, es decir, gente de máxima confianza según las autoridades de los Habsburgo. Los antepasados del conde Antal se mudaron allí. En el eje formado por el portal principal se conservaba, en el primer piso, el oratorio de los monjes y por esa razón el edificio se dividía en dos alas: «la de la derecha de la capilla» y «la de la izquierda de la capilla». Su aspecto exterior apenas había cambiado. Todo encalado, austero y sin adornos. Las paredes divisorias de las celdas habían sido derribadas para hacer habitaciones grandes y los pasillos se habían llenado de cornamentas de corzos y ciervos.

Fanny salió de su aposento, que era el primer cuarto del ala «de la derecha de la capilla». A su lado se hallaban el baño y la escalera secundaria. Las puertas a lo largo del pasillo estaban todas talladas en maderas nobles, repletas de adornos de estilo monástico. Lucían además un moderno marquito de cobre en el que se ponía el nombre de los huéspedes. En dos de ellos no había nada, un tercero llevaba el nombre de su hermano, Wülffenstein; otro, el de Abády. Pasado el codo del pasillo estaban Wárday y Slawata. Más allá, entre las dos escaleras, se hallaba el portal de la capilla de los monjes paulinos; a continuación, seguían más puertas. En esa ala estaban alojados los muchachos Szent-Györgyi y Luika Kollonich; en la otra, las mujeres de la familia. El ala «de la derecha de la capilla» terminaba en la fachada principal con el aposento de la señora Szent-Györgyi.

Fanny no llegó hasta allí, dio media vuelta.

Al regresar leyó el nombre de Klára Kollonich en una puerta, lo que significaba que no compartía habitación con su marido. Estaba embarazada y la habían alojado en su antigua habitación de soltera, donde su tía y su prima la pudiesen cuidar bien. «Nada interesante», pensó la señora Berédy, y volvió a su punto de partida. Se dirigió a la planta baja, miró a derecha e izquierda. Igual que arriba, las paredes encaladas estaban adornadas con cientos de cornamentas de corzos y ciervos. Al pasillo se abrían puertas iguales.

Avanzó cautelosamente hasta la escalera principal porque sabía que la sala de fumadores de Szent-Györgyi daba allí, pero no tuvo que ir mucho más lejos porque encontró abierta la segunda puerta, la del dormitorio. En su interior había una cama enorme en la que yacían varios trajes de caza para elegir, el ayudante de caza del anfitrión estaba colocándolos en el armario. Afortunadamente, el criado estaba de espaldas y no la vio asomarse. Si la segunda puerta era la del dormitorio, la primera

debía de ser con toda seguridad la del baño contiguo, como en su aposento de arriba. Si Szent-Györgyi decidía subir, solo tenía que salir de allí y en dos pasos estaba en la escalera de servicio; si bajaba ella, necesitaría ser cautelosa hasta llegar a ese punto, luego solo tenía que entrar en el baño con un movimiento sigiloso. «No es difícil — pensó—, no es nada difícil». El rellano era cerrado, allí no podrían descubrirla. Ese mismo día se lo comentaría a Szent-Györgyi y le ofrecería bajar esa noche. Era posible que Antal tuviese miedo de resfriarse por esos mal acondicionados pasillos y por eso no la visitaba. «¡Los hombres son tan delicados!». Los labios finos de Fanny esbozaron una sonrisa omnisciente.

El landó pasó junto a Wülffenstein y llegó al puesto de su vecino Stefi, el hijo mayor de Szent-Györgyi. La señora Berédy hizo señal para que parase. Quería bajar allí porque más adelante ya solo quedaban Imre Wárday con Magda, la hija del anfitrión, y, más lejos aún, Bálint Abády.

En aquel puesto ya había una mujer, la pequeña Lili Illésváry. Era casi una niña, apenas tenía diecisiete años. Su belleza solo era una promesa. Estaba gordita, con la cara y los brazos propios de las adolescentes. Era tímida e introvertida como si sintiese que su feminidad no estaba todavía acabada, elaborada. Seguramente sería muy bella: tenía unos enormes y preciosos ojos de color turquesa, los labios de curvas finas y el perfil de los camafeos griegos, aunque la definida barbilla que había heredado de su madre todavía se camuflaba en la papada infantil.

Quería quedarse con su prima, junto a Wárday, pero la habían enviado al puesto de Abády.

—Tanta gente termina molestando —le había dicho Magda—. Ve allí, que es más cómodo porque los del flanco forman un buen sendero.

Así que se había ido al otro puesto.

—¿Puedo quedarme aquí? —preguntó con suma modestia cuando llegó. No pudo decir nada, sorprendida por la amable respuesta de Bálint, tan solo abrió sus enormes ojos en señal de asombro. Así era el mundo de los adultos en el que había entrado por primera vez mientras su compañero contemplaba la fresca juventud que irradiaba.

Sonó la trompa de alerta. Se oyó primero desde cerca y después desde lejos, desde el final invisible de las dos alas, seguido por la voz de mando:

—*Vorwä-ä-ä-rts!* ¡Adelante!

Empezó la batida. Las mozas avanzaron con pasitos diminutos en fila india, delante del puesto de Bálint, dirigidas por un guardabosques armado. Detrás venía el cargador, cuatro porteadores de caza con varas largas y un hombre más con el cofre de los cartuchos. Al lado caminaban los batidores del frente aguantando las continuas órdenes de los guardas estatales: «*Pomáli! Rovno!* ¡Más lento! ¡Recto!». Y a lo lejos, a modo de retaguardia, entre los campos, avanzaban despacio los carros de carga con sus robustos caballos de Pinzgau, como la artillería pesada que acompaña al ejército.

¡Liebres! ¡Liebres! Liebres pequeñas, de color pajizo, muy diferentes de las transilvanas que salían huyendo de los sabuesos en las cacerías de Zsuk. Solo la gente de ciudad pensaba que las liebres eran todas iguales. Sin mencionar las razas de alta montaña, había diferencias entre las de la Pequeña y las de la Gran Llanura. En las grandes planicies la liebre siempre corría hacia delante durante una batida porque quizá era más veloz. Aquí a primera hora apenas se veía pieza alguna, pero cuando la batida estaba a punto de acabar, las liebres se amontonaban, mientras que en la región del valle del Vág pasaban continuamente delante de la línea de cazadores y desde el primer minuto sonaban las escopetas.

De vez en cuando, dos o tres animales, a veces cinco o seis, salían a toda velocidad a unos cien metros del frente. Era un hermoso espectáculo ver danzar las liebres por los campos perfectamente cultivados de colza o trigo bajo la luz otoñal. Corrían con gracia, levantando los rabitos a cada salto. Algunas se detenían y miraban a su alrededor, sorprendidas tal vez por el conjunto de ropajes coloridos de las mozas, y seguidamente continuaban al mismo ritmo. Iban en fila, buscando las sendas, las veredas y los surcos abiertos por los arados de vapor. Mantenían la distancia como podían y solo se dispersaban cuando Stefi o Frédi les disparaban desde el centro. Solo ante la puerta figurada hicieron uso de todas sus fuerzas y, como un rayo, echaron a correr hacia el hueco. ¡Pobres liebres! Su única salvación era correr a toda velocidad. Había algunas que esperaban a los batidores agazapadas y luego se lanzaban hacia ellos. Decían que eran las hembras. Según las órdenes, tenían que dejarlas ir. En los primeros treinta minutos ni siquiera Wülffenstein se atrevió a disparar porque iba en compañía del anfitrión. Había liebres que daban primero una gran vuelta y después se arrancaban a correr hacia el centro. Las bombardeaban continuamente. La gran mayoría entró por las esquinas, lo que dio bastante trabajo a Abády y Wárday. Los porteadores los seguían orgullosamente de dos en dos con los palos en el hombro, donde ya colgaban como borlas diez o quince presas.

Las grandes tablas estaban cercadas con setos de acacia de tres espinas que tenían huecos para cada cazador. Tras cruzarlos, el tirador tenía que esperar a que los batidores formaran de nuevo una fila. Sonaron la trompeta y los gritos «*Virovnajte, klapci!* ¡En fila, mozos!». La trompeta volvió a sonar y los batidores se pusieron en marcha.

Accedieron al trebolar. Apenas llegados, Bálint y su joven compañera oyeron un agudo gorjeo. Con gran estruendo una bandada de perdices se desplegó delante de ellos. Giraron rápidamente hacia la izquierda y, como soplaba del norte, volvieron al mismo punto a una velocidad vertiginosa ya en las alturas.

—¡Qué bonitas! —dijo Lili sin querer, al verlas.

No admiraron el espectáculo en vano: la bandada voló directa hacia Szent-Györgyi, razón por la que siempre se situaba en un puesto centrado, pues la perdiz invernal, el pájaro más rápido de la región, tendía a volar hacia ese punto. Fueron

directamente a él como un vendaval. Se oyeron cuatro disparos, dos delante y dos detrás, y cuatro puntitos cayeron del cielo, dando un par de volteretas por el suelo debido a la velocidad.

La escena se repitió varias veces y Abády quedó tan impresionado por la puntería del anfitrión que dejó escapar varias liebres.

Una tabla tras otra, setos vivos y árboles, fincas con los patios tapiados —como en Austria—, rediles espaciosos donde las ovejas *elektoral-negretti*, propietarias de la más fina lana, miraban atontadas cómo se alejaba la tropa de tiradores.

Hasta ese punto la cacería no se había distinguido de otras batidas bien organizadas, pero el panorama comenzó a cambiar. En los bien cuidados campos había un islote de abetos que daba la impresión de formar parte de un parque; en las orillas del arroyo se alzaban chopos italianos y, a ambos lados del prado, espesas hileras de robles, todo concebido con astucia para que la caza corriera por caminos diversos y las aves volaran a distintas alturas. Las liebres ya no corrían tan regularmente, desaparecían entre los matorrales o se asomaban por los rincones; las perdices, como si fuese metralla, pasaron por encima de los macizos. Los faisanes, alertados, echaron a volar a una altura excepcional, atravesando las cimas de los chopos para volver a caer en la densa arboleda. Cada tiro era diferente, escondía una belleza.

Mientras los batidores laterales iban a campo través, cada uno de los seis tiradores del frente se adentró en un bosquecillo largo y estrecho en el que por todas partes se levantaban faisanes moviendo las alas con gran ruido y zigzagueaban liebres entre los arbustos junto a conejitos enloquecidos que corrían como rayos. La batida se animó y en la espesura de los bosquetes resonaron los gritos: «*Zajac! Zajac, Nalevo! Napravo!* ¡Liebre! ¡Liebre! ¡A la derecha! ¡A la izquierda! ¡Ave aquí! ¡Ave allá! *Kohut!*». En el bosque los disparos sonaban más fuerte, con más estruendo, pero no era nada comparado con el grito ensordecedor que se oyó cuando la batida, tras atravesar el centenal, entró en un bosque ancho que cruzaba el camino del frente: «*Liska!*».

El grito empezó en un lugar de la derecha, cerca de Bálint, y como una avalancha pasó por la línea de tiradores en la voz templada de los hombres; en los flancos, el chillido de las mozas se sumó al griterío, mezcla de alegría, sorpresa y gloriosa expectativa. «*Liska! Liska! ¡Zorro!*». En esa región, donde un sinfín de cazadores controlan, cuidan y colocan trampas en los campos, resultaba un milagro encontrar zorros. El vocerío no cesó un momento, pero se podía saber por dónde pasaba la maldita bestia porque ora aquí, ora allá, desde más cerca o más lejos, ahora en el centro, ahora en los flancos, resonaba el grito «*Liska!*», siguiendo el camino del astuto animal. Por fin comenzó a aclararse la espesura del bosque y, en el otro

extremo, después de un rápido tiro doble, la gente estalló en vítores. Solo se oyeron dos aes largas, las dos vocales de «*Spadla*», «ha muerto», y entre las mozas y mozos corrió la voz de que afortunadamente ya había caído el enemigo, el ladrón de gallinas. Cuando los batidores salieron a campo abierto, el porteador de Slawata levantó el zorro para que todos vieran la presa.

Llegaron al límite del prado húmedo, suavemente inclinado. En medio se alzaba una alameda de plátanos. Por detrás subía una cuesta cubierta de matorral que era la frontera del parque de Jablánka. Apenas avanzaron unos cincuenta pasos por el henar cuando, a medio camino de la alta alameda, sonaron las trompetas que señalaban el cierre. La línea de tiradores paró y los dos flancos se cerraron en la cuesta, batiendo la caza en dirección opuesta. El cazador mayor del condado recorrió a galope tendido la línea de caza, que tenía un kilómetro y medio. Ante cada invitado frenó el caballo y, descubriéndose, dijo con suma cortesía:

—*Belieben Euer Hochgeboren, hier auch Hennen zu schiessen.* Disfrute ahora, su Excelencia, disparando a los faisanes.

Pareció casi una burla, como se vería más tarde. El problema no era la cantidad, había faisanes en abundancia y no paraban de venir más y más, como si atravesaran el aire arrastrados por un cable, pero volaban a tal altura que no los habría alcanzado ninguna perdigonada.

La mayoría había emprendido el vuelo desde la cercana cima de la colina y se había dirigido directamente al bosque abandonado, justo por encima de la corona de plátanos. Volaban alto y rápido como flechas y solo de vez en cuando alguno cruzaba diagonalmente la corona, como si fuera una montaña rusa, describiendo una gran curva. Pasaron cientos con las alas abiertas de par en par. Faisanes marrones, gallos verdes y colorados y unas aves singulares: cruces de Amherst, llamado también faisán plateado, con su penacho en la cabeza y su cola de metro y medio. Y es que Szent-Györgyi criaba especies exóticas para adornar la mesa. Las plumas doradas y diamantinas brillaban bajo el fulgor del sol.

Las liebres se arremolinaron por el prado en grandes grupos, saltando las cunetas de agua y el terraplén. Enfrente, entre los troncos, llegaban las perdices como balas de cañón haciendo silbar el aire. Todo —la distancia entre los tiradores, los fosos de agua, los matorrales y árboles plantados— había sido organizado de manera que la caza resultase más difícil y el tiro más excitante, para que fuese necesaria mucha habilidad para acertar.

La línea de cazadores ofrecía un espectáculo infernal; el estruendo de las escopetas no cesaba; los tiradores corrían a cambiar las armas, se echaban detrás de las piezas que podían escapar, y los cargadores y batidores gritaban: «*Kohut! Kohut! Zajac! Kohut!*». Disparaban apuntando al cielo, casi en vertical, pero apenas caía nada pese a que los hermanos Szent-Györgyi y Luika Kollonich eran excelentes

tiradores. De vez en cuando les llegaba una pluma de cola consecuencia de algún perdigón perdido, mientras seguían los gritos «*Nalevo zajac! Napravo!*», «*Zelenka*», y una y otra vez «*Kohut*», «*Kohut*», «*Kohut*»...

Solo Antal Szent-Györgyi conservó la sangre fría; su figura alta y enjuta no parecía moverse más deprisa. Las tres escopetas se turnaban en sus manos con la precisión de un reloj y a cada tiro caía un ave, delante o detrás, acertada siempre en la cabeza. Se desplomaban trazando una curva con las alas cerradas, como si las hiciera caer por pares mediante una voz mágica: dos a la izquierda, dos a la derecha, delante, detrás, de manera uniforme y continua, infalible. Realmente era un fenómeno magistral.

Los disparos duraron un buen rato hasta que al final, a los pies de la colina, se vio salir la fila colorida de las batidoras. Ya solo las liebres corrían como locas, tropezando entre ellas y amontonándose. Aquello era lo habitual. Había sido necesario salvar a las que en principio se echaron sobre los batidores, puesto que eran hembras; del mismo modo, había que acabar con las que quedaban dentro del cercado porque la mayoría eran machos y era dañino dejarlos con vida.

Ya habían llegado los landós cuando sonaron los últimos tiros.

Los hermosos caballos tordillos avanzaron a paso lento entre los batidores que hacían fila en el camino. Todos los mozos lucían ya una pluma de faisán en el gorro y, cuando el carruaje de Slawata pasó al trote, lo saludaron con vítores levantando los sombreros, porque ese «*pan grof*», señor conde, había matado la extraordinaria fiera, el zorro. Quizá tanta celebración se debía a otras razones. Mientras Luika Kollonich había estado cazando liebres para «ayudar» diligentemente a Slawata, este había estado charlando de política con los batidores vecinos, pero no en eslovaco sino en checo. El movimiento antihúngaro Sokol, que se había infiltrado desde Moravia, contaba ya con algunos seguidores en el norte de Nitra, los cuales destacaban por ser los que más ruido hacían al aplaudir a Slawata.

Asomando en su carruaje tras sus gruesas gafas, el checo devolvía los saludos gustosamente. No era el zorro lo que tan feliz lo había hecho. Tenía otras razones. Durante la caza, la batida a menudo se había detenido en los caminos que separaban los campos o en los límites de los bosques para que se fueran incorporando a la fila los que se habían quedado rezagados. En esas ocasiones había tenido la oportunidad de charlar largamente, en especial de los efectos del caso de Rózsahegy.

Aquel era un mal asunto, un asunto muy desagradable. Desde las elecciones que habían tenido lugar en los condados del noroeste, donde por primera vez se habían presentado candidatos de la minoría eslovaca, los ánimos no se habían calmado. Las disputas políticas se multiplicaban. Solo ese año se habían tramitado treinta y tres. Sin duda, existían razones de sobra. No obstante, el efecto político de ese «seudomartirio» había sido desastroso, ya que unos pocos meses en la agradable prisión estatal se recompensaban con la gloria. Pero el gobierno, que había elegido el camino de la represalia, no tenía otra elección y aún menos cuando el movimiento se

volvió más audaz, como si tuviera un apoyo anónimo.

La rebelión de Csernova había estallado en ese ambiente cargado de tensiones y pasión.

Hlinka, el párroco de Rózsahegy, había sido suspendido por su obispo, que era del mismo pueblo, alegando razones de disciplina. Fue condenado por el tribunal local por instigación nacionalista. Y cuando Hlinka quiso bendecir la iglesia que había construido con su propio dinero en su pueblo natal, Csernova, el obispo se lo impidió y destinó a otros curas desde Rózsahegy. Los habitantes de Csernova se agitaron, escondieron los objetos litúrgicos y escribieron cartas de amenaza al obispo. Los sacerdotes enviados por el obispo estaban atemorizados, por eso llegaron al pueblo acompañados por la policía en contra del consejo del juez. La enfurecida turba se echó encima para apedrearlos. Los guardias, en defensa propia y de los curas, abrieron fuego y causaron nueve muertos y numerosos heridos, de los cuales murieron seis más. Fue un caso triste, cruento.

Había sido realmente triste, no era para reír, pero Slawata lo veía de manera diferente. Sabía bien qué clase de vínculos tenía el movimiento con la oficina del príncipe heredero, con el *Werkstatt*, como la llamaban sus fieles. Esos casos eran estupendos. Cuanta más rebelión, tanto mejor para que cuando el nuevo emperador llegase al trono, pudiese traer paz y bienestar. Por supuesto, a su peculiar modo. Tuvieron suerte de que el gobierno húngaro no hubiese intervenido entre el obispo y el pueblo, y hubiese dejado que las cosas siguieran su camino. Y mientras el landó lo mecía subiendo por el serpenteante camino, citó a Goethe: «*Blut ist ein ganz besonder Saft...* La sangre es un zumo muy especial...». Slawata era un hombre muy culto.

En el último carruaje volvían a casa la señora Berédy y el anfitrión.

El camino, de un cuarto de hora, le sirvió a la bella Fanny para comentar su plan. Naturalmente, habló en inglés para que el cochero no los entendiera.

Le contó que había recorrido la casa y que esa misma noche podría bajar fácilmente por la escalera de servicio —evidentemente, con absoluto sigilo— cuando todo el mundo se hubiese acostado —evidentemente, sin problema alguno—; no le costaría nada, no solía resfriarse y además tenía un quimono forrado... y sería tan divertido... mejor que si viniese él... habría más ternura... Le dio mil vueltas al tema para convencerlo porque pensaba que Szent-Györgyi solo temía constiparse y la había rechazado el día anterior para disimular su egoísmo.

Sin embargo, la cara enjuta de galgo de Antal siguió inmóvil, como helada.

—*That won't do! That won't do!* ¡No puede ser! ¡No puede ser! —repitió moviendo la cabeza.

—¿Y por qué no? —preguntó la mujer, sorprendida, y volvió a explicarle lo que había visto por la mañana: que el pasillo, la escalera y el baño estaban juntos, que solo le llevaría un minuto y que ella era muy prudente...

—No... no... —repitió el hombre y cuando Fanny le contó para persuadirlo cuánto lo había admirado al final de la batida, cómo se había deleitado y cuánto le hubiese gustado abrazarlo, Szent-Györgyi le lanzó una mirada fría y severa.

—Aquí yo no hago esa clase de cosas. Es mi casa... esta casa. No es... ¡No es como aquella! No está bien que... no... —dijo, y para suavizar lo que acababa de decir, soltó una carcajada, pero su voz sonó dura cuando añadió—: Yo no soy un animal, todavía tengo principios.

La bella señora Berédy entornó sus ojos felinos, solo quedó una línea negra en medio de sus pestañas, pero su voz sonó como un dulce piar:

—*Oh, dear, what a charming fool you are...* Oh, querido, es usted un bobo encantador...

Inmediatamente supo que se vengaría de esa ofensa apenas disimulada.

Los landós entraron uno por uno por el portal, que medía unos siete metros. Después de que el huésped bajase, entraron en el patio adoquinado y enfrente de la fachada hicieron retroceder los caballos para formar una perpendicular perfecta con la pared. La capota del landó casi tocaba los pilares del corredor. Así esperaron hasta que los dieciséis caballos formaron una fila perfecta. Las bridas apenas sonaban, los animales permanecían inmóviles. Tras unos momentos de espera el último carruaje se puso en marcha y todos salieron por el portal a paso lento, colina abajo hacia los establos.

Nadie admiró el bello rito ejecutado con absoluta perfección, como si estuviese dirigido por máquinas. La reata subió por la cuesta, mientras los cargadores y los cazadores de la finca entraban por el portal en tropel portando armas, sacos y cofres de munición y capas y abrigos de caza, dispersándose a continuación por las bóvedas traseras del patio conventual donde se hallaban los pisos del personal, los cuartos de limpieza y las habitaciones de los criados.

La anfitriona, la condesa Élize, y su cuñada viuda, la señora Illésváry, recibieron a los invitados en una habitación que hacía esquina y que era el único salón en la casa que estaba amueblado con cierta modernidad. En los demás reinaba el rococó vienés de finales del siglo XVIII, el llamado estilo María Teresa. Había comprado los muebles de ese salón en su luna de miel en París y reflejaban las características del estilo imperio.

El tapizado de las butacas, del canapé y de los diminutos pufs era de reps carmesí, cruzado en su mitad por una cinta ancha con dibujos negros y dorados. Las paredes llevaban la misma cinta a modo de cenefa, dividiéndolas en tablas pequeñas.

Había varios retratos de tiempos recientes, incluidos los de los parientes transilvanos, los Abády: su abuelo Tamás; su tío Péter a la acuarela; sus padres, el matrimonio Gyerőffy; los tres hermanos, el pobre Mihály Gyerőffy, que se había suicidado, Ágnes, la futura señora Kollonich, y la misma Élize de niña en un retrato de familia pintado por el famoso Barabás. En los veladores, con faldones de terciopelo hasta el suelo, había un sinfín de miniaturas minúsculas enmarcadas y muchas fotos de sus hijos y de su marido, pequeños recuerdos de otros tiempos; además, había floreros y ramos por todos lados. En el suelo había una alfombra tupida.

El pequeño salón estaba abarrotado de recuerdos y de toda clase de muebles de las formas más eclécticas. Sin embargo, no dejaba de ser armónico y bonito, muy acogedor, como un nido suave y cálido.

Allí se sentaba la señora Szent-Györgyi delante de la ventana, protegida por dos biombos de cristal porque era muy friolera y se resfriaba fácilmente en los otros salones. En otoño e invierno solo lo abandonaba para las comidas y, una vez había terminado, volvía inmediatamente. En ese momento, aparte de la señora Illésváry, la acompañaban la señora Wárday y la joven Klára Kollonich. Como esta última estaba encinta —debía de estar de más de seis meses— y no podía salir con los cazadores, después de haber tomado el *déjeuner à la fourchette* con sus tías, no podía hacer otra cosa que aguardar el regreso de su marido.

Los invitados fueron llegando uno a uno; les besaron la mano, les contaron los sucesos con un par de palabras y luego pasaron lentamente al comedor. Se fueron sentando a la mesa sin formalismos, tal como habían ido entrando, porque solo se trataba de un pisco-labis de fiambre, buñuelos calientes, té y jerez, pues ya antes de salir habían desayunado debidamente y este era un refrigerio que sentaba bien

después de una caminata.

Szent-Györgyi permaneció con su mujer. Solo pasó al comedor tras contarle todos los pormenores: cómo había ido, quién había cazado qué y cuánto... Habló con mucho cariño en esa jerga habitual de las parejas que siempre están juntas y se entienden bien.

—Pero no me dices cuánto has cazado tú. Más que nadie, ¿verdad? —lo interrumpió la mujer sonriendo.

—¡Oh, no! Creo que Bálint, que estaba en el rincón derecho, ha obtenido más piezas.

—¿Faisanes y perdices? ¡Mentiroso! —dijo su mujer con una risa.

—Bueno, aves he cazado yo más, pero es normal, en el centro siempre se tienen más oportunidades —contestó Szent-Györgyi riéndose de su propia modestia.

Cuando pasó al comedor, donde solo se tomó una taza de té de pie, se le dirigió Imre Wárday:

—¿Me permites, antes de que se haga de noche, que visite tus vacas de Algau? Me resultaría muy edificante.

—Por supuesto, es un placer... —respondió Antal Szent-Györgyi y dio orden de que llamaran por teléfono al cochero y a la vaquería.

—Ayer el ganado bovino, anteayer los cerdos Poland-China. Debo admitir que eres un granjero diligente —le dijo Luika Kollonich burlándose.

—Naturalmente —contestó Wárday—. Raras veces se presenta la ocasión de ver una granja modelo y nuevos experimentos que no puede permitirse cualquiera. Esas cosas cuestan un ojo de la cara.

—Sí, tal vez tengas razón. Pero... es necesario. En los tiempos de Széchenyi se introdujo el purasangre inglés y, más tarde, la oveja Rambouillet y la vaca de Simmenthal. Hoy estamos obligados a dar un paso más. Al fin y al cabo, las granjas grandes tienen más facilidad para experimentar que el Estado y, además, pienso, es una afición y... —La frase acabó con un vago gesto de la mano porque Szent-Györgyi por nada en el mundo hubiera pronunciado la palabra obligación, que le resultaba demasiado grandilocuente.

La señora Berédy, desde el otro lado de la mesa, lanzó una mirada a Wárday. No dijo nada, pero cuando se aprestaron todos a partir, ella también se levantó:

—¡Me voy con usted, Wárday!

—¿No prefiere acompañarnos para ver las yeguas? —le preguntó Szent-Györgyi, que se dirigió con ella hacia la puerta.

—No, de momento tengo otras curiosidades —contestó la bella Fanny, quien, acercándosele un instante y con una risa apenas perceptible añadió—: Por hoy ya hemos paseado en coche lo suficiente —y salió del comedor.

Szent-Györgyi encogió los hombros y volvió con el grupo.

Fue un error no visitar la yeguada de purasangres. El edificio del establo era un espectáculo en sí mismo. Había sido construido por el abuelo de Szent-Györgyi según el modelo inglés.

Se alzaba en medio de un prado del parque. El centro era más alto y escondía un salón de estilo Biedermeier temprano con parqué y chimenea que, tanto delante como detrás, estaba compuesto de ventanales que iban del techo al suelo, y tenía encima el henal. A ambos lados había cinco compartimentos a modo de cuartitos. Cada puerta estaba dividida en dos, de manera que, cuando hacía mal tiempo, abrían la puerta superior y la yegua y el potro podían respirar aire fresco sin mojarse. De cada tabique salía una barrera que dividía el prado a modo de radios y llegaba hasta el extremo del círculo, cerrado por una hilera de árboles. En los *paddocks* pacían las purasangres más sobresalientes, cada una en un sitio. Todas eran madres de famosos caballos de carrera, todas ellas habían sido premiadas en grandes exhibiciones de yeguas.

Szent-Györgyi explicaba y Wülffenstein intercalaba comentarios propios de un experto en deportes; Abády y Luika se limitaron a disfrutar del espectáculo; Slawata simulaba interés, mientras Magda y Lili acariciaban a las mansas yeguas y las hartaban de bombones.

De allí se fueron a ver el *paddock* de los potrillos ya destetados y luego visitaron los dos sementales importados de Inglaterra.

«Es realmente un lástima que la señora Berédy no haya venido», pensó Szent-Györgyi, porque aunque no presumía, estaba especialmente orgulloso de sus purasangres.

La bella Fanny se paseaba en coche con Wárday de un establo a otro, escuchando apaciblemente el parte de los mayores que les enseñaban los cuadros de la producción lechera, los secretos químicos de la fabricación de la mantequilla, el récord de producción de las vacas, los cálculos de porcentajes y las tarifas ferroviarias. Naturalmente, todo se enviaba a Viena. Fanny escuchaba pacientemente, esperaba, daba una vuelta y volvía al lado de Wárday asintiendo a veces con la cabeza o con algún que otro comentario, acompañándolo con su extraño andar tambaleante. Como un gatito, ponía un pie exactamente detrás del otro, sin precipitarse: sabía esperar. Y nadie notó que estaba esperando.

Ya anochece cuando el landó partió para la casa desde la tercera vaquería. Era una noche hermosa, un poco fresca. Quizá por eso se apretaron un poco más en el silencio del coche.

—Dime, Imre, ¿eres feliz? —dijo la mujer interrumpiendo el silencio.

—Sí —contestó el hombre—, puedo decir que sí, sí que lo soy. ¡Bueno, mi vida no es un gran... nosequé, cosa que además no existe! Klára es muy buena persona,

tiene algo de fortuna, lo que está bien, y ahora tendrá un hijo... Es suficiente...

—Verás, me alegro mucho —dijo la señora Berédy—. Sabía que sería bueno para ti. Por eso lo hice. Porque lo hice yo, ¿recuerdas?

—Es cierto. ¡Me dejaste en el mejor momento! —Wárday rio alegremente.

La mujer le clavó su mirada. Sus ojos se entreabrieron con un brillo verde:

—Aquello, contigo, estuvo muy bien... Pero yo veía que lo que tú necesitabas era una familia, un hogar, y Klára era un buen partido... ¡Pero fue un gran sacrificio por mi parte! —mintió con voz calmada y triste. Ella hubiese roto de cualquier modo porque sabía que la relación entre László Gyerőffy y Klára se había deteriorado y había llegado el momento de apoderarse del joven.

—¿Sacrificio? —dijo Wárday sorprendido—. Pero, querida, tú misma me dijiste, puedo citarlo literalmente, «la regla es que hay que dejar de comer cuando mejor te sienta la comida...». ¿No es cierto?

—Es cierto —contestó y, abandonando la estrategia del sacrificio, le preguntó riendo—: ¿Y no tenía razón? Por eso tenemos todavía apetito y, si queremos...

—¿De verdad?, ¿de verdad? —repitió Imre Wárday alegremente sorprendido y miró a la mujer desde muy cerca.

Sus mejillas casi se tocaron.

Fanny abrió los ojos, cuya luz nocturna y verde irradiaba voluntad y mando, de par en par. Las palabras, apenas perceptibles, acariciaron la cara del hombre como un aliento caluroso:

—Te deseo como entonces...

Se fundieron en un largo beso anticipador, familiar, sofocante, posesivo. Se separaron jadeantes y no hablaron más. Solo la mano de la mujer buscó la del hombre bajo la manta de piel: dedos finos y menudos, pero fuertes como garras. Se quedaron en silencio. Solo al llegar el carruaje al gran césped de delante del castillo, dijo Fanny:

—Cuando se hayan acostado todos... La primera puerta después de la escalera del servicio... da a mi baño... La primera puerta...

En tres de los lados del rectángulo cerrado del castillo de Jablánka se hallaban las celdas de sus antiguos moradores, los monjes paulinos. Al norte quedaba la capilla, encajada, y en las dos esquinas de la fachada sur había dos habitaciones pequeñas y dos más grandes hacia el centro. En medio se hallaba el enorme refectorio. Este último servía de salón a los Szent-Györgyi. Habían eliminado la pared del ala este, antigua divisoria de la habitación que hacía esquina y la del ventanal triple que actualmente hacía de comedor. En el otro extremo, donde se hallaba el pequeño salón de la condesa, la habitación correspondiente servía de biblioteca sin haber sufrido apenas modificación alguna.

Según la costumbre, los invitados se habían reunido a la hora de comer en la sala

grande. Bálint había llegado pronto. Al entrar, pensó que todavía no había nadie, pero de una butaca que estaba cara a la chimenea se levantó un cura bajito, regordete y envejecido. En su cara, muy aseada, brillaban dos ojillos negros con las cejas extremadamente gruesas. Tenía la nariz más bien pequeña, muy fina y puntiaguda. Llevaba un collar y una sotana de corte excelente con un ancho cingulo de seda roja rodeando su marcada tripa. Se acercó a Bálint para presentarse:

—Soy el canónigo Czibulka —dijo con acento eslovaco y, cuando Abády se presentó, añadió jovialmente—: ¡Oh, he oído hablar muchas cosas buenas del señor conde! Parece que está usted haciendo un excelente trabajo con las cooperativas en Transilvania. Muy bien, me parece muy bien.

Bálint se sorprendió.

—No se extrañe, yo sé muchas cosas —continuó con una sonrisa suave—. Vengo mucho por aquí, a casa de sus parientes, todos los domingos celebro misa si estoy en Nagyszombat. Soy como un viejo mueble porque fui hace mucho tiempo el preceptor del conde Antal. Me llaman «Pfaffulus», fue ese pícaro sinvergüenza el que me puso el apodo. ¿No ha oído hablar de mí? En esta casa me llaman así a mis espaldas incluso los niños, lo sé, ¡pero le advierto que solo el conde Antal puede decírmelo a la cara! —dijo, y levantó un dedo amenazando a Abády de broma.

—Es cierto, he oído su apodo —contestó Bálint riéndose—, pero tengo que añadir que lo mencionaron con mucho cariño.

Charlando alegremente dieron varias vueltas por la enorme sala que, a pesar de albergar gran cantidad de enseres —canapés y butacas de brocado carmesí entretejido con oro, un piano de cola en un extremo, una palmera en el otro—, parecía estar vacía.

Después de intercambiar unas cuantas frases, el canónigo se detuvo. Estiró su figura un tanto panzuda, miró a su alrededor por si les oía alguien y se dirigió a Bálint. Sus cejas tupidas bailaron como las antenas negras de un capricornio de las encinas:

—Dígame, por favor, ¿cómo está su pobre pariente, László Gyerőffy, el sobrino de la condesa?

Abády iba a explicarle las circunstancias que habían obligado a László a desaparecer de la sociedad budapestina, las deudas de juego y la exclusión del casino, pero Czibulka le interrumpió:

—Todo eso lo sé, tal vez más y todo. Cuando estuvo aquí la última vez ya me preocupaba. Por eso le pregunto cómo está ahora. ¿Se ha recuperado? ¿Ha encontrado consuelo? —Y sin esperar la respuesta continuó—: Me da mucha lástima el pobre, lo he visto aquí muchas veces, lo quiero mucho y pienso en él a menudo. Mire —hurgó en el bolsillo de la sotana y sacó un diminuto paquete envuelto en papel de seda—, se lo he traído de Roma. Es una medalla bendecida por el Santo Padre. Hágasela llegar, por favor. Tal vez le sirva de ayuda y dígame que rezo mucho por él... Pero que sea un secreto entre nosotros, ¿de acuerdo? —Las últimas palabras

le salieron atropelladamente porque se abrió la puerta y llegaron pasos desde la biblioteca.

—Pfaffulus —dijo Antal Szent-Györgyi en la mesa—, usted ha venido de Nagyszombat con un plan secreto. ¡Ve que le está creciendo la nariz!

El canónigo fingió asustarse y se palpó la punta con los dedos.

—Es cierto —contestó—, ¡vaya traición! —se rio y no se hizo de rogar más.

El gobierno del distrito de Szerencs había quedado vacante y habría elecciones. Dos terceras partes del pueblo eran húngaros: nacionalistas radicales del Partido de la Independencia de 1848. El otro tercio eran eslovacos del Partido Popular. El diputado anterior había sido del Partido de la Constitución de Andrásy. Su victoria había sido posible en realidad gracias a que el gobierno lo había designado. Pero la situación había cambiado. Se murmuraba que habría un candidato del Partido de la Independencia que sin duda ganaría contra el adversario del Partido de la Constitución porque Andrásy tenía pocos seguidores en esa región.

—Considero que no sería lo deseable, ¿no es así? —añadió y miró a su vecina de la izquierda, la anfitriona, como si se lo preguntara a ella.

La señora Szent-Györgyi solo sonrió —ella era una mujer apacible—, pero la señora Illésváry, sentada a la izquierda de su hermano, contestó porque le gustaba mucho la política.

—¡Sería un desastre!

—Pero puede pasar si el Partido Popular no presenta candidato y el de la Constitución no renuncia al distrito. No será fácil, pero se podría evitar con el apoyo del clero y de los funcionarios, aunque solo en caso de que la corte de Jablánka, en aplicación de las reglas parlamentarias, no se oponga.

Wülffenstein intervino. Intentó moderarse porque sabía que en casa de Szent-Györgyi hablar apasionadamente era considerado un atentado contra los buenos modales. Le temblaba la voz:

—No se puede exigir que nosotros, constitucionalistas, renunciemos a ese mandato. El año pasado ya salimos malparados de la distribución de distritos. ¡Además, contraviene el pacto entre partidos!

La cara bien afeitada de Pfaffulus se dirigió a Frédi. Sus desfleadas cejas se movieron con intensidad. Sacó unos lentes con mango que llevaba encajados entre dos botones por encima del cíngulo de seda y apuntó a Wülffenstein.

—Aun así, a mi modesto entender, la opinión de los electores debería marcar en cierta medida la dirección.

—A los electores les da igual votar a un partido u otro de la coalición porque estamos todos en el mismo bando, con programas bastante parecidos —replicó el otro.

—Tienes toda la razón —intervino sin inmutarse Szent-Györgyi con fría ironía—,

realmente no hay la más mínima diferencia entre vosotros.

Era una alusión al pacto entre los dos partidos de 1867 y los independentistas para disolver el Compromiso. Sin embargo, Wülffenstein no captó la ironía.

—¿Verdad que sí? —dijo muy contento—. Ni Kossuth ni el Partido Popular deben presentar candidato. No tienen derecho. ¿Y quieren que les cedamos un escaño más? ¡Nunca!

—*En politique et en amour il n'y a ni jamais ni toujours!* En política y en amor no existe ni nunca ni siempre —añadió la señora Illésváry bromeando.

—¿Y el derecho? ¿El derecho no cambia? —preguntó Pfaffulus con voz dulzona.

—Es un principio jurídico: el derecho al que no se renuncia sigue vigente, pero al que se renuncia está perdido...

—¿Es que acaso la coalición entre los partidos gubernamentales se va a mantener siempre? ¿Continuarán juntos cuando se realice la reforma de la ley del sufragio? ¿Y ahora? ¿Están realmente de acuerdo en lo tocante a los asuntos de Croacia? Apenas puedo creer que Andrassy apruebe el desmantelamiento del Partido Croata que, después de todo, apoya la unión.

Según la señora Szent-Györgyi, toda clase de discusión en presencia de un extranjero era de mal gusto, pero especialmente si era sobre la política húngara. Por eso se dirigió a su vecino de la izquierda, Slawata, y haciendo una excepción en sus modales habituales levantó la voz para advertir a los demás en alemán:

—Perdone, conde Slawata, que se hable en húngaro, pero los asuntos políticos internos no tendrán mucho interés para usted.

El consejero de embajada dirigió sus gruesas gafas de miope a la anfitriona:

—No se preocupe, yo hablo un poco de húngaro, serví en los húsares. Y el comentario de *Seine Hochwürden*, Su Excelencia, es correcto. Sería una pena perder a los unionistas croatas, son el único partido *kaisertreu*, el único fiel al emperador, y dicen que...

Szent-Györgyi interrumpió:

—*Königstreu!* ¡Fiel al rey! —dijo, porque a pesar de ser muy vienes en sus modales, era fiel seguidor de Francisco José, que era emperador de Austria y rey de Hungría, y le gustaba ser preciso. Tampoco le disgustó aprovechar la oportunidad para restregarle la corrección por las narices al consejero secreto del Palacio Belvedere.

—*Natürlich! Natürlich!* ¡Por supuesto! ¡Por supuesto! —repitió Slawata con una reverencia, y continuó la frase—: Y dicen que el *ban* quiere nuevas elecciones en Croacia. Algo bastante preocupante. Es de temer que esto acabe en una catástrofe.

La conversación continuó con muchas apreciaciones sobre la situación de Croacia porque Szent-Györgyi, que tenía una finca en la región de Szerémség, y Pfaffulus, que consultaba las fuentes eclesiásticas, estaban muy bien informados sobre ese asunto. La conversación fluyó de manera moderada y comedida, de manera que las opiniones de cada uno empezaron a ser matices de la misma historia. La diplomacia a

la antigua era capaz de expresar los antagonismos de manera sofisticada, usando palabras solo ligeramente distintas.

Bálint no participó en la conversación porque la situación croata no le incumbía, pero le pareció interesante y útil lo que decían. Su vecina de la derecha, la pequeña Magda, se aburría claramente y, con un gesto veloz, como el de un pájaro que mueve la cabeza, se dirigió a Abády:

—¿Cuánto has cazado en el rincón? —preguntó.

—No lo sé exactamente —respondió Bálint—, tal vez cien o ciento cincuenta piezas.

—¿Sí? No es mucho. El año pasado no hubo batida, papá y los muchachos las cazaron una a una porque guardamos luto por mi tío, pero el año anterior en ese mismo rincón se llegaron a cazar doscientas treinta y siete.

—¿Quién tuvo el puesto? Seguramente era mejor tirador que yo.

—No me acuerdo... —contestó la muchacha perpleja.

—¿Cómo? Sabes exactamente que cayeron doscientas treinta y siete piezas ¿y no te acuerdas de quién las cazó? —se rio Bálint—. ¡Dime ya quién fue!

La muchacha bajó la voz y dijo casi asustada:

—El pobre Laci, fue él... —e instintivamente se llevó un dedo a la boca y lanzó una mirada a su padre—. Papá nos tiene prohibido hablar de él... Ni siquiera podemos mencionar su nombre, pero a nosotros nos da mucha lástima.

El café y los licores fueron servidos en el gran salón por silenciosos criados.

La anfitriona solo se quedó unos minutos porque, pese al fuego abrasador de la chimenea y las dos candentes estufas barrocas, tenía frío. En compañía de la señora Berédy y Klára Kollonich se retiró a su pequeña y cálida habitación, de modo que en el salón central solo quedaron los hombres y la señora Illésváry sentados alrededor de la chimenea, mientras los jóvenes —Magda, Lili, los dos hermanos Szent-Györgyi y Luika— estaban reunidos en el otro extremo divirtiéndose con el *hopitit*, un juego de mesa que estaba de moda y que se jugaba con fichas de hueso.

Alrededor de la chimenea volvieron a sacar otro tema político. El verano anterior el rey inglés Eduardo había visitado a Francisco José en Ischl. El comunicado oficial habló de una simple visita de cortesía, pero se había murmurado que la razón había sido bien diferente. Se daba por sentado que se trataba de un paso político y el hecho de que el rey Eduardo hubiese ido posteriormente de Ischl a Marienbad y durante su estancia hubiese recibido a varios hombres de Estado, apoyaba esa teoría. Primero fue a verlo Clemenceau, luego Izvolski... y no parecía muy probable que hubiesen ido a seguir una cura de adelgazamiento.

La alianza franco-rusa se mantuvo después; sin embargo, hacía tres años, en

1904, se había establecido el pacto Delcassé, la *Entente Cordiale* entre Francia e Inglaterra, que arreglaba de forma pacífica y definitiva las cuestiones coloniales en África entre las dos potencias. De un día para otro se habían transformado las delicadas relaciones, que tanto se habían agriado durante la guerra de los bóers, en vínculos amistosos entre el Imperio británico y los franceses. La nueva amistad quedó manifiesta en el caso de Marruecos, donde los franceses podían actuar a su parecer. Les fue fácil porque de manera milagrosa Alemania apoyaba la expansión francesa en África pensando, quizá, que las maniobras militares que ello exigiría tendrían a las fuerzas francesas ocupadas durante varios años y alejadas de toda idea de revancha.

El verano anterior la historia había dado un nuevo giro.

Después de arreglar las cuestiones africanas, el rey Eduardo había resuelto la casi centenaria enemistad anglo-rusa en Asia. Gran Bretaña metió las manos en el Tíbet y en Afganistán durante la guerra ruso-japonesa, con lo que eliminó la manzana de la discordia. El acuerdo parecía perfecto y quedaba manifiesto en un gesto significativo: el anuncio oficial de la visita del rey de Inglaterra y de su flota la siguiente primavera.

Y en agosto el rey Eduardo había viajado a Ischl.

Prestando mucha atención, uno podía tener la impresión de que los viajes del rey tenían como objetivo el cerco de Alemania.

Discutían esos hechos delante de la chimenea con especial atención a lo ocurrido en Ischl.

Irma Szent-Györgyi, la señora Illésváry, estaba sentada en una butaca. Era alta y enjuta como su hermano. Entre sus largos dedos mantenía un habano, cosa insólita en una dama, pero ella consideraba que tenía derecho a ir en contra de la opinión dominante. Al hablar expelía el humo con fuerza como subrayando cada frase.

—¡Es puro cotilleo! ¡No me lo creo! —dijo en francés, «*Toutes ces blagues*»—. Una amiga mía que estuvo presente me contó que había sido una visita de cortesía, *une visite de politesse*. Es totalmente natural que si el rey de Inglaterra nos visita, vaya a ver al más importante emperador de Europa.

Pfaffulus tenía cierto reparo en contradecir a alguien y solo se atrevió a preguntar si en Inglaterra o en Francia había otro balneario parecido a Marienbad o por qué había ido el rey Eduardo justamente a Austria a perder esos kilos que le sobraban.

Slawata tomó la palabra. Quiso agradecer la invitación —de la que, al igual que Szent-Györgyi, pensaba que no era merecedor— revelando algunos secretos del Ballplatz, del Ministerio de Asuntos Exteriores vienés. Algún secreto no capital, algo que no fuese considerado *streng Geheim*, alto secreto, sino un detalle menor que podía llegar a oídos de su confianza. Sin embargo, eligió sus palabras cautelosamente para no complicarse.

—Según los informes de Londres —dijo—, el rey de Inglaterra en realidad tenía intenciones de apartar a Francisco José de la alianza alemana y ofrecerle la integridad de la Monarquía con la condición de que Austria-Hungría se mostrase neutral ante un posible conflicto anglo-alemán, lo que significaría la ruptura de la Triple Alianza.

Pero parece ser que la oferta no se llevó a cabo. Su Majestad, ya muy al principio de la conversación, antes de que se le presentara la oferta, puso énfasis en su fidelidad a sus aliados. Naturalmente, no tenemos pruebas para saber con exactitud cómo fue el encuentro privado entre los dos soberanos, pero eso fue lo que nosotros, desde el Ballplatz, comunicamos al embajador alemán. Es comprensible que Berlín estuviese nervioso, porque si Austria-Hungría se aliase con esa entente ampliada, el cerco se cerraría a su alrededor.

—¿Pero por qué querría el rey inglés atacar al emperador Guillermo, que es su sobrino? —preguntó Wülffenstein.

Slawata esbozó una sonrisa.

—El odio entre parientes es más descarnado que entre ajenos, pero la razón principal y real es el rearme del ejército alemán. Inglaterra no lo va a tolerar.

—El problema serio que nos puede acarrear —dijo el canónigo— es que en esta situación podamos perder a Italia como aliada, dado que no puede estar en otro bando que en el de Inglaterra. Italia es una simple península y el señor de las aguas es Inglaterra. He oído comentarios parecidos en Roma. Es cierto que el cerco se estrechará, pero no alrededor de Alemania, sino de las dos potencias centrales, es decir, nosotros.

Slawata le lanzó una mirada aguda con sus ojos miopes:

—*Dann müsste man eben Prevenire spielen...* Entonces habrá que ser previsores —dijo en tono misterioso.

El regordete clérigo lo miró. Tenía la cara tranquila, solo las cejas, negras como el hollín, parecieron bailarle en la frente, pero antes de que consiguiera formular otra pregunta prudente y aguda, la señora Illésváry dejó escapar como en un suspiro:

—Tal vez haya sido un error rechazar la oferta inglesa...

Su hermano la increpó seca y duramente:

—¡Su Majestad sabe cómo actuar mejor que nadie!

Slawata aprovechó inmediatamente la ocasión para demostrar su conformidad con el anfitrión. Hizo un rápido bosquejo de lo difícil que sería la situación de la Monarquía si se enfrentase a Alemania. Sería la primera víctima de la guerra. Pasara lo que pasase, su frontera del norte era indefendible y Bohemia, donde estaba Škoda, la única fábrica de cañones, caería en un par de días en manos alemanas. No tenía otra línea de defensa que la región de Moravia, lo que significaba que toda Bohemia se convertiría en un campo de batalla. Slawata habló con mucha objetividad, solo las últimas palabras sonaron con un deje de protesta personal. Él era, antes que nada, checo.

Solo dos personas no participaban en la conversación. Uno era Wárday, que fumaba su habano en silencio con una sonrisa ligera, pensando tal vez en la dulce aventura que le esperaba. El otro era Abády. Para él todo lo que decían era nuevo. Era evidente que había leído esas mismas noticias en la prensa. Gracias a sus años en la diplomacia, de vez en cuando le habían asaltado las sospechas, esas mismas que

ahora estaban discutiendo tan abiertamente. Para él solo habían sido impresiones fugaces que habían sido borradas rápidamente por la cotidianidad de la política interior húngara, por su labor con las cooperativas y sobre todo por su amor.

«¡Es un mundo aparte! ¡Tan distinto de Transilvania! —pensó—. Allí las batallas son pequeñas y los conflictos, insignificantes. Lo importante era lo que le pasase a Benő Péter Balog, el notario mayor que había colaborado en la toma de posesión del gobernador del “gobierno de guardias”—. Tal vez no se tratara de otra cosa que de un odio mortal mientras en el mundo se estaban preparando sucesos capitales y los hilos de una tragedia colosal se entrelazaban en el oscuro futuro... Estas personas viven en medio de los sucesos, conocen todos los movimientos, apenas mencionan el cómo ni el porqué. Lo saben todo y hablan de sus conclusiones con ligereza y familiaridad».

Mientras reflexionaba, observó a Antal Szent-Györgyi, que estaba de pie, estirado y rígido, delante de una estufa de mármol decorada con estuco pintado en verde. Encima había un gran retrato empotrado en la pared que representaba a su bisabuelo, gobernador de María Teresa. Llevaba la insignia del toisón de oro —una gruesa cadena dorada—, un manto purpúreo ricamente bordado y peluca. No obstante, aquella era la misma persona que estaba de pie delante de la estufa vestida con esmoquin negro, como los demás. Llevaba una minúscula representación del toisón prendida de la leontina solo porque el reglamento de la orden obligaba a lucirla siempre. El mismo rostro anguloso, los mismos ojos callados llenos de amor propio. Sus canas de tonos azulados realzaban aún más la similitud. Era una de aquellas dinastías que durante siglos habían vivido cerca de la corte y, desde el final de las guerras contra los turcos, habían ejercido un papel importante en el destino de Hungría. Juzgaban al país desde la perspectiva europea y se hallaban plenamente inmersos en la cultura occidental; con todo, sabían seguir siendo húngaros, como Ferenc Széchenyi, György Festetics y los Esterházy.

Entretanto, Slawata había dado un giro tranquilizador a su discurso...

—Después de Marienbad, Izvolski se fue a Viena. En cuanto a Macedonia, el acuerdo es absoluto, así que durante algún tiempo no supondrá ningún problema aquel nido de conflictos.

Estuvo explicándolo un buen rato y, aunque seguía sentado, hizo varias reverencias al anfitrión, como si sus palabras fueran una ofrenda de gratitud que colocaba a sus pies calzados en zapatos de charol. Entretanto, un criado se acercó a Abády y le anunció en voz baja:

—La señora condesa espera su visita en el salón pequeño.

La condesa Élize estaba sentada en su sitio habitual, entre las dos ventanas cantoneras, delante de los dos biombos de cristal, hundida en su butaca alargada con

un taburete para los pies. Hacía más calor que junto a la pequeña chimenea de ónice porque dos calefactores desprendían aire caliente de sus gargantas, tapadas con rejillas de cobre.

A su izquierda estaba la bella Fanny y, cerca del fuego, Klára. Su tía invitó a Bálint a sentarse a su lado. El curioso sillón lo abrazó con sus suaves cojines. Estaba sentado justo enfrente de Klára.

—Acércate, querido Bálint, cuéntamelo todo de Transilvania y de la gente... —dijo la señora Szent-Györgyi cogiendo con su larga y delgada mano la del joven con la voluntad posesiva del amor. Y le lanzó una batería de preguntas—: ¿Cómo está tu madre? Hace año y medio que no la he visto. La última vez, cuando pasó por Budapest... ¿Qué ocurre en la hermosa Dénestornya? De jovencita iba a menudo de visita, a ver al tío Péter, tu abuelo. ¿Y la tía Lizinka? ¿Sigue tan vivaracha? ¿Y la señora Gyalakuthy, la buena Adelma? Dicen que su hija es muy guapa. ¿Y la señora Laczók y su marido? ¿Y cómo está Ambrus Kendy, que era mi pareja de baile? ¿Y Sándor Kendy?

Conocía a todo el mundo, todos los parentescos y vínculos, y mientras escuchaba las respuestas de Bálint, se dirigía a la señora Berédy y a Klára para contarles anécdotas, recuerdos e historias graciosas de su juventud, a fin de hacerlas partícipes de aquel mundo desconocido que guardaba en su memoria con tanto cariño. A menudo mencionaba Szamoskozárd, la antigua casa de las hermanas Gyeróffy.

Mientras Abády respondía a su tía y escuchaba sus historias, su mirada se dirigía a menudo a la cara de Klára Kollonich. Apenas se le notaba su avanzado estado de gestación sentada delante de la chimenea, envuelta en su bata de ricos volantes de encaje que dejaba libres sus hombros como los trajes de noche y cubría su cuerpo con cintas y bordados. Con sus preciosos hombros desnudos, algo caídos, sus ojos azul marino y sus cabellos rubios y rizados, ejercía el mismo hechizo que de soltera. Solo el cansancio, que no era muy evidente pero sí perceptible, delataba su estado. Tal vez aquella diminuta arruga en la comisura de sus labios delatará su fatiga y, quizá, su desilusión. Bálint la miraba de reojo pensando que era la mujer por la que László Gyeróffy se había destruido. Por ella había dejado su profesión, la música, y había abandonado los estudios en contra de la opinión de sus profesores, que le habían augurado un gran futuro. Por ella se había sumergido en la gran vida social que lo arrastró al casino. Por ella quedó anulado para el mundo que tanto había anhelado; su destrucción había sido económica y también psíquica. Al contemplar a Klára recordó cómo tres años atrás, en casa de los Kollonich, en Simonvásár, había descubierto el amor fatal de László y había advertido en un instante cómo terminaría precipitándose a la ruina. En su mente apareció como una visión el rostro de László, su mirada apasionadamente irrefrenable...

Quizá por las vagas respuestas que le había dado a su tía o quizá por otras razones, la conversación se apagó y durante unos segundos un silencio profundo llenó el salón como si todos los pensamientos estuviesen fijos en un mismo nombre.

De repente la condesa Élize apretó la aprisionada mano de su sobrino y se volvió completamente hacia él.

—¿Cómo está Laci? —preguntó en voz baja, casi emocionada.

A Bálint no le extrañó la pregunta. Tenía la sensación de que el recuerdo de László flotaba entre ellos como si esperase la ocasión de aparecer, como si todo el mundo pensase en él y su nombre tuviese que salir forzosamente. No obstante, vaciló y tardó en contestar. Hubiese preferido no hablar en presencia de Klára y la señora Berédy:

—Pobre László, me preocupa mucho... Últimamente lo veo muy poco... casi nunca.

—¡Cuéntame, cuéntamelo todo! —le urgió la señora Szent-Györgyi—. Yo no sé nada de él desde aquel... Le he escrito dos veces. Inmediatamente después de... aquella historia. Y el año pasado volví a escribirle, pero tampoco me contestó. ¡Oh, Antal! Ya sabes que él es muy reservado para esos asuntos, pero yo, yo lo quiero igual, y me gustaría poder ayudarlo.

Cuando mencionaron el nombre de László Gyerőffy, Klára se levantó. Le costó ponerse en pie. Al oír las últimas palabras, salió del salón en silencio.

Sin embargo, la señora Berédy se quedó, lo que incomodó a Bálint. La miró. Los largos ojos felinos de la belleza estaban casi cerrados y un líquido cristalino brillaba en la estrecha fisura entre sus pestañas. Estaba inmóvil, solo alzó una mano para toquetearse el collar, cuyas enormes perlas caían desde sus hombros desnudos deslizándose entre los pechos por el profundo escote del traje para acabar en su regazo, donde formaban un pequeño montículo, hecho de lágrimas heladas. Era una joya fabulosa, tenía su propia vida, su propio pasado. La mano subía y bajaba acariciándola. Por lo demás, la bella Fanny permanecía inmóvil como los grandes predadores, la pantera y el puma, que encerrados en sus jaulas sueñan con lejanas tierras salvajes.

Abády tuvo que responder, así que les contó la situación de László. Debido a la presencia de la otra mujer suavizó y encubrió su crisis psíquica, pero habló con claridad aunque reprimiendo algunas palabras. A Laci se le notaba, dijo, que se sentía rechazado y esa sensación, lejos de disminuir, se hacía cada vez más notoria. Mencionó brevemente sus problemas económicos. Se temía que lo perdiese todo y no tuviese ni techo donde refugiarse. Era posible que Szamoskozárd saliese a subasta. Abády se acordó de lo que le había dicho Sándor Kendy, que la única salvación era que lo pusiesen bajo tutela, y comentó que quizá en este sentido la señora Szent-Györgyi, como tía suya, pudiese hacer algo.

Habló largamente. Al pronunciar algunas palabras ambiguas, la condesa Élize le apretaba la mano, especialmente cuando trató del deterioro de Szamoskozárd, la antigua casa que albergaba sus recuerdos de infancia. Se notaba que le dolía a pesar de que hacía treinta años que la había abandonado.

—¡Volveré a escribirle! —dijo cuando Bálint calló—. Eso de la tutela no lo

entiendo, pero tal vez sirva. Voy a recomendárselo. Ahora mismo voy a escribirle una nota para que se la lleves, ¿te parece bien?

—Pero solo podrá ser una vez que hayan pasado las Navidades, tía Élize, porque tengo que quedarme en Budapest.

—No importa, tal vez no sea tan urgente, y prefiero que se la des tú mismo —dijo la señora Szent-Györgyi.

Se levantó y se sentó ante su pequeño escritorio, en el que apenas cabía la carpeta de cordobán, repleto de pequeños enseres, fotos de sus padres, de su marido y de sus hijos. Encendió la lámpara eléctrica.

La señora Berédy y Bálint se despidieron.

Cruzaron la espaciosa biblioteca, cuyos monacales armarios barrocos, hechos de roble y con adornos dorados, tenían un aire ajeno y distante en comparación con la suavidad blanda y cálida del pequeño salón.

Casi habían llegado a la puerta de la sala grande cuando Fanny se detuvo bruscamente. Se dirigió a Abády. Sus finos labios se abrieron y sus ojos se cerraron. Permanecieron así unos segundos. Al igual que los demás, Bálint tampoco era conocedor de la relación que László había tenido con esa mujer. Esperó impaciente alguna palabra. Pero no dijo nada. Al final dos gruesas lágrimas se abrieron camino entre sus pestañas cerradas, y bajaron por las mejillas de la mujer para caer finalmente en su pecho entre las heladas perlas.

Fanny entró en la sala, se dirigió al piano y se sentó. Tocó unas fugas ligeras, haciendo correr sus largos dedos por el teclado. El anfitrión se puso a su lado porque pensó que la señora Berédy cantaría, como en las noches anteriores.

—¡Oh, sería muy amable si nos cantase algo!

Pero la mujer apartó la mirada y movió la cabeza. Volvió a tocar cuatro o cinco fugas más y se levantó de un salto:

—¡No, no! Ya es tarde, vamos a dormir —añadió con cierta ironía y esbozó una sonrisa triste mientras le extendía la mano a Szent-Györgyi para que se la besase—. Tenía usted toda la razón... Lo que dijo de esta casa... Sí, toda la razón...

Vestidas en ropa de cama, Magda y Lili fueron a ver a Klára.

Pasaron sin más, ya que la señora Wárday era su prima y se alojaba a su lado, «a la derecha de la capilla», en su antigua habitación de soltera. Era voluntad de su tía que no estuviese en la otra ala junto a su marido, sino cerca de ella para poder atenderla sin tener que salir al gélido corredor.

Las dos muchachas entraron volando desde las puertas vecinas envueltas en batas ligeras. Ambas tenían ganas de charlar en la intimidad porque durante todo el día habían estado ocupadas y no había habido oportunidad para los chismes.

Magda quiso desahogar su malestar.

Desde hacía tiempo flirteaba con Péter, el hermano de Klára, y había sufrido una desilusión tremenda: su padre solo había invitado a uno de los hermanos Kollonich, pero no a Péter, sino al más joven, Luika.

Lili también apareció, le apetecía hablar un rato. Primero, porque ya no era una niña y nadie controlaba si estaba en su cama durmiendo. ¡Oh, ya era mayorcita y podía irse tarde a la cama, aunque en secreto! Segundo, porque simplemente tenía ganas de charlar. ¿De qué? ¡De nada en especial! Simplemente hablar de algo, oír las nuevas. Por ejemplo, quién era ese Abády que andaba siempre tan serio... y diferente... Sí, de alguna manera, diferente a los demás... ¡Qué extraño!

Magda se había sentado en la cama, donde la joven Klára permanecía recostada sobre una pila de almohadas porque solo así podía respirar bien debido a su estado. Lili estaba en una butaca a los pies de la cama.

La lámpara de alabastro de la mesilla mantenía la habitación en penumbra. Los colores tenues de las batas de seda se mezclaban con el satén rosáceo del cobertor y el tapizado de los muebles y la pared.

Magda no dejaba de hablar:

—¡Ha sido muy feo por parte de papá no haber invitado a Péter! Me dijo que hacía dos años que Luika no venía porque estaba en Oxford con Tóni. Le dije que eso no era razón porque Péter es mayor y, además, mejor tirador... Y él me respondió que era una razón más para que Luika participase en una cacería importante, que así cogería práctica... Yo entonces le dije que hiciese una excepción e invitase a nueve... Me dijo que no había nueve puestos, solo ocho... Y le contesté que él mismo había dicho que el gafotas aquel era un inútil y que Péter le serviría en el flanco... Y él, que no se podía poner a un invitado en el flanco... Y yo, que Péter era un pariente cercano y no le importaría... ¿Verdad que no? ¿Verdad que no le hubiese importado?

Con un gesto brusco de cabeza, como el de los pájaros, miró primero a Klára, después a Lili y de nuevo volvió a mirar a Klára. Esperaba que fuese esta quien respondiese y no Lili, que no conocía a Péter Kollonich. Klára contestó lentamente,

con la voz apagada, como si viniese de lejos:

—Claro que no... ¿Por qué le iba a importar? Lo mismo da...

—¡Claro que no! —exclamó Magda triunfante—. ¡Y tanto que lo sé! Y además... tendría razón... porque él gustosamente, ¡oh!, muy gustosamente hubiese venido... por mí, ¡pero no se lo digas a nadie! —dijo haciéndole una señal rápida a la pequeña Lili—. Es un secreto.

—¡Claro que no! ¡Claro que no! —le prometió aquella de todo corazón con su voz suave, como el arrullo de la paloma, sintiéndose muy halagada de poder compartir un secreto de tal envergadura.

—Tampoco era necesario que papá invitara a Bálint. Nunca antes había venido y no es un tirador tan magnífico como... como... —su voz se entrecortó antes de pronunciar el nombre de Gyerőffy.

Klára abrió sus ojos gris marino de par en par. Echó una mirada amenazadora a Magda. Por suerte, Lili, muy animada, intervino:

—¿No invitar a Abády? ¿Por qué? A mi entender hubiera sido una lástima no haberlo hecho.

—¡Mírala ella! ¡La mocosa! —se rio a carcajadas la joven Szent-Györgyi—. ¿No será que te gusta?

La regordeta muchacha se enrojció:

—¡Oh, qué va, qué va! Yo solo... lo he dicho para... —Pero Magda no la escuchó, y volvió a la carga.

—¿Sabéis una cosa? Yo estoy segura de que la verdad es muy distinta. Papá no invitó a Péter deliberadamente. ¡Apostaría lo que fuese! No lo invitó porque se ha enterado de que hay algo entre nosotros. ¡Por eso! Tal vez sea un pecado, aunque no lo creo: son tantas las que se han casado con un primo... —Y se enfrascó en calcular a todas las conocidas, sobre todo las de la sociedad vienesa que ella frecuentaba—: Por ejemplo, Mitz y Trudel, Titi y Momo; y las de Budapest, Marcsa, Ili y Marietta, aunque esta lo hizo con un primo segundo. ¡Cómo va a suponer eso un problema! ¡Es absurdo! Péter no es un familiar consanguíneo, es solo un *Angheiratet*, ¿no? Un matrimonio así tiene sus ventajas porque las partes se conocen bien. —Y metió de nuevo la pata a pesar de que la mirada de Klára reflejaba cada vez más dolor, mientras ella detallaba los amores entre parientes. Magda no prestaba atención a nada; hablaba atropelladamente hasta que al final soltó—: Tú también, Klára, estuviste a punto de... —de repente se dio cuenta del error y se calló. Para disimular su incomodidad reprendió a la pequeña Lili—: ¡Pero di algo tú también, no seas tan boba!

—Yo... yo no sé... —titubeó la muchacha, que volvió a sonrojarse. Sus pensamientos eran la causa del rubor. Pensaba en que Abády había hablado con ella durante las paradas de la batida y lo había hecho como si fuese adulta; pensaba en que tenía los ojos gris ceniza, un poco achinados, y la mirada amable y alentadora; pensaba en que su bigote era más claro que su pelo, sí, mucho más claro... Y

finalmente, pensó en que por la tarde, cuando fueron a ver la yeguada, volvió a dirigirse a ella para decirle: «Veo que le gustan los caballos y los entiende, se nota en cómo los acaricia...».

Sí, lo dijo exactamente así: «Se nota en cómo los acaricia...». Abády le había contado que tenía una yeguada en Transilvania. La había hecho sentirse bien porque se había dirigido a ella sin necesidad aparente, allí, en el *paddock*, por el mero gusto de hacerlo. Su nuevo conocido era un hombre maduro y ella casi una niña...

Y dado que estaba pensando en él, la conversación versaba sobre relaciones familiares y Magda la había regañado por no intervenir, creyó que podía preguntar:

—En realidad, ¿qué clase de parentesco tenéis con Bálint Abády?

—*Cousin issu de germains*, es nuestro primo segundo —contestó Magda.

—Entonces, ¿lo es también mío?

—¡Qué va! No, porque no lo es por el lado de los Szent-Györgyi, sino por el de los Gyerőffy. La madre de mi madre es Kata Abády, hermana del abuelo de Bálint, Péter Abády. Ella se casó con mi abuelo materno, László Gyerőffy...

Una voz furiosa interrumpió la charla. Era Klára, sentada entre almohadones:

—Por favor, marchaos... Me da dolor de cabeza tanta cháchara... —Y cuando Magda quiso darle un beso de despedida, apartó la cara y la escondió entre las almohadas repitiendo de manera apremiante—: Marchaos, marchaos ya... Marchaos...

Después de desear buenas noches a todos en el salón, Slawata y Bálint se marcharon juntos hacia sus habitaciones.

—¿Puedo robarte unos minutos? —preguntó el diplomático cuando llegaron a la puerta de Abády.

Una vez dentro, Slawata recorrió la habitación sin decir nada. Había mucho espacio porque tenía dos ventanas, resultado de haber unido dos celdas. Se quitó sus gruesas gafas y las limpió cuidadosamente. Dio la sensación de que estaba pensando nuevamente si sacar el tema o no. Abády se sentó y esperó.

Por fin, Slawata comenzó con un par de cumplidos.

—*Wir*, nosotros —dijo entendiéndose con ello el Palacio Belvedere, no el Ballplatz—, observamos continuamente tus actividades. Nos parecen estupendas y por ello no las perdemos de vista. Nos contenta también que no te hayas involucrado en ningún asunto de política actual —continuó, soltando un par de cumplidos más sobre la capacidad de Abády, y siguió con su prédica, subrayando cada palabra—: Lo que te voy a decir ahora, lo que te voy a preguntar, te lo pregunta y te lo dice Jan Slawata. No lo hago por encargo, sino porque así lo he decidido yo animado por tu buen juicio y tu discreción. Tu respuesta solo tiene un receptor, nadie más. *Also ganz unter uns!* ¡Todo queda entre nosotros!

Dejó de dar vueltas, se acomodó las gafas en la nariz y dijo:

—¿Qué pensarías si a día de hoy la Monarquía se viese obligada a entrar en guerra contra alguno de sus vecinos? ¿Cuál crees que sería la posición de los húngaros?

Aquella era una pregunta sorprendente. Por entonces nadie creía en la posibilidad de una guerra europea. La carrera armamentística, que ya había comenzado, era considerada por los distintos bandos una medida de defensa nacional. La lluvia de cumplidos de su antiguo compañero en la diplomacia había despertado las sospechas de Bálint, por eso lo tanteó disimuladamente antes de contestar.

—¿Entrar en guerra? Pero si tú mismo has dicho abajo que la cuestión macedonia está arreglada gracias a Izvolski.

—Es cierto. Y Rusia está fuera de combate: ha utilizado todo el potencial que tenía en Asia Oriental para tratar de sofocar los movimientos revolucionarios sin haberlo conseguido. Justamente por ello he planteado la pregunta.

—¿Qué pregunta? ¡La paz es absoluta! Si durante mucho tiempo no contaremos con Rusia como enemiga, es posible que los serbios no se animen. Rumania e Italia son aliados nuestros. Entonces, ¿por parte de qué vecino deberíamos temer un ataque?

Slawata comprendió que Abády no le contestaría hasta que no viese con más claridad sus intenciones. Pareció vacilar un breve momento, luego cogió una silla, se sentó a su lado y siguió hablando:

—La situación es la siguiente: el padre Czibulka ha dado en el clavo sobre las consecuencias de un pacto anglo-ruso. En caso de que eso ocurriese, perderíamos Italia sin duda e incluso, a mi juicio, Rumania, que se inclina más hacia San Petersburgo. Hay que pensar que de aquí a un par de años, cuando el Imperio ruso haya vuelto a armarse gracias al dinero francés, la Monarquía tendrá que enfrentarse a la coalición de Rusia, Serbia y Montenegro, además de Italia y tal vez de Rumania, puesto que todos quieren una parte de nuestro territorio. En los Balcanes es fácil provocar una guerra en cualquier momento. Lo que significa que habría ciento ochenta y dos millones de personas contra los cuarenta y siete de la Monarquía. Si Alemania corre a defendernos, será atacada por Francia e Inglaterra porque para los franceses sería una oportunidad de venganza sin igual y para los ingleses una ocasión excelente para aniquilar la flota y el comercio alemán, lo que pondría en grave riesgo al *Reich*, sobre todo teniendo en cuenta el tremendo poder y la renombrada resistencia de la nación inglesa. En opinión de Conrad, el jefe del Estado Mayor, solo hay una alternativa antes de que sea tarde: vencer a nuestros enemigos uno por uno. Primero a Italia, que de momento está fuera de combate, sin defensas y con una artillería obsoleta. La nuestra también lo está —continuó Slawata con una sonrisa maliciosa— gracias a la resistencia de los húngaros a seguir financiando el ejército común, pero la de los italianos está aún más anticuada. Seguramente, lo tendríamos muy fácil. Por eso te pregunto cuál sería en ese caso la posición húngara.

—Por una parte, Hungría, sin duda, cumplirá con sus obligaciones respecto a la

defensa común. En contra de las apariencias, la fidelidad a la Corona es muy fuerte. Por otra, es cierto que Italia disfruta de gran simpatía en nuestro país y la nación solo entendería una guerra que fuese defensiva...

—¡Interesante! —lo interrumpió Jan y, después de reflexionar un rato, añadió—: Tienes razón. Entonces el *casus belli* habría que provocarlo en Fiume. ¡Claro! Los países de la Santa Corona —exclamó gesticulando burlonamente—. *Die Länder der Heiligen Krone!* Hay que actuar allí para que se tome como un asunto húngaro y el conflicto resultante se pueda considerar guerra defensiva. *Sehr gut! Sehr gut!* ¡Muy bien! ¡Muy bien!

La mirada de Abády se ensombreció. Le dolía mucho esa dura crítica hacia su nación en boca de un extranjero. Su reacción fue casi un reproche:

—Esos conceptos son sagrados para mí. Por eso te pido, por favor, que prescindas de ese tono burlón si quieres que sigamos hablando con normalidad.

—Perdón, perdón —contestó el otro rápidamente—, no me has entendido. No tengo la menor intención de burlarme, solo lo he dicho para demostrar que conozco bien los principios del derecho público húngaro.

Durante unos segundos se callaron. Fue Bálint quien rompió el silencio:

—¿Una guerra preventiva? ¡Es un concepto horrible! Bismarck dijo una vez: «Nunca recomendaría provocar una guerra porque el enemigo, más tarde, estaría más preparado». Y él no era precisamente una persona de sentimientos.

Slawata se encogió de hombros:

—Si supieras que los furtivos te intentan cazar en el bosque para matarte, ¿no dispararías contra ellos antes de que cerrasen el cerco y no tuvieses salvación? Es el mismo caso. —Se quedó pensativo un par de segundos y continuó—: Una guerra a pequeña escala resolvería además la crisis húngara. Podríamos prepararnos para tiempos de pruebas mayores, para el inevitable ataque de Rusia. Tras la declaración de guerra, el Parlamento húngaro no dudaría en votar a favor de satisfacer todas las necesidades militares.

Bálint no contestó. Los argumentos de Slawata lo habían llenado de horror, aunque tenía que asumir que eran lógicos. Afloró una vez más su extraña capacidad —desde su punto de vista, casi maldita— de comprender los criterios opuestos, de ver la razón en aquello que todo su ser rechazaba. Esa capacidad suya lo había mortificado durante las obstrucciones parlamentarias y el gobierno de Fejérváry. Ahora sentía casi un dolor físico.

—¿Y para cuándo está planeado? —preguntó entrecortadamente.

—Pues... todavía no hay nada concreto. El *Hoheit* —Su Alteza, así llamaba al heredero de la Corona— y Conrad son de la misma opinión. Aehrenthal está en contra. Y el viejo —dijo refiriéndose a Francisco José—, como imaginarás, solo desea la paz. Sin embargo, vamos a caldear el ambiente. Mañana, el alcalde Lüger pronunciará un discurso provocador sobre Italia en la fiesta Radetzky de Viena.

Intercambiaron un par de palabras más y Slawata se marchó.

—*Na! Vedremo! Und ich danke dir für den wertvollen Tip!* ¡Ya veremos! ¡Y gracias por el valioso consejo! —dijo en la puerta y desapareció.

«¡Gracias por el valioso consejo!». Bálint se puso tremendamente furioso. ¡El muy bastardo incluso fingía que había sido él quien se lo había aconsejado! Sintió tanta rabia que estuvo a punto de salir corriendo detrás de Slawata. Finalmente, no lo hizo. ¿De qué serviría? Slawata solo había tratado de ser cortés. Entre su afirmación de que la opinión pública húngara solo aceptaría una guerra defensiva y el hecho de que Slawata la hubiese tomado como información y consejo, la diferencia era tan ligera que ni siquiera podía explicarla.

Estaba, pues, en medio de la habitación, furioso y preocupado. Las impresiones de esa noche formaron un cuadro. En el gran salón las palabras apagadas de las frases, unas significativas, otras no, habían captado toda su atención. Después le había indignado el frío cinismo de Slawata. Ahora que por fin se había quedado solo, no daba crédito a las terribles circunstancias de un futuro no muy lejano. ¡Guerra! Guerra, pero no en las lejanas colonias, sino en Europa. Lucha a vida o muerte por la supervivencia. Guerra que, una vez perdida, rompería la Monarquía Dual. Guerra cuyo precio pagaría su patria y más Transilvania, que se alzaba como una ciudadela en el camino de los rusos hacia Constantinopla.

La idea era tan inquietante que no podía respirar.

Abrió la ventana y el aire helado lo golpeó. Le sentó bien, lo tranquilizó. Apoyó los codos en la cornisa. Bajo el cielo cubierto, sin luna, se extendía el paisaje invisible. Oscuridad, oscuridad absoluta. Solo las estrellas, los millones de estrellas, tintineaban en la bóveda celeste. Estrellas inmutables que desde hacía millones de años contemplaban la miseria humana con indiferencia. Enormes grafías. Nadie había podido leer sus misteriosas letras doradas, aunque los viejos magos decían que el destino estaba escrito en ellas, el destino del hombre, de los pueblos y continentes.

Y burlándose de las dimensiones terribles del universo, abajo, en el valle del Vág, apareció una lucecita diminuta. Avanzaba lentamente hacia el norte como si le costase subir. A veces, a tan solo un dedo de distancia, se distinguía un puntito rojo. Era el tren expreso de Berlín. El sonido llegaba a través de la noche muda. Al verlo, a Bálint se le encogió el corazón. «Por aquí pasarían los trenes militares hacia el norte si estallase la guerra con Rusia. Por aquí transportarían a miles y miles de jóvenes al campo de batalla, a la muerte... contra un enemigo de mayor poderío y tal vez en vano, absolutamente en vano...».

Wárday se alojaba a la izquierda de la capilla, en la tercera habitación. Se había preparado con mucho esmero para cuando llegara el dichoso momento de entrar sigilosamente en el dormitorio de la bella Fanny. Tras la larga preparación, se encontró con el pelo suficientemente brillante, la cara, el cuello y los hombros lo bastante perfumados y la bata de seda perfecta. Entonces aguzó los oídos. Apagó la

luz y dejó la puerta entreabierta. Estaba a punto de salir al pasillo cuando, inesperadamente, su vecino Slawata cruzó por delante de su puerta. Tuvo que esperar. De nuevo se hizo el silencio. ¡Ahora!

Sin embargo, cuando asomó cautelosamente la cabeza, se abrió de repente la puerta de la segunda habitación y salió Pfaffulus. Afortunadamente no fue en su dirección, sino que se encaminó hacia la capilla con el breviario bajo el brazo. Solo llevaba la sotana negra, ni el cingulo rojo ni el collar. Desapareció en la penumbra. El portal de la iglesia se cerró de un golpe.

Wárday esperó unos minutos más, por si volvía el canónigo. ¡Se había ido con el breviario seguramente a rezar! ¡Ahora! ¡Ahora! Por fin salió. Deslizó los pies por encima de la alfombra del pasillo, como si patinase, para impedir el golpeteo de las zapatillas en su camino hasta la entrada del baño, al lado de la escalera de servicio. Estaba abierta. Lo recibió la oscuridad más absoluta.

Se acordó entonces de lo que le había enseñado la señora Berédy cuando, siete años atrás, habían sido amantes. «Es más sabio encender la luz un momento y orientarse que tropezar con algo y hacer ruido». El recuerdo le hizo sonreír y su mano buscó el interruptor. La luz alumbró el baño y vio la puerta del dormitorio, donde lo esperaba la belleza; solo tenía que extender el brazo. Su corazón saltaba de emoción. Apagó la luz y puso la mano en la manilla.

La puerta no cedió, estaba cerrada.

Llamó. No hubo respuesta. Llamó otra vez, con más fuerza, y esperó. Desde dentro oyó una especie de voz jadeante. ¿Qué estaba pasando? ¿Qué? ¿Le estaba tomando el pelo? Dio dos golpes furiosos y casi enfadado dijo:

—¿Por qué has cerrado? ¡Soy yo!

Por fin Fanny contestó:

—Tengo dolor de cabeza... Vete, por favor, vete... No puedo.

Wárday era bonachón. Le entristeció oír su voz apagada, como si le costase hablar.

—¡Oh, pobre Fanny! ¡Qué mala suerte! ¿Pero en Pest?

—Sí, sí, pero ahora vete... Vete... —Cuando llegó a la puerta, oyó que el jadeo volvió a empezar.

«Debe de estar sufriendo mucho, la pobre», pensó Imre al volver por el pasillo.

Y acertó, pero no en lo que él creía. La señora Berédy estaba boca abajo en la cama, con el pelo suelto entre las revueltas almohadas, llorando desconsoladamente. Tenía el camisón roto y su bello cuerpo se sacudía sollozante. Con la espalda arqueada, bajaba la cabeza como si quisiera esconderla en la almohada y ahogarse entre las plumas.

El silencio envolvió el castillo de Jablánka. Por fin se habían dormido todos. Solo dos mujeres y dos hombres seguían despiertos: en su antigua habitación de soltera, Klára miraba fijamente la pantalla de la lámpara recostada en sus almohadas de encaje; en otra, Fanny, sofocada y despeinada, estaba hecha un mar de lágrimas.

En la capilla, el bajito Pfaffulus rezaba arrodillado delante de la luminaria. Rezaba por el hijo pródigo, por aquel por el que una lloraba y la otra miraba la lámpara.

Y Bálint, que permanecía asomado a la ventana como si desafiase al destino.

El tren expreso de Berlín llegó a la altura del río Vág y salió del desfiladero. La locomotora soltó un largo pitido que, desde la profunda oscuridad, resonó bajo las bóvedas del viejo claustro.

## **TERCERA PARTE**

# 1

Bálint volvió a Budapest, donde encontró los círculos parlamentarios en plena efervescencia. El Partido de la Independencia estaba muy agitado. Kossuth tuvo que aplicar todo su buen hacer para que aceptasen el nuevo convenio comercial con Austria. Se temía que aquellos que habían abandonado el partido por haber aceptado el aumento de la cuota para el ejército común, dificultasen el trabajo del Parlamento con obstrucciones. Por eso el gobierno presentó una propuesta de un solo párrafo que rezaba que el convenio entraría en vigor desde el 1 de enero con una duración de diez años pese a que faltaba «discutir los detalles».

En el pasado el gobierno nunca se había atrevido a recurrir al decreto ley. Aún más asombroso fue que lo hiciese la coalición, que con tanta severidad y escrúpulo había actuado en defensa de la legalidad y la libertad de expresión mientras estuvo en la oposición. Puesto que el gobierno había firmado un pacto con Austria para conseguir ese convenio, no tuvo otra opción.

Los independientes atacaron con razón, principalmente al Partido de la Independencia que, según decían, había renegado de todo su pasado. En vano se había alzado Apponyi para defender el partido con su brillante elocuencia habitual. La discusión se había vuelto cada vez más cruel y más personal. A tal grado llegó el recrudecimiento que el mismo primer ministro desafió a Géza Polonyi a duelo. Ambos eran mayores y poco ágiles y, aun así, los padrinos se decantaron por la espada.

No pasó nada grave. El duelo terminó sin derramamiento de sangre porque los dos cayeron rendidos y el médico diagnosticó extenuación extrema. Todo salió bien, pero en Budapest se hicieron muchos chistes del asunto, lo cual mermó la autoridad del gobierno.

Este era el tipo de acontecimientos que captaba la atención del público. El discurso antiitaliano de Lüger que Slawata había predicho no interesó a nadie. Las batallas del Parlamento eran más excitantes. Por eso, afortunadamente, a nadie le llamó la atención la sabia disposición de Andrassy que exigía a los funcionarios públicos el conocimiento de la lengua del pueblo al que servían. Probablemente los nacionalistas extremos habrían encontrado de qué quejarse si la tormenta provocada por la discusión sobre la cuota no hubiese silenciado todo lo demás.

Entretanto, la situación croata iba de mal en peor. La asamblea general del nacionalista Partido de Starčević había anunciado su firme determinación de separarse de la Corona húngara. En Zagreb, la inauguración de la primera sesión parlamentaria tuvo que ser aplazada de inmediato dado el ambiente revolucionario. Las manifestaciones nacionalistas se repetían día tras día.

Bálint era más sensible a las noticias de Croacia desde la conversación en Jablánka.

Volvió a casa por las fiestas navideñas con el alma deprimida. Le pesaban los acontecimientos de la otra orilla del Drava, el peligro de ver cercados los poderes centroeuropeos, el plan de guerra preventiva contra Italia... Y vio el contraste con la inconsciencia del mundo político húngaro, con la imprudencia que les llevaba a ocuparse solo del rival, a tramar intrigas... como si no hubiese nada más importante que las triviales cuestiones de la política diaria.

Al llegar a Kolozsvár pensó que debería llevarle a su madre una pequeña sorpresa. Tal vez eso calmase la tensión que últimamente se palpaba entre ellos. No fue misión fácil. Su madre solo aceptaba regalos para Dénestornya, no para ella. Un cenicero de plata, un reloj de mesa antiguo o una porcelana que fuese bien con la decoración o que diese la sensación de que estaba allí desde siempre. Esa clase de regalos la alegraban porque para ella el castillo era como una persona viva, y enriquecerla y adornarla era su eterna tarea.

Como no había pensado en ello en Budapest, en Kolozsvár fue a un anticuario, donde esperaba encontrar algo bonito.

Era la vieja señora Brucker, que no contaba con un establecimiento abierto al público. Atendía en su casa, en el apartamento que tenía en la calle Belmagyar. Era una mujer baja, gruesa; alguien de fiar. Nunca engañaba con falsificaciones pese a que no tenía la más mínima idea ni de épocas ni de estilos; si algo le parecía muy vetusto, solía decir: «*Das ist gotisch!* ¡Es gótico!».

La señora Brucker conocía a todo el mundo. Con mucho gusto le enseñó a Abády su habitación atestada. Allí había ido acumulando toda clase de objetos: cajoneras, armarios, mesas, relojes y estatuas, amén de cuadros, pantallas de lámpara, trajes con bordados de Kalotaszeg y sotanas, todo colgado de las paredes de cualquier manera.

—Tengo una taza preciosa —dijo la vieja—, una nueva adquisición que todavía no he enseñado a nadie. —Y dirigió a su cliente a una estantería donde, entre objetos de quinto rango, se escondían tres tazas de estilo *Alt-Wien*, vienes antiguo. La de en medio llamó la atención de Bálint especialmente. Lucía el retrato pintado del bisabuelo de su madre, el gobernador Abády. A finales del siglo XVIII había estado de moda regalar tazas con retratos, a modo de recuerdo, generalmente a parientes, como se hacía en ese momento con fotos firmadas. En Dénestornya tenían dos. Acababa de descubrir una tercera.

—¿Dónde la ha conseguido? —preguntó Bálint asombrado. Pero la señora Brucker solo esbozó una sonrisa misteriosa:

—De muy buena casa. Naturalmente, no puedo delatar a mis proveedores, pero viene de buena casa.

Pidió sesenta coronas y Bálint se la compró sin regatear. La anticuaria lo

acompañó a la puerta y le dijo:

—Venga a verme dentro de unos días. Creo que tendré más cositas de allí. *Alles prima...* Todo de primera... *Alles hochprima...* Realmente de primera.

Resistió las preguntas de Bálint y no le dijo de quién la había adquirido.

La Nochebuena en casa de los Abády, la pasaran donde la pasasen —en Kolozsvár o en Dénestornya—, nunca era una fiesta íntima, sino solemne. En sus años de estudiante, Bálint solía quedarse en Viena, en el internado, y la señora Róza la había celebrado sola, de modo que, quizá debido a la falta de costumbre, resultaba muy impersonal. Ese día, como siempre, pusieron en la mesa del comedor un abeto mediano que, por supuesto, habían comprado en el mercado, porque traer uno de Dénestornya o de los neveros hubiese sido un sacrilegio. En el aparador se amontonaban las bufandas y los abrigos cortos de lana que la señora Abády y sus dos amas de llaves habían tejido a lo largo del año para repartir entre los niños del pueblo el primer día de Navidad. El administrador de la finca bajaría desde Kolozsvár de madrugada y los distribuirían después de la misa. Alrededor del árbol adornado con velas había un sinfín de regalos para la servidumbre. Para la señora Tóthy y Baczó, tela; para los criados y su familia, regalos útiles, todos debidamente marcados con una tarjeta.

Ese día, siguiendo la costumbre, los sirvientes con sus familias fueron entrando uno por uno para recibir sus regalos. Terminada la recepción, todos besaban la mano a la condesa Róza y salían del salón para dejar entrar a la siguiente familia. La señora Abády los atendió sentada en el centro en una butaca, desde allí les extendió la mano para que se la besasen como si fuera una pequeña reina, una reina canosa y regordeta que recibía las reverencias de su pueblo. Los regalos para Bálint fueron dos corbatas y la décima cigarrera, pues su madre no era demasiado imaginativa y año tras año le regalaba lo mismo.

Cuando acabó dicho proceso, Bálint sacó la taza con el retrato del gobernador. Había acertado. La señora Róza se alegró muchísimo. Cuando volvieron a la sala de estar para tomar té y frutas en almíbar, según era habitual, se la llevó consigo, la acarició y la mantuvo todo el tiempo entre sus diminutas y redondas manos.

Su hijo le contó la cacería en Jablánka, el interés de la tía Élize por todos y cómo estaban los anfitriones. Estuvieron charlando hasta muy entrada la noche. Bálint se percató de que ahora su madre lo escuchaba sin buscar segundas intenciones. Las nubes de tormenta se habían disipado. La señora Abády se mostró amable y sonriente toda la noche.

Bálint pensaba en su madre cuando se fue a dormir. Quizá la vieja dama creyese que había comenzado un nuevo flirteo en casa de los Szent-Györgyi. Cuando le habló de

la pequeña Lili Illésváry incluso sonrió. Su voz había perdido su timbre receloso y de rabia reprimida. ¡Claro, hacía más de dos meses que no veía a Adrienne! ¡Por eso estaba tan amable! Pensaba que su amor había terminado. Por eso estaba contenta, por eso... La larga separación solo hizo más palpable la atracción que Bálint sentía por cada poro de esa mujer. Desde el renacimiento de su amor apenas había pasado una semana, quizá diez días o, a lo máximo, veinte sin verse, aunque hubiera tenido que ser a escondidas y con riesgo para sus vidas. Desde su visita a Almáskő no había podido volver al bosque de Bánffyhunyard. Hubiese llamado la atención de haberse alojado en el refugio en lo más duro del invierno y, además, se hubiese visto obligado a hacer otra visita al castillo Uzdy. Adrienne le había enviado una carta para que no fuese, para que no fuese nunca más. No le dio razones ni le contó a Bálint que su marido había ido a matarlo con una carabina. Así que no podían verse.

«Esto no es vida —pensaba Bálint cada vez más a menudo—. ¡No es vida!». Pasó esa Nochebuena sufriendo con más desesperación que nunca. Con el paso de los días y las semanas, su resolución era cada vez más firme: había que acabar con tan inaguantable situación, costara lo que costase. Reflexionó sobre los obstáculos, el rechazo de su madre y el impredecible comportamiento de Pál Uzdy.

Decidió que cuando Addy fuese a Kolozsvár hablaría con ella seriamente sobre el divorcio.

El tiempo pasó y no trajo ningún cambio. A mediados de enero Adrienne le envió una carta en la que le decía que no podría viajar durante un tiempo. Su hija tenía el sarampión y, a pesar de que su suegra prácticamente no la dejaba verla, no podía abandonar la casa en tales circunstancias.

Bálint había enviado durante las fiestas un mensaje a Gyerőffy para invitarlo en nombre de su madre y en el suyo mismo a pasar la Nochevieja juntos. Le dijo además que tenía una carta para él de la señora Szent-Györgyi. László no contestó. Más tarde tampoco dio señales de vida. Por eso Bálint decidió hacer una excursión a Szamoskozárd con un trineo de alquiler, para que su primo no pudiese reconocer el coche y rehuir el encuentro. No estaba nada lejos, eran unos ocho kilómetros.

Tres caballos robustos tiraban del trineo cerrado que se deslizaba alegremente sobre sus patines puesto que los caminos estaban cubiertos de nieve. Los cocheros de Hóstát, un barrio de Kolozsvár, eran famosos por sus trineos. Acompañados de un alegre cascabeleo, no tardaron ni tres horas en llegar. Eran sobre las doce del mediodía. Subieron a la colina donde se hallaba el castillo.

—El señor conde no está —dijo Márton Balog, el viejo criado—. Ha bajado al pueblo y debe de estar en la tienda de abastos. No sé más...

—¿Cuándo volverá? —preguntó Abády, pero el criado solo se encogió de hombros pensando que seguramente László se había ido a tomar aguardiente... Bálint decidió ir a recogerlo y sacarlo de allí. Con su abrigo forrado de piel bajó la cuesta

cubierta por una gruesa capa de nieve. En el camino se encontró con un joven granjero que llevaba algún documento oficial en la mano. Era el ayudante del juez local. Le preguntó dónde estaba la tienda. El joven le contestó que era la tercera finca después de doblar la esquina.

Encontró a László allí.

Estaba de espaldas. Al otro lado del mostrador, delante de la puerta de cristal que daba a la casa, estaba Bischitz, el tendero. El cuarto estaba abarrotado con los miles y miles de artículos propios de una tienda de pueblo. Sujetas al marco de la puerta había riendas, correas arracimadas, guadañas, azadas y palas atadas con un cordón; en las estanterías, tabaco, vinagre, azúcar, sémola de arroz, botellas de alcohol, vasos, cubos de sal montados en pirámide y un barril de arenques. La tienda estaba impregnada de un olor extraño, desagradable, en el que dominaban el vinagre y el tabaco mezclado con aguardiente de anís.

Cuando Bálint entró, la campanilla de la puerta sonó con fuerza. Vio que el tendero quitó alguna porcelana de delante de László y la escondió. Solo quedaron en el mostrador una botella de aguardiente y un par de vasos sucios.

—¿Qué haces tú por aquí? —exclamó Gyerőffy al reconocer al recién llegado. Su voz no delataba alegría, sino molestia.

—He venido a verte ya que no te has dignado aparecer por la ciudad —«Si Mahoma no va a la montaña...», pensó con sorna Bálint—. Ya ves, te he pillado.

—Ese viejo burro podría haberme llamado... —masculló László y, a renglón seguido, ofreció aguardiente a su primo.

Bálint lo rechazó con impaciencia:

—Vamos, aquí ya no hay mucho más que hacer.

Gyerőffy le lanzó una profunda mirada:

—No llevo nada. Lo que falta lo arreglaremos esta tarde, ¿de acuerdo, Bischitz? Pero antes voy a tomarme una copita más, ya que tú eres tan señor de habérmela rechazado —y como un niño rebelde hizo un gesto hacia la estantería. El tendero le puso una copa más y László se la bebió de un trago—. ¡Una más! —ordenó, y se la tomó enseguida—. Bueno, ahora podemos marcharnos.

No pudieron salir porque entró el ayudante del juez local. Venía a buscar a Gyerőffy.

—Ha llegado del tribunal provincial —anunció, y le entregó una carta oficial. Después le extendió el libro de registro—: Firme aquí, por favor.

—Ponga ahí mi nombre, Bischitz —dijo László, tiró la carta sobre el mostrador y se sirvió una copa más. Abády, sin querer, miró el documento, que había caído delante de él.

Lo cogió y lo miró. Era un auto de subasta a nombre de Leó E. Kardos, habitante de Budapest.

—¡Es un asunto muy serio! —exclamó Bálint—. Una subasta el 15 de abril.

—He recibido docenas de ellas —replicó Gyerőffy y le dijo al tendero—:

¡Mándesela a Ázbej! Ya sabe...

Bálint movió la cabeza, le parecía una imprudencia tremenda.

—Quizá sea mejor que se la dé yo mismo —se ofreció—. Mañana o pasado iré a Dénestornya.

—¿Para qué? ¡Ya se la enviará usted! ¿Verdad, Bischitz? ¡No sería la primera vez! —se burló László, y por fin salieron hacia el castillo.

Caminaron en silencio. Bálint pensaba en cómo sacar a László de sus líos, de sus borracheras solitarias, la forma más peligrosa de alcoholismo. Solo en el antiguo salón de la mansarda, que era la única habitación que László ocupaba, sacó la carta íntima de la señora Szent-Györgyi. Antes de entregársela, le contó con cuánto cariño se habían acordado de él en Jablánka la tía Élize, Magda, Pfaffulus, todo el mundo. Naturalmente, no mencionó ni a Klára ni a Wárday.

Delante de la chimenea francesa habían colocado una estufa: el fuego lanzaba llamaradas por su panza y su cañón entraba por el tiro de la chimenea de mármol. László permaneció de pie a su lado con los ojos clavados en la ventana, en el cielo gris. No dijo nada durante la larga narración de Bálint.

Tampoco dijo nada cuando Bálint le entregó la carta de su tía. La sostuvo en la mano unos instantes, la sacudió un par de veces y luego, bruscamente, la agarró por las dos puntas y la rompió en pedazos. Para rematar, con la bota mojada de nieve, le dio una patada a la basura y lo metió todo en la estufa.

Fue tan asombroso que Abády se levantó de un salto. Pero László rompió a hablar:

—Yo he terminado con ese mundo. ¡No quiero saber nada de ellos! ¿Me has oído? ¡Nada! Para mí no existen. ¡No! Han muerto, ni siquiera han existido... nunca, nunca...

—¿Por qué rechazas a todos los que te quieren y desean ayudarte? —lo interrumpió Bálint.

—¡No hace falta que me ayuden! ¡Solo que me dejen en paz! Sobre todo esos... esos... de Hungría... —gritó Gyerőffy y comenzó a dar vueltas, excitado, por su desordenada habitación.

Los muebles estaban cubiertos de trajes y de ropa interior sucia, el canapé lleno de libros tirados de cualquier manera.

Su primo se compadeció de él y, acercándosele, le dijo:

—De acuerdo, nadie quiere forzarte... —Y desvió la conversación.

Caminaron arriba y abajo, dando la vuelta en el rincón donde había una vitrina de cristal fino. Sus estantes tapizados de terciopelo estaban casi vacíos, solo quedaban una cafetera de Meissen desportillada y un azucarero agrietado que ya no tenía valor en el mercado. Los nítidos círculos grabados en el terciopelo delataban que hasta hacía poco la vitrina había estado llena. «¡De allí procedía la taza del retrato!», pensó Bálint, que en ese preciso instante comprendió qué había escondido el tendero tan rápidamente cuando él entró en la tienda. Debido a su carácter, siempre proclive a la

ayuda, se plantó de inmediato delante de la vitrina y preguntó sin reflexionar:

—Has vendido la porcelana, ¿verdad?

László no contestó.

—Mira, si quieres librarte de los objetos familiares, es estúpido que se los malvendas al tendero del pueblo. Mi madre o yo los tasaríamos y te los compraríamos por un precio real. Preferimos eso a que sean malbaratados.

László gritó a todo pulmón:

—¡Dejadme en paz de una vez! ¡No necesito la tutela de nadie! Si quiero morir como un perro, como un perro moriré. Y venderé todo a quien me dé la gana y como me dé la gana. ¡Deja ya de meter las narices en todo!

Esta vez Abády se enfadó. Le dio la espalda y sin decir nada se marchó.

László lo siguió lentamente. Solo en ese momento se dio cuenta de que había ofendido al que era su único amigo desde la infancia. Quiso remediarlo. Bálint ya iba por las escaleras desprovistas de barandilla cuando desde arriba László le dijo:

—Dale recuerdos a la tía Róza de mi parte. Cuando tenga algo de dinero iré a Kolozsvár y os haré una visita. ¡Perdóname, me he vuelto un bruto! —y acto seguido se dio la vuelta y cerró la puerta de un golpe.

Pasaron las semanas. Casi a finales de marzo, Abády volvió a casa. En Budapest había asistido a las sesiones del Parlamento, que no eran otra cosa que una inútil y monótona sucesión de batallitas verbales sobre las nuevas reglas parlamentarias. La única decisión seria fue la propuesta de reforma agraria en Transilvania, la primera de las acciones aceptadas en el congreso de los *székely*. Aquel era un paso modesto, pero sin duda importante. La mayor parte del tiempo se les había ido con el juego de las obstrucciones o haciéndose eco de los asuntos que las delegaciones estaban negociando en Viena. El ministro de Defensa húngaro había preparado una propuesta de acuerdo con el gabinete para tratar los sueldos de los oficiales.

Tal vez hubo alguna relación entre las negociaciones y la aparición de Kristóffy, que alzó la bandera el primero de marzo para anunciar en una asamblea general la fundación del llamado Partido Radical. Desde su dimisión, Kristóffy había estado en contacto con el heredero de la Corona. Durante su gobierno había servido al viejo rey y ahora había pasado al servicio del Palacio Belvedere.

El Partido Radical solo existía sobre el papel. Era una mera divisa. A la sesión fundacional solo habían asistido algunos intelectuales de Budapest: profesores, sociólogos y estudiantes universitarios del Círculo Galilei, que había sido fundado hacía poco por un partido de nombre similar y cuyos miembros se consideraban «ciudadanos del mundo» y *européer*, es decir, personas cultas y de mundo. Como se trataba de una formación burguesa, los socialistas se distanciaron de ella. Por eso la opinión pública no tomó en serio aquella empresa y aún menos debido a que Kristóffy era un hombre estigmatizado por haber sido ministro en el «gobierno de guardias». Sin embargo, ese fue el germen de un proceso maligno que diez años más tarde desembocaría en la revolución. Solo pocos sabían que Kristóffy era confidente del Palacio Belvedere.

Esas largas semanas pasaron lentamente. Por el día Bálint frecuentaba las sesiones parlamentarias y, por la noche, a la alta sociedad. Asistía a bailes y comidas, pero su vida le parecía tremendamente vacía. Retomó de nuevo su obra filosófica *La belleza como acción*, que también tocaba el tema de la historia de la religión, comenzada en su primera época de amor con Adrienne y que había quedado inconclusa cuando rompieron. Volvió a dedicarse a la escritura, pero no avanzaba. Ya no le interesaba. No obstante, al repasar las amarillentas hojas, evocó en cada línea los recuerdos de aquellas tardes en que lo había estado leyendo para Adrienne en su apartamento de Kolozsvár, acostados los dos sobre la manta blanca de lana delante de la chimenea... Líneas de amor. Por aquel entonces todavía no había tenido a Addy y sus palabras estaban llenas de ardiente deseo.

Y ahora que hacía meses que no se veían, sintió que el deseo lo atormentaba con

más fuerza: el deseo de una solución definitiva.

Mientras habían podido verse a menudo, el deseo no había sido tan imperioso. Aunque habían tenido que actuar con mucha prudencia, planear los encuentros con antelación y pasar algunos días sin verse, sus encuentros habían sido tan frecuentes que habían tenido la sensación de compartir la misma vida, de convivir, como si solo hubiesen tenido que separarse por culpa del trabajo. Así habían pasado la primavera, el verano y gran parte del otoño. Él iba y venía movido por sus obligaciones políticas, sus asuntos de las cooperativas y su propia granja y, entretanto, si querían, podían verse una y otra vez. No le había faltado la presencia continua de la mujer. Pero aquello se había acabado hacía más de tres meses. Tres meses eternos. Ahora se daba cuenta de lo desesperante de su situación. ¡No podían verse! ¡Tenían que estar separados! Si le pasase cualquier cosa a Adrienne, una enfermedad o accidente, él no podría acudir, no podría ayudarla. Solo esperar noticias, noticias casuales, como un desconocido. ¡Era una idea terrible! Últimamente solo recibía cartas suyas de vez en cuando. De ese modo supo que habían surgido complicaciones durante el sarampión de la pequeña. La curación era lenta. Hasta que la niña no se recuperase del todo, Adrienne no podría dejarla... Tenían que esperar, esperar, esperar...

Maduró una decisión durante eternos días e infinitas semanas: forzaría a Adrienne a que se divorciara para casarse con ella.

Solo había dos obstáculos. De lejos los dos parecían ser más fácilmente salvables de lo que hasta ese momento había pensado. El obstáculo principal era Uzdy. Adrienne siempre sostenía que nunca la dejaría marchar. Aunque no lo había dicho nunca, en sus palabras latía el miedo a que su marido prefiriese matarla a ella y al hombre al que se atreviese a amar, pero ¿era una suposición con fundamento o solo eran fantasmas? Era cierto que Uzdy parecía una persona perturbada y desequilibrada, su padre había muerto demente y le gustaba hacer el tonto con su revólver, pero todo eso no denotaba necesariamente un instinto asesino. El mejor ejemplo había sido aquella noche en Almáskő en que Adrienne lo rechazó, ¡Uzdy acabó resignándose! Así se alentaba Bálint, que naturalmente no sabía que al día siguiente Uzdy había ido a buscarlos con una carabina, hecho que Adrienne silenciaba. Tenía que afrontar definitivamente la situación, plantarle cara, decirle la verdad...

El otro obstáculo lo representaba su madre. Sin duda, se opondría. Odiaba a Adrienne sin razón, pero con una fuerza admirable. Conociendo su carácter dominante, no le sería fácil hacerle frente. Le parecía aún más difícil que Uzdy, porque él durante toda su vida había tratado de agradarla... ¿Y sabría enfrentarse a ella? Le daba pena de antemano por el dolor que le causaría. Hasta ahora había pensado que el matrimonio con Adrienne enturbiaría la relación con su madre, pero se agarraba a la falsa creencia de que sería un enfado pasajero y de que le cogería cariño a Adrienne cuando la conociese mejor. Se forjó muchas ilusiones. Quizá el trato sería un poco frío entre ellas, pero cambiaría con el nacimiento del primer nieto:

aquello era lo que su madre realmente anhelaba y sobre lo que a menudo hacía comentarios. Un heredero, un *Stammhalter*, un primogénito. Y a Bálint no le faltaban argumentos. Los repetía tanto que sustituyó la realidad por esos deseos, por el anhelo de tener un hogar apacible y una mujer que fuese madre —que ya era madre— con quien compartirlo, una ocupación tranquila, el sosiego del campo e hijos por los que mereciese la pena trabajar...

Estuviera donde estuviese le asaltaban las mismas ilusiones: en su escaño del Parlamento, en medio de una discusión tempestuosa, escuchando un discurso interminable, en plena discusión política en el casino, durante un banquete o un baile de gala, cuando le soltaba una ristra de cumplidos a la mujer que por casualidad se encontrase a su lado... Se comportaba como un sonámbulo. La cabeza de chorlito de Magda Szent-Györgyi se lo echó en cara:

—¿Qué te pasa que andas tan distraído? Demasiada juerga, ¿no? Vino y mujeres —añadió alegremente, porque le gustaba presumir de saber mucho sobre la relación entre sexos—. ¡Además, has adelgazado! —se rio—. Dime, dime... si aquello es muy muy... —tartaleó sin poder acabar lo que de manera tan vaga iba a preguntar.

Por fin, a finales de marzo llegó la esperada noticia. La vieja condesa Clémence se iba a Meran con su nieta para someterse a un tratamiento. Al cabo de un par de días, Adrienne se mudaría a la villa Uzdy junto con Margit. Como todos los años, se celebraría una feria benéfica para el orfanato y ese año también ellas tendrían su propia caseta.

¡Por fin! ¡Por fin! ¡Por fin!

El bazar benéfico del Círculo Archiduquesa María Valeria siempre era un evento importante en Koložsvár. Participaban todas las damas de la ciudad. Las mayores eran las patrocinadoras; las jóvenes, las vendedoras. Generalmente se juntaban dos o tres en una misma caseta: una aristócrata y una o dos mujeres de clase media. Los días previos a la inauguración empezaba la competencia para decidir qué artículos podía vender cada cual y qué sitio exacto de la sala correspondería a cada caseta, ya que no solo era importante la ubicación sino que los vecinos de ambos lados y el de enfrente vendiesen artículos distintos. Todas pretendían ofrecer alguna mercancía especial que fuese la sensación de la feria. La mayor gloria era recaudar más dinero que las demás. Para ello, la decoración de la caseta era muy importante. Tenía que llamar la atención, disponer de un gran mostrador al que pudiese acudir mucha clientela, pero tenía que ser al mismo tiempo acogedora para poder retener al comprador y hacer que este se sentase, con la esperanza de poder exprimirlo lentamente. Para ese fin servían las muchachas que ayudaban en cada caseta.

El lugar donde se desarrollaban estos actos en Koložsvár se llamaba Redoute. Se

trataba de un edificio antiguo de finales del XVIII. Allí se habían celebrado las asambleas del Parlamento de Transilvania. Ahora la gran sala, de altura doble que el resto del edificio, servía para organizar bailes y ferias.

Uno de los dos espaciosos salones era el de los artistas, llamado así porque era donde se hallaba el lugar en el que se sentaban las *ladies patroness*, las damas patrocinadoras, y donde actuaba el grupo de teatro aficionado. Al otro lado estaba el salón de las damas mayores, en el que se podía tomar café y cenar. Entre ambos se extendía la sala mayor. A lo largo de sus dos paredes se alzaban las casetas, tan apretadas unas contra otras que apenas se podía pasar entre ellas. Todas eran distintas: una adornada con alfombras persas, otra con bordados, otra con telas de seda. En algunas casetas esas anchas cintas que las campesinas solían llevar en el pelo formaban densas cortinas. Las estanterías estaban colmadas de los artículos más diversos y todo, desde los tejidos bordados hasta las botellas de licor, ofrecía un espectáculo colorido. Era un suntuoso bazar oriental, pero no en el mercado, sino en el salón de baile. Y en el interior de cada tienda, muchachas jóvenes y guapas recibían al visitante.

Varios hombres paseaban por el espacio libre entre las dos filas de casetas.

Habían acudido no solo de la ciudad, sino también del campo porque las damas del Círculo Archiduquesa María Valeria eran lo bastante astutas como para hacer que el bazar coincidiera con la asamblea general de la Asociación Cultural Transilvana, a la que habían acudido los líderes más importantes de toda la región, como el viejo Bartókfáy, el doctor Zsigmond Boros y Kuthenváry, el distinguido diputado del condado de Csík, que parecía ir disfrazado de Petőfi, el poeta héroe de la revolución.

Era deber de todos ellos acudir y comprar. Habían ido no solo los jóvenes, sino señores mayores como Sándor Kendy, Szaniszló Gyerőffy, Miklós Absolon y el viejo Dániel Kendy, incluso de Budapest habían viajado Farkas Alvinczy e Isti<sup>[12]</sup> Kamuthy, que ahora eran diputados, cosa por la cual se sentían personajes relevantes. También estaba Jóska Kendy, aunque el evento nada tenía que ver con los caballos, que era lo único que parecía interesarle, pero era el gobernador y, como persona pública de primera, tenía que acudir. Solo faltaba el viejo Carraca.

—Yo no voy a Kolozsvár, hija mía —contestó a la pregunta de la pequeña Margit—. No podría ir con la pena que me oprime. Además, estoy muy atareado con la granja, hay que arar y sembrar y ya sabes que no puedo fiarme de ese animal de administrador que tengo.

Margit no intentó convencerlo. Sabía que se había hecho muy amigo de su nuevo vecino, el viejo Dezső Kozma. Era uno de los hermanos Kozma que antaño habían jugado con Róza Abády en Dénestornya. El mes anterior a San Miguel había comprado ochocientas hectáreas de tierra en el vecino Aranytó. Carraca iba a verlo casi todos los días siempre que los caminos no estuviesen demasiado enfangados. El viejo Kozma escuchaba las viejas historias de Ákos Milóth pacientemente; aún más, se sentía honrado de que Milóth, el terrateniente más antiguo de la región, frecuentase

la casa de un recién llegado como él.

Los benevolentes visitantes se dejaban desplumar. Compraban todo tipo de cachivaches inútiles a un precio tres veces más caro que en cualquier tienda de la ciudad. Los compraban porque en el precio iba incluido el flirteo con las damas que tanto alegraban el mercadillo. Y ellas, dicho sea de paso, no escatimaban su coquetería. Les excitaba comprobar cuánto pagarían de más los compradores por una maceta de una corona, una corbata de tres o un payaso de papel completamente inservible si les lanzaban una sonrisa, si los rozaban con sus fragantes hombros o si por casualidad un rizo suelto les acariciaba la cara. Vendían algo de sí mismas y esa sensación inconsciente encendía sus miradas y daba un timbre voluptuoso a sus risas.

La gente se amontonaba delante de algunas casetas. Eran compradores que luego seguían su paseo, aunque siempre había alguno que se quedaba revoloteando. Las encargadas de la cantina eran la hermana de Kamuthy, la bella señora Szentpáli, y las muchachas Laczók, que animaban a todo el mundo a tomarse un buen coñac francés o un dulce *Benediktiner*. Solo había una persona a quien no le faltaban ánimos: el viejo Dániel Kendy. Para poder servirse a gusto seguía una estrategia un tanto particular. Aunque no tenía un real, y menos aún para poder pagar una copa al triple de su valor, permanecía sentado delante de la caseta que hacía de taberna a fin de que los que se acercaban por allí lo invitasen. Disfrutó especialmente cuando László Gyerőffy se sentó a su lado y empezó a pedir copas dobles sin cesar.

Enfrente, la viuda de Bogdán Lázár vendía miel de cosecha propia envasada en bellos tarros. Estaba con Dodó Gyalakuthy, que había aportado sus pastelitos de miel para mejorar la oferta. También estaba un hombre que, según parecía, no tenía la menor intención de marcharse. Era un pelirrojo corpulento, fornido, de cara larga, huesuda y llena de pecas. El forastero se llamaba Udo von der Maultasch. Nadie sabía cómo había llegado de Pomerania. Quizá su presencia allí obedecía a ese olfato misterioso que tenían algunos barones alemanes para percibir desde distancias tremendas a una muchacha casadera de considerable fortuna.

Desde hacía algunas semanas estaba en Kolozsvár cortejando sin descanso a Dodó, pero en su galanteo se mostraba totalmente entregado, no como ocurría con los pretendientes húngaros. Él colaboraba en la feria, ayudaba en la venta, envolvía los productos y los anunciaba con entusiasmo a pesar de que la gente no entendía su acento alemán del norte. Tal vez así quisiera demostrar que era una persona útil.

La caseta de Adrienne Milóth estaba un poco más lejos, cerca del estrado en el que, como reinas en su trono, las damas mayores controlaban el bazar.

Su compañera era la joven esposa del ya maduro doctor Béla Körösi, el miembro más importante de la oposición y líder del Partido de la Independencia en el ayuntamiento. Aquella guapa morena tenía un aire de graciosa melancolía, como si sus ojos negros no dejasen de quejarse: «¡Oh, tanta política, tantos asuntos públicos!

Mi marido dedica todo su tiempo a discutir y enseñar. ¿Y a mí? ¡A mí no me hace caso!».

Habían montado una juguetería. Vendían muñecos de toda clase. Había desde muñecos italianos tan grandes como un bebé de seis meses hasta diminutos, hechos con una borla de lana. Los payasos y muñecos pequeños estaban colgados en racimo por encima del mostrador a ambos lados de la entrada, mientras los más grandes contemplaban desde el propio mostrador a los visitantes con sus ojos de vidrio.

La caseta apenas se veía entre la multitud de compradores porque la bella señora Körösi era muy popular y los jóvenes que pertenecían al círculo de los Milóth —los Alvinczy, Pityu Kendy, Kadacsay—, aunque deambulaban por el mercadillo, siempre volvían allí como atraídos por un imán. Sin embargo, el tío Ambrus no se movía de su puesto: había cogido una silla, la había colocado delante del mostrador de Adrienne y rondaba a «esa mujercita cabezota» a su ruidosa manera, mirándola por encima de las cabelleras de seda y las cofias de los muñecos. Había adoptado una pose para demostrar que disfrutaba de una situación privilegiada en la caseta de Adrienne: ejercía el papel del amo entrometiéndose en las compras y regañando a los jóvenes: «¡No seas tan cernícalo y saca los cuartos!» o «deja de hacer el tonto, amigo, y sigue mi ejemplo. ¡Yo por esa mujer sería capaz de dejarme desollar!».

Hablaba a voces para que la gente lo oyese, razón por la que había comprado el muñeco más caro al triple de su precio y lo mantenía en su regazo.

—¡Qué muñeco más bonito! —decía de vez en cuando con una carcajada estruendosa mirando a Adrienne lascivamente—. ¡Pero más bonito sería el que le haría yo!

En el comentario se incluía la elevada suma que había pagado por el monigote sin que Adrienne pudiese hacer nada por reprenderlo, pues estaba ocupada atendiendo a los compradores.

El negocio iba estupendamente, pero a la hora de atender a los clientes tenían una dificultad: necesitaban ayuda para descolgar los muñecos y envolverlos. Las dos muchachas —Liszka, la hermana menor de las Laczók, y Margit Milóth— habían acudido a la caseta a prestar esa ayuda. Liszka trajinaba afanosamente, pero no podía sola con la faena. ¡De Margit, simplemente, se había perdido el rastro! Solo volvía a aparecer después de que la llamasen a voz en grito diez o doce veces, para volver a desaparecer a los pocos minutos.

Estaba por allí cerca, escondida detrás del toldo trasero de la caseta. Sentada en la penumbra, en aquella franja estrecha de medio metro entre la lona y la pared, se hallaba en compañía de Ádám Alvinczy.

—¡No grites tanto, que estoy aquí! —decía con mirada inocente y se quedaba un minuto escaso.

Tenía una misión más seria que ayudar en esa estúpida tienda. ¡Tenía que consolar a Ádám! Aquello era lo más importante porque Ádám estaba más afligido que nunca por una de esas penas que se podían detallar largamente con hermosas palabras. Una

pena de amor por Adrienne, quien no se molestaba ni en mirarlo. ¡No le dirigía ni la palabra! Favorecía al tío Ambrus a ojos vista y no le había hecho ni caso cuando Ádám la había saludado. ¡Oh, qué horror!

Se trataba del asunto que Margit y Ádám Alvinczy siempre se llevaban entre manos. Un asunto de ambos, bonito. El larguirucho Ádám y la redondita Margit hablaron sobre ello sentados sobre una caja vacía. En un lugar tan estrecho se habían visto obligados a acercarse, a echar un brazo por detrás del cuerpo del otro. ¡No era un abrazo! ¡Ni mucho menos! Solo obedecían a la necesidad de caber en un sitio tan estrecho. Y, susurrando, también los labios de uno habían llegado a tocar la oreja del otro: no se trataba de un beso, sino mera casualidad, incluso cuando sus bocas se tocaron. Era esa clase de casualidad contra la que nada se podía hacer.

El objeto de la conversación era la desalmada Adrienne. Desde su última conversación en Mezővarjas habían mantenido una correspondencia centrada en Adrienne, pero con un tinte diferente. Ádám había mencionado a menudo «el alma comprensiva» de la pequeña Margit. Ahora estaban cuchicheando sobre lo mismo. Margit era compasiva. ¡Oh, sí, tan distinta de su hermana! Margit sabía compadecerse. Margit era capaz de compartir los sentimientos de Ádám. Era bondadosa y simpática. Era tan simpática que Adrienne y la señora Körösi la llamaban a voces en vano sin sospechar que estaba escondida detrás de la caseta. La pequeña Margit se presentaba cada vez menos para no dejar al joven solo con su gran pena. «Así tiene que ser», diría Margit si alguien le preguntase y ella estuviese dispuesta a contestar.

En el podio del patronato, entre las damas mayores, se hallaba Róza Abády. Su participación era todo un acontecimiento puesto que solo recibía en casa y no solía salir. Había sido elegida *lady patroness*, por eso había acudido al mercadillo. Ella habría preferido no haberlo hecho, pero era una obligación, y ya se había arrepentido porque la malévola tía Lizinka se había sentado a su lado y había comenzado a envenenarla con sus malas ideas. Cotilleando sobre Adrienne y la guapa señora Körösi cuya caseta continuaba rodeada por un enjambre de hombres que acudían como moscas a la miel. Sus palabras herían a la condesa Róza. Su hijo había llegado esa mañana, seguramente no había sido casualidad que hubiese podido dejar Budapest justo en el momento en que esa mujer se había mudado a Kolozsvár. Acudiría al bazar por ella. Y delante de sus ojos iría a saludarla y tendría que presenciar ese galanteo que la llevaba por la calle de la amargura. ¡Si esa mujer al menos amase a su hijo! ¡Pero no! ¡Coqueteaba con todos! ¡Sobre todo con Ambrus Kendy! Estaba claro que aquel hombre tosco le gustaba. «Seguramente se traía algo con él. ¡También con él!», pensó la señora Abády mientras se le encogía el corazón con un odio irrefrenable.

La anciana Lizinka seguía cuchicheando:

—Ahora puedes ver con tus propios ojos, mi querida Róza, cómo son las mujeres hoy en día. No se contentan con un toro, necesitan toda la manada. ¡Míralas, míralas! Mira a aquella, a la señora Uzdy, cómo se inclina hacia mi sobrino Ambrus, como si quisiera sentarse en su regazo a la vista de todos...

Era cierto que Adrienne estaba flirteando con el tío Ambrus ante todos. Lo hacía a propósito. Sabía que Bálint había llegado a Kolozsvár e iría a buscarla al bazar. Era importante no llamar la atención para que la gente no murmurara. Era importante sobre todo por Uzdy, que deambulaba por la sala y de vez en cuando le lanzaba una mirada controladora desde su altura de hombre larguirucho. ¡Ojalá tomase en serio el cotilleo con Ambrus para desviar su atención de Bálint!

La señora Róza estaba tensa, con sus ojos saltones clavados en la entrada. ¿Cuándo llegaría su hijo? No contestó a Lizinka. Esperaba que la señora Sarmasághy acabase con esa retahíla que tanto le estaba haciendo sufrir.

Pero la vieja no paraba:

—Lo que no entiendo es cómo seduce a tantos hombres. Ambrus siempre ha sido un mujeriego empedernido y desde hace más de un año es su perro faldero. Tal vez sea una bruja, mi querida, y tú y yo no tenemos ni idea...

Habían dado las siete y la multitud se había dispersado. Sin embargo, todavía había mucha gente, sobre todo los que querían cenar en el bufé frío de la Redoute junto con las damas vendedoras. Pero todavía faltaba mucho para la cena. Primero se celebraría un espectáculo de teatro de aficionados para el que se esperaba una nueva oleada de público.

Bálint llegó en ese momento, pero no se acercó a la caseta de Adrienne. En primer lugar se acercó al podio de las *ladies patroness*, que se aburrían con elegancia: ni la presencia del callado Sándor Kendy, ni la del comandante retirado Bogácsy, que con suma profesionalidad les estaba explicando cómo se desarrollaba un duelo, les resultaba divertida.

Bálint besó la mano de su madre y la de las otras damas, y aguantó que la tía Lizinka le devolviese un beso húmedo en la frente. Se sentó junto a la señora Gyalakuthy a escuchar el discurso de Bogácsy atentamente.

Tal vez el hecho de que un joven se hubiese sentado en el podio empujó a Farkas Alvinczy y al pequeño Kamuthy a acercarse. Los dos se tomaban muy en serio sus cargos de diputados. Para demostrar la seriedad de su título se habían separado de la «plebe», que no dejaba de flirtear y gastar bromas, y habían subido al podio donde quedaban a la vista de todo el mundo.

Farkas había cambiado enormemente desde que era legislador. Él, que antes había sido un buen muchacho, un excelente primer bailarín y un compañero de juerga un tanto imprudente, había llegado a creerse un factor decisivo en la gran política. En la capital no cumplía otro papel que ejercer su voto en el Parlamento o en la asamblea

del Partido de la Independencia. No sabía que era uno más entre cientos de anónimos y ahora quería presumir de su importancia ante la familia. Su hermoso rostro de perfil clásico, tan característico de los Alvinczy, nunca esbozaba una sonrisa y solo estaba dispuesto a hablar de política.

Budapest había tenido un efecto todavía más devastador en el pequeño Kamuthy. El título lo había ensoberbecido tanto que creía ser la atracción de la feria. Un sastre le había hecho creer que tenía pinta de inglés y eso había sido una revelación para Isti Kamuthy. Ahora le parecía una suerte su ceceo, así el sonido [th] inglés ya lo tenía aprendido pese a que no le sirviese de nada. Desde entonces vestía como un inglés o, mejor dicho, se disfrazaba de inglés. Llevaba una levita gris a cuadros enormes, corbata gris, sombrero de copa y polainas blancas, lucía monóculo en un ojo y se había dejado crecer las patillas en sus mofletes gordinflones de niño.

Los dos subieron y acto seguido comenzaron a hablar de política.

—¿Qué te parece la *zituación* en *Budapezt*? —preguntó ceceando a Abády y, sin esperar respuesta, continuó—: Yo creo que *ez* muy, pero que muy preocupante. Le dije a Gyula Just que no era el momento para la reforma de las reglas parlamentarias.

—¿Por qué no? —le interrumpió Alvinczy—. Kossuth tiene razón si exige orden, porque un gobierno nacionalista es distinto...

—La *conztitución ingleza* —dijo Kamuthy pronunciando «inglesa» con fuerte acento seudobritánico—, la *conztitución ingleza* no conoce las reglas parlamentarias *zino* el derecho *conzuetudinario*...

El viejo Boquituerto dejó escapar un gruñido, pues por respeto a las damas no podía hacer uno de sus comentarios habituales, luego se levantó ruidosamente y se marchó.

Las pobres *ladies patroness* tampoco los aguantaron mucho y, una por una, se marcharon del podio. Bálint también huyó. El espigado Farkas y el regordete Isti se quedaron en pie discutiendo a la vista de todos, pensando que su imagen impresionaba.

Al final un organizador les pidió que bajaran porque iba a comenzar el espectáculo.

La función acabó pronto porque el número principal, el concierto de violín de László Gyeróffy, había fallado. Se había emborrachado tanto con el viejo Dániel que fue necesario sacarlos a los dos de la sala para evitar un escándalo mayor. El público se marchó y la feria se dio por concluida. La sala ofrecía en ese momento una imagen totalmente distinta. En la inauguración había parecido un bazar oriental; en la clausura, un campamento gitano. Los compradores habían vaciado las casetas, incluso los adornos habían sido vendidos. La lona de algunos puestos se había caído y el armazón de madera se alzaba solitario. Las damas habían entregado la hucha con la recaudación al secretario del Círculo y se disponían a disfrutar de la cena.

Según el programa original, las señoras debían pasar a un comedor contiguo para tomar el bufé frío, pero habían preferido quedarse en la sala adonde los galanes les habían llevado las fuentes, los platos, las copas y el champán, sin olvidar incluso un par de manteles. Habían colocado encima del parqué y las estanterías todo lo que habían podido robar del comedor.

Dos o tres grupos se les habían unido, sentados a la turca en las alfombras que habían servido para adornar las casetas, en cajas vacías o en el mismo mostrador, y habían servido allí el pavo al horno, la galantina y el jamón cocido. Mujeres y hombres se mezclaron en el pícnic improvisado en medio de las casetas. Apenas pasaron un par de minutos cuando llegó Laji Pongrácz con la banda de cíngaros y brotó la música de su sonoro violín.

El grupo de Adrienne ocupaba el podio y las gradas. Aquel era el lugar más espacioso y, siendo ellos el grupo más numeroso, les venía ideal. Además, se les habían sumado las dos hermanas Laczók, la señora Szentpáli y Dodó. Finalmente apareció Margit, un tanto despeinada. El hombro derecho de Ádám lucía una mancha de cal de la pared. ¡Pero quién iba a fijarse en tales pormenores! La guapa señora Körösi y sus amigas se habían traído consigo a los jóvenes de la ciudad, que ocupaban el otro extremo del podio. Con ellos estaba sentado el gobernador Jóska Kendy, quien a su silenciosa manera galanteaba a la bella señora.

Ofrecían un espectáculo extraño. Las mujeres vestidas con trajes de seda estaban sentadas en el suelo con las piernas recogidas bajo las faldas; a su alrededor, los señores elegantes lucían la mercancía que habían comprado a las bellezas que cortejaban medio en serio medio en broma. La mayoría se había hecho con un muñeco. El tío Ambrus ya se había marchado con el suyo, pero aun así había muchos. El más diminuto colgaba como una borla de la pipa de Jóska Kendy. De los dos bolsillos de Ádám Alvinczy asomaban sendas cabecitas, Pityu lucía en el cuello un enorme payaso y una marioneta se apoyaba en la espalda de Abády. En el último escalón del podio diversos muñecos anunciaban el éxito de la caseta de juguetes. El barón Von der Maultasch se había fijado en el chaleco un pastelito de miel. Pero lo más curioso era lo del pequeño Kamuthy.

Había recorrido el bazar con sus andares despreocupados pero distinguidos y había llegado hasta la caseta de correos. Las vendedoras, al ver su pinta a la inglesa, lo recibieron de inmediato con estas palabras:

—¡Hemos pensado que era usted inglés de verdad!

Le habían hecho repetir varias veces «*inglez*» en su ridículo acento seudobritánico, cosa que lo había envanecido tanto que había aceptado sin chistar que le pegasen en la frente una serie de sellos de diez céntimos. A todos los transilvanos, y aún más a las transilvanas, les encantaba gastar bromas. Una vez que se hubieran secado, se acabaría la burla.

Desde la otra punta de la sala llegaba la música de los gitanos. Sonaba suficientemente alta como para no poder mantener una conversación íntima, pero lo

bastante baja como para poder contar anécdotas.

Ákos, el menor de los Alvinczy, hablaba. Desempeñaba el cargo de vicesecretario de honor en Küküllő y profesaba adoración hacia su gobernador, Jóska Kendy. A pesar de que este estaba a tres pasos intercambiando miradas coquetas con la bella señora Körösi, Ákos se empeñó en alabarlo. La narración exhaustiva de sus anécdotas podrá haber llevado por título *Gesta Dei per Jóska*.

En la oficina de Jóska, contó, había un aprendiz que durante días no había aparecido por su trabajo. El gobernador, para dejarlo en evidencia, había hecho pregonar por toda la ciudad la noticia: «Se busca aprendiz perdido, quien lo encuentre recibirá diez coronas una vez devuelto». ¡Como si fuera una ternera! Y el aprendiz había vuelto corriendo a la población para no salir nunca más.

Había ocurrido otro caso, continuó Alvinczy, con un austriaco, un oficial retirado que tenía tierras. Se había comprado una trilladora de la fábrica estatal de maquinaria agrícola. Estas llevaban pintadas el escudo de Hungría, pero el austriaco había conseguido una plancha de hojalata con el águila bicéfala y había tapado con ella el escudo húngaro. ¿Qué hizo Jóska? Le preguntó si tenía permiso del emperador de Austria para usar la insignia de los Habsburgo. Si lo tenía, bien, pero si no lo tenía, se vería obligado a procesarlo por «usurpación ilícita de escudo ajeno» y ordenar además que le hicieran un control para ver si el cubo del agua para apagar un posible incendio estaba demasiado lejos de la trilladora. Y si encontraba alguna irregularidad al respecto, le prohibiría el uso de la máquina durante tres meses.

Cada anécdota provocaba carcajadas estruendosas debido al gracejo con que Ákos las contaba. Solo Kadacsay se ensombreció al escucharlas. Su ideal de antaño había sido Jóska, que era un gran experto en caballos y manejaba mejor las riendas que un cochero profesional. Desde joven lo imitaba y, cuando se dio cuenta de que no podría superar sus conocimientos como cochero, decidió estar a su altura como jinete. Era cierto, lo sabía por experiencia propia, que haberle comprado un caballo a su idealizado Jóska no había sido un buen negocio pues por entonces se consideraba una hazaña engañar al cliente en una venta. Más tarde comprobó que a Jóska tampoco le remordía la conciencia por otros asuntos. Pero mientras fue un *sportsman*, Gazsi había hecho la vista gorda.

Fue una gran desilusión que Jóska aceptara el título de gobernador. El ideal de su adolescencia cayó por tierra. Empezó a juzgar a su amigo desde una perspectiva diferente, sobre todo porque en su espíritu se despertaron nuevas inquietudes, deseos e intereses. Poco a poco tuvo la sensación de que el afán de imitar a Jóska había destrozado su vida. En la escuela había sido un mal estudiante, pese a ser un muchacho espabilado. Después del servicio militar se quedó en el ejército como oficial pues por aquel entonces los húsares se pasaban todo el día enfrascados en las carreras hípicas, la doma de caballos y alguna que otra fractura de clavícula causada por las numerosas caídas. Cuando se dio cuenta de que no sabía nada de nada, abandonó el ejército. Compró libros e intentó estudiar, recuperar el tiempo perdido.

Leyó obras de todo tipo, sobre todo humanísticas. Cuanto más leía, más problemas encontraba que lo incitaban a reflexionar y pensar y tanto más le dolía haber malgastado el tiempo. Los años despilfarrados le despertaron la rabia contra Jóska Kendy, en cuya admiración había perdido más de diez. Esos pensamientos casi le ahogaban si bebía un poco más de lo habitual, como en ese momento.

Ákos Alvinczy estaba contando otra historia sobre un terrateniente, Tódorka Rácz, que vivía en un pueblo perdido. Era gran bebedor, pero, aunque entregado, muy mal jugador de cartas. Naturalmente siempre perdía. Era compañero habitual del gobernador en la mesa de tapete verde. Una madrugada, después de la última partida, Rácz dijo que no volvería más, que estaba en las últimas, porque al día siguiente le esperaba el recaudador. Durante años no había pagado un solo céntimo de impuestos y ahora iban a subastar todos sus bienes. ¿Qué hizo Jóska? Llamó al juez del pueblo y le ordenó que declarase en el pueblo una infección de cólera y que marcarse todas las otras casas con cruces rojas. Así que cuando al día siguiente llegó el recaudador, lo expulsaron desde los campos del pueblo guardias armados con porras.

—Tódorka Rácz volvió a jugar con nosotros esa misma noche y el recaudador no se atrevió a volver por aquel pueblo perdido —terminó Ákos haciendo estallar de risa a su público.

El barón Gazsi no pudo más.

—No le veo la gracia —dijo con su voz particularmente gangosa—, al fin y al cabo la tarea del gobernador no es favorecer la evasión de impuestos de sus amigos.

¿Qué le pasaba al barón Gazsi? Siempre había sido él el más jocosos, hasta entonces nunca había hablado en serio. Solo Abády recordó aquel discurso interesante y extraño sobre la inexistencia de la felicidad que Gazsi, de nuevo enardecido por el alcohol, había pronunciado en Mezővarjas. «Tiene inquietudes», pensó. Los demás miraron a Kadacsay atónitos.

Jóska Kendy creyó que era una broma, por eso desde donde estaba sentado con la bella señora Körösi fingiendo no oír las anécdotas halagadoras le dijo:

—¡Tú también podrás ser gobernador cuando los unguados voten! —le espetó en el tono provocador habitual entre ellos.

—No lo seré nunca —contestó el otro furioso—, porque yo no acepto trabajos que no sé cumplir. Si soy un simple burro, no voy a pretender ser otra cosa...

—¡Qué confesión más interesante! —se burló Jóska.

—Y si fuera el gobernador de los unguados o, como dices tú, de los burros, para mí significaría obligación y responsabilidad, no un mero juego. —Luego se dirigió a su vecino Bálint—: ¿No tengo razón? Tú has hablado a veces de responsabilidades —y sin esperar la respuesta, gritó a Jóska—: ¡Al menos yo reconozco que soy un burro!

—¿Cómo? —preguntó esta vez secamente el gobernador con la pipa de loza en la boca. La discusión tomó un cariz serio. El barón Gazsi titubeó un momento, seguramente buscando una expresión ofensiva.

Pero inesperadamente una figura alta y enjuta apareció entre el podio y el barón

Gazsi, que estaba sentado al lado de la caseta en compañía de Abády, Dodó y Maultasch.

Era Pál Uzdy con su largo abrigo de piel, vestido de viaje, alto como una torre. Sin hacer caso a los presentes se plantó delante de su mujer, que estaba sentada en el podio, y poniendo una bota en el primer escalón, dijo:

—Ahora mismo me marcho para Almáskő. ¿Puedo servirle en algo, querida Adrienne? ¿Necesita que le envíe algo?

—¿Se va de noche? —preguntó su mujer pasmada.

Uzdy enarcó sus cejas achinadas.

—¿Todavía no se ha hecho a la idea, querida, de que voy y vengo cuando me da la gana? —preguntó burlescamente, como era natural en él—. El coche me está esperando abajo. ¿Entonces no necesita nada? Bien. Solo quería preguntárselo. En tal caso, adiós. Su fiel servidor —hizo una reverencia con el gorro de castor—. ¡Fiel servidor de todos los presentes!

Dio media vuelta y se marchó con pasos silenciosos, afectados, igual que había entrado, y salió de la sala.

Cuando la cerradura de la puerta hizo clic detrás de él, Adrienne y Bálint intercambiaron una mirada.

El pequeño Kamuthy aprovechó el silencio y quiso retomar el tema anterior:

—En Inglaterra —dijo con voz pedante— no *ze* exige que *loz políticoz zean profesionalz. Ez máz, piensan que la profesionalidad merma el zano juicio...*

—¡Por el tuyo no será! —exclamó Jóska, contento de poder desviar la conversación ya que le hubiese supuesto un engorro tener un lance de honor con Gazsi. Todos se alegraron de que volviesen las bromas. Es más, todos estallaron en explosivas carcajadas cuando Pityu Kendy advirtió a Kamuthy:

—¡Mejor ve a quitarte los sellos de la cara, no sea que a alguien se le ocurra echarte a un buzón!

Y el seudobritánico se llevó la mano a la frente con un grito tremendo:

—*My God!* ¡Dios mío! ¡Dios mío! —y salió corriendo avergonzado.

Su salida dio por finalizado el pícnic.

—¡Ya es tarde! ¡Vámonos a casa! —dijo alguien y, como por ensalmo, todos se dispusieron a marcharse.

—Solo ahora se siente lo fatigoso que ha sido el día... —dijo Adrienne al salir.

Bálint se quedó un rato más, pareció no darse cuenta de que Addy se iba. Estaba escuchando con inmutable atención al barón Udo que, en su alemán de Pomerania, le explicaba algo tremendamente interesante:

—*Das ist man so, wie ich soeben Ihnen sagte, mein lieber Graf; bei uns und auch in Ost-Preussen ist es wohl nicht anders...* Es tal como le he dicho hace un momento, mi querido conde. En nuestra casa y en Prusia oriental no es diferente...

La alcoba de Adrienne estaba ya casi totalmente oscura. Solo había dejado encendida una vela colocada en el suelo detrás de la mesilla de noche. Esa luz tapada dibujaba sombras extrañas en la pared, las patas de las mesillas parecían antenas gigantescas que se torcían en el rincón que formaban la pared y el techo. La habitación se había llenado del negro vapor que emanaba la sombra de la enorme cama. La luz que venía desde abajo daba un aspecto fantástico a la habitación, que de día era bastante trivial. Tenía unas sillas acolchadas de los años sesenta, una cajonera nada particular, un espejo de pie y un tocador delante de la ventana. Las paredes eran de empapelado barato, deslucido, y nada más. El dormitorio hubiese tenido aire de hospedería de no ser por la cama, que era completamente distinta a todo lo demás. No tenía cabecera, pero estaba repleta de suaves mantas de color marfil que caían por todos los lados, tapando parte del parqué. En la habitación, gris y desgastada, la cama era un objeto ajeno, un forastero, el único mueble de Adrienne; todos los otros eran de su suegra. Era tan extraña allí como lo eran en el salón contiguo la manta de borujos que había ante la enorme chimenea y los numerosos cojines de seda dispersos por el mobiliario de estilo imperio, discreto y aburrido.

Todo lo que Addy había llevado a su apartamento tenía un carácter nómada, provisional. Un diván en mitad de la habitación, cojines, mantas. Nada más. Habían llegado con ella y en caso de marcharse, el carácter de la estancia no cambiaría, simplemente volvería a su estado original. Aquel era su campamento antes de continuar el camino, como los beduinos que montaban sus tiendas entre las columnas de un antiguo santuario.

Una mancha negra en las almohadas: el cabello suelto de Addy que se extendía a ambos lados de su cara como si fuera una peluca egipcia.

Estaba despierta, esperando. Estaba segura de que Bálint iría. No habían acordado la cita, no habían podido porque Uzdy estaba en casa. Solo en el bazar había dicho inesperadamente que partía enseguida a Almáskő. Sus miradas se habían encontrado por un momento. Era suficiente. Después de tantos meses de espera mortificante no necesitaban más.

Había sido una espera muy larga. Desde que ella había vuelto de Mezővarjas a Almáskő, no habían podido verse. Aquello fue a principios de noviembre y ya era finales de marzo. Una espera larga. Días infinitos, noches infinitas de deseo y espera. Había sido horrible estar separados y recibir solo de vez en cuando una carta, puesto que no podían escribirse mucho para no llamar la atención de Uzdy. Resultaba horrible estar atada a la casa de su suegra y Uzdy, donde ni siquiera se sentía una invitada, sino una cautiva. Fueron semanas terribles de preocupación por su hija,

semanas de lucha, de lucha diaria contra la vieja señora Uzdy, que quería apartarla de su pequeña como lo había hecho desde su nacimiento. Mientras la niña había estado sana no le había importado tanto. Después de los primeros conflictos se resignó. Entonces, y ya hacía ocho años, aún era muy joven y tuvo que ceder. Poco a poco casi se acostumbró a la idea de que le hubiesen quitado a su hija, cosa que no la torturaba tanto debido al hecho de que la niña era muy diferente a ella, aparentemente impasible, como si no fuera suya.

Pero la resignación explotó cuando la niña se puso enferma. Todas las mujeres son también enfermeras. Y ahora sentía esa forma de sentimiento de maternidad con fuerzas redobladas. Adrienne se rebeló cuando ya el primer día su suegra hizo venir de Kolozsvár a una enfermera de la Cruz Roja. Fue una escena terrible no por el vocerío, sino por las sofisticadas frases llenas de odio. Su marido no la ayudó. La escuchó en silencio con mirada burlona. Tal vez incluso le resultó divertido. La joven esposa ganó, pero su victoria no era completa. Le dejaron solo una parte de los cuidados, como si fuera una niñera o una enfermera en prácticas. Tenía que luchar y defender ese papel inferior día a día. La vieja condesa Clémence observaba todos sus movimientos, estaba al acecho para pillarla en algún descuido y aprovecharlo para apartarla de su nieta. Con extrema atención tuvo que apuntar en un cuadro la fiebre, los medicamentos, los síntomas, la hora y el minuto exacto de cada uno de sus cuidados.

Tal vez tuvo algo de bueno esa preocupación que absorbió cada minuto de esos días. Eso la mantuvo ocupada. Los días, las semanas, pasaron con más facilidad; de otro modo, se habría desesperado. Incluso tuvo una pequeña alegría: notó que la relación con la pequeña Klémi —su hija llevaba el nombre de su abuela— era algo más afectuosa. Durante su larga convalecencia a veces le sonreía. A menudo, cuando se acababa el turno de Adrienne y tenía que dejar a la enferma, su hija la retenía: «No te vayas, no te vayas». Le cogía la mano con sus deditos. En esas ocasiones lanzaba una mirada de complicidad a su abuela ya que solo la retenía cuando la vieja estaba presente. Si la abuela no estaba, la niña no intentaba retenerla. ¿O sí? No. Solo cuando la condesa estaba presente. Daba la sensación de que la niña sabía que eso molestaba a su abuela y solo lo hacía para hacerla enfadar. Pero Adrienne no quería ver la segunda intención, necesitaba creer que su hija le tenía más afecto a ella que a su abuela.

Una vez curada la niña, la vieja Uzdy se la quitó. Se fueron a Meran en marzo, como también hacían siempre antes de las navidades. Si no se la hubiera llevado, tal vez habría podido conquistar el corazón de la pequeña Klémi. ¡Pero ya no estaba! Tendría que comenzar de nuevo la lucha por su hija. Y la volvería a empezar... Tenía que conquistarla.

Adrienne reflexionaba en su cama, con la mirada perdida en el techo.

De repente oyó el ruido de la puerta de cristal del salón contiguo. Como una ola enorme, la alegría del encuentro borró de su alma los recuerdos dolorosos.

—¡Eso no es vida! —repitió Bálint—. ¡No es vida! —y volvió a argumentar a favor del divorcio enumerando las razones. Estaban casi inmóviles, hundidos en las almohadas con los miembros entrelazados. Cualquiera posición resultaba cómoda en la entrega total del cuerpo. Como sus almas se entendían sin hablar, así sus cuerpos se acomodaron en armonía perfecta, con los rostros muy juntos con la confianza natural y tranquila que podrían mostrar las fieras salvajes.

Las palabras eran respiros, besos.

Bálint llevaba un buen rato explicándole a Adrienne las posibilidades de tan necesario e inevitable divorcio. Detalló las circunstancias y los argumentos con convincente seguridad. Tal vez resultaba más persuasivo debido a que tenía sus brazos sobre la piel de Adrienne, sus manos acariciadoras, sus labios que la besaban mientras hablaba de la liberación y de la convivencia eterna. Sin embargo, Addy no perdió su objetividad.

«Tal vez sea posible», pensó. Últimamente Uzdy no se comportaba como un tirano. Durante la enfermedad de su hija, la evitaba. Pero eso no demostraba nada. Eso mismo había pasado muchas veces en su matrimonio. Uzdy era imprevisible. Pero había una cuestión de peso que podía inclinar la balanza: ¿qué pasaría con su hija? No podía abandonarla, sacrificarla. No podía dejarla en casa de «aquella gente», así se refería a su marido y suegra. ¡La destrozarían! Recordó a su hija extrañamente reservada, comedida, callada. Lo atribuyó a la fría severidad de su suegra. Era su obligación liberarla. ¿Pero podría conseguirlo? Suponiendo que Uzdy aceptase el divorcio, haría todo lo posible por castigarla. La vieja lucharía a vida o muerte para retener a su nieta y, sin duda, el único ser humano que tenía un mínimo de influencia en Uzdy era su madre. ¡Sería un obstáculo! ¡Un obstáculo tremendo! Después de largos meses de lucha por su hija, Adrienne no quería renunciar a ella; renunciar supondría una nueva humillación para ella.

Lo pensó como un rayo y no dijo nada, solo preguntó:

—¿Y mi hija? ¿Qué será de ella?

Su pregunta sorprendió a Bálint. Hasta entonces apenas habían hablado sobre la hija de Addy y, si la mujer la mencionaba alguna vez, lo hacía como de alguien que había perdido, que hacía tiempo que no era suya. Bálint nunca pensó que fuese un asunto de ambos.

—¡Pues la traerás contigo! —contestó a la ligera, aunque inmediatamente pensó que una hija ajena fomentaría el rechazo de su propia madre.

—Es que sin mi hija no... No podría irme, no podría...

La mujer evitó mirarlo a los ojos y su mirada se perdió en la lejanía, en la oscuridad. Bálint no soportaba su ensimismamiento. La abrazó con fuerza. Sus labios se deslizaron por la boca, el cuello, los hombros de la mujer. Besos embriagadores, besos que tenían un fin. Besos que encendían llamas, besos de fuerza infinita que borraban todas las preocupaciones, penas, argumentos y razones...

Las palabras de Adrienne despertaron en Bálint ideas hasta entonces latentes. Habían surgido durante la larga separación, pero solo de forma vaga, borrosa. En ese momento, echado sobre las almohadas, con la cara cubierta por el tupido cabello negro de la mujer, dijo:

—Tendrás un hijo mío, hermoso... Un hijo nacido del amor... Heredará tu piel de marfil y mi frente... Tus ojos amarillos y mi pelo... Y continuará nuestro legado, lo que sentimos, aquello en lo que creemos...

Lo dijo en voz muy baja. En las pausas entre frases sintió que la mujer le estrechaba el hombro. Apretones de un acuerdo mutuo, respuestas claras, el lenguaje del deseo ardiente. Y cuando calló, la mujer le puso su brazo desnudo bajo el cuello, abrazó todo su cuerpo y los labios buscaron su boca entre las serpientes de su cabello. Fue un beso largo y apasionado que sirvió para sellar la promesa, el voto de amor, el contrato.

Amanecía. Bálint salió por la puerta de cristal del salón. Delante de él se extendía la angosta franja del jardín trasero de la villa y la vieja portezuela claveteada que cerraba la pasarela del foso del Szamos. Tenía que ir con cuidado para que sus pasos no dejaran huella alguna. Afortunadamente, era la cara norte de la casa y a su sombra la nieve había formado en el suelo una capa de hielo. Todavía aguantaba su peso, pero al pisarla ya se oía el ruido característico de la nieve derretida. Alargó el último paso para alcanzar el rístrel de la pasarela. Echó una ojeada atrás, pero no había dejado rastro.

Por la otra orilla del foso serpenteaba un camino fangoso. Aunque llevaba galochas no tenía ganas de chapotear en el barro y giró hacia la plaza. Eso suponía dar un gran rodeo y además lloviznaba, pero a Bálint no le importó en absoluto, le pareció precioso pasear mientras se levantaban los albores. Estaba muy esperanzado y la naturaleza dormida le inspiraba la misma sensación: la primavera estaba cerca. El aire estaba cargado de promesas, como su alma.

Cuando se despidieron en la aromatizada alcoba, Adrienne simplemente le dijo: «Lo intentaré...». Fue su última palabra. Intentaría hablar sobre el divorcio con Uzdy. «Seguramente lo lograré», pensó Bálint. Seguramente lo lograría, tenía que lograrlo. Adrienne y su marido ya no hacían vida marital. ¿Por qué iba a insistir Uzdy? Tal vez el temor de que su marido no la dejara marcharse eran figuraciones de Adrienne. Al fin y al cabo, había leyes para esos casos...

Le sentó bien el paseo bajo la tenue luz de la alborada por el parque desierto y respirar a todo pulmón el aire de la esperanza. Los gigantescos árboles lo rodeaban inmóviles, violáceos. En la hojarasca brillaban manchas de nieve y diminutos arroyos invisibles brotaban bajo las hojas, regando, mullendo, ahuecando una tierra que

escondía millones de hierbas y flores que pronto brotarían para hacer comenzar la vida y el futuro. La naturaleza esperaba, en el aire matinal flotaba el olor indescriptible de la fertilidad. Bálint realizó el largo paseo mientras en su alma resonaba la esperanza de poseer a esa mujer y lo que se le había escapado sin querer: «Tendrás un hijo mío...».

Cuando llegó al final de la alameda, prefirió dar otra vuelta por el casco antiguo y llegar a su casa por las estrechas callejuelas serpenteantes para evitar el posible encuentro en la plaza mayor con algún conocido que volviese de juerga. Estaba cerca de la calle del Puente cuando por la carretera principal pasó corriendo como un poseso un landó con un tiro de cuatro caballos. Los animales iban cubiertos de sudor, el coche llevaba la capota cerrada y los guardabarros puestos. No se veía si portaba pasajero. Pasó a mucha distancia y desapareció por la esquina del mercado cuando Bálint salió de entre las casas oscuras. Fue una visión fugaz, nada más. No le prestó mucha atención, pero su cerebro guardó la imagen porque era insólito que alguien llegase a la ciudad a esas horas.

Adrienne dormía profundamente.

Se abrió una puerta y la claridad entró de golpe en la alcoba.

La despertó. Abrió los ojos todavía tumbada sobre las almohadas. La puerta de su baño estaba abierta y la luz entraba desde allí. En el marco de la puerta estaba Pál Uzdy, con su largo abrigo de piel y su gorro de invierno. Resultaba tan inverosímil que hubiera vuelto, dado que se había marchado a Almáskő muy entrada la noche, que lo primero que pensó su mujer era que estaba soñando.

Pero el hombre extendió de repente el brazo, la apuntó con una pistola y de su mano brotaron chispas. Uno, dos, tres disparos. Los tiros sonaron como chasquidos. Oyó tres silbidos justo sobre su cabeza y luego tres golpes detrás de la cama. En una fracción de segundo, Adrienne comprendió que Uzdy le estaba disparando. Se incorporó en la cama como impulsada por un resorte, con mirada desafiante se encaró a Uzdy sin preocuparse por las otras dos balas que quedaban en la Browning.

Se puso justamente en la línea de tiro para ver si Uzdy decidía volver a disparar.

No le importaba. La barbilla levantada, los ojos abiertos de par en par, la mirada retadora. No dijo nada. Los dientes brillaban entre sus labios carnosos y sus rizos negros como el hollín eran serpientes salvajes alrededor de su cara. Esperaba los dos últimos disparos. Durante unos segundos se encararon sin decir nada. Uzdy bajó el brazo.

—*Alle Ehre!* ¡Qué coraje! Eso es coraje. De verdad. *Alle Achtung!* De verdad...

—Guardó el arma en el bolsillo. Luego se inclinó con una flexión extrañísima, como si fuese a romperse en dos su figura larguirucha. Hizo un par de reverencias en la puerta y repitió cinco o seis veces—: De verdad. ¡Qué coraje! De verdad...

Soltó una risa como la de un pillo que hubiera cometido una travesura.

—¿Se ha vuelto loco o qué le pasa? —dijo la mujer.

Uzdy no contestó. Se dio la vuelta y cerró la puerta en silencio.

Sus carcajadas resonaron desde la otra punta de la casa.

Hubo unos momentos de silencio, después ruido de cascos desde el patio. El landó de cuatro caballos dio media vuelta. El traqueteo del coche se perdió en la lejanía. Silencio. Uzdy se había ido.

Adrienne se quedó inmóvil, sentada en la cama. Solo pasado un rato sintió latir su corazón, cuando realmente notó que ya no estaba en peligro. El corazón le palpitaba en la garganta cada vez con más fuerza. Se le ocurrió pensar que Uzdy se había dirigido a casa de Bálint para gastar allí las últimas balas de su revólver.

De un salto se levantó y en su camisola se fue corriendo al helado salón. Garabateó unas líneas:

«U. ha venido esta mañana. ¡Se ha vuelto loco! Se ha marchado. No sé a dónde. ¡Ten cuidado! Esta tarde voy a ir a dar un paseo. Si no pasa nada, búscame en la plaza mayor...».

Tocó la campanilla. La vieja doncella, Jolán, tardó en llegar porque vivía lejos, en el edificio principal, y aún dormía dada la hora. Adrienne ya había vuelto a la cama.

—Lleva esta carta a la casa Abády, en la calle Farkas. Di que se la entreguen al señor Bálint inmediatamente. Si está durmiendo, que lo despierten. Espero respuesta.

Necesitaba noticias, estaba presa del pánico.

Pasaron tres cuartos de hora. Con el paso de los minutos la espera se volvía cada vez más mortificante. En el reloj de la torre ya habían sonado las ocho cuando Jolán por fin regresó. Al verla entrar con la cara tranquila, sus preocupaciones se disiparon. No había pasado nada grave. Ya casi no necesitaba leer la tarjeta de Bá en la que rezaban dos palabras en inglés: «*All right!* Todo correcto».

Le reconfortó la respuesta y apenas acabó de leer la nota, se durmió profundamente.

Durante el paseo no pudo contarle nada porque Margit estaba con ella. Más tarde tampoco, porque había invitado a mucha gente a merendar: a las hermanas Laczók y al grupo de los hombres, Ádám Alvinczy, Pityu Kendy y los demás. No pudieron hablar con intimidad.

Adrienne soltó la frase «como ayer...» para que cualquiera lo pudiese oír mientras hablaba sobre el bazar. El sentido de la frase estaba en la mirada, en la entonación, en el gesto de búsqueda de los ojos de Bá al pronunciarla. El hombre le respondió cerrándolos por un momento y girando la cabeza.

Era la técnica de las señales secretas.

Uzdy no volvió de Almáskő por la tarde ni tampoco por la noche. Adrienne pudo por fin contárselo todo a su amigo y mostrarle los tres huecos en la pared donde los disparos habían abierto un punto de cal y cemento en el empapelado. Calcularon —

como si de un juego divertido se tratase— que la ruta de las balas de la puerta a la pared hubiese atravesado el pecho de Bálint de haberse encontrado como estaba en ese momento, apoyado en el codo sobre Addy. Como si Uzdy le hubiese disparado al corazón de su fantasma.

Rieron sin tomarlo en serio, pero la alegría de Adrienne era fingida. La inesperada entrada de Uzdy la madrugada anterior había cambiado su visión de la situación. Ya no podía creer que Uzdy se resignase al divorcio. Hasta ese momento tampoco lo había creído demasiado, pero ahora le parecía algo imposible. La amenaza que se cernía sobre ellos era más concreta. El hecho de que Uzdy le hubiera disparado, de que las balas hubiera volado justamente hacia donde una hora antes había estado Bálint y de que hubieran dejado de hacerlo cuando ella se recuperó, solo probaba una cosa: no era ella, sino su amigo quien estaba en peligro. Jugaría con su vida si intentaba hablar con su marido sobre un posible divorcio. Era audaz si se trataba de ella misma, pero actuaba con la máxima prudencia para no arriesgar la vida de su amado. Estuvo todo el día reflexionando sobre lo mismo, aunque nadie lo notase. Llegó a la conclusión de que solo podría hacer un intento cuando Bálint no estuviese cerca, sino en Pest, o mejor, en el extranjero. Y tenía que buscar un pretexto para introducir el tema con suma cautela. ¡Tenía que inventar algo! Pero no dijo nada a Bálint, simuló no haber cambiado de opinión. Confirmó que hablaría con su marido, porque sabía que si decía que no, Bálint era capaz de tomar las riendas del asunto.

Addy se obligó a hablar del futuro y, como no quería tratar los quehaceres inmediatos, volvió a retomar los planes forjados el día anterior. Cómo sería tener un hijo, cómo sería el pequeño. Qué heredaría de Bálint, qué de ella... Continuó cuchicheando al oído de Bálint, sellando las ilusiones con besos. En la negra oscuridad les rodeaba un brillante mundo de hadas en cuyo centro reinaba el hijo de sus fantasías y sus deseos: ahora un bebé, después un muchacho adolescente, más tarde un joven. Y de nuevo volvía a ser un pequeño que jugaba desnudo mostrando los milagros de su cuerpo rosado...

Ya tenía nombre, lo llamarían Ádám, el iniciador de una nueva humanidad, la perfecta que no había existido jamás, como el Euphorion del *Fausto*.

Volvieron una y otra vez a hablar de sus sueños, durante noches y noches, como si ya hubiera nacido, como si ya viviese y fuese una persona real, el fin y cumplimiento de su amor.

—El conde Bálint ya está vistiéndose, ahora viene —dijo la señora Tóthy al entrar en el salón mayor de la condesa Abády, donde la señora Baczó la esperaba sola con su inseparable labor de punto en la mano. Era la hora de comer, la una y media. La condesa Róza estaba en el salón pequeño sentada en el escritorio ocupándose de su correspondencia. El comentario de la señora Tóthy era una señal para ella.

Las dos amas de llaves, después de guardar silencio durante unos minutos, comenzaron a cotillear en voz baja, como si fuese un cuchicheo íntimo, pero lo suficientemente alto como para que la señora Abády pudiese oírlas si les prestaba atención. Y sabían que estaría atenta.

—Es cierto que al señorito le hace falta descansar, esta mañana ha vuelto muy tarde... —dijo la señora Tóthy.

—Bien cierto —afirmó la señora Baczó—. Sin embargo, no lo han dejado dormir en paz. Enseguida vino alguien a molestarlo con una carta, y eso que todavía no habían dado ni las ocho.

—Es verdad —continuó la primera—, era una nota de la avenida Monostori. La cocinera acababa de llegar del mercado y vio a la doncella.

Las dos gordas dejaron escapar un suspiro enorme, como si se les rompiese el corazón, y la señora Baczó retomó el hilo:

—Despertaron al pobre, que dormía como un santo, pero es que la criada insistió tanto en que era urgente...

—¿Habrás estado de juerga con los cíngaros nuestro joven conde? —preguntó la señora Tóthy en tono cómplice.

—¡No creo! —rio la otra—. Hace tiempo que no sale hasta esas horas. Tal vez haya ido de visita, pero no a la casa en la que lo esperaban... Ese ha sido el motivo del correo matutino.

—Pues no estaría mal que empezara a visitar otras casas...

Las dos amas de llaves se rieron con malicia. No continuaron hablando porque entró Bálint recién aseado y, además, bastaba lo dicho.

Róza Abády recibió el beso de su hijo más afectuosamente de lo habitual. Su buen humor duró el tiempo que sus amas dedicaron a las historias de este en el bazar. ¡Bálint había vuelto por la mañana y seguramente no de la casa de aquella maldita mujer! ¡Tal vez hubiese roto con ella! No tenía sentido que hubieran venido a buscarlo de la villa Uzdy si hacía una hora que había estado allí. Imaginó la humillación que debió de haber sentido Adrienne en caso de haber estado esperando a Bálint cuando este no se presentó, cuando su hijo dejó que lo esperase mientras estaba en casa de otra. En ese momento a la condesa Róza no le preocupaba lo más mínimo quién pudiese ser aquella otra. Siempre había estado orgullosa del éxito de su

hijo con las mujeres. Era un sentimiento involuntario e inconsciente, como si el hecho de que Bálint les gustase a las mujeres más diversas por todo el mundo fuese una recompensa a su vida truncada por la viudez. Había tenido la misma impresión cuando su hijo trabajaba en el cuerpo diplomático. Naturalmente, nunca le había preguntado nada, pero le alegraban los sobres con letras femeninas que llegaban a Dénestornya desde países lejanos cuando Bálint estaba de vacaciones. Más tarde, gracias a las murmuraciones intencionadas de sus dos amas de llaves, también se enteró de que por las noches su hijo iba a caballo a casa de Dinóra Malhuysen, en el vecino pueblo de Marosszilvás. La señora Róza no condenaba a esa clase de mujeres, solo pensaba que «eran seres distintos, de naturaleza diferente», como tampoco distinguía entre las *cocottes* y las señoras que tenían solo uno o varios amantes. Las consideraba meros juguetes que servían para divertir a los hombres y no para despertar en ellos intenciones serias.

La primera mujer que le había dado miedo era Adrienne. Captó enseguida cuán en serio la tomaba su hijo y lo mucho que había sufrido por ella desde que había regresado de Venecia hacía ya un año y medio. También captó que últimamente, desde que habían vuelto a tener relaciones, Bálint organizaba todo su trabajo jugando con fechas y lugares para poder verla. Por todo eso la condesa Róza sentía un odio irrefrenable hacia Adrienne.

Quizá era el único ser humano que había odiado en su vida, pero su odio era feroz y despiadado porque daba crédito a cuantos rumores maliciosos le llegaban y no había nadie en el mundo que según sus particulares criterios fuera más vil que Adrienne Milóth.

Por ello sintió una alegría triunfante al creer que Bálint la había abandonado y humillado.

Hubo otro acontecimiento relacionado con el bazar benéfico.

El vaivoda Sándor Kendy o, según su mote, el Boquituerto, había estado presente cuando el viejo Dániel Kendy y László Gyerőffy, los dos borrachos como cubas, fueron sacados de la sala no sin ayuda. Estaba acostumbrado a que su tío Dani<sup>[13]</sup> se embriagase cada vez que se le brindaba la ocasión. «El viejo puerco», decía de él sin importarle un comino. No había manera de hacer nada por él.

Pero László Gyerőffy le preocupaba. No podía librarse de la imagen de ese joven, vacilante, dando pasos inseguros antes de que lo agarraran por los costados y se lo llevaran a la salida por no ser capaz de tenerse en pie. Pasaron muy cerca de él. Al ponerlo derecho, vio la cara de László. ¡Como si lo mirase a los ojos! Su mirada vidriosa, llena de rabia le chocó al viejo Kendy, que evocó unos ojos... como si fuese ella quien lo mirase suplicándole ayuda... «¡Tonterías!», pensó. El muchacho estaba totalmente ebrio, inconsciente por el alcohol y, además, no sabía nada, ni podía saberlo ni tenía nada que ver con todo eso. Pero aquella mirada... Aquella mirada

había sido la misma...

Dos días más tarde envió un mensaje con su criado para que László Gyeróffy fuese a verlo a su apartamento de la calle Belszén. Lo esperaba a las doce del mediodía en punto.

Estaban sentados uno frente al otro, callados. Finalmente el vaivoda rompió el silencio:

—¡Eres un burro! —dijo y se calló.

Fue tan inesperada la grosería del viejo que el joven ni siquiera se ofendió. Lo miró sorprendido. El viejo Boquituerto le habló muy en serio, le contó lo que había oído de la vida de László, sus imprudencias, deudas, borracheras... Habló con la extrema dureza y los groseros juramentos tan propios de él.

El joven lo escuchó sin chistar. Ese hombre robusto, de pecho fornido, nariz ganchuda y boca torcida irradiaba tanta fuerza y voluntad, sus palabras vulgares escondían tanta benevolencia disimulada, que László permaneció impasible, casi sumiso. Lo que el Boquituerto le echaba en cara sin piedad era lo mismo que László a menudo pensaba de sí mismo cuando se despertaba con resaca, por lo que se sentía culpable y despreciable. En mañanas sobrias se reprochaba lo mismo y justamente por eso se refugiaba en el alcohol, para no oír sus propios reproches de los que el vaivoda ni sabía ni podía saber nada. Ahora tenía la sensación de que no era el viejo quien enumeraba sus errores, su frivolidad y su envilecimiento, sino de que era su propio reflejo en un espejo, acusador y escrupuloso, quien lo hacía.

El Boquituerto habló un buen rato. László miró a su alrededor. Su cuerpo, habituado al alcohol, pedía a gritos un trago. No vio aguardiente en la habitación, tampoco podía pedirlo, no hubiese sido cortés. El viejo Boquituerto le dio unos consejos que en su voz sonaron más bien como órdenes:

—Ahora mismo vas a entregar una solicitud al tribunal tutelar para que te declaren incapaz ya que te comportas como un imbécil. Yo me encargaré de tu tutela. ¡Te voy a meter en cintura pase lo que pase! ¡No voy a tolerar que te destruyas!

László se desencajó. Aquellas fueron las mismas palabras que había usado Bálint: «¿De qué te sirve destruirte?». Uno más que quería tutelarle, salvarlo y dominarlo, tal vez también pagar sus deudas como había hecho la señora Berédy y, hacía poco, Dodó. Se enfureció enormemente. Se rebeló contra esos intrusos. Fue la rebelión de la flaqueza contra el vigor.

—¡No es asunto de nadie que yo quiera destruirme! —exclamó furioso y se levantó. Hablaba a borbotones—: Toda mi vida he vivido bajo tutela. Desde mi infancia he sido el pelele de todos, de mi tutor, de mis tías. He estado a disposición de todos, a las órdenes de todo el mundo. ¡Pues no! ¡Ya basta! ¡Ya basta! ¡Haré lo que quiera y viviré como me dé la gana! —una y otra vez volvió a repetir lo mismo, acalorándose con sus propios gritos: «Eso es asunto mío» y «no lo voy a tolerar». Al

final, con gesto desesperado, casi bramó—: ¡Si quiero destruirme, me destruiré! ¡Todo el mundo tiene derecho a hacer con su vida lo que quiera!

El viejo Boquituerto lo escuchó inmóvil, mudo. Lo observaba atentamente con su rostro cejijunto, con ese gesto extraño que parecía lanzar las palabras. Cuando sonó la última frase: «Todo el mundo tiene derecho a hacer con su vida...». ¡Qué atávico! Le invadió un recuerdo antiguo, muy antiguo: Júlia Ladossa. Había hablado con la misma pasión, había dicho lo mismo, había demostrado el mismo carácter rebelde. Y se había destruido con la misma fuerza. Deliberada y conscientemente. Lo había amado siendo soltera, pero se casó con otro conducida por un orgullo herido... Y por la misma razón se marchó más tarde, no con él, pero sí debido a él... Sus caracteres tercos habían chocado sin ceder jamás... Ella le había hablado entonces como ahora lo hacía el joven, con el mismo gesto, con la misma mirada...

El viejo se levantó y puso la mano en el hombro de László.

—No te enfades conmigo, hijo. No hay que enfadarse, no es bueno y no hay razones para hacerlo. Yo... yo te pido disculpas... —Jamás el vaivoda había dicho semejante cosa, jamás había hablado con tanta ternura—: No hay tanto amor en el mundo como para rechazar lo que se nos ofrece. Sé que a ti te ha tocado menos que a los otros. Lo comprendo. Tal vez me haya equivocado al hablarte con tanta dureza, tendría que haberlo hecho de otra forma. Tú no tienes padre, ni... ni madre. Has perdido mucho en la vida... Eso es lo que te pesa. Pero me alegraría que te recuperases y yo... Yo te ofrezco mi apoyo, si lo aceptas...

Sus frases entrecortadas tuvieron un efecto increíble en el rostro de László. Se quedó con la boca abierta y los ojos bañados en lágrimas y abiertos como platos del asombro. Perdió su compostura y cayó rendido como una marioneta cuyos hilos se acabasen de soltar. Se desplomó en una butaca y se echó a llorar.

El viejo Kendy se quedó en pie delante de él.

—Venga, venga —dijo—. No hay motivo, no hay motivo. —Inesperadamente, con un gesto torpe, acarició la cabeza del joven—. No hay motivo, no hay... —masculló.

László lloró largamente, cada vez más hundido en la butaca. Algo se liberó, se derritió en su interior. Sollozaba silenciosamente como si se lamentase de su vida descarriada, de los dolores y heridas que desde hacía tantos años cargaba consigo, del talento desperdiciado, del tiempo perdido y de la juventud malgastada... Ahora lo veía con más claridad que nunca. Tardó mucho en reponerse. El viejo Boquituerto esperó pacientemente hasta que por fin László se secó la cara y levantó la mirada.

—Perdóneme, tío —dijo—, me da mucha vergüenza... Yo no suelo... de verdad...

El viejo le contestó con un monosílabo tosco y continuó:

—A veces pasa. No es ninguna vergüenza, tal vez te sirva para algo.

—¿Pero qué voy a hacer? —preguntó Gyerőffy.

El viejo cogió una butaca y se sentó a su lado. Le dio un programa: László debía

volver a casa inmediatamente y confeccionar o pedir una lista con sus deudas y otra con sus propiedades, bosques, casas, tierras... Y volver cuando las tuviese terminadas.

—Entonces hablaremos y veremos qué se puede hacer. No es un caso perdido, solo hay que ponerse a trabajar...

Quedaron en eso y cuando se estrecharon la mano, Kendy añadió:

—¡E intenta no beber como un cosaco!

Hacía tiempo que László no se había sentido tan tranquilo y ligero como al despedirse del viejo Boquituerto.

A unos pasos de su casa había un café. Antes de entrar vaciló un momento. Su organismo habituado al alcohol venció su voluntad. Se tomó tres aguardientes de un trago.

No obstante, esa misma noche volvió a Szamoskozárd.

Había otro asunto relacionado con el bazar: el noviazgo de la pequeña Margit con Ádám Alvinczy. ¡Qué cosa más sorprendente! Se sabía que Ádám estaba perdidamente enamorado de Adrienne desde hacía años. ¿Y ahora se casaba con su hermana menor? ¡Menuda sorpresa!

Aquello era algo inesperado, especialmente para el mismo Ádám, que apenas comprendía cómo de un día para otro él fuese el novio, el prometido de Margit. Y lo más extraño era que no le parecía extraño. Había sido muy natural.

Desde la feria benéfica había ido todas las tardes a merendar a la villa Uzdy. Ya no intentaba sentarse al lado de Adrienne, ni siquiera enfrente como hubiese hecho antes; ya solo buscaba la mirada de Margit, quien casualmente siempre se hallaba en el rincón más alejado del salón. Y él enseguida se ponía a su lado alegando que Adrienne no le hacía caso y despreciaba su gran amor. Los otros invitados, Kadacsay, Pityu Kendy, los otros tres hermanos Alvinczy y las muchachas Laczók, se daban inmediata cuenta de que nada más juntarse Ádám y Margit comenzaban a cuchichear, hecho que hacía que quienes se encontraban sentados cerca de ellos se marchasen en un abrir y cerrar de ojos para dejarlos solos. Así podían charlar tranquilamente de su tema preferido: la tremenda diferencia que había entre el corazón despiadado de Adrienne y el alma comprensiva de Margit.

La última tarde estuvieron dándole mil vueltas al asunto y desgranando todos los pormenores. En otro punto de la sala, delante de la enorme garganta de la chimenea, el barón Gazsi contaba una historia tremendamente graciosa que le había ocurrido con un caballo y una jabalina de la que había salido muy malparado. Gazsi era todo lo contrario a un fanfarrón, solo contaba anécdotas en las que desempeñaba el papel del bobo y salía más perjudicado. Ese rol le iba con su nariz de pájaro carpintero, su mirada melancólica y ese ganguero innato que le daba un tinte tan peculiar a sus tragicómicas historias. Y sus amigos se reían a carcajadas alrededor de la chimenea.

—¡Qué alegres están! —dijo Ádám con tristeza a la pequeña Margit—. ¡Qué bien se lo están pasando! Y usted es tan buena que en vez de entretenerse con ellos se queda conmigo escuchando mis penas. Dígame, ¿no está ya harta de mis continuas quejas?

—¡Por supuesto que no! No me molesta en absoluto —contestó Margit—, tengo algo de enfermera. Sería un placer poder servirle para que pueda soportar con más facilidad lo que le causa tantos dolores y lo que es, desgraciadamente, imposible... No me importaría escucharle durante años y años...

—Su bondad, Margit, es infinita... Verá... Para mí es casi la felicidad estar con usted. ¡Oh, si pudiera tenerla siempre a mi lado! Su alma afectuosa es un consuelo.

Ádám lo dijo en voz muy baja puesto que estaban sentados muy juntos. El largo canapé ofrecía más asientos, por lo que no era necesario que realmente estuviesen tan cerca. Tal vez se habían unido para que no los molestase la alegre charla de los otros. Cuchicheadas al oído las palabras eran más entrañables, explicaban mejor sus intimidades, no quedaba bien contestar en voz alta.

—Lo mejor será que usted se case conmigo —dijo Margit— y me tendrá para siempre. Seré su amiga, cuidaré de usted y podremos charlar de Adrienne como ahora...

—¡Querida! —susurró el hombre entusiasmado—. ¿Será capaz de asumirlo sabiendo que mi corazón...?

—¿Su corazón? —dijo la muchacha y estrechó su pequeña mano contra el chaleco de su amigo—. ¡Su corazón está roto! ¡Lo sé! Sé que no está enamorado de mí y que no lo estará nunca...

—No —dijo el joven con melancolía infinita, pero continuó animadamente—: Sin embargo, tengo la certeza de que si no hubiese conocido a Adrienne, solo me habría enamorado de usted...

Así continuaron intercambiando palabras fútiles y dulces como la miel hasta que el resto del grupo se preparó para marcharse. Cuando se despidieron todos y ya estaban en el vestíbulo, Margit retuvo a Ádám.

—¡Quédese! —le ordenó con fuerza afectuosa—. Tenemos que comunicárselo a Addy ahora mismo.

Fue un momento muy incómodo para Alvinczy. ¡Después de tantas frases bonitas y halagadoras, ahora tenía que decirle que se casaría con su hermana! La pequeña Margit supo manejar la situación con suma discreción.

Cogió la robusta mano del joven con su diminuta palma, lo condujo donde estaba su hermana y dijo:

—¡Mira, Addy, este pobre Ádám es tremendamente desgraciado y por eso hemos decidido casarnos! Es la mejor solución, ¿no te parece?

Adrienne no se rio, ni se enfadó, tampoco se sorprendió, estaba tranquila y fue comprensiva. Cogió la cabeza de Alvinczy entre las dos manos y, en señal de bendición, le dio un beso en la frente. Nunca, durante el largo cortejo, había logrado

tanto.

Ádám se puso como un tomate pensando en alguna frase hermosa y emocionante, pero no se le ocurrió nada. Y aún menos teniendo en cuenta que la pequeña Margit le apretaba la mano con una fuerza inusual en una muchacha tan menuda.

El fuerte apretón era un símbolo de algo de lo que Ádám no tenía ni idea.

El día siguiente la noticia del noviazgo corrió por la ciudad. Habían enviado un telegrama a Milóth Ákos, el viejo Carraca, quien se sintió muy satisfecho con su nuevo papel de padre de la novia. Repartió abrazos a todo el mundo, incluidos desconocidos, y cada cinco minutos bramaba con voz plena de emoción:

—¡Oh, mi pobre Judith, que no podrás gozar de este momento de alegría! —Y mientras los lagrimones de cocodrilo le empapaban el bigote, soltaba una sonora carcajada.

Ese día visitó a todos los conocidos, ya fuese en casa de las viejas damas, ya en el casino, montando la misma escena varias veces con grandes alharacas. En la calle paraba a la gente para explicarles su mezcla de pena y alegría.

# CUARTA PARTE

Delante de la tienda de campaña de Bálint se celebraba un consejo de guerra con el ingeniero forestal Géza Winkler y András Zutor, el Meloso. Abády estaba sentado en una silla plegable de caza, Winkler en un tronco y el Meloso en el suelo.

Abajo, el prado de Priszlop descendía suavemente hacia el río Fehérvíz, interrumpido por islotes de árboles como si fuera un jardín diseñado con mucha elegancia. Por la derecha subía la abrupta pendiente del Muncsel Mare, cubierta de hayas y pinos, mientras por detrás y a la izquierda los rodeaba un abetal puro y cerrado. La vista acababa con el oscuro frontal del Humpleu porque el sol vespertino, detrás de él, lo dejaba en sombras y solo a sus espaldas se asomaba el peñasco de Vurtóp, cuya roca caliza en forma de cráter lucía el encaje verde de la sierra.

A Bálint le encantaba ese paisaje. Desde que visitaba regularmente los neveros, montaba allí el campamento principal. Mandaba construir un cobertizo permanente para los caballos en un rincón del prado y cabañas de madera para los hombres cerca del regato. Pero él montaba su tienda de campaña a unos cincuenta metros de allí porque quería estar solo frente a la naturaleza salvaje, totalmente solo. El enorme valle cerrado era un lugar sereno y su arroyo invisible salía de allí corriendo hacia el río Szamos. Pese a la severidad de los abetales y los riscos que rompían la uniformidad del bosque, el lugar emanaba paz y tranquilidad. Y reinaba el silencio absoluto de los bosques.

Era finales de julio, el mes de las copas de los árboles y las plantas exuberantes.

Los tres hombres estaban escuchando el parte de Juanye Vomuluj, que estaba de pie a una distancia respetuosa.

Era un *gornic*, un guardabosques, robusto y fornido. Llevaba con altivez su enorme nariz ganchuda porque no era un simple bracero, sino señor de sus tierras que vivía en su propia casa y solo servía al conde por voluntad. Se le notaba la fortuna. Lucía un gran cinturón remachado con diminutos clavos de cobre como nadie más lo hacía en los neveros, camisa de lino, pantalones nuevos y limpios y un gorro de piel de oveja tan enorme que daría para hacer un chaleco pequeño. En ese momento no lo llevaba puesto, sino que lo tenía en el suelo por cortesía. La brisa apenas movía su pelo negro, generosamente engominado y cortado hasta la altura de la nuca. El año anterior se había encargado del bosque de Intreapa, donde la protección de la explotación forestal había requerido un guardabosques de más autoridad.

Estaba explicando los problemas del desmonte. La empresa maderera les había devuelto ochenta hectáreas después de haber talado el bosque. En mayo volvieron a plantarlo con mucho esfuerzo y dinero, pero cuando a mitad de junio salió la hierba, la gente del pueblo llevó el ganado a pastar. Él, Juanye, no había podido impedirlo, no solo porque el valle deforestado lindaba con los pastos del pueblo, sino porque lo

habían atacado con hachas y amenazado con matarlo a golpes. Por otra parte, tampoco habría sido capaz él solo de controlar tal número de animales. Ahora el pueblo llevaba al ganado a pastar allí y con seguridad acabaría pronto con la nueva plantación.

Hablaba de manera pausada y con gran aplomo, apoyándose alternativamente en un pie u otro. Cuando le preguntaban, antes de responder cambiaba primero de postura. Era una manera de señalar que no contestaba a la ligera y, para dar fuerza a sus palabras, escupía a un lado sellando así su afirmación.

Discutieron un buen rato. Por fin se decidieron. Había que reunir a todos los *gornic*, en total unas dieciséis personas. Sería suficiente para sacar el ganado. El ingeniero forestal bajaría al Béles al día siguiente y desde allí, junto con el grupo, darían un gran rodeo para cruzar el bosque de Gyerőmonostor por la noche y llegar a Intreapa de madrugada. Bálint con András Zutor el Meloso, y cuatro hombres más saldrían por la mañana, pasarían la noche en el Ponor y al día siguiente de madrugada se encontrarían con el resto del grupo en la parte del desmonte que daba al pueblo. Así, los lugareños no sospecharían nada y podrían pillar al ganado pastando en zona prohibida.

Eran las cinco de la tarde. El sol todavía estaba muy alto, pero ya empezaba a esconderse tras la sierra occidental y el valle se ensombrecía. Solo la cima pelada del Muncsel Mare desprendía un fulgor dorado hacia el norte y teñía el paisaje de luz amarilla. Soplabla brisa desde abajo, una corriente rica en ozono, estimulante y refrescante como un baño de burbujas que subía por las laderas de las montañas.

Bálint se echó la escopeta al hombro, los prismáticos al cuello y entró en el bosque. No quería cazar, solo ver los animales. Siguió el viejo camino de carros que ya estaba cubierto de hierba y se había ido estrechando por los nuevos retoños, ya que estaba en desuso desde que había reorganizado los neveros. No tuvo que avanzar mucho. Con pasos largos llegó en un cuarto de hora a los pies del mirador que había hecho construir en la copa de un enorme abeto. El árbol se levantaba al borde de un despeñadero. Abajo se abría un claro espacioso, en forma de concha, cuya concavidad se extendía hasta los pies de una cresta secundaria. La hierba crecía con exuberante riqueza escondiendo los numerosos regueros que se juntaban en un arco de roca formando un arroyo más grande y bajaban hasta el cauce del Fehérvíz. El runrún de las aguas se oía desde el fondo de la garganta.

Subió por la escala y se sentó en el borde del banco y, como desde un palco, avizó el claro con los prismáticos. Detenía la vista en cada islote de árboles, en cada matorral que dibujaba manchas oscuras en el prado. Era difícil atisbar un animal acostado porque solo se le veía la cabeza o una oreja y había que prestar mucha atención para descubrirlos. Suaves pendientes de colinas entraban en el accidentado claro. Bálint repasó todos los hoyos, pero no encontró nada. Había llegado a tiempo.

En el aire cristalino un águila revoloteaba sobre el prado describiendo giros lentos con las alas inmóviles a una altura considerable. Aparte del ave no se percibía movimiento alguno. Resultaba muy hermoso estar al acecho, estar solo, y Abády se sentía feliz.

Los últimos meses habían pasado en una calma chicha. Después de los esponsales de la pequeña Margit y Ádám, Adrienne decidió no hablar con Uzdy sobre el divorcio hasta que se celebrara la boda en otoño. Se consideraba una sustituta de la madre, así que debía ocuparse del ajuar de su hermana y de todo lo que acarrearían las nupcias. Creyó que no podría dedicarse tranquilamente a la boda si decidía levantar un temporal en su propio matrimonio. Y estaba segura de que tendría graves consecuencias si se lo mencionaba a su marido. Fueron meses agradables. Addy y su hermana se desplazaron varias veces a Budapest para hacer compras y encargarse de todo lo necesario y durante esas semanas ellos disfrutaron de algún que otro encuentro en Kolozsvár y en Mezővarjas. En cierto modo fue una forma de vida agradable: se veían con frecuencia y sin problemas mientras las dos hermanas se encargaban de sus labores o hacían planes sobre el no muy lejano matrimonio. Durante un tiempo se olvidaron de los obstáculos que tendrían que vencer.

En la vida política también reinaba la calma. No hubo necesidad de un trabajo legislativo serio. Solo el ministro de Agricultura, Darányi, pudo formalizar algo nuevo respecto a la ganadería y el Parlamento había por fin dirimido la larga discusión sobre las reglas parlamentarias y el presupuesto nacional. En cambio, Croacia presentaba un problema serio. El *ban* croata sufrió insultos durante la campaña electoral. Sin embargo, se murmuraba que se habían iniciado negociaciones de paz entre los diputados húngaros y los croatas. Tal vez pronto hubiese incluso un acuerdo.

Las intenciones bélicas que Slawata había predicho el otoño anterior no habían tenido lugar. La relación con Italia no había cambiado a pesar de que a principios de junio el rey Eduardo de Inglaterra había realizado una visita al zar ruso en Tallin con gran boato para demostrar la armonía de las relaciones anglo-rusas. En cambio, en julio estalló una peligrosa revuelta en Turquía, un levantamiento militar en Monastir y Tesalónica. Apenas habían llegado noticias vagas, pero tenía que haber ocurrido algo grave porque Abdul Hamid se había visto obligado a redactar una constitución, declarar una amnistía general y detener la censura. Seguramente no lo había hecho de buena gana. Y seguramente no era el final, sino el principio de un proceso de consecuencias imprevisibles. Podría ser la fuente de muchos conflictos porque si se planteaba la cuestión de Constantinopla, Inglaterra y Rusia se enfrentarían. Asia era muy grande y las fronteras entre las diferentes esferas de influencias e intereses eran fáciles de cambiar, pero Constantinopla significaba un punto fijo que daba fuerza decisiva a su dueño. «Tal vez tengamos suerte —pensó Bálint— e Inglaterra busque una alianza con nosotros puesto que lo más importante para ella es cerrar los Dardanelos a la flota rusa».

Sentado al acecho encima del abeto centenario pensaba en sus asuntos solo de un modo superficial porque toda su atención estaba concentrada en el claro que se abría bajo sus pies. El cielo resplandeciente y la reverberación del sol disolvieron las últimas sombras y solo los colores permitían distinguir los objetos: el verdor fulgurante de los vástagos del haya, los retoños azulados del abeto y el verdinegro de la hierba en el prado anegado que, en cambio, amarilleaba donde la tierra arcillosa se había desprendido de las colinas. Las ramas de los viejos árboles tronchados dibujaban líneas blancas en el verdor imperante como si las hubiesen grabado con la punta de un cuchillo. Las largas espigas de la cizaña empolvaban con una tenue nube dorada la abundante hierba en los bordes del accidentado suelo.

En las entrañas del bosque se oía el piar de la ortega. Después, nada durante mucho tiempo. De repente, un crujido suave que no se hubiera oído de no ser por el silencio absoluto. Procedía de la derecha. Bálint giró la cabeza.

Una corza salió de la espesura corriendo a galope tendido, dio un giro hacia el fondo del valle y volvió a subir una colina. Iba seguida por un corzo. Seguramente llevaban un buen rato jugando porque el macho tenía la boca llena de espumarajos. No la persiguió hasta la cima de la colina, sino que se detuvo jadeante a medio camino. Durante unos minutos, la corza fingió pastar tranquilamente, después levantó la cabeza con un gesto rápido. Miró al corzo, que estaba a unos cincuenta pasos más abajo. Emitió un chiflido como modo de atraerlo. «¡Ven aquí, querido!». El macho se echó monte arriba y la corza, coqueta, esperó a que se le acercara a un par de metros, entonces dio un salto enorme y se escapó con velocidad vertiginosa.

Se fueron en dirección a Bálint y llegaron junto al árbol desde donde este estaba al acecho, situado a los pies de una roca pequeña. El corzo casi alcanzó a su amor, pero esta ideó otra treta: empezó a correr alrededor de un robusto avellano rozando sus hojas y dio tantas vueltas que al final el pobre galán perdió el aliento. Pararon unos minutos. Si Bálint hubiese dejado caer su pañuelo, este habría caído entre ellos. La corza volvió a silbar y acto seguido echó de nuevo a correr. Recorrieron como locos todo el valle, atravesaron volando los troncos caídos entre la hierba y, de vez en cuando, resurgieron saltando entre los arbustos. Ora aquí, ora allá se detuvieron y corrieron saltando llevados por el capricho de la corza. Al final desaparecieron detrás de una cresta buscando otras cuevas y otros prados para continuar el juego. Fue un espectáculo precioso poder ver desde tan cerca la vida amorosa del bosque.

Comenzó a anochecer. De la cima del Muncsel Mare desapareció la luz dorada y una sombra cárdena se extendió sobre el paisaje. El olor de las flores salvajes y el aroma dulzón de la hojarasca se volvió más intenso.

Abády se dispuso a volver. Ya tenía la escopeta colgada al hombro cuando se percató de algo en el fondo del valle. Abajo los retoños de los abetos crecían tan densos como el cáñamo. Algo marrón se movía entre ellos. Bálint levantó los prismáticos.

Una osa gigantesca salió al claro junto con dos oseznos. La madre, que andaba

sigilosa, era un fenómeno extraño. Pareció tambalearse balanceando a cada paso la cabeza a un lado y a otro. Daba la sensación de que desaprobaba algo o estaba profundamente indignada. Los cachorros, que caminaban a su vera, eran dos peluches diminutos. Iban despacio en dirección a una zona anegada dispuestos a darse un banquete a costa de los gruesos pimpollos, de la sabrosa enredadera y del trébol silvestre que crecía formando grandes manchas. Los prismáticos acercaron la familia osuna a Bálint como si estuviese justo delante, incluso pudo percibir el brillo inteligente de sus ojuelos. Los oseznos solo hozaban, pero la madre abrazaba con las garras la hierba y la devoraba a dentelladas. Dejaba tras de sí discos de tallos cortados, grandes como el fondo de un cubo. Un cachorro se aventuró a alejarse, pero la madre le advirtió con un gruñido y, pese a que el bien educado osito volvió casi enseguida, su madre lo recibió con un zarpazo suave porque en esa familia de fieras imperaba la disciplina.

Se quedaron un buen rato en el claro comiendo y poco a poco se alejaron. Al final desaparecieron en dirección al arroyo.

Bálint bajó la escala con sumo cuidado para que la escopeta no hiciese ruido y la madera no crujiese. Caminó con pasos sigilosos por el camino cubierto de hierba. Todavía no había oscurecido del todo. En una curva, desde el bosque de repoblación, que no era tan espeso, se oyeron pasos ligeros, toc-toc-toc. Se quedó inmóvil y miró hacia donde procedía el ruido. Los pasos cesaron y volvieron a arrancar como si un animal pequeño deambulase sin dirección fija.

De vez en cuando se volvía a oír la voz quejumbrosa de un corzo que bramaba, pero de modo más ligero que el silbido de la corza. De repente las pisadas se acercaron y un corcino saltó al camino. Casi chocó con Abády, que no lo había visto. Se detuvo a unos pasos. Alzó su corto rabo, dio varias vueltas y lanzó unos silbidos agudos. El corcino estaba desesperado, sus grandes orejas, levantadas en señal de asombro, parecían preguntar: «¿Qué ocurre? ¡Mi querida mamá que me ha cuidado, me ha guiado en todo momento por el bosque y ha estado a mi lado siempre que la he llamado, me deja ahora solo ante este ser extraño! ¡Me ha abandonado en este bosque oscuro y peligroso! No la encuentro ni responde a mi llamada. ¡Es terrible!». Seguramente no entendía lo que ocurría en el bosque a finales de julio. No comprendía, ni podía hacerlo, que era la época de celo y que su querida mamá jugaría con un corzo macho hasta dejarse alcanzar finalmente. Ya volvería por el corcino, pero ahora no, de momento disfrutaba del ritual. El pobre corcino no lo sabía y daba vueltas, moviendo su hocico acharolado para olfatear el rastro de su madre. Pasó cinco o seis minutos junto al hombre, a unos pocos pasos de distancia. Bálint contuvo la respiración pero el corcino no se percató de su presencia, estaba desorientado. Al final lanzó dos silbidos a modo de llanto, dirigió las orejas separadas hacia el prado y se marchó a la carrera.

Bálint sofocó la risa. Sentía una alegría enorme al comprobar que después de haberse encargado del bosque hubiese vuelto la tranquilidad al mismo. Reinaba un

silencio absoluto, como si hubiese vuelto a su estado primitivo.

Por esa razón se tomó más en serio la resolución de no tolerar el pasto ilegal y castigarlo severamente.

Abády fue al valle del Szamos el mediodía siguiente. Él y Zutor habían ido a caballo, los otros *gornic* a pie. Todos iban armados con escopetas y los caminantes con hachas. Llevaban también dos caballos de carga, aunque uno solo hubiese sido suficiente para tan corta marcha, pero habían decidido decirles a los tres *gornic*, que no habían sido informados del objetivo de la misión, que iban a Püspökségi, al mercado de Szamos, cuyo camino era más largo y para el que se necesitaba más equipaje. Tenían que disimular bien el engaño, cuidar todos los pormenores porque la gente de los neveros era muy espabilada y curiosa y, si no guardaban bien el secreto, pronto se descubriría el fin de tanta caminata. Las noticias se difundían en los neveros como un reguero de pólvora, al día siguiente no encontrarían ni una vaca en el pasto ilegal y terminarían riéndose de ellos.

Por fin dejaron atrás las últimas casas, después de un trayecto costoso, porque el pueblo de Gyurkuca se alargaba unos dos kilómetros a lo largo de la orilla derecha del río. Les favorecía el hecho de que era domingo y probablemente fuera del pueblo no se topaban con jornaleros que podrían verlos al abandonar el río Szamos y desviarse hacia el Ponor. A los pocos minutos desaparecieron en la espesura del abetal virgen.

Avanzaron en silencio conducidos por Juanye Vomuluj, pues aquel era su territorio. Era de noche cuando llegaron a un prado minúsculo en el que había pasto para los caballos. De allí salía una senda terriblemente abrupta hacia la cresta que formaba el borde del desmonte.

No montaron cobertizo alguno porque los martillazos se hubiesen podido oír desde lejos, tan solo encendieron una candela diminuta para que la luz no se viese.

Muy entrada la noche salieron hacia la montaña por la accidentada senda en medio de la negrura. Cuando comenzó a aclarar ya habían alcanzado la cresta. Las estrellas más grandes brillaban todavía, solo las más pequeñas habían desaparecido del cielo, que lentamente tomaba un matiz azulado. El valle de Intreapa estaba cubierto por un grueso colchón de niebla, pero los picos de enfrente se veían nítidamente a contraluz y detrás de sus formas purpúreas despuntaba la aurora. A la derecha se extendían las ochenta hectáreas de la explotación forestal. Allí todavía reinaba la noche y no se sabía si había animales pastando. Una vereda recta señalaba la frontera entre los campos del pueblo y la finca Abády. Cuatro hombres serían suficientes para cortar ese camino. Andrés Zutor el Meloso se quedó en la cresta y los *gornic* formaron un cerco a unos cincuenta pasos uno de otro. El plan era hacer una batida como en las

cacerías y desde ambos lados del valle arrear el ganado hasta un rincón para, una vez reunido, bajarlo por el arroyo.

Bálint descendió lentamente, mientras amanecía. Antes de adentrarse en la niebla vio al ingeniero forestal bajando con sus hombres desde la cresta de enfrente. Se encontrarían en el arroyo. Todo iba según lo previsto, aunque tuvieron que esperar a que la niebla se disipase. Abády se sentó en una piedra y Winkler volvió con sus hombres para repasar si todo marchaba bien en el ala izquierda de la batida.

Empezó a soplar viento desde la cima, como era habitual de madrugada. El sol comenzó a calentar la cuenca del Szamos. El aire caliente se elevaba y desde los angostos y sombríos valles una corriente fría bajaba hacia el río. Bálint se estremeció con el viento helado y húmedo. Pronto el primer rayo de sol atravesó la niebla y como por obra de magia el paisaje se abrió. Ahora todo se veía con nitidez. Era cierto: las dos pendientes del valle estaban llenas de vacas. El ganado de Gyurkuca pastaba en la nueva plantación. Había unos doscientos animales. Las manchas blancas de los terneros, los toros y las vacas se distinguían claramente en el verdor de la plantación y entre los tocones. Sonó un silbato y empezó la batida. Subieron despacio, a un ritmo uniforme. Durante unos diez o quince minutos no ocurrió nada.

Inesperadamente, de la cresta surgió un sonido bajo, vibrante, maravilloso. Una melodía salvaje, grave y profunda, una mezcla alarmante de órgano y tuba. Era la sonoridad del largo cuerno propio de la gente de los neveros. Sonó otro desde otra cresta y pronto uno más, tal vez desde la otra punta del valle. Un sonido terrible, largo y tremendamente fuerte que hizo temblar el aire: la voz del *tulnic*, la enorme trompa de madera.

De repente el ganado se volvió loco. Echó a correr hacia el pueblo, formando grupos de seis. Las mansas vacas preñadas, los viejos bueyes, los bobos novillos y los chotos se lanzaron como cervatillos contra los batidores saltando los troncos talados, atravesando las ramas caídas de los abetos, levantando la tierra a su paso. Evidentemente, les habían enseñado a volver a casa a la llamada del *tulnic*. Por la orilla se habían formado ya grupos de veinte o treinta reses resueltas y endiabladas como un ataque de caballería. Los cuernos no cesaban de sonar y su sonido grave se mezclaba con la brama asustada del ganado fugitivo, el voceo de los batidores y el eco que multiplicaba el ruido. El silencioso valle se convirtió en un infierno de voces.

No hubo manera de capturar un solo animal. Los que bajaban en tropel habrían atropellado a cualquiera que se les hubiese puesto por delante; por donde solo bajaron uno o dos, esquivaron con facilidad a los *gornic* para acabar esfumándose antes de que pudieran acercarse. En unos minutos el ganado desapareció y las ochenta hectáreas de bosque talado quedaron vacías.

Fue un disgusto terrible. Juanye Vomuluj bajó hasta Abády, tiró el gorro de piel al suelo y soltó una sarta de juramentos como pocas veces se oían. Escupió los tacos más exquisitos. Los otros *gornic* también bajaron al arroyo maldiciendo para que su amo viese cuán afanosos guardabosques eran, pero ninguno llegó a la altura de

Vomuluj. No había habido suerte, no habían podido sorprenderlos.

El Meloso se ofreció a subir a la cresta y cazar a los pastores que habían dado la señal, pero hubiese sido inútil. Seguramente ya habían desaparecido, así que Winkler emprendió el camino de vuelta al Béles. Bálint tomó una senda fácil hacia los pies del Ponor, donde Zutor y Juanye le bajarían el caballo.

Era mediodía cuando llegó de nuevo al Szamos. Cruzó el río para no tener que atravesar el pueblo y exponerse al escarnio público después de la infructuosa misión. Al otro lado del valle había un sendero que a través del bosque llegaba al aserradero, donde se bifurcaba hacia el valle y la montaña. Delante del pequeño molino lo estaba esperando un jinete. Era Gaszton Simó. El prepotente notario, que seguramente había espiado la llegada de Bálint, espoleó su excelente caballo negro para acercarse.

—¿De dónde viene, señor conde? —preguntó con malicia, sus ojillos negros irradiaban fruición. Seguramente ya estaba informado de las pretensiones de Abády y de sus resultados. Continuó en voz burlona—: ¿Sigue trabajando diligentemente por el bien de este pueblo mísero? Realmente admiro su corazón benigno y piadoso.

—¿Por qué finge no estar enterado, señor notario? —contestó Abády secamente, pues le molestaba sobremanera que se burlasen de él.

Simó no se incomodó y soltó una carcajada ligera.

—Ahora ya ve, señor diputado, qué gentuza ladrona hay en el pueblo que tanto ha querido proteger.

—Continuaré protegiéndolo e impondré justicia. No tolero que exploten a la gente, pero tampoco tolero que me causen daños. Además, es comprensible que no se acostumbren al nuevo orden de un día para otro ya que durante muchos años en los neveros no ha habido otra cosa que negocios sin control.

El notario carraspeó: había captado la alusión, pero fingió no entenderla. Solo quería demostrar lo servicial que era.

—Confíe en mí, señor conde. Me encargaré del asunto. Destinaré unos guardias para acompañar a los *gornic*. Por la noche recorrerán las crestas y detendrán a los centinelas que dan la señal con el *tulnic*, así el ingeniero del señor conde junto con los guardabosques podrá reunir el ganado que encuentre en el pastizal vedado. ¡Estoy a sus órdenes para lo que necesite!

—Me lo pensaré.

Aunque el plan le pareció lógico, Bálint no dijo más porque no le gustaba la idea de aceptar la ayuda de Gaszton Simó. No le agradaba estar en deuda con ese personaje sospechoso.

—¡A sus órdenes, mi conde! —repitió Simó y encendió un cigarro.

Cuando llegaron a la bifurcación, Abády se levantó el sombrero:

—Adiós, señor notario —dijo y entró en la senda que subía por el monte.

—Voy por el mismo camino —contestó Simó—. Me dirijo a Retyicel por un

asunto oficial.

—¿Y ha dado un rodeo solo por mí? —preguntó Bálint—. El camino es mucho más corto a través del Gyalu Boti.

El notario se rio en voz baja:

—¡Quizá lo he elegido también por usted! —dijo sin dar más detalles.

Durante un buen rato cabalgaron en silencio.

—¿Y qué hay de nuevo en política? —preguntó el notario—. Mi tío, que es noble en la corte, acaba de volver de Pest y dice que el Partido de la Constitución y el de la Independencia se fusionarán. Dice que por eso le dieron a Ferenc Kossuth la Gran Cruz de la Orden de Leopoldo, ¿verdad?

—La condecoración de Kossuth es por los contratos de comercio —contestó Abády secamente.

—Bueno, bueno —dijo Simó y luego se echó a reír—. No deja de ser extraño. ¡El hijo del gran Lajos Kossuth con una insignia al cuello! En el casino de Bánffyhungyad la gente estaba muy exaltada. Decían que se había cambiado de chaqueta —dijo y añadió rápidamente—: Yo, naturalmente, defendí al señor ministro. ¡Es mi líder! —se trataba de una patraña porque él también se había burlado del ministro, pero Simó quería aparentar lealtad ante un señor tan influyente como Abády. Volvió a callar un rato y luego preguntó de nuevo—: ¿Pero habrá fusión o no?

Era cierto que se estaba negociando la fusión. Los independentistas no estaban dispuestos a aceptar la reforma del sistema electoral de Andrásy sin la unión de los dos partidos. La fusión hubiese sido una solución acertada porque habría acabado con el eterno rifirrafe entre los partidos de la coalición que tanto intentaban ocultar al gran público, aunque este era permanente y paralizaba completamente la capacidad de actuación del gobierno. La coalición tenía que regatear y ceder en todos los asuntos, motivo por el que era incapaz de tomar decisiones serias. Solo se aceptaba sin problemas lo que era un mero adorno superficial o un gesto nacionalista.

—Dios sabe —respondió Abády—. Yo soy independiente y no sé mucho de esos asuntos.

Bálint no deseaba hablar del asunto. ¡Las murmuraciones solo perjudicarían el proyecto! Pensaba que era muy deseable un acuerdo que uniese los elementos decisivos de la coalición y a las personas que tenían talento para gobernar, excluyendo así a los fanfarrones y demagogos. Era necesario por los graves sucesos que estaban ocurriendo en el extranjero. Se imponía tener un gobierno fuerte y unido, pues los movimientos revolucionarios turcos podrían provocar fácilmente conflictos en los Balcanes. Simó, como si leyese los pensamientos de Bálint, comenzó a hablar de las noticias que llegaban de Turquía tal vez solo para presumir de su capacidad política:

—¿Qué le parece, señor conde, la situación turca? Creo que es una oportunidad estupenda. Ahora que ya tienen Constitución, podrán ayudarnos contra Viena. El turco y el húngaro son pueblos hermanos. En el pasado ya nos unimos contra los

alemanes. Justamente lo hemos estado comentando en el casino...

Y comenzó una larga explicación, citando a los grandes militares históricos Bocskay y Gábor Bethlen y trazando el plan de una alianza entre el Parlamento húngaro y los turcos que arrodillaría a los austriacos. El tremendo caos de sus argumentos molestó a Bálint. No veía el momento de separarse del locuaz notario. Enfiló un atajo que era demasiado angosto y accidentado para ir a caballo y que conducía al prado de Priszlop. En ese momento cualquier cosa le pareció mejor que escuchar aquella sarta de tonterías.

—¡Yo sigo por aquí, adiós! —interrumpió la frase de Simó y entró en el atajo seguido por sus hombres.

El notario de Gyurkuca se quedó atónito.

—¡Maldito aristócrata engreído! —masculló entre dientes y siguió al trote por la pelada pendiente. Un cuarto de hora más tarde llegó al límite del bosque, donde se paró y miró a su alrededor. Abrió el estuche del revólver que llevaba en el cinturón y puso la tapa detrás del arma para dejar el mango a mano. Luego con pasos sigilosos entró en la espesura.

El angosto sendero que Bálint había emprendido no era idóneo para ir a caballo. El fornido animal avanzaba como podía, pero las ramas se cruzaban en el camino a tan poca altura que el jinete solo podía continuar echado sobre el lomo de su montura. Bálint decidió bajar y seguir a pie.

Como andaba más rápido que sus hombres con los caballos, en pocos minutos los dejó atrás. Lo envolvió la tranquilidad imperturbable de los grandes bosques.

Varios senderos paralelos serpenteaban por la abrupta cuesta. Uno más arriba, otro más abajo, todos llegaron al prado de Priszlop. Bálint eligió el sendero de arriba. Tras la espesura de los vástagos de píceas, llegó a un bosque ralo de grandes árboles desmedrados por las rocas cuyos troncos e incluso sus ramas más diminutas estaban cubiertos de musgo. El suelo inclinado estaba lleno de lampazos, las aovadas hojas esmeraldas del arándano cubrían el sotobosque como si lo hubiesen acabado de plantar.

Bálint se detuvo sin querer, la vista era espectacular: al fondo del verdor salvaje los troncos parecían morados y velos de musgo plateado ondeaban desde las ramas formando cordones que tejían una red completa. No había más colores que el verde, el morado y el plata. Solo se distinguían esos tres. Mirando aún más allá, el bosque resultaba mágico, inverosímil. Allí cerca solo unas pocas hileras se balanceaban al viento, pero detrás había cada vez más y al fondo daban la impresión de ser una cortina de vapor plateado. La distancia era infinita, interrumpida por fulgurantes columnas moradas que se alzaban al ritmo de una música inaudible. Los arbustos, como una tupida alfombra esmeralda, caían suavemente hacia el valle, donde desaparecían tras la densa cortina de musgo. Remolinos misteriosos levantaban ondas

en la alfombra que alumbraba el bosque. Las rocas de pizarra, húmedas y negras como el carbón, contrastaban en el resplandor del sotobosque. El mineral, lleno de agua, filtraba la lluvia y desde sus bordes duros como el acero diminutas gotas daban de beber continuamente a las numerosas hojas de lampazo. La gruesa hojarasca que cubría el sendero estaba empapada y bajo las pisadas de Bálint producía un sonido esponjoso.

Bálint avanzó lentamente por ese bosque de ensueño. Tuvo la sensación de que en cualquier momento podría revelarse ante sus ojos un secreto nunca sospechado si inesperadamente se sumergía entre las deshilachadas cortinas de musgo. Y como siempre que se encontraba con una belleza hechizante, pensó en Adrienne, como si todo el placer del mundo brotase de su cuerpo pálido, de sus labios carnosos y sus ojos amarillos. Casi la vio acercarse entre los troncos morados y los hilos de plata con sus pasos alargados, volando por encima del inmóvil resplandor del mar de arándanos.

Cuando se casasen, pensó, irían allí de excursión en esa época del año, a esas mismas horas, y caminarían cogidos de la mano por el silencioso bosque mágico...

Oyó un aleteo y a continuación vio un pájaro que echó a volar. Un ave menuda, apenas más grande que una codorniz, voló unos metros y se abatió sobre algo. Volvió a alzarse. Abády lo vio mejor, era una cría de becada. Parecía muy torpe. Tenía el pico desproporcionadamente largo, casi tan grande como el de un adulto, pero un cuerpo pequeño cuyas alas todavía no aguantaban su peso. Eso hacía que diese la impresión de que iba a caer cada vez que se echaba a volar. Volvió a despegar dos veces más. Seguramente el pobre animal estaba exhausto de tanto esfuerzo. Se alebró para esconderse. Bálint pasó por su lado rápidamente para no molestarla.

Un cuarto de hora más tarde el sendero lo condujo al borde de un desfiladero. Era una roca escarpada, vertical, de cinco o seis metros de altura a cuya arista se agarraban una picea enclenque y varios arces. Sus troncos curvados se asomaron al abismo en busca de luz y aire pues bajo la roca había un prado pequeño. El guardabosques y los *gornic* hicieron allí una parada porque había buen pasto y agua. Era conveniente que los caballos comiesen antes de subir el último tramo de la pendiente que quedaba antes de llegar a la parte superior del Priszlop.

András Zutor y sus acompañantes estaban sentados a los pies del despeñadero. Estaban hablando. Bálint se percató de sus voces cuando llegó a la roca que había justo encima de ellos. Iba a avisarles de su llegada cuando de repente una frase le llamó la atención: «Claro, el notario tiene miedo, por eso ha cogido ese camino...».

Hablaban en rumano, pero Bálint entendía bien el idioma. Tenía curiosidad por saber de qué iba la historia. Se quedó de pie, inmóvil. Era la voz del joven Kula, el mozo de Pejjója que solía ocuparse de los caballos de carga cuando Bálint subía a los neveros.

—¡Claro que tiene miedo! —le interrumpió el viejo Zsukuczo, que vivía en el Gyalu Boti, junto al camino que llevaba directo del Béles a Retyicel—. ¡Cómo no va a tener miedo si le dispararon al pasar por el pueblo!

—¿Es cierto eso que se murmura? —se sorprendió Vomuluj, a quien se le notaba que ya lo sabía.

—¿Dónde sucedió? —preguntó Andrés Zutor.

—Allí en la cuesta, donde el camino baja a los campos sobre el arroyo Korbuluj.

—¿No sería alguien de los nuestros?

—¡No, qué va! El disparo sonó desde el pueblo. Lo oí bien porque estaba delante de mi casa. No me moví de allí. —El viejo soltó una carcajada, y rompió una rama entre los dedos y la tiró—. No es asunto mío lo que ocurra fuera de nuestros límites. No es bueno saber demasiado. Solo fui a verlo más tarde.

Comenzó a contarles todos los detalles. Habló lenta y pausadamente, como lo hacía la gente de los neveros. Contó cómo el *domnule notar* había pasado a caballo por delante de su casa y a continuación se había oído un disparo. Media hora más tarde Zsukuczo había bajado por el camino, pero ya no había nadie. Seguramente no habían acertado al notario. Buscó el lugar desde donde habían disparado y siguió las huellas, lo cual no era extraño ya que el viejo Zsukuczo había sido un destacado cazador furtivo. No había nadie en los neveros que supiese rastrear como él. Vio claramente en el barro que Simó había frenado el caballo al oír el disparo. El caballo había resbalado sobre las patas traseras. «Quería saber solo si habían intentado asustarlo». Exploró el lugar y encontró la bala. Por la trayectoria, le habían disparado desde la espesura del hayedo, desde donde la pendiente era más abrupta. La bala se había incrustado en el tronco de un abeto justo por encima de donde estaban las huellas del resbalón. «El que le disparó apuntó bien». El viejo volvió a reír y para expresar su respeto hacia el tirador lanzó un escupitajo.

—Desde aquel incidente, el notario siempre da un rodeo para que no se sepa por dónde anda... —dijo Kula.

—Y siempre va armado... —añadió Krisán y todos se rieron en voz baja con sarcasmo.

—¿No lo han investigado? —preguntó el Meloso.

Respondió el guardabosques de Humpleu, el espigado Tódor Páven:

—No. El notario sabe muy bien que nunca averiguarán quién fue. Dicen que prefiere no hablar del asunto.

—Pues qué lástima... —dijo el joven Kula.

El Meloso, que hasta ahora había estado preguntando mientras fumaba su pipa tranquilamente, reprendió duramente al mozo de Pejkója:

—¡En mi presencia no hables así! Ya es hora de continuar el camino. ¡Vamos! —dijo y se puso en pie.

Los hombres se prepararon, sacaron los caballos al sendero y se pusieron en marcha.

Bálint se quedó un buen rato esperando, no quería que se enterasen de que había oído la conversación. Solo cuando ya estuvieron lejos, emprendió el camino. Era inútil tanta precaución porque la senda superior por donde él avanzaba solo se unía con la inferior mucho más lejos, cerca del prado.

Después de cenar llamó a la tienda de campaña a András Zutor. Le contó que por casualidad había oído su conversación en el pequeño claro y le pidió que le explicase los detalles.

El guardabosques ya tenía confianza con él, no como antaño, cuando apenas pudo sacarle dos palabras sobre Ruz Pántyilimon, el usurero que había sido asesinado a golpes. Le contó que la usura no había desaparecido de los neveros, que había dos usureros, uno en Mereggyó y otro en Rogosel. Tenían el mismo método de trabajo que Ruz. El intermediario seguía siendo el encargado del Banco Uniata, el pope Timbus de Gyurkuca. Simó formalizaba los contratos, que muchas veces contenían cláusulas muy diferentes de lo que el iletrado deudor pensaba. El notario se posicionaba a favor de los prestamistas en todos los pleitos.

Abády lo interrumpió:

—Es difícil de probar. La gente no se atreve a testimoniar contra su pope. Lo vimos hace dos años, pero ¿no hay otro abuso o irregularidad que haya cometido el notario?

—¡Muchos! —contestó el Meloso—. No hay caso del que no saque beneficio. Quizá por eso no avisó al magistrado, que es muy amigo suyo, del disparo. Así evita que haya una investigación y la policía pueda enterarse de algo...

Bálint estaba pensando en lo que acababa de oír. Se despertó su instinto de ayuda a los necesitados, que tan arraigado estaba en él. Había que hacer algo, librar al pueblo de los abusos del notario. Sin embargo, en esa ocasión iba a actuar con más prudencia: no cometería el error de hacía dos años cuando se había enfrentado al usurero Ruz y al pope Timbus por los vecinos de Pejjója que le habían pedido ayuda y que posteriormente habían retirado las acusaciones debido a las amenazas del pope.

—Mire, Zutor —dijo al final—, ¿podría recoger datos y pruebas? Pero, claro, sin llamar la atención para que no se entere nadie.

—Lo intentaré —dijo el Meloso con resolución.

—No se lo diga ni al señor ingeniero, ni a ninguna otra persona...

Los ojos del guardabosque se encendieron:

—Entiendo, señor, nadie lo sabrá.

—Tome notas y, cuando venga la próxima vez, las repasaremos y veremos si nos sirven.

—Me parece bien, señor conde.

Bálint se levantó. András Zutor hizo lo propio y dio un taconazo cerrando los tobillos, pero Abády lo retuvo:

—Una cosa más. El notario se ha ofrecido esta tarde a facilitarme unos guardias civiles que por la noche recorran las crestas del Intreapa y secuestren los *tulnic* que dan la alarma al ganado. Es una buena idea y es posible que le diga al ingeniero Winkler que acepte la oferta, pero eso no modifica en absoluto lo que acabo de comentarle.

—Entiendo, señor.

András el Meloso se despidió y volvió a subir al campamento. Bajo la luz de la luna se veían los contornos nítidos de su figura fornida. Tenía el busto redondo como un globo y una grotesca forma de andar con sus cortas piernas. Había sido suboficial de húsares y maestro de artillería, por eso caminaba como un soldado.

Dos semanas más tarde, Abády recibió en Dénestornya el informe del ingeniero forestal Winkler:

«... conforme a lo acordado, el señor notario mandó a los guardias el pasado jueves por la noche. Dos de ellos fueron a la cresta sur a través del Ponor y otros dos a la del norte, desde el Vale Bouluj. Yo partí por la noche desde el Béles y el viernes de madrugada cerré el pie del Intreapa con dieciséis hombres. Cuando la niebla se disipó, repasé con los prismáticos todo el valle. Me llevé una sorpresa porque no había ni una sola vaca. Aun así batimos todo el valle de abajo arriba. Desgraciadamente, tuve que constatar que habíamos ido en vano puesto que aquella mañana no había un animal en el pasto vedado, aunque encontramos boñigas frescas y huellas recientes: estaba claro que los habían arreado de nuevo a casa muy entrada la noche...

»La plantación ha quedado muy dañada: el setenta u ochenta por ciento de los plantones. Según la ley, la plantación del desmonte es obligación del señorío, pero yo no le recomiendo que lo haga hasta que el daño sea castigado de modo ejemplar dado que en las presentes circunstancias sería un gasto tan considerable como inútil... Los guardias regresaron el sábado por la noche. Ellos tampoco encontraron a nadie en la cresta. Es obvio que el pueblo supo del plan en el último momento, pero no tengo la menor idea de quién nos puede haber delatado. Estoy convencido de que no puede ser gente nuestra. No sabían nada por anticipado. Los llevé al lugar de noche y no tuvieron posibilidades de hablar con nadie. No dudo de los guardias, pues es bien conocido que es gente de mucha confianza...».

Con el mismo correo llegó una carta de Andrés Zutor. Era un texto curioso, sin puntuación, pero claro y directo. Decía lo mismo, pero añadía algo más de interés:

«... de todos modos no me parece señor conde una cosa natural porque cuando el señor notario subió el Szamos acompañado por dos guardias entró en casa del pope Timbus y luego salió de allí y siguió el camino hasta los pies del Ponor donde dejó a los dos guardias y luego volvió pero no por el mismo camino sino por Tószérát mientras el pope mandó a su criado a buscar a Nyik Vaszilika que es un granjero rico y vive bastante lejos y este se marchó no sé adónde pero Grünspan nuestro tabernero de Gyurkuca dice que tuvo que ir lejos porque ya eran las once de la noche cuando llamó a su puerta y entró para beberse tres aguardientes y llevaba las abarcas llenas de barro pese a que abajo en el pueblo no había llovido sino solo en las montañas en los neveros de Gyalu y en el Bouluj pero en nuestra casa y en el pueblo no había caído ni una gota y le preguntamos a uno de los guardias civiles que cuando el notario fue a casa del pope por qué necesitaba ir acompañado de guardias y este dijo que no lo habían acompañado porque los había dejado marcharse no solo una vez arriba sino antes de entrar en casa del pope por eso tiene que ser verdad y porque desde el Humpleu que está enfrente en la otra orilla del Szamos yo también vi a Nyik Vaszilika con el criado yendo a casa del Timbus ya que al volver de Szkrind elegí ese camino porque pensaba que tal vez vería algo cosa que también me ordenó el señor conde pero llegué un poco más tarde porque no vi al notario llegar a casa del pope pero lo que le digo sí que lo vi aunque no me quedé más allá de las 7 es decir las siete porque ya estaba anocheciendo y por la noche tenía que estar en el Béles donde me esperaba el Señor Ingeniero Forestal y pensé que ya estaría oscuro y no vería mucho más...».

Bálint se alegró de que el segundo intento también hubiese sido infructuoso porque se había arrepentido de haber aceptado los favores del notario. La ayuda de la guardia civil era legal, pero el hecho de que se la hubiese ofrecido Simó le habría acarreado compromisos indeseables. Era cierto que Simó jugaba a dos bandas y se había ocupado de que la empresa fracasara. Así, Bálint se sintió libre de poder actuar sin escrúpulos. El propio Simó había sido quien había roto el fino hilo que habría podido atar a Abády y despertar su piedad.

«¿Por qué lo habrá hecho? —pensó—. ¿Por qué habrá destapado lo que él mismo había resuelto salvaguardar?».

Había varias explicaciones. Seguramente había intentado hacerle un favor para captar su benevolencia. Aquella era una maniobra propia de Simó, ya se la había jugado con motivo de la cooperativa y en alguna otra ocasión más. Era seguro que odiaba el nuevo orden en los neveros, donde él y el viejo guardabosques Nyiressy, ya retirado, habían montado batidas con sabuesos por los bosques de la heredad, habían celebrado grandes banquetes y habían talado árboles aquí y allá para uso propio o de sus amigos. Había sido el señor de sus tierras y Abády había acabado con su reinado.

Pero tal vez tenía otra razón más seria. Quizá no deseaba que todo el pueblo lo odiara. Siempre había abusado y abusaba de sus habitantes, pero solo algunos salían perjudicados. En cierta ocasión le habían disparado en el bosque y todo el pueblo era cómplice de llevar el ganado a pastar al desmonte. Si hubiesen encontrado el ganado pastando allí, Simó habría tenido que enfrentarse con el pueblo, y lo habrían considerado un traidor, el enemigo de todos. Era evidente que tenía miedo y el miedo era un buen motivo para no actuar.

Bálint llegó a la conclusión de que por ese camino no podría acabar con el pastoreo ilegal. Tenía que encontrar otra vía. Tal vez en el condado o pidiendo ayuda al gobernador. Gran parte de la cresta del Intreapa era frontera provincial. Quizá fuese posible pedir guardias civiles de la otra provincia sin que Simó se enterase. Sí, tenía que intentarlo...

Sonaban las segundas campanadas cuando la señora Abády y su hijo, después de dar una vuelta por el fortín noroeste, descendieron por la colina del castillo. Siempre había sido así: esperaban las segundas campanadas para partir hacia la iglesia. Así lo habían hecho todos los domingos por la mañana durante la infancia de Bálint y más tarde, cuando continuó sus estudios en el liceo Theresianum, durante las vacaciones, y los años que estuvo en el cuerpo diplomático, cuando estaba en Dénestornya de permiso.

El peregrinaje a la iglesia era una antigua tradición de la condesa Róza. Siempre había bajado a misa por ese sendero junto a sus padres, cuando todavía se sentía la «princesa de la casa» al ser la única hija. Después, con su marido, y más tarde, sola y viuda, había bajado siguiendo los pasos de varias generaciones que habían desgastado los pocos peldaños que interrumpían el camino cubierto de grava. El sendero solo conducía a un lugar, a la pequeña y siempre cerrada puerta de la iglesia cuya llave llevaban encima.

Nunca iban en carruaje, hiciera buen o mal tiempo. Eso hubiese supuesto tener que dar un gran rodeo, partir del patio de los establos hacia la granja y después volver por el pueblo para llegar a la entrada de la iglesia. Allí les esperaban los tres ángeles de piedra de estilo rococó: uno sostenía los diez mandamientos; otro, el escudo Abády, y el tercero se apoyaba en la larga trompeta que tocaría en el Juicio Final.

La señora Abády nunca mandaba aparejar el carruaje en domingo porque cuidaba de que sus criados también pudiesen asistir a la misa.

Bálint se detuvo un momento en el borde de la estrecha franja del jardín. Le encantaba contemplar el paisaje desde el castillo. La colina estaba cubierta por un espeso abetal; no obstante, podía asomarse entre los huecos y admirar la rica llanura del Keresztesmező, tallada en paredes verticales por la quebrada de Torda. En la lejanía se extendían las ondas azules de los neveros de Jára y, tras los árboles contiguos, refulgía la blanca fachada de la iglesia. Más adelante, entre la densa hilera de olmos y tilos, se atisbaba el tejado rojo de la casa solariega donde había vivido su abuelo, Péter Abády. Tal vez era su recuerdo lo que hacía que se detuviese cada vez que pasaba por allí.

De niño a menudo se escapaba a su casa. Los abetos todavía eran bajitos y sus ramas espesas se le enganchaban en la ropa cuando atravesaba el bosquejo imitando a Toro Sentado. Trepaba por la tapia del jardín de la iglesia protestante, que era su bastión, y luego saltaba el muro de la huerta de la casa. A menudo llegaba a casa de su abuelo con los pantalones rotos o los calcetines agujereados y terriblemente sucios. Al recordarlo casi podía ver a su abuelo sentado en el porche de columnas griegas y,

con la cara cuidadosamente afeitada, se dirigía a él y esbozaba una sonrisa bajo sus bigotes atusados en pico con brillantina...

Después de la muerte del anciano, su madre, la condesa Róza, dejó el uso de la casa solariega a Ázbej. Bálint hasta entonces había evitado volver a entrar. Tenía miedo de volver a ver la casa, las habitaciones. ¡Quién sabía cómo vivía aquel Ázbej o de qué colores chillones había pintado los cuartos! Le dolía solo de pensarlo.

Apresuró los pasos para alcanzar a su madre, que lo había dejado atrás.

La iglesia era totalmente blanca por fuera y por dentro. Tenía las paredes encaladas, las tablas de los bancos centenarios blancas de tanto fregarlas y el suelo cubierto de grandes baldosas de piedra caliza. El órgano estaba pintado de gris, aunque el color y los adornos dorados eran casi invisibles en la abundante luz que derramaban las ventanas. El púlpito, resguardado por un dosel, también había sido labrado en piedra blanca. El artesonado estaba dividido en casetones regulares y en cada marco había pintada una flor o un emblema. Ya estaban deslucidos y solo observándolos muy atentamente se percibía que de uno brotaban tulipanes, de otro claveles, en otro un ciervo «bramaba por las corrientes de las aguas» o un pelícano alimentaba sus crías con su propia sangre.

Los hombres lucían abrigos de paño blanco y níveas camisas. En cambio, la primera fila vestía de negro. Aquel era el lugar de los magistrados y funcionarios; allí se sentaban el administrador de fincas, el alcalde, los empresarios del pueblo y el tesorero de la cooperativa. En el lado de las mujeres había más colores. Algunas mozas llevaban pañuelos de diversos tonos, aunque el negro era el color dominante porque en las primeras tres filas solo se sentaban las ancianas, quienes solían ir envueltas en mantos oscuros como el hollín.

En la blanca iglesia solo la tabla en la que se anunciaba el número de cada canto, sujeta a las escaleras del coro, era negra. Y negro aparecía también el viejo sacerdote, narigón como un cuervo, inclinado por su amplio manteo sobre el borde del púlpito. Justamente debajo de él, el banco de los Abády se apoyaba contra la pared principal. Era de pino antiguo, casi blanco de tanto frotarlo, pero la parte superior del reclinatorio donde se colocaban el breviario y la Biblia estaba tapizada del mismo terciopelo verde claro que los cojines del púlpito. Bálint y su madre se sentaron. En el centro del cuadrángulo formado por el primer banco de los hombres, el de las mujeres y el suyo, junto a las escaleras que descendían del púlpito, se hallaba la mesa del altar.

Hoy estaba bien arreglada. Generalmente, los domingos solo tenía un mantel bordado, pero como era el domingo del Pan Nuevo se celebraría la eucaristía. Para ello habían colocado en la mesa pan y vino, así como las joyas sagradas de la iglesia de Dénestornya, que aún estaban tapadas con el viejo manto de brocado que dejaba adivinar las formas.

El órgano tocó varias fugas ligeras y se acabó el primer salmo.

Las muchachas jóvenes, que se habían reunido delante de la entrada, entraron en fila con pasos diminutos y apresurados, taconeando sobre las baldosas y dándose apremiantes codazos para hacerse un hueco en el banco. Cuando estuvieron todas en su sitio, se arrodillaron sobre el escabel del reclinatorio que se alzaba entre las filas. Durante unos segundos se quedaron inmóviles y luego se sentaron. Todas llevaban en la mano un pañuelito bordado y algunas un ramillete de romero que de vez en cuando se acercaban a la cara con gesto afectado.

Era costumbre de esa iglesia, una regla tácita, que primero entrasen los hombres, luego los miembros del consejo del presbiterio, seguidos de las mujeres casadas. Solo entonces podían entrar los mozos en grupo, que subían a la galería donde se hallaba el órgano. Cuando ellos ya se habían situado, entraban las muchachas.

Volvió a sonar el órgano, el cantor dio el tono y comenzaron el segundo salmo, no solo el coro de la iglesia, que se apretujaba arriba, sino toda la feligresía.

«Voces nada refinadas, más bien toscas —pensó Bálint—. Algunos desentonan, pero su canto está lleno de fe y devoción, como el de los cristianos primitivos...».

Al terminar la invocación, el pastor empezó la prédica después de leer la cita bíblica que servía de introducción a todo sermón.

Era una persona chapada a la antigua, de habla alambicada. Alargaba la primera sílaba de las palabras y lo que decía, Bálint ya lo había oído un par de veces, los fieles incluso más, pero tal vez no estuviese mal del todo porque así lo comprendían mejor y seguían sus enseñanzas con más fervor que si les dijese algo completamente nuevo. La parábola siempre era la misma, aquella de la siembra de la semilla en buena tierra...

Los rayos del sol llenaron la iglesia con luz fulgurante. Minúsculas motas de polvo danzaron en los haces de luz radiante, encendieron los colores en las sabanillas de las muchachas, espolvorearon con plata el pelo canoso de un viejo granjero, despertaron llamas rojas en los pómulos rosáceos de un joven y cargaron el aire de vapor dorado. Las paredes, de cegadora blancura, parecían untadas con nata porque desde hacía siglos se habían acumulado diversas capas de cal para mantenerlas siempre limpias y deslumbrantes. El encalado tenía un grosor de tres dedos que había redondeado los ángulos rectos, las aristas de las bóvedas, las esquinas y los bordes de los capiteles.

Bálint nunca había encontrado la vetusta iglesia tan hermosa como hoy.

Volvió a admirarla como tantas veces había hecho. De la galería del órgano partían tres arcos de medio punto. Los dos primeros se apoyaban en dos achaparradas columnas bizantinas y por encima del banco de las muchachas, justamente enfrente de él, el tercero se asentaba sobre una cornisa de piedra que formaba parte de la

puerta del presbiterio, la *porta triumphalis*. Ese espacio se abría tras el púlpito y mantenía su forma original del siglo XII, cuando había sido construida como iglesia católica. La carta fundacional se había perdido, pero su edad era incuestionable.

Era una iglesia característica de los tiempos del rey Béla III que solo se encontraba en Transilvania. Solo tenía dos naves, no tres, una nave principal y otra lateral. El arco del ábside, las columnas y las bóvedas eran del siglo XII. Durante la invasión tártara había sufrido un incendio y solo se había salvado parte de los muros de piedra exteriores. Los otros habían sido derribados tal vez porque se habían agrietado con el fuego. Y quizá por la misma razón había sido tapiada la entrada principal y abierta una nueva ya en estilo gótico temprano, igual que los contrafuertes del edificio.

Pasaron los siglos y llegó la Reforma, en la que el sermón era la columna sobre la que se asentaba el oficio. El púlpito tenía un papel especial, pero no se podía colocar en el lugar del altar porque desde allí la mitad del público no hubiese oído nada, motivo por el que lo adelantaron y lo fijaron a los pilares del tercer arco, cuyos encajes de piedra presentaban formas del Renacimiento tardío.

Estilos que iban y venían. El dosel y el órgano eran rococós. La iglesia crecía, progresaba y cambiaba como un ser orgánico, guardando elementos antiguos desde tiempos remotos, adaptándose a las necesidades y a los ideales de belleza de las nuevas épocas. Era un compañero fiel del castillo de Dénestornya, igual de viejo y ecléctico por haber seguido el espíritu de los tiempos.

En la iglesia, como en el castillo, cada rincón, cada mueble, cada cuadro contaba la historia de los Abády. En el borde del púlpito habían sido grabadas las siguientes palabras: «Fue construido para mayor gloria de Dios por *Liber Baro György Abády Statuum Praesidens*, gobernador de Transilvania, año 1690». También en el púlpito, así como en el dosel, lucía el escudo familiar en un marco grabado con fecha de 1740 y las letras «C. D. A.» —Conde Dénes Abády, palafrenero mayor—. A lo largo de las paredes y en estrechos cercos estaban las inscripciones mortuorias, las de las mujeres en escudo doble, las de los hombres en escudo simple, en cuyo fondo carmesí se alzaba el grifo dorado de la familia Tomaj con las alas desplegadas. Debajo rezaba su título.

Justo enfrente del banco de la familia estaban, en orden vertical, las del padre y el abuelo de Bálint.

Leyó los nombres como de costumbre y sus pensamientos volaron lejos, a los tiempos remotos de su infancia.

Solo tenía recuerdos borrosos de aquellos tiempos en los que todavía eran cuatro en el banco familiar, porque apenas había cumplido los ocho años cuando su padre murió. Sin embargo, recordó vivamente al viejo Péter Abády sentado a su lado, donde ahora su madre descansaba la diminuta mano sobre el salterio. Evocó su cara

bien cuidada, el fino perfil y los rizos blancos que no se movían durante toda la ceremonia y sintió el olor peculiar a humo de cigarro y jabón de afeitar que para su agudo olfato de niño siempre significaba la cercanía del abuelo.

A pesar de que en el muro de enfrente rezaba en su epitafio «3 de noviembre de 1892», continuaba estando vivo para él. Y seguían siendo vivas sus enseñanzas, lo que le había dicho en esa misma iglesia cuando Bálint era un adolescente de quince años.

Habían salido de misa e iban camino de la casa solariega porque todos los domingos comían en casa del abuelo. Bálint dijo algo como: «Sin embargo, lo estupendo es que aquí todo lo han hecho los Abády».

El señor Péter se detuvo y lanzó una mirada aguda a su nieto.

Posiblemente pensó que el muchacho podía heredar fácilmente la arrogancia familiar de su madre, que siendo la única heredera del enorme castillo desde su niñez se sentía la reina omnipotente de la casa. Su abuelo quiso impedirlo y esbozó una sonrisa. Tal vez lo hizo deliberadamente para disimular la reprimenda latente de sus palabras y le dijo:

—No es nada estupendo, hijo, sino natural. En los tiempos de servidumbre feudal todo perteneció al señor. Por eso su obligación moral era construir, arreglar y desarrollar la heredad. El hecho de que nuestra familia siempre haya correspondido a las necesidades del pueblo no significa otra cosa que haber cumplido con sus obligaciones, pero nada más. Y espero que esta sea la lección más importante para ti.

Guardó silencio mientras atravesaron la puerta de la iglesia. Las exuberantes flores de los rosales de tallos largos formaban un pasillo. El viejo se detuvo para cortar unas rosas, con manos de experto les quitó las espinas y se las entregó a su nuera con mucha galantería. Luego continuó:

—Tampoco es de extrañar que muchos de nuestros antepasados tuvieran puestos importantes. Fue debido a su situación social, a sus vínculos familiares y a su fortuna. La única cosa que puede contentarnos es que todos cumplieron con su deber como tocaba o, al menos, la mayoría. Pero presumir de linaje es ridículo y nocivo. Sin embargo, puede ser una fortaleza, he pensado mucho en ello, pero solo en caso de que no sea para ostentar, sino para fortalecernos. Si uno no se considera menos que los demás cuando es llamado para cumplir un cargo relevante, tampoco tendrá la sensación de ser más importante como consecuencia de la nueva obligación. Y si lo pierde tampoco se sentirá menos. Cuando la gente se dirija a él, no creará que es por su admirable intelecto, sino que será consciente de que el factor decisivo es su origen familiar, puesto que en la estructura de la sociedad húngara se admite solo a los miembros de la aristocracia para los puestos de liderazgo. Es una fuente de fortaleza y sigue siéndolo, aunque debido a un dilema moral podamos dimitir de ese cargo o rechazarlo desde un principio. Para nosotros es fácil, porque no somos más por agarrarnos a él o simplemente por aceptarlo; al revés, somos menos por haber adquirido un compromiso de conciencia. Ese es el significado real del *noblesse*

*oblige*, nobleza obliga.

Probablemente la madre de Bálint había intervenido, pero su hijo solo recordaba las palabras de su abuelo y lo hacía como si las estuviera pronunciando en ese momento.

Péter Abády había callado y su voz le llegaba desde la lejanía del pasado.

Tal vez estaba pensando en aquellos sucesos que nunca mencionaba.

Mediante la patente de octubre de 1860, Francisco José, sin haber pedido su consentimiento previo, lo había designado miembro del Consejo del Imperio de la Monarquía Dual. El título había sido emitido y enviado a Dénestornya, pero Péter Abády lo rechazó en otro correo. Las dos escrituras se encontraban en el archivo de Dénestornya, donde Bálint las había descubierto. El emperador se enfadó tanto que puso a Péter Abády en la lista negra de los rebeldes sospechosos hasta la fecha del Compromiso en 1867. También era cierto que después del incidente lo apreció más.

El viejo rompió el silencio con una risa ligera y puso la mano sobre el hombro de su nieto. Ya estaban en las escaleras del porche de piedra.

—Y si has nacido, hijo, soberbio, lo cual no me extrañaría en absoluto —continuó en tono burlón lanzándole una mirada a su nuera—, intenta ser mejor y más resistente en cuerpo y alma que los otros a la hora de trabajar. Intenta dar más de ti, intenta dar lo mejor. Si realmente crees que gracias a tus orígenes estás más capacitado para trabajar y servir, lo llevarás a cabo porque la fe es una fuerza tremenda y da igual qué la alimenta.

Esas fueron las palabras que le había dicho su abuelo en esa iglesia que anunciaba el pasado de su familia grabado en sus piedras, en su madera, en sus inscripciones. Había sido su enseñanza. Sería tan hermoso poder pasar ese legado al hijo que tuviese con Adrienne. Quizá dentro de cinco o seis años estuviese a su lado en ese mismo banco. Se lo imaginaba con tanta fuerza que casi lo sintió a su lado. Hacia el púlpito estaría su madre y, al otro lado, Adrienne. Él, hacia los feligreses y, entre ellos, el pequeño Ádám, el hijo bendito de sus deseos y ansias, la corona de sus amores. Hablaban cada vez más de él cuando estaban solos, se escribían largas cartas en las que hablaban de él como si ya existiese. Se decían tonterías, pormenores sobre los rizos negros que heredaría de su madre, el lunar de su hombro que sacaría de Bálint, cómo levantaría la cabeza para preguntar, cómo sería su cara cuando se callara. Un hijo que sería mejor que nadie en el mundo...

El pastor concluyó el sermón con un amén. Los fieles se levantaron para entonar la última oración. En el púlpito, el sacerdote también se puso de pie y entrelazó las manos. Desde abajo solo se le veía la papada mal afeitada, los enormes bigotes y la cabeza alzada con los ojos torcidos. Pese a que alargaba las primeras sílabas y tenía la voz ronca, lo que decía era hermoso, afectuoso y caluroso; y sus palabras ricas en el maravilloso vocabulario de la Biblia.

—Haz, Señor, que actuemos según la fe, con piedad, benevolencia, amor y justicia. Que tengamos buena cosecha de ello en la vida terrenal y que después

nuestras almas ganen la salvación eterna, por Tu Hijo, Jesucristo, por los siglos de los siglos...

Bálint se despertó de sus ensoñaciones y rezó fervorosamente. Sus súplicas se llenaron de lo que acababa de pensar, del deseo de un descendiente y de esperanza.

El pastor se fue al altar. Su figura, envuelta en el largo manto, se alzó detrás de la mesa como una torre negra en la luz blanca de la iglesia. El tesorero de la feligresía dobló el viejo manto de brocado y las joyas de la iglesia —dos cálices, una copa grande y las pequeñas patenas—, todas de plata dorada, resplandecieron sobre el mantel de lienzo blanco y los corporales bordados en seda y oro. Los rayos del sol cayeron sobre las joyas, encendieron los relieves plateados, las flores carmesíes y doradas del mantel, y los reflejos casi trascendentales resaltaron la solemnidad de su lujosa riqueza.

En medio de la sencillez blanca de la iglesia, la mesa del altar centelleaba con la promesa del otro mundo.

Los objetos de devoción eran obras de orfebrería de los siglos XVI y XVII. Uno de los cálices, a pesar de tener formas renacentistas, tenía un nudo. Su maestro había conservado la estructura gótica puesto que la orfebrería transilvana había recurrido a menudo a moldes del pasado. Los pétalos en forma de lirio de la otra copa salían directamente del pie ricamente calado. Tenía más de doscientos años, como la mayoría de los corporales e hijuelas. Habían sido regalos de varias generaciones que sentían la necesidad espiritual de donar lo más precioso y más caro a su iglesia. No era nada excepcional en Transilvania. Cada parroquia disponía de uno o dos objetos valiosos que podían ser el orgullo de cualquier museo. Bálint se alegró de volver a verlos.

Bruscamente lo invadieron las dudas y estropearon su alegría. ¿Podía acudir a la mesa de Dios para recibir la eucaristía? Según la doctrina era culpable de adulterio.

Hasta ese momento no lo había pensado. Sus conocimientos sobre ciencias naturales e historia de la religión gracias a sus lecturas de adolescencia —que había vuelto a ampliar mientras trabajó en su inconclusa obra *La belleza como acción*— hacía tiempo que habían borrado su fe en los dogmas. Los consideraba obras humanas marcadas por los valores de la época en que fueron concebidos. Pensaba que sus ideas coincidían con el espíritu de la Reforma, porque Lutero, Calvino y Knox habían confrontado sus opiniones y convicciones con la tradición eclesiástica y la autoridad de los concilios. No obstante, la enseñanza recibida en su niñez se había mantenido fuerte en su alma, tan fuerte que desde hacía años se marchaba del oficio antes de la eucaristía.

Si hubiese estado solo en el banco familiar, se habría marchado sin más, como otros muchos feligreses. El canto sonó largo para que los que no se consideraban dignos de la sagrada forma pudiesen irse. El pastor, antes de explicar la fundación y

las leyes de la eucaristía, esperó a que todo el mundo hiciese examen de conciencia antes de recibirla. Él no intermediaba, no redimía ni castigaba. No tenía poder para hacerlo, su obligación era advertir. Según la fe calvinista cada persona estaba sola ante Dios. Cada uno tenía que examinar su corazón, juzgar sus méritos y pecados.

La señora Abády no se movió, pensaba quedarse. Si Bálint se marchaba, sería casi un escándalo. Sin embargo, vaciló.

El pastor estaba ya leyendo en voz alta las aterradoras palabras sobre la responsabilidad individual: «Por eso, que cada cual examine su alma antes de comer del pan y beber del vino, porque el que coma y beba sin ser digno, comerá y beberá perdición...».

Las escuchó de pie. Examinó su alma. Nunca lo había hecho con tanta sinceridad y humildad. Repasó toda su vida. Juzgó si era culpable por sus actos, no por sus intenciones. Toda su voluntad, todo su afán servía a un solo fin: solucionar su situación con Adrienne de manera honesta. Su intención nunca había sido vil. Su renacido amor buscaba el camino legal según cielo y tierra y un hijo que fuese fiel servidor de su raza y de su fe. Y al examinar su alma tuvo la sensación de que le perdonaba el Señor, Él que se había sentado a la mesa de los pecadores y los recaudadores y había defendido a la mujer sorprendida en adulterio.

El cura le acercó el cáliz, Bálint se inclinó sobre él y se prometió usar toda su fuerza no para romper con su amor —no se sentía capaz de hacerlo—, sino para vencer todos los obstáculos y lograr su matrimonio con Adrienne. Y las palabras del pastor fueron la respuesta a sus súplicas, la promesa del hijo esperado:

—Pedid y se os dará...

Por la tarde Bálint dio un paseo por el fortín sudeste del castillo, que era la torre más antigua. Había sido construido en la abrupta ladera oriental antes de la invasión de los tártaros, por eso recibía el nombre de Torre de Dénes. Tenía proporciones diferentes a los otros fortines: sus muros eran de piedra labrada, no tenía ventanas en la planta baja y el grueso de las paredes era mayor que el del resto, que medía dos metros y medio. Allí se hallaba el archivo. Debajo de las bóvedas se encontraban numerosas estanterías con cajones de pino deslucido que llevaban una letra entre la A y la Z. Allí estaban las escrituras. En el centro, encima de una mesa ancha de roble, se extendía una carpeta amplia que reunía todos los planos antiguos del castillo, los esbozos de la reforma de los siglos XVIII y XIX.

Bálint estaba buscando entre aquellas enormes hojas. Quería ver claramente la división del ala occidental que había ocupado su tío bisabuelo. Desde su muerte nunca habían vuelto a utilizar aquellas habitaciones. Bálint pensaba en vivir allí después de la boda, solo sería necesario adecuarlas a las necesidades del momento.

Estaba reflexionando sobre los posibles cambios e iba a salir para verlo personalmente cuando sonó una bocina desde el portal del patio delantero en forma de U. Se asomó por la ventana.

La máquina giró a gran velocidad y en un abrir y cerrar de ojos se detuvo delante de la escalinata principal. Era un coche de color carmesí, flamante. Se asombró al ver apearse a Dinóra Malhuysen junto con el doctor Zsigmond Boros. ¡Dinóra! ¡Aquí! Desde el escándalo que había estallado hacía dos años no frecuentaba los círculos de la alta sociedad. Aunque era un poco bobalicona, ella sabía que no la recibirían. La pobre había firmado las letras de cambio de su amante, el teniente Wickwitz, y cuando este se escapó del país, se descubrió todo. Su marido, Tihamér Abonyi, se había divorciado de ella y la había dejado con todas las deudas y el estigma de mujer adúltera. Se murmuraba que desde aquel entonces pasaba poco tiempo en su villa de Marosszilvás y más en Pest u otros lugares.

¡Y ahora aparecía para visitar a su madre!

Entró por la puerta sin vacilar, como si supiera que la esperaban.

Ciertamente, la visita de Dinóra no suponía sorpresa alguna para la señora Róza. Ella misma la había invitado. La señora Abády tenía sus propios criterios. Se había quedado viuda muy joven, pero siempre había sido fiel a la memoria de su marido y nunca otro hombre había despertado en ella el menor interés. Pensaba que las mujeres que se permitían tener amantes eran diferentes, una casta especial de la raza humana. No las juzgaba, simplemente las consideraba seres distintos. No iba con su carácter de pequeña reina adherirse a la condena pública que había excluido a Dinóra.

La mera exclusión no era razón suficiente para no invitarla a su casa. La condesa Róza tenía planes. Desde aquella mañana de marzo, cuando de madrugada habían despertado a Bálint con una carta, creyó que su hijo había roto con aquella mujer tan odiada y tan temida, pero últimamente, a intervalos cortos, habían llegado tres cartas suyas. La señora Abády, que solía distribuir el correo de la casa, conocía bien la caligrafía de Adrienne. Se asustó. «¡La maldita logrará persuadir a Bálint con sus súplicas!», pensó rompiéndose la cabeza para impedirlo. Entonces se acordó de Dinóra, que vivía en el pueblo vecino y hacía poco, según decían, había vuelto. Siendo estudiante de Derecho, Bálint había frecuentado a menudo su casa, muchas veces a caballo, cruzando el vado del Aranyos. ¡Excelente idea! Su hijo necesitaba diversión y los hombres eran así: su diversión eran las mujeres. Evidentemente, no se lo había dicho de manera tan explícita. Solo tenía ideas vagas, borrosas, pero esbozó una sonrisa cómplice cuando envió la invitación a Dinóra con un mozo de cuadra.

Bálint encontró a los visitantes en la terraza inferior, donde solían merendar en verano. Se divisaba desde allí un vasto panorama, porque un prado de kilómetro y medio se extendía bajo los arcos formados por los gigantescos álamos.

Su madre ya estaba abajo y el mayordomo estaba poniendo la mesa.

—Excusará, tía Róza —dijo Dinóra cuando Bálint entró—, que haya venido con Zsigmond Boros, ¿verdad? Ahora no tengo coche como en los tiempos de Tihamér... Entonces teníamos trotones negros... Pero Zsig..., es decir, el doctor Boros, dice que no es necesario, porque es un lujo. ¿Y para qué? Él me hace un gran favor y lleva todos mis asuntos. Precisamente estaba en mi casa y, como él tiene automóvil, he pensado que tal vez no fuese un problema...

La respuesta de la señora Róza sonó un poco fría:

—Al revés, me alegro mucho...

Pero Dinóra, al ver a Bálint, se levantó de un salto:

—¡Bá! ¡Oh, cómo me alegro de verlo! ¿Conoce a Zsigmond Boros, verdad? Bueno, claro, son diputados... ¿Cuándo ha llegado? ¿Cómo está?

Después de los obligatorios cumplidos merendaron. Fue un refrigerio a la transilvana: un sinfín de fiambres, diversos pasteles aún calientes que las amas de llaves sirvieron por turnos, mantequilla, miel, fresas de los neveros, té y café frío con nata batida.

Boros, presumiendo de su hermosa voz de barítono, elogió con palabras melódicas el parque, los árboles, los arriates, el panorama infinito, la forma especial del patio por donde habían entrado y la antesala que habían cruzado. Poco a poco conquistó el corazón de la señora Abády.

Bálint lo encontró antipático. Era un abogado de pueblo, pero vestía con rebuscada elegancia, lucía una perilla alisada con tenacillas, llevaba un montón de anillos en las manos y desprendía un fuerte olor a perfume. En conjunto daba una impresión extraña, como si algo no le fuera bien a ese hombre tan elegante. No obstante, cuando Boros declaró que Dénestornya le recordaba al castillo de

Chambord, en el valle del Loira, la frialdad de la condesa Róza se disipó definitivamente porque, aparte de su hijo, el único amor que tenía era su precioso hogar.

Comieron con fruición y al terminar la merienda, la señora Róza se apresuró a invitar a Boros a visitar las habitaciones superiores, mientras Dinóra y Bálint se fueron a dar un paseo.

Estaban en la gran alameda de tilos cuando Bálint preguntó:

—¿Cómo vive, querida Dinóra? A menudo he pensado en ir a visitarla, pero casi nunca estoy en casa.

—Es muy amable por su parte, Bá. Bueno, ya sabe que vivir sola en un pueblo no es muy agradable. Al principio no paraban de llegar resoluciones de embargo. Intentaba no estar en casa para que no me las pudiesen entregar. Ahora es diferente, desde que Zsiga<sup>[14]</sup>..., iba a decir Boros...

—Puede llamarlo Zsiga sin problema —la tranquilizó Bálint.

Dinóra se encogió de hombros con una sonrisa.

—Pues, es así. Es normal, ¿no? Además, es una persona muy agradable. ¿Y sabe? —continuó colocando la mano en el hombro de Bálint con gesto confiado—, él me ha enseñado muchas cosas que no sabía... lo cual es de extrañar...

—¿Tal vez cuestiones jurídicas? —bromeó Bálint.

—¡No sea tan ingenuo! —Dinóra soltó una risa voluptuosa y, como si estuviese pensando en un secreto, se calló un segundo y añadió—: Lo habrá aprendido de una *cocotte* porque, ¿sabe?, todos los veranos viaja al balneario de Trouville o al de Ostende.

—¿Tanto dinero tiene? ¡Esos lugares son increíblemente caros! —se sorprendió Abády.

—¡Mucho! ¡Muchísimo! Acaba de recibir una suma considerable y ha alquilado un bonito apartamento en Budapest, pero claro, no a mi nombre, para que no puedan molestarme con las malditas letras de cambio.

—¡Pero si no pagas, subastarán Marosszilvás!

La mujer se rio otra vez:

—¡Oh, eso tampoco! La finca está ya a nombre de Zsiga, yo no tengo nada escriturado. No me pueden pillar...

Bálint se quedó pasmado.

—¡Pero querida Dinóra! ¿Lo has puesto a su nombre? ¡Es muy peligroso! ¡Estás en sus manos! ¡A su merced!

—¡Qué va! Es un caballero... ¡Y está loco por mí!

—¡Si al menos pudiese casarse contigo, pero tiene mujer e hijos!

—¡No me importa! Además, no me casaría con él. ¿Para qué? Vamos a dejarlo estar, la vida es tan bonita y yo me alegro tanto de volver a verte, mi pequeño.

Recuerdas el nombre, ¿verdad? ¡Mi pequeño! —se estrechó contra él como una gata y continuó con voz afectuosa—: ¿Te acuerdas de lo torpe que fuiste? ¡Pero tan cariñoso! Y tenías un modo de hablar... ¡Oh, tus palabras! Ya entonces te dije que serías una persona importante...

Dinóra evocó el pasado sin dejar que Bálint volviese a hablar en serio. «De todos modos sería inútil», pensó Abády y escuchó el gorjeo de esa mujercita afectuosa e imprudente, de esa cabeza de chorlito...

Bálint vaciló durante unos días sobre cómo debía plantear a su madre que quería casarse con Adrienne. El hecho de que la condesa Róza hubiese recibido a Dinóra, que era *persona non grata* en todos los círculos, constituía un argumento de peso para pensar que su madre podría ser muy indulgente. La misma señora Abády brindó la oportunidad de sacar el tema. Las señoras Tóthy y Baczó, las dos vigilantes de la casa, le habían contado que el «señorito Bálint» había recorrido varias veces la desierta ala occidental del castillo. Se habían enterado de que había examinado las habitaciones y había tomado notas.

—¿Planeas hacer algo en las habitaciones de mi difunto hermano Pali? —preguntó la señora Róza después de la cena.

Estaban en el salón pequeño, cuyo sofá estaba en un rincón, no como en la casa de Kolozsvár, que se hallaba en el centro. Por lo demás, la escena era similar. Róza Abády se sentó en medio del sofá, Bálint a su derecha en una butaca y las dos amas de llaves tejían afanosamente a ambos extremos de la mesa.

—Es posible. Estoy pensando algo y me gustaría comentártelo, si... —contestó Bálint pausadamente y dejó la frase medio acabada echando una mirada a las robustas mujeres enfrascadas en sus labores de punto.

Estas no esperaron el gesto apenas perceptible de la señora Abády para despedirse, sino que se levantaron y salieron del salón.

—Estoy pensando que cuando me case me gustaría trasladarme allí, si te parece bien, mamá. Aquellos aposentos son más apropiados. Están muy alejados, de momento no los usa nadie y, si hay que hacer obras, no modificarían el aspecto del edificio.

—¿Piensas casarte? —exclamó su madre—. ¡Oh! ¡Nada en el mundo me alegraría tanto! ¡Cuéntame, cuéntamelo todo! Nunca te he metido prisa, pero hace tanto tiempo que lo espero —fijó su mirada saltona en su hijo y con sus menudos y gruesos dedos le agarró la mano.

—Sí. Hace tiempo que le estoy dando vueltas. Esto no es vida. Desde hace años amo a una mujer casada...

—¡A una mujer casada!... —dijo la señora Abády indignada y, como si hubiese sufrido un golpe, soltó, casi lanzó, la mano de su hijo y se apartó de él.

—Sí. Tal vez lo sepas. Es Adrienne Milóth. ¡Hace muchos años que nos

queremos!

La condesa Róza no encontró palabras debido a la brusquedad del paso de la alegría a la indignación profunda:

—Con aquella... con... con aquella no... ¡No! —repitió con la voz ahogada por la turbación.

—Mira, madre. La quiero con todo mi corazón. Nunca he amado a nadie y no podría amar a nadie más. A nadie. Te lo juro. Y ella también me ama, me ama como nadie...

La vieja soltó una risa ofensiva:

—¿Te ama? ¡Es una...! Te lo crees porque eres un ingenuo... un ingenuo —dijo pensando en las calumnias de la tía Lizinka y de sus amas, en el tío Ambrus, en Ádám Alvinczy, Pityu y en todos los que se habían acercado a Adrienne para luego difamarla.

Bálint sintió que le estallaba la cabeza. Intentó moderarse, pero su voz sonó seca y dura cuando intervino:

—Solo yo puedo saber cuánto me ama. Y solo a mí me concierne.

Por un momento madre e hijo se enfrentaron sin palabras.

Bálint rompió el silencio articulando cada palabra muy despacio:

—Estoy decidido a casarme con ella en el momento en que logre el divorcio.

La condesa —cosa fuera de lo común— se levantó de un salto y dio un golpe en la mesa con los dos puños.

—¡No voy a permitirlo nunca! ¡No! ¡Nunca! ¡Nunca!

Y luego, como si se hubiese avergonzado de haberse dejado arrastrar por la emoción, se acercó a la ventana, se sentó al escritorio y clavó su mirada en la alfombra. Sus ojos echaban chispas de rabia.

Bálint comenzó a argumentar, a repetir lo que acababa de decir. Habló de su amor. Intentó hablar con afecto y sumisión porque conocía bien el carácter tiránico de su madre.

Sabía que la condesa respetaba mucho las tradiciones, por eso alegó que su abuelo paterno también se había casado con una mujer divorciada. No era ni un error ni una vergüenza, puesto que todos eran protestantes. Le contó que no podría vivir con otra mujer, no podría y no se casaría con otra. Pero el terco mutismo de su madre lo irritó.

Poco a poco dejó el tono suplicante y sus palabras empezaron a sonar duras.

—Al fin y al cabo ya no soy un niño. Soy mayor de edad y tengo derecho a...

—¿Sí? ¿Sí? ¿Esa es tu manera de argumentar? —lo interrumpió su madre—. ¡Cómo te has pervertido! —dijo estirando su pequeña figura y con mirada severa continuó—: Me dices que tienes derecho. Pues bien. Haz lo que te parezca. Pero te lo advierto ahora: esa mujer nunca, nunca mientras yo viva, podrá poner los pies en mi casa. ¿Me has entendido? ¡Nunca! ¡Y ahora vete! No tenemos nada más de que hablar.

Bálint quiso tranquilizarla:

—Pero, querida mamá, no me hable tan...

—No. Vete. Ya hemos hablado bastante. Vete.

Bálint fue a besarle la mano, pero ella se negó. Con su grueso índice le señaló la puerta.

Se quedó con el brazo extendido hasta que la puerta se cerró tras su hijo. Entonces se desplomó bruscamente. Cayó rendida sobre el pequeño escritorio y se echó a llorar en silencio, escondiendo la cara entre sus brazos entrelazados para no ver ni oír nada.

Lloró largamente, sola, como hacía años durante la larga enfermedad de su marido. No se dio cuenta de que una de las amas de llaves se había asomado a la puerta y asustada se había retirado enseguida. Estaba concentrada únicamente en su enorme pena. Al final se recuperó. Se secó los ojos y se arregló el peinado.

Se estiró y salió del salón con la cabeza levantada. Cruzó el vestíbulo y con toda normalidad ordenó al criado:

—Puede apagar las luces.

No se le notaba en absoluto la enorme alteración que había sufrido.

El día siguiente, madre e hijo solo se encontraron a la hora de comer. Bálint le besó la mano con formalidad extrema y más tarde, cuando se quedaron solos, quiso volver a hablar sobre el matrimonio, pero apenas empezó las bien preparadas frases que había redactado durante la noche, cuando su madre lo cortó. Su voz sonó tranquila pero implacable:

—No quiero oír ni una palabra más. No hay manera de cambiar lo que he dicho. Solo quiero añadir una cosa: si te casas con esa, tú y yo habremos terminado. Hasta que se realice ese... ese desgraciado acontecimiento, todo seguirá entre nosotros como ahora. Hasta el último momento lo que es mío también es tuyo. Pero nuestra vida se volverá insoportable si decidieras volver a mencionarlo. Actúa en consecuencia —y para impedir respuesta alguna continuó en tono desenvuelto—: Ahora voy a bajar a ver la cerda madre. Al potro de *Cuervo* le ha picado una avispa justamente en el hocico. Ven conmigo. Probablemente haya un avispero entre la hierba. Habrá que destruirlo si lo logramos encontrar.

Aparentemente, no había cambiado nada. Bálint y la señora Abády pasearon juntos, forjaron planes sobre arriates y arbustos de adorno, sobre las obras que necesitaba el puente del jardín, que estaba acorchado, y sobre los caballos que debían preparar para la gran cacería de otoño. Charlaron sobre ciervos, liebres, faisanes; sobre asuntos que incumbían a Dénestornya. Pero era todo apariencia. Si estaban juntos, una sola cuestión los torturaba en silencio: el casamiento de Bálint.

Sus palabras eran afectadas, su despreocupación fingida.

Pasaron unos días. Unos días difíciles y dolorosos para los dos. A Bálint también le mortificaba ver sufrir a su madre. Decidió marcharse. Pensó que sería mejor distanciarse, tal vez se le olvidase la terrible escena del primer enfrentamiento de sus vidas.

Cuando anunció su intención de irse, su madre no le preguntó, como había hecho tantas veces, adónde iba. Solo dijo: «Bien», nada más. Obviamente, pensaba que su hijo se marchaba a ver a aquella odiosa mujer. Y no cambió de opinión a pesar de que Bálint le explicó con abundantes detalles que iba directamente a Budapest para intentar sacar adelante los asuntos de la cooperativa y asistir a las sesiones parlamentarias dedicadas a la reforma del sistema electoral y a la crisis turca. Su presencia era indispensable en Budapest. «Bien, bien» fue la respuesta de la condesa Róza, que parecía querer eximir a su hijo de las mentiras. Todo era verdad y Abády no iba a visitar a Adrienne, pero su madre no le creyó. La confianza mutua se había venido abajo y no había palabras para recuperarla.

Bálint se marchó con tristeza. Cuando el carruaje salió por el patio, volvió la mirada. Su madre, aunque no lo acompañaba a la puerta, solía despedirse de él desde el balcón, pero ahora no estaba. «Estará en su salón llorando», pensó.

Y se le encogió el corazón.

Un martes de septiembre se inauguró la feria nacional de Szamosújvár. Se trataba de un gran acontecimiento. La feria otoñal era especialmente importante porque las destilerías compraban gran cantidad de lechones para cebar, lo que hacía subir los precios. Los tratantes de ganado, los comerciantes y los granjeros llegaban con muchísimas vacas. El cochinillo tenía en ese momento muy buen precio; además, la feria era una ocasión inmejorable para librarse de las reses que ya no valían y vender los caballos, que estaban en forma gracias a los buenos pastos de verano. Los prudentes compraban entonces ropa para el invierno: botas, tabardos y cualquier prenda de abrigo, así como mantas y cabestros, pues pronto habría que atar a los animales en los establos; también necesitarían rejas para la arada otoñal y cientos de enseres más. Llegaba gente de muchos pueblos porque la feria nacional eran los carnavales del otoño. Hombres y mujeres acudían desde el Mezőség, Erdőhát y el valle del Szamos; muchos procedentes de la lejana región de Kővár no venían resueltos a comprar sino a divertirse porque en la feria se podían escuchar las nuevas y beber aguardiente con miel. La gente encontraba los pretextos más diversos para asistir; había personas que caminaban veinte kilómetros por una vara de cinta roja, un tubo de pipa o un paquete de cerillas.

El primer día se celebraba el mercado de reses; el segundo, el de mercancías. Por eso, de madrugada, el ganado había entrado en la ciudad en tropel desde todos los puntos. Era muy importante estar a primera hora para conseguir buen puesto y ver cómo evolucionaban los precios. El regateo requería mucho tiempo y dedicación.

La bella señora Lázár salió de su finca de Dezmér por la noche. Arreaba treinta novillos y pico, un ganado allegadizo que había comprado la primavera anterior con el plan de engordarlos en sus abundantes pastizales y ganar con su venta. Los novillos, junto con unos terneros de los que se quería deshacer, iban delante; ella, detrás en el landó, avanzaba despacio porque no quería perder de vista a los arreadores para que no hicieran largas paradas en las tabernas ni hostigaran en demasía los terneros y llegasen cojos a la feria.

Era un espectáculo extraño: el bello landó con el cochero de librea en el pescante y cuatro brazadas de heno detrás, pero a ella no le preocupaban esa clase de pormenores. Lo más importante era su granja, donde se encargaba de todos los trabajos, solo pocos hombres sabían más que ella de la faena.

Llegó a la plaza del mercado muy temprano y se quedó hasta muy tarde. Ya por la mañana quisieron comprarle los animales, pero ella no bajó el precio un céntimo porque su hombre de confianza, que era el tratante de los hermanos Papp, la había avisado de que los precios aumentarían a lo largo del día. Con un simple guiño del

ojo izquierdo de aquellos hombres le bastó a la señora Lázár. Los hermanos Papp conocían bien el mercado, tenían el mayor comercio de ganado en la región y hacían transportes a Viena y al extranjero. En consecuencia, la viuda de Bogdán Lázár se resistió tercamente al regateo. Almorzó lo que había traído en una cesta, sentada al lado de sus animales. Su política dio frutos: ella fue la que más caro vendió porque la oferta no cubría la demanda y al final de la feria los precios se habían disparado.

Al terminar la venta, mandó a casa a los arreadores y se fue a la ciudad en su coche. Quería ver a su hombre de confianza, al que debía gratificar con doscientas o trescientas coronas para que no perdiese su interés. Sabía dónde encontrarlo, en el patio de la taberna Zöldfa, que no era un lugar distinguido pero sí espacioso y el cuartel general de los corredores de ganado.

Le costó atravesar la ciudad, abarrotada de borrachos, animales de vuelta a casa y lechones recién adquiridos arrastrados dificultosamente con una cuerda atada a sus patas traseras. Se abrió camino entre el caótico laberinto de gente y casetas, pero por fin llegó al Zöldfa. Entró por el portal en un patio abarrotado de gente sentada en numerosas mesas. Naturalmente, no faltaban los cíngaros. La alegría se palpaba en el festivo ambiente porque por la mañana todo el mundo había hecho un buen negocio. Lo festejaban con gitanos y vino. Los camareros no daban abasto llevando y trayendo comida, jarras de cerveza y vino.

La señora Lázár observó la multitud y al final encontró a quien buscaba. Estaba acodado en una mesa no muy lejos de los cíngaros. Vaciló por un momento si no sería más sabio enviarle el dinero por correo, pero decidió que sería mejor acabar con el asunto allí mismo. Cruzó el patio y llegó de inmediato porque la gente le abrió paso, aunque muchos ya estaban borrachos, puesto que todo el mundo conocía a esa mujer alta y hermosa que tantas veces les había dado trabajo.

Cuando su hombre de confianza la vio, se levantó y salió a su encuentro. Cogió el sobre con su propina e intercambiaron un par de palabras en medio del bullicio general.

—¿Qué ha hecho que los precios hayan sido tan altos? —preguntó la señora Sára—. No me lo esperaba en absoluto.

—Dicen —contestó el hombre— que el ejército está haciendo compras. Y efectivamente la comisión de remonta ha venido y ha comprado muchos caballos. No sé por qué, pero debe de ser por lo de los turcos.

—¿Por la revolución turca?, ¿de veras?

—Al menos es lo que la gente dice...

Sus palabras fueron interrumpidas por estruendosas carcajadas. La oleada de risas venía de la banda de gitanos. La señora Lázár les echó una mirada.

En vez del primer violinista, un joven de mediana estatura tocaba el violín. Llevaba un traje muy deslucido y arrugado, pero de excelente corte y, en la cabeza, una cacerola de cobre que alguien le había colocado a modo de sombrero. Tocaba de manera muy curiosa, haciendo payasadas. Se acuclillaba, bailaba o saltaba como un

tentetieso, luego dio unos pasitos diminutos y tambaleantes. Obviamente estaba como una cuba; sin embargo, no se equivocó en ningún momento y la alegre canción voló a ritmo desenfrenado. «Las tres hijas de Csicsó...», recitó el texto mezclándolo con groserías. El violín chirriaba por momentos y, en otras ocasiones, parecía eructar para dar énfasis a las palabras vulgares.

Se trataba de László Gyerőffy.

Aquella era una de sus viejas composiciones burlescas, interpretada de una forma muy pervertida, que antaño había divertido al distinguido público de los salones que se reunía para entretenerse con los cíngaros, aunque naturalmente no con esa letra tan tosca. Pero allí, en ese momento, iba que ni pintada para su humor socarrón y para un público que le pagaba las copas.

Estaba tan borracho que era el pelele de todos, ni siquiera se había dado cuenta de la cacerola en la cabeza ni de que le habían metido una servilleta por detrás en la chaqueta.

No era la primera vez que hacía payasadas. Ese verano había acudido a Szamosújvár a menudo y después de gastarse lo poco que tenía, tocaba en una taberna u otra donde le pagasen el vino. Cuando se burlaban de él con jactancia, se rebelaba; en dichas ocasiones se había mostrado violento, pero poco a poco se había ido acostumbrando a ser el blanco de las bromas. Incluso buscaba la ocasión de ser su propia víctima y le llenaba de amarga alegría estar tan envilecido, como si de esa manera se burlase de su bajeza. Antaño, cuando bebía con hombres de su clase, las borracheras habían despertado en él una arrogancia inesperada y terminaba marchándose con paso airado envuelto en su propia ridícula vanidad, pero ahora la ordinariez de sus nuevos compañeros le había cambiado. Tenía la impresión de ser un príncipe maldito que se sometía voluntariamente a la esclavitud y se revolcaba en el barro. Se reía de sí mismo y de los que se reían de él. Pero ese estado de semiconsciencia no le duraba mucho, ya no toleraba el vino y se emborrachaba fácilmente.

Alguien del público se levantó con un cinturón en la mano, se acercó a Gyerőffy y guiñó un ojo a sus amigos en señal de burla.

—¿Sabe bailar, mi conde, con las rodillas atadas? —preguntó maliciosamente.

La propuesta fue recibida por carcajadas expectantes.

—¡Vamos a ver la hazaña! —gritó uno.

—¡Pago un litro de vino si no se cae de bruces, señor conde! —añadió otro.

László se detuvo y con una risita atontada dijo:

—Bien... yo puedo... como sea...

A la bella señora Lázár se le encogió el corazón quién sabe si por lástima o por compasión. O tal vez al ver su mirada inconsciente, que descansó sobre ella mientras le ataban las rodillas. La mujer vio en sus ojos el mudo grito de socorro del animal al que van a inmolar, aunque seguramente no era más que la vidriosidad del alcohol.

Solo conocía a László de vista, porque se había pasado el día entero sentado

delante de la bodega frente a su caseta en el bazar benéfico. Sin moverse de allí, también se había emborrachado en aquella ocasión. Entonces le produjo asco y no volvió a pensar más en él. Sin embargo, ahora la recorrió un sentimiento maternal, de vergüenza ajena por la bajeza humana que se burlaba de un ser indefenso.

Sin pensar en las consecuencias —fue una decisión instintiva, no de su voluntad—, dio unos pocos pasos y se situó al lado de Gyeróffy.

—¡Suelte la correa! —ordenó al tratante que estaba arrodillado a los pies de László—. ¡Suéltela! ¿No le da vergüenza?

El público se quedó atónito y mudo. Habló con una voz tan fuerte y decidida, su postura y sus redondos ojos irradiaron tan incuestionable rigor, que nadie se atrevió a abrir la boca. Cuando cogió la mano de Gyeróffy para llevárselo, la gente se levantó y le cedió el paso respetuosamente.

László la siguió en silencio, aunque la señora Lázár solo le había dicho:

—Venga usted conmigo.

Los corredores les abrieron paso y ellos se marcharon del patio de la taberna. Esa mujer erguida como una reina, de hombros fuertes, se llevó a László Gyeróffy de la mano como a un niño.

Una vez fuera, lo metió en el landó y mandó subir la capota para que no la viesen pasar en el coche con el joven borracho.

László se durmió casi enseguida.

Anocheecía, el cielo estaba nublado y a continuación comenzó a lloviznar. Los caballos trotaron despacio. László continuó durmiendo con la cabeza apoyada en el respaldo. «¡Qué expresión más dolorosa tiene!», pensó la mujer. El sombrero del joven se había caído y ella lo tenía en el regazo. Miró largamente sus ojos cerrados. «¡Qué pálido está!». Sus cejas unidas parecían enarcadas como si se lamentara inconscientemente.

Era un niño perdido que no encontraba el camino a casa...

No tenía ningún plan, solo había querido sacarlo de aquel lugar terrible donde se burlaban de él. En el camino pensó despertarlo en Szamoskozárd y dejarlo. Vivía allí y seguramente habría alguien que se ocupase de él, pero como cada vez llovía con mayor intensidad, la señora Lázár se refugió bajo la capota y no se dio cuenta de que habían atravesado el pueblo. Tal vez no le importó. De todos modos hubiese sido muy extraño bajar a un joven borracho del carruaje y dar órdenes y explicaciones. Tampoco sabía dónde quedaba la finca Gyeróffy y ya era tarde; tenía que llegar a casa porque era martes y al día siguiente tenía que comparecer ante el tribunal provincial. Aún faltaba un buen rato hasta Dezmér. No le resultaba difícil encontrar pretextos para explicarse su actitud, especialmente cuando obedecía a sus instintos y no a su voluntad.

Pensó que lo más fácil sería ir directamente a casa, así Gyeróffy podría dormir la

borrachera y bajar del landó como una persona normal. Lo alojaría en la habitación de huéspedes y por la mañana él cogería un tren de regreso.

Menos mal que ese año había matriculado a su hijo en el internado de Szeben para que aprendiera alemán. Hubiese sido difícil explicarle por qué había recogido a un conde desconocido en la feria. Podía explicarlo, no había que buscar segundas intenciones. Hacía dos años, cuando tuvo una *liaison* con Wickwitz fue distinto. Había sido su amante, pero su hijo se había llevado bien con él porque adoraba que fuera un gran deportista. No sospechó que no fuese un simple invitado, ella cuidaba de las apariencias. Esta vez no había nada que cuidar. Solo había obrado por piedad.

«De todos modos es mejor que mi hijo no esté en casa», pensó. «Mucho mejor...».

László se despertó. Ya era jueves por la mañana. El sol estaba alto y los rayos dorados que penetraban en la habitación por la celosía caían justo delante de la ventana. La habitación parecía todavía más oscura bajo la luz cegadora de las barras de oro en la que las moscas otoñales zumbaban suavemente. Fue precisamente el zumbido lo que lo despertó.

Se incorporó en la cama y miró la habitación. Estaba en un lugar desconocido, no sabía dónde. Poco a poco comenzó a recordar. Solo vagamente pudo evocar cómo había llegado allí. Se había emborrachado en la taberna de Szamosújvár. Había tocado música. ¿Qué clase de música? Ya no se acordaba. Algo muy peculiar. Había estado rodeado de muchas, muchísimas cabezas. Cabezas que reían con la boca abierta. Bruscamente una mujer alta, morena, se había abierto paso entre las cabezas y él. Unos ojos negros dibujados con carbón y alguien, quizá aquella mujer, había dicho algo. ¿Y luego? Luego nada... Solo una sacudida y se despertó delante de una casa desconocida. No la lograba recordar porque era de noche y posiblemente aún se encontraba bajo los efectos del alcohol.

Era como si hubiesen pasado siglos.

Había pasado todo el día durmiendo. Se había despertado por primera vez con la luz crepuscular. Había abierto los ojos porque oyó que alguien estaba recogiendo la habitación. Una criada desconocida en una habitación desconocida.

—El baño ya está preparado, señor —dijo—. Si lo desea, ahora mismo pongo agua caliente...

Fue una sensación voluptuosa descansar largamente en el agua templada... Todo estaba limpio y olía bien, el jabón, las toallas, la estregadera y las esponjas. Cuando volvió a la habitación, la lámpara de petróleo ya estaba encendida. Encima de la cama encontró una camisa de hombre limpia, su traje planchado y arreglado sobre una silla y los zapatos brillantes del cepillado. Le sentó bien sentirse limpio.

Ahora recordaba esa primera impresión. ¿Y qué había ocurrido después? ¡Algo sorprendente!

Lo habían llamado para cenar. Sintió mucha vergüenza, pero la anfitriona lo ayudó a superar los primeros y más incómodos momentos.

—No sabía si cortaría bien la navaja que le he hecho llegar —dijo con una risa sana—. Era de mi difunto marido, hace tiempo que no la ha usado nadie... He intentado afilarla... La camisa es de mi hijo adolescente, que ahora no está en casa...

La mujer tenía una gracia sencilla y una bondad natural, incuestionable. Además, era hermosa y olía bien. Desprendía el fuerte olor de las personas sanas.

Cenaron juntos y él, más tarde, tocó el piano. Era algo natural que se daba por entendido.

Como todo lo que pasaría luego...

Había tocado el piano hasta muy entrada la noche. La única lámpara de petróleo había comenzado a humear y se habían levantado juntos para apagarla. La mujer había ido a la lámpara, él la había seguido por obsequiosidad o tal vez instintivamente. Una vez bajada la llama, la habitación había quedado en penumbra, casi oscura. Estando junto a la mujer, cerca, muy cerca, la había abrazado. No podía ser de otro modo.

Se habían besado largamente de pie. Sí, largamente. La mujer en principio no había mostrado resistencia alguna, sino más tarde, cuando él con un gesto agresivo la había arrastrado al sofá. Sin fuerzas, se había resistido. «No... no... no», había repetido con voz alterada. Y con la insistencia, su cuerpo de formas esculturales se había estremecido...

Ahora, al recordarlo, volvió a sentir el temblor en los dedos.

Y más tarde, cuando la besó por toda la cara, notó que estaba mojada. Las lágrimas habían corrido lentamente por sus mejillas. «¿Por qué había llorado? ¿Por qué había temblado?», se preguntó László mirando las franjas luminosas de los rayos del sol que brillaban en el suelo. Se lo preguntó, pero no encontró respuestas.

Generalmente no le daba muchas vueltas a esta clase de inquietudes.

Oyó el ruido del agua del cuarto vecino. Seguramente volvían a prepararle el baño. Se recostó de nuevo sobre las almohadas. ¡Qué bien! ¡Una cama estupenda, limpia y perfumada! Desde que la vida lo había separado de sus parientes Kollonich y Szent-Györgyi no había dormido en una cama tan bien hecha, no había vivido con tanta limpieza. Se estiró voluptuosamente, cerró los ojos y volvió a dormirse.

La puerta se abrió y entró la bella señora Sára. La larga bata de seda dejaba ver sus curvas duras, como las de una estatua. Tenía el pelo recogido con una redecilla. Con la cabeza recogida parecía tener los hombros todavía más amplios. Traía el desayuno de László, delicias servidas en una bandeja: café, *pogácsa* de mantequilla recién sacada del horno, fiambres y bizcocho. Colocó una silla a modo de mesa y se sentó en la cama. László la observó asombrado.

—¿Usted ya se ha despertado?

La mujer se rio a carcajadas, sus dientes níveos brillaron en su boca. Sobre sus labios rojos crecía una pelusa negra y suave, sus pestañas densas parecían dibujadas

con carbón y tenía las cejas largas, como los antiguos egipcios. Su piel morena lucía manchas rojas en las mejillas y brillaba con la luz blanca amarillenta de la espuma de mar en el escote y los brazos. Solo en ese momento apreció Gyerőffy la belleza de la mujer.

—¡Oh, ya llevo un buen rato despierta! —dijo—. De madrugada me gusta recorrer la granja. Me lavo y me aseo después de volver porque me levanto antes que mis criados. ¿Y usted? ¿Qué tal ha dormido? ¿Bien? —Esbozó una sonrisa traviesa y le preguntó—: ¿Le pongo café?

Charló alegremente, ya no se le notaba aquel miedo trágico que la había hecho temblar la noche anterior en brazos de László. Entonces había tenido la sensación de que algo la arrastraba con una fuerza fatal, pese a que era muy conocedora del amor. Desde la muerte de su viejo esposo había tenido relaciones con dos hombres. Primero, con un pariente lejano; más tarde, con el teniente Wickwitz. Pero aquello había sido distinto. Los aceptó con prudencia después de un largo galanteo, casi por razones de salud física y mental. Lo de László nada tenía que ver con lo anterior. Fue un temporal, un huracán que se había levantado inesperadamente de la nada. Una fuerza elemental, avasalladora. Nunca había experimentado algo similar y todo su ser quedó pasmado. Su instinto de supervivencia sintió pánico ante la voluntad devastadora del destino. ¡Había querido defenderse, pero había sido en vano! En aquel momento tuvo la sensación de ser una virgen que intentaba protegerse, asustada, presa del deseo salvaje y del miedo animal.

En las primeras horas de la mañana, mientras controlaba el ordeño y la distribución del forraje y daba órdenes a los jornaleros, había pensado en la noche anterior. ¿Cómo había podido ocurrirle semejante cosa?

Siempre había sido una mujer sabia y prudente, buena conocedora de sí misma y de los demás. Cuando sin vacilar había sacado a Gyerőffy de la taberna, había actuado por lástima, le habían indignado las burlas despiadadas. Solo quería acabar con ellas. Durante el camino de vuelta a casa había sentido lástima, pero nada más. El joven no había recobrado sus sentidos y, cuando delante del porche tuvo que sacarlo del landó aún muy borracho, incluso volvió a sentir asco. No lo volvió a ver, la criada le había comunicado que dormía. László había pasado todo el día en cama, inconsciente, mientras ella cuidaba de él como era propio de su carácter benevolente y tal vez un poco maternal. Lo hizo porque es lo que hubiese hecho con cualquiera que se alojase en su casa... y tal vez porque no quería volver a verlo tan sucio y descuidado como cuando había llegado.

Eso pensó de él mientras lo había esperado para cenar, por eso le había sorprendido que hubiese entrado en la habitación un señor joven, aseado y de aspecto impecable en vez de un vil borracho. Su traje, de excelente corte, perfectamente planchado; sus modales, cuando le había pedido disculpas pese a sentirse avergonzado; su estilo, propio de la alta sociedad, tan distinto al de sus compañeros de borrachera. Todo había hecho que sintiese un hechizo que no había dejado de

aumentar y que al final la dominó por completo. Su manera de hablar, de limpiarse los labios, de sentarse al piano para expresar su gratitud, había reflejado una modestia juvenil mezclada con tranquilidad señorial y gracia pueril. Al tocar el piano se le había cambiado la cara, como si desde las profundidades de su alma hubiese emanado una fuerza desconocida: el embaucador príncipe le había hablado de tiempos remotos.

Su música, lamentos y melodías crueles jamás escuchadas, había sonado todavía más curiosa en un piano que no había sido afinado desde hacía años. Sentada a su lado había tenido la impresión de conocerlo desde siempre. Su joven rostro cejijunto, su mirada de pupilas dilatadas con la que se había explicado mientras de sus dedos habían brotado canciones que creaba en ese momento solo para ella...

Ahora la señora Lázár recordaba, analizaba la noche anterior y su comportamiento le pareció irracional, casi ridículo. Seguramente se había sentido nerviosa. ¿Qué más daba que hubiesen terminado conociéndose del todo? Hacía lo que quería y no tenía que rendir cuentas a nadie. Así pensaba y así entró esa mañana en su habitación. Sabía que la bata de seda le quedaba bien, se sentía hermosa y deseable. Sabía que al sentarse en la cama, la seda se le abriría por el escote.

Mientras le sirvió el café humeante le preguntó:

—¿Con o sin leche?

Pero el café se enfrió en la taza...

Esa aventura había abierto una nueva etapa en la vida de László y pronto se trasladó a casa de la señora Lázár. Al principio volvió a Szamoskozárd alguna que otra vez, pero cuando veía su desaliñado hogar, regresaba casi de inmediato a Dezmér. Y entonces era cuando se daba cuenta de lo desoladora que era su casa.

Su habitación estaba casi vacía, porque a lo largo del año anterior había vendido no solo la porcelana, sino también algunos muebles. Al principio pocos, pero cada vez más. Las piezas más valiosas —los objetos familiares, los hermosos armarios y mesas de tejo, así como las viejas estatuas de bronce francesas que sus padres habían comprado en París— habían pasado a la tienda de antigüedades de la gruesa señora Brucker de Kolozsvar a través del tendero Bischitz. Él mismo había llevado los objetos menores a Szamosújvár, donde los había malvendido o dejado en empeño. Una de las escopetas inglesas acabó también en el monte de piedad.

El dinero se le había ido de las manos rápidamente porque bebía y jugaba a las cartas en sitios de mala fama.

Cuando la primavera anterior Sándor Kendy le había hablado con tanto cariño, había intentado portarse mejor durante un par de días. Había enviado un correo a Ázbej pidiéndole una lista detallada de sus deudas. El abogado le contestó enviándole un registro y diciendo que no era completo, que estaba trabajando para reunir todos los datos. László se olvidó pronto de todo y solo volvió a acordarse cuando vio de nuevo al viejo Boquituerto por Kolozsvar. Entonces lo saludó desde lejos con mucho respeto. Fue el único resultado de la intervención del viejo Kendy.

Ahora, después de haber visto el limpio hogar de la bella señora Sára, se sintió incapaz de permanecer en Szamoskozárd. A veces regresaba a casa, pero cada vez lo hacía menos y por un tiempo más corto. Quizá solo volvía a su palacio para poder negarse a sí mismo que estaba viviendo en casa de su amante.

La señora Lázár le había facilitado el cambio. Había fingido que László le sería útil en la granja. Incluso a veces le había dado faenas, medio en broma, medio en serio, como vigilar el arado de la tierra o la trilla del trébol. Sabía que László no entendía de esos asuntos, pero le agradaba hacerle creer que la ayudaba.

Sin duda, lo más importante fue que consiguió que László volviera a la música. Por las noches le pedía que tocara el piano. Gyeróffy reapareció con algunas composiciones suyas a medio acabar y después de tantos años había vuelto a trabajar. Tal vez nunca se había sentido tan sosegado y feliz como en las primeras seis semanas de relación.

Durante el gobierno formado por la coalición nació un nuevo concepto: el *pasillo*. El *pasillo* del Parlamento. «El pasillo hoy ha estado muy agitado», se decía. «El pasillo ha permanecido indiferente». «El pasillo todavía no se ha formado una opinión». La prensa comentaba largamente el ambiente del pasillo, su opinión e intenciones. El pasillo tenía algo de incertidumbre aterradora, era impredecible y caprichoso.

Era venerado en las noticias como un fetiche misterioso.

Resultaba natural que el pasillo tuviese un papel tan importante. En el Parlamento prácticamente no había oposición. Los veinte diputados largos de las minorías y el puñado de socialistas no contaban porque desde un principio habían sido considerados enemigos de escaso poder. Los tres partidos de la coalición formaban una alianza estrecha. Todas las propuestas presentadas al Parlamento hacían previamente muchos viajes: a la reunión ministerial, al consejo de ministros, al consejo central ejecutivo, después se discutían en las sesiones del partido y, una vez convertidas en resoluciones de partido, los diputados las aceptaban obligatoriamente. Por eso, cuando las propuestas llegaban al Parlamento ya estaban prácticamente admitidas por todo el mundo y no valía la pena discutir las una vez más. Tampoco se permitía modificar algo esencial porque era tildado de acto cismático y quien proponía un cambio por cuestiones ideológicas o de forma era mal visto por poner trabas sin razón.

El resultado era que nadie siquiera lo intentaba.

En los partidos faltaba vida. La presidencia, el consejo de ministros, o se llamara como se llamase el órgano ejecutivo, trabajaba solo y a puerta cerrada la mayor parte del tiempo. Esa actitud era consecuencia de la alianza entre partidos, base de una coalición extremadamente delicada. El liberal Partido de la Independencia, con el legado de la revolución de 1848 contra los austriacos, y el conservador Partido de la Constitución, cuya ideología se basaba en los principios del Compromiso pactado en 1867 entre Hungría y Austria, más el clerical Partido Popular, solo podían vivir juntos si evitaban a toda costa aquellos temas que fácilmente los podían llevar a la ruptura. Y esa clase de temas abundaban, casi todas las cuestiones del momento eran posibles fuentes de conflicto. Entre ellas destacaba la necesidad de un banco nacional y un territorio aduanero independientes de Austria.

Originariamente, ambas habían formado parte de las exigencias del Partido de la Independencia, pero en su campaña la coalición las había incluido en el programa electoral común. Ahora, siendo gobierno electo, tenía que actuar, lo que presentaba un problema grave para el Partido de la Constitución y el Popular, fieles al Compromiso. Tenían que encontrar un camino entre su conciencia y la elusión de una ruptura de la coalición.

Era un problema grave no solo para los dos partidos conservadores, sino para los líderes independentistas, especialmente para Ferenc Kossuth. La preservación de la alianza no solo interesaba a los dos partidos menores, sino también al mayoritario. La razón era que sabían que mientras el gobierno de coalición mantuviese a los ministros no independentistas tendrían ante su electorado la justificación necesaria por no haber cumplido las ideas de 1848 que aparecían en su programa. Podrían alegar que trabajaban en coalición con los conservadores, que habían luchado y habían ganado juntos, lo que significaba que se habían comprometido a continuar juntos. «Lo hemos asumido al formar parte del gobierno. Por eso nos vemos obligados a ceder en ciertos asuntos». Y su electorado se lo creía. Sin embargo, si la coalición se llegase a desmembrar, los independentistas —que estaban en mayoría— tendrían que formar gobierno solos. En ese caso se verían obligados a confesar que sus principales objetivos eran imposibles de alcanzar o tendrían que esperar la convocatoria de nuevas elecciones a fin de presentar entonces un programa realizable y creíble incluso para sus propios líderes.

Los asuntos delicados no acababan con la cuestión del banco nacional y del territorio aduanero independiente. Había numerosos asuntos personales, casos de favoritismo industrial, puestos de gobernadores que debían ser distribuidos según la representación de los partidos y según la profesionalidad de los candidatos. Y había otros, menudos y grandes, como la cuestión crucial del derecho de sufragio universal a cuya puesta en marcha se había comprometido la coalición con la Corona y cuya aplicación sería decisiva para el futuro de los partidos.

Los ministros, al ser al mismo tiempo líderes de sus partidos, tenían que negociar los asuntos entre bastidores, ceder para obtener concesiones, cuidar el equilibrio, no de dos, sino de tres grupos de intereses. Les costaba tiempo y energía y les exigía discreción absoluta hasta que se hubieran cerrado las negociaciones porque cada resolución suponía un compromiso.

Obviamente, en los círculos partidistas tampoco había vida política porque los líderes tenían que guardar los secretos especialmente ante sus seguidores. Cualquier detalle que se les escapase antes de lo previsto podía provocar un temporal devastador.

Naturalmente, los diputados que habían sido elegidos gracias a los eslóganes de la coalición no se contentaban con el mero papel de votar y asentir. Y mucho menos lo aceptó la mayoría, hombres de carácter rebelde que en sus puestos anteriores, en provincias o municipios, nunca habían estado a favor de un gobierno uniforme.

El Partido de la Independencia se había dividido en dos bandos, uno conservador y el otro radical, que a su vez se había subdividido en facciones organizadas alrededor de un líder. Ferenc Kossuth, Albert Apponyi y, recientemente, Gyula Justh tenían sus propias camarillas. Sus seguidores, como los seguidores de las carreras de caballos, apostaban a su favorito y su éxito político dependía de la hegemonía de uno u otro.

Había otros grupos que siempre habían ejercido una cierta oposición dentro de la coalición. Había quienes seguían principalmente a Gábor Ugron, a Sámuel Barra, a Holló o a Polonyi, pero que cambiaban a menudo de opinión, apoyando un día a uno y al día siguiente a otro. No eran tan fieles como los seguidores de Kossuth o de Apponyi. Su número crecía y decrecía según los movimientos del barómetro político. En épocas de estabilidad no eran muy numerosos, pero antes de un temporal su número crecía repentinamente como las gaviotas que se refugian en la playa antes de que llegue el viento fuerte. No faltaba más que una frase sensacional o una maniobra efectiva para que cambiasen de chaqueta en función del ambiente reinante.

Esos cambios de atmósfera dominaban el pasillo y, a través de él, todo el país.

Los grupos y el pasillo.

Como si el mismo Parlamento hubiese sido construido en función del pasillo, este corría a lo largo de los cuatro lados de la sala de sesiones. Un pasillo amplio, interrumpido por largos divanes cada diez pasos. En los rincones, en los palcos de la prensa, debajo de las gradas, se escondían miles de ángulos donde poder reunirse alrededor de un diván y escuchar las lecciones, las sospechas y las preocupaciones de algún jefe tribal. Entre las oscuras columnas del habitualmente desierto salón de plenos, se podía murmurar noticias confidenciales, recibir instrucciones, incluso obrar en secreto, pero detrás de los altos respaldos de los canapés podía ocurrir cualquier cosa sin que nadie se enterase. Las pesadas cortinas de las puertas apagaban las voces y era fácil encontrarse por casualidad, intercambiar rápidamente un par de palabras y sembrar vientos.

La vida política del Parlamento transcurría en el pasillo. Una vida especial y ambivalente, no la vida normal del parlamentarismo. Una extraña mezcla entre la irresponsabilidad y las pasiones de la asamblea popular y el secretismo estratégico de las camarillas. Los diputados solo en ocasiones extraordinarias entraban en tropel en la sala de sesiones. Pasaban gran parte del tiempo en el pasillo, el vestíbulo de las noticias donde se podía juzgar a los miembros del gobierno sin problemas.

A finales de septiembre de 1908, cuando fue convocado el Parlamento, merecía la pena recorrer el pasillo y detenerse aquí y allá para escuchar los diferentes grupos.

Mientras en el interior, en la tribuna presidencial, los notarios se levantaban uno por uno para leer interminables documentos que pronto caerían en el olvido y cumplir con las formalidades de la inauguración de las sesiones, allí fuera, en el pasillo, se podía elegir entre los temas más excitantes. Había una abundancia de asuntos que discutir.

Era sabido que una semana antes István Tisza había levantado su voz contra el banco independiente en el condado de Bihar, explicando las desventajas económicas que implicaba y la relación entre la divisa y el tipo de interés. Había esgrimido argumentos sólidos, racionales.

El público dio marcha atrás al oír que su bolsillo se resentiría a causa del banco nacional.

Incluso en el bando independentista hubo pusilánimes que se vieron asaltados por las dudas después del discurso. Afortunadamente, al poco tiempo un verdadero experto se manifestó a favor del banco independiente. No fue un político, sino un banquero de verdad cuya opinión pesaba mucho más en la balanza que la de Tisza. Tisza solo era un político y, en cualquier caso, un enemigo de la coalición; en cambio, aquel era un profesional de la banca, razón por la que lo consideraban más patriota que a Tisza.

Los artículos del banquero a favor de un banco nacional fueron objeto de alegres comentarios en el pasillo. Se comentaba lo bien que hablaba, que era amigo íntimo de los Rothschild y que con sus palabras, leyendo entre líneas, se ofrecía modestamente a llevar a cabo la osadía de ser el fundador de dicho banco. ¡Más aún, él encontraría la financiación necesaria para ponerlo en marcha! ¡Qué persona tan extraordinaria! Era cierto, se decía, que el tipo de interés del nuevo banco, sin duda, sería más alto, pero quizá ese pormenor no impediría tal hazaña. En el grupo de Holló insistían reiteradamente en voz alta que no había que temer el aumento de las hipotecas porque la subida de los tipos de interés revalorizaría el dinero. ¿Por qué? Porque los intermediarios quedarían excluidos. Solo por eso.

Bien. Nadie preguntó quiénes eran los intermediarios, si los del mundo bancario austriaco o los del budapestino. Tampoco parecieron interesarse por lo que decían los miembros de la coalición contrarios al banco nacional, como el círculo de Andrásy y el Partido Popular. Según ellos, esos artículos habían sido encargados por la banca Rothschild, que quería hacerse con el gran negocio, lo que significaba la financiación de un banco emisor. ¡No! ¡No debían hacer caso de murmuraciones maliciosas! ¡Y si por el bien de la patria había que aliarse con el infierno, no serían tan cobardes como para no hacerlo!

Las noticias sobre el proyecto de reforma del sistema electoral también dieron mucho que hablar. Se murmuraba que Andrásy quería introducir el «voto plural», lo que significaba que un elector culto tendría dos o tres votos. Se rumoreaba además que Andrásy iba a reformar la división de distritos electorales con el fin de formar en los condados de población mixta varios distritos donde dominasen las minorías para asegurar en los otros la mayoría húngara. Resultaba inaudito. ¡Dar escaños a las minorías! ¡Formar distritos electorales donde solo los candidatos rumanos o serbios tuviesen oportunidades! ¡Un acto antipatriótico tremendo! Había otras soluciones mejores y más simples, como reducir el número de diputados de ciertas regiones y aumentarlos en la Gran Llanura y en el Transdanubio, donde escaseaban las minorías. Sería mucho mejor así. Y más sencillo, porque esas regiones solo votarían a los candidatos del Partido de la Independencia y, aunque no lo dijese, eso significaba asegurarse el poder.

Así que respecto al asunto de las minorías, estaba asegurada la negativa al voto

plural promovido por Andrásy, porque suponía un atentado contra la igualdad de derechos.

Así comentaba el pasillo la reforma del sistema electoral, no a voces, sino con sordina. Acostumbraba a posicionarse más claramente cuando el tema era de actualidad, como en ese momento, en que la fusión del Partido de la Independencia con el Partido de la Constitución y, tal vez, con el Partido Popular, atraía la atención de todo el mundo.

Si se llevaba a cabo la fusión, si se formaba un solo partido y se introducía el sufragio universal por su bien e interés o si este sacaba ventajas de tan popular medida, entonces... se podría hablar del voto plural o de la nueva división de distritos electorales. Los argumentos racionales siempre serían bienvenidos...

Lo que no podía ser de ninguna manera era que la reforma y la extensión del derecho de voto fuesen obra de una persona y que otros se aprovecharan de la popularidad de tales medidas y que además esa persona no fuese del Partido de la Independencia, sino Andrásy. ¡Pues no! ¡No y no! ¡Ni locos!

Sin embargo, se rumoreaba que las negociaciones iban por ahí y llegaba toda clase de noticias: que Kossuth estaba a favor de la fusión; Justh, en contra; Ugron y su séquito vacilaban y, según se decía, Polonyi intermediaba. Tal vez fuese quien movía los hilos, aunque el invierno anterior había tenido un enfrentamiento con el gobierno. Pero en política todo era posible...

Aparte de esos tres asuntos internos de la coalición, había otros, como las peligrosas maquinaciones de István Tisza. Se sospechaba que este estaba detrás de cada obstáculo que surgía y se le acusaba de impedir las negociaciones. Era la única persona del país a la que se temía, pero ese temor era muy útil para la estabilidad del sistema porque la coalición se mantenía unida frente a un enemigo común. «¡Si fracasamos, vendrá Tisza!». Preferían seguir juntos.

Otro acontecimiento reciente pero no tan excitante había sido la actividad de Kristóffy. La primavera anterior, Kristóffy había alzado la bandera de la fundación del Partido Radical y no se habló más del asunto, pero a principios de septiembre llegó la feliz noticia de que se habían dado de baja en el local que tenían alquilado y el partido se había disuelto. La alegría no duró mucho, porque unos días antes de ser convocado el Parlamento se descubrió que Kristóffy, no los radicales, era quien estaba buscando el apoyo de los agricultores. En el Békés se había aliado con András Áchim y cerca de Pest con otros socialistas agrarios. Para los días posteriores se habían anunciado diversas reuniones en nombre del Partido de los Campesinos y del Partido Nacional de los Obreros Agrarios. ¡Ridículo! ¡Querían organizar a los braceros, hablar de reforma agraria y de emigración!

Al bando independentista no le preocupaba el Partido Radical, que era cosa de intelectuales urbanos, y tampoco le importaban los socialistas industriales. Aquellas cosas eran ajenas al espíritu húngaro. El primero fue tildado de izquierdista, el segundo de judío y se acabó la historia. ¡Pero andar agitando pueblos y aldeas era

distinto, preocupante! Comenzaron a llegar noticias del Somogy, donde un tal István Szabó, un patán de Nagyatád, había abierto la boca y había que pararlo.

¡Los campesinos húngaros eran su electorado, su comunidad, no se los podían arrebatar con artimañas! Los independentistas estaban agobiados.

Exigieron soluciones draconianas, que Andrásy mandase guardias civiles y prohibiese las reuniones, pues era un acto antipatriótico desviar la atención de los votantes del santo asunto del banco y del territorio aduanero independientes. Mientras ellos luchaban por el bien de la patria, aquellos se dedicaban a hablar de jornales, de la servidumbre y de la emigración. ¡Qué injusticia! El ministro de Agricultura, Darányi, acababa de aceptar la «ley del sirviente», que otorgaba nuevos derechos y protección a los agricultores, aunque en realidad aún no había entrado en vigor. Además, ya tenían una reciente ley de emigración, un encargado gubernamental y un excelente contrato con la naviera angloamericana Cunard Line Steamship Company, así como un bello edificio para emigrantes inaugurado en Fiume la primavera anterior y que bien valía la pena visitar.

¿Cómo se atrevían aquellos a declarar que solo miraban el bien del pueblo? ¡Era preciso acabar con ellos!

Y si Andrásy, con su moral de gran conde, hubiese querido demostrar que era imparcial y decir que había que respetar la libertad de reunión y que lo que está permitido para unos lo está también para otros y cosas por el estilo, tendría que explicar por qué una reunión del Partido de la Independencia era distinta, patriótica, mientras que las de aquellos no eran más que contubernios peligrosos originados durante el «gobierno de guardias». Esa clase de alianzas no eran tolerables, aplastarlas era obligación nacional. Si Andrásy negaba las medidas draconianas, sería necesario recordarle que en el Parlamento el Partido de la Independencia gozaba de mayoría y, si este quería, era capaz de hacer fracasar sus iniciativas.

Así hablaban los que estaban interesados en los distritos de la Gran Llanura; los demás no se preocupaban porque todavía quedaban tres años enteros de mandato. ¿Para qué preocuparse anticipadamente?

Los diputados recién convocados se saludaban comentando las nuevas noticias, unos a voces, otros en tono confidencial en rincones alejados, mientras otros barajaban tácticas diversas en la penumbra del salón de columnas.

Nadie había mencionado los últimos sucesos acaecidos, que aunque no habían conmocionado el mundo, eran sintomáticos.

En Susák, ciudad cercana a Fiume, habían abrazado la causa croata. Unos días más tarde estallaron disturbios en Carniola y se desencadenaron cruentos enfrentamientos entre eslovenos y alemanes, pero eso había ocurrido en territorio austriaco, no había razón para preocuparse. Tampoco era de interés que en Croacia el *ban* y su segundo hubiesen sufrido insultos e incluso en Zagreb tuviesen que ir protegidos por escoltas.

Tampoco se hablaba de la elección del patriarca serbio de Karlóca, pese a que el

rey había rechazado en dos ocasiones firmar su nombramiento a la espera de que saliese electo uno que fuese aceptable para el Estado.

Aquellos eran acontecimientos internos, pero no tenían repercusión. Y menos las noticias del extranjero, que eran interesantes, pero no para asumirlas como parte de la realidad actual. La flota inglesa había estado en Tallin. Había sido una señal evidente y explícita de la reconciliación anglo-rusa. ¿O no se trataba de eso? Las tropas búlgaras habían conquistado la línea ferroviaria internacional. ¿Con qué motivo? ¿Buscaban una guerra contra los turcos? ¡No! El heredero Francisco Fernando no se dedicaría a viajar por Europa si hubiese ruido de sables.

La prensa inglesa escribía cada vez más a menudo sobre la posible anexión de Bosnia por parte de Austria. ¡Tonterías! Para empezar, Austria no tenía derecho de resolución en esas cuestiones, solo la Monarquía. Y si en Inglaterra desconocían que la Monarquía era la unión de dos países, ¿con qué conocimiento publicaban semejantes despropósitos? ¿A quién se le ocurrían tales ideas? ¿A alguien en concreto? Por supuesto que no. A nadie. En toda Europa reinaba la paz. Aerenthal se había visto con Izvolski en el castillo de Buchlov y los diarios habían publicado comunicados tranquilizadores. Entonces, ¿por qué tanto alarmismo en la prensa inglesa?

Los que acudieron el 22 de septiembre a los pasillos del Parlamento pudieron haber escogido entre estos temas de conversación, discutir según el temperamento de cada uno, con alegría o rabia, a voces o en secreto, y encontrar público y gente a favor, pero no tocaron en ningún caso los asuntos mencionados.

El político húngaro presumía de tener ideas independientes, pero no gustaba en absoluto de encontrar gente con ideas independientes.

A mediodía recorrió el pasillo la noticia de que Andrásy había llegado al Parlamento y estaba en el pasillo contiguo a la tribuna presidencial dando información sobre la reforma del sufragio a unos líderes del Partido de la Independencia. De inmediato, cualquier asunto pendiente cayó en el olvido y toda la atención se concentró en él. Los diputados acudieron en masa a escuchar las nuevas. Los que llegaron tarde, debido a la multitud, ya no pudieron oírlo; aun así pudieron darse por satisfechos porque Andrásy honraba el pasillo con su presencia y con el hecho de haberlo elegido como primer lugar para exponer sus argumentos, hasta ahora secretos. De ese modo reconocía que el pasillo era un factor político.

Sin duda, era muy astuto por parte de Gyula Andrásy elegir ese tipo de comunicación informal y directa para dar a conocer las principales líneas de su proyecto. Para influir en el ambiente, unas palabras espontáneas eran más efectivas que un discurso oficial de formas más o menos rígidas. Cara a cara con los criticastros que con cierto disimulo tanto habían vituperado la desconocida propuesta, pudo contestar directamente a las objeciones y dar confidencialmente detalles que prefería no ver publicados en el Boletín del Estado.

Si sus adversarios estaban abiertos a la discusión, aquella era la única forma de

convencerlos. Sobre todo porque a Andrásy siempre se le notaba la sinceridad de sus intenciones.

La gente se apretujaba a su alrededor.

Daba la sensación de que solo la fuerza del convencimiento mantenía recta su figura, extremadamente flaca y frágil, sin la cual se desplomaría. Los pintores españoles Zurbarán y El Greco representaron así a los santos ascéticos, con la misma barba rala de Cristo, las mismas manos huesudas que en vez de un crucifijo parecían sostener un habano, con la misma cara pálida alumbrada por la luz fanática que irradiaban sus ojos exageradamente grandes.

Su manera de hablar iba con su aspecto, todo lo contrario de un ser elocuente. El interlocutor tenía la sensación de que Andrásy luchaba por expresarse como si sus ideas acabasen de nacer en ese mismo momento. Las frases brotaban entrecortadas, casi balbuceadas, como si su mente buscara a tientas la expresión adecuada. Lo más importante, la palabra decisiva, iba siempre precedido por esos dolores de parto. Pero al final nacía la frase precisa, justa y acertada que entusiasmaba al público, sobre todo porque los interlocutores habían participado sin querer en la búsqueda. El balbuceo de Andrásy no era intencionado, simplemente era que, con la práctica parlamentaria de dos décadas, había conseguido sacarle ventaja a su involuntaria manera de hablar.

Allí en el pasillo dio a entender a los diputados que su propuesta se basaba en la pluralidad de votos y añadió que para él esa solución era *conditio sine qua non*. La propuesta no estaba todavía acabada, los detalles no estaban elaborados, y él, Andrásy, estaba dispuesto a modificarla y avenirse a nuevos puntos de vista bien argumentados. Por eso, no iba a hacerla pública todavía. ¡Pero la pluralidad era el eje de su propuesta!

Andrásy había acudido al Parlamento para que el pasillo se percatase de su resolución. Obviamente, si él se viese obligado a dimitir, provocaría la disolución de la coalición, cuyas consecuencias serían catastróficas para el Partido de la Independencia. Seguramente había contado con que su determinación frenaría la disimulada campaña periodística de algunos diputados independentistas — especialmente los del grupo de Holló— contra el voto plural. Y como no les había dado demasiado crédito, este y sus fieles se retiraron: publicaron uno o dos artículos más en tono moderado, pero abandonaron.

La coalición continuó disfrutando de una paz efímera.

Pero fuera del Congreso de los Diputados, las masas agitadas por Kristóffy y los socialistas pusieron el grito en el cielo. Probablemente conocían los planes de Andrásy y solo habían esperado a que los comentase en público. Seguramente una copia de la propuesta sobre la pluralidad, robada por alguien del santuario del ministro del Interior, había llegado a sus manos y había sido enviada al periódico socialista *La Voz del Pueblo*, que lo publicaba ahora por partes. Había sido impresa palabra por palabra, con todos los detalles, y no solo atizaba las pasiones de los que estaban directamente interesados en la reforma del sistema electoral, sino que reducía

las posibilidades de Andrásy de negociar la propuesta. Se esperaban reuniones turbulentas y manifestaciones por las calles de la capital, donde pronto sonarían disparos desde las filas de la multitud convocada en ellas.

Este era el ambiente político húngaro en el momento en que se cumplieron los augurios de la prensa inglesa. La Monarquía anunció la anexión de Bosnia.

Era el 3 de octubre y en las semanas anteriores distintos reyes europeos habían ido y venido de Buda. Solo hacía una semana que había estado Fernando I de Bulgaria y esa misma noche se marchaba el rey de España después de una visita de tres días.

Alfonso xiii y su mujer habían visitado a Francisco José. Fueron recibidos con suntuosos bailes y fiestas en su honor. Hasta el mismísimo Francisco Fernando había viajado a Budapest para saludar a sus parientes españoles y se había quedado dos días, aunque se había alojado en su vagón real para demostrar su distancia. Habían acudido muchos extranjeros a Budapest, diplomáticos de Viena que hacían una visita corta con motivo de la visita real, señores austriacos que se dirigían a la reunión anual de alguna delegación en la capital húngara y jóvenes para disfrutar de la corte y de la temporada de carreras hípicas que comenzaba esa misma semana. Por eso, ese otoño había mucha animación en la ciudad, mucha más de lo habitual.

Afortunadamente, hacía un tiempo esplendoroso, casi veraniego, motivo por el que las visitas extranjeras habían hecho del Club Parque el centro de la vida social.

Allí se daban cita para cenar y celebrar sus fiestas. Esa noche, como todas, había baile, pero no en la sala grande porque tan solo se trataba de un *tänzerli*, una fiesta pequeña, y los bailarines cabían en el comedor interior de la planta baja. En el comedor contiguo todavía había gente cenando.

Después de la ópera, Bálint Abády llevó consigo a dos matrimonios extranjeros que había conocido durante su servicio diplomático.

Llegaron en simón y a Bálint se le notaba preocupado porque por la tarde se había celebrado la primera manifestación socialista por el sufragio universal. Después de la reunión en la avenida Aréna, un grupo beligerante quiso entrar en el centro de la ciudad y recorrieron la avenida Andrásy hasta la calle Vörösmarty, donde chocaron con el cordón de la fuerza pública. La policía a caballo los hizo retirarse a base de golpes. Bálint se había asomado a la ventanilla del simón cuando pasaron por allí para taparles la vista a sus invitados. Le daba vergüenza pensar que podrían ver las huellas de los enfrentamientos y llevarse una mala impresión de su patria. Pero ya no quedaba ni rastro, solo un par de vigilantes muy discretos...

En el comedor se oía el vals proveniente del salón de baile y era casi obligatorio sacar a bailar a las mujeres presentes. Bálint invitó a una y entraron en el salón con un vals Boston de poca soltura ya que el verdadero *links-links* solo se bailaba bien en Budapest y Viena. Bálint, por obligación, dio unas vueltas con su compañera, pero pronto lo dejaron. Estaba mareado porque había tenido que tomar mucho impulso para poder hacerla girar. Se apoyó contra el aparador para secarse la frente mientras

la mujer seguía bailando con otro. Esperó unos minutos tras los que, con la ligereza de un pájaro que se posa en una rama, se le acercó una joven con un vaporoso vestido de tul. Una voz familiar le dijo:

—Buenas tardes. ¿Me reconoce?

Era Lili Illésváry, pero ¡tan cambiada! Ya no quedaba nada de la gordura propia de las adolescentes que hacía un año cubría sus curvas. Había dado un estirón y estaba más delgada. No era la muchacha regordeta de Jablánka, sino una doncella casadera, con la piel lisa y el cuello y los hombros bien formados, propios de las estatuas griegas. Seguramente sabía que estaba mucho más guapa. Por eso, sus sonrientes ojos violáceos y los labios finos y blandos que suavizaban su marcada barbilla, herencia de los Szent-Györgyi, irradiaban confianza.

—¿Me reconoce?

—¡Condesa Lili! —exclamó Abády notándosele en la voz el asombro ante el cambio. La joven estaba en la flor de la edad.

Lili comprendió la exclamación y en sus labios despuntó otra sonrisa.

Y continuó, a modo de explicación:

—Hemos pasado la temporada primaveral en Viena... He bailado mucho... Hace casi un año que no nos hemos visto... Entonces era casi una niña.

Hablaba con gracia y Bálint escuchó con alegría ese dulce acento que en Jablánka le había parecido tan peculiar.

—Últimamente, en los grandes bailes le he visto de lejos —dijo la muchacha—, pero nunca ha venido a saludarme. Y he pensado que no me reconocía o ni me había visto. Hay siempre tanto bullicio... Ya sé que tampoco suele sacar a bailar a las muchachas... Prefiere a las señoras...

Como un rayo, Bálint pensó si la muchacha habría oído algo acerca de Adrienne, pero los ojos violáceos de Lili lo miraron con una alegría tan sincera que descartó toda malicia. Y ella continuó:

—En este tumulto tampoco se puede hacer otra cosa que saludar y bailar como una máquina.

—Pero a usted le gusta bailar, ¿o no? —la interrumpió el hombre.

—¡Por supuesto que sí! Pero usted... conde Bálint... —contestó, y Bálint percibió que había vacilado entre usar su apellido u otra forma más íntima—, usted tuvo la amabilidad de conversar conmigo en Jablánka y eso no se olvida... La impresión que una tiene de... de haber sido tratada de otra manera...

—Claro, estuvimos juntos en la gran batida...

—Sí, hablamos entonces y después sobre caballos, y usted dijo que tenía una yeguada... Y que daba a los caballos antiguos nombres húngaros...

—¡Qué bien se acuerda!

—Claro. Me acuerdo de los nombres, se los podría recitar. Porque, ¿sabe usted? —añadió en tono confidencial—, siendo una simple adolescente se aprecia mucho que a una la tomen por adulta —dijo *adolescente* con tanto desprecio como si la

separasen décadas de aquel estado—. Y claro, ese tipo de cosas no se olvidan.

Conversaron un buen rato. La música paró y la sala se fue quedando vacía poco a poco, pero ellos continuaron con su charla. Lili se percató de que todos se habían marchado y le dijo:

—Creo que van a ventilar la sala. Acompañeme al bufé, por favor.

Atravesaron el salón contiguo y el del tapete verde. Bálint miró de reojo a la muchacha. «¡Qué interesante! —pensó—. Una sola temporada en el mundo ejerce un enorme efecto en las mujeres. No hace siquiera un año que Lili era una niña cohibida y ahora es una dama hecha y derecha. Habla y se mueve con tranquilidad y orgullo. Los muchachos necesitan años y años para lograrlo...».

Realmente era perfecta: su modo de cruzar los salones abarrotados con el abanico en la mano, los codos pegados al cuerpo, su andar ni rápido ni lento, sino con la ligereza propia de las doncellas... Atravesó el laberinto de parejas coqueteando y grupos que parloteaban, pasó volando por detrás de las gruesas espaldas de las madres que jugaban al *bridge* y esquivó los obstáculos sin desviar la mirada y con inmutable resolución.

—Le voy a decir un secreto —dijo Lili al llegar a la mesa del bufé—. Creo que este año también le invitarán a Jablánka, pero usted no debe saberlo. Se lo digo para que no tenga compromisos la primera semana de diciembre.

—Muchas gracias. ¿El tío Antal ha hecho algún comentario al respecto?

—No... nada positivo... pero... yo creo que...

Y se volvió bruscamente como si buscara un pastel. Sin embargo, Bálint vio que se le encendió la cara. ¿Se sonrojó? ¿Por qué? ¿Por qué tenía que sonrojarse si «el tío Antal no había dicho nada positivo»?

Lili tenía sus razones pues recordó con qué artimaña había preparado la invitación de Abády...

No se lo había dicho a nadie, pero cada vez que pasaba por Jablánka en verano aprovechaba la ocasión para hacer que alguien dijese algo favorable sobre Bálint. Consiguió que el guardabosques que había sido su cargador de escopetas elogiase, si bien inmerecidamente, la puntería de Abády. Astutamente recordó al maestro de cuadra que Bálint había reconocido el mejor potro de todos. Hizo hablar a su tía de Transilvania alimentando su amor familiar. Aprendió de Pfaffulus algunos datos del árbol genealógico de los Abády y, en presencia de su tío, desvió la conversación hacia los eventos históricos en que algún Abády había alcanzado mérito, suponiendo que Szent-Györgyi lo sabía todo de memoria y él mismo hablaría de ellos.

De esta manera, el nombre de Bálint surgía continuamente en las conversaciones de la familia Szent-Györgyi.

No hacía mucho, Lili había pensado que el asunto estaba maduro. Le pidió a su prima Magda que sacase el tema de los cazadores a los que se podría invitar y lo hizo mintiéndole astutamente, diciéndole que era hora de preparar la invitación de su adorado Péter Kollonich. Magda mordió el anzuelo, pero estropeó la invitación de

Péter por haberlo preguntado sin rodeos, aunque Lili logró lo que quería. El tío Antal respondió fríamente:

—Este año no voy a invitar a nadie más de la familia, solo a Bálint Abády.

Ese era el motivo del rubor de Lili, consecuencia del meticuloso trabajo que había llevado a cabo. Por la maniobra con que había engañado a la pobre Magda, ya que sin duda sabía que una pregunta directa era lo peor en el caso de Péter.

No había vuelto a dirigirse a Bálint cuando entre ellos se extendió hacia la mesa un brazo vestido de frac y una voz dijo:

—Perdón...

Los dos le lanzaron una mirada. Era Slawata, quien acababa de meterse un pastel en la boca.

—¡Oh, *servus!* —dijo tras tragarse el buñuelo dirigiendo su mirada miope a Abády—. *Küss die Hand, comtesse* Lili —saludó con gran reverencia y le besó la mano—. No me juzguen comilón —continuó Slawata mientras cogía un segundo bocado—, es que *Seine Hoheit* acaba de marcharse ahora mismo.

Naturalmente se refería a Francisco Fernando, que había viajado a Budapest por la visita del rey de España y se había marchado decididamente en cuanto terminó.

—Telegramas, informes y comunicados. No he tenido tiempo ni para cenar.

—*Schwerer Dienst!* ¡Es duro el oficio! —dijo Bálint en tono socarrón.

—Sí, pero interesante. Especialmente ahora. Especialmente hoy, que por fin hemos tenido éxito. Precisamente hoy, 3 de octubre.

Solo en ese momento notó Abády que Slawata estaba inusualmente alegre. Emanaba un entusiasmo excitado y nervioso. Su nariz gorda y chata parecía a punto de estallar y los ojos le chispeaban tras sus gruesas gafas.

—¿Qué éxito especial han tenido hoy?

El consejero del ministro de Asuntos Exteriores esperaba la pregunta. Con un gesto histriónico dio un paso atrás y con cuidado sacó de su chaleco blanco la saboneta:

—Faltan cinco minutos para las doce; en París, cinco minutos para las once. Ahora comienzan a imprimir una nueva edición del *Temps*. Como mañana será público, ya puedo contártelo: nuestro embajador en Francia, Khevenhüller, ha anunciado al presidente de la República la anexión de Bosnia. ¡Es la noticia del día! ¡El fruto de nuestro trabajo!

A Bálint se le hizo un nudo en la garganta. Como un rayo recordó los argumentos de Slawata del año anterior en Jablánka sobre la necesidad de provocar una guerra. De repente sonó la música del salón y el torbellino de parejas que volvían a bailar lo separó de Slawata. Alguien se llevó también a Lili.

Pasaron unos minutos, unos minutos de agobio hasta que pudo formular la pregunta:

—¿No tendrá consecuencias diplomáticas? ¿Ha sido correctamente preparado para prevenir problemas?

El congreso de Berlín de 1878 había autorizado la ocupación de Bosnia por Austria-Hungría. Ningún poder participante había puesto plazos. Tampoco se había hablado de la posibilidad de que la Monarquía devolviese en algún momento el territorio a Turquía. Seguramente toda Europa hubiese protestado. La soberanía del Imperio Otomano, garantizada por el mismo congreso, era puramente nominal.

La soberanía y la ocupación fueron fijadas mediante resolución internacional y para modificarla era necesaria la conformidad de los poderes firmantes. Sin ella, el Ballplatz, el Ministerio de Asuntos Exteriores austriaco, no podía negar que había cometido un error formal —aunque la anexión total en realidad no cambiaba la situación— que podía ser aprovechado en su contra.

—*I-wo! Sowas ist doch ganz unmöglich!* ¡Algo así es totalmente imposible! —contestó Slawata a la ligera, pero al ver la mirada preocupada de Bálint, llenó su plato con galantina e hígado de ganso y lo invitó a sentarse en un canapé cercano—. *Komm, alter Freund, ich werde dir's erklären.* Vamos, viejo amigo, te lo explicaré. *So ganz leichtsinnig sind wir eben auch nicht!* ¡No somos tan irresponsables!

Habló sin reservas, de modo un tanto rebuscado. Primero explicó el aspecto diplomático de la cuestión. Haber preguntado a los poderes firmantes no habría llevado a ningún sitio. Habría provocado largas negociaciones con resultados dudosos. Solo había dos países con intereses en la región: Rusia, para cuya política la ocupación de Bosnia suponía un ataque manifiesto, y Turquía, para quienes la anexión tenía que ser un *fait accompli*, un hecho consumado, porque el nuevo gobierno turco no habría aceptado comenzar el mandato con la renuncia voluntaria a parte de su territorio. Una vez efectuada la anexión, se le podía echar la culpa al antiguo sistema del sultanato y alegar que habían de pagar por sus errores. La Monarquía devolvería el Sanjak de Novi Pazar, lo que significaría un éxito para la Sublime Puerta. Por eso, solo debían afrontar el disgusto de Rusia. Ya habían preparado el terreno. Cuando en septiembre del año anterior Izvolski estuvo en Buchland, en la finca del embajador Berchtold, Aehrenthal había sacado el tema de la anexión como una medida apremiante desde que el sultán había otorgado una constitución al Imperio Otomano. Si la población bosnia continuaba teniendo ciudadanía turca, enviaría diputados al Parlamento de Estambul, cosa absurda sin duda alguna. Izvolski no rechazó la idea, lo que significaba que la asumía, y aunque no firmaron el protocolo de anexión, algo normal en una conversación privada, con toda seguridad ambas partes remitirían una memoria a sus respectivas autoridades. El buen Izvolski podía sorprenderse de que la anexión se llevara a cabo ahora, sin aviso previo, pero no podía decir que no lo sabía. Y si así era, Inglaterra y Francia no podrían hacer nada. No podían demostrar que estaban más interesados en los Balcanes que los rusos.

El Ballplatz tampoco había avisado a Berlín porque, de haberle desvelado dichas

intenciones a su aliado, habría tenido que hacer lo mismo con Italia y no quería porque temía que le pasase, a su vez, la información a la Entente.

—*Und die guten Italiener hätten ausserdem gleich irgend ein Equivalent verlangt!* ¡Y los buenos italianos han exigido algo similar! —dijo Slawata riéndose con malicia.

Los italianos habían exigido una compensación inmediata.

—Pero el pacto de la Triple Alianza preceptúa el aviso previo. ¡Así, Italia se encuentra libre de obligaciones futuras respecto a nosotros!

—¡Tanto mejor! ¡Tanto mejor! —exclamó su compañero—. Yo, en contra de Aehrenthal, estoy con Conrad y los militares, lo más acertado sería atacar ahora. Pero, claro, Aehrenthal hará lo imposible para recomponer la alianza. Ya veremos quién sale airoso, *der alter Herr oder wir, jung Österreich*, el Viejo o nosotros, la joven Austria.

Así comenzó la crisis provocada por la anexión de Bosnia y con ella una nueva etapa en la historia de la diplomacia europea. Aehrenthal, con su maniobra de presentar la anexión como hecho consumado en contra del pacto de Berlín y saltándose las negociaciones previas, creó escuela. El mismo día de la anexión, se proclamó el reino independiente de Bulgaria, obviamente de común acuerdo con el Ballplatz. Italia siguió el mismo camino en 1911 cuando, sin haber enviado declaración de guerra, atacó en Trípoli a Turquía sin razón para ello. Y un año más tarde comenzó de este modo la guerra en los Balcanes. La violación de las leyes internacionales, que en el caso de Bosnia y de la independencia búlgara solo era formal, sirvió de precedente para actos violentos y cínicos, pues eliminó la barrera moral que significaba la fuerza de la palabra de honor. El hecho más execrable de la guerra mundial, el ataque a Bélgica, sería la última estación en este trayecto.

La anexión era necesaria y probablemente no había otro camino. La coyuntura histórica obligó a la Monarquía a actuar así, empujada por el destino, como en las tragedias griegas. El sistema de tierras estaba basado en el derecho ancestral y en el contrato internacional, y la Monarquía misma se vio forzada a violar ese derecho ancestral y a rechazar su signatura.

La falta de palabra llegó a ser tema recurrente de la campaña mediática que surgió en la prensa mundial —liderada por Londres, cuyos periódicos fueron los más duros—. Se publicaron los retratos de Francisco José y Fernando con el título *Infractores*. Resultaba insólito por parte de los ingleses, generalmente tan distinguidos.

Fue el primer síntoma de que Gran Bretaña ya estaba en el bando contrario.

En Estambul se boicoteó la industria austriaca, pero la independencia de Bulgaria tuvo más peso, puesto que las tropas búlgaras se habían reunido en la frontera de

Rumelia, y Turquía respondió con la movilización general.

El más feroz temporal se desató en Belgrado. Se reclutaron legiones de voluntarios, hubo manifestaciones a favor de la guerra, la muchedumbre asaltó y saqueó tiendas austrohúngaras... En Montenegro también comenzó la movilización militar: remolcaron cañones a la fortaleza de Lovćen. La Monarquía respondió con el envío de un buque de guerra por el Danubio a Zemun, llamó a filas a los reservistas de los dos ejércitos del suroeste y prohibió el transporte de armas a los países limítrofes con Bosnia.

Entretanto, la diplomacia enemiga se puso en marcha. Al oír la noticia, Izvolski viajó inmediatamente a París y, para reparar el error de haber aceptado teóricamente la anexión, propuso un nuevo congreso que sirviese para devolver el Sanjak a Serbia y Montenegro y facilitase al primero libre acceso al Adriático. A mediados de mes llegó a un acuerdo con Londres para convocar un congreso preliminar y el zar ruso recibió solemnemente a finales de octubre a Petar Karađorđević, el heredero de la Corona de Serbia.

En ese momento, la guerra, como tantas veces en los meses siguientes, parecía inevitable para los analistas.

A pesar de poder leer sobre esos acontecimientos en noticias breves, el público húngaro no sospechaba nada, porque no comprendía el alcance de las mismas. Y menos porque la prensa húngara adoptó una postura muy sabia y evitó ser alarmista. Además, los lectores carecían de sensibilidad hacia los asuntos externos. Leían las noticias del extranjero como si se tratase de una película de escaso interés, les parecía irreal y solo veían el primer plano de la pantalla de cine. Apenas se interesaron por el discurso de apertura del curso parlamentario ofrecido por Francisco José, por el informe de Aehrenthal o por los telegramas de Londres, Belgrado y San Petersburgo. Simplemente hojeaban los diarios, mucho más centrados en la muerte del periodista y diputado Aladár Zboray que en la crisis de Bosnia. El obeso y jovial Zboray merecía toda su atención, puesto que había sido una voz tremendamente afable y cordial del Parlamento y había gozado de la estima de todos.

La prensa rindió un sentido homenaje al compañero fallecido, tal vez con la mejor intención, lo que resultó muy tranquilizador.

Había otras cosas que ocupaban al gran público.

El día del discurso real, a las nueve de la noche, tuvo lugar otra manifestación — esta vez de gente armada con revólveres— que lo más cerca del centro que pudo llegar fue a la plaza Oktogon. También era un buen tema de conversación, aunque ninguno como discutir a quién debía pertenecer Bosnia en el futuro. Enseguida se presentaron juristas expertos para demostrar que Bosnia, ya durante los reyes Anjou, había rendido vasallaje a Hungría, de manera que había que unirla a Croacia y Dalmacia, objetos de permanentes reivindicaciones. Nadie se percataba de que estaban hablando del mismo trialismo que era motivo de sus protestas. En las entrañas de la política interior, el tema más candente seguía siendo la fusión de los

partidos. En el círculo de Holló surgió el rumor de que Andrásy coqueteaba con los socialistas y de que las manifestaciones habían sido provocadas para caldear el ambiente y sacar adelante el «voto plural».

No era de extrañar que esta clase de intrigas despertasen el interés de la población y que las múltiples crisis extranjeras no tuvieran eco alguno. Además, disfrutando de tan larga época de paz, nadie creía en el peligro de una guerra. Lo que más interesaba a los ciudadanos era lo cotidiano, lo personal, lo inmediato. La población había vivido muchos años pendiente de los límites de lo jurídico y del rifirrafe político, era natural que se hiciese necesaria alguna fuerza o peligro mayor para borrar lo diario: las alegrías, las penas y los disgustos de cada día. La gente repasaba las noticias de los periódicos matutinos, las discutía en los clubes o en los cafés, tal vez las mencionaban a la hora del almuerzo o la cena, pero la vida cotidiana seguía su ritmo siempre uniforme. El trabajo, los negocios, las granjas, la familia, el círculo de amigos o la actividad pública, el amor, la política o el deporte, los cientos y cientos de acontecimientos menores absorbían su atención. Era necesario que así fuera y no podía ser de otra manera.

Las luces de la mañana prometían un día bonito, resplandeciente. Ligeros jirones de vapor flotaban sobre el paisaje disipando los rayos de sol que se reflejaban en las peladas colinas y borraban sus curvas, por eso los prados de guadaña parecían infinitos en la lejanía.

Afortunadamente hacía buen tiempo, pues se celebraba un día importante en el calendario de caza: era 3 de noviembre, día de San Huberto. Naturalmente, también era una fiesta para los cazadores transilvanos y un gran acontecimiento social, porque a la montería, que se inauguraba a mediodía, acudirían en carruaje damas y caballeros de la ciudad y de los alrededores. Para que el público pudiese ver la partida de caza y no solo la fiesta, el día de San Huberto la cacería tenía lugar en la llanura del valle del Szamos. Pero no se llamaba *partida*, sino *meet*, puesto que en cinegética todo el vocabulario era inglés. El amo de la jauría era el *master*; el perrero, el *huntzman*; el azote de la caza, el *whip*; la salida de los animales, el *tally-ho*; la carrera, el *run*; perder el rastro, *check*; el rastreo, el *casting*; y capturar el animal, *kill*. Los cazadores usaban ese argot y para ellos una frase como la siguiente tenía sentido: «En el *check*, después del primer *run*, cuando el *master* hizo el *cast back*, yo realicé un *whip* por uno de los lados sin haber oído el *tally-ho...*».

Ese año, el *master* había elegido un buen punto de encuentro para el *meet*. Era el prado de Tarcsa, cerca del pueblo de Apahida, donde el camino cruzaba el río Szamos y giraba bruscamente hacia el norte. Allí se le unía un camino rural más corto que recorría la orilla izquierda del río desde los viñedos de Kolozsvár. Aquel lugar era muy apropiado. A ambos lados del camino se extendía un prado ancho y plano donde cabían jinetes y carruajes, de manera que cuando los sabuesos comenzasen a subir por el valle tras la caza, los carruajes podrían seguirlos por el camino. Además, tenían la posibilidad de ver toda la batida si la liebre, una vez levantada, decidía correr a lo largo del valle, lo que era poco probable ya que generalmente tendían a dirigirse a las montañas.

En el prado, un único mozo de cuadra paseaba dos caballos abrigados porque solo eran las once.

Sin embargo, un carruaje de cuatro caballos apareció por el pueblo y pasó al trote por el puente del Szamos, entró con un giro en el prado y se detuvo.

En el ancho landó acababan de llegar Adrienne y su tía, la amable mujer de Jenő Laczók.

—Ya ve, tía Ida, no nos hemos perdido nada y usted estaba tan nerviosa —dijo Adrienne con una sonrisa.

—Es cierto, no nos hemos perdido nada. Tenías razón al no tener tanta prisa —

admitió la tía Ida riéndose a carcajadas por la urgencia y la prisa que había metido a todos—, pero es que estoy tan nerviosa, ya sabes, mis dos hijos adolescentes van a participar por primera vez en una cacería. Es muy importante, ¿no? ¡Muy importante! —dijo, y con sus dedos regordetes estrechó la mano de su compañera.

Llegaron con cuatro caballos bayos grandes y huesudos que Adrienne había traído de Mezővarjas a principios de otoño porque los necesitaba para hacer todos los preparativos de boda de la pequeña Margit y no quería usar los caballos de Uzdy para tales fines.

Llegaron con ellos dos carruajes más.

Uno era un coche corriente en el que viajaban las hermanas Laczók. Anna iba delante con Pityu Kendy y la pequeña Ida atrás con otro joven, Garázda, un estudiante de Derecho de la Universidad de Kolozsvár.

El otro coche era americano, alto, de cuatro ruedas. Solo tenía dos asientos delanteros y una especie de taburete detrás donde no hubiese cabido ni un mozo de cuadra. Lo conducía Ádám Alvinczy con su novia, la pequeña Margit, al lado.

Ádám sentía el orgullo propio de las personas de clase alta, pero además tenía otras razones para sentirlo.

Estaba muy orgulloso de tener novia y pronto sería un hombre casado. Ya se sentía casi casado, pues había entrado en el distinguido círculo de los hombres serios. Comenzó a despreciar a sus compañeros de juerga cuando Margit y él hablaron de lo inútiles y vagos que eran.

Estaba orgulloso de haber renunciado al aguardiente, ya solo bebía vino para acompañar el almuerzo y la cena ¡y una sola copa! No lo hacía a instancias de Margit, sino que lo hacía por decisión propia. Margitka<sup>[15]</sup> solo le había comentado que no estaría mal, pero no se lo había pedido explícitamente.

Estaba orgulloso porque ya era su propio señor. Había renunciado a su parte de la herencia materna en favor de sus hermanos, quienes a cambio se habían encargado de pagar los varios miles de coronas de deudas que había ido acumulando. Su padre le había dado la parte del patrimonio que le tocaba: la finca de Magyartóhát. Era cierto que no valía tanto como las otras tres heredades que correspondían a sus hermanos, pero la pequeña Margit le dijo que era mejor hacerse con ella ya. Su padre se la daba gustosamente. Además, ella lo había consultado con su futuro suegro y también prefería que se la entregase lo antes posible para no tener que preocuparse por las deudas que adquiriesen los otros tres hermanos Alvinczy. Era mejor así, pensaba Margit, porque Ákos jugaba cada vez más a menudo a las cartas y Farkas también era un manirroto que se lo gastaba todo en Pest. Por suerte, se decía Margit, Magyartóhát era una finca colindante de Mezővarjas y tal vez pudiese ayudar a papá Milóth en la granja, lo que no estaría nada mal porque el viejo ya no daba más de sí y llevar la granja era la ocupación más hermosa del mundo. Lo cierto era que Ádám no había pensado en ello más que ahora, que estaba comprometido y tenía a alguien con quien hablar del futuro.

Y además estaba orgulloso del hermoso carruaje, que era de Dinóra Malhuysen, cuyo marido, Tihamér, lo había hecho aparejar en otros tiempos con trotones rusos. Ahora, el bueno de Tihamér se había divorciado y los trotones habían desaparecido. Un día Margit tuvo la idea de preguntarle si el hermoso coche americano estaba en venta. ¡No le había engañado el olfato! ¡Y qué poco habían pagado! Estaba en excelentes condiciones y solo habían tenido que repintar el pequeño escudo. Parecía recién comprado y hecho para su uso particular. Era cierto que solo se podía utilizar en buenos caminos, ¡pero era precioso!

¡Cómo no iba a estar orgulloso si siendo un hombre joven, pero hecho y derecho, había llevado a cabo tantas empresas y con tanta astucia!

Los tres carruajes que llegaron más tarde daban vueltas a paso lento por el prado cuando desde el camino rural se acercó una polvareda enorme. Era Ambrus Kendy, el increíble tío Ambrus.

En el asiento delantero iba él junto con el más joven de los Alvinczy, Ákos, ambos fumando un cigarro como señores. En el pescante viajaba el mozo con una gran cesta de flores que Ambrus pensaba regalarle a Adrienne. «Es lo que gusta a las mujeres —pensó—. Y si no me las paga, al menos que la gente vea que le llevo flores a esa mujercita». Nadie pensaría que el regalo era inútil y, aunque lo fuese, lo importante era la notoriedad conseguida con él.

Detrás del carruaje de Kendy, llegó Laji Pongrácz con su banda apretujada en dos simones. En un tercero cargaban con una mesa, sillas, cestas con botellas de champán y otras bebidas y un camarero, y junto al cochero, el contrabajo, que el asustado criado de los cingaros llevaba bien agarrado.

El tío Ambrus soltó un enjundioso juramento al salir del coche y se fue hacia el landó de Adrienne.

El mozo iba detrás de él con la cesta de flores.

—¡Qué mujercita más madrugadora! —dijo riendo mientras besaba la mano a las dos mujeres—. ¿Para eso he salido de madrugada? ¿Para eso he venido traqueteando por caminos rurales, atravesando montes y valles? Quería recibirla como es debido, con flores y música, pero al llegar compruebo que ya está aquí. ¡Qué desilusión! ¡Ay, esta maldita suerte de perros! —gritó y se dobló en dos dando pasitos diminutos. Luego le dijo al primer violinista—: ¡Burro! ¡Toca mi copla de las penas! ¿No ves cómo sufro?

—¡Eres un loco tan cariñoso! —le dijo la señora Laczók riéndose ya que era prima de Ambrus y lo consideraba un buen hombre.

Adrienne también se rio, pero de manera algo forzada y distante.

Sabía bien que Kendy había organizado la jira por ella y a su tosca manera estaba enamorado, pero también se daba cuenta de que le servía para que la gente rumoreara de ella y del tío Ambrus. Quería comprometerla como lo había hecho ya varias veces,

para eso le servían las flores y la banda de cíngaros que nunca antes había llevado a la partida de San Huberto. Ahora todo el mundo hablaría de ellos. Adrienne lo sabía, pero no le molestaba, incluso le daba alas. Le convenía que la gente chismorrease de ella algo que no era cierto. Así resultaba más fácil ocultar que Bálint había vuelto de Budapest y había ido a verla por la tarde y luego... por la noche.

Tenía que desviar la atención para seguir jugando a ese juego peligroso del que dependía su vida.

Por eso se rio con frialdad y por eso se puso en el pecho una flor de la cesta de Ambrus.

Cada vez llegaban más y más carruajes de la ciudad y los alrededores. Toda clase de vehículos, desde el armatoste más anticuado hasta el caprichoso *tarantas*, el carro ruso sin amortiguadores. Las damas recién llegadas permanecían en los coches y desde ellos se saludaban con la mano, mientras los hombres se apeaban a cumplimentarlas debidamente. La mesa del tío Ambrus, que se había convertido en bar, y los cíngaros tuvieron mucho éxito a pesar de que todo el mundo sabía que al *master*, el viejo jefe de la partida, le disgustaría semejante novedad. Era muy poco deportivo llevar gitanos y champán a un *meet*, pero sin duda dio un sabor especial a la fiesta, por no mencionar el detalle de que los transilvanos disfrutaban haciendo rabiar a los demás.

Comenzaron a llegar jinetes solos y en grupo. Debido a que Villa Hubertus, la sede de la asociación de caza, con la perrera, el club y los establos donde los socios guardaban los caballos, estaba frente a la estación de Alsózsuk, todos aparecieron por la curva del camino que daba al prado.

Ya habían llegado unos cuantos señores mayores, como Szaniszló Gyerőffy, el antiguo tutor de László, en un caballo negro y huesudo de pelo brillante; el otro Sándor Kendy, apodado «Zindi» para distinguirlo del «Boquituerto»; y en un robusto bayo, el comandante Bogácsy, miembro del tribunal tutelar del condado desde que se había retirado del ejército. También estaban ya los jóvenes Farkas Alvinczy, Isti Kamuthy, Pityu Kendy y Bálint.

Mientras Bálint se limitó a saludar a Adrienne desde lejos y a evitar la compañía de las damas de los carruajes, los demás se confundieron entre las carrozas.

Bogácsy iba orgulloso junto a la carroza de Milóth. Había sido pareja de baile de la condesa Ida y desde hacía veinte años se engañaba pensando que Ida Kendy se habría casado con él si se lo hubiese pedido, razón por la que bajo su mostacho de gato viejo y su desafiante monóculo lucía una sonrisa sentimental y nostálgica, aunque por la severidad de sus gestos y sus conocimientos en cuestiones de honor era un perfecto padrino de duelos. En cualquier caso, pintaba muy bien con su barriga ceñida con cordones y entorchados de oro, puesto que se había vestido de gala para demostrar que detrás de aquel civil latía el corazón de un bravo militar.

El tío Ambrus permanecía al lado de Adrienne, pero al ver a los jinetes decidió volver a la mesa —al vino y a los cíngaros— pues sabía que a pie estaba en franca

desventaja frente a Pityu e Isti Kamuthy, que se acercaron a caballo a requebrar a las mujeres.

La mayoría llevaba la chaqueta verde con botones dorados propia de los *harrier hunt*, los cazadores de liebres, pero algunos lucían una chaqueta roja que, según las reglas, solo se permitía en las partidas de caza mayor, del zorro o del ciervo, pero el día de San Huberto constituía una excepción, al menos en Transilvania.

Todos llevaban pantalones blancos de montar y botas de puntas reforzadas, además de gorros redondos de terciopelo negro. Solo Isti lucía un sombrero de copa de seda y rondaba por los carruajes para explicárselo a las damas:

—El gorro almidonado de terciopelo no *ez* regular, en Inglaterra *zolo* pueden llevarlo el *mazter* y el *huntzman*... no *ez* regular... ya *lez* digo...

A nadie le importaba en absoluto lo que explicaba, solo disfrutaban del bello espectáculo. Bañados por los rayos resplandecientes del sol otoñal los colores brillaban con viveza: los jinetes de verde y de rojo, los caballos con el pelaje reluciente y los carruajes de gala dispersos por el prado, donde destacaba el colorido de los vestidos de las mujeres. Era una imagen que pocas veces se veía, como un viejo grabado inglés.

Solo un automóvil moderno desentonaba en aquel cuadro. Era el de Dodó, que acababa de casarse con su pretendiente alemán, el extraordinario Udo von der Maultasch. Desde que había contraído matrimonio hacía seis semanas con la muchacha más rica de Transilvania, el buen Udo ya no se mostraba tan modesto como durante el cortejo. Bajó del automóvil de un salto, recorrió el prado paseando y dando lecciones a todo el que pillaba, diciendo con prepotencia que todo estaba mal organizado y había que hacerlo de otra manera porque «*bei uns in Pommern*», en Pomerania, se hacía de otra manera... Por suerte Maultasch iba a pie y los jinetes lo iban dejando con la palabra en la boca, así que se acercó a la mesa del vino, donde solo Ákos Alvinczy cayó víctima de su verborrea, ya que el tío Ambrus, que también estaba, se libró de él con una expresión acerada.

La pobre Dodó se quedó sola en el flamante y enorme Mercedes y nadie se acercó a saludarla ni de lejos.

—¡Cómo apesta el maldito automóvil! —decía la gente—. ¡Lo han traído para volver locos a los caballos!

Solo la pequeña Margit se compadeció de ella. Se apeó de su carruaje americano y se acercó a charlar un poco porque era una buena chica y porque además cerca de Magyartóhát, donde viviría en un futuro, tenía Dodó una finca pequeña y le convenía tener buenas relaciones. Quizá Ádám pudiese arrendársela un día por un precio razonable, «de amigos».

De repente la compañía pareció agitarse. Desde el camino de Tarcsa llegó Jóska Kendy en su carro de fresno bajo y ancho, haciendo restallar el látigo con fuerza tras

los cuatro caballos negros entrelazados que corrían vertiginosamente a galope tendido. Entró como un huracán; la multitud de jinetes que esperaban apaciblemente o paseaban el caballo apenas tuvo tiempo de esquivarlo. Cruzó el camino y lanzó un agudo silbido. Los cuatro caballos, como si fueran de piedra, se detuvieron justo delante de la mesa del tío Ambrus. Kendy volvió a dar un chasquido como un disparo junto al caballo guía, pero los animales no se movieron, sabedores de que no iba destinado a ellos. Se trataba solo de darle cierto gracejo a la aparición.

Jóska les espetó con la pipa de loza en la boca:

—¿Cómo es que no me invita nadie a una copa con la taberna que tenéis aquí montada?

Echó una ojeada a su alrededor con sus agudos ojillos y examinó todos los caballos del prado. Él no había venido por las mujeres, sino que, siendo un gran tratante de caballos, quería saber qué clase de corcel tenía cada cual a fin de hacer negocio. Había venido solo en compañía de su cochero, que se había bajado de un salto del asiento trasero, sujeto al carro, y se había puesto delante del mismo.

Por la otra parte, por la cara norte, los asaltó un fenómeno aún más violento. Desde la Villa Hubertus llegaron al trote diez machos relinchando como demonios y ocupando toda la anchura del camino, montados por húsares de Szamosújvár. Parecían cuidar mucho el aspecto militar, de ahí que avanzasen en exacta formación, como en las exhibiciones. Eran sementales del Estado que el Ministerio de Agricultura prestaba a los cazadores —treinta al año— para que los probasen en terreno accidentado. En días normales de caza solo traían tres o cuatro y nunca juntos, sino conducidos por el *whip* o por miembros de la asociación de caza. Si alguno presentaba un carácter indómito, lo conducían por un flanco o por delante del resto.

En ese momento, los diez animales juntos, en línea, penetraron al trote entre las tentadoras yeguas y al sentir la presencia de los rivales se alteraron. Cada uno quería superar a su compañero, encabritándose y bramando atacaban a los otros machos para demostrar que eran los mejores sementales del prado.

Provocaron más alboroto que el carruaje de Jóska, porque mientras que este solo había querido abrirse paso, aquellos representaban un peligro porque su galanteo ruidoso hacía mella en las yeguas y porque, además, los machos odiaban las bestias castradas.

Los jinetes huyeron en desbandada, pero a los húsares no les importó lo más mínimo. Mantuvieron la línea recta, dibujaron una figura en el prado y, sin hacer demasiado caso al resto de animales, que se sacudían como posesos, hicieron que sus monturas se sentasen a lo *Vorschrift*, perfectamente rectos.

Cuando se asentaron la polvareda y el ánimo de los concurrentes, llegó la jauría guiada por el *master*, el viejo Béla Wesselényi, fundador y alma de la asociación. Montaba un hermoso purasangre de pelo oscuro. En los cortos estribos su figura baja aún lo parecía más. Su chaqueta roja estaba tan deslucida que más bien era rosa y de

corte bajo, antiguo, a la moda de los sesenta. Bajo el gorro de terciopelo negro brillaban su cara roja, quemada por el sol, y su bigote y barba blancos de estilo emperador.

Llegó rodeado de perros sabuesos de grandes orejas manchadas que corrían pegados a su caballo. Algunos, a veces, levantaban la mirada para ver si seguían juntos. Estos perros, cuando se veían solos, se sentían desvalidos porque desde hacía generaciones llevaban una vida gregaria bajo la protección y el gobierno del hombre. Nunca estaban solos, por eso, si uno se perdía, lo hacía para siempre, aterrado al verse privado de sus compañeros y su amo. Solo la pasión por la caza les hacía olvidar la dependencia.

A un lado, detrás de la jauría, llegó al trote István Tisza, segundo *master* de Zsuk. Llevaba una chaqueta verde, casi negra, que combinaba con su rostro oscuro.

El caballo había sido criado por él mismo y, aunque medía unos dieciséis puños, parecía más pequeño porque Tisza no solo era un hombre alto y apuesto, sino que, a diferencia del viejo Wesselényi, montaba con estribos muy largos, como los jinetes de la vieja escuela. Su postura no cambiaba en terreno accidentado, ni al atravesar obstáculos; siempre era uniforme, derecha y tranquila.

Detrás venían los dos *gentlemen-whip*: Gazsi Kadacsay y el joven Áron Kozma. El joven Kozma era nieto de aquel Kozma que había sido administrador de Dénestornya en la infancia de Róza Abády y que había sido el primero de su familia que había comprado tierras. Gracias a la fraternidad y al trabajo esmerado de la segunda generación de los Kozma, la familia prosperó, todos progresaron y se hicieron ricos. Compraron tierras a los antiguos terratenientes arruinados por la prepotencia y la pereza, las dividieron y las renovaron. Los más jóvenes fueron también muy laboriosos y comenzaron a permitirse ciertos caprichos como participar en los asuntos públicos y en la vida social y deportiva. El joven Áron se había apuntado al movimiento cooperativista de Bálint y era su mano derecha en el distrito del Mezőség. Había ido a cazar cuatro días a Zsuk, pero volvía por la noche a su finca en la región de Teke, que distaba unos ochenta kilómetros, si bien el tercer día lo hizo de madrugada para estar a primera hora de la mañana. Era un hombre moreno, delgado, con un rostro de finos rasgos turcos, como el de los tártaros de Crimea.

El barón Gazsi iba en una yegua purasangre, milagrosamente curtida, que todavía estaba en condiciones de correr; tenía el vientre hundido como un galgo y bajo su piel no había ni pizca de grasa.

La había comprado hacía dos meses, en la pista de carreras. Había pagado un precio bajísimo por su majestad *Honeydew*, «Rocío de miel», que, por cierto, no merecía un nombre tan dulce. Era un animal tan nervioso y fastidioso que pese a sus extraordinarias capacidades, los entrenadores no podían manejarlo. Si se dignaba salir, se paraba en mitad de la carrera y en un abrir y cerrar de ojos tiraba al jinete al suelo, pegaba cien corcovos como los caballos de rodeo del circo Barnum y se tiraba al suelo. Ya había matado a un *jockey* y había dejado inválidos a otros dos.

Kadacsay se la había comprado por capricho y aplicaba toda la psicología hípica para domarla. La montaba como si fuese sobre un frágil huevo.

La gobernaba con ligereza, como si no llevase las riendas en la mano, acariciándole el hocico de vez en cuando. Curiosamente, la yegua apreciaba el delicado trato. Al principio, Gazsi se había pegado un par de costaladas contra el suelo, pero poco a poco logró desbravarla. Kadacsay estaba inmensamente orgulloso de su hazaña. Incluso ya se atrevía a utilizarla para el *whip* porque *Honeydew* había comprendido que el látigo no era para ella, sino para la jauría. Cuando levantaba el lomo para protestar, Gazsi se ponía de pie en los estribos para facilitarle que hiciese un corcovo y *Honeydew* no lo hacía, quizá pensara que no merecían la pena tales maldades si no le mostraban alguna resistencia. Sí había conservado la mala costumbre de echar hacia atrás las orejas, secuela de su vida anterior, y si un caballo se le acercaba a una distancia imprudente, le soltaba una coz con la velocidad del rayo.

¡No importaba! Gazsi llevaba un letrero blanco en la espalda que rezaba en mayúsculas «¡DOY COCES!», para que todos se anduviesen con cuidado.

El *master* circunvaló el prado entre los jinetes que le abrieron camino y se detuvo a saludar a las damas. No se dignó siquiera echar una ojeada a la mesa del tío Ambrus y casi inmediatamente volvió a ponerse en marcha. Cruzó a paso lento el camino y el terraplén del ferrocarril. Tras la jauría avanzaba la línea de los *whip* seguida por los sementales estatales y, entre los jinetes, cosa curiosa, iban los muchachos Laczók, cuya madre había encomendado a su caballero que velase por ellos. Cuando la señora Laczók los vio, se puso de pie en la carroza y les hizo entusiastas señales para que se acercasen y poder verlos mejor. Pero los dos adolescentes no le hicieron caso —difícilmente hubiesen podido hacerlo— porque sus caballos no querían apartarse de la jauría, y ellos, aferrados a las riendas, se contentaban con poder mantenerse a solo cuatro o cinco caballos de distancia del barón Gazsi y Áron Kozma.

La manada de jinetes atravesó en grupo el terraplén del ferrocarril y en la llanura del Szamos se abrieron en dos filas, a derecha e izquierda de la jauría. El ala derecha alcanzó la orilla del río, la izquierda el terraplén. Avanzaron lentamente hacia el norte, subiendo por el valle para levantar los conejos que en otoño se ocultaban en los prados, entre los surcos del arado y los rastrojos del maizal.

Cuando los jinetes hubieron cruzado el terraplén, se puso en marcha la fila de carruajes, naturalmente por el camino.

Margit se despidió de Dodó y bajó del automóvil. Repasó el prado con la mirada.

¿Dónde estaría Ádám con su bello carruaje? Estaba el coche, pero no Ádám. ¿Dónde se habría metido?

Lo buscó con los ojos y lo encontró en compañía de Ambrus. Se apresuró hacia ellos. Iba en ese preciso momento a avisarlo cuando vio que su novio, que estaba de

espaldas, brindaba con una copa de aguardiente y se la bebía de un trago entre los vítores del tío Ambrus, Ákos Alvinczy y Jóska Kendy.

La pequeña Margit se enfureció muchísimo. ¡El muy traidor! ¿Cómo se atrevía a beber? Tomó de inmediato una resolución: merecía un castigo. Le daría una lección que no olvidaría. Súbitamente afloró en ella la sangre aventurera de los Milóth. En ese preciso instante se fijó en el famoso carro de Jóska y de un salto se subió al pescante y le gritó a su no menos famoso conductor, que también estaba tomándose una copa:

—Querido Jóska, ¿me lleva a ver a los cazadores? ¡Pero por el campo, si es que se atreve!

—¡Por supuesto que sí! —gritó Jóska y acto seguido se precipitó hacia el carro, se sentó a su lado y en un periquete se encontraron corriendo a galope tendido.

El pobre novio se despertó de su letargo y balbuceó:

—¡Margit! ¿Y yo...? ¿Y nuestro coche?

Pero los caballos ya habían partido raudos como el viento.

No siguieron por el camino, sino que atravesaron el terraplén del ferrocarril y entraron en los campos tras la partida de caza. Los otros coches no hubieran podido avanzar por la llanura, pero el carruaje de Kendy no tenía suspensión, era un carro muy bajo, guarnecido con planchas de hierro que podía cruzar las zanjas sin problema.

Apenas dejaron atrás los raíles del ferrocarril, desde el río Szamos se oyó el grito *Tally-ho!* para azuzar los perros. Cuando Ádám Alvinczy corrió a su carruaje, se subió, salió al camino de piedra y alcanzó a las otras carrozas, la batida ya había comenzado.

Como era de esperar, los conejos no aceptaron el desafío de correr a lo largo del valle para entretener al público femenino, sino que tras describir una curva enfilaron colina arriba. La jauría, seguida por el *master*, los *whip* y la multitud de jinetes a galope tendido, iba tras ellos ladrando. Volvieron a cruzar como locos el terraplén y a unos dos kilómetros del prado del *meet*, atravesaron otro paso a nivel. La partida entera pasó por delante de la fila de coches y se precipitó hacia las peladas colinas de la izquierda.

Los últimos fueron Margit y Jóska Kendy con sus cuatro caballos endiablados. ¡Qué terrible espectáculo para el pobre Ádám!

Al principio tuvo la esperanza de que se detuviesen al llegar al pedregoso camino, ¡pero no! El loco de Jóska se fue contra la pendiente, subiendo en diagonal por las abruptas paredes. ¡Dios santo! ¡Podrían volcar! Pero Jóska seguía ascendiendo, ora por un viejo camino carrilero, ora por una vereda pecuaria, resbalando en las manchas de arcilla de las arroyadas. Apenas necesitó un par de minutos para llegar a la loma de la que poco antes habían desaparecido los cazadores. Continuaron un poco más y también ellos desaparecieron tras la colina... ¡Qué horror!

Por un momento, Ádám, paralizado por la preocupación, pensó en seguirlos en su

coche, pero no resultaba muy recomendable hacerlo con un carruaje americano de ruedas finas que no podría avanzar ni cincuenta metros en tan accidentado terreno y que se haría añicos. Decidió entonces coger un caballo y perseguirlos a toda velocidad, pero, en primer lugar, nadie le podía prestar un caballo, y, en segundo, tampoco a nadie le podía encomendar el coche pues su mozo de cuadra, que iba detrás más asustado aún, no servía para otra cosa que para sostener las riendas si él se apeaba. Así que se sintió encadenado a su delicado carruaje, obligado a permanecer en el maldito camino sin poder moverse un palmo y solo le quedaba ver con el corazón encogido las terribles cosas que le podrían pasar a su prometida.

Si al menos no los hubiese visto, podría imaginar que después de desaparecer tras la colina iban en el carro de paseo por caminos ondulados y silenciosos. ¡Pero no! Parecía que los conejos habían decidido correr en círculo porque volvieron a aparecer por la loma y a descender zigzagueando por la escarpada cuesta. La jauría los perseguía junto con el *master*, los cazadores y los húsares perfectamente alineados y, a unos cien pasos, los cuatro diablos negros entrepelados. Primero bajaron la cuesta y el carricoche dio unas guiñadas terribles para luego seguir adelante un buen tramo atravesando matorrales de arrancamochos y majuelo, saltando badenes y pasos de cabras. El tremendo Jóska, aguantando la pipa en la boca y sosteniendo las riendas con todas sus fuerzas, pasó como un rayo ante los ojos del pobre Ádám; a su lado, la pequeña Margit iba, con el sombrero a la espalda y el pelo suelto, agarrada al asiento con las dos manos, pero riéndose a carcajada limpia. El pobre Ádám tuvo que ver y sufrir todo el espectáculo.

Cuando al comenzar la batida la jauría atravesó el terraplén del ferrocarril, los perros que iban a subir por la colina pasaron junto a una carroza con capota trasera. En ese carruaje viajaba László Gyerőffy, que venía de Szamoskozárd porque el día anterior había ido a su casa y volvía a Dezmér.

Solo al ver los perros y los jinetes de chaqueta roja que habían pasado un poco más allá del paso a nivel recordó que era el día de San Huberto y que por el camino, tras alguna curva, se toparía con una gran multitud. Desde el mercadillo de la primavera anterior, había evitado el encuentro con el mundo en que había vivido, la vida ligera de las juergas. Los meses posteriores al bazar había caído todavía más bajo, pero desde que estaba con la señora Lázár, volvía a llevar una vida regular, era capaz de trabajar y se sentía casi feliz. ¡No! No quería volver con sus antiguos amigos.

Le entró pánico de pensar que pudiesen reconocerlo, que parasen su coche y lo retuviesen, por eso subió rápidamente la capota. Lo hizo a tiempo porque los carruajes de las damas todavía estaban lejos, detrás de la curva, y él estaba cubierto por unas casas del camino.

—¡Más rápido! —mandó al cochero y se colocó de través con las piernas subidas

al asiento para que diese la impresión de que la carroza iba vacía.

Resultó ser una precaución innecesaria. Nadie se percató del carruaje porque el público que venía de frente miraba cómo la batida avanzaba por la pendiente de la colina. Pronto desapareció el último coche y László soltó una risita ligera. Contento por su astucia, volvió a sentarse bien, pero sin bajar la capota. ¿Para qué? Solo perdería tiempo; además, tenía prisa porque había quedado en recoger en la estación a Sára, que llevaba todo el día en Apahida supervisando el transporte de las vacas cebonas.

A los pocos minutos ya estaba en el prado de Tarcsa.

El tío Ambrus, después de que los carruajes de las damas se hubiesen marchado, hizo una señal al violinista.

—Vamos a cargar los simones y a largarnos de aquí —dijo de muy mal humor, pues no podía negar que la expedición con los gitanos, el vino y las flores no había salido nada bien. Pensaba con amargura que solo había podido desempeñar un papel secundario. Pese a haber voceado y bromeado, los jinetes tenían tremendas ventajas frente a los que iban a pie, y más si lucían una hermosa chaqueta roja o verde y pantalones blancos, resplandecientes... «Las *hembras* ni siquiera se han fijado en los que vamos de paisano».

Lo que jamás admitiría ni en su fuero interno era que, entre tanto jinete joven, se había sentido viejo y que esa sensación latente lo había enfurecido todavía más.

—¿Por qué narices tardáis tanto? —bramó—. ¡Empezad a correr de una vez!

El resultado de espolearlos de tan mala manera fue que el camarero y los cíngaros perdiesen la cabeza y echasen a correr de un simón a otro para recoger las sillas, el contrabajo y el tímpano a toda prisa.

El tío Ambrus y Ákos se fueron hacia su carroza, que los esperaba un poco más lejos, junto a la cuneta, cuando de repente apareció ante ellos el carruaje de la señora Lázár. El más joven de los Alvinczy se apartó con una ligera carrera, pero el tío Ambrus, que era de andares pesados y tenía sus principios, no: «Un señor nunca corre». Se detuvo en seco y, soltando una de sus habituales imprecaciones, le dio tal bastonazo a uno de los caballos del tronco que hizo que el cochero tuviese que pegar un tirón para frenarlo:

—¿Qué pasa? —gritó enfurecido—. ¿Quieres aplastarme, patán? ¿Quién eres, eh? —continuó, pero al acercarse al pescante vio a Gyerőffy. Se asombró mucho—. ¿Eres tú, Laci? ¿Es que quieres matarme?

László Gyerőffy bajó del coche.

—Perdóname, tío —dijo educadamente—, el cochero no te conoce. —Y como para aplacar su ira, añadió a modo de broma—: ¡Tampoco se imagina uno que te va a encontrar caminando por ahí!

—Pues no es que sea mi costumbre, pero hoy es San Huberto y hemos celebrado aquí el encuentro. Yo he traído a unos cíngaros y algo con que mojar la garganta. ¡Algo muy rico, amigo! Te ofrecería si no hubiesen guardado ya todo lo que ha

sobrado.

—Muchas gracias, pero tengo prisa, tengo que continuar... Adiós, querido tío...

Se estrecharon la mano. László volvió a sentarse cuando bruscamente el tío Ambrus se asomó a la carroza.

—¡Espera! —dijo riendo—. ¡Espera un momento!

Durante su breve conversación había observado el coche y los caballos. Sabía que Gyerőffy había sido visto junto a la bella señora Lázár en Kolozsvár y que se murmuraba que no vivía en su casa. A Ambrus no le gustaba que otros tuviesen suerte con las mujeres. La fallida jira había hecho que se sintiese despechado, sus ojos brillaron con una luz maliciosa.

—Pero, tío... —insistió László.

—Primero, no me llames «tío», ¿me oyes?, porque no soy tan viejo... Segundo, dime en qué andas metido que viajas escondido bajo la capota a pesar de que hace tan buen día. Se te nota en la cara que ocultas algo... ¡Dímelo, amigo! ¿Adónde vas y qué coche es este? ¡O acaso crees que soy tan tonto como para no ver que no es tuyo! No te voy a dejar marchar hasta que no me lo digas, ¿sabes? —se rio burlonamente, se agarró al guardabarros y se puso de pie a modo de barrera entre el asiento y el pescante.

Gyerőffy sintió que no tenía nada que ocultar. Con la hermosa Sára su vida era ahora tan natural y tan tranquila que no se le ocurrió protestar. Contestó con una sonrisa mansa:

—Voy a Dezmér, a casa de la viuda de Bogdán Lázár, y este es su carruaje. No tengo nada que esconder.

El tío Ambrus sacó el pie y se dobló en dos dando pasitos de alegría.

—¡Jijiji! —chilló aplaudiendo—. ¡Qué hombre! ¡Así me gusta! ¡Bravo, bravísimo! ¡Comida y alojamiento gratis! ¡Estupendo!

El tío Ambrus continuó, pero László no esperó a que terminase. Se le ensombreció la cara y le dijo al cochero con voz dura:

—¡Vamos!

No tuvo tiempo de oír el surtido de bromas groseras que Ambrus le dedicó. Se recostó contra el asiento almohadillado.

En un primer momento no comprendió la gravedad de las palabras. Solo intuyó la ofensa y el agravio. Sin embargo, le cayeron como un mazazo.

Poco a poco se recuperó y comprendió lentamente el sentido injurioso de esas palabras. Las recordó muy despacio, tomándose su tiempo porque hasta el momento había vivido de un modo muy inconsciente.

No había llegado aún a entenderlo del todo cuando el carruaje se detuvo delante de la estación. La bella Sára subió y enseguida continuaron el camino.

—¿Qué te pasa? ¿Ha ocurrido algo...? ¿Pero qué te pasa? —observó la señora Lázár.

—¡Oh, nada...! ¿Por qué? ¡Nada! —contestó László e intentó mirarla a los ojos y

esbozar una sonrisa valiente.

—¿De verdad? ¿No te encontrarás mal? ¿Te ha pasado algo!

—No, no, nada... Nada, de verdad...

Cogidos de la mano se miraron cara a cara, la mujer preocupada, el hombre asustado. Inesperadamente, un freno interior se soltó en László y como un niño perseguido se desplomó llorando en el hombro de la mujer. Lloró largamente. Tal vez sintió que iba a perder a ese ser precioso, bueno y tan amado que lo había salvado del infierno de los últimos años. Tal vez por eso se aferró a su brazo y a su mano con tanta fuerza, para asegurarse de que todavía la tenía, de que todavía estaba con él, con él...

Afortunadamente, la capota estaba levantada y así pudieron permanecer largo rato en su refugio sin ser vistos. Y nadie los vio.

El conejo de la llanura era el típico del día de San Huberto. Después de dejarse ver un par de veces en las lomas, a lo largo del camino desde el que el público femenino seguía la caza, se dejó capturar tras una carrera de veinticinco minutos, lo que fue muy de agradecer puesto que el almuerzo ya estaba servido en el club.

El *kill* se realizó en una curva del valle detrás de la primera cresta. Después del *worry-worry*, una vez que la jauría obtuvo la presa como premio, la despedazó y se la comió, la mayoría de los jinetes salió a paso lento al camino para desfilarse delante de las mujeres. El *master* eligió otro camino, prefirió no cruzar entre la multitud con la jauría. Por eso, después de abreviar los perros en la fuente que manaba en la pendiente de la colina, subió con ellos a la loma por donde podía conducirlos tranquilamente a sus casetas.

Solo unos pocos se fueron con él: Tisza, los dos *whip*, Bálint Abády, Farkas Alvinczy, el comandante Bogácsy y, naturalmente, los chicos Laczók.

Bajaron a paso lento por el terreno ondulado del henar. Los perros avanzaron dispersos porque era poco probable que en ese pelado pastizal hubiese animales de caza, pues allí llevaban diariamente a los caballos que no se usaban para cazar.

Pero entonces, de manera inesperada, una liebre saltó de un diminuto endrino justamente delante de los cazadores. La jauría aulló de alegría al unísono y se precipitó al animalillo. Pero este no era un gazapo fácil como los anteriores, sino una enorme pieza de pasto, robusta y experimentada, a la que se le notaba a la primera que había pasado varios veranos huyendo de los perros pastores. Estaba en forma, tenía los músculos desarrollados de tanto correr. No se apresuró demasiado para poner tierra de por medio; más bien, con las orejas alzadas, dio unos brincos burlones ante las narices de sus perseguidores y se dio a la fuga bajando hacia el norte como si desdeñase las ventajas de correr cuesta arriba.

Así comenzó el mayor *run* de la temporada. Los jinetes bajaron al vertiginoso galope de caza por la suave pendiente del henar. A los pocos minutos la batida

continuó por la pantanosa vaguada en la que se veía la presa, que acababa de salir del valle corriendo por la pendiente de enfrente.

Los campos de caza de Zsuk se caracterizaban por que en la orilla izquierda del Szamos, la cadena de colinas iba en perpendicular al valle principal. La pendiente que daba al norte era ligera, suave y fértil, mientras que la de enfrente, la que miraba al sur, era empinada, casi enriscada, interrumpida por abismos de arcilla amarillos y áridos por el desprendimiento de tierras. El experimentado roedor había elegido esa dirección seguramente por eso. Con sus largas patas traseras se impulsaba con facilidad y la jauría apenas había llegado a una tercera parte de la pendiente cuando su excitante presa ya había desaparecido detrás de la cresta.

Cuesta arriba, los perros eran más rápidos que los caballos que cargaban a los jinetes, por eso pronto perdieron el aliento. Había que llevar un ritmo que no agotase sus fuerzas. Esta vez todos cumplieron las reglas porque presintieron que sería una carrera seria.

El *master* llegó a la cima más tarde que la jauría, el resto la alcanzó después a galope corto o al trote. Cuando llegó, los primeros sabuesos, los más jóvenes y por tanto los más veloces, hacía unos minutos que habían perdido el rastro y vagaban dispersos por la loma husmeando la tierra y coleando nerviosos. En eso apareció uno de los perros más viejos y sabios, el líder, *Toss-it-up*. Apenas olfateó un par de veces, dio un gruñido de placer y como un rayo se lanzó al valle. Sus compañeros lo siguieron y volvieron a bajar a velocidad de vértigo.

Pero tres perros no oyeron el gruñido porque estaban olisqueando un matorral espinoso a los pies de un acantilado de unos veinte metros.

El barón Gazsi los atisbó desde arriba y espoleó a su majestad *Honeydew* para bajar la abrupta cuesta. A *Honeydew* no le gustaban tales hazañas, pero no le quedó más remedio. Bajó la pendiente formada por los corrimientos de tierra y de casi veinte grados, dando vueltas alrededor de sí misma, como si bailara un vals terriblemente rápido, encontrando momentos para dar unos corcovos también. Era lo habitual en ella cuando algo le desagradaba. Cualquier otro caballo se habría caído y su jinete habría rodado por los suelos, pero esta yegua maliciosa era un animal excelente y Kadacsay no era un caballista cualquiera. No solo no le molestaba el baile vertiginoso del animal, sino que cuando llegó abajo, llamó a parte de los perros con la fusta y subió tras ellos a galope tendido hasta la cresta y desde allí se volvió a precipitar tras los otros.

Comenzó una carrera espectacular, no solo porque el lebrero, que en Inglaterra era lento, nacía tan rápido en los criaderos transilvanos que podía competir con los sabuesos dedicados al ciervo, sino porque la región de Zsuk, con sus montes y valles, exigía una técnica hípica particular. Cuesta arriba había que cuidar del caballo; cuesta abajo, dejarlo correr cuanto pudiese.

Solo así se podía mantener el ritmo de las jaurías. Tanto los jinetes como los caballos tenían que aprenderlo si querían cazar con sabuesos o, como se llamaba

antes, «hacer el *chien courant*», que venía del nombre francés del perro de caza.

Hoy no paraban: arriba y abajo y otra vez arriba y abajo.

La dirección no cambiaba, descendían por las pendientes a toda velocidad y las volvían a subir por la cuesta de frente.

La jauría, como una larga sarta, seguía el rastro y cada vez se distanciaba más de los jinetes. Junto con Wesselényi, ya solo Kadacsay mantenía el ritmo. Tisza y Abády los seguían a una distancia prudente porque no era bueno presionar a los perros, pero Kozma se había quedado atrás, Alvinczy iba unos cien metros más lejos todavía y Bogácsy era el último. Los sementales de los muchachos Laczók eran buenos caballos, pero tan lentos que cuando llegaban a una cuesta, los primeros ya estaban de nuevo en el valle y los sabuesos subían la cuesta siguiente.

La humedad aumentaba y la niebla comenzó a molestar la vista. Tal vez por ello o porque era tremendamente rápida, ya no lograban ver a la liebre, pero sin duda seguían un rastro bueno porque *Toss-it-up*, que nunca se equivocaba, hacía rato que iba al frente ladrando a pleno pulmón.

El tercer descenso los llevó a la parte más ancha del valle, por donde corría el arroyo de Borsa. No se podía cruzar de un salto porque era demasiado ancho y cenagoso. Bálint encontró un puente maltrecho y cruzó antes que Kadacsay, que perdió tiempo buscando un vado.

—¡Creo que la jauría ha cambiado la presa por un zorro! —gritó el animado Gazsi con voz gangosa—. ¡No puede haber una liebre tan milagrosa! —dijo, y para reconquistar su obligado lugar como *whip*, cerca de los sabuesos, espoleó tan fuerte a su purasangre que la yegua subió como si estuviese en una carrera de competición. A *Honeydew* le sentaba bien esa caza fantástica. Incluso aguantaba el espoleo.

La cuesta de Borsa era una de las más altas, bastante accidentada y a veces muy escarpada. Cuando llegaron los cuatro jinetes que fueron capaces de mantener el ritmo de la jauría, encontraron a los perros dispersos por la cima cubierta de matorrales, pero no tuvieron que retener los caballos ni un solo minuto, pues los sabuesos dieron de nuevo con el rastro y la enorme liebre saltó en pleno hocico del líder.

No había sido un zorro, sino aquella liebre la que había aguantado hasta allí.

Con el último aliento corrió hacia la maleza de un bosque llamado Csonlás que estaba en el límite con el condado de Doboka.

Le faltaban quinientos metros hasta la espesura, pero ya no aguantó.

Hizo mal en agazaparse, pegó dos o tres saltos más delante de los primeros sabuesos y al final dio una voltereta enorme y cayó muerta. Los perros la olfatearon, pero no la tocaron, estaban exhaustos. Levantaron la mirada hacia su amo, con la lengua fuera, jadeando, como si preguntaran: «¿Lo hemos hecho bien, verdad?».

El *master* bajó del caballo.

—¡Un *run* de ciento tres minutos! —gritó a los tres compañeros que llegaron con él y con la fusta se abrió camino entre la jauría.

Levantó la liebre, tan rígida ya que parecía de madera.

Los otros también bajaron. No era necesario aguantar las riendas, incluso *Honeydew* estaba mansa.

—¡Vaya batida tan bonita! ¡Preciosa! —repitió todo el mundo y calcularon la distancia que habían recorrido a galope tendido desde el pasto de Zsuk hasta la pendiente de Doboka: unos doce o catorce kilómetros cuesta arriba y cuesta abajo. ¡Un logro insólito tanto para la jauría como para los caballos! No dejaron de hablar mientras en breves intervalos fueron llegando, primero, Áron Kozma; luego, Bogácsy en su buen caballo bayo; mucho más tarde Farkas Alvinczy, cubierto de lodo pues su corcel había tropezado en el arroyo, y finalmente, gloriosos, los Laczók con el caballerizo.

—¡Mocosos —se rio Gazsi desde lejos—, habéis tenido mucha suerte al tener a la primera un *run* tan estupendo!

Bálint estaba pensando en escribirle una carta a su madre y contarle que su yegua de Dénestornya había superado el examen con creces, que no había perdido el aliento ni un segundo, que solo habían llegado al *kill* cuatro caballos —de los cuales dos eran purasangres— y que la yegua estaba ilesa. Lo había comprobado inmediatamente: la silla no le había lastimado el lomo ni tampoco había sudado mucho. Seguramente se alegraría de saberlo puesto que amaba a las crías de su yeguada como si fueran miembros de la familia.

Buscaron agua para la jauría y después salieron directos al club al paso porque, aunque los caballos hubiesen podido continuar al trote, los perros estaban muy cansados.

El cielo se estaba empezando a poner gris y, hacia el oeste, la luz del sol bermejeaba. Cuando llegaron a la cima, la infinita línea de las crestas, como un mar helado de olas gigantescas, se cubrió de sombras moradas.

El *master*, los muchachos Laczók, Farkas Alvinczy y Bogácsy iban delante. Tisza se detuvo a encender un cigarro y Abády y Gazsi lo esperaron, por eso se quedaron atrás. Avanzaron los tres juntos al paso, con los estribos largos, en silencio.

—Me gustaría preguntarte algo —dijo Kadacsy mirando a Tisza y, al ver que estaba dispuesto a charlar, continuó—: Me han comentado de modo confidencial que, siendo oficial húsar en la reserva, tengo que informar al regimiento de mi paradero.

Solo era eso, pero él le había dado muchas vueltas a tan extraña información. No le encontraba otro sentido que no fuera una posible movilización general como consecuencia de la anexión de Bosnia, incluso guerra. ¿Guerra? ¿Era probable? ¿Había sido buena idea la anexión si conducía a la guerra?

Tisza no era un hombre muy locuaz. No se fiaba de nadie a la hora de hablar de cuestiones tan serias, pero apreciaba a Abády y su labor. En esto influía también que Bálint no perteneciese a ningún partido de la coalición.

Gazsi Kadacsy le parecía simpático por un extraño comentario que había oído sobre él.

Durante las elecciones de 1905 la gente estaba discutiendo en el casino de Kolozsvár y hablando mal de Tisza, entonces primer ministro. Gazsi intervino en su defensa y alguien le espetó gritando:

—¡Hablas así porque eres un traidor a la patria! ¡Si pudieses la venderías al enemigo!

Kadacsay torció su nariz de pájaro carpintero y con voz engolada contestó:

—¡Por supuesto que sí! ¡Ya estoy en ello, pero nadie quiere comprármela mientras vosotros vayáis incluidos en el paquete!

Todos rompieron en carcajadas porque en Transilvania el humor siempre tenía más fuerza que las disputas. Sin embargo, tuvo que ser muy valiente para atreverse a soltar semejante comentario en aquel ambiente a punto de explotar.

Al contestar, Tisza seguramente recordó aquel comentario.

Dijo que estaba convencido de que, pese a los imprevisibles cambios del momento y los posibles conflictos que se derivasen, la crisis actual sería fácilmente superable, sobre todo porque el ejército era lo bastante fuerte como para solucionar cualquier contingencia...

Habló como si diese respuesta a sus propias preocupaciones, como si redactase un discurso que más tarde pronunciaría en el Parlamento. Delineó, en frases duras como el acero, la situación en política exterior y su importancia, pues serviría de lección para el futuro.

—Estoy convencido de que la anexión ha sido necesaria... y estoy dispuesto a afrontar las consecuencias... —respondió a la última pregunta de Kadacsay—. No se debe entrar en discusiones sobre si el gobierno húngaro y el Ministerio de Asuntos Exteriores han obrado o no con la prudencia necesaria para actuar y mitigar los levantamientos.

Él personalmente no pensaba entrar en tal debate y tampoco se lo aconsejaba a nadie. La obligación de los patriotas era dar apoyo moral a la Monarquía demostrando la solidaridad que debía florecer en todas las naciones de sano juicio cuando las amenazaban peligros o, cuando menos, dificultades en política exterior.

—Se ha emprendido una campaña de difamación contra nosotros —dijo—, sobre todo por parte de los ingleses, que han actuado de muy mala fe presentando la Monarquía como si quisiera apuñalar por la espalda la constitucionalidad turca. Inglaterra ha utilizado a Turquía para lo mismo que utilizó a los polacos a principios de los años sesenta o a los daneses en la cuestión de Schleswig-Holstein: encrespar los ánimos y despertar esperanzas para luego dejarlos plantados.

No cabía duda de que los quince años de paz balcánica se acababan y de que esa crisis era la primera fase aguda de la cuestión oriental. Había que sacar conclusiones. El ambiente estaba muy cargado en los Balcanes, lo que requería más atención y más sacrificios por parte de la Monarquía.

—Me parece bien que el gobierno actual haya hecho todas las concesiones necesarias en el tratado comercial con Serbia. Es la postura más inteligente si queremos lograr que los estados vecinos estén a nuestro lado voluntariamente. Y la vigencia del tratado solo depende del futuro comportamiento de Serbia... Nuestra política no puede ser diferente a como ha sido hasta ahora: defender el desarrollo libre y pacífico de las naciones balcánicas e imposibilitar toda intención o proyecto de someter su desarrollo pacífico e independiente mediante el poder o la hegemonía de un conglomerado invasor y agresivo...

Bálint, al oír estas últimas palabras, levantó la cabeza y miró a Tisza.

¡Qué interesante y grandiosa la última frase! Como si se refiriese únicamente a las pretensiones rusas y no respondiese al programa que Slawata le había planteado hacía un año y cuyo objetivo final era el trialismo y la expansión de la Casa Austriaca en forma de reinos familiares hasta el Egeo.

Tisza continuó hablando al ritmo lento del paso de los caballos. Su voz sonaba seria, como si las preocupaciones de su alma le diesen un tono más sombrío.

Pronunció palabras proféticas...

—Hay mucha animosidad contra nosotros. En Europa existen factores, poderes decisivos, que si bien estiman que la situación no es aún propicia para que estalle y provoque una conflagración general, procuran que la animadversión no se esfume del todo para poderla aprovechar contra la Monarquía cuando se presente la oportunidad.

Las siguientes frases de Tisza no habrían sido creíbles para sus adversarios políticos, que solo veían en él al enemigo atávico de todas sus pretensiones.

—En política militar hay que seguir un camino que despierte en nosotros la confianza de que somos fuertes, pero también que así lo sientan nuestros aliados y nuestros enemigos. Por eso es necesario encontrar una solución para los problemas pendientes. Sería una tremenda imprudencia por parte de las autoridades, tanto del emperador como de los partidos de la coalición, cerrar los ojos ante la actual situación exterior, no vencer sus intereses particulares, ni desistir de sus posturas, ni hacer todo lo que está en sus manos para llegar de una vez a un acuerdo sobre las cuestiones del ejército...

Estas fueron las palabras de aquel Tisza que, según la opinión pública, era el mayor obstáculo para lograr las exigencias nacionales en asuntos de defensa y por cuya maligna influencia Viena no quería ceder en nada.

Tisza se calló. Continuaron cabalgando en silencio. Bálint, impresionado por las últimas palabras, echó una mirada al rostro duro del jinete que iba a su lado.

Ya estaba anocheciendo. La cresta era muy estrecha y, mientras Tisza continuaba por ella, sus compañeros lo hacían un poco más abajo. Su figura negra se recortaba en el tenue contraluz que el sol, ya puesto, había dejado en el horizonte. Oscuro el caballo, oscuro el busto que se alzaba vestido de verde, oscuro el sombrero en su cabeza erguida y oscura, tal vez lo más, su mirada.

Avanzaba solitario por la cresta, solitario encima del mundo ensombrecido.

Siempre, siempre solitario.

Su caballo caminaba con pasos largos, uniformes.

Poco a poco desaparecieron en la noche que se avecinaba.

## QUINTA PARTE

# 1

A principios de otoño, Bálint Abády recorrió las cooperativas que había fundado. Iba en un pequeño automóvil nuevo que acababa de comprar porque en tren y carruaje no habría podido terminar el trabajo a tiempo y necesitaba tener una imagen clara sobre su situación, desarrollo y necesidades para presentar un informe pormenorizado en el congreso que se inauguraría a finales de octubre en la capital.

Naturalmente, visitó también Lélbánya.

Gracias al trabajo silencioso y tenaz del notario Dániel Kovács ya estaba en marcha todo lo que Bálint había planeado cuando fue elegido. La cooperativa y la caja de ahorros florecían. La comunidad misma había pedido el uso de la casa solariega de los Abády como había vaticinado Kovács. El centro cultural de los granjeros, que finalmente había sido creado, se mudó a esa casa. La huerta modelo también estaba en marcha, si bien con algunas modificaciones. Gran parte de la finca que desde la casa solariega bajaba a los pies de la colina, formaba ahora un vivero de árboles en el que los granjeros podían adquirir injertos de varias especies de manzano, nogal y cerezo. Solo en una parte pequeña se trabajaba la huerta que funcionaba de semillero para cruzar especies, pero los productos no se vendían en el mercado para no entrar en competencia con los vendedores locales. La fuente que brotaba en el jardín, una vez depurada, servía para el riego a través de pequeñas acequias.

En la habitación grande de la casa solariega, que atravesaba todo el edificio, hablaban Abády y Áron Kozma. Este se había encargado de la supervisión de las cooperativas entre los valles del Sármas y del Maros, así como del municipio de Teke, a excepción de los pueblos de la minoría sajona, que naturalmente pertenecían al centro alemán. Por eso, Lélbánya estaba bajo su control.

Era un cuarto espacioso, soleado y bastante acogedor desde que se había ido el antiguo inquilino, un carpintero muy sucio que lo utilizaba como taller. Ya casi no se sentía el olor de la viruta fresca de aquellos tiempos. A lo largo de las paredes encaladas, limpias, se extendían las estanterías del club de lectura. En medio se hallaba una mesa larga tapada con un mantel de hule. Allí se celebraban las asambleas de la cooperativa y a veces las conferencias de los profesores de agricultura itinerantes que visitaban el pueblo.

Abády y Kozma acababan de examinar los libros de caja y los registros que habían sacado de la habitación pequeña. El cajero volvió a colocar en su lugar los gruesos volúmenes y continuaron charlando unos minutos porque solo eran las once.

Bálint se disponía a regresar a la posada, que lucía el presuntuoso nombre de «Gran Hotel» y donde seguramente un mar de solicitantes estaría esperando a su diputado, cuando una mujer joven entró sigilosamente por la puerta del zaguán.

Estaba asustada, volvió a asomarse por la puerta antes de cerrarla y se apresuró a la mesa.

—Soy la viuda Olajos —dijo atropelladamente—, la sobrina del notario Kovács. He venido... No quiero que se entere mi tío... Me lo ha prohibido, pero yo he pensado... En la posada mucha gente está esperando al señor conde... Se lo dirán...

Se sentó y contó su historia confusamente. Ella había sido la segunda mujer de Viktor Olajos, de cuya primera mujer había nacido un hijo, que tenía dos años cuando se había vuelto a casar en segundas nupcias hacía tres años. Su marido, Viktor, había muerto recientemente y no había dejado nada, ni para su hijo. Se suponía que tenía una fortuna, dólares americanos que se había tragado la tierra. ¡No era justo! Ahora se verían tirados a la calle, ella y su hijastro, si su tío, Dániel Kovács, no los hubiese acogido en su casa, pese a que él tampoco tenía mucho para vivir. Él tenía hijos a los que educar, pagar la escuela y vestir, a ella le daba vergüenza vivir de la caridad ajena... El dinero de su hijastro tenía que estar en alguna parte... Tal vez en el tribunal tutelar... o en otro sitio... Había ido a contárselo al señor conde, a tratar de que este la ayudase.

Bálint iba a preguntar por los detalles, pero Áron Kozma le hizo señal de que él se lo explicaría. Así se despidieron de la señora Olajos, que parecía muy agobiada y no dejaba de lanzar miradas a la puerta temerosa de que la pillasen allí.

—Este asunto —dijo Áron— es un caso perdido. Todo pasó en mi barrio, por eso conozco bien el caso. Ese Viktor Olajos era un tipo inquieto, astuto, que trapicheaba con lo que fuese. Quizá al principio contara con una pequeña fortuna, pero era de esos tipos de los que uno no puede fiarse. El hermano de su primera mujer emigró a América y, cuando nació su hijo, su mujer murió de fiebre puerperal. Pues bien, su cuñado le envió una suma de diez mil dólares, a través del tribunal tutelar, para que la invirtiese en bienes inmobiliarios a nombre del huérfano. Probablemente conocía bien a su cuñado y quiso asegurar de ese modo el futuro del niño. Recuerdo que causó gran estupefacción porque era una cantidad enorme. Al poco tiempo nos enteramos de que el padre había comprado un terreno grande pero malo y un molino de vapor destartado en Körtekapu, a nombre del hijo. Como eran vecinos nuestros, los conocía bien. Ya entonces nos extrañamos de que alguien comprase una cosa de mala calidad para un menor de edad, pero ahora nos hemos quedado atónitos al descubrir tras la muerte de Olajos que, como tutor natural, el tribunal le había confiado la suma de cincuenta mil coronas, correspondientes al legado del hijo. Luego justificó frente al tribunal tutelar el gasto de todo el dinero en un inmueble que no valía ni veinte mil coronas. Es más, Olajos no había cancelado la hipoteca que ya pesaba sobre la tierra en el momento de la compra. Cuando murió, todo salió a subasta. Y de esta manera, el hijo y la viuda se quedaron en la miseria, pues Olajos no les dejó nada. No cabe la menor duda de que el tribunal tutelar actuó de forma muy imprudente durante la compra y el resto del proceso. Y apenas se comprende cómo pudo conseguir ese Olajos, que era un tipo de muy mala fama, que le diesen la fortuna del niño. Creo que

tenía algún recomendado, alguien en quien confiaba el viejo Bartókfáy, que siempre ha sido un hombre honesto, pero crédulo, a quien le ha gustado el trato amistoso y directo. ¡Ya sabe, el amiguismo!

—¿Y no podemos hacer nada?

—Nada. Ni siquiera podemos preguntarle al viejo Bartókfáy porque esta primavera ha sufrido una parálisis.

La historia apesadumbró mucho a Bálint. Su disgusto fue aún mayor porque apreciaba mucho al notario Dániel Kovács.

Aún afectado por la historia, intervino en la asamblea general del condado de Maros-Torda a finales de noviembre.

El primer asunto que tratar en la asamblea era la destitución de Bartókfáy y el siguiente, relacionado con el primero, la elección de su sucesor. El presidente del tribunal tutelar era muy popular sobre todo en las regiones bajas del condado, que eran todas nacionalistas del Partido de la Independencia, a diferencia de las regiones altas, cuyo el líder era Miklós Absolon, al frente de los beligerantes conservadores.

Como Absolon no había acudido, estos últimos iban encabezados por Benő Péter Balog, el antiguo notario general al que la coalición había expulsado de su puesto. Absolon había enviado a sus seguidores a la asamblea para que el otro bando viese que tenía que contar con ellos, aunque con la coalición en el gobierno, los señores del condado eran los independentistas.

Los oradores elogiaron por turnos al presidente cesante, que era «testigo de épocas importantes» como su hermano diputado, y presentaron una propuesta para inmortalizar sus abundantes y extraordinarios méritos. El texto, naturalmente, apenas hablaba de su actividad oficial, más bien estaba plagado de frases grandilocuentes, como un discurso electoral.

Desde un banco lateral, Abády los escuchaba disgustado. Cuantas más personas se alzaban para alabarlo, cuanto más enaltecían sus innumerables méritos, tanto más lo atormentaba el recuerdo de la familia Olajos. Estaba muy molesto porque en su opinión, en Lélbánya se habían dado varios casos de descuido por parte del tribunal tutelar, si bien de poca importancia.

«¡Es inaudito que colmen de halagos a un funcionario que ha cumplido tan mal sus obligaciones!», pensó. ¡Merecería una amonestación, no loas! Era necesario que al menos se mencionasen sus errores. Decidió intervenir, pero no en ese momento, durante la destitución oficial, sino antes de que se eligiese al nuevo presidente. Haría algún comentario general sobre los fallos en la gestión del tribunal tutelar que sirviese de ejemplo en el futuro. Al fin y al cabo, el asunto de los huérfanos exigía la máxima atención.

Después de largos vítores, el gobernador Ördüng pronunció unas palabras de elogio y todos dieron por acabado el adiós.

El gobernador se dirigió a la asamblea para que decidiese sobre el puesto vacante.

Abády pidió la palabra. Intentó hablar de modo moderado. En principio afirmó que no quería poner en tela de juicio la honestidad y la buena voluntad del expresidente, gravemente enfermo, pero tenía la certeza de que en los últimos tiempos la gestión del tribunal tutelar había sido, cuando menos, reprobable en varias ocasiones...

Se oyó la marejada en la sala. El hermano de Bartókfáy, el diputado que durante la despedida tanto se había emocionado, con los ojos todavía bañados en lágrimas bramó:

—¡Cómo se atreve!

El grito fue una señal para los demás. Algunos se levantaron de un salto y gritaron:

—¿De dónde saca eso? ¿Cómo se atreve a decirlo? ¡Queremos pruebas! —dijeron. Y hubo otros que le espetaron—: ¡El señor conde es conservador, por eso lo dice!

Los miembros de las regiones altas, que eran seguidores de los gobiernos anteriores, se movilizaron de inmediato y con grandes gritos de «¡a ver!, ¡a ver!» se pusieron a favor de Bálint.

El público se dividió inmediatamente en dos, como siempre, no por la importancia del asunto, sino por intereses partidistas.

El griterío se ensañó con los independentistas, que eran quienes estaban en el poder. Comenzaron a vocear:

—¡Calumnias!... ¡Presente pruebas o cállese!... ¡Presente pruebas o pida perdón!

Los de las regiones altas aceptaron el desafío sobre todo para oír algo difamatorio sobre su adversario y clamaron:

—¡Precisamente eso es lo que necesitamos! ¡Pruebas!

Cuando el vocerío disminuyó, Bálint levantó la mano. Todo el mundo se calló.

—Si necesitan pruebas, aquí las tienen —dijo y, sin mencionar nombres, les contó el caso del muchacho Olajos.

Pensó que sería suficiente para satisfacerlos, pero se equivocó. En principio los de las regiones bajas se echaron atrás; pero como el otro bando estalló en risas artificialmente burlonas, no se dejaron vencer. El diputado independentista Béla Varju se levantó. Su voz de avetoro superó el coro de carcajadas.

—¡Una historia anónima solo puede ser falsa! Si usted, señor conde, no da nombres, se trata de una simple calumnia.

Abády cometió el error de siempre. Se vio obligado a ir más allá de lo que había sido su intención en un principio. Después de pedir la palabra, quiso llegar a la conclusión de que el consejo del tribunal tutelar, como autoridad supervisora, debía elaborar un reglamento que exigiese en el futuro mayor control en los casos tocantes a los huérfanos. Su intervención se había convertido en un ataque y el asunto volvió a transformarse en el campo de batalla de los partidos del condado. Sin dar nombres

hubiese quedado mal ante el público. Hubiese sido acusado de calumnias.

Por eso se lo contó a todos uno por uno. Por suerte, recordaba los detalles. Los secos nombres, cifras y fechas enfriaron las pasiones de la coalición porque muchos de los presentes recordaban algún caso. Los conservadores —que guardaban con fervor el Compromiso de 1867— se envalentonaron.

—¡Vaya! ¡Inaudito! ¡Qué vergüenza! —gritaron, y la risa artificial cambió a indignación fingida.

El gobernador Ördüing los interrumpió con la campanilla.

—¡Silencio —gritó con voz aguda— o me veré obligado a abrirle un expediente a quien socave la autoridad de esta asamblea! —a continuación se dirigió a Abády con la mirada llena de odio—: Pregunto al diputado si tiene algo más que comunicar.

—Sí, tengo —contestó Bálint, quien en pocas palabras resumió la propuesta y se sentó.

—La propuesta no es discutible —anunció decididamente el gobernador, que presidía la asamblea—, puesto que no ha sido anunciada con anterioridad. Se le entregará al tribunal tutelar...

Abády se levantó de inmediato y salió de la sala. No huía de los de la coalición, sino de quienes lo apoyaban. Pensó con cierto asco que solo se habían puesto de su parte por intereses políticos y que no veían otra cosa más que los objetivos de su partido.

Su interpelación tuvo consecuencias inesperadas.

Dos días más tarde, en el periódico independentista local se publicó un artículo con la firma del abogado y diputado Zsigmond Boros. Este se centraba por completo en una frase del discurso de Abády que proponía lo siguiente: «El tribunal tutelar ejercerá en el futuro un control más severo sobre las fuentes de información antes de entregar las sumas destinadas a los huérfanos». Bálint lo había dicho de esa manera para resaltar la honestidad personal del viejo Bartókfáy, pero Boros la utilizó para atacarlo.

No ponía en tela de juicio los hechos del caso Olajos. El artículo se limitaba a justificar que la finca y el molino comprados cinco años atrás habían costado cincuenta mil coronas. Podía aportar pruebas y estaba dispuesto a asumir la responsabilidad ante todo el mundo, como la había asumido cuando emitió el dictamen para el viejo Bartókfáy. Según Boros, el único problema era que el señor Olajos no había cancelado la hipoteca de doce mil coronas ni había cuidado del molino, asunto con el que él no tenía nada que ver. El artículo continuaba con un par de frases hechas, elogiosas y emocionadas, sobre el apopléjico presidente del tribunal tutelar —vilmente atacado cuando más indefenso estaba— y terminaba con unas oraciones redactadas con malicia y mucho ingenio sobre el aristócrata que metía las narices en asuntos de los que no tenía ni idea.

El artículo dejó pasmado a Bálint. No sospechaba que el intermediario hubiese sido alguien tan importante como Boros. Tenía claro que este había hecho público el asunto porque creía que Abády sabía su nombre, pero lo había callado. Con ese ataque había querido adelantarse y evitar que Bálint lo nombrase más tarde, lo que lo hubiese puesto en una situación muy incómoda. Pero así podía presentarse ante el público con la cabeza alta. El valor de los inmuebles, sobre todo *a posteriori*, era difícilmente comprobable.

Era un artículo brillante, soberbio y contenido. Disimulaba su maldad y desprecio con formas paternas, como la lección de un hombre mayor y experimentado a un jovencito caprichoso.

Bálint sabía que no debía tolerarlo y envió al mismo periódico un breve comunicado en el que sostenía todo lo que había dicho.

Este involuntario e insignificante asunto generó una avalancha que al final haría caer al gran doctor Zsigmond Boros.

La condesa Róza Abády volvió a resfriarse en otoño y, siguiendo los consejos de su médico, decidió pasar el invierno en la costa mediterránea. Esta vez fue a Abbazia. Eligió el balneario más cercano por recomendación de Bálint, que pensaba que era mejor quedarse en territorio húngaro en previsión de las complicaciones que se pudiesen derivar de la crisis bosnia. Naturalmente, no le había dicho nada a su madre sobre la posibilidad de un enfrentamiento bélico, pero la condesa no necesitaba muchas palabras para comprender la situación. Esta vez no hubo que instarla a viajar como dos años antes, cuando fueron a Portofino. Ella misma decidió marcharse. Desde la escena en que Bálint le declaró su intención de contraer matrimonio, la relación entre madre e hijo era gélida. Fingían aparentar confianza y amor, pero si estaban juntos, la imagen de Adrienne estaba entre ellos: la imagen adorada por el hijo y odiada y maldecida por la madre. Por eso se marchó bien a gusto. Sabía que si se quedaba en Kolozsvar día tras día recibiría noticias de aquella mala mujer que era la perdición de su hijo. Tal vez temiese inconscientemente una nueva escena con Bálint si permanecía en la casa. El viaje fue en realidad una huida. Su hijo la acompañó. Pasaron unos días en Budapest y luego continuaron el camino. El tren expreso llegó a Fiume con cinco horas de retraso debido al transporte de tropas. Los largos trenes militares apenas cabían en las pequeñas estaciones, construidas en época de paz, cuando nadie pensaba en otra cosa que en el tráfico ordinario. A Bálint se le encogió el corazón al ver frente a frente los vagones abarrotados de reservistas. Solo lo consolaba lo que había dicho Tisza sobre la posibilidad de una solución pacífica.

Permaneció con su madre a orillas del Quarnero hasta Año Nuevo, no porque durante las fiestas se les hubiese olvidado el obstáculo que los separaba, sino simplemente porque Bálint no tenía razones para volver a casa. El 10 de diciembre se celebró la boda de la pequeña Margit. Fue una fiesta suntuosa con un mar de

invitados vestidos con sus mejores galas, pero Addy le había pedido que no fuese porque habría demasiada gente observándolos. Después de la boda de su hermana quería preparar el divorcio, por eso había preferido evitar a toda costa dar pie a murmuraciones. Además, Adrienne, que desempeñaba el papel de la madre de la novia, se trasladó durante esas semanas de la villa Uzdy a la casa Laczók para preparar la boda de Margit desde allí. De este modo no habrían podido verse por las noches. Las navidades las pasaría en casa de su padre junto con los recién casados, que acudirían desde Magyartóhát. Solo la familia más cercana; tampoco en esas circunstancias Bá podía visitarla.

Al regresar a casa, Bálint se sentó en su escritorio de Dénestornya para abrir la correspondencia acumulada durante su ausencia. Había recibido muchas más cartas de lo habitual, la mayoría de remitentes desconocidos de los condados de Csík, Gyergyó y Maros-Torda. Algunos simplemente lo saludaban como «el Justo» y otros, en cartas complejas llenas de acusaciones y contradicciones, le pedían ayuda. Todos le contaban algo de Zsigmond Boros: abusos de poder y perjuicios. En un sobre encontró dos artículos breves de un periódico rural, dos groseras diatribas anónimas contra Boros que alguien había subrayado con lápiz rojo. Trataban asuntos de explotación forestal, un pleito en que Boros había llegado a un acuerdo perjudicando a su cliente. Bálint dejó caer la carta con asco.

Obviamente, los damnificados lo asaltaron envalentonados por su discurso en la asamblea. Habían encontrado en él al redentor que quería vencer al enormemente influyente abogado. Nadie suponía que Abády había procedido en el asunto por casualidad y que nunca se hubiese enterado de que el responsable había sido Zsigmond Boros si este no se hubiese excusado públicamente.

Había una carta de contenido más serio escrita por Tamás Laczók, el hermano de Jenő, que ahora trabajaba de ingeniero en la construcción de los ferrocarriles transilvanos.

El texto estaba repleto de expresiones francesas porque Tamás solo había comenzado a tomarse la vida en serio tras años de alegre diversión, después de obtener un diploma en París para servir en las colonias francesas.

«*Très cher ami*», mi querido amigo, comenzaba la carta, que primero lo felicitaba por su actuación y, después de un par de comentarios graciosos, pasaba a hablar sobre el caso de explotación forestal al que se referían los artículos. «La empresa Industria Maderera Laczók S. A., que fue fundada por mi apreciado hermano Jenő —decía— y el banquero Soma Weissfeld para la explotación de los neveros Laczók, compró un abetal cuya propiedad era de mano común en el Gyergyó». La carta continuaba diciendo que ese abetal era usado astutamente para apenas pagarle a él, que era propietario de una tercera parte, mientras los otros dos propietarios vivían de los dividendos. La Industria Maderera S. A. había comprado también los árboles de un

bosque vecino que estaba en mano común. Habían logrado asimismo que el ferrocarril forestal pasase por allí y una chispa que había saltado de la locomotora había provocado un incendio; por culpa de la sequía y de la chispa se habían quemado mil doscientas hectáreas valoradas en varios millones de coronas. Los propietarios en mano común, para conseguir una indemnización y la repoblación forestal, habían llevado a la empresa a juicio, encargado a Zsigmond Boros, quien había aprovechado esa autorización para llegar a un acuerdo con la empresa demandada que era lesiva para sus propios clientes. Los propietarios aceptaron el poco ventajoso compromiso aunque en la asamblea se habían hecho oír en contra de la sospechosa gestión del abogado. Pero Boros era una persona muy influyente y un gran orador.

«*J'ai tout de suite flairé une cochonnerie!* ¡Yo enseguida me olí la jugarreta! Y ahora, después de tu discurso, he recordado que soy accionista mayoritario, aunque en minoría, y he empezado a indagar la contabilidad de Industria Maderera S. A. Al final he descubierto que Boros recibió ochenta mil coronas a través del banco de Weissfeld. Tengo los datos y los documentos. ¿Quieres que te los envíe?... Te servirán para romperle el cuello a Boros». Seguía con un par de bromas en francés, y concluía la carta:

«Ahora estoy trabajando para que con esos datos, los propietarios intenten reabrir el proceso contra nuestra familia. Me alegraría sobremanera que pudiesen conseguirlo. Es cierto que yo también saldría malparado, pero no me importa porque significaría la destrucción tanto de mi hermano Jenő como de mi hermana Alice, que siempre me ha tratado muy mal. ¡Nunca antes había trabajado tanto como ahora!».

Bálint dejó caer la carta con disgusto. Lo que Tamás Laczók decía era seguramente cierto y coincidía con lo que le había confiado Dinóra el verano anterior: que Zsigmond Boros estaba esperando una suma considerable. Sin embargo, el odio fraterno que irradiaban sus palabras le indignaba. Nunca habría pensado que aquel Tamás Laczók, que había visto una vez en la taberna de Marosvásárhely, fuese tan vengativo. Siempre había sido un tipo jovial y de buen humor. Era el doble de su hermano: la misma estatura corta, la misma cara regordeta de rasgos tártaros, parecían gemelos. La única diferencia era que Jenő solo llevaba bigote, mientras que Tamás lucía una barba rala y larga. Tal vez se odiaban con tanto fervor por ser tan parecidos.

Cogió las cartas y las tiró en un cajón. Solo contestó a Tamás Laczók. Le dijo que solo había actuado por el bien común y no se dedicaba a cazar personas. Pensó que con eso cerraría el caso.

Boros pidió que el Colegio de Abogados abriera un expediente contra él. El Colegio lo absolvió. No tuvo otra alternativa puesto que los propietarios del bosque incendiado habían procedido conforme a ley cuando aceptaron el acuerdo extrajudicial. Y el unto por parte de los Laczók no había dejado rastro en los libros de contabilidad y, por tanto, no se podía demostrar el soborno. Boros se cuidó de que los periódicos anunciaran su victoria moral. Hizo publicar el bello discurso que había pronunciado ante el tribunal. Después dio un banquete en su propio honor con brindis y vítores. Volvió a discursar. Despertó gran entusiasmo en sus invitados, especialmente con la frase que se refería a Abády: las fuerzas viles, los eternos enemigos de la independencia nacional habían intentado manchar su nombre con calumnias para destrozarlo, a él, al héroe de la libertad. Lo dijo de pie entre las blancas mesas, con la espalda recta, su calva cabeza erguida y su barba bien aseada, elegante, viril y orgulloso, como si fuese la imagen viva de la honestidad.

Por esos días también apareció una noticia breve en la sección económica de algunos periódicos de la capital anunciando que la Red Nacional de Ferrocarriles Húngaros había contratado a la empresa Eisler para la compra exclusiva de traviesas.

El público entonces no se fijó en esa noticia porque había otros acontecimientos que lo mantenían distraído.

El día de Año Nuevo, Wekerle y Kossuth anunciaron la necesidad de aumentar el número de reclutas y el presupuesto militar.

Los independentistas extremos acudieron corriendo a Gyula Justh pidiéndole apoyo para denunciar el escándalo, pero inesperadamente Justh apoyó el aumento de tropas y ni siquiera mencionó la necesidad de la voz de mando en húngaro ni las otras concesiones que Viena había prometido anteriormente. Asombro descomunal. Justh pareció maravillosamente impredecible. Naturalmente, nadie supo que en secreto ya se había puesto en contacto con el heredero de la Corona, vía Kristóffy, para impedir el voto plural.

El día de la apertura del Parlamento, la noticia causó una agitación insólita, fomentada por el hecho de que el gobierno, en vez de proponer la creación de un banco nacional independiente, comenzó a hablar de una posible agrupación bancaria. Por eso a nadie le interesaron en absoluto las propuestas y reformas tributarias que estaban en el orden del día. Los líderes de los grupos bancarios —Holló, Barra y compañía— armaron una escandalera sin par contra el gobierno de coalición.

El contrato llevado a cabo por la Red Nacional de Ferrocarriles Húngaros solo asustó a los madereros y a los propietarios de bosques. Los madereros quedaron a

merced de Eisler, puesto que solo con ese intermediario podían vender la madera. Si una sola empresa tenía el monopolio de la venta de millones de traviesas, que el Estado sufragaba anualmente, ese comerciante podía alterar los precios según le conviniese. El contrato violaba el reglamento de contratación pública, pero como había sido firmado por Kossuth, nadie se atrevió a levantar la voz. Los madereros intentaron negociar con Eisler y los propietarios forestales apenas se movilizaron. Casi no se oyeron sus protestas.

Abády tenía toda su atención concentrada en las noticias del extranjero.

La situación cambió casi a diario, como un calidoscopio. Las primeras semanas de enero la guerra parecía inevitable. El Ballplatz exigía un desagravio por las amenazadoras palabras del ministro serbio de Asuntos Exteriores. En Belgrado las desmintieron. Apenas había amainado el temporal cuando apareció en escena Montenegro declarando que lanzaría el ataque, si era necesario, solo en caso de que los grandes poderes no cumpliesen sus promesas. Pero al tercer día se hizo público el pacto entre la Monarquía y Turquía, según el cual el último reconocería la anexión por cincuenta y cuatro millones de coronas, lo que deshinchó el orgullo bélico de los serbios. Hubo un momento de calma. Pero pronto llegaron nuevas noticias alarmantes: las tropas búlgaras avanzaban hacia la frontera turca y Serbia declaró la movilización general.

Los periódicos y la prensa extranjera presentaban los acontecimientos con sordina, pero Bálint había aprendido leer entre líneas durante sus años del cuerpo diplomático. Quedó cada vez más evidente que Rusia jugaba muy hábilmente a dos bandas. Izvolski, por un lado, tomaba parte en las medidas de las grandes potencias para calmar los ánimos; por otro, instigaba furtivamente a los serbios y seducía a Bulgaria, que al estallar la crisis se había posicionado más a favor de la Monarquía.

Rusia se encargó de pagar una indemnización a Estambul a cambio de renunciar a sus pretensiones territoriales en Bulgaria. No le costó mucho porque Turquía le debía una compensación militar desde hacía cuarenta años. Le fueron perdonados varios millones de esa deuda que seguramente nunca habría llegado a pagar. Así, el zar ruso pudo recibir en San Petersburgo a Fernando como legítimo rey búlgaro. Mientras, declaraba en febrero junto con los firmantes del pacto de Berlín que dejaba las manos libres a la Monarquía sobre Serbia, y daba un discurso en la Duma afirmando que las pretensiones de los eslavos del sur eran lícitas. Así se dibujaban los contornos de la futura alianza balcánica que tres años más tarde atacaría a Turquía, lo que significaría el fracaso total de la política oriental de la Monarquía.

El público húngaro, la vida política, apenas prestaba atención a esas noticias. Entre sus líderes, tal vez Andrassy fue el único que vio claramente las consecuencias, pero no pudo hacer nada porque el resto de la clase política estaba inmerso en la cuestión del banco nacional. Kossuth y Gyula Justh tomaron actitudes opuestas. El eslogan era «agrupación de bancos» o «banco independiente» y, como el Partido de la Independencia era incapaz de elegir entre uno u otro, ensalzaron a Justh y a Kossuth

con el mismo tono y el mismo entusiasmo. Sin embargo, quedó patente que la posición de Kossuth se debilitaba y en realidad era Justh quien dominaba el partido.

Abády iba y venía como un sonámbulo. Tal vez nunca se había sentido tan extraño en la capital como esos meses. Prestó toda su atención a los sucesos externos y a los síntomas minúsculos que demostraban una lucha continua en los círculos de poder de la Monarquía. Lo habían comentado en Jablánka, adonde volvió a pasar tres días de cacería. Hablaron con el laconismo elegante que era habitual en la casa Szent-Györgyi, pero con la suficiente claridad. Naturalmente, Slawata no acudió, pero Pfaffulus estaba bien informado.

Aehrenthal quiso capear la crisis de modo pacífico. Como diplomático de carrera, su ambición era lograr el éxito sin intervención militar porque con los cañones por medio ya no sería una hazaña diplomática, sino militar. El arte del diplomático internacional era vencer a sus adversarios en la mesa evitando toda interacción bélica. En cambio, Conrad instaba al *Einmarschieren* al ataque súbito y tenía razón al decir que era la última oportunidad de la Monarquía para restablecer su prestigio en los Balcanes derrotando a Serbia y logrando el apoyo de Bulgaria. Los grandes poderes le habían dejado las manos libres y Rusia no estaba dispuesta a ir a la guerra, pero el rey quería paz. Francisco Fernando también, porque odiaba a Conrad y no menos a Aehrenthal, pues el ministro, para dar más peso a sus palabras en el extranjero, había declarado que las pretensiones nacionales de los húngaros podrían ser aceptadas a cambio del desarrollo del ejército común. El ministro de Defensa común de Austria-Hungría estaba de acuerdo. Así, entre bastidores se luchaba una batalla tribal: el heredero de la Corona, Conrad y Aehrenthal se odiaban mutuamente y se fastidiaban unos a otros cada vez que se les brindaba una oportunidad.

Durante los meses de invierno, Adrienne y Bá se vieron en contadas ocasiones. La mujer intentó pasar el menor tiempo posible con su marido para desacostumbrar a Uzdy de la larga convivencia. Después de la boda de Margit, deberían haber estado juntos forzosamente largas temporadas en Kolozsvár. Por eso en varias ocasiones había pasado semanas en el campo, en casa de su padre, con el pretexto de cuidarlo porque ya estaba achacoso y porque, además, el estado de Judith había empeorado. Así quiso preparar el divorcio. Todavía no podía plantearlo claramente, no podía decir nada. Su hija estaba en Meran con su suegra y cabía pensar que esa mujer no la volvería a llevar a casa si se enteraba de sus intenciones. Adrienne de ningún modo quería dejar a su hija en manos de los Uzdy. Tenía que obrar con suma cautela.

El fin ya no estaba tan lejos, solo tenían que esperar unos meses. Pero hasta entonces había que ser muy prudente, verse menos y solo de pasada para que no ocurriesen incidentes desagradables.

El fin ya no solo era su unión, sino poseerse el uno al otro, como al principio de su amor. Sentían cada vez con más fuerza el anhelo de tener un hijo varón. El niño de

sus fantasías que había nacido en su imaginación la primavera anterior y que cada día cobraba más fuerza. Sus cartas hablaban ya casi exclusivamente de él.

Adrienne hablaba de su instinto materno. El amor de una auténtica mujer era el deseo de dar. Dar algo valioso, rico en placer. Y el mayor regalo que podía dar era un hijo concebido con amor, a costa de arriesgar la vida y sufrir. Era algo que ambos aceptaban felizmente.

Leía con alegría que su deseo tenía eco en las cartas de Bálint. El instinto paterno no era un sentimiento atávico, natural. Las tribus salvajes no lo conocían. Era obra de la cultura y de las leyes morales y sociales. Sin embargo, en algunos hombres era muy fuerte.

En las cartas de Bá volvían a sonar los motivos centrales de su obra incompleta *La belleza como acción*. La belleza había sido para él una ley ética, pero ahora era la belleza de una vida libre, sincera y sin mentiras. Y el coronamiento era el hijo. Un descendiente que heredase su raza, sus intenciones y su fe. Un hijo que amase todo lo que él amaba: el viejo hogar familiar, las tradiciones y la honradez. Los conservaría y los dejaría en herencia a la siguiente generación. Para Bálint, este era el concepto del infinito entre los límites humanos en que se veía a sí mismo como un eslabón de una larga cadena entre el pasado y el futuro. Y el alcance de su amor iba cambiando en este sentido. Ya no solo deseaba poseer a su amada, sino ver nacer a su hijo de la madre más hermosa y maravillosa.

Bálint fue a visitar a su madre en Abbazia un par de veces y solo solía quedarse un par de días, el tiempo en que la alegría del reencuentro vencía al latente conflicto.

Al volver de un viaje a finales de febrero, el portero del hotel le comunicó que el señor Frankel, el director de la empresa maderera que explotaba los bosques de los Abády, había ido dos veces a visitarlo. Bálint creyó que quería hablar sobre la explotación forestal, pero dado que esos días quería trabajar intensamente en su discurso parlamentario sobre los aspectos tributarios de las cooperativas, pues en breve se habían de discutir los presupuestos en el Parlamento, no se reunió con Frankel de momento.

A mediodía estaba escribiendo en su mesa, rodeado de tablas, gráficas y cuadros de cifras, cuando de repente se abrió la puerta y entró con pasos ligeros Dinóra Malhuysen.

—¿Qué está haciendo, mi pequeño? —preguntó desde la puerta—. ¡Oh, sí, está trabajando! ¡Es usted ya un hombre importante! —se acercó riendo, le dio unas palmadas en las mejillas y se sentó en una butaca. Se abrió la preciosa estola de chinchilla y se echó atrás.

—¡Querida Dinóra, qué sorpresa más inesperada!

—¿Inesperada? ¡Claro! No me diga nada. No me ha visitado. ¡No ha sido muy bonito por su parte! Tengo un apartamento precioso en la calle Személynök. De

verdad, alguna vez podría escaparse del aburrido Parlamento y venir a verme. ¿O no le apetece?

—¡Claro que sí! Es siempre un placer visitarla —contestó Bálint sonriendo.

—¡Ya ve! Siempre he estado segura de que usted es buen amigo mío. El único. Por eso he venido. Quiero pedirle un favor. Me lo promete, ¿verdad? Mi pequeño... ¿Se acuerda?... ¡Mi pequeño!

Los labios carnosos de la bella Dinóra pronunciaron con una sonrisa la amorosa palabra, sobrenombre cariñoso de su antiguo amor, pero su mirada reflejaba preocupación.

—Si me dice de qué se trata y está a mi alcance, se lo prometeré con mucho gusto.

—¡Oh, lo sabía! Pues mire: Zsig... el señor Zsigmond Boros... en fin, ya sabe... Es muy bueno conmigo... Le pido que no le haga daño. No lo hará, ¿verdad? ¿Para qué? Para usted no es nada, pero para mí... para mí es muy importante. Y él no es mala persona. Entonces, ¿no lo hará, verdad? Hágalo por mí...

Bálint frunció el cejo levemente. Pensó que, obviamente, el propio Boros había enviado a su amante, la amable Dinóra, para desarmarlo. Puesto que no era su intención atacarlo, se lo prometió gustosamente:

—Yo no voy a hacerle daño, querida, puede estar tranquila.

La mujer se levantó de un salto, le dio un abrazo y sus ricos labios buscaron la boca del hombre. Lo besó repetidamente mientras reiteraba:

—Gracias... gracias... gracias...

—En la asamblea de Marosvásárhely no quise atacar a Boros —dijo Bálint cuando por fin se liberó de los abrazos de Dinóra—, porque entonces no sabía que estaba metido en... aquel asunto.

—¡Oh, qué alegría! ¡Qué bien! ¡Cómo me alegro! —se rio Dinóra y dio algunas vueltas bailando. Luego se detuvo y lanzó una mirada coqueta a Bálint—: ¿Sabe una cosa? Yo todavía... Si se aburre, avíseme. Ya sabe, sin compromisos... —Imprimió fuerza a sus palabras con la mirada porque no conocía otro modo de expresar su gratitud.

—Gracias, pequeña Dinóra, pero de momento no me aburre.

Bálint lo dijo con una sonrisa, disimulando su asco. ¡No iba a compartirla con el señor Boros!... Decidió evitar el encuentro con esta mujer en el futuro.

—¡Oh no importa! Solo se lo digo para que lo sepa... Entonces, hasta la próxima. Hasta la próxima, ¿no? —dijo gorjeando como un pajarito y se marchó con sus pasos ligeros como había entrado.

Ese mismo día por la tarde anunciaron por el telefonillo al director Frankel. Bálint había trabajado todo el día y se sentía cansado para continuar.

—¡Que suba! —contestó.

Frankel no buscaba a Abády por el tema de los neveros, sino por un asunto totalmente distinto. Llegó con una pila de papeles.

Eran las copias de las actas del Ministerio de Comercio y su correspondencia con los responsables del Ferrocarril Estatal en relación con el monopolio de las traviesas que el ministro había cedido a la empresa Eisler de un plumazo. Había un documento más entre los papeles: la fotografía de un acuse de recibo de cien mil coronas emitido por Eisler y firmado por Zsigmond Boros.

—Sé —empezó el director general— que Su Excelencia ya sabe de los negocios del señor Boros. Por eso he traído estos papeles que voy a dejar a su disposición. Si Su Excelencia estuviese dispuesto a hacer una interpelación en el Parlamento haría un gran favor tanto a los propietarios forestales como a los madereros. El caso en sí mismo es tan irregular que seguramente anularían el contrato si se hiciera público.

Bálint no respondió.

Mientras repasaba los documentos, se dio cuenta de que Dinóra había venido a verlo por eso mismo a mediodía.

Probablemente Boros se había enterado de que los madereros se estaban preparando para dirigirse a él. Quería evitarlo y por eso había mandado a Dinóra.

Las pruebas estaban en orden, dejaban claro que el proceso oficial era insólito y anómalo. En aquellos tiempos escrupulosos, el acuse de recibo del intermediario significaba la muerte moral del mismo.

—¿Por qué han acudido a mí? —preguntó Abády cuando le devolvió los papeles—. En el Parlamento hay muchos miembros con más peso que yo que sabrían presentar mejor el caso. Yo no soy la persona adecuada.

Frankel movió la cabeza.

—Solo Su Excelencia puede hacerlo. En el Partido de la Independencia, Boros tiene una posición muy fuerte. El pacto ha sido firmado por Kossuth. Por eso, obviamente, ninguno de ellos aceptaría este encargo. Los pocos diputados que han dejado el partido no son gente seria. Entre las filas del Partido de la Constitución y del Partido Popular es imposible que haya gente para presentarlo, porque la única manera de hacer valer su posición contra Justh respecto al asunto del banco nacional y del sufragio es a través de Kossuth. Solo un diputado independiente puede hacer una interpelación sobre este asunto, solo una persona que no pueda ser acusada de intereses personales. En los bosques de Su Excelencia no hay materia para traviesas, de manera que solo hablaría por el interés público.

—No, no puedo hacerlo —contestó Abády con resolución—. Kossuth es un hombre honesto que ha firmado por ingenuidad. Su único error es no conocer el caso. Sin embargo, el asunto lo mancharía, algo que no se merece en absoluto. No... No lo haré.

Frankel se levantó.

—Es una lástima —dijo mientras volvía a guardar las actas en su cartera. Antes de despedirse añadió—: Si Su Excelencia cambiase de opinión y necesitase los datos,

estaremos a su disposición.

Cuando la puerta se cerró tras el director, Bálint esbozó una sonrisa. No hubiese aceptado efectuar la interpelación de ninguna manera, pero le alegraba el hecho de que la promesa a Dinóra se cumpliera tan pronto.

Una discusión vehemente se abrió en el Parlamento ante la nueva propuesta tributaria. Criticaron la rebaja de impuestos a favor de las cooperativas. En aquel mundo individualista, la organización del pueblo con apoyo estatal era considerada injusta.

El movimiento cooperativista solo recibía miradas recelosas, sobre todo porque sus apóstoles en Hungría eran Sándor Károlyi, György Bánffy, Zselinszky y Aurél Dessewffy, todos condes, e István Bernáth y Rubinek, que pertenecían al movimiento agrario y al círculo de la Asociación Económica Nacional de Hungría. Todos se mantenían distanciados de la política diaria y no tenían ningún contacto con los partidos mayoritarios.

Los diputados atacaron la propuesta por convicción. Para ellos las tesis de la competencia libre e individual, así como el libre comercio eran dogmas científicos, irrefutables, como las leyes básicas de la astronomía, que de hecho serían también rebatidas más tarde por la teoría de la relatividad de Einstein.

Todo lo que difería de la igualdad económica u otorgaba ventajas a cualquiera por razones de supervivencia nacional o por voluntad altruista, iba contra el dogma, contra las tesis del liberalismo.

Atacaron con fervor insólito la propuesta tributaria que había presentado el primer ministro Wekerle y que respecto a las cooperativas había sido obra del ministro de Agricultura Darányi. Los diputados no se daban cuenta de que defendían al tendero y al tabernero usureros frente a sus electores, los agricultores.

Naturalmente, los había que abogaban por la propuesta, como Abády.

En esa ocasión habló mejor que hacía dos años y algunos lo escucharon con interés. Darányi le hizo un gesto alentador con la cabeza, pero la mayoría de los diputados se mostraron totalmente indiferentes. Tenían otros problemas ya que al mismo tiempo, en una sala adyacente, el comité bancario estaba reunido para declarar que no prolongarían la patente del banco emisor común y darían orden al gobierno de presentar la propuesta del banco independiente.

Los mensajeros iban y venían con las noticias de lo que estaba ocurriendo en el interior de aquella sala, donde poco a poco se crispaban los ánimos. Al final de la sesión llegó la noticia de que antes de adoptar una resolución, el gobierno había conseguido con mucho trabajo que el comité suspendiese la reunión para evitar quedarse en minoría.

Bálint recogió sus apuntes y salió al pasillo, donde un numeroso grupo de diputados discutía la decisión del comité. Al otro extremo del círculo estaba Boros.

Cuando se percató de la llegada de Abády, dio un paso porque quería acercarse para felicitarlo por su discurso, pero tuvo que reprimir el gesto porque Bálint aligeró el paso. Todo ocurrió en un instante y sin que nadie lo advirtiese; no obstante, Boros intuyó que Abády se había marchado deliberadamente. Tenía razón. Bálint quería evitar el encuentro con Boros y estrecharle la mano en público. Ya había cumplido la promesa que le hizo a Dinóra y sabía que su adversario solo quería saludarlo para demostrar su poder y mostrar a los presentes que eran buenos amigos.

Por un momento Boros descansó la mirada en la figura de Abády alejándose. En su bella y suave frente apareció una arruga fina como un rasguño. Volvió a dirigirse a sus compañeros, que continuaban discutiendo. Formuló su opinión con frases ingeniosas, deslumbrantes. Defendió la postura de Kossuth frente al comité del banco independiente. Enumeró las ventajas del grupo bancario como el único y más sabio paso que se debía dar. Encontró palabras emocionantes para apoyar al líder del partido, que guardaba cama. Realmente era buen servidor de su amo. Al escucharlo, incluso los seguidores de Justh le dieron la razón. Las frases lacrimógenas brotaron de su boca con voz sonora y melódica, como un órgano. Boros dominaba la palabra. Aunque tuviese problemas que le pesaran en el alma, su capacidad oradora no fallaba. Era como un instrumento educado que le servía para tocar el tema que fuese.

Y últimamente tenía muchas preocupaciones. Desde la asamblea de Marosvásárhely, la confianza de sus clientes se había debilitado. Hacía años que gestionaba la fortuna de mucha gente, la mayoría de los terratenientes seguía sus consejos y guardaba en su banco los bonos y el dinero... Nunca nadie había puesto en tela de juicio la liquidez, nadie había preguntado en qué invertía su dinero. Ahora todo había cambiado. Lo asaltaban los inversores. Día tras día le llegaban cartas: unas con preguntas discretas, disimuladas; otras exigiendo números y cifras. Algunas incluso hacían referencia al código penal.

Boros no hacía nada especial, solo actuaba como siempre: con el dinero de uno pagaba a otro. Ejerció esa práctica durante muchos años con cierta ingenuidad, convencido de que podría reemplazar fácilmente el dinero gracias a los abundantes honorarios que cobraba. Durante varios años funcionó el engaño, pero ahora todos se habían dado cuenta a la vez, lo que suponía un problema grave.

Era un problema grave porque no tenía capital ahorrado. Lo que le había reportado su bufete se lo había gastado, incluso más. La familia también le salía cara. Su mujer llevaba una gran casa en Marosvásárhely, pero él gastaba aún más en balnearios extranjeros —Deauville y Biarritz—, donde pasaba los veranos como soltero. Había muchas mujeres hermosas. Hermosas, pero caras. Y ahora Dinóra. Le había comprado muebles, un piso y caprichos. Se los regalaba como si los pagase de las rentas de Marosszilvás. De todos modos Dinóra apenas le preguntaba por el dinero, se alegraba de todo. Así había dilapidado una fortuna. Ya no le quedaba nada de las cien mil coronas que había cobrado hacía tres semanas, lo había gastado todo en tapar la boca a sus clientes indignados. Sin embargo, no era suficiente, ni mucho

menos, porque eran muchos, muchísimos, cada vez más... A algunos les pagó mediante letras de cambio...

Después de convencer con su elocuencia a los partidarios del banco independiente, abandonó el Parlamento. Se fue al apartamento de Dinóra. Solía comer en su casa, aunque él vivía en la otra orilla del Danubio, en Buda. Pero ya no habría de durar mucho esa situación. Había alquilado el apartamento superior que inesperadamente había quedado libre en el mismo edificio en que vivía Dinóra. Cuando tuviese tiempo para amueblarlo, se trasladaría allí, justo encima de la mujer.

Desde el Parlamento a la calle Személynök no había gran distancia. Durante ese camino de apenas cien pasos, Boros tomó una resolución.

Abády lo había evitado. No podía tolerarlo. Tenía que empezar la caza, obligarlo a que le apretase la mano a la vista de todo el mundo. Si lo hacía, sería una recompensa pública; si no, lo retaría a duelo. ¡Lo último sería incluso mejor! Un duelo podría solucionar muchas cosas. Por ejemplo, después de la absolución del Colegio de Abogados hubo unas semanas de silencio. Si matase a Abády de un disparo, pasaría lo mismo. La gente era cobarde. Pero ¿y si el resultado fuese al contrario? Aun así no dejaría de ser una solución.

En la antesala del edificio tocó la campanilla para llamar al mozo. En el ascensor contó las plantas, un clic señaló cuando pasaron la primera... la segunda, la tercera, la cuarta, la quinta. Él viviría en la sexta, una altura de vértigo. Miró hacia arriba y luego hacia abajo a través de las rejas de la puerta cerrada. La cabina volvió a bajar rápidamente, sujeta a los raíles guía, descendía hacia las profundidades abismales.

Bálint estuvo unos diez días en Transilvania: tres en Dénestornya, dos en los neveros y el resto en Kolozsvár para ver a Addy, que pasó por la ciudad e hizo una escala de unas horas a fin de estar juntos.

Bálint volvió a Budapest en el tren expreso de la madrugada. Encontró a dos conocidos en la estación, al viejo Ádám Alvinczy y a Tamás Laczók. El padre de los chicos Alvinczy parecía estar muy agobiado. No era de extrañar. Su hijo, el diputado Farkas, había vuelto a meterse en deudas y el padre viajaba a Budapest para subsanarlas.

En cambio Laczók rebosaba alegría.

—*Salut!* ¡Hola! —le gritó desde lejos y le explicó rápidamente en francés que él también iba a Budapest—. *Une énorme affaire!* ¡Un gran asunto!

Viajaba para resolver un asunto de máxima importancia. Luego se lo comentaría en el tren. Subieron, y Laczók enseguida se instaló en el compartimento de Bálint.

—He averiguado —comenzó— que la autoridad supervisora de los terrenos en propiedad común es el ministro de Agricultura.

Por eso había emprendido el viaje. Aunque Abády —«*mon jeune ami*»— no hubiese querido armar un escándalo por el asunto de la empresa Laczók y el bosque incendiado, él, Tamás Laczók, no iba a contentarse así como así. Boros había ganado la primera batalla —«*il a gagné la première manche*»—: el Colegio de Abogados lo había absuelto y él había demandado al periódico que había publicado los artículos. Pero él, Tamás Laczók, estaba decidido a continuar la guerra. Explicó largamente que acudiría al ministro para que enviase un inspector a los propietarios y se hiciese cargo de la administración de los mismos. Y entonces alguien tendría que hablar. Ya tenía todos los datos.

—*Tous les documents, mon cher! Tous les documents!*

Bálint se divirtió con aquel hombrecillo achaparrado. Le parecía muy extraña su figura, recta como la estatua de un ídolo chino, su perilla en forma de laúd y su cabeza calva. Los ojos achinados le brillaban llenos de esperanza y daba palmadas a la cartera que sostenía entre las rodillas con sus cortos brazos.

—*Mon frère Jenő, il va en crever! ¡Mi hermano Jenő lo pagará caro!* —repitió como si fuera el único objetivo de su vida—. *¡Mi hermano Jenő lo pagará caro!*

En la capital lo esperaban noticias del exterior todavía peores. Había comenzado el transporte de tropas a la frontera sur y el gobierno había impuesto la censura, una señal inequívocamente grave.

Izvolski había comunicado al embajador austro-húngaro en San Petersburgo que Rusia, aunque se mostraba solidaria con las otras potencias europeas, no podía desatender la necesidad de negociar la anexión de Bosnia en una conferencia internacional, con lo que echaba aún más leña al fuego, mientras en Belgrado volvían a sonar gritos de guerra.

El Ballplatz estaba preparando un ultimátum y había filtrado la noticia a propósito; sin embargo, Serbia llamó a movilización general. La Monarquía estaba a punto de declarar la guerra.

Mientras las nubes de tormenta crecían, los parlamentos de los dos países se ocupaban de otros problemas. En el Consejo del Imperio austriaco se atacaban las pretensiones militares húngaras, que tanto Aehrenthal como el ministro de Defensa consideraban lícitas porque una vez concedidas podría empezar la reforma del ejército común. Tras el ataque estaba el heredero de la Corona y los atacantes eran sus hombres de confianza. Era él mismo quien inspiraba la maniobra.

En el Parlamento el caos era general. El comité bancario declaró en la siguiente sesión que no aceptaría ni la agrupación, ni una solución provisional, lo cual era un logro para el grupo de Justh, quien, por supuesto, se frotaba las manos.

Los séquitos de Holló y Barra caminaban por los pasillos como los generales vencedores, si bien sus pasos triunfales no resonaban porque las alfombras eran demasiado tupidas. El gobierno estaba en las últimas y solo debido a la crisis

extranjera no había dimitido aún.

Abády encontró ese ambiente al llegar al Parlamento. No aguantó mucho el delirio victorioso que reinaba en los pasillos. Entró rápidamente en la sala de sesiones, que todavía estaba vacía.

Apenas llevaba media hora al lado de Isti Kamuthy, quien lo aburría con sus múltiples ejemplos ingleses sobre política, cuando vio entrar por la puerta izquierda a Zsigmond Boros. Al verlo recorrer la sala con la mirada se dio cuenta de que se dirigía hacia él. Y no se equivocó, Boros se acercó con sus pasos lentos y acompasados.

Bálint sacó la saboneta y le dijo a Isti:

—¡Tengo que irme! ¡Adiós! —dijo bruscamente dándole la espalda, y lo dejó plantado.

El mofletudo Isti se indignó muchísimo porque estaba en mitad de una frase tremendamente profunda.

Ese mismo día, ya muy entrada la tarde, dos diputados fueron a ver a Abády.

Eran padrinos conocidos, ayudantes fijos en las cuestiones de honor del Parlamento. Habían asistido al duelo en el que el viejo Keglevich había muerto ensartado.

—Hemos venido por encargo de nuestro representado Zsigmond Boros —dijo el mayor— para pedir una satisfacción. Nuestro representado se ha percatado de que Su Excelencia esta mañana se ha marchado intencionadamente cuando iba a saludarle. Según nuestro representado, no ha sido la primera vez. Hasta ahora no estaba seguro de si su actitud ofensiva era premeditada, pero hoy ha sido tan flagrante que no cabe duda de su intencionalidad.

Bálint contestó fríamente:

—Que yo sepa puedo entrar y salir cuando me da la gana.

—Sin duda. Sin embargo, nuestro representado tiene todo el derecho de sentirse ofendido si alguien se marcha para no saludarlo.

El otro padrino continuó:

—La única cosa que nos podría satisfacer es que Su Excelencia declarase de forma solemne que no ha eludido a propósito al doctor Zsigmond Boros, al que aprecia enormemente, y que pidiese disculpas ante testigos por escrito.

Bálint soltó una carcajada.

—No veo ninguna razón para pedir disculpas, pero —continuó en voz seria— lo mejor sería que ustedes se entrevistasen con mis padrinos. ¿Dónde estarán, señores, mañana por la mañana? No sé si esta noche me dará tiempo a nombrarlos.

—Desde las diez de la mañana nos encontrará en el Parlamento.

Los dos se despidieron con una mirada helada.

«¡Qué historia más absurda!», pensó. Seguramente había actuado de manera demasiado descarada cuando esa mañana se había marchado de la sala de sesiones. ¡Qué torpe! Pero no había tenido otra opción. No obstante, el hecho de que Boros no se contentase con una simple excusa, sino que exigiese que le presentase un certificado de buena conducta hacía patente que quería algo más que lo habitual en esos casos. Tenía que buscar padrinos. ¿A quién podría pedirle el favor? No quería políticos, pues aquel no era un asunto político.

Tenía la sensación de que debía nombrar a un hombre transilvano. Alguien que fuese serio y no cometiera errores, que tuviera prestigio en Transilvania. Lo mejor sería no airear el duelo.

Se acordó de su compañero de viaje, el viejo Ádám Alvinczy. ¡Perfecto! Había

asistido en varios asuntos de honor, siempre con mucha prudencia. No era un genio, pero tenía sentido común. Era el padre de Farkas Alvinczy, el diputado independiente, por eso nadie podría acusarle de desempeñar un papel político en este caso.

Mandó al portero del hotel a que averiguase dónde se alojaba. Media hora más tarde le anunció que vivía en el Hotel Pannónia y que de momento estaba allí.

Abády cogió un carruaje y fue a verlo.

El viejo aceptó el encargo gustosamente.

—Pero ¿quién será el otro padrino? —preguntó a Abády.

—Te lo confío a ti, tío —respondió Bálint—, me gustaría que fuese también de Transilvania, pero no es tan importante. Creo que no te iría bien como acompañante un jovencito... —añadió para que no se lo dijese al pequeño Kamuthy.

—Tienes toda la razón, hijo, voy a pensarlo ahora mismo.

Por la noche, muy tarde, llamaron al teléfono de la habitación de Bálint.

—He encontrado a un padrino estupendo que se ajusta a todas tus exigencias. Ya se lo he dicho. Es Miklós Absolon, que está recuperándose de una pierna rota en los baños Rudas...

—¡Oh, Absolon! —la voz de Bálint sonó desilusionada. El viejo lo notó enseguida.

—¿Qué pasa? ¿No te convence? Pensaba que te alegrarías.

—Claro, es estupendo, lo que pasa es que en Maros-Torda está enfrentado con el Partido de la Independencia y, en consecuencia, también con Boros... Y eso da un matiz político al reto.

—¿Sí? No lo sabía —dijo la voz al teléfono—, pero como me has autorizado y él ha aceptado ya será difícil dar marcha atrás.

—¡No es necesario, por Dios! Es más, te lo agradezco mucho. De todos modos, tú mandas, tienes mucha más experiencia y eso me da tranquilidad.

—Yo cuidaré de que no haya segundas interpretaciones respecto al asunto —respondió Alvinczy—. Te agradezco que me lo hayas advertido.

Al día siguiente, sobre las doce, después de haber hablado con los padrinos de Boros, Alvinczy y Absolon fueron a ver a Bálint.

—Lo que nos exigen es totalmente absurdo. Por sí ya es insólito pedir disculpas en un asunto tan baladí —dijo Alvinczy después de repetir las condiciones del retador—, pero que además te humilles en público no lo puedo aceptar bajo ningún pretexto.

Le contó que los padrinos de Boros exigían las condiciones más severas si Bálint rechazaba lo que pedían.

Miklós Absolon hasta ahora no había dicho nada. Colocó su bastón corto encima de la mesa y la pierna rota en una silla. Bálint, de nuevo, se dio cuenta de la gran similitud con su sobrino Pál Uzdy. Absolon no era tan alto, pero sí mucho más

fornido. Seguramente había sido un hombre fuerte. Contemplando su cara de rasgos achinados, sus pómulos marcados, era fácil de creer que hubiese recorrido el Tíbet disfrazado de vagabundo kirguizo.

Sacó un cigarro tremendamente negro, lo cortó de un mordisco con sus blancos dientes, escupió la punta y dijo:

—Yo creo que lo esencial es saber si has eludido estrechar la mano del señor Boros intencionada o casualmente. Si es por casualidad, no hay caso. Le aprietas la mano y punto. Pero si lo has hecho a propósito, lo que comprendería totalmente, ya pinta diferente... —Sus ojos achinados brillaron—. ¡Primero aclárame esto!

—Lo he eludido adrede...

—¿Y por qué?

Abády vaciló un momento.

—Permitidme que no os lo cuente.

—¿Sí? —dijo en voz irónica el viejo investigador de Asia—. ¿No quieres contárnoslo? ¿No? —Bruscamente bajó la pierna de la silla, dio un golpe en el suelo y dijo decididamente—: Si es una cuestión de honor o un lío de faldas, estás absuelto, pero si no lo es, has de contestar. Somos tus padrinos y tenemos derecho a saberlo.

—Yo no te lo exijo —interrumpió apaciblemente Alvinczy, al que no le gustaba el giro que estaba tomando la conversación y, con sus largos brazos, se balanceó en la silla—. Si no quiere, no es asunto nuestro.

—¡Cómo que no! —gritó Absolon mostrando sus brillantes dientes a su compañero—. Si nuestro joven amigo tenía una razón para no saludar a Boros, nosotros tenemos que saberla. Sí, tenemos que saberla. ¿O tú lo dejarías luchar contra un adversario indigno? ¿Un adversario que tal vez ni siquiera merece un duelo? Piénsalo, ¿qué pasará si lo mata y después se descubre la verdad? Sería un descuido imperdonable y una grave irresponsabilidad por nuestra parte.

El otro, al oír la palabra «irresponsable» se rindió:

—Perdóname... tienes razón, tienes toda la razón —Y desde este momento, el jefe fue Absolon, quien condujo la conversación cómo le apeteció.

Bálint tuvo que responder.

Les contó, aunque solo brevemente, que desde la asamblea de Marosvásárhely había recibido varias cartas sobre los negocios sucios de Boros. Gran parte seguramente eran meras murmuraciones, pero algunas, sin duda, contaban hechos ciertos. Por eso no había querido estrecharle la mano, pero tampoco ofenderlo. Sentía que Boros se hubiese percatado de su intención.

—Pero yo —dijo— prefiero aceptar el duelo que sacarlo todo a la luz pública. Yo no quiero ser su verdugo, no sería propio de mí. La gente pensaría que quiero salvar el pellejo.

—¿Prefieres aceptar el reto con un cerdo? ¡Porque los dos sabemos que es un cerdo!

—Sí, lo prefiero. Por eso os pido, amigos, que no uséis esta información.

—¿No? ¿De verdad?

Hubo una pausa breve. Bálint y Absolon se miraron a los ojos, muy serios. De repente el de los ojos achinados estalló en carcajadas:

—¡Bien! Pues actuaremos en consecuencia.

Ahora se rebeló Alvinczy.

—Perdona, pero yo no puedo aceptar el encargo... Va contra todas las reglas...

—Y comenzó a explicarles que si se callaban las razones, serían responsables de la muerte de su representado. ¡Pues no! ¡No y no!

Absolon lo escuchó con una sonrisa soberbia. Luego se levantó, estrechó el bastón corto contra su pierna a modo de muleta y con la mano libre dio unas palmadas a su compañero.

—Ya te lo explicaré todo —después se dirigió a Bálint—: Puedes estar tranquilo, voy a actuar conforme a tus deseos... ¿Puedo decir que no has tenido intención de ofenderlo?

—Así es.

—Pues bien. De lo demás ya me encargaré yo.

Bálint se quedó solo. Estaba bastante disgustado. Se arrepintió de no haber obedecido a su instinto la noche anterior cuando pensó en rechazar al viejo Absolon como padrino. Sabía que desviaría el asunto, que lo aprovecharía con ocasión del rifirrafe de Maros-Torda y que con su aguda inteligencia haría lo que quisiera con el buen Alvinczy. Pero ya no había nada que hacer. O quizá una sola cosa: no facilitarle la documentación. Si Absolon se la pedía, le diría que no la encontraba, que la había traspapelado. Lo que era cierto literalmente. Ya había devuelto las actas de los madereros, había tirado a la chimenea la carta de Tamás Laczók y las otras las había guardado en algún cajón de Dénestornya. De todos modos, esas últimas no valían un ardite.

Esa idea lo tranquilizó un poco.

Los padrinos de los dos adversarios se reunieron la misma noche en un cuarto apartado del Casino Nacional.

Los de Abády declararon que su cliente no había tenido intención de ofensa y que estaban dispuestos a levantar acta. Consideraban que con eso debía arreglarse todo. Los padrinos de Boros vacilaron, pero al final aceptaron preguntar a su cliente antes de dar una respuesta definitiva. Al fin y al cabo era él quien tenía que decidir. Naturalmente, no sospechaban que Boros pretendía con ese duelo algo más que una simple compensación.

A la semana siguiente volvieron a reunirse. Anunciaron que Boros se aferraba a su idea original y deseaba que Abády declarase en público que no lo había evitado

intencionadamente y que lo apreciaba, que había dado pie involuntariamente a que Boros se sintiese agraviado y que lo sentía mucho.

Al acabar la enumeración, el viejo Absolon se rio con sarcasmo. Los padrinos se sintieron insultados. Uno de ellos le preguntó en tono amenazador:

—¿De qué se ríe usted?

—¡Es posible que pronto lo sepa! —contestó el viejo maliciosamente y continuó con voz dura—: Me mantengo firme en la decisión de ofrecer a su cliente lo máximo, como les dijimos ayer. Nuestro amigo Abády está dispuesto a declarar que no actuó con intención de ofender. No iremos más lejos.

—No lo aceptamos.

Absolon abrió la boca y mostró su dentadura: fue una sonrisa aterradora.

—Sin embargo, les aconsejo que lo acepten —dijo muy pausadamente—. Se lo aconsejo vivamente. El señor Boros puede irse contento si se escapa de rositas.

Los otros padrinos retrocedieron:

—¿Qué quiere decir con eso?

Absolon acomodó su fornido busto contra el respaldo de su butaca. Volvió a reírse y contestó de manera intimidante:

—Quiero decir que les hemos ofrecido esta solución por petición de nuestro cliente gracias a su benevolencia. Y ahora no hablo como padrino, sino en mi nombre: ¡el señor Boros es un ladrón! ¡Transmítanle el mensaje!

Los dos padrinos se levantaron y acto seguido retaron a Absolon.

—¡Aceptado! —contestó el viejo y encendió otro cigarro.

El lance de honor entre Abády y Boros quedó en lugar secundario. Cada uno de los dos bandos redactó un comunicado que fue publicado en la prensa con sucintos comentarios. A nadie le interesó en absoluto.

Pero el desafío de Absolon levantó una tremenda polvareda.

El pasillo del Parlamento estaba excitado porque era bien sabido que el viejo era el líder del partido de Tisza en Maros-Torda, de manera que el asunto cobró tintes políticos.

La popularidad de Zsigmond Boros había decaído desde que se había puesto de parte de Kossuth contra los que defendían un banco independiente, pero ahora incluso el séquito de Justh corrió a apoyarlo al unísono. Cuando entró en la sala de sesiones lo recibieron con vítores y muchos acudieron a estrecharle la mano. Nunca había sido tan popular. La prensa independentista publicó varios artículos sobre él, el gran líder de la nación que luchaba contra los diablos de la oscuridad. Naturalmente, no publicaron en qué consistía la ofensa de Absolon porque no se habían enterado. Solo sabían que había sufrido un agravio enorme. Cada día se publicaba media columna en la que se enumeraban sus méritos y se contaron novedades sobre el duelo.

Llevó tiempo resolver el asunto porque los padrinos de Absolon habían pedido la

mediación de un Tribunal de Honor y se perdieron varios días en llegar a un acuerdo respecto al presidente del mismo. Posteriormente, el viejo Absolon volvió a repetir ante el tribunal lo que había dicho. El tribunal ordenó el proceso probatorio. Los padrinos de este —el viejo Alvinczy y el comandante Bogácsy, al que llamaron a última hora— pidieron una prórroga de ocho días para que les enviaran la documentación desde Transilvania.

A Bálint le molestaba enormemente el giro que había tomado el asunto. Sobre todo porque Alvinczy le había comunicado que Miklós Absolon había perdido los estribos ante el tribunal y había declarado que él personalmente no tenía la documentación. ¿Qué hacer? ¿Pedir las actas del asunto Eisler que, como le había dicho Frankel, estaban a su disposición?

¿Meterse en el avispero que había provocado el duelo? ¿Ser el verdugo de Boros a pesar de haberle prometido a Dinóra que no lesionaría sus intereses? ¿O dejar que todo siguiese su camino sin interferir?

¡Al fin y al cabo, era Absolon quien quería arriesgarse, no él! ¡No tenía nada que ver con todo eso!

¿Pero era correcto desentenderse? ¿Era correcto callar lo que sabía? Ya les había contado a dos personas por qué no quiso estrecharle la mano a Boros, aunque era cierto que no había mencionado nombres, ni el de Frankel, ni el de ningún otro. Además, estaba de acuerdo con lo que Absolon había dicho de Zsigmond Boros. El viejo podía con derecho contar con él. No debía dejar de darle su apoyo puesto que sin duda se jugaba el tipo. Las condiciones, sin duda, serían muy duras, letales. ¿Y si no sabía probar su acusación y se celebraba el duelo? Difícilmente Absolon encontraría pruebas. Lo suyo no era buscar datos. ¿Era correcto dejar que matasen a un honesto viejo que tenía toda la razón?

Después de muchas horas mortificándose tomó una decisión. No pediría las actas de Frankel, a menos que no quedase más remedio, porque no quería lastimar a Kossuth. Tal vez no fuesen necesarias. Tal vez fuese suficiente lo que había guardado en aquel cajón de Dénestornya. No servirían ante un tribunal penal, pero seguramente entre aquellas cartas había algo que pudiese ser decisivo ante el Tribunal de Honor. Decidió ir a casa y recoger lo que tenía.

Primero fue a ver a Alvinczy y después al viejo Absolon. Les dijo lo que había decidido.

El viejo tártaro estaba de buen humor.

—Es muy amable por tu parte, amigo mío —contestó con alegría—, que te lo hayas tomado tan a pecho, pero pienso que no es necesario probar nada. Solo el imbécil de Alvinczy inventa esa burrada. O me creen si yo digo que alguien es un cerdo, y efectivamente lo es, o si son tan tontos de no creerme, habrá duelo. ¡No sería la primera vez que le meto una bala en la barriga a alguien!

Y le contó con todos los pormenores que hacía veinte años, a orillas del río Cherchen Daria, había matado con su revólver a tres asaltantes. Los tres estiraron la pata en el acto.

—¡Como conejos, hijo, como conejos! ¡Y eso que era gente dura, no unos buscapleitos cualesquiera! ¡Esto es un asunto baladí, un asunto baladí!

Bálint se fue a Transilvania.

Solo quería pasar tres días en casa. El primero en Kolozsvár por Adrienne, los otros dos en Dénestornya para recoger todo lo necesario.

Pero al emprender el camino a la estación para tomar el tren nocturno a Budapest le pilló una ventisca. Nevaba como si fuera enero pese a que estaban a finales de marzo. En la oscuridad, el cochero chocó contra un poste y se rompió una rueda. Así, Abády perdió el tren nocturno.

Se disgustó porque había prometido a los padrinos de Absolon que volvería a Budapest el cuarto día por la mañana, si bien no tenía demasiada importancia porque quedaban tres días más hasta la reunión del Tribunal de Honor. Para no volver a perder el tren, se fue a Kolozsvár en un convoy vespertino de campesinos y allí esperó el expreso. Ahora estaba preocupado porque durante el camino desde Dénestornya había repasado las cartas.

Por sí mismas ninguna valía mucho, pero la imagen que transmitía su lectura era una acusación muy fuerte. Se las enseñaría a Alvinczy y a Bogácsy y, si no quedaba más remedio, recurriría a Frankel. Esos documentos eran sin duda decisivos. ¡Pero solo si no quedaba más remedio! Eran un seguro en caso de que las cartas aportadas no fuesen suficiente para decidir el asunto.

Lo tranquilizó el hecho de que el Tribunal de Honor dictase sentencia pero mantuviese en secreto los motivos de la misma. Así el proceso no tendría efectos políticos.

Dinóra estaba muy contenta. Su amigo le había dicho que no esperaría a que llegasen todos sus muebles de Transilvania, sino que se mudaría pronto al apartamento nuevo, cerca de ella, en la planta de arriba.

—¡Maravilloso! —exclamó la bella mujercita—. ¿Han llegado ya todos los enseres?

—No, pero estoy harto de esperar. He comprado aquí algunas cosas de mejor calidad. Ya he contratado el transporte.

—¡Yo te ayudaré! ¿O no me crees? ¡Ya verás que tengo mucha capacidad para arreglar una casa! ¡Quedará precioso!

El rostro de Zsigmond Boros se ensombreció:

—No, todavía no te he pedido ayuda. Es un trabajo difícil y sinceramente tengo

mis propias ideas al respecto. Quiero arreglarlo yo mismo. Y solo.

—¡Qué meticuloso eres! —se rio Dinóra—. ¡Hasta ahora no me había dado cuenta!

—Cuando todo esté acabado... podrás subir para darle el último *schliff*... El último retoque...

Abrazó a la mujer y le dio un beso largo en el cuello.

La escena ocurrió el día en que el Tribunal de Honor concedió la prórroga a Absolon para presentar las pruebas contra Boros.

Desde las doce del día siguiente, el ascensor no paró de chirriar. Bajo la cabina para el transporte de personas habían fijado un montacargas. Así subieron gran parte de los muebles. Solo se cargaba a pie lo que por allí no cabía.

Un grupo de porteadores estaba abajo; otro, arriba. Se pasaron todo el día trajinando en el piso. Primero llegaron las piezas más grandes.

Boros estuvo presente todo el día.

Marcó con precisión el lugar de la cama, el del armario... Mandó colocar el escritorio en un rincón para que estuviese bien iluminado. «¡Las estanterías aquí, por favor! ¡No! ¡Allí no! ¡Un palmo más allá! El sofá, así, en perpendicular. ¡Sí, ahora está bien!», controlaba al carpintero, que corregía en el acto los daños producidos por el transporte.

Si llegaba en el ascensor una pieza más pesada, él ayudaba a los porteadores a sacarla. Trabajaba como un peón.

El segundo día llegaron las alfombras, dos espejos de marcos dorados recién comprados que colgó en la pared con sumo cuidado y otros objetos menudos como lámparas y floreros. No faltaba nada más que las cajas. Había unas diez repletas de trajes y ropa blanca y tres más de documentos.

Ya no se necesitó a tantos porteadores. Aunque las cajas de documentos pesaban mucho, dijo que él y el portero serían suficientes para sacarlas del ascensor y arrastrarlas hasta el apartamento. Pagó el jornal a la mayoría de los peones, menos a dos. Los envió abajo para que metiesen las cajas en el ascensor y les dijo que subiesen después de haber terminado la faena. ¡Solo después de hacerlo!

Ya estaba anocheciendo y las lámparas se encendieron en las plantas, pero la escalera parecía un pozo oscuro. Daba vértigo mirarla. No obstante, Boros miró hacia abajo.

Vio la espiral de las barandillas que bajaba formando seis círculos cada vez más estrechos. La más baja apenas se atisbaba.

El ascensor estaba subiendo con la primera carga: las cajas con documentos. Así lo había ordenado Boros. El ascensor se detuvo. La cabina casi tocaba el techo. El hueco del montacargas estaba al nivel del suelo.

Boros y el portero se pusieron a sacarlas. Uno arrastró la primera; el otro, la segunda. Y al final la tercera, que pesaba más que las anteriores. La sacaron —para que el ascensor pudiera volver a bajar—, pero no del todo, y la última caja se

enganchó en la puerta metálica.

El portero se inclinó para desengancharla.

—Déjelo, ya lo haré yo —dijo Boros—. Prefiero que meta esta pequeña en la habitación interior, en la de más adentro, por favor. ¿Puede con ella? No pesa más de cincuenta kilos.

—Claro que sí, señor, claro que puedo —contestó el portero servicial. Agarró las asas, se echó el peso sobre el cuerpo y entró en el apartamento dando pasitos.

Boros tocó la campanilla y el ascensor comenzó a bajar, haciendo varios clics al pasar por las plantas.

Boros se enderezó. Su hermosa cara no se inmutó. La luz de la lámpara eléctrica se deslizaba por la calva reluciente.

Sacó un frasco de su cartera. Se tomó el contenido de un trago y lo tiró. Luego se inclinó sobre la profundidad. Se aferró a la caja, le dio un leve empujón hacia el vacío, la agarró con más fuerza y cayó al pozo empujado por el peso.

Así murió el doctor Zsigmond Boros, abogado y diputado, como un hombre valiente, simulando un accidente fortuito hasta en los más mínimos detalles.

Bálint supo la noticia por los periódicos matutinos al volver de Budapest. Ya hablaban sobre el entierro de Boros.

En la sesión conmemorativa el presidente del Parlamento pronunció un discurso fúnebre y después todos fueron al entierro. Celebraron suntuosas pompas fúnebres. Asistieron todos los que contaban en el mundo de la coalición, solo faltaron los ministros que estaban en Viena negociando las concesiones militares y los asuntos del banco nacional. Tampoco acudió Kossuth, que estaba enfermo.

Hubo un sinfín de discursos en la sala mortuoria, en nombre del Partido de la Independencia, de su distrito electoral y del Ministerio de Comercio, donde durante unas semanas había trabajado como subsecretario. Luego la marcha se dirigió hacia el ostentoso sepulcro que la ciudad había sufragado para honrar al difunto. Inmediatamente detrás del ataúd avanzaba su familia, la viuda y sus dos hijos, llegados a la capital el día anterior. El mayor ya era jurista.

Los seguían sus amigos políticos, incluidos aquellos que habían estado en su contra en el asunto del banco nacional. «Vamos a olvidar todas las diferencias ante este fatídico accidente. Delante de la tumba de nuestro gran difunto tenemos que demostrar la unidad y el poder del partido». Aquel fue el eslogan de los discursos anteriores y lo repitieron infinitamente hasta la misma sepultura.

Cuantas más vueltas le dieron, tanto más creció la leyenda de Zsigmond Boros. Pronto cobró el rango de héroe. Lo compararon con los gloriosos campeones que habían luchado y muerto por la nación: Kinizsi, Miklós Toldi y Dugonics. Incluso mencionaron a los mártires de Arad, que habían sido ejecutados por los austriacos después de la guerra de la Independencia. El fatal accidente que se había llevado a tan

excelente hombre fue un golpe para todo el país. Todo el mundo creyó que había caído desde un sexto piso por casualidad e imprudencia.

No obstante, se oyeron algunos comentarios recelosos. Se hicieron alusiones al duelo pendiente, como si lo hubiese matado la insidia vil, como si las asechanzas urdidas contra él desde hacía tiempo lo hubiesen atacado a traición. ¡Qué destino tan tremendo morir antes de poder aplastar a los enemigos!

El día del entierro todo el mundo habló con mucha elocuencia, de los ojos de los asistentes corrieron lágrimas. Y cuando la banda de gitanos lo despidió con su canción favorita, *Yo también he sido cochero de bellezas*, algunos se echaron a llorar desconsoladamente, aunque entre sus amigos, que conocían bien sus líos amorosos, hubo quienes consideraron una indiscreción tocar justamente esa.

Efectivamente, su mujer pareció echarse atrás en el borde de la tumba.

Pero apenas lo notó nadie.

Los periódicos de la coalición dedicaron al entierro varias columnas y la necrológica que publicaron estaba saturada de adjetivos elogiosos como «campeón invencible», «gran luchador», «valiente paladín».

A su lado pareció trivial el discurso del canciller alemán Von Bülow, quien en nombre de la *Bundestreu* tiró la espada en la balanza, lo que significaba que en caso de guerra, Alemania entraría a favor de la Monarquía. Así, Izvolski aconsejó a Serbia que aceptase la anexión de Bosnia. El príncipe heredero Karađorđević dimitió del trono y Belgrado prometió mantener buenas relaciones con su vecina Hungría. La victoria de Aehrenthal había sido completa y se cerraba la crisis de la anexión.

Abády se alegró de las nuevas, pero le interesaron más los detalles del entierro, sobre todo los discursos, que leyó con máxima atención rebuscando algo contra lo que reaccionar. Pero apenas encontró nada interesante, solo lugares comunes. No obstante, prefirió ir a ver al viejo Alvinczy por la tarde para que decidiese él si era necesario tomar medidas.

Tras la puerta oyó el ruido de una discusión ardiente. Había cuatro hombres en la habitación: Alvinczy, Bogácsy, Absolon y el achaparrado Tamás Laczók.

El último intentaba convencer a los padrinos de Absolon para que entregasen a los periódicos la excelente documentación que había traído de Transilvania y que les había facilitado nada más saber de la convocatoria del Tribunal de Honor. Le indignaba profundamente lo que ese mismo día había leído sobre Boros.

—*C'était un infâme coquin, tout comme mon cher frère!* ¡Era un tunante infame, exactamente como mi querido hermano! —gritó—. ¡No se deben tolerar tantos elogios! ¡Hay que contrarrestarlos!

La pequeña habitación retumbaba con su furia. Su desaseada perilla flotaba alrededor del mentón. Obviamente no lo enfurecían los artículos sobre Boros, sino que se hubiese esfumado la esperanza de poder manchar a su hermano delante del

Tribunal de Honor.

—Hay que mostrar qué clase de canalla era Boros. Y que se suicidó. Ya se murmura en la ciudad. También sé que han presentado contra él una acusación penal. ¡El muy cobarde se quitó de en medio!

Bogácsy y Alvinczy rechazaron su actitud con cierta distancia, pero Absolon se divertía con la rabia del hombrecillo.

—Yo no diría que fuera cobarde —lo interrumpió para fastidiarlo—. Ha obrado con estilo. Ahora, de verdad, lamento que haya ocurrido así.

—¿Lo lamentas? —preguntó Laczók pasmado.

—Claro —se rio el viejo vagabundo—, un haraquiri tan bonito solo se ve en Japón. Realmente habría merecido que le metiese una bala en el estómago.

—¿Qué dices? ¿Retar a un ladrón? *C'est absurde!*

—No hables mal de los ladrones, que en China es una profesión muy apreciada. No se les puede ejecutar de otra manera que con montantes, que es una muerte hermosa y digna.

Bálint intervino en ese preciso instante:

—¿Es cierto que han presentado contra él una acusación penal? —preguntó porque le vino a la cabeza Dinóra y que tanto la finca de Marosszilvás como el piso de Budapest estaban a nombre de Boros.

—¡Claro que es cierto! ¡Claro! —se alegró Laczók de poder demostrarlo—: *Voilà!* —y sacó un telegrama—. Hace cinco días que la han presentado.

Al día siguiente Abády madrugó y fue a la calle Személynök. Fue caminando lentamente para poder repasar qué podría hacer por la pobre Dinóra, cuyo papel en toda esta historia desconocía. Solo iba empujado por la voluntad de ayudarla; sin embargo, tenía miedo de que Dinóra lo acusase de no cumplir su palabra. Era evidente que el otro motivo del suicidio de Boros, aparte de que el Tribunal de Honor hubiese investigado su caso, había sido la denuncia.

Llegó al edificio y entró en la antesala. Ya no había ni rastro de la tragedia, todo estaba en perfecto orden. Solo al engranaje por el que se movía el ascensor se le notaba un arreglo, como si le hubiesen reparado la malla metálica de la puerta. Tal vez lo hubiese roto la pesada caja con la que Boros había saltado.

Al oír el tintineo, salió el portero.

—Acompáñeme, por favor, al piso de la condesa Malhuysen —le dijo Abády—. Es la quinta planta, ¿verdad?

—Hace tres días que la condesa se marchó —contestó el portero, que solo después de que Bálint se presentase y le diese una corona para animarlo le contó gustosamente toda la historia, todos los pormenores de la *triste casualidad* y todo lo que él había pensado y dicho entonces, cosa que a Abády no le interesaba en absoluto, aunque también soltó información útil.

La familia de Zsigmond Boros había llegado veinticuatro horas después de la tragedia. Fueron directamente al apartamento. La viuda y los dos hijos llegaron a la vez que un señor que no venía con ellos. Descansaron una hora en el apartamento y después se fueron al cementerio, pero el señor se quedó y fue a ver a la condesa Malhuysen.

No sabía nada más. Solo que muy entrada la noche bajaron el equipaje de la condesa y que esta se marchó junto con su vieja doncella.

—Anteayer —dijo el portero escandalizado—, justo cuando iba a salir para el entierro, llegó el señor de la noche anterior con dos alguaciles del tribunal y precintó los dos pisos. Hicieron un inventario de todo y los cerraron. ¡Qué vergüenza! No pude asistir al entierro, y eso que el señor diputado era muy buena persona, un verdadero caballero...

—¿Y la condesa Malhuysen no ha dejado su nueva dirección?

—No, señor, no ha dejado ninguna nota.

Bálint se afligió enormemente. Intentó reconstruir la historia. El extraño caballero seguramente había venido al enterarse de la denuncia y, para poder confiscar sus bienes, había expulsado a Dinóra. Su finca, que estaba a nombre de Boros, formaba parte del legado que se quedarían los acreedores del abogado. Su familia también se quedaría en la más pura miseria.

Bálint a menudo se acordaba de Dinóra, sentía lástima de ella. ¿Dónde estaría ahora aquella alma de cántaro?

Solo al cabo de varias semanas se consoló.

Había viajado a Viena con una delegación para asistir al congreso internacional de cooperativas y con unos amigos había ido al Ronacher. Desde lejos atisbó a Dinóra. Estaba sentada en el palco de enfrente en compañía de un joven del mundo de las finanzas de la capital. Parecía estar alegre. En las orejas llevaba dos pendientes de diamantes.

Eran tan grandes que su brillo atravesaba la sala del teatro.

Al tiempo que Boros se suicidó, se cerró el último acto de otra tragedia, la de László Gyeróffy.

Las razones se remontaban a varios meses atrás, cuando el día de San Huberto había oído aquellas palabras envenenadas —«¡comida y alojamiento gratis!»— que el tío Ambrus había pronunciado con tan aviesas intenciones.

Durante largo tiempo minaron su equilibrio anímico de modo inadvertido. Continuó viviendo con la señora Lázár. Por las noches tocaba el piano y el violín. Incluso trabajaba un poco, aunque no con tantas ganas como al principio. Se mostraba más reservado, pero como nunca había sido muy hablador, no llamaba la atención. Realmente no se le notaba cambio alguno. Solo gracias a su instinto femenino, la mujer intuyó que algo lo agobiaba. Por eso lo trataba con más cariño y bondad.

Hizo un gran sacrificio por él. Se acercaban las fiestas navideñas y la señora Lázár renunció a ver a su hijo durante las vacaciones. Lo arregló todo de modo que se quedase con la familia sajona de su profesor, en cuya casa de Szeben vivía durante todo el curso. El muchacho recibió la noticia con alegría porque hacía unas semanas que había comunicado que quería hacer una gran excursión para esquiar en los bosques de Héttírák junto con sus amigos. El plan en realidad había sido idea de su madre y se lo hizo saber a su profesor y tutor, ya que conocía bien la pasión que su hijo sentía por el deporte. La separación solo la afligía a ella, que a pesar de todo sentía remordimientos.

Pero no tuvo más remedio. De otro modo hubiese tenido que echar a László de casa porque era imposible que pasasen la Nochebuena los tres juntos. No aguantaba la idea de expulsar a Gyeróffy, que no tenía a nadie, y de que pasase las fiestas en la más demoledora soledad.

Aun así la Nochebuena resultó muy triste.

Junto al arbolito de Navidad la mujer no dejaba de pensar en su hijo. Las generaciones jóvenes, de todos modos, se distanciaban de sus padres. Ahora era ella misma la que comenzaba la separación.

László recordó otras navidades. Las fiestas suntuosas que había pasado en casa de una tía u otra, el gigantesco árbol de Navidad que tocaba el techo, la luz cegadora de las lámparas eléctricas, los regalos dispersos por el parque, las carcajadas alegres de sus primos, la voz de Klára... Klára, que entonces lo trataba como a un compañero, un amigo, un amor... Klára, la había perdido por su culpa.

Esa noche acudió más a menudo a la botella de aguardiente, que la mujer ya no controlaba tanto como en las últimas semanas.

Antes no hubiese sido necesario vigilar el consumo porque en los primeros dos meses de felicidad, László no bebía. Pero cada vez intentaba conseguir más y más alcohol, era tal la insistencia que la señora Lázár tuvo que guardar bajo llave todas las bebidas fuertes.

Volvía a Szamoskozárd con más frecuencia y al regresar se le notaba el olor a aguardiente. La bella Sára nunca se lo había reprochado. No se atrevía. Tenía la impresión instintiva de que en Gyerőffy obraba un sentimiento desconocido que amenazaba su amor. Cuanto más aumentaba su miedo inconsciente, tanto más indulgentemente se comportaba.

Había intentado encontrarle una ocupación. Logró que los vecinos lo invitasen a cazar, le compró un buen caballo para ver si se entretenía. A diario le pedía que saliese al bosque a hablar con los hacheros o a la granja a arreglar algo.

Una ocupación había sido buena idea y sin duda a László le agradaba servir de algo. Estaba de mejor humor si pensaba que era útil.

La señora Lázár supo disimular con destreza que su ayuda en realidad no valía nada. Al ver que las pequeñas tareas alegraban a László, le fue encargando cada vez más cosas. A veces incluso, en lugar de ir ella, lo mandaba a él al mercado semanal de Kolozsvár, pero siempre en compañía del mayoral y el capataz, aleccionados previamente, aunque a Gyerőffy le decía que solo confiaba en él. Y que fuese él quien cobrase el dinero de los animales vendidos y quien negociase un precio aceptable.

Aunque obraba con mucha cautela, a la señora Lázár a veces le sobrevenían problemas menores y mayores, pero los asumía sin afligirse y sin mermar la autoestima de su amigo, esperando que poco a poco aprendiese.

Pero las cosas iban por otro camino.

Desde enero, László de vez en cuando no regresaba a casa, sino que pasaba la noche en Kolozsvár. Más adelante, desde Szamoskozárd —adonde siempre viajaba con una bolsa puesto que ya no tenía allí ni ropa—, viajaba primero en tren a Kolozsvár y volvía a casa de Sára al tercer día en un simón.

Entonces tenía una mirada dura, petrificada, y los ojos helados. Y los días siguientes parecía estar continuamente borracho, aunque la mujer, que había guardado el alcohol bajo llave, no podía figurarse de dónde lo sacaba.

La pobre Sára estaba muy asustada por el avance de los acontecimientos. Estaba entregada a su joven amigo y, además, la obsesionaba la idea de arrancarlo de la mala vida. En principio no se lo reprochó y disimuló no notar nada. Pero cuando László volvía a estar borracho, escudriñaba entre sus enseres. En una ocasión encontró tres botellas de aguardiente escondidas en su habitación. Dos estaban vacías, en la tercera quedaban tres dedos. László las había metido en su casa furtivamente.

No podía dejar de advertírselo. Le habló cariñosamente, con mucha bondad y

emoción. El joven se avergonzó, le pidió disculpas y le prometió no volver a caer en la tentación. Durante unos diez días cumplió su palabra. Pero entonces tuvo que ir a Szamoskozárd con un pretexto cualquiera, de allí se fue a Kolozsvár y esa vez estuvo cuatro días sin volver a casa.

Después de su regreso, la mujer registró las bolsas, pero no encontró alcohol. ¿Por qué tenía entonces la mirada arrepentida? ¿Quizá porque había bebido mucho en Kolozsvár? No, no podía ser por la borrachera, siempre bebía cuando estaba fuera y nunca había puesto cara de arrepentimiento, de suplicante perdón. ¿O sería porque había quebrantado la promesa? Tal vez era su falta lo que tanto lo afligía. «¡Qué conmovedor que se lo tomase tan en serio!», pensó la señora Lázár. Su corazón se llenó de calor afectuoso y, para consolarlo y demostrar que lo perdonaba, inmediatamente después del almuerzo, cuando se quedaron solos, se estrechó contra él y le ofreció su boca esperando el beso de la paz.

Sin embargo, los labios del hombre, como si vacilaran, solo le rozaron la cara. El beso duró un instante y la mujer retrocedió. Miró el rostro del hombre con los ojos abiertos del asombro. La asaltó el olor extraño, de perfume barato, casi apestoso, que desprendía el cuello arrugado del traje y el cabello de László.

Solo faltaron unos segundos para que la buena señora Lázár comprendiese la terrible explicación de aquella fetidez. Clavó su mirada en los ojos del traidor, que bajó la cabeza, se hundió bajo el peso de la vergüenza y salió de la habitación.

La señora Lázár lloró largamente esa tarde, más de lo que lo había hecho durante los cuatro días de ausencia, cuando tuvo permanentemente los ojos bañados en lágrimas.

No obstante, por la noche lo perdonó porque lo amaba.

Se sucedieron semanas muy penosas.

Cada vez que la mujer mandaba a László a la ciudad, la atormentaba la idea de que se emborrachase y volviese a engañarla con otra en un burdel. Sin embargo, lo seguía mandando a Kolozsvár a menudo porque ese era el precio de la reconciliación. Si no lo hubiese hecho, habría actuado mal, guardándole rencor y castigándolo. Y además habría sido peligroso. ¡Peligroso! Así lo había comprobado cuando una vez, en presencia de László, ordenó al mayoral ir al mercado semanal. Los rasgos de Gyeróffy se helaron y en todo el día no soltó palabra, se le quedó un gesto tan duro que la pobre Sára se asustó. Pensó que se marcharía. Por eso no intentó nunca más mantenerlo en casa. Prefería sufrir el infierno de las preocupaciones que perderlo. ¡Oh, no, perderlo nunca!

Lo dejaba que bebiese un poco más. Ya que tanto necesitaba el alcohol, prefería que lo hiciese en casa y se hacía la tonta cuando se emborrachaba. Incluso lo ocultó frente a la servidumbre. Era muy desagradable porque si bebía más de la cuenta, lo asaltaba aquella extraña arrogancia de la que sus amigos tanto se habían burlado. Se

volvía brusco y altanero sin razón aparente, aunque ese acceso no le solía durar mucho. Súbitamente se humillaba y con palabras sumisas pedía perdón llorando.

Después de esas escenas hacían el amor salvajemente, como si quisiesen borrar lo que había pasado.

Así transcurrieron unos días atormentadores y unas noches de pasión tormentosa.

Hacia finales de marzo, Gyerőffy volvió a viajar a Kolozsvár. La señora Lázár le había encargado cobrar el dinero de unos cerdos cebones al carnicero que se los había comprado. Se trataba de una suma considerable: diecisiete mil coronas.

Por la noche no volvió, ni al día siguiente, ni al otro.

La señora Lázár estaba desesperada. Quizá László se había gastado el dinero o lo había perdido, pero solo fue un pensamiento fugaz. No le preocupaba tanto el dinero como la suerte de László. Cuando al cuarto día no volvió a la hora de comer, Sára mandó aparejar el carruaje y se fue a Kolozsvár. Ya había averiguado que László solía alojarse en el Hotel Central. Se fue directamente allí.

El portero le dijo que estaba en su habitación.

La mujer subió a verlo. Abrió la puerta de golpe, empujada por los celos, creyendo que lo encontraría con una fulana. Pero Gyerőffy estaba solo.

Daba vueltas en el cuarto desde hacía horas.

No se había afeitado y el cuello arrugado y mugriento de cuatro días le hacían parecer un fracasado. En la mesa se alzaba una botella de coñac.

Al abrir la puerta y entrar Sára, László gritó:

—¿A qué has venido? —Su voz sonó hostil y desconfiada. Tenía la mirada más dura y obstinada que nunca. Volvió a preguntarle—: ¿A qué has venido?

—¿Yo? —contestó la señora Lázár de manera muy desenfadada, intentando disimular su preocupación—: He venido a hacer unos encargos y he pensado pasar por aquí y preguntarte si quieres que los hagamos juntos, porque yo...

László la interrumpió:

—¡Mentiras! ¡Mentiras! Sé que me has estado espiando. ¿A que has venido por mí? ¡Lo que te preocupa es el dinero!, ¿verdad? ¡No te preocupes, que lo tengo! Y tengo más... Mucho más. ¿Lo quieres? ¿Quieres que ajustemos las cuentas? ¡Bien! ¡Eso es lo que yo quiero también!

Las lágrimas asaltaron los hermosos ojos de la mujer. No contestó de inmediato, solo apartó la mirada. Durante unos minutos luchó contra las lágrimas. Al final le dijo con voz sosegada, pero implorante.

—Por favor, László, aquí no, así no... No en este hotel...

Subieron mudos al coche y emprendieron el camino de vuelta.

Al salir de la ciudad se toparon con una fuerte cellisca con viento del noroeste y aguanieve. Subieron la capota, desplegaron el guardabarros y lo colocaron delante, de manera que estuviesen bien protegidos dentro del carruaje.

La señora Sára recordó otro día en que habían ido juntos en el coche: el día de San Huberto. Habían ido de camino a casa como ahora, pero entonces iban abrazados, agarrados uno al otro; no como ahora: dos extraños, si no enemigos. Sin embargo, su calvario había comenzado aquel día. Desde aquel día László había ido cambiando.

¡Qué horrible era estar sentados como dos enemigos! Sára no lo soportó.

Apenas estaban a mitad de camino cuando balbuceó con la voz ahogada por el nudo que tenía en la garganta:

—¿Por qué te portas tan mal conmigo, que no te he hecho daño? —dijo con tristeza, no enfadada, ni ofendida. Solo la pena y el amor maternal la hicieron hablar.

Pero Gyerőffy respondió con reservas:

—Ya te lo diré. Ahora no me hables. En casa...

Y volvió a clavar la mirada en el suelo, pensando en lo que se había repetido cien veces durante los últimos tres días.

El primer día, cuando había vuelto de Hídelve, donde el carnicero le había pagado el precio de los cebones, vio venir a Sándor Kendy, el Boquituerto, por la calle Híd. En los últimos meses, si Gyerőffy atisbaba a conocidos, intentaba evitarlos desde lejos. Tomaba una calle perpendicular o entraba en una tienda para evitar el encuentro. Lo hacía instintivamente, sin buscar razones. Tenía un miedo inconsciente de volver a sufrir lo mismo que el día de San Huberto, cuando el tío Ambrus se había burlado de él socarronamente y le había espetado entre carcajadas: «¡Comida y alojamiento gratis!».

Nunca volvió a evocar aquellas palabras y, si le sobrevenían, las apartaba rápidamente de su mente. Se forzaba a pensar en otras cosas. Sin embargo, estaban allí y le remordían. Pensó que se había vuelto huraño al haber roto con su viejo mundo pero no por huir de esa acusación. Intentó convencerse, pese a que en su interior sabía que era mentira, pero así se engañaba.

Aquel día en casa del carnicero brindaron por la compraventa. Se tomaron tres o cuatro copitas de aguardiente, incluso cinco. Antes de volver al carruaje, que lo esperaba delante del hotel, entró en una taberna. Se tomó de un trago unas copitas más. Una vez que empezaba a beber, necesitaba más y más. Continuó el camino ya bastante alegre. El alcohol adormeció el sentimiento de inferioridad y de sumisión y dejó salir su parte arrogante y engreída.

En ese estado de embriaguez vio venir al viejo Boquituerto, que se acercaba por la acera. Estaba a unos cincuenta pasos. Entre ellos no había nadie porque al ser la hora de comer las calles estaban vacías.

Si László no hubiese estado borracho, habría actuado como siempre que se encontraba con el viejo: se habría refugiado en la primera tienda o si no tenía posibilidad de desaparecer, lo habría saludado humildemente apresurando el paso.

Así se comportaba desde que Sándor Kendy le había hablado con tanto cariño hacía exactamente un año. Pero esa vez László estaba muy borracho. Borracho y arrogante, pero agradecido. Quiso expresar su gratitud y se clavó en el suelo como un palo, con el brazo extendido se quitó el sombrero con un movimiento circular, propio de los grandes de España que así saludaban al rey don Carlos.

Apenas levantó el brazo, antes de que terminase el majestuosamente gesto lento, el viejo Boquituerto giró a la derecha y cruzó la calle a unos treinta pasos del joven.

Pero no continuó caminando, sino que entró en una tienda.

¿Lo había reconocido? ¿Había cruzado la calle a propósito porque se le notaba el alcohol o porque sabía que vivía a costa de una mujer? ¿Había cambiado de acera tan súbitamente por casualidad o en realidad tenía algo que comprar en la tienda? László nunca lo supo, pero aquel hecho le afectó sobremanera.

El brazo del joven se quedó parado en el aire. El estupor corrió por sus miembros. Se le desencajó la cara. Durante unos segundos, mientras el viejo atravesaba la calle, László volvió a estar sobrio. ¡Tanto le había conmovido el comportamiento del Boquituerto!

Se puso el sombrero y con pasos lentos volvió al hotel. Desde allí mandó a casa el carruaje de la señora Lázár, reservó una habitación y subió. Una hora más tarde llamó al timbre y le dijo al criado que mandase a alguien a casa de Abády para preguntar si se encontraba allí el señor administrador Kristóf Ázbej. «Si está en la ciudad, por favor, que venga a verme inmediatamente». Un cuarto de hora más tarde le avisaron de que Ázbej estaba en Dénestornya. Entonces le escribió un telegrama: «Venga inmediatamente...».

László se quedó solo en la habitación y no volvió a salir para no arriesgarse a un nuevo encuentro. No quería que lo viesen. Tenía miedo. ¡No quería que lo viese nadie! ¡Nadie en el mundo! Todos harían lo mismo que el viejo Boquituerto: no aceptarían su saludo. Apartarían la mirada. ¡Cómo no iban a rehuirlo todos, si lo había hecho aquel viejo bondadoso que se había portado como un padre, que le había ofrecido su ayuda tan afectuosamente y a quien le había prometido arreglar su vida! Aquel también le daba la espalda ahora y tenía toda la razón. ¡Él era una deshonra!

Hacía tres años, cuando por piedad lo habían dejado abandonar el casino de Budapest sin montar un escándalo por no haber podido pagar las deudas de juego, había sentido vergüenza, pero aquella mancha le pareció invisible, pues en su fuero interno no lo consideraba una deshonra. Había actuado movido por sus principios. Habría podido pagar y, si hubiese querido, habría continuado siendo un caballero de cara al mundo. Asumió voluntariamente la expulsión del casino para poder desempeñar las perlas de la señora Berédy. Fue un acto heroico devolverle a la mujer la joya empeñada por su culpa y cargar con la vergüenza pública. Fue una clase de suicidio que dejó sobrevivir al suicida, quien en vez de echarse a las llamas del más allá, se lanzó al infierno terrenal. En su acto hubo algo grandioso y, si bien no lo salvaba de la degradación social, si salvó su dignidad.

Lo de ahora era distinto: una infamia, incluso para él mismo.

Ahora chuleaba a su amante. El tío Ambrus se había expresado bien: «¡Comida y alojamiento gratis!». Le cocinaba exquisitos manjares, le lavaba la ropa, incluso le había comprado un caballo. László sabía que lo hacía solo por él y que lo enviaba a la ciudad con encargos para fingir que la ayudaba. Sabía que no poseía ningún conocimiento que resultara útil. La mujer intentaba en vano enmascarar la realidad: que lo mantenía como las mujeres de la calle a su proxeneta. ¡Menos mal que no le había ofrecido dinero! Tal vez no lo había hecho para que no se lo gastase en otras mujeres. Seguramente le habría dado dinero si él se lo hubiese pedido. Suerte que todavía no se había envilecido tanto. ¡Pero podía llegar el momento!

Lo que se había gastado durante sus salidas a la ciudad era lo que había cobrado por los muebles y las porcelanas menudas que había encontrado hurgando en sus viejos cajones y había vendido a través del tendero de Szamoskozárd o él mismo había llevado a Kolozsvár. Ya apenas quedaba nada, el castillo estaba vacío. Había vendido la ropa blanca y las cacerolas de cobre. Ya no había nada que tuviese valor. «Seguramente llegaré al extremo de pedirle dinero... ¡Qué infamia! ¡Prefiero la muerte!».

Pero no podía marcharse sin más. No podía huir dejando atrás las deudas. ¡Tenía que pagarlas todas para que nadie pudiese decir que era un ladrón!

Por eso había llamado a Ázbej. Pero como tuvo que esperar al día siguiente, se había emborrachado hasta caer muerto porque era la única cosa que sosegaba sus remordimientos.

Al día siguiente, sobre las diez de la mañana, el regordete Ázbej se presentó en el hotel.

No se extrañó al encontrar a Gyerőffy en la cama ni le preguntó si estaba enfermo. Simplemente cogió una silla y se sentó, como de costumbre, en el filo, para demostrar la gran deferencia que sentía o porque sus piernas cortas no hubiesen tocado el suelo. Después de acomodarse, le dirigió su cara de globo, que con el pelo cortado al ras recordaba a un puercoespín haciendo una bola.

—Aquí estoy —dijo con su boca pequeña e hinchada—. A sus órdenes, señor conde...

Su voz sonaba humilde, la postura irradiaba sumisión y parecía un dechado de servilismo, pero la mirada de los dos enormes globos oculares lo desmentía. Analizaron a László detenidamente. Tomó nota de que el joven no tenía equipaje, de que había dormido con la camisa puesta y de que encima de la mesita de noche, al lado del cuello arrugado, había una botella de aguardiente vacía y un vaso mugriento. Su mirada brilló con alegría ante el panorama como si sintiese que había logrado su objetivo.

Gyerőffy se recuperó abrazándose las rodillas y guardó silencio durante unos

segundos. Después le dijo con voz rigurosa:

—Necesito dinero. Una suma considerable. Inmediatamente. Diez mil quinientas coronas...

Ázbej abrió los brazos.

—¿Pero de dónde voy a sacar tanto dinero? ¿De dónde? Ya hemos vendido el bosque como usted, señor conde, bien sabe, a pesar de que no había sido talado. Y enseguida nos gastamos el dinero para parar la subasta. Lo gastamos en los intereses de la usura porque usted había reconocido las deudas. Además, otra parte se fue en pagar las costas de los pleitos. El equipamiento y las bestias ya hace tiempo que los tengo en mi propiedad, en la de mi mujer, para ser exactos. Le he pagado los diez años de alquiler por adelantado y ya ha cobrado el complemento que hace dos años le hice llegar, señor conde, por pura abnegación. Aparte de todo esto, soy yo el que paga las enormes deudas de mi propio bolsillo, como le he informado a menudo, cuyos acuses de recibo le he enseñado. Usted lo ha encontrado todo en orden. Ahora no tengo dinero, ni un céntimo...

László clavó una mirada sombría en aquel hombre regordete. Una arruga profunda apareció en su poblado entrecejo.

—Pero lo necesito como sea. ¡Como sea! ¿Me ha entendido? —dijo en tono severo.

El pequeño abogado no le contestó. Solo sus manos peludas indicaron que nada podía hacer.

Hubo unos minutos de silencio. Los dos guardaron silencio con terquedad. Al final Gyerőffy se echó hacia delante y dijo:

—Tenga la finca. Con todo. Se la doy. ¡Pero necesito el dinero! ¿Me entiende? ¡Lo necesito! —y al ver que Ázbej fingía asombro le espetó—: ¡Deje de hacerse el sorprendido! Desde hace años es lo que usted pretende. ¿Para qué disimular ahora?

Fue una perspicacia inesperada por parte de László. La tarde anterior había rendido cuentas enumerando sus actos y faltas. Se juzgó cruelmente a sí mismo y a los demás. Y al repasar los sucesos, como si echase una mirada al pozo o camino recorrido, se dio cuenta de las artimañas de las que Ázbej se había valido para engañarlo.

—Yo, señor conde, solo he querido servirle... Nunca he tenido segundas intenciones —se excusó el hombrecillo, pero László le gritó:

—¡Déjese de rodeos! ¡Contésteme a lo que le he dicho!

Ázbej era lo suficientemente inteligente como para sentirse ofendido. Había llegado el momento de hacerse con el bello castillo y la estupenda finca. Tenía que aprovechar la ocasión antes de que Gyerőffy renunciase a la idea o acudiese a otros, a un pariente, tal vez a Bálint Abády, la única persona a la que Ázbej temía. Por eso con un par de palabras y gestos disimuló con moderación estar ofendido y finalmente dijo:

—Voy a repasar las cuentas, señor conde... Estoy dispuesto...

Y se fue haciendo grandes reverencias con la promesa de que por la tarde volvería con la respuesta definitiva.

Llegó con una enorme pila de papeles repletos de datos y cifras. Argumentó largamente para demostrar que Szamoskozárd ya estaba enormemente hipotecado con deudas antiguas, incluso con todo lo que él, Ázbej, había ido pagando de vez en cuando. Aun si tasasen todo a su precio máximo —pese a que el tejado del castillo tenía goteras; el sótano, húmedo por culpa de las aguas freáticas, y un establo, a punto de venirse abajo—, quedaría un crédito de miles de coronas que no tenía cobertura y que Ázbej no podría cobrar nunca. Habló largo y tendido, enseñando letras de cambio, libros de cuentas, acuses de recibo, toda clase de certificados y documentos que demostraban claramente que de la finca ya no quedaba nada en absoluto, es más, menos que nada.

Entretanto, László daba vueltas por el cuarto; a veces se servía un vaso de aguardiente, a veces echaba un vistazo a su firma en los papeles que Ázbej le extendía. Estaba furioso y detestaba el teatro que ese hombrecito astuto le había montado, pero sobre todo se detestaba a sí mismo por estar a la altura de su papel. Sin embargo, esperó pacientemente a que acabase. Después de la extensa y facunda demostración, Ázbej se calló y se plantó delante de László.

—¿Entonces? —preguntó Gyerőffy.

—¡Señor! Le voy a dar las diez mil quinientas coronas. Es cierto que ya he perdido mucho, pero no importa, se las daré... —contestó el abogado porque no se atrevió a alargar más el asunto. Súbitamente cambió a un tono negociador. Redactaría el contrato y, una vez hecho, avisaría al notario—. ¿Desea ir personalmente o prefiere que lo mande a buscar?

—Lo segundo —respondió László, después titubeó un rato y dijo—: ¡Una cosa más! La casa de los criados que está al lado de la tienda de comestibles, al final del camino, que ahora está vacía, no forma parte de la venta. Quiero dejársela a mi viejo administrador, Márton Balog. Nos sirve desde los tiempos de mi padre. No quiero que acabe en la calle.

—A sus órdenes —contestó Ázbej con una reverencia y reculando se apresuró a salir por la puerta antes de que a Gyerőffy se le ocurriesen más condiciones.

El carruaje en que viajaban László y la bella Sára cruzó traqueteando las vías del ferrocarril de la estación de Apahida, subió por la colina de la derecha y se detuvo delante de la casa solariega de la señora Lázár. El aguanieve ya se había convertido en nevada. Bajaron del coche en medio de una nevisca que casi los tumbó por las escaleras del porche. Aquel era el mismo temporal que había impedido a Abády llegar a la estación y coger el tren nocturno.

Se refugiaron con los abrigos puestos en el primer cuarto, que era el comedor. Allí se quitaron los gabanes. Gyeróffy lo dejó cerca de la puerta; la mujer, en el otro extremo de la mesa. A continuación encendió un quinqué porque el cuarto estaba oscuro, pues aunque eran solo las cinco, la nieve había tapado las ventanas.

Al acabar, miró a László.

El joven estaba rígido, cerca de la mesa, alumbrado por el quinqué. Llevaba barba de varios días y tenía el entrecejo cruzado por una arruga oscura, el pelo mojado y enmarañado en la frente. Con el cuello sucio y el traje arrugado tenía un aspecto terriblemente dejado, más envilecido que cuando hacía siete meses la señora Lázár lo había sacado de la taberna de Szamosújvár, cuando lo había salvado.

Aquel día estaba borracho, ahora estaba sobrio: una sobriedad aterradora.

Y tieso como una estatua de piedra.

Sára sentía que una garra de hielo le atravesaba el corazón. La mirada del hombre reflejaba una determinación cruel. ¡Lo que irradiaban sus ojos era odio!

Efectivamente, aquello era odio. László, durante varios días gestó y exacerbó ese odio suyo: esa mujer era la culpable de su envilecimiento moral. Ella había sido quien lo había acogido, lo había retenido en su casa astutamente, le había acallado la conciencia con el anfión embriagador de su precioso cuerpo moreno. Le arrebató el juicio crítico con sus besos cariñosos, con el filtro amoroso de su boca experimentada; lo retuvo en la vergüenza, como Circe a los navegantes en la pocilga. Ella hizo todo lo posible para que él no se diese cuenta de que vivía en la ignominia, de que lo mantenía como las abejas diligentes al zángano. ¡No debería haberlo hecho! Abusó de su debilidad, de su decaimiento económico, de su falta de hogar. ¡Lo colmó con todos los bienes para que no se diese cuenta de la verdad! ¡No! ¡No debería haberlo hecho!

Durante unos minutos guardaron silencio en ambos extremos de la mesa: la mujer asustada, el hombre sombrío y ruin. La señora Lázár iba a decirle algo, a preguntarle, pero perdió la voz y solo los labios se movieron mudos.

Gyeróffy metió una mano en el bolsillo interior de su traje y sacó dos sobres gruesos. Le tiró uno a la mujer.

—¡Toma! Aquí tienes el precio de los cebones, dieciséis mil coronas. Sé que estabas preocupada por que te lo robase. ¡Pues no! ¡Aquí lo tienes! No falta nada. ¡Cuéntalo!

—¡Pero László!... ¿Cómo puedes pensar que...? —balbuceó la pobre mujer, que tenía la sensación de estar viviendo una pesadilla.

—¡Lo vas a contar inmediatamente! No voy a permitir ni un momento que me reprochen haberte robado dinero. ¡Cuéntalo ahora mismo!

La mujer no se atrevió a protestar. Apresuradamente disimuló contar los billetes y volvió a meterlos en el sobre. Gyeróffy continuó, su voz sonaba más fría y tenía un timbre cruelmente burlón.

—Y ahora vamos a echar cuentas. Aquí tienes. ¡Cuéntalo! —y le tiró el otro sobre

que, al volar, se abrió y dejó ver los billetes cuando cayó delante de la señora Lázár. Esta le preguntó atónita:

—¿Qué es esto? ¿Por qué?... ¡No lo entiendo!...

—Son diez mil quinientas coronas. Estoy aquí desde septiembre. Son doscientos diez días en total. He calculado cincuenta coronas al día. Cincuenta coronas por la comida y el alojamiento es mucho dinero, pero quiero pagar todos los servicios. Todo lo que me has dado... ¡Todo!

La señora Lázár se quedó sin palabras por unos instantes. Luego estiró la espalda lentamente, tan lentamente como el terrible sentido de aquellas palabras penetraba en su alma.

Su figura esbelta y sus anchos hombros le daban un aspecto aterrador; sus ojos negros como el hollín se encendieron como la brasa entre las pobladas zarzas de sus cejas. Sus hermosos labios se retorcieron como los de las furias. Estaba recta, inmóvil. De repente extendió el brazo y señaló la puerta.

—¡Lárgate de aquí!... ¡Lárgate de aquí ahora mismo!... ¡Lárgate!

László se hundió como si se hubiese roto el resorte que lo mantenía. Dio media vuelta y ni siquiera advirtió que los billetes salieron volando detrás de él.

Se puso el gabán sobre los hombros y salió corriendo a la nevada.

No fue él, sino el temporal el que cerró la puerta de golpe.

Bajó la colina corriendo, la ventisca le golpeaba en la cara, pero él no sintió los pinchazos de los millones de agujas de hielo. Corrió sin parar hacia el valle, corrió como huye el animal perseguido, siguiendo inconscientemente una vereda conocida. Corrió hasta perder el aliento. Corrió porque tenía la sensación de que ya lo estaba abandonando la dura y malvada determinación que se había impuesto a la fuerza. Corrió porque temía desplomarse y echarse a llorar. Corrió porque su actuación, de la que había esperado una recompensa moral, le pareció en ese momento una vergüenza, una infamia de desagrado e ingratitud.

Así llegó al camino, donde había una taberna sucia frente a la estación. Entró atropelladamente.

En aquel ambiente sofocante por el humo, solo un par de ferroviarios estaban bebiendo. Ni siquiera miraron al recién llegado, permanecieron indiferentes con la copa de vino en la mano. Nadie se asombró de verlo allí. Estaba mojado, sucio y manchado de lodo.

—Aguardiente... aguardiente... media botella de aguardiente... ¡Rápido!

—¿Cómo lo quiere, con anís o con miel? —preguntó el tabernero secamente.

—Es igual —contestó László—, solo que sea fuerte, muy fuerte, mucho...

Se lo sirvieron. Se lo bebió de un trago. ¡Luego otro y otro más!

El alcohol le trastornó el juicio. Se le ocurrió pensar que la señora Lázár mandaría a buscarlo. Lo haría. ¡Ay, si lo encontraban aquí! ¡No, por favor! ¡No! Sacó una

moneda de dos coronas y la tiró en la barra. Se apresuró a salir de nuevo a la nevisca.

Al principio volvió a correr como un perseguido. La calzada ya estaba cubierta de extensas manchas de nieve interrumpidas por charcos negros. László caminaba con la mirada clavada en el suelo sin ver dónde pisaba, lodo, agua, nieve. Solo caminaba sin parar. Al atisbar las primeras casas del pueblo halló otra posada. Entró también, se tragó varias copas de aguardiente sin esperar, pero no pudo quedarse. Cuanto más bebía, tanto más intenso era su miedo de que viniesen por él y se lo llevasen. ¿Adónde? ¿A casa de quién? ¿Por qué? Ya no lo sabía, solo sentía miedo de que viniesen por él. Echó a correr de nuevo, pero ya con mucha dificultad. Apenas se sujetaba sobre las piernas.

Salió del pueblo. En la noche cerrada ya no se percibía nada, la nieve formaba una colcha continua sobre todo en las cunetas. El camino apenas se definía a causa de la densa nevada.

Continuó avanzando con pasos lentos, tambaleantes.

El camino hacía una curva hacia el puente del Szamos, pero László no se dio cuenta. Puso un pie tras otro a trompicones, agachó la cabeza bajo un peso aplastante, pero continuó el camino hacia adelante. El alcohol y el cansancio ya le habían borrado todos los pensamientos. Avanzó como un animal extenuado tras una huida.

De repente se acabó la tierra bajo sus pies.

Cayó en la nada.

El fondo de la cuneta estaba lleno de nieve derretida. Las piernas se le hundieron en el agua, el cuerpo le quedó recostado contra el borde con los brazos extendidos.

Quedó inmóvil. Y los copos de nieve siguieron cayendo cada vez con más intensidad sobre su espalda.

Miklós Absolon estaba sentado en el porche abierto, entre dos columnas. Llevaba en la calva un pequeño gorro de Bujará bordado con aljófares de vidrio y una ligera camisa abierta sobre su ancho pecho.

Disfrutaba del descanso bajo el sol de mayo. No hacía nada, solo dejaba que los rayos le acariciasen con la calma contemplativa del hombre oriental.

No pensaba en nada especial. Le bastaba que hiciese buen tiempo y el sol lo calentase. El paisaje no le importaba, solo la posibilidad de ver hasta dónde se perdía la vista. Desde el porche veía la otra orilla del Küküllő, que allí todavía era un arroyo: los prados de fresco verdor, salpicados por los puntitos amarillos de los botones de oro; las hayas, carpes y alerces en los que ya brotaban las yemas, y más allá del valle, a derecha e izquierda, por donde el Küküllő se iba hacia el sur, la doble fila de las apretujadas cimas de los Cárpatos orientales.

Un paisaje antiguo, un paisaje familiar.

Lo había contemplado desde su infancia, allí se había hecho un hombre. Su naturaleza aventurera lo había llevado desde allí hasta la lejana Asia. Y allí había regresado muchas veces, hasta que un día había vuelto con la pierna destrozada y se acabó el vagabundeo.

Ya no importaba. Ya le daba igual.

Le daba lo mismo estar sentado allí o en las rocas de Kuen Lun acechando una cabra montesa, disfrazado de peregrino mendicante en los umbrales de un convento de lamas, al fondo de una tienda kirguiza en el desierto de Taklamakán o allí, en Borbáthjő, en esa aldea transilvana, en su pueblo natal, en el porche.

La vida era bonita y daba igual dónde le tocase vivirla. Y si no había nada por lo que valiese la pena moverse, se debía estar sentado tranquilamente y no preocuparse por tonterías, como la gente que se movía nerviosa en la ciudad.

Esa era la filosofía del viajero, aunque nunca se la había contado a nadie, ni a sí mismo.

Llevaba hora y media disfrutando de no hacer nada y solo movía un brazo de vez en cuando para tirar un cigarro y encender otro. Aun en esa actitud contemplativa, advirtió que un carruaje de cuatro caballos tomaba la curva por el oeste. Raras veces se veía un coche en ese camino abandonado que conectaba Szászrégen con el balneario de Szováta, un destino más frecuentado en primavera. En esa época solo pasaban por allí pequeños carros de campesinos o la birlocha de algún terrateniente vecino, pero el vehículo que se acercaba era una carroza con capota de cuero.

Con su aguda vista se percató de que eran cuatro bayos, que el caballo guía de la izquierda tenía un lucero y que en el coche viajaba una mujer sola.

«¿Qué carruaje será?», pensó, porque conocía todos los coches de los alrededores, dado que el camino corría por debajo de su jardín y él había tenido tiempo de sobra para aprendérselos de memoria.

Siguió la carroza con la mirada, naturalmente no por curiosidad, sino porque dándole igual lo que observase, si se le brindaba la ocasión, prefería entretenerse.

La carroza se acercaba, ya había pasado la curva en forma de hoz al pie de las colinas y tomaba el camino directo a su casa, que después del cerco del parque desaparecía detrás de la pendiente. Ya podía ver nítidamente al cochero —un viejo de bigotes caídos— y los adornos de su larga levita húngara. Pero la mujer se escondía tras el pescante. Solo asomaba su parasol blanco como un champiñón enorme.

Estaban llegando. Desaparecieron tras el seto de hiedra que, como una pared, cerraba el parque de Absolon al pie de la colina. Avanzaron un buen tramo y, de repente, oyó que el puente crujió. Atravesaban el puente situado al fondo de su huerta, que debía cruzarse para llegar a su casa. Ya se oía la trápala de los caballos que subían por la pendiente de duro suelo.

¡Era insólito que una mujer viniese a verlo y además sola!

En la pared del porche había una campanilla de considerable tamaño. Absolon la tocó y una mujer guapa, un tanto gorda y de mediana edad, salió de la habitación. Se acercó al hombre, que estaba observando el paisaje, le puso las manos en los hombros y le preguntó:

—¿Quiere algo?

Era Máriskó, Máriskó Póka, su ama de llaves y el permanente objeto de cotilleo de la tía Lizinka —la eterna enemiga de Absolon—, quien desde hacía años hablaba mal de ella diciendo que era una criada tosca y una «mala mujer».

Había algo de verdad en sus palabras, pero la mayor parte eran calumnias.

Era cierto que Máriskó Póka había sido empleada como moza de cocina en Borbáthjő, en la casa solariega de Absolon, cuando el descubridor de Asia había vuelto de su último viaje. Esa parte era cierta, pero lo demás no.

Entonces Máriskó, que apenas tenía dieciséis años, era una buena muchacha. No era de allí, sino del pueblo vecino. Tampoco había servido en otros lugares, sino que empezó allí. Tampoco había tenido amores. Y era mentira que hubiese sido una «mala mujer».

A Absolon, que entonces era un hombre de mediana edad, le apeteció la muchacha y decidió actuar como los tártaros, que primero solían poseer a la mujer y después de la noche de bodas le hacían un valioso regalo al padre, siguiendo así una costumbre ancestral. Absolon hizo lo mismo. La madrugada siguiente envió cuatro bueyes de tiro como pago por la hija. La familia lo aceptó, no lo consideró una vergüenza porque no les ofreció dinero. El regalo era otra cosa y cuatro bueyes valían mucho.

Desde aquel día Máriskó vivía en su casa y era improbable que engañase a Absolon. Tenía una cara amable, bondadosa, una mirada aterciopelada y una sonrisa

graciosa. Sus ojos no dejaban de acariciar con devoción a su querido señor.

—Vamos a tener visita —dijo Absolon—, una carroza acaba de coger la curva. Que baje alguien a recibirla, tú prepara algo para merendar.

—¡Bien! —contestó la mujer y desapareció en la casa.

El robusto viejo se incorporó y se levantó. Se colocó el cigarro en la comisura de los labios, se estrechó el corto bastón contra el muslo y con una ligereza inesperada en un minusválido, atravesó las habitaciones con pasos apresurados y, cuando el tiro de cuatro caballos entró en el patio, él ya estaba entre las columnas de madera del zaguán.

Era una clase de soportal abierto por los dos lados que daba al patio y al jardín y conectaba la casa principal con el edificio trasero. Estaba empedrado con ladrillo corriente y las columnas eran de un maderamen tosco. No tenía nada aparte de los dos poyos, pero las paredes donde encajaban las vigas estaban llenas de enormes cornamentas de animales salvajes de la lejana Asia. Apuntaban hacia Absolon, quien apoyado en su bastón esperaba en medio del zaguán. El servidor armado hacía guardia en el patio.

El carruaje se detuvo y bajó el visitante: Adrienne.

Desde hacía mucho tiempo había estado dando vueltas a hacer o no una visita al tío de su marido. Exactamente desde la boda de la pequeña Margit. En la suntuosa fiesta, Absolon había sido el padrino de bodas y se habían hecho amigos.

Adrienne intuyó instintivamente que el viejo Absolon la apreciaba. La trataba como a un ser humano, era deferente y atento con ella. Después de la boda, había ido a verla y habían mantenido una larga conversación.

Absolon no tenía por costumbre hacer ese tipo de visitas y nunca buscaba la compañía de mujeres. El hecho de que hubiese sido él quien le pidiese una cita y de que pasase un buen rato en su casa fue un honor inesperado y una señal de clara simpatía. Su voz tenía un timbre compasivo, como si hubiese percibido la otra cara de ese matrimonio y los tremendos sufrimientos. Por eso, después de darle mil vueltas, Adrienne se decidió a visitarlo. Necesitaba alguien que estuviese a su lado cuando iniciase el divorcio. Alguien que tuviese prestigio ante Uzdy y su suegra. Alguien que pudiese explicarles que no podían condenarla a cadena perpetua. Alguien que tuviese coraje para enfrentarse a Pál Uzdy, que defendiese el derecho a la custodia de su hija, que fuese lo bastante listo como para saber defender a Bálint si fuese necesario.

Adrienne reflexionó una y otra vez antes de emprender el camino. Esperó hasta ese momento porque había recibido una carta de su suegra informándole de que hacia finales de mayo regresaría con la niña. Y una vez que su hija estuviese en casa podría iniciar los trámites del divorcio, ya que hasta ahora solamente la había frenado el hecho de que no querer actuar en ausencia de la pequeña Klémi.

Así, con el pretexto habitual de cuidar de él, había ido a Mezővarjas, a casa de su

padre, y desde allí, al día siguiente por la mañana temprano había mandado enganchar los caballos. No tuvo que delatar sus planes a nadie porque desde la muerte de su madre ella mandaba en Mezővarjas.

Había un camino largo desde casa de su padre a Szászrégen, a unos cincuenta kilómetros, donde había almorzado, y desde allí a Borbáthjő, treinta más. Suerte que los buenos caballos bayos del Mezőség estaban acostumbrados a caminar mucho y llegaron tan frescos y ligeros como habían salido.

—¡Qué amable, querida sobrina, que haya venido a visitarme!... —saludó Absolon a la mujer y le besó la mano cortésmente.

Generalmente besaba la mano a las jóvenes, pero nunca a las señoras mayores. Adrienne recorrió la casa con la mirada.

Era un edificio extraño. Salía de la cuesta en perpendicular y por el patio allanado solo tenía una planta. Pero en el otro lado del soportal que conectaba los dos edificios, la casa solariega era más alta, pues había sido construida encima del jardín en pendiente. Las habitaciones del piso señorial ya quedaban a la altura de la primera planta y el porche parecía una terraza sobre los arriates.

Allí se sentaron los dos, en las toscas butacas de abedul. Adrienne le contó el objetivo de su visita.

Habló con toda franqueza, abiertamente. En realidad le contó todo sobre su matrimonio, marido y suegra, al fin y al cabo la hermana de Absolon. Incluso añadió que después del divorcio quería empezar una nueva vida y de modo encubierto aludió que estaba enamorada de un hombre con quien pensaba casarse. ¡Fue tan fácil contárselo!

Mucho más fácil de lo que había imaginado antes de la visita. El viejo de hombros anchos y mirada abierta que estaba sentado frente a ella irradiaba tanta bondad y comprensión que la mujer tuvo la impresión de no estar diciendo nada nuevo, sino de repetir circunstancias que ya habían tratado muchas veces. No le molestó que Absolon fuese muy parecido a su marido. Tenían la misma fisonomía de pómulos marcados, ojos achinados, boca grande con labios carnosos y tez morena. Absolon no fingía ser otra persona, era natural; en cambio, Pál Uzdy se enmascaraba adrede de Lucifer con su barba puntiaguda y sus bigotes largos, pero finos, que llevaba siempre cortados al mismo nivel por encima de los labios. Todo servía a un fin: tener un aspecto aterrador.

Pero la apariencia no contaba, sino la mirada, y la de Uzdy era maliciosa. En cambio, la de su tío, al menos en ese momento, reflejaba buena voluntad y ganas de ayudar, aunque supiera actuar con malicia si quería. Adrienne habló largo y tendido y, cuando calló, el viejo descubridor bajó la pierna hecha una espiral que descansaba en otra silla. Dio un taconazo en el suelo según era su costumbre antes de comunicar una decisión.

Enarcó una ceja.

Pronunció las palabras con mucha medida, como si detrás de cada una se

escondiesen varias ideas:

—Yo me encargaré de ello, pese a que no será cosa fácil. Es mucha responsabilidad, sobre todo respecto a usted, pero no me importa. Mi hermana Clémence no me preocupa en absoluto, ya me las apañaré con ella cuando toque. Pero mi sobrino Pál es más difícil...

Adrienne le clavó una mirada de agobio, sus ojos reflejaron una pregunta.

—Me refiero a que como mi cuñado fallecido estaba loco, debemos contar con que su hijo... Por supuesto, su decisión está absolutamente justificada, querida. Sí, absolutamente... Yo me encargaré de todo... También de lo que usted no me ha hablado... que podría pasar inesperadamente o no, siempre cabe la posibilidad... Y de defenderla a usted o a quien... a quien sea... a quien lo necesite...

Obviamente se refería al amor que no conocía, pero que intuía que era uno de los motivos de la decisión de Adrienne. Gracias a su perspicacia, tenía claro que había en la historia un hombre que era la causa del divorcio.

Después, para quitarle peso a sus palabras, añadió rápidamente:

—¡Pero si es la hora de merendar! ¡No entiendo cómo tardan tanto...!

Se levantó, aunque tenía la campanilla a mano y podía tocarla si necesitaba algo. Pero no la cogió, se puso en pie y entró en la casa cojeando.

Adrienne se quedó sola. Se apoyó en la barandilla y miró el jardín. ¡Qué simpático era ese viejo con cara de tártaro! ¡Qué buena persona, qué servicial! ¡Y qué discretas sus palabras haciendo una ligera alusión a lo que no se podía pronunciar! A su amor.

¿Qué sabría de sus amores? ¿Habría oído hablar de Bálint? No era probable, porque, gracias a su empeño, se cotilleaba de ella en relación con otros hombres. Las viejas maliciosas y piadosas a menudo hacían comentarios sobre Ambrus Kendy o Pityu, como anteriormente lo habían hecho sobre Ádám Alvinczy, pero nunca nadie había mencionado a Bálint en ese contexto.

¡No! El viejo no podía saber nada, solo la larga experiencia y sus conocimientos habían hablado.

Adrienne estaba pensando en la conversación mientras contemplaba el jardín primaveral.

La pendiente estaba dividida en bancales conectados por cinco o seis gradas de piedra. En cada uno había varias filas de tulipanes y narcisos en plena floración, muy cuidadas, y por los dos lados, rosales llenos de capullos todavía cerrados. El jardín estaba cercado por setos de lilas: a la derecha, a lo largo de la valla; a la izquierda, cerrando el paso al bosque, y abajo, al camino. Esa parte de arriates parecía un jardín francés del siglo XVIII. Seguramente, los bancales habían sido construidos al mismo tiempo que la casa, con su enorme tejado a dos aguas y sus techos decorados con estucos manieristas, tejado que desentonaba por completo con la burda construcción del zaguán y el edificio trasero.

Aquel jardín apacible, sonriente y reservado reflejaba el alma de ese viejo sereno,

aunque no debía de ocuparse él mismo de cuidarlo. Sin embargo, era evidente que alguien se dedicaba al jardín en cuerpo y alma porque se notaba un gusto particular...

Los jardines delatan a sus propietarios. Adrienne recordó el suyo en Almáskó, en el que Uzdy no toleraba la presencia de una sola flor, ni siquiera en el césped, que desbrozaban y cortaban continuamente por si acaso a un botón de oro se le ocurría levantar su amarilla cabecita.

—¡Señora condesa, por favor! —oyó de repente a su espalda.

Era Máriskó invitándola con una sonrisa bondadosa. La mesa ya estaba puesta: había un enorme pan dulce, bizcochos de almendra, una marmita de buñuelos, pan frito y fiambres de toda clase. Aparte del té, sirvieron café con leche de búfala porque el anfitrión solo tomaba té chino y quizá la desconocida dama prefiriese otra cosa. Máriskó llamó a la visitante:

—¡Señora, pase a merendar, por favor!

Adrienne se sentó a la mesa, pero no empezó a comer:

—Prefiero esperar a mi tío...

—¡No hace falta, señora! —dijo el ama de llaves con voz confidencial—. Al señor no le gusta que lo esperen. Ahora está hablando por teléfono y puede que tarde un poquito. Se va a enfadar si piensa que no he insistido lo suficiente. —Añadió la última frase con una sonrisa indulgente, maternal. Ponía siempre tanto énfasis en la palabra «señor» que daba la sensación de que la pronunciaba en mayúsculas.

Al enterarse de que Absolon solía tomar té, Adrienne eligió café con leche de búfala. No quería que sobrara el café que habían preparado pensando únicamente en ella. Máriskó Póka se mantuvo a distancia, apoyada en el marco de la puerta. En su figura de amplias y fuertes curvas lucía un traje de zaraza gris, corpiño y faldas, como las campesinas acomodadas.

Adrienne encontró muy simpática a esa sencilla y amable mujer.

Además, quería ser amistosa con ella, pues sabía que desde hacía tiempo formaba pareja con Absolon. Empezó a charlar con ella, elogió los pasteles y las hermosas flores del porche. Máriskó le contestó con pocas palabras, siempre sonriente, pero no dijo más de lo que era debido.

—¿Quién cuida del jardín? —preguntó Adrienne—. Raras veces he visto arriates tan bien cultivados.

—Pues yo misma, señora.

Y como si el reconocimiento la hiciese más locuaz añadió unas frases más. Dijo que lo había aprendido del viejo jardinero, que tenía casi ochenta años y que se había retirado cuando ella llegó a esa casa. Que era un trabajo agradable, que aunque no lo dijese nunca, al señor le gustaban mucho las flores y que ella lo sabía. Que cuando ella había llegado, el jardín estaba muy abandonado y no podía tolerar el descuido... De repente se calló como si se asustase de haber perdido el papel de mujer silenciosa que, según su parecer, era lo correcto.

—¡Siéntese, por favor! —le dijo Adrienne—. Así resulta... tan... extraño...

—¡Oh, no puede ser! No lo hago nunca, señora. ¡Nunca!

Era cierto. Máriskó nunca se sentaba a comer, aunque estuviese sola con Miklós Absolon.

A la hora de merendar solía servir el té y se marchaba enseguida. Durante el almuerzo y la cena se quedaba de pie al lado del aparador, como un mayordomo, vigilando el trabajo de los dos criados, y servía al señor. Nunca comía con él, sino en la cocina. Solo volvía después de acabar con el fregado y de haberse asegurado de que la cocinera lo dejaba todo en orden, y solo en el caso de que no hubiese visitas. Entonces se llevaba consigo alguna labor de punto y se sentaba en el salón para zurcir, bordar o tejer, lo que hiciese falta.

Las mujeres del campo vivían así con sus maridos y así lo había visto ella en casa de sus padres.

Si Absolon tenía ganas de charlar, le contestaba gustosamente o escuchaba con alegría por enésima vez las anécdotas de su vida, pero ella nunca comenzaba una conversación. Manejaba la casa con sabiduría, desde los quehaceres domésticos hasta las bestias de la granja a través del mayoral, cosa que el viejo descubridor de Asia no entendía ni le importaba un comino. Las tierras solo eran unos cientos de hectáreas, la mayoría de su fortuna la constituían bosques que eran talados por turnos y no necesitaban casi cuidado.

Absolon volvió y Máriskó desapareció en la cocina.

El sol ya se estaba poniendo tras las cimas, el paisaje se bañaba en el fulgor dorado y borregos rosados flotaban en el cielo verde claro. Incluso los ensombrecidos picos brillaban bajo la luz amarilla como si por los valles se filtrasen las llamas interiores de las montañas. El encalado blanco del porche cobró un matiz anaranjado.

Súbitamente se levantó una fresca brisa. A los pies de los neveros de Görgény las noches eran muy frescas.

—¡No debe quedarse fuera a estas horas! —dijo Absolon—. Es mejor entrar.

Lo dijo para cuidar de la mujer, porque él, con su salud de hierro, podía aguantar hasta la medianoche.

Dentro las lucernas de acetileno ya estaban encendidas y un enorme esplendor llenaba las habitaciones. El viejo Absolon era parecido a los sultanes nómadas que en los desiertos eran capaces de vivir en suprema austeridad, pero una vez trasladados a Samarcanda, Pekín o Ispahán, querían y sabían disfrutar de todos los logros de su época.

Así lo reflejaba su casa: las paredes encaladas y el suelo fregado y tan antiguo que los nudos resaltaban de tanto pulido, pero cubiertos de extrañas alfombras orientales, algunas bordadas con hilos de oro y seda. Los divanes tapizados de Bujará, los cojines bordados con menudos motivos chinos. Cada uno era una obra maestra, pero él nunca se sentaba en un diván tan hermoso. Como mucho, en las calurosas tardes de

verano, se echaba allí la siesta.

Su sitio habitual era una butaca de madera curvada, corriente y fea que no iba en absoluto con el exquisito mobiliario, pero para él lo importante era la comodidad, no la opinión de los demás.

En las paredes del salón bajo, el de los techos de estuco, solo había unas pocas cornamentas, las mejores. El resto estaba en el zaguán. Las que guardaba en el salón eran extraordinarias. Algunas de ellas eran de récord, pero Absolon nunca las había hecho registrar porque tampoco le importaba que publicasen su nombre.

Aunque había tres cornamentas enormes de cabra montesa de Kuen Lun, otra de una oveja de crines de la meseta del Pamir, el cuerno de dos yaks y la cabeza un tanto apolillada de un camello disecado, no dominaban las amplias paredes de la habitación. Dos objetos colgados de la pared sí llamaban poderosamente la atención y no eran presas de caza.

Una fotografía pequeña y deslucida en un marco.

—Es Przewalski, un famoso expedicionario de Asia —explicó Absolon—, y el que está a su lado vestido de tártaro soy yo. Un oficial ruso nos hizo la fotografía en 1885 en Kotán. Le tengo mucho cariño a este recuerdo.

El otro era más sorprendente aún. Un espadón de exquisita orfebrería que brillaba encima del sofá central.

Al entrar, Adrienne preguntó por él.

—¡Es realmente una pieza interesante! —se rio Absolon—. En Oriente no hay muchas. ¡Espere, voy a descolgarla!

La cogió y la puso en las manos de Addy.

Era una espada de gala, de casi metro y medio. La empuñadura y la vaina eran de oro esmaltado incrustado de piedras preciosas. Las partes no metálicas estaban cubiertas de un suave terciopelo de color cereza tan vivo que hubiese parecido casi nuevo de no ser por algunas manchas deslucidas.

—¡Oh, es precioso! —volvió a decir Adrienne.

El viejo *tártaro* se rio y contestó.

—¡La empuñadura no es nada! ¡Mire la hoja! ¡Es única!

Desenvainó la espada y se la acercó al brazo para no tocarla con la mano. Era cierto, la hoja superaba con creces la suntuosa funda. Por el contrafilo corría la calada caña. En ambos extremos de la hoja tenía una inscripción con letras doradas y, entre las letras, brillaban dos rubíes como dos gotas de sangre.

Durante un buen rato se deleitaron con la pieza.

El anfitrión volvió a envainar la espada y la colocó en la pared.

—Según la leyenda —comenzó narración—, esta era la espada de Tamerlán. Es bastante probable, aunque la inscripción no dice nada. Aun así, me lo dijo quien me la regaló, cuyo bisabuelo la había traído de la misma tumba de Tamerlán de modo, seguramente, no muy legal. ¿Que cómo llegó a mis manos? No, no fue una compra. ¡Cómo iba a tener yo dinero para semejante pieza! Además, los kirguizos no venden

las armas realmente valiosas. Comercian con camellos, caballos y mujeres, sí, pero las armas son otra cosa. El arma es el tesoro de la familia. Esta me la regaló el bey Alp Arslan, un viejo amigo mío. Es una historia muy novelesca. Su tribu vivía en la vertiente septentrional del Pamir. Entraron en guerra con una tribu vecina: él fue herido y sus tres hijos varones murieron en la batalla. Solo sobrevivió uno, un mocoso de tres años. Alp Arslan, con el niño y su madre, se refugió en las montañas, donde fueron atacados por salteadores cachemires. Él resultó de nuevo herido y su único hijo con su joven madre fueron raptados con todos sus enseres. Yo había bajado ese mismo día de las montañas, donde había estado de caza y había matado aquella enorme cabra, y encontré su campamento destruido. Dado que los salteadores se marcharon hacia el sur y solo había un camino entre las rocas que los ladrones pudiesen seguir para atravesar el puerto de nieves perpetuas que conducía a Cachemira, no me resultó nada difícil alcanzarlos y cercarlos con mis tres servidores tártaros. Los salteadores arreaban el rebaño robado, lo que ralentizaba mucho su avance. Fue fácil darles muerte con mi escopeta inglesa de gran precisión. Acertar a una oveja salvaje requiere mucho más tino. Así que pude devolverle a la mujer y al pequeño junto con todos sus bienes. Entre ellos estaba esta espada. Alp Arslan se alegró enormemente al ver a su hijo, pero no quiso aceptar ni la espada ni las ovejas. Dijo que me merecía el botín, así fue como el arma llegó hasta mí —Absolon estalló en carcajadas—. ¡Es un bien obtenido con sangre y sudor, aunque con la sangre de otros! Así es como los emperadores conquistan países.

Hasta la hora de cenar el viejo entretuvo a Adrienne con historias similares y después de cenar continuó con sus anécdotas hasta muy entrada la noche.

Antes de acostarse, Adrienne le dijo que al día siguiente tenía que emprender el camino de vuelta a primera hora.

—No voy a retenerla —contestó su anfitrión—, sé que tiene que marcharse. Ya me parece mucho que me haya honrado con su visita y confianza. Pero, si se va por la mañana, ¿le importaría llevarme hasta Szászrégen? Tengo cosas que hacer y hasta la ciudad podría disfrutar de su compañía.

—Naturalmente, será un placer... —respondió Adrienne.

Absolon la acompañó hasta su cuarto, donde ya la esperaba Máriskó. Le dio las instrucciones para apagar la lámpara de acetileno, repasó si había vela, cerillas y agua al lado de la cama y desde la puerta se despidió:

—Buenas noches —y se fue.

Adrienne, acostada entre níveas almohadas con olor a lavanda, reflexionó sobre los acontecimientos del día. Recordó con alegría la promesa del tío de su marido y le llamaron la atención sus últimas palabras respecto a lo que le había dicho al despedirse sobre Szászrégen: «¿Le importaría llevarme hasta Szászrégen? Tengo cosas que hacer...».

Tal vez el comentario no tenía importancia, Absolon podía tener mil cosas que hacer en la ciudad, pero ¿por qué ella recordaba esas palabras?

Quizá porque al hacer el comentario, Absolon había levantado una ceja de la misma manera que cuando buscaba prudentes palabras para hablar de su divorcio, de la responsabilidad y... ¡sí!... de Pál Uzdy.

Tal vez por eso le habían llamado la atención.

La pregunta pasó por su mente como un rayo y a los pocos minutos la venció el sueño.

Ya habían hecho gran parte del camino hasta Szászrégen. Los buenos caballos bayos trotaron alegremente aquella mañana esplendorosa. Absolon estaba muy callado. Parecía estar barajando posibilidades, preparándose para actuar.

Recordó lo que había visto en la boda de la pequeña Margit. Reflejaba una sabia impasibilidad, pero era un observador agudo. Tenía la atención involuntaria y constante del cazador. En la selva, sobre todo en aquellas tierras aterradoras donde había pasado más de un tercio de su vida adulta, había que percibir el ruido más débil, el movimiento más ligero, la señal más insignificante, porque de ello dependía el éxito y, a veces, incluso la vida del cazador.

Naturalmente, Pál Uzdy también había asistido a la boda.

Su tío, que no lo había visto desde hacía tiempo, se había percatado de varias cosas. Uzdy prolongaba extrañamente sus estudiadas posturas. Evocó su figura inmóvil entre los invitados, con el índice derecho extendido hacia sí mismo como si quisiese escrutarse la uña. Fue muy extraño, mucho. Tenía andares afectados y lentos, como si tuviese que avanzar con cuidado para no echar a correr involuntariamente. Su mirada brillaba con desdén arrogante cuando hablaba. Tal vez ya se comportaba así desde hacía mucho tiempo, pero últimamente se había exagerado. Absolon se acordó de cuando a su cuñado, el padre de Pál Uzdy, se le empezaron a notar los síntomas de locura. Tenía los mismos tics.

El día anterior, cuando había oído que Adrienne quería divorciarse y él le había contestado que estaba absolutamente justificada, había pensado en esos gestos artificiales de Uzdy. Por eso había hecho una llamada a Szászrégen. Había llamado al médico general del hospital para avisarle de que al día siguiente iría a hacerle una visita. Ahora pensaba en cómo decirle a su compañera de viaje que antes de actuar debían consultar a un especialista. Y es más, tenía la intención de presentárselo. Wolf Hermann Kisch era un médico excelente. Antes de aceptar la dirección del hospital municipal, se había especializado en enfermedades mentales. Había trabajado en Berlín con el famoso Kraepelin y un año en la clínica de Charcot. Solo él podía darles una diagnosis que les permitiese actuar con más seguridad. Incluso, tal vez, pudiese ayudarlos...

Absolon, con gestos meticulosos se encendió otro cigarro y comenzó a plantear la

cuestión:

—Mi querida Adrienne, he pensado que aparte de las cosas que tengo que hacer iré a ver a un buen amigo mío, el doctor Kisch. Sería más inteligente consultar con él cómo dar el primer paso.

—¡Preguntar a un médico de Szászrégen! —dijo Adrienne sorprendida.

—¡Oh, no crea que es un médico rural normal y corriente! Es un especialista excelente, hay pocos como él no solo aquí, sino en toda Europa —explicó Absolon atropelladamente para poder plantearle todos sus argumentos antes de que Adrienne rechazase el plan. Le contó toda la historia del doctor Kisch.

Había nacido en Dextrád, en Transilvania, un pueblo cercano de habla sajona. Había destacado en la escuela y al terminar el bachillerato, la Universidad Alemana le ofreció pagarle una beca en el extranjero que cubriría todos los gastos de los estudios de Medicina si se comprometía a volver cuando fuera requerido y aceptar el puesto que le asignasen. Kisch aceptó la oferta. En el extranjero, ya como médico consolidado, destacó por sus importantes estudios sobre Psiquiatría. Tuvo tanto éxito que la Universidad de Jéna le ofreció ser profesor, pero no pudo aceptar el cargo porque hacía cinco años habían requerido su regreso en cuanto estuvieran acabadas las obras de construcción del pequeño pero moderno hospital de Szászrégen, un hospital que contaría con treinta camas y cuya dirección él asumiría. Tuvo que renunciar a la fama, a la investigación científica, a todo, pero cumplió con su palabra y volvió a casa.

—Pensaba consultarle a él el estado de mi sobrino. Es evidente que Pál Uzdy, aunque no está loco, ni mucho menos, no está bien del todo. Por eso estaría bien que un especialista lo examinase, naturalmente sin llamar la atención, y le recomendara algo, tal vez una terapia con sedantes. Nos serviría para que el asunto empezase a rodar... en todos los sentidos... Sí, en todos.

Absolon puso un énfasis especial en las últimas palabras, de la misma manera que el día anterior, cuando había dicho: «Yo me encargaré de todo... Y de defenderla a usted o a quien... a quien sea... a quien lo necesite...».

—Pero en Kolozsvár también habrá excelentes especialistas...

—Es cierto, pero probablemente mi sobrino los conozca, al menos de vista. Del doctor Kisch no habrá oído ni hablar y podrá presentarse a él como un ilustre personaje que está haciendo una excursión a pie. Además, el doctor en su tiempo libre colecciona mariposas y Almáskő es un buen destino.

La mujer no contestó. Le chocaba lo que intuía tras de las palabras del viejo: que su marido fuera un caso clínico de enfermedad mental. Ella, desde hacía años, pensaba que Uzdy no era normal, pero nunca había pensado que pudiese estar loco de verdad. Aquella fue la primera vez que se le ocurrió pensarlo y el miedo corrió por sus venas. ¡En ese caso estaba encadenada a él para siempre!

Absolon, como si leyese los pensamientos de la mujer, le dijo tranquilizadamente:

—Solo lo digo por prudencia. Solo se lo recomiendo para acabar cuanto antes con el asunto que me ha encargado.

—Bien —respondió Adrienne—. Seguiré todos sus consejos...

Al acercarse a la ciudad, alcanzaron el carruaje de Absolon que había salido de Borbáthjő de madrugada. Iba tirado por cuatro caballos bajos y fornidos, bien nutridos y cepillados. Tenían la crin gruesa, la cola larga y rizada. Era un carro bajo con adrales. En el pescante iban el cochero y el mozo vestidos de sayal porque Absolon hacía vestirse igual a los criados internos y externos, con ropa de campo, no de librea. Le importaba un bledo la apariencia.

Cuando los alcanzaron, Absolon les gritó:

—¡Id al Cordero Blanco y dejad el carro allí! —y el carruaje entró en el puente del Maros.

Subieron a la ciudad, la atravesaron a trompicones por la maltrecha calzada —en toda Transilvania no había otra peor que esa— y al final salieron por el otro extremo. Allí, encima de una alta colina, se alzaba el hospital.

Era un edificio bonito en cuya fachada lucía con mayúsculas negras *Städtisches Krankenhaus*, Hospital Municipal. En el interior todos los letreros estaban también exclusivamente en alemán. El portero, que había sido avisado de la llegada de visitantes, los hizo pasar al *Warteraum*, la sala de espera. Desde allí se abría una puerta tapizada, blanca como todo el entorno, con una placa que decía *Ordinations-Zimmer des Oberarztes*, despacho del director médico.

Los recibió un médico que acompañó a Absolon al despacho de su jefe. Adrienne se quedó sola.

La asaltó una angustia irracional, si bien no por lo insólito de la sala hospitalaria. Durante la larga enfermedad de su madre y cuando su hermana Judith había sufrido ataques neuróticos, Adrienne había pasado muchas horas en sanatorios parecidos. En aquel entonces, el entorno uniforme, frío y estéril no había producido en ella efecto alguno. Ni siquiera le había prestado atención. Le parecía normal que un hospital tuviese el aspecto de un aparato o máquina construida para cumplir sus fines.

Sin embargo, ahora tenía la sensación de que las blancas paredes la amenazaban. Se dio cuenta de que su divorcio había tomado un nuevo giro, aterrador, porque desde ese momento la separación de su marido ya no era un asunto sentimental o jurídico —no era cuestión de defender a Bá—, sino materia de consulta médica.

No pudo esperar con calma. Se acercó a la ventana, pero no vio el bello panorama de los tejados de la pequeña ciudad; ni la imagen del valle del Maros, que se extendía delante y se confundía, en la infinidad neblinosa, con el cielo azul; ni el resplandor del sol primaveral, las jóvenes hojas, los capullos de la flor del castaño. No vio absolutamente nada. Tenía la sensación de que la rodeaba una oscuridad completa, como si se hubiese quedado ciega. Toda su atención se concentró en una sola

cuestión: ¿De qué estarían hablando Absolon y el médico tanto tiempo?

Pero la espera no duró mucho. La puerta tapizada de hule se abrió y una agradable voz la llamó:

—*Darf ich Sie bitten, Gnädige Frau...* Pase, por favor, estimada señora...

Era Wolf Hermann Kisch. Absolon los dejó solos.

El doctor Kisch era un hombre extremadamente alto y huesudo, medía casi tanto como Uzdy. Estaba completamente calvo, pese a que todavía no había cumplido los cuarenta. Tras las enormes gafas, sus ojos azul claro miraron a su interlocutora. Sobre su larga barbilla mostraba una boca peculiar de labios delgados, fuertemente apretados, como si cerrase los dientes con violencia, y con dos surcos profundos por comisura. No obstante, había algo atractivo en su entonación, modales y sonrisa que inmediatamente borraron la expresión amarga y desilusionada de su rostro.

La angustia de Adrienne se disipó de inmediato, y casi se sintió como en casa cuando se sentó frente al doctor Kisch. Y lo que le dijo el médico fue todavía más tranquilizador.

Él apenas veía la necesidad de ir a Almáskő; sin embargo, lo haría gustosamente porque se lo pedía Absolon, que era un buen amigo a quien visitaba a menudo en su casa del pueblo. La idea de la visita era interesante porque podría servir para prevenir una crisis psíquica más grave. Sin mencionar el divorcio, se refirió así al asunto. En caso de personas afectadas, como Uzdy, era más prudente tener precaución.

Fue maravillosamente tranquilizador, no tanto por sus palabras como por su voz acariciadora.

Habló en líneas generales sobre la frecuencia de las extravagancias. Había mucha más gente rara de lo que se pensaba. Comentó con soltura sus experiencias, casos mucho más graves, emociones secretas que eran fácilmente resolubles. Adrienne no notó que le estaba preguntando sobre síntomas, detalles de su matrimonio, cosas que nunca le había contado a nadie, ni siquiera a Bálint.

La técnica interrogatoria del doctor Kisch era perfecta; lo entendía todo con pocas palabras, y pasaba de un tema a otro con tanta discreción como si fuese una conversación de salón. La mujer no sintió ningún escrúpulo ante sus preguntas. Charlaron largo y tendido.

Al final, el espigado doctor, que con la bata blanca parecía incluso más alto, se puso en pie. Acompañó a Adrienne al *Warteraum*, donde Absolon estaba fumándose un cigarro con impasibilidad serena.

Allí marcaron los pasos que había que dar.

El doctor Kisch solo podría ir a Almáskő durante la segunda quincena de junio porque no podía coger vacaciones antes. No iría en coche; llegaría caminando por las montañas como si se encontrase en la finca por casualidad. Era un gran caminante que había recorrido ya a pie las montañas de la región. «*Es wird mir eine Erholung sein...* Será un descanso para mí...». Lo dijo como si le hiciesen un favor al posibilitarle la visita. «*Psychopathische Probleme haben mich immer sehr*

*interessiert...* Los problemas psicopatológicos siempre me han interesado...». Fue la única alusión a su pasado, a la carrera que había tenido que sacrificar para volver a casa. Por un momento apretó los labios, pero enseguida continuó hablando con su voz amable:

—*Ich komme sobald ich kann... Ich gebe Ihnen Bescheid...* Iré tan pronto como pueda y la avisaré.

Los acompañó al carruaje. Les dijo un par de palabras alentadoras, y luego con pasos tranquilos volvió al pequeño hospital, que era su único espacio de trabajo en perjuicio de aquella cátedra de fama mundial.

El *Mannstreue* germánico —la fidelidad— no era solamente propio de los caballeros medievales, sino que resultaba igual de heroico y sacrificado en la monotonía gris y silenciosa de la vida burguesa.

Los cuatro bayos trotaban alegremente; el caballo guía de la izquierda sacudía a veces la cabeza como si animase a sus compañeros; el de la derecha levantó un par de veces la frente mientras subía las pendientes, tal vez para respirar más aire a través de los orificios abiertos.

Los caballos de vara tiraban del collar con gran sentido de la obligación.

Avanzaban a ritmo uniforme arriba y abajo por las montañas. No sudaban, la piel les brillaba como el satén, era tan lisa que los rayos del sol se derramaban sobre ella.

Adrienne pudo disfrutar del paisaje primaveral.

Ya avanzaban entre las colinas familiares del Mezőség, su tierra natal. Desde las cimas se presentaban a la vista vastos panoramas: al sur y al oeste, cordilleras múltiples, una tras otra, picos afilados, conos abruptamente torcidos con los perfiles dorados por el sol y valles violáceos en sombra. Cuando el camino giró hacia el norte, vio los neveros de Kelemen y del Negroj, que resplandecía en su majestuoso manto de nieve y hielo. Respiró el aire fresco, cristalino, como si bebiese champán. En la bóveda celeste, borregos despistados buscaban compañía. Al fondo del valle se escondía un lago menudo, desde arriba se veía la superficie del agua entre las oscuras paredes del cañaveral. Los patos silvestres nadaban en parejas, y pequeñas fochas se chapuzaban. Desde el cañaveral se oía el coro amoroso de las ranas.

En una curva tuvieron que parar porque venían anchos carros de carga. En los matorrales aledaños cantaba el ruiseñor.

Todas las preocupaciones, todas las angustias, se disiparon del alma de Adrienne. Aquellas palabras alentadoras, lo que el médico alemán le había dicho en la despedida, sonaron como campanillas:

—*Seien Sie guten Mutes, Gnädige Frau... seien Sie guten Mutes...* Puede estar tranquila, querida señora... puede estar tranquila...

Tal vez fuesen palabras banales, pero a ella no se lo parecieron. Fue una promesa, una garantía, una esperanza...

La primera estación del camino que la llevaba a la libertad.

## SEXTA PARTE

Era la una y media del mediodía. Desde una calle lateral cientos de repartidores de prensa entraron en tropel en la avenida Rákóczi de Budapest. Todos llevaban grandes pilas de periódicos en la mano o bajo el brazo, en bolsas de lona o en cestas. Era una multitud variopinta. Entre ellos había un hombre cojo, una mujer mayor y bajita, incluso un ciego con lazarillo, pero la gran mayoría eran chicos jóvenes, chavales rápidos que entraban en la ciudad dando carreras porque el que primero pregonaba su periódico por la avenida Károly y por la avenida del Museo o en el centro de la ciudad, era quien más negocio hacía. Se deslizaban entre los automóviles con una osadía descabellada, atravesaban zigzagueando los raíles de los veloces tranvías, pasaban por las aceras entre los peatones, por la calzada, bajo el hocico de los caballos de carga, por delante de las ruedas de las bicicletas y los guardabarros de los coches, cuyos conductores no dejaban de tocar la bocina. Y mientras recorrían la ciudad desafiando mil peligros, no dejaban de pregonar las noticias. Gritaban el editorial o la noticia más sensacionalista para despertar el interés de los compradores:

—¡László Lukács, *homo regius*! ¡László Lukács, hombre del rey!

Quizá nunca antes los pequeños vendedores habían tenido un día tan bueno como aquel. La gente se apiñaba a su alrededor y les quitaban de la mano los periódicos como si fuesen caramelos. La situación política iba estupendamente desde abril, cuando el gobierno de Wekerle había dimitido. Desde abril había habido varias audiencias reales por diferentes motivos: la cuestión del banco independiente, las intrigas austriacas, la suspensión de las sesiones parlamentarias, las tajantes decisiones del Partido de la Independencia. ¡Excelente materia para las noticias! Además, los excitantes giros de la revolución turca: el levantamiento militar en Estambul —¡un ministro asesinado y dos, heridos!—, la entrada de las tropas asiáticas y las luchas callejeras, la movilización del cuerpo del ejército en Tesalónica, morbosos detalles sobre la masacre de armenios en el barrio de Pera —niños espetados, mujeres violadas—. Cada día había nuevas y sensacionales noticias. Un día, el ejército tesalonicense cercó la capital y al día siguiente entró y asedió el palacio de Yildiz. ¡Han detenido al sultán Abdul Hamid y lo han asesinado! ¡No, no ha muerto! ¡Ha escapado! ¡No, no ha escapado! Lo capturaron y encarcelaron. Ahora había un sultán nuevo, Mehmed V, que había sido liberado de prisión y subido al trono. Además, había un dictador, el comandante general del ejército tesalonicense, el bey Mahmud Evket.

En mayo hubo otra batería de impactantes noticias: la visita de un verdadero príncipe japonés en Budapest. ¡Interesante! El caso del presidente del gobierno austriaco, Bienert, que había atacado en el Parlamento vienés a Burian, el ministro de Hacienda, cargo común para Austria y Hungría. Eran noticias jugosas,

sorprendentes, que ensombrecieron el Congreso Paneslavista que se había celebrado en San Petersburgo con la participación de delegados checos, croatas, eslovacos y serbios, y en el que el zar los había saludado afectuosamente en nombre del gran hermano ruso.

También junio pintó bien. Había habido nuevas audiencias en Viena respecto a la crisis de gobierno. Después de la audiencia real, Francisco Fernando, por primera vez en su vida, había recibido a Wekerle y Andrassy. Del encuentro se había escrito solo con eufemismos, de manera que solo entre líneas se había podido leer que el heredero de la Corona los había tratado con arrogante altanería. La reacción de los políticos húngaros había sido exigir cada vez con más vehemencia un banco independiente en manifestaciones populares, celebradas tanto en el patio del ayuntamiento de Budapest como en las poblaciones rurales grandes. En el comité administrativo del Partido de la Independencia, Kossuth y Justh se habían enfrascado en una disputa tan acalorada que necesitaron tres días de arduas negociaciones para llegar a una aparente paz.

¡Eran noticias estupendas, excitantes!

Y ahora volvía a estallar la bomba. László Lukács, el antiguo ministro de Hacienda del gobierno de Tisza, había llegado a Budapest en representación del rey para iniciar negociaciones secretas con Gyula Justh, a espaldas de Wekerle y Kossuth. Solo más tarde, cuando todo el mundo se hubo enterado del objetivo de su visita, fue a ver a Kossuth, pero a nadie más de la coalición.

Fue la más sensacional de las noticias.

Delante del Casino Nacional muchos compraron la prensa. Bálint también la compró allí y en la escalera repasó las noticias. Allí mismo tiró el periódico y subió a la primera planta con cierto desinterés.

Arriba, estaban reunidos varios políticos enfurecidos. La mayoría era del Partido de la Constitución y del Partido Popular, también estaban los fieles de Apponyi: para todos los reunidos el mayor enemigo dentro de la coalición se presentaba en la persona de Justh. Formaron grupos alrededor de los líderes que explicaron los acontecimientos a su público con cierto nerviosismo. Ese fue el espectáculo que recibió a Abády, quien inmediatamente se salió a la terraza acristalada del comedor. Alrededor de las mesas solo se hablaba de este acontecimiento.

El más enfadado de todos era el apacible *papá* Lubiánszky, que estaba esperando que le otorgasen el título de conde cuando el gobierno dimitió. Sus ilusiones se fueron a pique. ¡Lástima, con lo bien que les hubiese venido a sus hijas convertirse en condesas! Las habría podido casar mejor, les habría venido de perlas para encontrar un buen partido. Y de todos modos era mejor que a uno lo llamasen «Excelencia» no por cortesía, sino por derecho.

Frédi Wülffenstein voceaba mucho más. Estaba explicando una norma de derecho constitucional, amén de otras que, según su parecer, eran siempre válidas para el perfecto *gentleman*.

—¡Un caballero de verdad no habría actuado nunca como ese Lukács! —gritó—.

Eludir a los líderes de la coalición y acudir a ese levantisco y demagogo de Justh a espaldas del gobierno. Está claro que en Viena pretenden de nuevo sabotear el sufragio universal contra nuestras exigencias militares, como en los tiempos de Kristóffy. Justh no dudará en tirar por la borda las demandas nacionalistas, la borla con los colores nacionales en el sable y la voz de mando en húngaro. ¡Hace que me hierva la sangre! ¡Mi sangre húngara! —bramó Wülffenstein y se secó de la frente las gotas de sudor de tanto ardor patriótico.

Antal Szent-Györgyi, que estaba en la misma mesa tomando un *déjeuner à la fourchette* con fría calma, le dijo a Frédi con acidez:

—Me imagino que esas exigencias militares, por supuesto, formaron parte del programa original del Partido de la Constitución.

Wülffenstein no cayó en la cuenta de que Szent-Györgyi le estaba tomando el pelo.

—¡Oh, no! ¡Claro que no! Durante las elecciones solo las apoyamos para hacerle un favor al Partido de la Independencia —respondió con suma cortesía, abrigando la esperanza de que el señor de Jablánka volviese a invitarlo a su perfecta cacería, y volvió a la carga—: No sería propio de *gentlemen* que ahora no las apoyásemos con todas las fuerzas. Los independentistas, Kossuth y Justh aún menos, ya ni siquiera hablan de estas exigencias, solo del banco independiente, pero nosotros vamos a resistir. Un señor siempre debe cumplir su palabra.

Ciertamente, el giro del Partido de la Constitución había provocado la crisis del gobierno. La mayoría de los independentistas de 1848 dejaron de interesarse por las concesiones militares, mientras que Wekerle y Andrásy —que apoyaban la idea del Compromiso de 1867— insistieron en obtenerlas a toda costa. Seguramente decidieron luchar por el asunto militar porque el banco y el territorio aduanero independientes les daban miedo y pensaban que independizar la Hacienda pública húngara de la Monarquía tendría efectos siniestros. Así que optaron por promover alguna clase de concesión nacionalista en el campo militar. El giro tenía su lógica interna, pero daba la extraña impresión de que los conservadores y los independentistas habían cambiado sus roles. La controvertida situación se mantuvo durante los largos meses de la crisis: los partidos fieles al Compromiso de 1867 obstaculizaron el trabajo insistiendo en la reforma del ejército nacional, mientras que los independentistas lucharon por el banco nacional. El rifirrafe interno no cambió el panorama puesto que el rey nunca aceptó las propuestas ni de unos ni de otros. El único resultado fue una prolongada crisis que anticipó la caída definitiva del sistema de coalición, paralizó durante mucho tiempo el trabajo del Parlamento y socavó el ya maltrecho prestigio de Hungría y la Monarquía.

Los que llegaron más tarde traían nuevas noticias, detalles sobre la solución de Lukács.

Farkas Alvinczy, que era un personaje de casino bastante gris, atrajo durante un cuarto de hora la atención del público porque al ser el único que pertenecía al círculo

de Ferenc Kossuth, traía datos fidedignos sobre las negociaciones.

La propuesta de Lukács era formar un gobierno basado únicamente en el Partido de la Independencia cuya única misión fuese aprobar el sufragio universal. Los cargos de presidente, del ministro del Interior y de Hacienda serían otorgados a políticos fieles al Compromiso de 1867 que no perteneciesen a ningún partido, lo que significaba que los antiguos liberales, incluidos los antiguos miembros del «gobierno de guardias», como Kristóffy o László Vörös, podrían formar parte del mismo.

—Parece que Justh ha aceptado el programa, pero Kossuth lo ha rechazado esta mañana. ¡Me lo ha dicho él mismo!

Farkas Alvinczy habló con gran amor propio. Aparentemente estaba orgulloso de que la noticia le brindase la ocasión de disfrutar de cierto protagonismo porque hasta ese momento nadie le había hecho caso, aunque fuese miembro del casino desde hacía tres años. Además, lucía un tipo esbelto, elegante; a veces jugaba a las cartas, con mesura, sin grandes apuestas, no como había hecho Gyeróffy. Volvió a contar una y otra vez la noticia a quienes se interesaron, repitiendo las mismas palabras, lo que era propio de una persona de vocabulario limitado, pero de alma honesta.

La noticia provocó gran alboroto. Solo dos hombres la recibieron con calma: Antal Szent-Györgyi, quien gracias a sus vínculos en la corte ya conocía el plan y cuyo principio era siempre estar de acuerdo con todas las acciones del viejo emperador, y Bálint Abády.

Todos los pensamientos de Abády estaban centrados en un solo asunto: el divorcio de Adrienne. Hacía unas semanas había recibido una carta en la que Addy le avisaba de que su hija volvería pronto a casa. Llegó otra en la que le informó de la visita a casa de Absolon y la consulta con el médico alemán. Bálint no entendía por qué era necesario hablar con un médico y le disgustaba un poco la tardanza, pero todavía era paciente. Cada vez pensaba más en Adrienne y en Transilvania, donde se decidiría su destino.

Por eso recibió las noticias políticas con cierta indiferencia. Y con la misma impasibilidad aceptó la invitación de Szent-Györgyi —que en realidad era un honor excepcional— para acompañarlo en automóvil a Alag, donde se celebraría una gran carrera de obstáculos. Uno de sus potros era favorito. ¡Bien! A Bálint le daba igual dónde estuviese, qué le contasen o qué viese, le daba absolutamente lo mismo porque la única cosa que contaba era cuándo Adrienne podría librarse de su marido. ¡Lo demás no le importaba nada!

Continuó indiferente, aunque desde el automóvil vio asomarse dos caras guapas: la de su prima Magda y la de la pequeña Lili Illésváry, una muchacha muy amable e inteligente. El diciembre anterior, durante la cacería de Jablánka, habían hablado mucho, también durante los carnavales, cuando Bálint asistió a un par de bailes. En esa ocasión, se había encontrado casualmente con ella a menudo en el bufé o en la sala de baile y habían bailado un par de valsos. En la temporada primaveral tuvo que sacarla un día para bailar un *cotillon* porque le había confesado con rubor que no

tenía pareja. Todo parecía natural. Los pensamientos de Bálint estaban ocupados por su amor y no se percataba de que había otras mujeres. El hecho de que hablase con Lili más a menudo que con las demás solo se había debido a que la muchacha, milagrosamente, siempre estaba a su lado. Además, su charla era agradable, refrescante y sosegadora, como un cóctel *oreangeade* frío.

Lo mismo pasó esa tarde. En Alag había pocas damas, la mayoría señoras aficionadas a los caballos a las que Bálint apenas conocía. Por eso pasó la mayor parte de la tarde con las dos muchachas.

Al regresar le preguntaron si le apetecía cenar con ellas.

—Vamos al Club Parque —dijo una de las dos, tal vez Lili.

Bálint no tenía razón alguna para rechazar la invitación, así que llegó al club a la hora acordada. Había poca gente fuera, un par de jóvenes de paso y las hermanas Lubiánszky con su padre.

En una mesa apartada, László Lukács cenaba con su bella mujer, en compañía de un señor que estaba de espaldas. Sin embargo, Abády lo reconoció inmediatamente: era el conde Slawata, el confidente del heredero de la Corona. Tal vez por eso se habían sentado al margen, casi fuera de la luz de las lámparas, y tal vez había alguna relación entre Lukács y el Palacio Belvedere. Quizá el *homo regius* le estaba informando de su misión.

Bálint no tenía ganas de saludar a Slawata, tampoco estaba de humor para enfrascarse en una larga conversación política. Por eso, cuando después de la cena alguien propuso bailar al son del gramófono y la joven Illésváry comentó que hacía demasiado calor y que podrían jugar a algún juego de mesa, Bálint no rechazó la propuesta. Por una parte, no tenía ganas de nada; por otra, le convenía aceptarla, porque le habría aburrido escuchar las quejas del viejo Lubiánszky. Además, suponía una vía para escaparse de Slawata.

Entraron en el edificio y en un salón espacioso se sentaron a la mesa larga.

—Vamos a jugar al *jenkins*, propuso Lili.

El *jenkins* consistía en formar dos grupos iguales en número y sentarse en frente. Cada uno tenía su jefe, que ocupaba el asiento central. Uno de ellos cogía un objeto pequeño, un anillo o una moneda: el *jenkins*, lo alzaba: el *jenkins up*; y luego, por debajo del mantel, se lo daba a alguien de su bando: el *jenkins down*. Se hacía de manera que el otro grupo no supiese quién lo tenía. El otro jefe ordenaba: *jenkins on the table* y todos tenían que poner las manos sobre la mesa.

Naturalmente, solo se podía jugar en una mesa de tapete para que el objeto no hiciese ruido.

Empezaron a barajar y discutir quién podría tener el objeto. Solo el jefe tenía la potestad de decidir la discusión y enseñar una mano. Si no estaba, el triunfo era para quienes habían escondido el objeto y comenzaba la segunda vuelta, pero si acertaban,

el anillo o la moneda pasaba a los ganadores, que volvían a esconderlo y los otros tenían que adivinar dónde estaba.

Magda les dejó su anillo para jugar.

Con un gesto decidido, Lili se hizo con el liderazgo de uno de los grupos, el otro eligió a Bálint.

Se encontraron sentados cara a cara. La muchacha llevaba un traje de verano con mangas más bien cortas pero muy amplias. La tela, de encaje de blonda, dejaba ver la piel rosada de la joven a través de los miles de agujeros y el fino lienzo transparente por los brazos y los hombros. Era un vestido diseñado con mucha astucia. Parecía propio de muchachas muy jóvenes. Tenía un aire infantil, de blancura virginal; sin embargo, tenía más fuerza seductora que los trajes de marcado escote.

Bálint, en principio, no se dio cuenta del traje, pero poco a poco percibió una corriente mágica, hechicera, cada vez que Lili levantaba la mano con el anillo y las anchas mangas de su vestido dejaban ver sus brazos desnudos, como si la muchacha solo llevase una camisa nupcial, nada más que un lienzo fino, níveo. Sus labios esbozaron una sonrisa expectante y clavó su mirada interrogadora en él. Bálint tuvo la sensación de que no era un juego, sino la voluntad inconsciente de la hembra que llamaba al macho. La piel de pétalo de flores, el olor secreto, los labios entreabiertos, el traje ancho y ligero que insinuaba las suaves y deseables colinas de sus pechos no eran juego, sino el cebo eterno, las armas eternas del instinto femenino.

Bálint se sintió culpable por haberse fijado en ella. Culpable por sentir el deseo. No obstante, a pesar de las risas y bromas que acompañaban al juego infantil, no pudo librarse de ello...

Fue el único acontecimiento que durante una hora corta lo sacó de la espera silenciosa que ocupaba toda su atención. ¿Cuándo tendría noticias de casa? ¿Qué estaría pasando en Almáskő? No le importaba nada más.

Los sucesos políticos no lo distraían. El invierno anterior, el peligro de la guerra y la preocupación por el destino del país habían logrado que se olvidase a ratos de las cuestiones de su propio futuro; pero ahora, los pormenores de la crisis interna, la dimisión definitiva de Wekerle, la renuncia de Lukács a su encargo, el nombramiento por parte del rey de un gobierno de coalición, el enésimo enfado entre Kossuth y Justh, el discurso de Grey, el crecimiento amenazador de la flota inglesa, el escándalo en torno al príncipe Eulenberg, la dimisión de Von Bülow... todo le daba igual, todo le pareció secundario, nada le afectaba en absoluto.

Su inquietud por Adrienne aumentaba cada día que pasaba. Según la última carta, el médico alemán ya debía de haber hecho una visita a Almáskő y regresaría acompañado de Absolon. ¡La tan esperada decisión estaba cerca! Lo mejor era

regresar a casa para estar cerca, para recibir las noticias inmediatamente y ayudar en lo que fuese necesario. En automóvil podría llegar a casa de Adrienne rápidamente, podría llevársela consigo, esconderla si su marido la amenazaba. Quería estar preparado ante cualquier contingencia y estar cerca. Por eso, el 9 de julio se marchó a Transilvania.

Lo decidió súbitamente muy entrada la tarde. No valía la pena enviar un telegrama a Dénestornya porque no hubiese llegado a tiempo. «¡No importa!», pensó. En Aranyosgyéres habría cocheros que lo llevarían a casa.

Eran las ocho de la mañana cuando bajó del coche cama. Pero el tren no continuó el trayecto como era lo habitual, sino que se quedó esperando en una vía muerta.

Delante del edificio, el jefe de estación, vestido de gala con guantes blancos, estaba esperando junto a un sustituto. Los dos estaban muy nerviosos. Los guardagujas corrían de arriba abajo. Dos pares de guardias civiles con una pluma de gallo en el casco y bayoneta calada recorrían las vías y apartaban a la gente de los andenes.

—¿Qué sucederá? —se preguntó, y estrechó la mano del viejo jefe de estación, mientras un guardia civil retiraba al porteador de Bálint del andén—. ¿Para qué tantos preparativos?

—En breve pasará por la estación el tren exclusivo del heredero de la Corona. Nos han avisado. Se ha emitido una disposición que dice que solo el personal del servicio puede permanecer en la estación. Una disposición muy formal. Por eso, perdóneme que...

El jefe lo dijo muy avergonzado porque conocía a los Abády desde hacía mucho tiempo, ya que era la estación de la familia. Sin embargo, extendió el brazo indicando la salida porque quería cumplir con la discreción ordenada desde instancias superiores.

Bálint se hallaba ya al final del pueblo, en su carro de un caballo, cuando desde detrás, desde el puente del Aranyos, un fuerte ruido anunció la llegada del tren. Luego se oyó un breve silbido, el arrastre de las ruedas y, finalmente, el lastimero chirrido de los frenos. El tren se detuvo, pero solo un minuto. La locomotora se puso de nuevo en marcha echando humo y se fue traqueteando hacia la lejanía de las montañas.

A Abády no le interesaba el motivo por el que había parado el *Extrazug* del príncipe heredero. Tal vez pocas de las personas que vagabundeaban por la sala de espera lograron verlo o se fijaron siquiera en él, pero si lo hubiese visto alguien y lo hubiese contado, la prensa chovinista habría podido montar un escándalo mayúsculo porque la persona por la que el tren había parado, la que había salido corriendo del cuarto del jefe de estación y a la que le habían abierto la puerta del coche salón, no era otra que el viejo abogado Aurél Timisán.

La oficina del príncipe, el *Werkstatt*, como sus confidentes lo llamaban desde hacía tiempo, cultivaba relaciones confidenciales con él, como con varios líderes de

las minorías.

El *Werkstatt* lo había llamado, le había mandado un salvoconducto y había ordenado apartar a todo el mundo cuando el tren llegase para que Timisán pudiese subir sin ser visto. Unas estaciones más lejos se apeó del coche salón con la misma discreción. El lapso fue suficiente para entregar la lista de nombres que el secretario del heredero le había pedido.

El día siguiente, en la ciudad rumana de Sinaia, Francisco Fernando recibió a un grupo de exiliados políticos que habían escapado cruzando las fronteras del imperio sobre el que esperaba reinar. Mientras les aseguraba su buena voluntad, por la calle principal del balneario, adornado para la ocasión, grupos de estudiantes arrancaron la bandera de uno de los dos países de la Monarquía Dual, la húngara, y la pisotearon.

Bálint leyó los sucesos en el diario budapestino de la mañana mientras merendaba en Dénestornya. Al mismo tiempo le llegó el periódico del mediodía de Kolozsvár, el *Oposición*, cuyo editorial los refutaba oficialmente. En realidad no había pasado nada. El príncipe heredero no había recibido a nadie ni nadie había tocado la bandera húngara. «La noticia de ayer se basa en un desafortunado malentendido», anunciaba el embajador de la Monarquía.

¿Hubo quien lo creyó? Eso era otra cuestión. Bálint Abády, seguramente, no.

Todo lo que sabía sobre el carácter del heredero de la Corona y lo que Slawata le había contado confidencialmente le confirmaba que la noticia era verdadera. No obstante, intentó rechazar los hechos y hacer un esfuerzo para creerse la refutación oficial porque de momento le preocupaban otros problemas y agobios. Si hubiese reflexionado sobre lo que significaba ese incidente respecto al futuro, se habría distraído del único asunto al que quería dedicarse en cuerpo y alma.

Tenía que forjar planes sobre cómo y cuándo decirle a su madre que el matrimonio estaba a punto de celebrarse.

Estaba seguro de que sería tremendamente doloroso para los dos. Todavía podía aplazar esa charla porque no tenía noticias de Almáskő, pero cuando llegasen tendría que plantárselo. No podría quedarse en casa ni una hora más, no tenía dudas al respecto. Conocía bien a su madre: no cambiaría por nada del mundo lo que con tanta resolución le había dicho. Seguramente, durante mucho tiempo actuaría como si su hijo hubiese muerto para ella, y solo lo perdonaría en parte cuando naciese aquel varón, todavía imaginario, su nieto, el heredero de su nombre.

Por eso tenía que prepararse para lo peor en los pocos días que le quedaban.

Con Adrienne no podrían vivir allí, ni en Kolozsvár. Le parecía impensable vivir con su mujer en la misma ciudad donde habitaba su madre. Solo podía llevarla a Budapest porque allí nada sería tan chocante y doloroso para ambas partes. ¡Sí! Esa era la única solución. Debía alquilar un piso.

También estaba seguro de que no podría contar más con el ingreso mensual que desde sus años en el cuerpo diplomático le pagaba la caja de la heredad. Era posible que su madre lo cancelase de inmediato. El salario de diputado no daba para mucho.

De todos modos, no lo necesitaba.

La herencia de su abuelo paterno era suya, aunque hasta ahora no se hubiesen separado las fincas. La señora Abády disponía de todos los ingresos y Bálint nunca había pensado sacar su parte. Las dos fincas de Dénestornya habían sido acotadas a la vez, tampoco se había dividido el nevero de la familia, del cual, un cuarto le pertenecía por herencia paterna.

Esa sería su renta básica. Los ingresos del nevero serían suficientes. Puesto que era él quien administraba la explotación forestal desde hacía un par de años y había firmado el contrato con la empresa maderera de Viena, sabía que una cuarta parte de esos beneficios suponían más o menos veinte mil coronas.

Tal vez hubiese otras cosas, quizá muchas.

Recordó que su abuelo era propietario de una pequeña finca apartada en el valle del arroyo Jára, que ahora estaba arrendada. Según derecho era suya, tenía la posibilidad de pedir la finca o la suma del arrendamiento.

¿Y los muebles?

Los muebles de su abuelo estaban allí en el castillo, apiñados en el cuarto que servía de almacén con otros objetos que no procedían de su casa. Reconocería con facilidad el escritorio del viejo y el gran armario que había estado en la sala principal, pero no estaba seguro de lo demás. De todas maneras, debía encontrar el inventario que se había hecho antes de vaciar la casa solariega del abuelo, la que estaba junto a la iglesia, antes de que Ázbej se trasladase allí. Su madre había comentado en varias ocasiones que se había hecho un inventario. Pero ¿dónde lo habría guardado?

Lo había buscado en el archivo, pero no estaba. Tal vez estuviese abajo, en el despacho de Ázbej. Decidió ir a verlo y pedírselo.

Bálint andaba dándole vueltas a sus asuntos mientras fingía estar sumergido en la prensa. Mientras tomaba té con la señora Abády en la terraza, le leía algunas noticias en voz alta, por más que solo pudiera pensar en el divorcio.

La señora Róza asentía con la cabeza y a veces decía: «¡Qué interesante!» o «¡sorprendente!, ¿verdad?», pero ella tampoco prestaba atención a las noticias, solo observaba de soslayo la cara de su hijo, reservada, preocupada, estaba segura de que esa maldita boda se acercaba. Cualquiera día él podía anunciarla y ella perdería al único y último ser que amaba.

Bálint, en la escalera, descolgó la llave del jardín de la iglesia, que estaba sujeta con un clavo a la pared, y bajó apresuradamente por la pendiente occidental de la colina del castillo. Entre los esbeltos abetos, por las desgastadas escaleras del sendero serpenteante llegó rápidamente a la tapia. En el camino recordó aquel domingo, hacía un año, en que había acompañado a su madre a la iglesia, el día de la eucaristía, en la Fiesta del Pan Nuevo. Entonces todavía abrigaba esperanzas, todavía creía que podría arreglar de modo pacífico la discusión que se había levantado a propósito del matrimonio.

Aquel día se había propuesto arreglar los asuntos pendientes de su vida.

Ahora, al pensarlo, sintió una amargura ácida que colmó la sensación de repugnancia que le invadió al acercarse a la antigua casa de su abuelo.

Desde la muerte del viejo no había estado allí. Cuando él, el muchacho de quince años, llegó del Theresianum vienés, encontró a Péter Abády yacente en un túmulo en

el centro de la iglesia. Su casa estaba cerrada. Más tarde, después de que la señora Abády ordenase que Ázbej se trasladara a aquella casa, él había evitado volver a ver el jardín, el porche, los cuartos donde en sus fantasías seguía viviendo el abuelo fallecido.

Pero hoy tenía que bajar allí, no le quedaba más remedio.

Le costó abrir la otra puerta del jardín de la iglesia, la cerradura herrumbrosa chirrió. El sendero, antaño tan bien cuidado, que zigzagueaba hacia la casa, estaba cubierto de malas hierbas. Por allí había pasado siempre con su madre después de la misa de domingo para ir a almorzar a casa de su abuelo. El caminito se había estrechado por culpa de las lilas que entraban por ambos lados. Apenas pudo pasar entre ellas agachando la cabeza. Era doloroso ver aquel deterioro.

Pero más le dolió ver el jardín. Habían desaparecido las preciosas rosas de su abuelo, solo quedaban unos troncos envejecidos con brotes silvestres. En el muro exterior de la casa todavía vivía un rosal trepador, pero los otros habían muerto. Lo que más dolor le produjo fue la casa misma.

Las columnas griegas del porche estaban pintadas al óleo imitando el mármol. Un pintor chapucero había dibujado golondrinas, mariposas y nubes en el techo y, en los dos costados de la entrada, paisajes: uno representaba Fiume, el otro a Nápoles con el Vesubio humeante.

En medio de ese colorido entorno, sobre una cama de paja entre cojines de un rojo chillón, descansaba una mujer gorda de pelo negro. Su bata, adornada de peonías, se le había abierto porque dormía junto a dos niños: uno en el pecho, otro entre las rodillas. Un tercero, sentado en el suelo, comía una pera de verano de una cesta.

La apacible escena se convirtió por momentos en temporal.

El niño de la pera desprendió un chillido escalofriante al percatarse de Abády, la mujer se despertó sobresaltada, se levantó de un salto y los dos niños cayeron como frutas maduras. La familia entera, la mujer y sus críos, se dirigió corriendo a la puerta. Sus zapatillas repiquetearon por el suelo y los niños chillaron como si hubiesen visto un hombre lobo. En un instante se los tragó la oscuridad de la casa.

La huida le causó una sensación extraña, sobre todo porque la mujer y sus hijos eran idénticos a Ázbej, morenos, peludos y redondos como una bola. No parecían correr, sino más bien rodar.

Abády se quedó solo entre las peras dispersas de la cesta, que se había volcado.

«La mujer es seguramente la esposa de Ázbej y ahora llamará a su marido», pensó Bálint.

Se detuvo y miró el jardín. La cómica escena no le hizo reír porque le sentó mal ver en qué estado se hallaba el antaño bello y blanco porche en el que hasta ahora había imaginado a su abuelo, sentado en una rígida silla de caña, con su pequeña pipa de espuma de mar, su plateado pelo ondulado y su sonrisa amable y sabia. Prefirió mirar el jardín, pues pese a estar abandonado, solo denunciaba el decurso del tiempo,

no la profanación bárbara que reinaba en el porche.

No tuvo que esperar mucho: a los pocos minutos, el grueso y achaparrado abogado salió de la casa entre grandes reverencias.

—¡Qué honor! ¡Qué suerte! —repitió Ázbej doblándose de la devoción cada dos segundos—. ¡A sus órdenes, señor conde! ¿Qué desea? ¿Por qué no me ha hecho llamar? Habría subido al castillo si usted lo hubiese deseado...

—Necesitaría un par de datos —contestó Abády—. Tal vez lo mejor sería que nos sentásemos en su despacho.

Y a la pregunta del administrador, le respondió que quería ver el inventario de los muebles de su abuelo.

—Está aquí, señor, en mi escritorio, donde guardo los documentos antiguos. Pase, señor conde, pase, por favor...

A Bálint no le quedó más remedio, tuvo que entrar en la casa aunque le repugnase la idea.

El primer cuarto era el antiguo comedor. En aquel entonces había estado pintado de verde claro, con los retratos de la familia por las paredes. Ahora servía de salón con divanes de felpa carmesí, mesitas adornadas con borlas, muebles al estilo llamado oriental, hechos de pequeñas bolitas de madera. La pared, también roja, estaba pintada a modo de brocado de oro hasta la altura de la puerta y, a continuación, venía un friso de escayola y el techo veteado, como si fuera de roble.

Entraron en el despacho, que antes lo había sido de su abuelo.

No había cambiado mucho. En lugar de las estanterías de estilo imperio había armarios americanos y el escritorio estaba en el mismo sitio donde lo había tenido su abuelo. Naturalmente, era una pieza moderna, como los armarios. Sin embargo, no había nada horrible como en los otros cuartos y el techo, aunque ya manchado de hollín, seguía blanco. Ázbej seguramente «había aderezado» la casa para satisfacer el gusto de su mujer.

Guardaba los documentos en orden, así que en pocos minutos le entregó al joven el inventario de los muebles.

Bálint lo repasó detenidamente. El administrador esperó a su lado con un brillo interrogador en los ojos negros.

Al acabar la lectura, le dijo:

—Estoy pensando en alquilar un piso en Budapest. Cuesta mucho vivir en hoteles... Y es demasiado engorro ir y volver siempre con todos los papeles. Tampoco sé qué hacer con los libros que tengo, por eso he pensado amueblarlo con estas piezas. Por esa razón le pido que me haga una copia del inventario. Naturalmente, todavía no sé qué me voy a llevar, pero cuando se concrete la cosa, los marcaré en la lista...

Los labios de Ázbej, rojos como la cereza, pero que parecían insólitamente suaves y menudos entre el bosque de pelo negro, se torcieron en una sonrisa solícita.

—Esta es la carpeta que contiene los documentos del legado del viejo señor —

dijo como si supiese por qué había venido Abády a verlo—. Sería un placer que lo repasase ya que he tenido la suerte de estar a sus órdenes —continuó y le entregó los papeles—. Hace tiempo que espero la oportunidad de poder enseñárselos e informarle...

Bálint hojeó la carpeta y pronto encontró el documento sobre aquella finca en el valle de Jára. Lo que había estado buscando.

—¿Está arrendada? ¿Por cuánto? —preguntó fingiendo indiferencia, sin darle importancia, como si le interesase por pura casualidad. Pero no pudo engañar al hombrecillo, al cual ni se le inmutó la cara:

—Por mil seiscientas coronas —contestó con sumo servilismo—, pero el arrendamiento acaba el día de San Miguel, el 29 de septiembre. Si el señor conde lo desea, podríamos aumentar considerablemente el alquiler, sí, considerablemente...

Cuando Abády se levantó para marcharse, Ázbej le dijo que se llevase los papeles de su abuelo y añadió que él no los necesitaba, puesto que tenía las copias guardadas.

—Le pertenecen a usted, señor conde. ¡Solo a usted! —repitió un par de veces con una entonación extraña, pero apenas perceptible.

Bálint los aceptó, cogió la carpeta bajo el brazo y se fue.

El achaparrado abogado lo acompañó hasta la puerta del jardín de la iglesia y se deshizo en reverencias hasta que la cerradura se cerró con un clic. Entonces se irguió, se frotó las manos gruesas y sus ojos brillaron de alegría. ¡Le había salido estupendamente! ¡Qué incidente tan útil!

Y mientras regresaba hacia las columnas, verdes como la piel de un sapo, ya estaba pensando en cómo notificar a la madre de Abády que su hijo había caído tan bajo que estaba exigiéndole la herencia de su abuelo.

Al día siguiente, sus cómplices de siempre lo llevaron todo a cabo siguiendo el método habitual.

Las dos amas de llaves, las señoras Tóthy y Baczó, se quejaron largamente sobre lo ruin que era el mundo y con inequívocas alusiones le hicieron a saber a Róza Abády lo que había pasado. El señorito Bálint había pedido y se había llevado los documentos del legado.

No dijeron más, fue suficiente.

La condesa Róza mandó llamar a Ázbej inmediatamente, quien confirmó la noticia y le contó que el joven conde quería alquilar un piso en Budapest. Se deshizo en disculpas porque la visita del joven conde había sido inesperada: Bálint se había puesto violento y por eso él no había tenido la posibilidad de consultárselo a la señora. Habló muy respetuosamente, disimulando, como si suavizase los sucesos, porque sabía que aunque la señora Abády estaba enfadada, de boca de sus empleados no toleraría ninguna palabra ofensiva respecto a su hijo.

La pobre condesa Róza recibió la noticia como una puñalada en el corazón. ¡Su

hijo! ¡Su hijo estaba recogiendo en secreto datos contra ella! Se le cayó el mundo encima. ¡Su hijo había caído tan bajo para ganarse a aquella maldita mujer!

Pero no se lo mencionó a Bálint. No tenía nada que decirle, tampoco quería hacerlo. Pero se le endureció el corazón y se preparó para la tremenda batalla que habrían de librar.

Y la relación se volvió todavía más helada y formal entre madre e hijo.

Unos días más tarde llegó a Dénestornya una carta de Adrienne. De manera lacónica informaba a Abády de la visita del médico alemán a Almáskő. Lo esencial era que todavía no podía ser, que había que esperar unas semanas más o un mes, tal vez entonces pudiese revelar su voluntad de divorciarse. Y la suerte estaría echada. Pero aún no, todavía era imposible. Había que esperar. Esperar.

Entre líneas se leía un profundo desaliento.

No narraba los detalles de la visita, solo que el doctor Kisch les había causado una buena impresión a todos.

Wolf Hermann Kisch se había presentado con mucha astucia. La casualidad jugó a su favor y la gente lista sabe aprovechar las casualidades.

Ocurrió que aquella tarde Uzdy estaba tirando al blanco en una cuenca pequeña debajo del parque que había arreglado como campo de tiro. A la entrada, a los pies de la colina, estaban los puestos de tiro, con armazones, pistoleras y unos anteojos con trípode para ver las dianas. A lo largo de ambos lados del pequeño prado había una cuneta. Un muchacho campesino que Uzdy había instruido para tal fin, cargaba y manejaba las cinco máquinas lanzaplatos. En la cuesta de enfrente había blancos de tiro a diferentes distancias, a cincuenta, cien, doscientos y doscientos cincuenta metros exactamente. Todo estaba cercado con una alambrada gruesa y fuerte que era más alta cerca de la cima y más baja por los lados de la resbaladiza pendiente. A la derecha del cerco, el sotobosque era denso, lleno de matorrales y vástagos.

Tiempo atrás, Uzdy había tirado al blanco diariamente y continuaba frecuentando el campo a menudo, aunque algo menos desde que trabajaba en sus maravillosos cuadros de cifras. Sin embargo, seguía siendo un tirador excelente. No había bala que no terminase en las circunferencias interiores de la diana. Aquel era el único deporte que le divertía.

Aquella tarde ya llevaba tiempo tirando al blanco; primero a los platos y, cuando estos se acabaron, continuó disparando a la diana que estaba colocada en la cima de la pendiente, a doscientos cincuenta metros. La niñera inglesa de la pequeña Klémi observaba a través de los anteojos y le dictaba los resultados. Últimamente, Uzdy siempre iba con ella a tirar al blanco debido a que una nueva institutriz, francesa, cuidaba de su hija. Súbitamente le había cogido cariño a la solterona inglesa, pese a

que antes nunca le había dirigido la palabra y había disimulado no enterarse de su existencia.

Hacía unos minutos que había bajado de la casa el viejo mayordomo Maier para preguntarle si iba a subir a merendar o deseaba tomar el té en el campo. Generalmente mandaba al criado a preguntárselo, pero hoy había bajado él personalmente. Ya le había formulado la pregunta, pero todavía no había obtenido respuesta, así que estaba esperando a cierta distancia, observando la colina con mirada indiferente.

El sol de la tarde bañaba de luz resplandeciente la colina. Los retoños del endrino y el hayedo que crecían en las suaves hondonadas se veían nítidos ante el trasfondo amarillo de la arcillosa pendiente formada por desprendimientos. Entre ellos se asomaba la blancura de la caliza. Al contraluz, el contorno de cada tallo de hierba se dibujaba separado sobre la pantalla blanca de la piedra. Y más allá de la alambrada, en el costado derecho, donde el sotobosque era más denso, gracias a los rayos del sol, la vista podía penetrar entre la malla de las ramas.

La figura de un caminante asomó entre los árboles.

Era un hombre alto que llevaba traje verde, pantalones bombachos y botas reforzadas. Unas gafas enormes se balanceaban en su nariz. Llevaba una red para cazar mariposas, mochila al cuello y una especie de caja de hojalata al cinturón. Venía por un sendero abandonado, por la antigua vereda pecuaria que salía del bosque interior y, antes de cercar la pendiente, rodeó la colina.

Se acercaba con pasos uniformes, directo a la alambrada. Se topó contra el cerco, se detuvo y agachó la cabeza. Obviamente era miope, por eso tuvo que agacharse para observarlo. Levantó sus largas piernas y atravesó la alambrada. Luego continuó tranquilamente su camino hacia los blancos.

Primero lo vio la solterona inglesa. Probablemente Maier también se había percatado de él, pero no dijo nada.

—*A man! A man!* ¡Un hombre! ¡Un hombre! —exclamó la niñera—. ¡Cuidado!

Enseguida se montó un gran alboroto. Uzdy, la solterona, incluso Maier y el mozo, que se había asomado a la cuneta, gritaron al imprudente caminante que estaba cruzando la trayectoria de las balas. Pero aquel no se detuvo, sino que continuó avanzando sin figurarse que tanto alboroto se había montado por él.

Uzdy perdió la paciencia.

Disparó tres balas seguidas en una piedra que había justo delante de los pies del caminante. «¡Bang, bang, bang!», repiquetearon las balas, que hicieron saltar esquirlas.

Solo entonces se dio cuenta el forastero de que no estaba en el lugar adecuado. Se dirigió hacia los disparos y con el paso seguro de los alpinistas bajó por la abrupta cuesta.

Pál Uzdy estalló en carcajadas victoriosas.

—Discúlpenme por haber entrado en terreno vedado —dijo el forastero después

de saltar la cuneta y llegar a los puestos. Se quitó el sombrero y se presentó—: Soy Wolf Hermann Kisch de Szászrégen.

No dijo nada más, no mencionó que era médico. Hablaba fluidamente en húngaro, con un acento extranjero apenas perceptible. En pocas palabras les contó que estaba cazando mariposas y así había llegado hasta la alambrada. Estaba recorriendo la región. Uzdy se rio de él, pero al médico no le importó. Al mirar a su alrededor vio a la mujer inglesa.

—Esta debe de ser, tal vez, su señora... Mucho gusto.

A Maier no le hizo caso, fue como si ni siquiera lo hubiese visto, no obstante fue con él con quien había ultimado su llegada esa mañana en Körösfő, donde el viejo mayordomo lo había visitado de madrugada. Se entendieron bien puesto que Maier de joven había sido enfermero profesional.

Así llegó el doctor Kisch a Almáskő.

Uzdy lo retuvo. Lo consideró su presa, su nueva adquisición. Estaba casi orgulloso de haberlo obtenido. No lo dejó seguir su camino pese a que la condesa Clémence, que tampoco conocía su profesión, no apoyó la invitación.

Pero Pál Uzdy no observaba desde hacía tiempo las instrucciones de su madre, incluso a veces la miraba con una llama hostil en los ojos. Su rechazo empezó cuando la vieja había vuelto de Meran. Y aquello resultaba insólito porque Uzdy siempre la había tratado con una cortesía impecable. Pero desde aquel día, cada vez más a menudo, le contestaba en tono irritado e incluso a veces se metía en los quehaceres domésticos, a pesar de que ese terreno siempre había sido el reino exclusivo de la viuda. Además, persiguió a la nueva niñera solo por disgustar a su madre.

En cambio, al doctor Kisch le cogió cariño enseguida. Al día siguiente compartió con él su gran proyecto de trastocar todo el sistema numérico. Todas las tardes daban grandes paseos y mantenían conversaciones hasta muy entrada la noche encerrados en el despacho, al cual el médico podía entrar siempre que quisiese sin necesidad de ser anunciado.

El doctor Kisch conocía realmente el alma humana, no en vano había estudiado con el gran Charcot.

Pasó cinco días en Almáskő. El sexto se marchó a primera hora de la mañana, después de despedirse del anfitrión y prometerle que volvería a visitarlo a finales de verano.

—En otoño por aquí aparecen unas especies de mariposas muy interesantes... —dijo, pues en ningún momento dejó de desempeñar el papel de naturalista.

No aceptó que lo llevasen en carruaje, sino que subió la montaña a pie por el sendero que en la cima desembocaba en el camino que llevaba a Bánffyhunjad.

Apenas amanecía cuando se marchó.

Unas horas más tarde Adrienne salió de la casa siguiendo otro sendero, pero en la misma dirección. Así habían quedado. Mientras el médico estuvo en la casa no hablaron a solas. Esa cita la habían acordado a través del viejo mayordomo. Adrienne solo le había confiado el secreto a Maier cuando volvió de Szászrégen, porque sabía que era muy discreto y solo con él hablaba sobre los síntomas de su marido.

La joven era muy madrugadora y por las mañanas iba a menudo al bosque, por eso no resultó extraño que esa mañana hiciese lo mismo.

Atravesó el bosque con el corazón encogido. Ahora se decidiría su suerte. Ahora sabría si podía iniciar el divorcio. No tenía presentimientos, ni buenos, ni malos. No había podido leer nada en la mirada del médico, aunque lo había estado observando los cinco días que este pasó en su casa.

Cuando salió del bosque, a través de la explotación talada, vio desde lejos al doctor Kisch, que estaba sentado, según habían acordado, en el hito que marcaba la linde de los bosques Uzdy.

No sería afortunado que los viesen por allí porque la noticia podría llegar lejos. Por ese lugar pasaba la gente del pueblo camino del mercado. Por eso, cuando llegó al puesto de espera, le recomendó abandonar el camino.

Solo había una posibilidad: desviarse hacia los bosques de Abády, hasta el hayedo centenario cuyos vástagos jóvenes los tapparían. Tenían que avanzar hasta aquel hayedo gigantesco donde su amor había vuelto a encenderse en el tenue crepúsculo de mayo. Tiempo antes, había pasado allí horas y horas esperando un inverosímil encuentro que de repente se había hecho realidad. Y hacía mucho más, se había encontrado allí con Bálint en una ocasión, al principio de sus amores. Había sido su primera cita secreta.

La vieja haya era su amiga. Un árbol simbólico, mudo testigo de la pasión que desde hacía tiempo dominaba su corazón.

Avanzaron hasta allí. Se detuvieron y Adrienne se recostó contra un tronco. El doctor Kisch, frente a ella, le comentó su teoría.

Le explicó pausadamente, escogiendo sus palabras y enumerando los hechos, que Uzdy había nacido de padres mentalmente débiles y que no solo su padre había acabado loco, sino que, según él, la vieja condesa Clémence tampoco era normal, lo que no significaba mucho, pues apenas había gente que se pudiese considerar normal si se conocían todos los rincones de su alma.

Adrienne asintió con la cabeza, pero no intervino, solo sus ojos de topacio se dilataron en la agobiante espera.

El médico continuó hablando.

Su voz sonora, monótona, casi la adormecía. Suavizó sus palabras, pero el sentido quedó claro. A su parecer Uzdy padecía un estado nervioso muy tenso. Posiblemente se le pasaría, era probable que pronto. Él le había dado unos sedantes que seguramente se tomaría.

—No se los he dado como médico —añadió sonriente—. Él piensa que soy una especie de brujo. He tenido que vendérselo así. Y cree que las pastillas lo fortalecerán para poder acabar su trabajo, sin duda insólito pero muy interesante.

De momento no se podía hacer más. Había que esperar a que el nerviosismo latente pasara y, como explicación, le contó que en personas como Uzdy los períodos de excitación, largos o cortos, se alternaban con temporadas de calma. Las últimas podían durar años. Es más, podía curarse del todo. Y entonces llegó la frase decisiva que Adrienne esperaba con el corazón en la garganta. La voz de Wolf Hermann Kisch sonó más baja al pronunciar lentamente las últimas palabras.

—*Bei dieser heute latenten Erregung könnte jede seelische Erschütterung irgend einer Art eine heftige Krise zum Ausbruch bringen, die nicht ohne ernste Folgen bliebe...*

Sus palabras fueron claras. En ese estado de nerviosismo cualquier conmoción psíquica podía provocar una crisis de peligrosas consecuencias. ¡Se refería a su divorcio! A lo que anhelaba y esperaba como mujer.

Solo más tarde recordó la despedida y las últimas y alentadoras palabras del doctor Kisch, pero de momento la hundió el dolor de la desilusión y la certeza de que estaba obligada a esperar.

Se quedó recostada contra el tronco. Miró la conocida vereda que había encarado tantas veces, las ramas rotas, el suelo a sus pies que la conducía a la cabaña que Bálint había construido para albergar su amor. Poco a poco sintió que bancos de niebla flotaban a su alrededor y le ofuscaban la vista. Cada vez había más y eran más oscuras. Al final, el mundo se oscureció del todo. Le flaquearon las rodillas y se deslizó por el tronco silenciosamente. Las raíces del gigantesco árbol abrazaron su cuerpo inerte.

Estuvo un buen rato desmayada. Se despertó al sentir en la cara los rayos del sol del mediodía. Estaba acostada en la misma cama de musgo en la que se habían abrazado aquella noche de mayo.

Bálint recibió una primera carta de Adrienne en Dénestornya y una segunda en Budapest. Entretanto, solo llegaron dos líneas que Addy le había enviado a Bánffyhunyard, a casa del guardabosques András Zutor el Meloso. «No podemos vernos. Tendremos que esperar mucho. Te escribiré a Budapest...». Fue la respuesta al breve recado que le había enviado Bálint concretando cuándo iría él a la cabaña.

Fue un alivio no tener que enfrentarse de momento con su madre, pero le afligía mucho el tono desalentador de las frases de Adrienne. Principalmente por eso fue a Kalotaszeg. Quería oír los detalles de su boca, hablar sobre su futuro común, aunque de todos modos ya apenas aguantaba en casa porque el trato con su madre se había vuelto más frío y tenso. Las conversaciones cotidianas sonaban artificiales, pese a la gran autodisciplina que los dos se imponían. Era como la charla de dos sonámbulos. Las comidas, los paseos al establo, por el parque, a la huerta, todo era disimulado. Todos sus gestos servían para reprimir el temporal que tarde o temprano tenía que estallar.

No obstante, guardaban las formas.

Bálint, antes de marcharse, le leyó a su madre el informe de Winkler, el ingeniero forestal. Decía que en verano habían aparecido ciervos en los neveros. Seguramente habían bajado de las montañas de Gyalu o de Dobrin, donde la heredad Andrásy hacía una década había dejado que entrasen animales de caza. Ya tenían registrados dos grupos de hembras en compañía de unos machos jóvenes, pero también se habían visto machos con grandes cornamentas, no estaban seguros de si siempre había sido el mismo o varios.

Bálint le enseñó el informe y le explicó lo bueno que sería poder retener los ciervos en sus bosques. Por eso se marchaba, para construir más salegares y cebaderas para el invierno. Róza Abády, naturalmente, no lo creyó ni por asomo. Sabía que había llegado una carta de Almáskő y tenía claro que su hijo iba allí.

Apenas echó un vistazo al informe, solo repitió en tono helado:

—Vete, pues, vete... Claro, bien, vete...

Sus ojos saltones parecían de vidrio.

Bálint apenas pasó un par de días en los neveros. Escuchó los informes de los *gornic* que habían visto los ciervos, miró las huellas en el barro seco, decidió la ubicación de los salegares y cebaderos, así como otros asuntos pendientes de la explotación forestal. La administración de una finca tan extensa exigía atención y dedicación continuas, pero su mente no estaba para eso. Todos sus pensamientos estaban

concentrados en la crisis que se había producido respecto al divorcio de Adrienne.

Trabajaba sin ganas, como un robot, y la hermosura de la naturaleza no le causaba alegría. Solo anhelaba poder marcharse.

En Budapest lo esperaba una carta más larga, pero tampoco le contaba mucho más. Adrienne citaba de pasada la opinión del médico y sus frases alentadoras durante la despedida. Había, además, algo que hizo reflexionar a Bálint. Respecto a lo que el doctor Kisch había dicho sobre el débil estado de Uzdy y la conmoción que un acontecimiento inesperado podía provocarle, Adrienne hizo dos comentarios en los que tenía que ver su hija.

«Hay que pensar en su destino. ¡Hay que proteger su alma infantil!», había escrito Adrienne.

La mujer había intercalado esas dos frases para que Abády no pensase únicamente en él mismo en cuanto al peligro que los amenazaba. Ella sabía que no lo aceptaría como una razón para postergar el divorcio, pero era verdad, ella estaba muy apegada a su hija, pese a que su suegra había logrado distanciarlas cada vez más. Por otra parte, su preocupación era exagerada porque la pequeña Klémi vivía tan apartada de sus padres, en una ala separada de la casa bajo el cuidado de la institutriz francesa y la niñera inglesa, que pasara lo que pasase era fácil mantenerla alejada de los acontecimientos.

Bálint lo sabía, por eso le chocó el comentario sobre la niña. Tenía la sensación de que Adrienne quería volver a reanudar la lucha con su suegra por la pequeña y someter el divorcio a la sola condición de tener a la niña. Era natural y justo considerar esa cuestión, pero no dejaba de ser un problema secundario puesto que se trataba del futuro de los dos. Secundario, sobre todo porque la niña apenas era de Adrienne, hacía tiempo que se la habían quitado, desde el momento de su nacimiento. Lo mismo opinaba Adrienne y se lo decía a menudo.

Aquella niña de mirada sombría y gestos de autómata que no tenía nada infantil, nada infantil, pertenecía a Almáskő, aquel era su verdadero hogar, y no había nada en ella de la brillante mujer que la había dado a luz. Era de la estirpe de los Uzdy. Naturalmente, él se ocuparía de ella si Adrienne la traía consigo, pero ¿y si no lo consentían?

¿Deberían sacrificar la felicidad de su vida solo por ella?

Meditar sobre la niña evocó con fuerza renovada en su alma la imagen del hijo que nacería de su unión. Así había surgido de él la primera vez, aquella noche de marzo en la que Addy mencionó que quería traerse consigo a la pequeña Klémi.

¡Sí! Ese hijo ideal debía luchar con una niña ya existente. El deseo de ser madre de nuevo debía vencer el sentimiento maternal.

Es más, él debía forzar a la mujer a actuar ante hechos consumados. Él quemaría todas las naves: rompería con su madre, sacrificaría la casa, aceptaría su expulsión de Dénestornya, se desharía de todo, de todo lo que llevaba en el corazón. Y cuando lo hubiese hecho, Adrienne se vería forzada a elegir: irse con él o traicionar su amor por

la supuesta posesión de aquella niña ajena. «Es el único camino —pensó Bálint—, no hay otro, solo este».

Decidió esperar hasta finales de agosto, cuando el doctor Kisch hiciese una nueva visita a Almáskő, según había prometido. Esperaría la sentencia allí en Budapest. Si de nuevo optase por la postergación y Adrienne no se rebelase, él mismo daría el primer paso.

Hasta entonces, nada.

Solo faltaba una cosa por realizar: buscar un piso, puesto que el cuatrimestre siguiente comenzaba con el primero de agosto.

Después de unos días de búsqueda, encontró uno adecuado en la calle Döbrentei. La entrada daba a la calle, pero las ventanas daban al Danubio, justo en el punto más silencioso de la orilla rocosa. Se trataba de un edificio moderno y las tres preciosas habitaciones miraban al majestuoso río. Recorrió el apartamento y apoyó los codos en la cornisa para asomarse. Era un tercer piso y la vista llegaba lejos, sobre los puentes, arriba y abajo de las aguas. Y por encima de los innumerables tejados de Pest, se abría el panorama hacia el este, hacia Transilvania.

Bonito, sería muy bonito vivir allí, pero aquello también significaría el destierro. Estar desterrado de su tierra natal, de su hogar. Destierro del ancestral Dénestornya, donde había pensado construir su futura vida. Aun hermoso, sería doloroso. Hermoso cuando Adrienne se asomase a su lado.

Durante unos minutos imaginó a la mujer con tanta viveza que casi sintió que sus rizos salvajes le acariciaban la cara...

La primera sesión parlamentaria fue pospuesta. En política exterior reinaba la calma chicha. Solo llegaban noticias aparentemente insignificantes sobre la Entente que acababa de formarse.

El rey Eduardo de Inglaterra había vuelto a viajar a Marienbad, pero esa vez no visitó a Francisco José, sino que le envió un telegrama por mera cortesía. Esa vez tampoco recibió a los diplomáticos. Aparentemente ya no los necesitaba. Se comenzaban a ver los contornos de una alianza anglo-rusa, puesto que una división rusa había entrado en Persia. Hacía tan solo dos años, aquello habría sido considerado *casus belli*, pero ahora Gran Bretaña ni había levantado la voz. Obviamente, había sido una maniobra previamente acordada.

Y mientras se formaban los núcleos de poder de la Europa central, en las ciudades húngaras del sur, en Szeged y en Félégyháza, se convocaban asambleas populares por la independencia, y Gyula Justh peroró en pro del banco independiente y en contra de la fusión de los partidos de la coalición. En Zagreb se celebró un juicio contra cincuenta acusados que la prensa parisina corrió a defender. En Swechat, cerca de

Viena, la fiesta de la siega acabó en una cruenta pelea en la que checos y austriacos habían terminado propinándose una soberana paliza.

Bálint leyó las noticias, lo que aumentó su amargura, pero no le afectó demasiado. Todo su ser estaba ocupado en la espera.

Intentaba trabajar para llenar los días y matar el tiempo. Redactó un informe para el Centro Nacional de Cooperativas en el que les comunicaba que las cooperativas fundadas en los neveros no habían surtido los resultados esperados. La razón era que los granjeros a los que el notario Simó había obligado a asociarse no recurrieron a la caja de préstamos. Obviamente, alguien se lo había prohibido.

Aquella fue otra experiencia amarga, el fracaso de su voluntad de ayudar.

Los días de agosto pasaron lentamente en la capital desierta. Escribió tres cartas a Addy. Escribió sobre el anhelo, el amor, el deseo apremiante. Nada más. No le contó nada de sus planes. Nada acerca de su intención de romper con su madre, fuera lo que fuese lo que decidiese el médico. Ni una palabra. Solo se lo diría una vez hecho.

Así acabó el mes. Así llegó septiembre. Pasó la primera semana y después de largos días inútiles por fin llegó la esperada carta, cargada de las frases más lacónicas y tristes de Adrienne. El estado de Uzdy apenas había mejorado según el doctor Kisch, al menos no lo suficiente como para poder exponerlo a una conmoción. Había que esperar... Esperar...

Al día siguiente Bálint volvió a Transilvania. Ahora había que actuar.

A primera hora de la tarde, Róza Abády estaba sentada en su pequeño salón amarillo, junto al escritorio. El sol tardío encendía llamas en las chapas de bronce y pintaba manchas de sangre sobre la alfombra carmesí.

Se abrió la puerta y entró su hijo con el rostro pálido.

Su madre se volvió hacia él, pero no se levantó. También empalideció al verlo. Comprendió súbitamente que había llegado el terrible momento que esperaba desde hacía semanas. Sus ojos claros, abiertos de par en par, clavaron su mirada helada en Bálint.

Por unos instante hubo un silencio mortal.

—Madre —dijo el hijo con la voz ronca de la emoción—, he decidido contraer aquel matrimonio del que te hablé. Te lo anuncio ahora... No puedo vivir así... y no puedo actuar de otra manera...

Róza Abády no se inmutó. Estiró su figura regordeta, sentada en la butaca como en un trono. En ese momento era una pequeña reina, implacable y tranquila. Pronunció lentamente unas palabras premeditadas:

—Ya te di mi opinión. Tú has elegido. No tengo nada más que añadir.

Sus labios se quedaron entreabiertos, como si fuera a decir algo más, pero no pudo hacerlo. Solo alzó el brazo y, con el índice, señaló la puerta.

Bálint quiso decir algo, pero también a él se le atragantaron las palabras. Hizo una

reverencia y se marchó con pasos lentos.

Cerró la puerta en silencio, bajó las escaleras tambaleándose tanto que tuvo que agarrarse al pasamanos. Por suerte, no lo vio nadie. Ya tenía la bolsa de viaje hecha, la tomó y volvió a repasar su mirada por la habitación de la torre. Se asomó por la ventana para ver el parque, el precioso paisaje con el que tanto se había deleitado. Luego se separó de aquel cuadro, cruzó la antesala y bajó las escalinatas de la entrada.

Su automóvil ya lo esperaba. Subió al coche y dijo:

—¡A Kolozsvár!

El motor se puso en marcha con un zumbido y se fueron por el patio en forma de *U*.

Bálint volvió la cabeza desde el arco del portal.

Dijo adiós como lo había hecho al final de los cinco días que había pasado en Dénestornya. Se despidió de todo. Recorrió las habitaciones.

En el salón azul acarició las cuatro estatuas de plomo, las obras de Raphael Donner que adornaban los dos tocadores, un par de cómodas lacadas chinas que había junto a la puerta, el marco rococó del retrato del Abády palafrenero imperial y los lomos de los viejos tomos encuadernados en piel de la biblioteca. Se detuvo delante de los retratos familiares en el salón de fumadores. En su antigua habitación de niño puso en marcha el ridículo reloj de pared en el que dos sapos de hojalata libraban un duelo eterno si se tiraba de la cuerda. ¡Siendo niño le había hecho reír tantas veces!

¡Todos los rincones, todos los muebles, un recuerdo!

Visitó la alameda de los tilos, donde había aprendido a montar a caballo; tocó el tronco agrietado del árbol donde su primer poni lo había tirado a tierra; recorrió el abetal de la parte superior del jardín, y vagabundó por la isla de Nagyberék, donde durante las vacaciones había jugado a ser Toro Sentado y el Brigadier Nacionalista.

En los *paddocks* dio caramelos a las yeguas, rascó el lomo a los potrillos y se despidió uno por uno de sus caballos de montar.

Quería despedirse de todo. No sabía si volvería a ver esa casa que tanto había amado en su vida.

No sabía si su madre llegaría a perdonarlo. Y tampoco sabía si le dejaría Dénestornya a otro, ahora que lo había desheredado. Bálint conocía bien las instrucciones que su difunto padre, Tamás Abády, había dado a su mujer. En aquel cuaderno grueso donde el enfermo había escrito detalladamente sobre la educación de su hijo y la administración de la fortuna, había una orden. En caso de que su hijo, que entonces apenas había cumplido los ocho años, no alcanzase la edad adulta y la viuda no contrajese nuevo matrimonio, le pedía a su mujer que no dejara que un pariente lejano heredase la fortuna, sino que hiciera una donación a una entidad pública que en forma de fundación conservase el nombre de los Abády. Él había pensado en el

internado de Nagyenyed.

Su madre se lo había contado muchas veces. Y aunque no era probable, tampoco parecía imposible que Róza Abády interpretara las palabras de su marido a través de las gafas distorsionadas de la ira. Bálint sabía que su madre no era indulgente si se sentía ofendida.

Por eso se había despedido de todo antes de anunciar su matrimonio.

Y el adiós definitivo en el momento de la última despedida le encogió el corazón. El automóvil avanzaba por la colina hacia el este, por encima del pueblo. Abajo, la vieja iglesia y el rectángulo de la casa solariega de su abuelo; al lado, los álamos gigantescos del parque; en la llanura, las curvas del río Aranyos, las tablas de la heredad y la pista de carreras donde había cabalgado tanto. Tomaron la siguiente curva y todo desapareció. Bajaron a las praderas de Keresztes y continuaron el camino hacia el norte, corriendo hacia Gyéres.

Volvió a ver el castillo, que se apoyaba en la loma que bajaba a la llanura: su fachada occidental bañada en el oro de los rayos del sol, las cúpulas de cobre de sus gruesas torres manchadas de verde en el cielo azul. Allí daba la terraza donde solía tomar el desayuno con su madre. Ahora la tapaban las copas de los primeros árboles y, en pocos minutos, solo el tejado y las torres emergerían del mar de hojas verdes. Luego quedaron atrás, lejos, muy lejos...

Bálint no quería perderlo de vista. Como si mirase el rostro de un ser adorado que se marcha. Fue una despedida mortal.

Las casas de Gyéres aparecieron ante su vista. Entraron en el pueblo. Dénestornya había desaparecido en la lejanía.

Lloviznaba sin cesar. A veces más, a veces menos, pero sin cesar.

Abády había subido a los neveros y llevaba allí tres días.

Cuando se despidió de su casa, solo tenía un plan: hablar con Addy. Por eso, en un día y medio en Kolozsvár metió todos sus enseres en cajas y se fue a los bosques de Bánffyhunjad. Dejó el automóvil en una loma y desde allí continuó solo, a pie. Por fin podrían verse en la pequeña cabaña, refugiarse de la lluvia, como aquel día.

Solo pudieron pasar juntos una hora o dos, no más.

Bálint, después de volver de la cabaña no sabía qué hacer. Tras la tormenta de los últimos días necesitaba silencio y calma para reflexionar. Por eso había decidido subir a las montañas para disfrutar de la soledad de la naturaleza. En caso de que ella decidiera actuar, le llegarían las noticias de Adrienne.

Zutor encontró pronto tiro y carro, puesto que los fornidos caballos de carga estaban en Szkrind, en casa del *gornic* de la heredad, y cargarían con la tienda de Bálint al día siguiente desde el Béles. Así que se fueron caminando al campamento favorito de Abády, al extremo superior del prado de Priszlop.

La llovizna suave, silenciosa, tenía un efecto confortador.

Formaba un velo tenue que borraba los contornos. La corona ya azafranada del arce desprendía una luz amarilla a través de la cortina gris formada por los cordones de agua. Los otros árboles todavía estaban verdes, solo los arbustos de endrino y majuelo habían enrojecido. Las ramas de los abetos cercanos, como palmas de mano, brillaban en el agua como si estuviesen barnizadas.

No había otro ruido que el repiqueteo sosegado de las gotas en la lona de la tienda. No se oía el reclamo del grévol, ni del mirlo, ni del arrendajo. No chillaba el milano real, ni por la noche ululaba el búho. Silencio, silencio por todas partes, como la infinitud o la muerte.

Bálint apenas salía de la tienda. Siempre había mostrado interés por todo en los neveros, pero ahora nada. Tampoco le preocupó lo que Zutor le había contado cuando llegaron. Aquellas pruebas de los abusos cometidos por el despótico notario Gaszton Simó no le interesaron, a pesar de que había datos que podría usar para apartar a Simó de su puesto y librar al pueblo de él. Se trataba de un asunto complejo de malversación de caudales públicos. Bálint solo había de apoyar a los perjudicados y exigir la investigación en el condado. ¡En otras ocasiones se habría involucrado con ganas! Su voluntad de ayudar a los demás ya se habría puesto en marcha buscando posibilidades y alternativas. En cambio, ahora, lo escuchó, leyó el informe y se lo guardó, pero no decidió nada.

Se pasaba todo el día sentado en la entrada de la tienda con la mirada clavada en el suelo. Sus pensamientos divagaban por Dénestornya y regresaban una y otra vez a

Adrienne.

Se le habían dilatado las pupilas cuando le contó que había roto con su madre. ¡Tenía la mirada asustada! «¿Lo has hecho? —dijo—. ¡Es terrible!», añadió, porque enseguida supo que aquel sacrificio significaba un compromiso para ella. Y él, Bálint, volvió a repetir los detalles cruelmente. Tuvo que hacerlo, aunque se sintió odioso, porque era la única manera de forzar a la mujer a romper con su marido.

Sus labios lo besaron, sus manos no dejaron de acariciarlo y le dio su cuerpo en recompensa, pero Adrienne sabía que ya no podía pagar con eso, sino con toda su vida.

Y en sus largas pestañas tembló una sarta de lágrimas diamantinas.

Ya había pasado el mediodía. Las nubes estaban más claras y la lluvia amainó.

En el carpe de enfrente se sentaron dos pájaros carboneros. Piaban siseando, mientras se balanceaban ligeramente en las finas ramas, saltando de una a otra con movimiento inquieto. Cantó el lugano en el bosque. Abajo, el murmullo del arroyo sonaba más fuerte que el ruido de la lluvia. Encima se formaron jirones de niebla que se marcharon hacia las montañas. Poco a poco el cielo se fue despejando.

El hombre, en su tienda, no vio nada; sus pensamientos vagabundeaban sobre los recuerdos más recientes y tenía el corazón amargado.

Hasta hacía unos días había pensado que sería decisivo contarle a Adrienne lo que había hecho. Creyó que Addy se decidiría enseguida y anunciaría el divorcio, pero no ocurrió así. Quizá no podía ocurrir. «Ahora no puedo... ¡Imposible! ¡Es horrible, pero ahora es imposible!», repitió varias veces. Su voz sonó desesperada, pero su respuesta no fue diferente y volvió a contarle lo que había dicho el médico. Le explicó el peligro que podía causar si se lo decía ahora. La terrible responsabilidad con que cargaría ella sola. La responsabilidad de todos. ¡De todos!

Y añadió la palabra que tanto le dolía al hombre: «También por mi hija...».

Así se separaron. Quedaron en esperar como hasta ahora. Les dolió la separación. Sin embargo, no era una despedida, sino una promesa con incierta fecha de cumplimiento, con inseguros detalles y posibilidades de llevarla a cabo.

—Me lo pensaré... y te escribiré... Cuanto pueda... Cuanto sea posible... Lucharé con todas mis fuerzas, tienes que saberlo —esa fue la promesa de Adrienne.

Lo dijo con los ojos bañados en lágrimas y la mirada llena de desesperación.

Los jirones de niebla trepaban por la pendiente y se asentaban alrededor de las cimas, sus barbas grises se enganchaban en las copas de los árboles.

Una suave brisa emergió del valle. Apenas se percibía, solo las hojas superiores de los abedules y las hayas temblaron centelleantes a su paso.

¿Qué era lo que le imposibilitaba anunciar el divorcio? Bálint sabía que Adrienne no temía por su vida. Se preocupaba más por la de él, aunque tampoco demasiado. En el pasado, cuando le había visitado en su alcoba de Koložsvár, donde Uzdy, entonces

en su finca de Almáskő, pudo haberse presentado en cualquier momento, habían jugado con la muerte. ¿Cuál sería el terrible obstáculo?

Por más vueltas que le daba, no encontraba otra explicación que pensar que Adrienne quería traerse consigo a su hija, lo que obviamente sería imposible si no se divorciaran de mutuo acuerdo. Su comentario —«por mi hija»— demostraba lo mismo. Aunque Bálint inconscientemente sabía que esa explicación era falsa, no encontraba otra, ni veía otra razón. No había otra razón... No existía otro motivo...

Ya estaba anocheciendo. El rojo resplandor de la puesta de sol apenas coloreaba la niebla que tapaba la cordillera occidental.

La muda devoción del crepúsculo se vio interrumpida súbitamente por una voz sonora, muy baja y pronunciada que llegaba desde la lejanía. Bálint la oyó, a pesar de que sus pensamientos estaban lejos.

Dos hombres, Andrés Zutor el Meloso y el viejo Zsukuczó bajaban a la tienda de Abády desde la cabaña de madera donde vivía el personal. El último era guardabosques en el Gyalu Boti y «cazador mayor» en los neveros. Antes de comenzar a servir al conde había sido un cazador furtivo de renombre.

Los dos se apresuraron a avisar al joven señor.

—¡Hay un ciervo bramando! —dijo el Meloso—. *Striga taur!* —anunció el viejo también.

Los dos señalaron arriba a la derecha, donde se hubiese atisbado el pico de Muncsel Máre si no estuviese escondido detrás de la niebla.

Bálint se levantó de un salto. Los tres se quedaron inmóviles. Durante unos minutos no se oyó nada, pero después volvió a llegar el sonido bajo, sonoro como un órgano y potente como el rugido del león.

—¡Coged los impermeables, los prismáticos y los gorros!

Se echaron la *Mannlicher* al hombro. No es que Abády quisiese cazar, pero uno no entraba en los neveros sin ir armado. Rápidamente subieron a la cresta que formaba la divisoria de las aguas. Avanzaron con pasos apresurados pero silenciosos, porque la hojarasca estaba húmeda y no crujía. Llegaron al camino que recorría la cresta y se detuvieron a escuchar. No tuvieron que esperar mucho: el ciervo volvió a soltar dos bramidos más. Cada uno sonó más atrevido. Procedían de la derecha.

—Va hacia la Piedra Quemada —susurró Zsukuczó, pues aunque tenía los ojos hinchados por su afición al aguardiente, tenía también un oído muy fino. Y el ciervo, para confirmar la opinión del viejo cazador furtivo, volvió a bramar exactamente desde donde el guardabosques había indicado.

Volvieron a ponerse en marcha apresurando el paso por el boscoso camino, bien resguardado por la hierba alta. En pocos minutos estuvieron calados hasta la mitad de los muslos, pero ¡adelante, adelante! ¡A ver si volvía a bramar! La casi negrura del bosque les permitió avanzar corriendo sin que los animales los sobresaltasen, pero a pesar del buen ritmo, les llevó media hora llegar al paraje de la Piedra Quemada. En la noche cerrada, solo se dieron cuenta de que habían llegado porque los árboles eran

más enclenques y la grava resbalaba bajo sus pies.

Hicieron una parada. Pesadas gotas de lluvia vacilaban en las hojas de los abetos antes de precipitarse al suelo.

Desde abajo, bien hondo, se oía el rumor del arroyo, cuyo caudal había crecido con las precipitaciones. Durante un buen rato no se oyó nada más. Por fin, muy cerca, sonó un gemido breve, casi imperativo, que al mismo tiempo tenía un timbre anheloso y exigente. Era la voz del rey del bosque.

Durante un rato largo continuaron inmóviles, pero no hubo más bramidos. Volvieron al campamento con pasos cautelosos.

—Tenemos que volver antes del alba, tal vez se quede hasta la mañana —ordenó Bálint cuando llegaron al prado—. Despertadme a las tres de la madrugada.

La densa niebla lo cubría todo. No habrían podido situarse de no haber llevado un fanal. Así caminaron a buen ritmo, aunque con más cautela que por la noche. El Meloso se quedó a medio camino, en el claro que se extendía por encima del arroyo Retyicel, desde donde podía vigilar el paraje, mientras Bálint y los guardabosques llegaron con pasos sigilosos hasta el punto donde habían dado la vuelta la noche anterior. Desde allí también podrían vigilar tres valles: el del Retyicel, el del Vale Arsza y el último, que desde el Vurvurás giraba en ese punto.

Todavía era noche cerrada. Bálint miró el reloj. Eran las cuatro y media.

Había que esperar sin moverse. El ciervo podía estar en cualquier lugar entre los abetos, cuyas ramas cubrían los troncos hasta los pies. Tal vez ya no estuviese, tal vez se hubiese ido quién sabe dónde, pero cabía la posibilidad de que estuviera a menos de veinte o treinta pasos. Zsukuczo se acuclilló y comenzó a bisbisar oraciones o conjuros, pues el antiguo cazador furtivo tenía miles de supersticiones respecto al bosque.

Esperaron largamente hasta que por fin comenzó a apuntar el día. No era el alba gloriosa, cuando la naturaleza se adorna de cientos de colores frescos en el intenso resplandor, sino un crepúsculo vago en la niebla uniforme que parecía un cristal esmerilado alumbrado por una luz tenue.

Durante la larga espera Bálint olvidó el motivo de la expedición matutina. Evocó las amargas horas de los últimos tiempos. Volvió a darle vueltas a lo mismo, como desde hacía días, pero súbitamente sonó una voz más profunda que la de un bajo: el bramido del ciervo.

Procedía de un poco más arriba que la noche anterior. A los pocos minutos volvió a oírse.

—Viene de la cima —susurró el viejo *gornic* excitado—. ¡Por aquí! ¡Por aquí! ¡Sígame, *maria ta!*

Y con la agilidad de un chaval se puso a pie y entró en la fragosa espesura. No avanzó directo a la voz, sino siguiendo su instinto cazador, y enseguida supo cómo

alcanzar el ciervo. Bajo sus pesadas abarcas reforzadas con hierro no sonaban ni las piedras, ni la hojarasca. El viejo avanzó rápidamente, sin hacer el menor ruido, agachando la cabeza, doblándose para pasar debajo de las ramas que tocaban el suelo, cruzando los troncos de abetos derrumbados y evitando los claros.

Bálint apenas podía mantener el ritmo.

Llegaron a un paso de la roca donde se abría un claro menudo, pero Zsukuczo no salió al prado, sino que se puso en cuclillas en el borde del bosque. Observó el paraje, aunque allí la niebla era aún más densa y apenas se veía más allá de veinte pasos. Los abetos de enfrente eran sombras ligeramente más oscuras que el vapor. La roca que se alzaba a su lado parecía una cortina ligera.

Un chasquido. Un crujido. El golpeteo de las ramas como si las golpeasen con un bastón. Desde la izquierda se abría la espesura y con pasos largos el ciervo salió al pequeño prado. Era un animal tan grande como un caballo.

Levantó la cabeza con un orgulloso gesto imperial. Su cornamenta tenía tantas puntas negras y brillantes que era imposible contarlas a pesar de su cercanía, no estaba más allá de un tiro de piedra.

Se detuvo, alzó la frente, sus gruesas ramas luchadoras apuntaron al cielo como dos cimitarras y lanzó un bramido de impotencia con tanta fuerza y profundidad que no había instrumento que lo imitase. Su aliento ardía, como su deseo, desprendiendo una nube de vapor por la boca.

Dio un paso más.

De repente echó a correr por el bosque. No había nada, ni espinas, matorrales o ramas de abeto que lo desviasen del camino. No conocía obstáculos que le impidiesen avanzar, no había nada que lo obligase a agachar su cabeza altanera. Por donde pasaba crepitaban las virutas o se rompía todo lo que tocaba con la cornamenta, no cambiaba de camino porque era el señor de esas tierras. El señor coronado, el rey del bosque. Se oyeron sus pasos atravesando el bosque y volviendo al Muncsel, de donde había bajado el día anterior y donde probablemente había dejado a las hembras.

Les produjo gran alegría verlo. Bálint, durante un rato, olvidó lo que lo mortificaba; luego premió más de lo debido a Zsukuczo, que ya se había acostumbrado a las locuras del *maria ta*: solo quería ver los animales, no cazarlos.

Después de muchos días, era la primera vez que Bálint estaba de buen humor.

De vuelta al prado, donde los esperaba el Meloso, Bálint envió a Zsukuczo al campamento. Ellos dos se quedaron. Sentados en un tronco hablaron sobre los datos que el Meloso había recogido sobre el notario. Discutieron sobre cómo, cuándo y dónde podría Bálint reunirse con los perjudicados sin que se hiciera público. Al volver de la expedición, había decidido que se quedaría más tiempo en los neveros.

Sería lo mejor. Allí no había más complicaciones que ser cortés y poner cara impasible cuando tocaba. Y si Adrienne se decidía, podría avisarlo fácilmente. Decidió además caminar mucho, cansar el cuerpo, para, de ese modo, poder dormir. Desde hacía semanas sufría de insomnio.

Caminaron lentamente de vuelta, deteniéndose a menudo y escuchando... No oyeron más bramidos, quizá porque el ciervo había cruzado la cresta o porque se había alzado el viento y el murmullo del abetal acallaba otros ruidos.

Eran las nueve de la mañana cuando Bálint llegó a su tienda.

Estaba asando un trozo de tocino en el fuego. Estaba evocando la hermosa experiencia vivida cuando, desde la cabaña de los *gornic*, oyó la trápala de un caballo y, a los pocos minutos, Winkler, el ingeniero forestal, se presentó.

Se trataba de una visita inesperada. Bálint pensaba que Winkler estaba en el Béles. No habían quedado en verse, por eso pensó que su visita era casual, pero cuando le vio la mirada, entendió que tenía una buena razón para venir. La expresión de Géza Winkler era seria y ofendida. Después de los saludos habituales le preguntó:

—¿Ha pasado algo? ¿Algún problema?

Winkler cogió los quevedos, se los ajustó un par de veces —algo que era muy propio en él cuando estaba enfadado— y dijo en tono frío y mesurado:

—¿Problema? ¡No! No es un problema. ¡Ni mucho menos! Tal vez sea un poco sorprendente y me parece imposible que el señor conde no lo sepa, puesto que es usted quien dirige la explotación forestal...

No dijo más, se calló.

—Pero ¿qué ha pasado? No entiendo de qué está hablando.

En vez de responder, el ingeniero sacó un sobre gris de su chaqueta y, con gesto furioso, se lo entregó a Abády.

—¡Aquí lo tiene! —dijo y giró la cabeza.

Era una carta con la firma de Ázbej. Una carta de despido. Decía que la condesa Abády prescindía de los servicios de Winkler. Pero había algo más. La última frase tenía otro sentido. Considerando que el contrato del ingeniero forestal terminaba a finales del próximo año, desde ahora y hasta entonces estaba obligado a enviar los informes al despacho de la condesa y a recibir todas las instrucciones directamente desde allí.

A Bálint se le hundió el mundo.

No solo habían puesto a Winkler de patitas en la calle, sino a él también. Su madre no solo lo había expulsado de Dénestornya, sino de los neveros que él había arreglado y convertido en tierras rentables. Ázbej no había tardado en aprovechar su ausencia para despedir al ingeniero, que era una persona honesta y hacía un trabajo estupendo. Su destierro sería más severo de lo que pensaba. Ázbej sencillamente había utilizado la ira de la vieja para hacer su jugada.

Durante un rato se quedó mudo. Al final le devolvió la carta.

—¿No ha leído, señor ingeniero, la última frase?... ¿Piensa que la he escrito yo? ¿No le queda claro lo que significa?

—¡Discúlpeme! —contestó Winkler después de sumergirse en la carta y

comprender las palabras de Bálint—. Estaba tan indignado por lo que se refería a mí que me he comportado como un tonto... ¡Un tonto! Perdóneme. No me he dado cuenta. Así todo es distinto. Muy distinto. —Y se le encendió la cara, porque a pesar de ser muy irascible y alocado, era una buena persona—. Me molestó porque pensaba que usted... creía que apreciaba mi trabajo... Pero si es así, no importa... Encontraré otro trabajo... No importa, aunque iba a casarme... Pero puedo esperar... puedo esperar...

Habló largamente porque aunque Winkler no era un gran conocedor del alma humana, debió de intuir que la carta del administrador era solo un síntoma de una enfermedad mucho más seria y trágica. Y como no podía preguntar ni consolar a su jefe, intentó expresar su simpatía con verborrea. Y, para darle más énfasis, se quitó los quevedos.

Bálint decidió ese mismo día bajar de los neveros. Le parecía imposible permanecer allí en su nueva y degradada condición.

Ser un bracero donde, hasta ahora, había trabajado con tanta alegría y se había preocupado por tantos detalles, puesto que todo dependía de él. Cómo iba a quedarse si no sabía siquiera si al día siguiente el señor Ázbej le quitaría a los *gornic* o incluso el uso de los fornidos caballos de la heredad. Aquel fue suficiente motivo para largarse. Antes de que se hiciese público que desde ese mismo día ya no era nada ni nadie en esas tierras, antes de que se compadeciesen de él sus propios servidores — quienes le tenían gran apego—, antes de que el señor Gaszton Simó y sus compinches celebrasen la victoria al oír la noticia de su caída.

Inmediatamente mandó desmontar el campamento.

Hasta el Mereggyő fue a caballo. Allí se despidió de Winkler, quien había decidido acompañarlo hasta allí para expresar su simpatía. Se despidieron sin decir nada, con un afectuoso apretón de manos.

Desde allí llegó a Bánffyhungyad traqueteando en un carro. Por suerte, había dejado su automóvil en el pueblo, de manera que no tuvo que tomar el tren en la estación, pues le espantaba la idea de encontrarse con algún conocido. Se fue, por tanto, a Csucsza para llegar antes que el tren expreso nocturno.

Ya había anochecido. ¡Mejor!

No había nada que le hiciese volver la mirada, nada de que despedirse, al contrario de cuando se marchó de Dénestornya. Iba corriendo a toda velocidad en la noche cerrada, la corriente le refrescó la frente, los haces de luz de los focos atraían su atención. «¡Cómo una gallina hipnotizada!», pensó. Fue capaz de recordar el día con amarga ironía. De madrugada, el ciervo imperial; por la mañana, la ira infundada del buen ingeniero, y ahora, la loca carrera de huida.

Pensó que Gaszton Simó tenía mucha suerte. Ahora que por fin había llegado la hora de castigarlo por su despotismo, se salvaría gracias a la casualidad.

«¡Qué suerte tienen los canallas! ¡Una suerte de locos!», pensó.

Se sucedieron semanas monótonas, al menos para Bálint. En cambio, para el mundo de la política fueron muy agitadas.

Durante su estancia en Transilvania, la situación de la coalición se había vuelto tremendamente tensa.

Por todo el país la campaña de propaganda a favor del banco emisor independiente se había caldeado y el ala del Partido de la Independencia de Justh había organizado una asamblea popular tras otra. Lanzaron diatribas contra su líder nominal, Ferenc Kossuth, y declararon que en ese asunto no aceptarían una solución provisional. Entretanto, el Ministerio de Defensa común para Hungría y Austria presentó una demanda al gobierno de Wekerle exigiéndole su apoyo para que el Parlamento aprobase de inmediato quinientos millones de coronas para el ejército.

Indudablemente era muy urgente dada la carrera armamentística de toda Europa, especialmente de Rusia. El equipo militar de la Monarquía estaba obsoleto, por eso la demanda estaba más que justificada. El Imperio de los Habsburgo, fuese adversario o aliado, sería inútil si no contaban con una defensa efectiva. Sin embargo, el hecho de que presentasen la demanda justo cuando era obvio que el gobierno era incapaz de cumplirla, hizo pensar que había sido una maniobra del heredero de la Corona, quien había contado con que su candidato, László Lukács, llegase al poder.

El gobierno volvió a dimitir por segunda vez. Es más, Wekerle anunció en el Parlamento que la coalición se había disuelto, pero el rey les dijo: «*Maul halten und weiter dienen!* ¡Cierren el pico y cumplan con su deber!», y no los dejó marcharse.

Así pintaba la situación cuando Abády llegó a Budapest. Lo que pasó después ya lo pudo ver desde primera fila: una infinita crisis gubernamental con innumerables versiones. Un gabinete provisional dirigido por Wlassits, primero con Kossuth como candidato a la presidencia, después con Andrásy. Apenas se hablaba de los posibles presidentes, pues la noticia había caído en el nirvana gris de las ilusiones irrealizables. Wlassits no tenía mayoría; Kossuth solo aceptaba la presidencia con la condición del banco emisor y de la zona aduanera independientes; Andrásy, a su vez, si se concedía la voz de mando en húngaro, algo sobre lo que insistió hasta el final. Pero la Corona no pensaba ceder, aunque Andrásy había ofrecido una fórmula según la cual solo mantendrían las exigencias militares en teoría, sin intención de ponerlas en práctica. Todas las maniobras fueron estériles y solo agravaron el caos que se había producido al disolverse la coalición.

La opinión pública se cansó de tanta agitación inútil. Las masas dejaron de interesarse por los partidos, a pesar de que los diferentes periódicos de los miembros de la antigua coalición no dejaron de vocear, echando sapos y culebras, y de hacerse la vida imposible mutuamente. Ya nadie creía lo que decía la prensa. La coalición había perdido su credibilidad. La nueva legislatura había cometido su propio pecado original al decir que su triunfo era el triunfo de la oposición, cuando en realidad se había tratado de una capitulación. Los eslóganes sobre un país multiétnico, que le

habían dado la mayoría, y lo que continuó anunciando durante su gobierno resultaron ser un mero recurso electoral. Negaron que hubiera existido un pacto previo con el rey y varias condiciones para formar gobierno hasta que poco a poco se hizo público que no solo había existido dicho pacto, sino que había sido el precio que la coalición había tenido que pagar para llegar al poder. Por último, se habían comprometido a acometer la reforma del sufragio, pero durante tres años y medio no habían hecho nada. La opinión pública estaba desilusionada con la coalición.

Sus líderes siguieron la lucha en el vacío político en que habían caído. Continuaron coreando las mismas frases efectistas por las que habían sido adorados como héroes —paridad entre bancos, zona aduanera independiente, voz de mando en húngaro, la tricolor nacional en la borla del sable— y asimismo continuaron repitiéndolas entre los aplausos de las asambleas populares y de los partidos. Y entre tantos vótores no percibieron que sus palabras ya no tenían eco.

El público, desilusionado, ya no les hacía caso. Más aún cuando ya no se advertían señales serias de cambio. Nadie sabía y a nadie le importaba que en el juicio contra los traidores de la patria celebrado en Zagreb, treinta y un acusados hubiesen sido condenados a pasar en prisión entre cuatro y doce años, mientras que la prensa francesa elogiaba a los condenados. O que el zar de Rusia hubiese visitado a finales de octubre al rey de Italia en Racconigi. Era cierto que se habían publicado comunicados tranquilizadores sobre el encuentro de los dos monarcas, uno de los cuales era aliado de la Entente franco-inglesa y el otro, de las potencias centrales. «No se trata, ni mucho menos, de que Italia tenga intención de salir de la triple alianza».

Aquello era suficiente. Suficiente para calmar a las pocas personas que se asombraron de que el zar de todas las Rusias, que desde luego no era un emperador tan viajero como el rey Eduardo, hubiese ido a Italia. Allí acordaron por escrito el papel que desempeñaría Italia en caso de que los acontecimientos dieran un giro bélico.

A Abády tampoco lo afectó tanto como otras veces. Sus preocupaciones mortificadoras apagaban los acontecimientos exteriores. Ya ni siquiera frecuentaba el Parlamento.

Solo fue una vez a las ocho de la noche porque el intendente de la Cámara le había llamado por teléfono y le comunicó que había pasado una catástrofe. El Parlamento no tenía quórum desde mediodía y por eso no podían cerrar la sesión. El último punto del orden del día era siempre establecer la agenda para el siguiente. Se trataba de una mera formalidad, pero se necesitaba la aprobación de la Cámara. Generalmente a nadie le importaba cuántos legisladores estaban presentes, pero aquel día había sucedido algo.

El prelude fue que ya por la mañana, al discutir la inmunidad de un diputado eslovaco, su compañero había apuntado que la sesión no tenía quórum. Pasaron lista. No eran suficientes. Justh suspendió la sesión y durante la media hora de pausa todos

llamaron por teléfono a sus correligionarios. Luego se volvió a abrir la sesión, pero solo llegaron cincuenta y nueve y eran necesarios cien.

¡Nunca había pasado una cosa semejante! Aquello era una vergüenza, pero el reglamento era el reglamento y había que cumplirlo. La campanilla sonó y los alguaciles empezaron a correr arriba y abajo. ¡En vano! Había menos diputados que antes: solo cincuenta y siete.

Y fue en ese momento cuando decidieron llamar a Abády, que llegó unos minutos antes de las ocho. Por el pasillo tuvo que pasar entre unos diputados del Partido Popular que estaban fumando. Parecían muy alegres. ¡Excelente broma! ¡Qué furioso estaba el gordo de Justh! ¡Y Holló! ¡Echaba chispas! ¡Estupendo!

—¡No tengas tanta prisa! —le gritó uno a Abády—. ¡Qué tomadura de pelo! ¡Ha sido una idea estupenda! Ahora vamos a pedir champán. Vente con nosotros. Aquí no habrá resolución hasta mañana y, además, ¿para qué ayudar a los partidarios del banco?

En la sala de sesiones, el intendente estaba contando a todos los presentes, pero con Abády no sumaban noventa y ocho. Los funcionarios iban y venían con informes en la mano, avisando si habían hablado con más diputados y si estaban dispuestos a acudir al Parlamento o no. Sin embargo, los diputados siguieron llegando y, cuando las manillas del reloj alcanzaron las ocho —¡albricias!— fueron ciento cuatro. ¡Sí, los ciento cuatro diputados necesarios estaban reunidos! «¡Por favor, que no se ausente nadie!», gritó el intendente general y se marchó corriendo. Justh volvió enseguida y, por fin, pudieron cerrar la maldita sesión.

Bálint se fue a casa caminando.

Estaba triste. Lo que había alegrado a los miembros del Partido Popular y había puesto furioso al séquito de Justh, a él lo había deprimido.

¿Tan bajo podía haber caído el entusiasmado bando nacionalista? ¿Tan bajo en tan solo un trimestre? ¿Tan bajo que el Parlamento, que según ellos era sagrado, la salvación de la nación, había llegado a ser el teatro de un deleznable espectáculo?

Había quienes lo usaban para divertirse. Para otros era el terreno donde, con un poco de astucia, se podía eludir los reglamentos. La gran mayoría de los diputados ni siquiera acudía. No merecía la pena, era pura palabrería. El Parlamento no se reunía porque desde hacía meses no había trabajo legislativo. En realidad no había gobierno, ni mayoría, solo la carcasa de la maquinaria del Estado. «Como el caparazón de un insecto que uno encuentra en el polvo, que parece completo pero está muerto desde hace tiempo», pensó Bálint. A eso habían conducido el país los hombres que, como personas, eran diligentes y honestos; líderes como Andrásy y Wekerle, que eran hombres de Estado con mucha experiencia, y el resto, personas dotadas de buena voluntad, de conocimientos y altruismo.

«Es como si una maldición nos persiguiera...».

Los días y las semanas pasaron monótonos, como si la indiferencia general hubiese puesto su manto de plomo sobre los hombros de Bálint. Solo si recibía carta de Adrienne tenía la sensación de estar todavía vivo.

Al principio, él apenas le escribía, pero con el paso del tiempo lo fue haciendo cada vez más. Desde finales de octubre, cada dos o tres días. Le daba igual que lo notasen en Almáskő, le daba igual que le causara problemas a Adrienne. ¡Mejor! De ese modo podría salir de ese infierno de cenizas en que vivía. Escribía con un tono cada vez más exigente y ardoroso. Y lo hacía de manera premeditada, sopesando cada palabra, cada argumento. Las cartas estaban muy bien redactadas. Reunía todas las palabras que sabía que harían daño a Addy. Así se veía obligado a actuar para forzarla a dar el paso. Le describía su miseria anímica, su destierro, su soledad en la oscura habitación de un hotel, el repetitivo sueño en el que cada noche veía su malograda finca de Dénestornya. Le dijo que no podía trabajar porque ya no le interesaba nada.

Le escribió contándole otras cosas: que se había encontrado por casualidad a Lili Illésváry con los Szent-Györgyi en Budapest y había comido en su casa, que lo habían vuelto a invitar a Jablánka y que Lili le había sonreído al decir: «Yo también voy a estar». Solo en ese momento pensó Bálint en aprovechar el encuentro. Tal vez así pudiese provocar celos en Adrienne. Por eso le contó también que en verano, jugando al *jenkins* en el Club Parque, se había dado cuenta de que le atraía la muchacha. La elogió diciendo que era una joven amable y guapa, transcribió sus palabras acariciadoras. Aquello era una crueldad, pero tal vez fuese eficaz.

Gran parte de las cartas hablaban de aquel hijo suyo que deseaba locamente. Aquel tema tan recurrente volvía a ser cada vez más profundo. Buscó argumentos apremiantes que posibilitasen su nacimiento. De tanto buscar las razones del alma, el propio deseo llegó a dominarlo. Sus últimas cartas ya no hablaban de otra cosa y la imagen del hijo se confundía con la de la mujer. El precioso cuerpo de la mujer era un medio perfecto para cumplir con ellos el fin de su amor.

Las respuestas de Adrienne comenzaron a escasear. Al principio intentó argumentar, dando explicaciones vagas, que todavía no podía, no... y no. Y a veces le escribía hablándole de responsabilidad. Pero sus cartas se volvieron breves, solo eran palabras violentas, agotadas como los latidos del corazón. Al final solo decía: «Solo pienso en ti... No me tortures... Tú no lo sabes... no lo sabes...». Ya no mencionaba a su hija. Bálint notó que había elegido una buena estrategia y por eso le siguió enviando cartas aún más implacables, aunque le doliese en el corazón.

Por fin, el correo trajo una larga carta de Transilvania datada el 10 de noviembre: «No puedo más —había escrito la mujer—. No puedo más».

En tono seco y formal se lo contó todo: que había decidido solicitar el divorcio pasara lo que pasase. En ese mismo momento. Llamaría a Absolon a Almáskő y le

daría la carta en la que anunciaba su decisión. Así, sería una persona de confianza quien se la entregase a Uzdy. Ella se iría a Mezővarjas y el viejo actuaría después. Pero Bálint haría mejor quedándose en Budapest... No debía moverse de allí, ni escribirle. Tampoco debía darle las gracias, no lo soportaría, «porque lo que voy a hacer es una jugada arriesgada y lo voy a hacer también por mí misma, no solo por ti. Quiero que sea exclusivamente responsabilidad mía, en caso de que me lleve a la catástrofe...».

Solo así podría tener éxito, tal vez. «Te avisaré de lo más importante, pero no te preocupes porque puede que pasen diez o doce días, quizá más, hasta que pueda informarte».

La carta terminaba con una posdata:

«Uzdy parece más tranquilo últimamente». Y una palabra más: «¿Quizá?».

La última palabra, subrayada dos veces.

«¿Quizá?».

Las seis letras y las dos interrogaciones resumían la terrible lucha psíquica que Adrienne libraba desde hacía tres meses, cuando el doctor Kisch los había visitado la primera vez.

Las pocas frases que el médico alemán había pronunciado poniendo énfasis en cada una de las palabras cobraron sentido para ella muy poco a poco. «Padres mentalmente débiles... nerviosismo latente... cualquier conmoción psíquica podía provocar una crisis de peligrosas consecuencias...». Esas habían sido sus palabras y las volvió a repetir cuando a principios de septiembre les hizo una segunda visita, pero Adrienne llegó a comprender su sentido muy poco a poco.

¿Su marido estaba al borde de la locura o ya se había vuelto loco?

Durante sus diez años de matrimonio, muchas veces lo llamó loco para sí, pero nunca en sentido patológico. Nunca se le había ocurrido pensar que Uzdy estuviese amenazado por la demencia. Nunca lo había observado desde esa perspectiva. Pero ahora tenía que afrontar la posibilidad —una pesadilla monstruosa que destruiría todo su futuro—, porque si su marido era declarado demente, no podría divorciarse de él. Así rezaba la ley.

Intentó encarar su pánico ella sola. No se lo dijo a Bálint —¿para qué preocuparlo?—, tal vez porque inconscientemente le aterraba pensarlo o tal vez de manera inconsciente para evitar así que al pronunciar aquella maldita palabra se hiciese realidad. Tampoco se admitió a sí misma que estaba pendiente de cada palabra, de cada gesto de Uzdy. Ahora lo observaba de manera distinta. Hasta ese momento, había vivido en un constante estado de alerta. Los primeros años se había defendido a sí misma; más tarde, ya enamorada de Bálint, había defendido la seguridad de su amado. Ahora lo observaba objetiva y meticulosamente. Lo vigilaba, pero ya no como a un enemigo de guerra, sino con la objetividad de una enfermera.

Posiblemente por eso se atenuó el odio que sentía hacia Uzdy, porque ahora el enemigo no era tanto él como la enfermedad que lo amenazaba desde fuera y que destruiría con fuerza sobrehumana todo lo que su alma femenina anhelaba.

Desde ahora todos los actos de Pál Uzdy se consideraban síntomas. Estos representaban un sinfín de datos tremendamente complejos que la confundían cuando quería encontrar en ellos algún orden. Un día estaba optimista, al otro desesperada.

Aparentemente no pasaba nada nuevo, nada insólito. Uzdy parecía el de siempre: irónico, altanero, cortés, pero desdeñoso y, por segundos, aterrador. Trabajaba en los milagrosos cuadros como había estado haciendo, quizá un poco más, porque el doctor Kisch le había alabado el trabajo. Hacía menos caso a su mujer, quizá porque tantas horas extras nocturnas estudiando sus tablas le cansaban o porque las sustancias que

le había dado el médico alemán lo calmaban. La situación parecía normal, casi más tranquila que antes, excepto por un detalle.

Y este era muy alarmante. Había empezado poco a poco, de modo casi imperceptible, cuando la vieja condesa Clémence había vuelto de Meran. Uzdy comenzó a fastidiar a su madre intencionadamente y sin razón. Buscaba la oportunidad para reñirla, a veces en tono grosero. En verano Adrienne no se había dado cuenta, solo le llamó la atención ahora, al escudriñar cada gesto.

Esa ira instintiva era cada vez más intensa. El primer síntoma fue cuando llegó la nueva institutriz francesa y la vieja condesa la colocó en un puesto superior a la niñera inglesa, lo cual era natural porque la primera era profesora titulada. Uzdy no se metió en el asunto, pero aprovechó cada oportunidad para humillar a la nueva institutriz mientras lanzaba maliciosas y burlonas miradas a su madre. Hubo otros detalles. Exigía explicaciones a su madre si pedía el carruaje, si cambiaba de jardinero, si enviaba una cesta de ciruelas al párroco de Nagymás. Antes no le había interesado en absoluto el gobierno de la casa, pero ahora lo controlaba todo con empeño incansable solo para poder remarcar fallos y errores. Y cuando se los reprochaba a la vieja, se le notaba que se controlaba para guardar la compostura ofensiva y burlona que últimamente usaba ante ella o terminaba perdiendo los estribos gritando como una furia.

A Adrienne le producía escalofríos estar entonces presente. ¿A qué se debía ese extraño odio larvado? ¿Y la ira reprimida que parecía ser la revancha por un agravio secreto? ¿Por qué cambiaba Uzdy de actitud respecto a su madre, con la que siempre había formado un frente contra ella? ¿Por qué trataba tan mal al único ser al que amaba en la vida?

¿Y por qué la vieja lo aguantaba sin chistar?

La vieja condesa le contestaba con voz helada, tranquila, nunca más de lo necesario. Su cara no se inmutaba, sus rasgos eran de mármol; sus ojos, de vidrio; su mirada no se fijaba en su hijo, sino que se perdía en la lejanía, en otros tiempos...

Pero la situación no era siempre igual. A veces pasaban diez o quince días sin ningún incidente, pero después la aparente calma se interrumpía con una escena espeluznante. La más estremecedora conmovió hondamente a Adrienne.

Había ocurrido a mediados de octubre. Se encontraban en el gran salón ovalado, como siempre después del almuerzo. Adrienne estaba haciendo labores de punto; su suegra, al otro extremo de la mesa, estaba sentada en el sofá con las manos en el regazo, la espalda recta, casi rígida, como era habitual en ella. Los tres estaban callados como siempre. El silencio reinaba en el salón color ceniza, solo los pasos estudiados y afectados de Uzdy sonaban con fuerza contra el parqué.

Adrienne, sin levantar la mirada de su trabajo, vio que Uzdy lanzaba una mirada fulminante a su madre cada vez que pasaba por su lado. Pasaron así un rato largo,

muy largo. La joven intuyó que algo se preparaba, algo aterrador, como si el aire bajo las bóvedas fuese a convertirse en una nube de tormenta. Tal vez la vieja también, pero no dio señales de percibirlo. Al contraluz, su blanca corona de pelo estaba bañada en plata. Su cara permanecía en la sombra.

Cuando Pál Uzdy volvió del rincón por centésima vez, se detuvo detrás de la butaca de su mujer y se agarró al respaldo con las dos manos, que temblaron de la tensión.

—Me permites una pregunta —se dirigió a su madre—, ¿por qué me espías?

—No entiendo de qué estás hablando... —contestó la vieja.

Uzdy soltó una risa malvada, amenazadora.

—¿De verdad? ¿No lo entiendes? ¡Pues te lo voy a explicar! Ya hace tiempo que he notado que por debajo de mis ventanas pasan sigilosamente figuras oscuras. Se detienen, me espían, continúan el paseo, vuelven...

—Seguramente es el guardia nocturno —respondió la señora Uzdy fríamente—, creo que es su tarea.

—¿Sí? ¿Sí? ¿Sí? ¿El guardia nocturno? ¿De verdad? ¿De verdad? —Se inclinó tanto que su pecho tocó el cabello de Adrienne—. ¿Solo el guardia nocturno? —Y exclamó—: ¡No es verdad! ¡No lo es! ¡No!

La condesa Clémence se encogió de hombros y no contestó. Su hijo volvió a controlar su ira.

—Esta noche he salido. He recorrido el jardín. ¡Y los he visto! ¿Me entiendes? ¡Los he visto! ¿El guardia nocturno? ¡Qué va! Eran muchos. Muchos. Muchísimos. Detrás de cada árbol. Por todas partes. Y estaban susurrando. ¡Los oí hablar! Y se escondieron, pero yo los vi... y ¡lo sé!

Se calló y dio otra vuelta por el salón con pasos apresurados, nerviosos, sus zapatos casi resbalaban por el parqué. Cuando regresó a la mesa volvió a la carga:

—¡Lo sé! ¡Lo sé bien! Tú los has puesto allí para espíarme. ¡Sí! ¡Y ten cuidado! ¡Mucho cuidado! Porque sé más, mucho más. Sé que mezclan distintas sustancias en mi vino y en mi comida. ¡Sí! ¡No intentes negarlo! ¡Lo sé!

La vieja contestó secamente:

—¿Cómo te van a poner sustancias, si los tres bebemos y comemos lo mismo?

—¡Cállate! —bramó Uzdy dejando caer su largo brazo sobre la mesa—. ¡Cállate! Te conozco bien. Y te lo advierto: ¡ten cuidado! —se estiró. Su figura larguirucha y alicaída se alzó, sus puños comenzaron a dar vueltas en sus brazos como aspas de molino. Su voz ya no parecía humana, sino el aullido de un animal aterrado y amenazador—: ¡Ten cuidado!... ¡Ten cuidado!... ¡Teen cuidaaadooo!

De repente se dio la vuelta y, como si hubiese salido despedido por un muelle, se deslizó hasta la puerta, la abrió de golpe y con sus largas extremidades dibujando círculos en el aire salió empujado por una fuerza invisible y volvió a cerrar con un portazo tremendo.

Las dos mujeres se quedaron petrificadas durante unos minutos. Luego, la vieja

señora Uzdy se levantó y con su calma imperturbable, la cabeza levantada y la mirada fría, se marchó. Adrienne se quedó sola.

Después del asombro, pensó sin querer en su suegra. ¡Qué dolor más terrible tenía que ser para su alma altanera! Por primera vez en su vida sintió compasión por la vieja. Desde su noviazgo, la consideraba su enemiga; solo ahora, en ese momento de preocupación común, aunque de carácter distinto, se despertó en ella la piedad. No podía dejarla sin más, sin actuar.

Se levantó de un salto y no pensó en otra cosa que en expresar lo que sentía. Hizo algo que casi nunca había hecho desde que vivía en Almáskó. Entró en la habitación de la vieja.

La alcoba apenas estaba alumbrada por la luz crepuscular. No entraban los rayos del sol a través de las celosías cerradas. Adrienne se sorprendió. La habitación parecía vacía. La repasó con la mirada. A la derecha había una imagen de Cristo cara a la pared, sin luminaria. El reclinatorio estaba apartado en un rincón. «¡Claro! La vieja señora Uzdy está enfadada con Dios desde que murió su marido», pensó la joven. Ya iba a retirarse cuando una voz sonó desde la izquierda, desde muy cerca.

—¿Qué quiere?

Adrienne se percató en ese momento de que su suegra estaba acostada en el diván cubierto de terciopelo negro. Su traje negro como el hollín no se diferenciaba del terciopelo, por eso no la había visto. Además, estaba de espaldas, cara a la ventana, y solo se le veía el tocado de viuda. Dejaba descansar la barbilla sobre los dos puños y tenía los codos apoyados en el diván.

Había algo emocionante en la imagen: la vieja, de luto, acostada boca abajo en el diván, como si el cuerpo ya aguardase el ataúd.

Adrienne se puso delante, pero la vieja no levantó la mirada que tenía clavada en el suelo. Volvió a preguntarle:

—¿Qué quiere?

—Solo quiero hablar... Ha sido tan horrible... Deberíamos hacer algo... —dijo, e iba a contarle lo que hasta ahora le había escondido: que el doctor Kisch ya había examinado a Uzdy y que tal vez ahora deberían llamarlo. Pero estaba tan emocionada que se atascó.

No obstante, la señora Uzdy casi no oyó lo que había comenzado. La interrumpió bruscamente:

—¡No se meta en mis asuntos! Y lo que yo haga es asunto mío. ¡Exclusivamente mío! —dijo jadeando con odio reprimido.

Aquello fue un mazazo. La resolución de Adrienne se disipó. Se le despertó un odio irrefrenable, pero antes de poder contestar volvieron a golpearla las palabras de la vieja:

—Es culpa suya que hayamos caído tan bajo. Usted ha traído la maldición a esta

casa, usted ha envenenado a mi hijo. ¡Sí! ¡Con su blanca piel de muchacha! ¡Sí, ha sido usted! Desde el primer momento supe lo que pasaría. ¡Ahora lárguese de aquí! ¡Lárguese!

Lo dijo sin moverse, siseando a través de sus delgados labios. Sus ojos brillaban como los de los dementes maniáticos.

No había nada que hablar. La madre tal vez estaba más enferma que el hijo. Adrienne se encogió de hombros y su ira se borró. Salió al aire libre.

Se detuvo delante de la casa.

La montaña se alzaba oscura, negra, tras el patio cubierto de césped. El bosque parecía derrumbársele encima, las crestas se alzaban a alturas infinitas para cubrirle el cielo. Tuvo la sensación de que la separaban del mundo y la aprisionaban para siempre en esa terrible cárcel.

Pero el desesperante panorama cambió esa misma noche. Adrienne no volvió a ver a nadie hasta la cena. Estaba esperando junto a su enmudecida suegra cuando se abrió la puerta y entró Uzdy alegremente.

—¿Qué pasa? ¿Te has asustado, verdad? —se rio de su madre—. Te lo has creído, ¿no? Te has creído que me he vuelto loco. ¿Verdad? ¡Ja ja ja! ¡Qué risa! ¡Soy un actor de primera! ¿Verdad? ¡Un Talma<sup>[16]</sup>! ¡Un Talma real!

Luego le cogió la mano con un gesto acariciador y la llevó al comedor, donde continuó charlando animadamente. Ahora parecía casi un niño, más agradable que en sus mejores días.

Y continuó así toda la noche, como si quisiera disculparse por la tremenda escena.

Adrienne lo observó con más cautela, pero no le encontró nada insólito. Los amenazadores síntomas desaparecieron aquella noche y solo muy de vez en cuando se volvió a encender aquella luz malvada en sus ojos. ¿Sería posible que su nerviosismo hubiese alcanzado la cumbre? ¿Que el último ataque de ira hubiese resuelto la crisis? Algo así le había explicado el médico: «Los períodos de excitación largos o cortos se alternan con temporadas de calma...».

Y como quería creérselo, poco a poco se lo creyó.

Las cartas de Bálint la mortificaban más y más. Las leía con dolor desesperado mientras la preocupación le apretaba el cerebro como un casco de plomo. Pero ahora se le abría el camino a la libertad. Las cartas no cesaban, largas, larguísimas, repletas de tal deseo y amor ardiente que casi le quemaban los dedos, pero la mortificaban horriblemente porque todas las palabras llevaban implícitas un reproche y eran una demostración de lo que Bálint había sacrificado por ella.

Así llegó el día en que Adrienne por fin se decidió. No fue fácil. Reflexionó largamente si no provocaría un nuevo ataque con su partida, si su marido no se volvería loco justamente por eso. Entonces todo habría sido en vano porque estaría encadenada a él para siempre. ¿No debía esperar un poco más? ¿Llamar al médico

para que decidiese él? ¿No valía la pena estar segura?

Pero no fue capaz de postergar más la decisión. La esperaban. La esperaban la vida y el futuro. La esperaba el hijo que nacería de ella. La esperaba todo lo que llenaba su corazón...

No obstante, quería actuar con cautela, por eso pensó en Absolon. El viejo tártaro solía visitar a su hermana una o dos veces al año. No llamaba la atención si se presentaba sin anunciarse. Se mostraba bien dispuesto hacia ella y ejercía cierta autoridad sobre Uzdy. Si había alguien que pudiese ayudarla cuando estallase la bomba, era él. El mismo día que escribió a Bálint, también le envió una carta a Absolon. El quinto día llegó la respuesta: Absolon estaba dispuesto a ayudarla, pero no podría ir inmediatamente porque sufría mucho de la pierna. Iría a Szászrégen y en unos días el doctor Kisch lo prepararía para el viaje. Entonces iría. Enviaría un telegrama a su hermana. Sería lo mejor.

Los días fueron lentos y agobiantes temiendo que empeorara el estado de Uzdy. Pero la mejora, afortunadamente, parecía duradera. Daba impresión de equilibrio y Adrienne consideró buena señal que su marido volviese a interesarse por la administración de la granja, que había abandonado últimamente por la realización de sus cuadros numéricos. Lo constataba el hecho de que mandase que le llevaran la saca del correo antes de despacharla para Nagyalmás todos los mediodías. Quería contestar el mismo día las cartas que los administradores le enviaban desde las fincas más lejanas. Ese había sido el sistema que había seguido antes de dedicarse a los números. Los controlaba así, vía cartas y mensajes. Fue un síntoma tranquilizador que volviese a concentrar su atención en esos asuntos.

A Adrienne no le pareció raro que se encerrase en su habitación con el correo ni que en dos ocasiones retuviera al recadero una hora. Tampoco le llamó la atención que fuese siempre el último en pedir la saca, cuando todo el mundo había echado ya su correspondencia dentro. Uzdy vivía en la planta baja y se levantaba tarde; era natural que le entregasen la bolsa cuando ya todo el correo estaba en la saca y el recadero partiese una vez que había pasado por su habitación.

«¡Qué suerte!», pensó Adrienne. Uzdy había vuelto a emplearse a fondo justo cuando había acabado su correspondencia con Bálint y Absolon.

De las señales alarmantes de los últimos meses solo permaneció una. La luz de odio. De vez en cuando se le encendía en los ojos al mirar a su madre, pero fue tan tenue que su mujer pensó —y quiso pensar— que eran los restos del nerviosismo pasado.

Era finales de noviembre. Hacía un tiempo espléndido, como era habitual en Transilvania la semana de Santa Catalina. Eran los últimos restos de tiempo cálido

que aún quedaban del verano y que solían despedirse con la primera nevada.

Adrienne salió temprano a dar su paseo habitual. Desde una colina vio la carroza de Uzdy vacía traqueteando por el camino de piedra. El mozo iba sentado con el cochero en el pescante, lo que significaba que se dirigían a la estación. Seguramente recogerían a un huésped y el mozo se encargaría de los equipajes.

¡Absolon! La carroza seguramente era para él. Casi se le salió el corazón: ¡por fin, por fin se liberaría de aquello! Rápidamente repasó los acontecimientos de las últimas semanas. ¡Sí! Todas las señales eran alentadoras. Era el mejor momento para comenzar los trámites del divorcio. Desde hacía mucho tiempo Uzdy no había estado tan tranquilo. ¡Sí, lo conseguiría, lo conseguiría!

El carruaje iba por el tren que llegaba a las nueve y media. Como los trotones americanos eran muy rápidos, probablemente a las diez y media Absolon ya estuviese en el castillo. Ella no quería estar cuando llegara, para que no pensasen que lo esperaba. Lo mejor sería que regresara a casa algo más tarde.

Dio un gran paseo por el bosque. Miró el reloj, ya habían pasado las once. El huésped debía de haber llegado hacía tres cuartos de hora. Ya podía tomar el camino de vuelta.

Pero apenas avanzó cien pasos bajando por el serpenteante sendero cuando ocurrió algo inesperado. Uzdy saltó de detrás de un árbol y, no con pasos afectados y estudiados, sino de prisa, muy de prisa, se fue directamente hacia ella. Era como si la hubiese estado acechando.

Era cierto.

—He estado esperándola, querida Adrienne, y me alegro, me alegro mucho, de poder verla —dijo el hombre. Se le escapó un suspiro y acto seguido se rio de manera cohibida—. ¿Le extraña? ¿Verdad? ¡No importa! A veces ocurren cosas extrañas. ¡Muy extrañas! —titubeó un rato y continuó con voz seria, casi suplicante—: Quiero que esté a mi lado hoy, siempre a mi lado. ¿Lo hará? ¿Verdad?

—Naturalmente, pero ¿qué pasa?

Uzdy dobló su figura larguirucha y se inclinó al oído de Adrienne. Su mirada irradiaba pánico.

—Mi madre... mi madre ha traído a un médico de Kolozsvár. ¡Contra mí! Dice que ha venido a ver a la niña, pero yo sé que miente... Por eso me he escapado a esperarla a usted, para que no me encuentre solo. ¡No! ¡No debo estar solo ni un momento!

Agarró los hombros de su mujer con manos nerviosas y los sacudió. Ella apenas percibió el susurro:

—¡La bruja de mi madre quiere encerrarme en un manicomio como a mi padre! Por favor, no lo permita... No lo permita... ¡Mientras usted esté conmigo no se atreverá!

—¡Eso son fantasías! ¿Por qué iba a pretender tal cosa?

—¡Sé que me quiere encerrar! ¡Lo sé! —gritó Uzdy desahogado—. Lo

sospecho desde hace tiempo... He abierto su correspondencia... Ella ha mandado llamar un médico... Lo he leído... ¡Lo sé! ¡Pero ahora vamos, vamos, vamos!

Agarró a su mujer de la mano y con sus largas piernas bajó la pendiente a tal velocidad que Adrienne apenas pudo mantener el paso.

Al llegar al césped frenó sus pasos. Se metió las manos en los bolsillos y avanzó hacia la casa con la mirada impasible. La mudanza fue tan rápida y tan perfecta que Adrienne habría creído que había soñado la escena anterior, si Uzdy no le hubiese susurrado entre dientes apretados:

—¡Quédese a mi lado! ¡A mi lado!

Delante de la casa, la vieja condesa Clémence charlaba con un señor desconocido. Cuando su hijo y su nuera llegaron, les presentó el doctor Palkovics y les explicó rápidamente, tal como Uzdy había dicho, que lo había llamado por su nieta. Continuó dando razones. Le parecía que la niña estaba nerviosa, que dormía mal por las noches y que a menudo se despertaba sobresaltada; por eso había pensado prevenir lo que fuese, seguro que nada serio, contando con una opinión experta. Habló extensamente, demasiado, comparando con su laconismo habitual. Además, se expresó con los modales afectados propios de las personas que nunca suelen disimular pero alguna vez están obligadas a mentir. Al final añadió:

—Además he pedido al doctor que me examine a mí también... —se rio como si fuera una broma.

El médico, un señor regordete, de buen humor, continuó:

—¿Por qué no? Cuando por fin llega un médico al pueblo, suele examinar a todo el mundo. Ya estoy acostumbrado. Me pasa lo mismo siempre que voy al campo.

Uzdy intervino. Optó por una actitud extrañamente servicial. Adrienne nunca lo había visto así. Se balanceaba poniendo su peso en una pierna u otra, con la cabeza agachada. Miraba a su madre y luego al médico. Daba la impresión de ser un perro alano gigantesco, pero flaco, que sentía el peligro y quería evitar la paliza alebrándose y humillándose. Su voz sonó dulzona y vilmente halagadora:

—Tal vez deba examinarme a mí también, ¿no? ¡Pues bien! Por supuesto. Vamos ahora mismo. Querida mamá, será lo mejor, ¿no? —dijo y se dirigió al médico—: ¡A sus órdenes, estimado doctor! Haga el favor de acompañarme a mi habitación, si no es mucho pedir. Adrienne, venga también con nosotros. Sí, ella también...

Los hizo entrar en la casa con un amplio gesto y recorrieron el pasillo. El médico iba delante y Adrienne detrás, cogida de la mano de su marido. Le apretaba la mano como un tornillo de banco, pero la humilde sonrisa no se borró de sus labios.

El viejo Maier los esperaba en el pasillo.

—¡Que los caballos nuevos estén enganchados en media hora! —mandó Uzdy y por el camino le explicó al médico—: Así usted podrá ya descansar en casa esta tarde, ¿verdad? Mejor, ¿no? Así no le robamos su valioso tiempo, doctor.

En la esquina giraron a la derecha, desde allí salía la escalera de madera a la planta baja del ala suiza, construida en roca viva. Adrienne casi se echó atrás antes de decidirse a pisarla. Odiaba esas escaleras. Las usaba su marido para subir a su alcoba y el crujido de los peldaños bajo su peso le producía una sensación terrible. Por eso ella nunca las usaba. Pero como le había prometido a Uzdy que se quedaría a su lado mientras el médico estuviese con él, no pudo echarse atrás. El anfitrión condujo a sus acompañantes a su alcoba. La ventana lucía un enrejado fuerte, como todas las del ala suiza, donde el padre demente de Uzdy había pasado sus últimos años. Era un cuarto austero y angosto. Solo había una cama de hierro contra la pared y pocos muebles más. Lo indispensable.

Uzdy invitó al médico a sentarse frente a él y se sentó en la cama con su mujer a su lado, muy cerca. Con ademanes exageradamente corteses y sonrisa humilde, dijo haciendo una reverencia:

—¡A sus órdenes! ¡Vamos a ver! ¡A sus órdenes!

El médico carraspeó y empezó visiblemente incómodo:

—Así, delante de la condesa... Esto es un poco... un poco insólito...

Uzdy lo interrumpió enseguida y agarró a su mujer del brazo:

—No hay secretos entre nosotros. ¿Verdad, Addy? Estamos muy unidos, mucho, ¿verdad? ¡A sus órdenes! ¡A sus órdenes!

Empezaron con las preguntas de siempre: si dormía bien, si aguantaba bien el trabajo y otras cuestiones más indiscretas. El hombre aparentemente contestaba con normalidad, dando respuestas satisfactorias. Hablaba como si hubiese preparado sus frases, aunque las pronunciaba lentamente, barajando cada palabra, pero el médico apenas pudo notarlo puesto que era la primera vez que veía al paciente. Luego examinó los reflejos de las rodillas, las reacciones oculares, lo hizo andar con los ojos cerrados, realizó la percusión pulmonar y le examinó el corazón. Uzdy lo dejó actuar con inmensa paciencia. Solo Adrienne notó que observaba las manos del médico con suma atención cuando le tocaba la cabeza o le colocaba el fonendoscopio sobre el pecho.

El examen duró bastante. Al final el doctor Palkovics anunció:

—Enhorabuena, señor conde, está usted más sano que un roble. Tal vez esté un poco nervioso, algo natural en los intelectuales, por eso le voy a recetar un sedante ligero. Deberá tomárselo una temporada. Eso es todo.

Escribió una receta con su estilográfica, se la dio y se levantó.

A Adrienne no la examinó. El médico sabía bien que lo habían llamado por el hombre y no quiso insistir.

—De todos modos, el carruaje ya le está esperando —lo apremió Uzdy—. Ya es hora de partir para poder coger el tren.

Desde el pasillo salieron por la puerta de servicio directamente al patio. Entre pilas de leña cortada y troncos de roble descortezados llegaron enseguida a los establos. Allí los esperaba la carroza. El médico subió y el carruaje se puso en

marcha. Uzdy no dejaba de decir:

—Muchas gracias, doctor, ha sido un honor, un placer. Gracias, muchas gracias...

Pero cuando el carruaje desapareció tras el portal, se estiró.

Volvieron a casa lentamente.

A medio camino el hombre se detuvo. Su rostro irradiaba triunfo. Miró a la mujer.

—¡Le estoy muy agradecido, Addy! Pero ahora váyase. Váyase a su habitación.

Adrienne, aliviada, obedeció gustosamente. La alegraba el simple hecho de que el especialista le hubiese dado un diagnóstico tan alentador, pero ahora deseaba estar sola, porque durante hora y media había estado muy preocupada sintiendo el tremendo nerviosismo reprimido de Uzdy. Era estupendo que todo hubiese acabado bien, sin problemas.

Entonces, ¿por qué le gritaba de nuevo Uzdy al alcanzar la casa? ¿Por qué le decía amenazadora: «Quédese en su habitación. ¡No salga bajo ningún concepto! ¿Lo ha entendido? ¡Quédese allí!»? ¿Por qué se le había contraído la cara? ¡Las venas hinchadas en la frente, la cara encendida, colorada! La mirada de Uzdy amargó su alegría. ¿A pesar de todo, seguía teniendo problemas? ¿Su comportamiento durante la visita del médico había sido fingido? ¿Por qué le ordenó que se quedase en su habitación?

Aunque no lo comprendió, le obedeció involuntariamente, pero no encontró calma en su alcoba. Le preocupaban esos modos nunca vistos en Uzdy, los que había utilizado durante la hora y media de examen, su humillación servicial, tan contraria al pánico que había demostrado en el bosque. Quería calmarse, pero su inquietud aumentaba como si se acercase algo terrible. Intentó captar los ruidos instintivamente. Esperó unos minutos, un cuarto de hora, sintió su corazón latir cada vez con más fuerza.

Y entonces, como una respuesta a su larga espera, de repente oyó desde alguna parte de la casa un bramido largo, animal.

Recorrió el pasillo. No encontró a nadie ni en el patio, ni en la antesala, pero la puerta del salón estaba abierta. Entró sin pensar.

Le chocó el espectáculo. Uzdy estaba tirado en el suelo. A su lado, el viejo Maier, arrodillado, le estaba abriendo el cuello. Una butaca volcada, y un poco más allá una clava de roble larga y limpia en el parque. ¡De la pila de leña! En el rincón, tras el sofá, estaba la vieja señora Uzdy. Tenía la cara más pálida que la pared gris contra la que se apoyaba. Captó todos los detalles en un instante, súbitamente el viejo mayordomo le dijo:

—*Bitte einen Diener rufen... bitte schnell! Der Herr ist ohnmächtig...* Por favor, llame a un criado... rápido... El señor se ha desmayado...

Tenía que haber ocurrido algo terrible si el viejo Maier volvía a hablarle en alemán. Se fue corriendo. Llamó a gritos a un criado; después, rápidamente, entró en

el comedor a por un vaso de agua. Cuando regresó al salón, Maier ya había incorporado el cuerpo de Uzdy, mientras el criado lo cogía por las rodillas. Lo levantaron y se dispusieron a salir.

—¡He traído agua! ¡Vamos a refrescarle la frente! —dijo Adrienne, pero Maier le apartó la mano—: Ahora no, en su alcoba...

Se lo llevaron. Los brazos y las piernas de Uzdy caían inertes. Parecía una marioneta rota. Adrienne se dio cuenta en ese momento de que tenía las sienes bañadas en sangre.

—Pero ¿qué ha pasado? ¡Por Dios! ¿Qué ha pasado? —se dirigió a su suegra.

La vieja había permanecido inmóvil, con los ojos cerrados. Al oír la voz de su nuera, muy lentamente fue abriendo los ojos hasta abrirlos de par en par. Estaba aterrada, como si hubiese visto una visión terrible. Se estiró y se apartó de la pared. Tenía la espalda recta, recta, y con su andar habitual, estruendoso, se marchó a su habitación. Abrió la puerta y la cerró tras ella en silencio.

Solo más tarde se enteró Adrienne de lo sucedido, se lo contó Maier.

Él había estado limpiando la plata cuando Uzdy entró del patio. Entró de puntillas con una clava de roble en la mano. Maier se sobresaltó, quiso cortarle el camino, pero su amo fue más veloz. La vieja condesa estaba en el salón, probablemente esperando el regreso del médico. Estaba sentada donde siempre, tras la mesa. Su hijo se precipitó sobre ella con la clava levantada. Por suerte la mesa estaba en medio y Maier alcanzó allí a su amo. Le cogió la muñeca y le torció el brazo con el viejo truco *Griff*, mientras le ponía la zancadilla para que se cayese de bruces. Lo había aprendido en un manicomio cerca de Graz. Era difícil frenar solo a los locos. El golpe de la caída solía atontar al enfermo y eso era mejor que luchar contra ellos. Esa vez le salió bien. Desafortunadamente, al caer, Uzdy se golpeó la cabeza contra el respaldo de la butaca. No se había hecho mucho daño, solo se le había levantado la piel de la cabeza y estaba ligeramente conmocionado.

Maier reaccionó enseguida, no quiso despertarlo en el salón: sería mejor que recobrase el conocimiento en otro entorno para que el recuerdo se borrara con facilidad. Ahora Uzdy estaba acostado en su cama. Le pusieron en la cabeza una compresa de agua fría. De momento, seguramente, no se movería mucho. Más tarde podía ser, por eso tenían que vigilarlo...

Adrienne repitió varias veces la misma historia a Absolon, que llegó esa misma tarde. Luego se reunieron los tres y acordaron hacer turnos en la habitación del enfermo. Solo podían contar con cuatro personas: Adrienne, Absolon, el mayordomo y la niñera inglesa. La madre no podía ayudarlos porque cuando Maier había tanteado a Uzdy diciéndole que la condesa Clémence quería saber cómo estaba, sus ojos se habían encendido con odio y había apretado los puños con tanta fuerza que el mayordomo tuvo que cambiar de tema.

Sin duda, la mera vista de su madre le provocaría un ataque de ira.

Lo acordaron Adrienne y Absolon. Y enviaron un telegrama al doctor Kisch para que decidiese qué hacer. La vieja se sentó con ellos, pero callada. Tenía la mirada petrificada, tal vez ni siquiera oyó lo que hablaron.

Pasaron tres días terribles.

El médico alemán ya había llegado. No quiso visitar al enfermo para no excitarlo. Solo iría a verlo cuando fueran a trasladarlo porque esa fue su decisión. Había que encerrarlo, no podían cuidar de él de otra manera porque suponía un peligro constante para la vida de todo el mundo y para su propia vida.

El cuarto día de madrugada llegó el turno de Adrienne. Todavía estaba oscuro, solo en la cornisa centelleaba un pequeño candil. Uzdy, recostado sobre una pila de almohadas, parecía dormir. La joven se sentó en una butaca a los pies de la cama. Reinaba un silencio absoluto. Solo el reloj de pared marcaba los minutos.

El tiempo pasaba con espantosa lentitud. Mucho más lento que nunca, porque esa misma mañana llegaría el doctor Kisch para llevarse a Uzdy. El coche de la Cruz Roja estaba escondido en el establo desde la noche anterior. Además, habían llegado dos enfermeros. Se lo llevarían al hospital psiquiátrico de Kolozsvár, conocido como la «Casa del Tejado Verde» por sus tejas de cerámica. Lo ingresarían allí y lo tendrían encerrado. Y con ese último acto todo llegaría a su fin... ¡A su fin!

Se acabó todo por lo que había luchado, todo lo que había anhelado desde hacía tantos años. Se acabó la libertad que tan cerca parecía; se acabaron los sueños, la posibilidad de ser feliz. Se acabó todo, todo por lo que merecía vivir... Se acabó todo por lo que Bálint había destrozado su hogar; se acabó la vida libre, sincera; se acabó la posibilidad de ser madre que su naturaleza femenina exigía; se acabó el hijo imaginado que, sin haber nacido, moriría a las ocho de la mañana... Tuvo la sensación de que su amor moriría con él y que se convertiría en un dolor eterno. Y ella se quedaría allí, encadenada a ese hombre al que había aborrecido desde el primer momento. Estaba destinada a vivir su vida en ese infierno con la hija de la que la habían separado y con su suegra medio demente.

Esos últimos días lo había pensado miles de veces, pero nunca con tanta fuerza como en ese momento en que la desgracia estaba punto de cumplirse. Hasta el último momento, inconscientemente, abrigó una esperanza. No sabía qué esperaba, algo o nada, como el naufrago que en medio del mar espera un milagro.

Estaba sentada con la espalda curvada, el rostro escondido entre las manos y el corazón latiéndole en la garganta. Sintió cómo la miseria invadía todo su cuerpo. Feliz solo había sido una vez y fue durante aquellas cuatro semanas que había pasado en Venecia con Bálint, aunque la amenaza de la muerte se hubiese cernido sobre ellos. Entonces debió haber acabado con su vida, como había planeado, y no volver de Venecia nunca... nunca... ¡Ahora no sufriría!

Se le saltaron las lágrimas y sintió que un sollozo reprimido brotaba de sus labios rompiendo su resistencia. Con la cabeza gacha y la cara entre las manos, lloró, lloró largamente, con un sollozo entrecortado. Las lágrimas se filtraron entre sus dedos y cayeron una tras otra en su regazo, en los pliegues de su falda.

—¿Está llorando, Adrienne? —le dijo una voz.

Era Uzdy, la estaba mirando desde las almohadas. No sabía cuánto llevaba despierto, desde cuándo estaba mirando a su mujer con ojos de sorpresa.

La mujer no pudo contestar, solo levantó la cabeza. El rostro del hombre irradiaba una paz maravillosa que nunca antes había visto.

Mantecía la cabeza inmóvil y llevaba los pelos de punta, como un gorro negro contra la colina blanca de las almohadas. Sus largas cejas achinadas y su barba diabólica formaban casi un oscuro rombo, pero no tenía su característico aire satánico. En sus labios flotaba una sonrisa tenue, como si pidiera perdón.

—¿Por qué está llorando? —dijo otra vez—. ¿Por qué? ¿Por mí? ¿Llora por mí? —continuó, pronunciando las palabras lentamente, como si hablase consigo mismo—. Yo sé que usted no ha sido feliz conmigo... ¿Por qué llora por mí, entonces?

Hizo una pausa y siguió:

—Tal vez no habría tenido que... Tal vez de otra manera, totalmente distinta... totalmente distinta... No sabía que era un error, un error...

La mujer se echó a llorar de nuevo. Se dobló por el dolor y se apretó la frente contra las rodillas. Lloró en silencio. La blusa le temblaba sobre la espalda. Cuando por fin levantó la mirada, Uzdy, que esperaba, volvió a hablar. Su voz llegó desde lejos, tal vez desde el otro mundo:

—Pero a pesar de todo... A pesar de todo... tiene que saber que yo la he querido mucho.

Y como si se hubiese cansado, cerró los ojos.

No volvió a abrirlos. Ni cuando en el reloj de la pared sonaron las ocho con un alegre campanileo, ni cuando al entrar el mayordomo Maier la puerta crujió, ni cuando, antes de marcharse, Adrienne le acarició el pelo con sus dedos húmedos.

Ya había amanecido. Por el pasillo apareció el médico alemán y, a su espalda, dos oscuras figuras con una camilla de hierro.

La mujer bajó las escaleras con pasos ligeros. Quería subir a su habitación para no oír ni ver cuando lo sujetasen, pero no pudo subir más que unos peldaños. Le fallaron las piernas. Tuvo que detenerse y apoyarse contra la pared. Abajo se abrió una puerta. Se oyeron pisadas confusas, luego la voz de sorpresa de su marido cada vez más fuerte: «¿Qué? ¿Qué? ¿Qué?».

Y después nada. ¡Nada!

Un silencio horrible.

Otra vez el ruido de las botas. Pasos militares. La puerta de cristal que daba al patio donde se guardaba la leña se abrió. Voces imperativas. ¡Ya habían salido! ¡Ya habían salido! La mujer se precipitó abajo. A la luz de la mañana vio la marcha. Se

llevaron a Uzdy tapado con una sábana como si fuera un cadáver. Una inyección rápida lo había derrumbado. Tenía la cara blanca como la cera.

A Adrienne le flaquearon las rodillas. Se desplomó llorando. Lloró largamente, pero esa vez no por sí misma. Eran lágrimas de compasión.

Adrienne escribió una carta a Bálint. No desde Almáskő, sino de Kolozsvár, adonde se había marchado al día siguiente porque tenía que arreglar varias cosas respecto al enfermo.

En las primeras tres páginas le contó lo que había pasado, le enumeró los hechos objetivamente, día a día, como en las crónicas. Aquellas frases breves, contundentes, decidieron el destino. Cada una fue como un mazazo para Bálint. Y la última: «Anteayer, primero de diciembre, por la mañana ingresaron al pobre en una institución de Kolozsvár».

A partir de ese punto el texto se volvía confuso, con muchas palabras tachadas, sustituidas por otras:

«Así acaba todo. ¡Acaba todo! Ya no podré divorciarme ni tú casarte conmigo. ¡Nunca! ¿Lo comprendes? ¡Nunca mientras él viva! Nunca. Y puede vivir mucho tiempo. Puede incluso llegar a vivir más que tú y que yo. No debemos contar con su muerte, aunque sería una redención para él. Y tampoco podemos contar con que se recupere. Por eso, se acabó todo lo que habíamos planeado.

»Y se acabó algo más. La vida que hemos vivido hasta ahora. ¡No! ¡No protestes! Tú has pensado lo mismo, me lo has dicho muchas veces. Tengo aquí todas tus cartas. Me dices: “¿Qué clase de vida llevamos? Siempre fingiendo, disimulando, a escondidas como los ladrones que realmente somos. Sí, porque robamos felicidad: de vez en cuando, un par de horas; muy raras veces, una noche. Pero siempre alerta, atentos como los presos que se han escapado de la cárcel”. Todo lo que dices es cierto. En otra carta me escribes: “¿No te das cuenta de cuán humillante es vivir así? Ocultamos nuestro amor como si fuera un pecado, aunque nos gustaría anunciarlo a todo el mundo con la cabeza alta... ¡No podemos continuar así!”. Yo, hasta ahora, no te he contestado. No te he dicho que tienes toda la razón. Y tampoco hacía falta. Yo sentí lo mismo en Venecia. ¡Acuérdate! Por eso quise morir y no volver a la esclavitud. ¡Es cierto! No debemos continuar esta vida. ¡Yo no puedo más!

»Hay una cosa más. Algo que no me has dicho y que siento más que tú. ¡Nuestro hijo! Siempre llevo el miedo metido en el cuerpo. Miedo de lo que quizá es lo que más deseo en la vida. ¿Me toca estar alerta siempre, siempre, en todo momento? ¿Tengo que pensar en ello como una desgracia, cuando es lo que más deseamos? Es lo que nos espera. Más que hasta ahora. ¡Pues no! ¡No! ¡No! ¡No! No quiero y no podré actuar en consecuencia. ¿Y si ocurriera?

¿Qué hago? ¿Lo mato o una vez nacido lo oculto al mundo? ¿Ocultar a tu hijo! No podemos hacerlo por él. Voy a citar tus palabras: “Yo necesito un descendiente que herede mi nombre. Lo deseo como nada en la vida. Ya tengo treinta y dos años. Probablemente en todos los hombres se despierta el mismo deseo a esa edad. Es la base de las religiones ancestrales de todas las naciones y tierras. En la cultura romana, judía, china. Y yo siento lo mismo. Necesito un vástago que respete a sus antepasados, a los lares. Yahveh maldice a los que no tienen hijos... Y la misma sensación tengo yo. Mi familia se extinguirá cuando yo muera, soy el último eslabón de una larga cadena que se rompería... Educarlo honestamente en el mismo círculo, con la misma fe y responsabilidad que mi padre y mi abuelo... Es la forma terrenal de la inmortalidad y yo no quiero renunciar a ello”. ¿Por qué repito tus palabras? Porque quiero que te cases. Te lo exijo en nombre de nuestro amor. ¡No lo discutas! ¡Es necesario! Si no construimos una pared entre nosotros, no podremos evitarnos y volveremos a lo mismo. ¡Hazlo enseguida! Ha sido una gran responsabilidad intentar divorciarme. Sabía que podría provocar un brote de locura en Uzdy. Por eso vacilé tanto. Sin embargo, lo intenté. Reflexioné mucho antes de actuar. Como ahora. He pensado bien lo que te voy a decir. Lo que te voy a pedir.

»¡Cásate! ¿Con quién? Te lo digo ahora mismo: con la pequeña Lili Illésváry. Está enamorada de ti. ¡Estoy segura! Y a ti también te gusta. Su familia apoya la relación, si no, no te habrían invitado tantas veces a su casa. Es una muchacha guapa, sana. Y es digna de darte un hijo, dado que yo no te lo he podido dar...

»Será un alivio para mí. Asumo la responsabilidad de haber provocado la locura de Uzdy, pero no puedo aguantar la idea de ser la culpable de que tú nunca tengas familia. Debería buscar otra solución... la misma que en Venecia... Te daría libertad. Pero tú no lo quieres... Y tampoco que continuemos como hasta ahora... ¡No! Hemos estado muy cerca del Paraíso. Casi en el umbral. Lo hemos visto. Sus sueños. Su resplandor. Sus promesas. Pero la puerta se cerró de golpe. No debemos volver a la oscuridad, degradados... como mendigos... ¡No! ¡No!

»¡No quiero verte hasta que no te hayas casado!».

La última línea estaba mucho más abajo.

La carta había llegado a mediodía. Ya había anochecido. Sin embargo, Bálint continuó sentado en la butaca delante de la ventana de su habitación de hotel. Como si le hubiesen pegado un mazazo.

Las farolas del paseo del Danubio alumbraban el techo pintando un cuadro

rectangular de luz con la negra cruceta de la ventana. Como si mirase el crucifijo de su propia tumba, dejó caer la carta.

Se abrió la puerta. Se acercaron pasos ligeros, menudos, apresurados. Entró Róza Abády, pero su hijo no lo notó. Se despertó cuando su madre cogió una silla, se sentó a su lado y le puso en el brazo su pequeña mano regordeta.

—Soy yo —dijo con una sonrisa suave—, he llegado a mediodía. Me han dicho que estabas aquí y he pensado venir a verte...

Hablaba con naturalidad, como si se hubiesen despedido el día anterior, como si nada en absoluto hubiese pasado entre ellos. Observó la cara de su hijo con esos ojos saltones suyos que esa noche irradiaban compasión y preocupación. Actuó con mucha cautela para no demostrar que había emprendido el viaje en cuanto se enteró de la noticia de Uzdy. Cuando corrió la noticia de que había sido ingresado en la Casa del Tejado Verde, la señora Abády pensó enseguida en su hijo.

¡Se había esfumado la posibilidad de que su hijo contrajese aquel maldito matrimonio! Ella se alegró muchísimo, pero sabía que Bálint estaría sufriendo una tremenda desilusión. Y el desengaño de su hijo amargó su alegría. Sintió la necesidad urgente de estar a su lado, de consolarlo si era posible, no con palabras torpes, sino volviéndolo a acoger y reconfortándolo con su amor. Su altanería de pequeña reina había sido demolida las semanas que había pasado sola creyendo haber perdido a su hijo para siempre. Por eso aprovechó la primera oportunidad para hacer las paces sin tener que humillarse.

—Me voy a Abbazia. El año pasado fue muy agradable y, además, está cerca. Podré verte. ¿Verdad? ¿Vendrás un par de veces en invierno? No, no me acompañes ahora. Ya he aprendido a viajar sola, ya no ando tan perdida.

Charló de banalidades sin aludir a la tragedia que atormentaba a su hijo. Dijo que pasaría diez días en Budapest, pero disimuló no quedarse por Bálint, sino para ir a ver al médico.

No encendió la luz. Sabía que en la claridad no podrían hablar de manera tan íntima ni acariciar el pelo de su hijo. En la oscuridad, Bálint no tenía que llevar máscara para disimular su dolor.

Estuvieron juntos un largo rato. Las sombras de la habitación del hotel se llenaron con las palabras balsámicas de la madre.

Pasaron juntos los días siguientes. Estuvieron juntos en todo momento. Por la mañana, en las salas de espera o en museos; por la tarde y la noche, en el cine o en un concierto. La señora Abády no quiso esa vez ir al teatro, aunque le gustaba mucho, porque intuyó que a Bálint no le agradaría.

A mediados de mes decidió marcharse. Bálint, naturalmente, la acompañó a la estación y, como era temprano, subió al compartimento de su madre y se quedó hasta la partida del tren.

—Iré a verte en Navidad... —dijo Bálint y, después de una pequeña pausa, añadió—: Pasado mañana iré a la cacería de los Szent-Györgyi...

Su madre lo miró a los ojos. Comprendió al instante que la declaración significaba algo más y para continuar el tema le preguntó:

—¿Quiénes van a estar? ¿Los mismos que el año pasado?

—No sé nada de los cazadores, tampoco mucho de las mujeres. Estarán, por supuesto, mi tía y Magda y... también... la pequeña Lili Illésváry. Sé con absoluta certeza que ella estará.

Róza Abády no contestó nada, pero con la mirada irradiante agarró la cabeza de su hijo y le besó la frente.

—Vete, hijo mío —dijo en voz baja—, y que Dios te bendiga.

El tren expreso de Zsolna que lo llevaba a Jablánka ya humeaba en la gran nave acristalada y sucia de la Estación del Oeste.

Bálint compró varios periódicos para el viaje y subió al tren. Colocó bien el equipaje y se sumergió en la prensa. Desde hacía días se decía que la maldita crisis de gobierno estaba a punto de terminar. La primera señal había sido que Wekerle, días atrás, había entregado la propuesta de *indemnitas*, lo que significaba que continuaría con la administración según el presupuesto aceptado el año anterior. Podría ser un indicio de reactivación del gobierno de coalición, pero había señales contradictorias. En noviembre, el Partido de la Independencia se había roto en dos bandos. Los que apoyaban la idea del banco independiente hicieron salir del partido a Ferenc Kossuth y sus fieles. Desde entonces el señor omnipotente fue Justh y la prensa se hacía eco de la encarnizada lucha entre ambas facciones. La guerra se volvió más cruenta cuando en las elecciones presidenciales los fieles de Kossuth votaron con los conservadores para provocar la caída de Justh. La guerra parecía no tener fin. ¡Perfecto! ¡Era lo que necesitaba Hungría! El tono que usaban ahora reflejaba más odio que cuando habían luchado contra Tisza o contra el gobierno de Fejérváry. Ahora, el expresidente ponía trabas para no llevar adelante la *indemnitas* del gobierno de Wekerle, pedía sesiones cerradas y votaciones por cada nimiedad. Usaba los mismos recursos que aquellos a quienes había llamado destructores, ahora él destruía el trabajo del Parlamento.

El círculo se había cerrado. El movimiento de la coalición había empezado con obstrucciones, con las que las minorías habían provocado la caída de varios gobiernos, hasta que gracias al sensacionalismo y al nacionalismo tricolor llegaron al poder. Entonces se encontraron cara a cara con la realidad de los intereses del Estado. Tuvieron que hacer concesiones al rey, que ocultaron, y prometieron llevar a cabo la reforma del sufragio, cosa que no hicieron.

Durante su legislatura, los partidos de la coalición se mataron, se odiaron y, como estaban obligados a negociar asuntos de Estado —donde lo importante siempre era el interés del partido y no del pueblo—, llegaron a degradar la autoridad del Parlamento que habían prometido defender.

Bálint estaba pensando en esos acontecimientos en el tren, mientras leía los periódicos matutinos. Se hablaba de una solución de compromiso mediante el nombramiento de nuevos líderes como Aladár, Andrásy o de nuevo Wekerle, es decir, personas de la coalición. Pero la obstrucción de los partidarios del banco independiente imposibilitó esa solución.

Un periódico publicaba otras noticias. El rey había recibido a Károly Khuen-Héderváry. Lo designó futuro primer ministro. Estaba destinado a disolver el Parlamento y dar una oportunidad al pueblo para que expresase en las nuevas elecciones su rechazo a los que había adorado como a semidioses cuatro años antes.

Así terminaba una época de saldo negativo. Todo eran errores. Los más graves se habían cometido en el campo de la defensa nacional. El país perdió cuatro años, cuatro irrecuperables años. Todos, incluidas Italia y Serbia, se habían preparado mejor para la guerra que la Monarquía Dual.

El tren expreso ya había dejado atrás el Danubio. Anocheció, pero Abády seguía mirando por la ventanilla. La llanura infinita mostraba un mundo triste, ceniciento. La primera nevada se había derretido y se había vuelto a helar. El tren corría hacia el norte entre campos cubiertos de hielo. El humo pesado de la chimenea de la locomotora flotaba y, cuando el fogonero abría la caldera, rojas luces se deslizaban por el espejo de las placas de hielo.

Faltaba media hora. Al llegar, bajaría del tren y se subiría a la carroza que ya estaría aguardándolo. Media hora más y estaría al final de su camino, en el castillo de Szent-Györgyi. Ya lo estarían esperando.

Y se cumpliría lo que esa mañana le había escrito en el telegrama de respuesta a la carta de Adrienne.

«Hoy a mediodía me he marchado a Jablánka como me ordenaste...».

# Mapas del Imperio Austrohúngaro



# Notas

[1] Alianza de varios estados soberanos que se vinculaban compartiendo el mismo jefe de Estado, rey o emperador, como en el caso de la Monarquía Austrohúngara. <<

[2] Pityu es diminutivo de István. <<

[3] Gazsi es diminutivo de Gáspár. <<

[4] Addy es diminutivo de Adrienne. <<

[5] Laci es diminutivo de László. <<

[6] Zoltánka es diminutivo de Zoltán. <<

[7] Iduska es diminutivo de Ida. <<

[8] Jóska es diminutivo de József. <<

[9] Una milla alemana son siete mil quinientos metros. <<

[10] Luika es diminutivo de Louis. <<

[11] Tóni es diminutivo de Antal. <<

[12] Isti es diminutivo de István. <<

[13] Dani es diminutivo de Dániel. <<

[14] Zsiga es diminutivo de Zsigmond. <<

[15] Margitka es diminutivo de Margit. <<

[16] François-Joseph Talma (1763-1826), director teatral y actor francés. <<